

GRANSUPER&FICCION

ISAAC ASIMOV

Las grandes historias de la ciencia ficción

LA EDAD DE ORO

1941

Los relatos que
hicieron historia
antes de los
premios Hugo

Lectulandia

Los mejores relatos del periodo histórico más importante de la ciencia ficción, cuando los grandes maestros configuraron los temas clásicos del género.

Segundo volumen de una esmeradísima selección en la que *Asimov* presenta cronológicamente los relatos que marcaron la evolución del género. Trece grandes relatos publicados originalmente en 1941 de los mejores escritores del momento, incluyendo *Anochecer*, el relato que marcó el salto a la fama de *Asimov*.

Eric Frank Russell, C. M. Kornbluth, Theodore Sturgeon, Robert A. Heinlein, A. E. van Vogt, Alfred Bester, Isaac Asimov, Henry Kuttner, C. L. Moore, Anthony Boucher y Lester del Rey son los autores de este conjunto de relatos inolvidables.

Lectulandia

AA. VV.

La Edad de Oro 1941

Las grandes historias de la ciencia ficción

La Edad de Oro - 2

ePub r1.0

Titivillus 11.01.16

Título original: *Asimov presents the great SF stories (1941)*
Isaac Asimov y Martin H. Greenberg, 1980
Traducción: Rafael Marín Trechera, Albert Solé y Francisco Blanco
Ilustraciones: Chichoni/Selecciones Ilustradas
Diseño de cubierta: Geest/Høverstad

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Isaac Asimov, con la colaboración de *Martin H. Greenberg*, ha emprendido uno de los más ambiciosos proyectos que se hayan llevado a la práctica en el terreno de las antologías: la reconstrucción de la historia de la ciencia ficción a través de sus mejores relatos presentados en orden cronológico.

Año por año, *Asimov* y *Greenberg* presentan al lector los relatos más influyentes de los mejores autores del momento. La distancia histórica contribuye a dar un carácter definitivo a la selección, superando con creces cualquier proyecto anterior de características similares debido particularmente a la información vertida en cada presentación sobre los autores y su obra.

Bajo la figura dominante de *John W. Campbell*, director de la mítica revista *Astounding Science Fiction*, jóvenes escritores como el propio *Asimov*, *Robert A. Heinlein*, *Theodore Sturgeon* y *Alfred Bester* daban los primeros pasos de sus respectivas carreras literarias, sin saber que estaban forjando la *Edad de Oro de la Ciencia Ficción* y el paso de los años los consagraría como maestros.

En este segundo volumen de la serie se incluyen:

Ratones mecánicos, por *Eric Frank Russell*. Traer artefactos de un lejano futuro sin saber para qué sirven puede llegar a ser muy, muy peligroso.

El cohete de 1955, por *C. M. Kornbluth*. La crónica de un viaje espacial que nunca existió.

Dios microcósmico, por *Theodore Sturgeon*. Un científico genial llega a convertirse en el Dios de una especie inteligente creada en laboratorio.

Jay Score, por *Eric Frank Russell*. Era una situación desesperada en la que sólo un acto suicida podía salvarlos...

Universo, por *Robert A. Heinlein*. La nave se dirigía a Próxima Centauro, pero entre su tripulación ya no quedaba nadie. Que lo recordara.

Solución insatisfactoria, por *Robert A. Heinlein*. Un escalofriante relato sobre la guerra que adelantó los peligros del uso militar de la energía atómica.

Visto y no visto, por *A. E. van Vogt*. Un periodista de nuestra época se ve trasladado a un remoto futuro.

Adán sin Eva, por *Alfred Bester*. La historia de una ambición que puso en peligro más cosas de las previstas.

Anochecer, por *Isaac Asimov*. En un mundo donde siempre brilla la luz de uno de los soles de un sistema múltiple, la llegada de la noche tendría sin duda efectos catastróficos.

Había una vez un gnomo, por *Henry Kuttner* y *C. L. Moore*. Divertidísimo relato de fantasía en el que el protagonista se encuentra convertido en un gnomo.

Por sus propios medios, de *Robert A. Heinlein*. El cuento definitivo sobre el tema de la paradoja temporal.

Snulbug, por *Anthony Boucher*. Invocar a un demonio y conseguir el periódico del día siguiente parecía una buena idea...

Más Allá S. A., por *Lester del Rey*. La «otra vida» puede llegar a ser bastante diferente de lo que uno espera al morir.

1941

Introducción

En el mundo de fuera de la realidad, 1941 fue otro año muy malo. El 9 de febrero, el mariscal Rommel condujo a sus tropas de Italia a África, donde pronto empezó a entorpecer la ofensiva británica destinada a proteger el canal de Suez. Los ataques de los submarinos alemanes aumentaron de intensidad durante todo el año. El 13 de abril, la Unión Soviética firmó un tratado de neutralidad con Japón con el que permitía tácitamente que el expansionismo nipón siguiera adelante. La Cámara de los Comunes fue destruida en un raid alemán el 10 de mayo, el mismo día en que Rudolf Hess volaba a Inglaterra portando su misteriosa «misión de paz». El 24 de mayo, el acorazado alemán Bismarck hundió al H. M. S. Hood, y fue hundido a su vez por la Royal Navy tres días después.

No del todo inesperadamente, excepto para los rusos, Alemania invadió la Unión Soviética el 22 de junio, propiciando uno de los momentos más dramáticos de la guerra, a finales de dicho mes, tenía controlada gran parte de la Rusia europea y Ucrania. El 11 de agosto, Churchill y Roosevelt firmaron la «Carta Atlántica» a bordo de un barco en el océano del mismo nombre. El 8 de septiembre, Leningrado fue rodeada y comenzó un largo asedio. El ejército alemán se encontraba a sesenta millas de Moscú el 16 de octubre. La contraofensiva rusa empezó el 29 de noviembre.

El 7 de diciembre, «un día que vivirá en la infamia», aviones japoneses bombardearon Pearl Harbor y sus instalaciones militares. Los Estados Unidos declararon la guerra a Japón al día siguiente, y a Alemania e Italia el 11, un día después de que el Príncipe de Gales y el Repulsa fueran hundidos en el océano Índico. Hong Kong se rindió a los japoneses el día de Navidad.

Durante 1941, Edmund Wilson publicó su importante estudio sobre el pensamiento utópico socialista, La estación de Finlandia. El «Proyecto Manhattan» para el desarrollo de la bomba atómica se inició a finales de dicho año. Léger pintó «Buzos contra un fondo amarillo». Bruce Smith, de la universidad de Minnesota ganó el trofeo Heisman como jugador de fútbol más destacado. Benjamin Britten compuso su «Concierto para Violín». Se publicó La caída de París, de Ilya Ehrenburg. Se representó Madre Coraje y sus hijos, de Brecht. El equipo de Minnesota volvió a ser campeón de la Liga Universitaria de fútbol. Entre las películas más destacadas del año se encontraban Ciudadano Kane, Qué verde era mi valle, Lío en los grandes almacenes (la última película de los hermanos Marx), y El primero de muchos, uno de los últimos films de Leslie Howard, que moriría en el Canal de la Mancha.

La población de los Estados Unidos era de 131 millones de habitantes. La de China se estimaba en 450. El récord de velocidad para la carrera de una milla estaba aún en 4 min 6,04 seg, establecido en 1937 por el británico Sydney Wooderson. Nathaniel Micklem publicó La Teología de la política. La Obertura Scapino, de William Walton, fue estrenada. Bobby Riggs ganó el campeonato de tenis

de los Estados Unidos. F. Scott Fitzgerald publicó *El último magnate*. Espiritu gozoso, de Noel Coward, fue un éxito. Whirlaway, montada por Eddie Arcaro, ganó el derby de Kentucky, mientras que Wisconsin tenía el mejor equipo de baloncesto. Había casi cuarenta millones de coches en los Estados Unidos. Los Yankees ganaron la serie a los Dodgers, Ted Williams hizo 37 home runs y una media increíble de 406, pero Joe DiMaggio ganó el trofeo al mejor jugador de la liga. Se publicó *La Canción de Bernadette*, de Franz Werfel. Gary Cooper (por Sargento York) y Joan Fontaine (por Sospecha), ganaron el Oscar de la Academia. Joe Louis seguía siendo el campeón de los pesos pesados, pero estuvo a punto de perder el título ante Billy Conn y sólo salvó su corona con un K.O. en uno de los últimos asaltos.

La muerte se llevó a Henri Bergson, James Joyce, Sherwood Anderson, Virginia Woolf el Kaiser Guillermo II y a Ignaz Paderewski.

Mel Brooks era todavía Melvin Kaminsky.

Pero en el mundo real fue un año magnífico.

En el mundo real, la tercera Convención Mundial de Ciencia Ficción (la Denvention) se celebró en Denver, Colorado, continuando su viaje hacia el oeste. La primera «Boskone» se celebró en Boston. En el mundo real, Methuselah's Children^[1], de Robert A. Heinlein, y el largamente esperado Second Stage Lensman^[2] de «Doc» Smith aparecieron en Astounding.

Más cosas tristes y portentosas sucedieron en el mundo real: *Stirring Science Stories* y *Cosmic Stories* dieron comienzo a sus breves vidas, pero *Comet Stories* desapareció. *Unknown* cambió su nombre por *Unknown Worlds* sin perjuicio ni beneficio. Pero como compensación muchas más personas maravillosas hicieron sus vuelos nupciales a la realidad: en enero, Fredric Brown con «Not Yet The End»^[3]. En febrero, Cleve Cartmill con «Oscar»^[4], William Morrison con «Bad Medicine», y Damon Knight con «Resilience». En Mayo, Wilson Tucker (alias Bob) con «Interestelar WayStation», y en noviembre, Ray Bradbury fue coautor^[5] de «Pendulum».

El 1 de agosto, mientras viajaba en metro para visitar a John Campbell, Isaac Asimov pensó por primera vez en el ascenso y caída de imperios intergalácticos (con un poco de ayuda de Gibbons), y los primeros indicios de la Fundación surgieron nebulosamente en su mente.

Y alas distantes empezaron a batir con el nacimiento de Gregory Benford y Jane Gaskell.

Vijemos al venerado año 1941 y disfrutemos de los mejores relatos que nos legó el mundo real.

ISAAC ASIMOV y MARTIN H. GEENBERG

Ratones mecánicos

Maurice A. Hugi (Eric Frank Russell, 1905-1978)

Astounding Science Fiction, enero

El desaparecido Eric Frank Russell es el más subestimado de la «Segunda generación» (su primer relato fue publicado en 1937). Su novela Sinister Barrier^[6], publicada en Unknown en 1939, le reportó cierta fama durante un tiempo, y ganó el Hugo en 1955 por su historia «Allamagoosa»^[7], pero ha sido ignorado por la comunidad académica.

Este inteligente relato causó cierta confusión porque Maury G. Hugi era una persona real, pero la historia fue escrita por Russell.

(Nunca he podido comprender el truco de los seudónimos. Sé que hay razones para emplearlos, como no querer que los vecinos sepan que te estás evidenciando al desplegar la imaginación, o porque no quieres que el fisco se entere de que estás ganando dinero a sus espaldas... pero, Dios santo, pierdes nombre. Por ejemplo, a mí me gustó muchísimo «Ratones mecánicos» cuando lo leí por primera vez, siempre la he considerado una historia magníficamente construida y no supe hasta hace muy poco que la había escrito E. F. Russell. Es terrible. Admito que escribí las historias de Lucky Starr con el seudónimo de Paul French, pero tenía razones de peso para hacerlo, y las publiqué bajo mi propio nombre en cuanto pude. Pero claro, yo me tengo en mucha estima; nunca consentiría en renunciar ni a un átomo de mi nombre. I. A.)

Relacionarse con lo desconocido es buscar problemas seguros. ¡Burman lo hizo! Ahora hay un montón de personas que odian con todas sus fuerzas todo aquello que emita, clics, tics, sonidos rítmicos o cualquier otra cosa que actúe como un despertador asmático. Tienen mecanofobia y Dan Burman es el responsable.

¿Quién no ha oído hablar de la Batería Burman? ¡Otro de sus inventos! Nos dejó a todos completamente perplejos, y por si esto fuera poco se superó con el eslogan que ahora es mundialmente famoso: «Energía en su bolsillo». A nadie se le habría ocurrido confeccionar un artefacto del tamaño de un paquete de cigarrillos que produjera un centenar de veces más energía que la de su más eficiente competidor. Pero Burman era diferente de todos los demás.

Burman me estudió con cuidado y luego dijo:

—Cuando esa revista técnica te envió a entrevistarme hace doce años, me escuchaste con atención. No me trataste como si fuera un visionario o un idiota congénito. Escribiste un buen artículo sobre mí y empezaste la campaña publicitaria que después me proporcionaría mucho dinero.

—No fue porque te apreciara —le aseguré—, sino porque estaba honestamente convencido de que tu batería era buena.

—Tal vez —me estudió de una manera que me hizo pensar que estaba ansioso por quitarse un gran peso de encima—. Hemos sido muy buenos amigos desde entonces. Hemos pasado algunos malos ratos juntos, y creo que eres uno de mis pocos amigos a los que puedo hacer una confesión aparentemente estrafalaria.

—Adelante —le animé.

Tal como había dicho, hemos sido buenos amigos. Simplemente, nos caíamos bien y congeniábamos. Burman era un tipo listo, pero no tenía nada de pedante. Cuarentón, normal, pulcro, podía haber sido un dentista de éxito a juzgar por las apariencias.

—Bill —dijo muy seriamente—. Yo no inventé esa maldita batería.

—¿No?

—¡No! —confirmó—. Robé la idea. Lo que me vuelve loco es que no sabía qué era lo que estaba robando y, todavía peor, no sé de donde la robé.

—Está claro como el agua —comenté.

—Eso no es nada. Después de doce años de trabajo preciso y cuidadoso, he construido algo más. Debe ser la cosa más complicada de la creación —se golpeó la rodilla con un puño y alzó la voz, quejándose—. Y ahora que lo he conseguido, no sé qué es lo que he hecho.

—Pero ¿un inventor cuando experimenta algo, acaso no sabe lo que está haciendo?

—¡Yo no! —Burman estaba cómicamente lúgubre—. Sólo he inventado una cosa en mi vida, y fue más por accidente que por mis propios méritos —alzó la vista—.

Pero aquello fue la pista hacia un millón de ideas. Me dio la batería. Casi llegó a darme cosas de mayor importancia. En varias ocasiones casi me ha puesto en las manos y en la mente planes que alterarían este mundo más allá de tu entendimiento —se inclinó hacia adelante para dar más énfasis a su discurso—. Ahora me ha dado un misterio que me ha costado doce años de trabajo y una buena cantidad de dinero. Lo terminé anoche. No sé qué demonios es.

—Tal vez si le echo un vistazo...

—Eso es lo que me gustarla que hicieras —rápidamente, su tono adquirió un súbito entusiasmo—. Es un trabajo magnífico, aunque está mal que yo lo diga. Apuesto a que no puedes decir qué es, o para qué se supone que sirve.

—Suponiendo que pueda servir para algo —añadí yo.

—Sí —coincidió él—. Pero estoy seguro de que tiene alguna función específica.

Se levantó y abrió la puerta.

—Vamos.

Era sorprendente: Se trataba de una caja de metal con una brillante superficie plateada. Por su aspecto y tamaño general parecía un ataúd vertical, y tenía el mismo aire ominoso del ataúd que espera a que su propietario entregue el alma.

Había un par de ventanitas de cristal en su parte delantera, a través de las cuales podían verse multitud de engranajes tan maravillosamente acabadas como los de un reloj de primera clase. Por todas partes había lentes diminutas que parecían mirar con la indiferencia propia de las esfinges. Había tres pequeñas portillas en un lado, dos en otro, y una más grande delante. En lo alto, dos varas de metal retorcidas se alzaban como los cuernos de una cabra, añadiendo un toque satánico al ligero aspecto macabro de aquella cosa.

—Es un empaquetador automático —sugerí, observando la máquina con franca repulsión. Señalé una de las portillas—. Metes la mortaja por aquí y el cadáver sale por el otro lado reverentemente compuesto y envuelto.

—Así que tampoco te gusta su aspecto —comentó Burman. Abrió un cajón cercano y sacó un puñado de dibujos—. Así es por dentro. Tiene un circuito eléctrico, válvulas, condensadores y algo que no puedo identificar del todo, pero sospecho que es un diminuto y extremadamente eficaz horno eléctrico. Tiene partes que parecen ser rodillos y engranajes. Lleva incorporados varios martinets múltiples a pequeña escala, que aparentemente se unen a unas planchas de metal. Hay vagas sugerencias de que contiene una línea ensambladora que termina en este compartimento escudado por la puerta delantera. Echa tú mismo un vistazo a los dibujos. Puedes ver que es un instrumento extremadamente complejo para manufacturar algo que es más simple.

Los dibujos demostraban que tenía razón. Pero no lo mostraban todo. Un diseñador de máquinas eficiente podría haber deducido correctamente la funcionalidad del aparato si se le hubiesen dado detalles completos. Burman lo

admitió, diciendo que había diseñado algunas partes «llevado por un impulso momentáneo», mientras que había sido «obligado a dibujar» otras. Reduciendo la máquina a sus piezas, había suficientes razones para despertar la curiosidad, pero no lo bastantes como para satisfacerla.

—Conecta la maldita máquina y veamos qué es lo que hace.

—Lo he intentado —dijo Burman—. No funciona. No hay manivela para ponerla en marcha, nada que indique que puede conectarse. Lo he intentado todo, sin resultado. El circuito eléctrico termina en esas antenas superiores, e incluso he hecho pasar corriente por ellas, pero no sucedió nada.

—Tal vez arranca sola —aventuré. Y al observar la máquina se me ocurrió una idea—. A su debido tiempo —añadí.

—¿Eh?

—Puede estar preparada para un momento concreto. Cuando llegue la hora fatídica, estallará como una bomba.

—No seas tan melodramático —dijo Burman, incómodo.

Se agachó y se asomó a una de las lentes.

—¡Bz-z-z! —murmuró la máquina con un tono tan débil que era casi inaudible.

Burman dio un respingo. Entonces retrocedió, observó a aquella cosa y luego me miró.

—¿Has oído eso?

—¡Claro!

Cogí los dibujos y los esparcí sobre la mesa. Me costó trabajo encontrar las lentes, pero allí estaban. Detrás tenían una célula de selenio.

—Un ojo —dije—. Te vio, y reaccionó. Así que no está muerta aunque la tengamos ahí plantada sin hacer nada.

Coloqué un pañuelo blanco ante la lente.

—¡Bz-z-z! —repitió enfáticamente el ataúd.

Burman cogió el pañuelo y lo colocó delante de las otras lentes. No pasó nada. No se oyó nada, ni siquiera una nota fúnebre. Absolutamente nada.

—Que me registren —confesó.

Yo estaba ya harto. Si aquella loca cosa hubiera funcionado, me habría puesto a escribir y habría iniciado otra campaña financiera para beneficio de Burman. Pero no se puede hacer nada con una máquina que zumba cada vez que le apetece. Decidí que hacía falta un tratamiento en firme.

—Has sido muy misterioso acerca de cómo conseguiste este engendro —dije—. ¿Por qué no pides información sobre lo que es allí donde lo obtuviste?

—Te lo diré... O mejor, te lo demostraré.

Burman sacó un estuche de su caja fuerte, y de éste sacó un aparato. Era mucho más simple que el inútil montón de chatarra que había junto a la pared. Parecía uno

de esos televisores de cristal, excepto que el cristal era muy grande, muy brillante, y estaba dispuesto en un tubo de vacío horizontal. También tenía un mismo dial único, y una antena. En un lado tenía algo parecido a unos auriculares, excepto que en lugar de auriculares había un par de círculos de cobre pulido para colgar de las orejas y colocar alrededor del cráneo.

—Mi único invento —dijo Burman, con un indiscutible tono de orgullo.

—¿Qué es?

—Una máquina para viajar en el tiempo.

—¡Ja, ja! —Mi risa sonó muy amarga.

Yo había leído algo sobre esas cosas. Es más, había escrito algo sobre ellas. Eran pura basura. Nadie podía viajar a través del tiempo, ni hacia adelante ni hacia atrás.

—Déjame ver cómo te desvaneces en el futuro.

—Te lo demostraré muy pronto —dijo Burman, con una seguridad que no me gustó.

Lo dijo con el tono del hombre que sabe perfectamente que puede hacer algo que todo el mundo da por supuesto que no puede hacerse.

—No la descubrí al primer intento —dijo, señalando la pantalla de cristal—. Miles de personas deben haberlo intentado y fallado. Yo fui el afortunado. Debe ser por el cristal particularmente especial que escogí; porque aún no sé cómo hace lo que hace. Nunca he podido lograr este resultado ni siquiera con un cristal aparentemente idéntico.

—¿Y eso te permite viajar en el tiempo?

—Sólo hacia adelante. No funciona hacia atrás, ni siquiera un día. Pero me puede llevar hacia adelante a una tremenda distancia, quizá hasta los mismísimos confines del mundo, quizá hasta el infinito.

¡Ahora sí que lo había pillado! Le había dejado liarse en sus propias y absurdas ideas. No pude contener la risa.

—Puedes viajar hacia adelante, no hacia atrás, ni siquiera un día. Entonces, ¿cómo demonios puedes regresar al presente una vez que has llegado al futuro?

—Porque nunca dejo el presente —replicó él tranquilamente—. Yo no viajo al futuro. Simplemente lo observo desde el presente. Eso también es viajar en el tiempo en el sentido correcto del término —se sentó—. Mira, Bill, ¿quién eres tú?

—¿Quién, yo?

—Sí, quién eres tú —y contestando él mismo a su pregunta, prosiguió—. Tu nombre es Bill. Tienes un cuerpo y una mente. ¿Cuál de los dos es Bill?

—Los dos —dije yo, con toda seguridad.

—Cierto... pero son partes distintas de ti. No son la misma cosa aunque vayan juntas como hermanos siameses. —Su voz se tornó seria—. Tu cuerpo se mueve siempre en el presente, que es la línea divisoria entre el pasado y el futuro. Pero tu mente es más libre. Puede pensar, y está en el presente. Puede recordar, y de inmediato está en el pasado. Puede imaginar, y de pronto está en el futuro, en su

propia elección de todos los futuros posibles. ¡Tu mente puede viajar en el tiempo!

Me había ganado. Podía encontrar argumentos para rebatirlo, pero sabía que en lo fundamental tenía razón. Jamás lo había visto antes bajo aquella perspectiva, pero acertaba al decir que cualquiera podía viajar en el tiempo dentro de los límites de su propia memoria e imaginación. En ese mismo instante pude retroceder doce años y verle con los ojos de mi mente como un hombre más joven, más pálido, más delgado, más excitable, no tan frío y convencido. La imagen fue perfecta, ya que mi memoria era excelente. Durante ese breve momento, retrocedí doce años en todo excepto en lo físico.

—Llamo a este aparato mi psicófono —continuó Burman—. Cuando imaginas cómo será el futuro, haces una elección característica de todas las posibilidades lógicas, escoges tu favorito de entre una multitud de probables futuros. De alguna manera, el psicófono, sabe Dios cómo, te sintoniza con el futuro de verdad. Te hace ver el futuro mentalmente tal como será en realidad, eliminando todas las alternativas que no sucederán.

—Un estimulador de la imaginación, una máquina de sueños —dije con desdén, sin sentirme tan seguro de mí mismo como pretendía—. ¿Cómo sabes que no te está engañando?

—Por su lógica —contestó él gravemente—. Repite las mismas características y los mismos hechos demasiado a menudo para que el fenómeno pueda explicarse como simple coincidencia. Además —agitó una mano persuasora—, inventé la batería del futuro. Funciona, ¿no?

—Sí, por supuesto —concedí, reluciente. Señalé el psicófono—. Yo también podría viajar en el tiempo. ¿Por qué no me dejas intentarlo? Tal vez resuelva el misterio por ti.

—Puedes intentarlo si quieres —replicó él, bastante dispuesto. Colocó una silla en posición—. Siéntate aquí y te dejaré que te asomes al futuro.

Después de colocarme el casco en la cabeza y ponerme los anillos de cobre contra mis oídos, Burman conectó su psicófono a la red y lo puso en marcha; más bien, hizo algunos ajustes que yo supuse que era una manera de ponerlo en marcha.

—Todo lo que tienes que hacer es cerrar los ojos, concentrarte, intentarlo y permitir que tu imaginación se dirija al futuro.

Jugueteó con las antenas. Dijo «¡Ah!» un par de veces y cada vez que lo decía noté una sensación peculiar en mis desafortunados oídos. Después de hacer esto durante unos segundos, dejó escapar un «¡A-a-a-ah!». Hice trampas y entreabrí los ojos. El cristal brillaba como los ojos de una rata en una bodega oscura. Color escarlata furtivo.

Cerré los ojos y dejé vagar mi mente. Algo fluía entre aquellos electrodos de cobre, algo extraño e indescifrable, como si fueran dedos tamborileando en algún

lugar secreto de mi cerebro. Tuve la impresión de que eran los diestros dedos de un mago aún por nacer y que iba a gritar «¡Presto!» y sacar mi cabeza de un sombrero del siglo treinta..., suponiendo que en el siglo treinta usaran sombreros.

¿Cómo era, o más bien, cómo sería el siglo treinta? ¿Habría una regresión? ¿Estaría la humanidad formada por criaturas peludas y ceñudas que habitaban en cuevas? ¿O habría continuado el progreso... quizá hasta el punto de equiparar a los hombres a la altura de los dioses?

¡Entonces sucedió! ¡Lo juro! Bastante involuntariamente, divisé a un salvaje, y entonces un individuo grande con ojos brillantes, mi versión de la fealdad que esperábamos evitar. Justo en medio de este sueño errático, aquellos extraños dedos se aferraron a mi cerebro, disolvieron mis fantasmas y los reemplazaron por una imagen dictada, que observé con toda la claridad e impotencia de una pesadilla.

Vi a un hombre gordo hablando. Era un tipo bastante común. De hecho, era tan normal que parecía anodino. Sólo que iba vestido con una toga romana, y llevaba una pequeña caja negra en lugar de una corona de laurel. Su audiencia estaba vestida de la misma forma, y todos sacudían sus cajas como si fueran una convención de pescadores. Lo que el Gordito estaba diciendo me sonaba a chino, pero lo decía como si supiera de qué hablaba.

La multitud se encontraba al aire libre, y había grandes filas de asientos bien visibles al fondo. Al parecer, era una especie de auditorio. A juzgar por la distancia de las últimas filas, su tamaño tenía que ser descomunal. Detrás de él, un gran edificio se alzaba hasta el cielo: como una erección cúbica con las paredes compuestas de cuadrados brillantes, como una inmensa casa de cristal.

—¿F’wot? —preguntó el Gordito, con clara pasión—. ¡Wuk, wuk, mor, noon’n’ni! Bok onned, ord esto, ord lo otro —dirigió un dedo indignado hacia el misterioso objeto que había sobre su cráneo—. Bok onned, wuk, wuk, wuk. ¿F’wot? —Miró a su alrededor—. ¡F’nix!

La multitud murmuró su aprobación de una manera un poco tímida. Pero fue suficiente para el Gordito. Decidido, alzó el puño y gritó:

—¡C’bmos nllos!

Entonces se arrancó la caja.

Nadie dijo nada, nadie se movió. Mudos y con los ojos muy abiertos, los demás se le quedaron mirando, como si estuvieran paralizados por la imagen de un ser humano sin su caja. Algo que tenía un cuerpo largo y flexible y amplias alas surcó graciosamente las alturas, sobre el auditorio, pero la multitud siguió sin moverse ni emitir ningún sonido.

Una sonrisa de triunfo iluminó la cara del Gordito.

—¡M’stremsles mos cpes! ¡M’strems...!

No continuó. Con una sacudida de su cola, pero en perfecto silencio, la cosa voladora se acercó y descargó una lanza de luz plateada. La luz tocó al Gordito. Éste se pudrió *in situ*, como si fuera víctima de una lepra ultrarrápida. Se pudrió, se

desmoronó, se hizo migajas dentro de sus ropas y se convirtió en polvo de inmediato. Fue horrible.

El público no salió corriendo despavorido. Ni una sola expresión de miedo, odio o disgusto surgió de sus labios, fuertemente apretados. Se quedaron allí en perfecto silencio, mirando, sólo mirando, como un destacamento de soldados de plomo. La cosa del cielo voló en círculos para inspeccionar su trabajo, y luego se zambulló hacia la multitud. Una antena tubular en su proa se sacudió furiosa. Como un solo hombre, la multitud giró a la izquierda y comenzó a marchar, izquierda, derecha, izquierda, derecha...

Me quité el casco y le dije a Burman lo que había visto, o más bien lo que aquella cosa me había hecho pensar que había visto.

—¿Qué demonios significaba eso?

—Autómatas —murmuró—. Casas de cristal y naves a reacción. —Se puso a ojear un grueso diario lleno de anotaciones hechas de su puño y letra—. ¡Ah, sí!, parece que estuviste a principios del siglo treinta. El desasosiego fue común durante los veinte años anteriores a la Rebelión Anticaja.

—¿Qué rebelión?

—La Anticaja..., la revuelta de los autómatas contra los tecnócratas del siglo treinta y uno. Jackson-Dkj-997917, un astuto estratega con una caja defectuosa, estropeó en secreto cientos de otras cajas, y eventualmente condujo a los rebeldes a la victoria en el 3047. Su tataranieta, un individuo avaro y egoísta, causó la rebelión de los Hombres Libres sin Caja contra su propio grupo de Jacksócratas.

Ese discurso me dejó boquiabierto.

—Por la forma en que lo cuentas, parece historia —dije.

Por supuesto que es historia —aseguró él—. Algún día será historia —guardó silencio un momento—. Estudiar el futuro puede que te parezca un proceso extraño, pero a mí me parece un procedimiento bastante normal. Lo he estado haciendo durante años, y tal vez la familiaridad me ha vuelto desdeñoso. El problema es que es difícil ser selectivo. Puedes encontrar la misma época veinte veces seguidas, pero nunca te encuentras en el mismo mes, o incluso en el mismo año. En realidad, te puedes considerar afortunado si das dos veces con la misma década. Como resultado, mis datos son muy difusos.

—Me lo imagino. Un buen observador puede calcular el tiempo correcto en un minuto o dos, pero nunca en diez o incluso en cincuenta segundos.

—¡Exacto! —respondió Burman—. Por eso mi infierno particular ha sido tener el privilegio de observar el panorama del futuro, pero de una manera tan reducida que apenas es posible ensamblar sus piezas. Una vez fui lo suficientemente afortunado para ver cómo montaban, de principio a fin, una batería del siglo veinticinco. Recogí todos los detalles antes de perder el escenario, que nunca he podido localizar de

nuevo. Pero hice aquella batería... y ya conoces el resultado.

—¡Así es cómo creaste tu famosa batería!

—¡Eso es! Pero la mía, por buena que pueda ser, no lo es tanto como la que vi. Falta algún factor —su voz se tensó súbitamente cuando añadió—: ¡Perdí algo porque tenía que perderlo!

—¿Por qué? —pregunté, totalmente perplejo.

—Porque la historia, pasada o futura, no permite paradojas. Porque al haber robado ésa batería del siglo veinticinco, estoy registrado en esa época como el que la inventó en el siglo veinte. La han mejorado un poco en esos cinco siglos, pero esas mejoras se me escapan automáticamente. La historia futura es tan fija e inalterable para los del presente como la historia pasada.

—Entonces explícame lo de esa complicada máquina que no hace nada más que decir *bz-z-z* —pregunté.

—Maldición —dijo, con ira—. ¡Eso es precisamente lo que me está volviendo loco! No puede ser una paradoja, simplemente no puede ser.

Luego con más cautela, añadió:

—Entonces debe tratarse de una paradoja aparente.

—De acuerdo. Pero explícame cómo se puede lanzar al mercado una paradoja aparente con sus usos comerciales, y te daré un artículo de primera clase.

Él ignoró mi sarcasmo y continuó:

—Intenté explorar el futuro hasta donde la mente humana puede investigar. No vi nada, sólo la vastedad de un suelo estéril sobre el que se alzaba una extraña máquina, que brillaba en silenciosa y solitaria majestad. De alguna manera, pareció consciente de mi observación a través del golfo de incontables eras. Llamó mi atención con un poder casi hipnótico. Durante más de un día, durante treinta horas, conservé aquella visión sin perderla...; es la vez que más tiempo he observado una escena futura.

—¿Y bien?

—La dibujé. Hice dibujos completos de ella dedicándome a la tarea con toda la confianza de un experto diseñador de máquinas. No podía ver su interior, pero de alguna manera vino a mí, de alguna manera supe cómo era. Perdí la escena a las cuatro de la madrugada y me encontré rodeado por montones de dibujos complicadísimos, con la cabeza embotada, los ojos enrojecidos y lleno de temor —guardó silencio un instante—. Un año después, hice acopio de valor y empecé a construir aquella cosa que había visto. Me costó un montón de tiempo y dinero. Pero lo hice...; está acabada.

—Y todo lo que hace es zumbir —recalqué, con sincera simpatía.

—Sí —suspiró él, dubitativo.

No había nada más que decir. Burman miró melancólicamente a la pared, con la mente muy, muy lejos. Jugueteeé ausente con los auriculares de cobre del psicófono. Reconocía que mi imaginación era tan buena como la del que más, pero por mi vida que no podía imaginar ni sugerir ningún mercado donde colocar un ataúd de metal

relleno de chatarra. No, aunque hiciera ruiditos curiosos.

Un suave y débil *whir* surgió del ataúd. Era un sonido nuevo que nos hizo dar la vuelta y mirarlo con los ojos abiertos como platos. ¡*Whir-r-r!*, hizo otra vez. Vi unos engranajes finamente engarzados girar tras la ventana delantera.

—¡Santo cielo! —exclamó Burman.

¡*Bz-z-z!* ¡*Whir-r-r!* ¡*Clic!* El aparato de repente se deslizó hacia un lado.

El diablo conocido no es ni la mitad de temible que el diablo por conocer. No quiero decir que esta súbita demostración de vida y movimiento nos asustara, pero ciertamente hizo que nuestros corazones latieran una docena de veces más por minuto. Esa cosa en forma de ataúd era, o podía ser, un diablo al que no conocíamos. Así que allí estábamos, uno al lado del otro, observándola fascinados, con un sentimiento de aprensión ante lo desconocido.

El movimiento se detuvo después de que la cosa hubiera deslizado dos patas. Se quedó allí plantada, silenciosa, imperturbable, con sus lentes delanteras observándonos con una carencia de expresión vidriosa. Entonces movió otras dos patas. Se paró otra vez. Más contemplación sin sentido. Después de eso, se movió más rápida y suavemente hasta llegar junto a la mesa del laboratorio. Al llegar ahí dejó de moverse, empezó a emitir variados pero sincronizados tics como los del reloj del abuelo.

—¡Va a pasar algo! —susurró Burman.

Si la máquina hubiera podido hablar, le habría quitado las palabras de la boca. No había acabado la frase cuando una portilla de la máquina se abrió y un brazo metálico articulado salió cautelosamente por la abertura y agarró un cronómetro marino que había sobre la mesa.

Con un juramento de sorpresa, Burman se abalanzó hacia adelante para recuperar el cronómetro. Demasiado tarde. El brazo lo agarró, lo introdujo en la máquina y la portilla se cerró con un sonido metálico, como el tañido de una trampa para osos. Simultáneamente, otra portilla se abrió en la parte delantera y otro brazo articulado salió y entró, moviéndose demasiado rápidamente para que pudiéramos seguirlo. Esta segunda portilla también se cerró, dejando a Burman boquiabierto porque le había arrancado su valioso reloj con su, igualmente inapreciable, cadena de oro.

—¡Por todos los diablos! —dijo Burman, regresando.

Nos quedamos mirando a la máquina un rato. No volvió a moverse, sino que permaneció tictaqueando como si rumiara su comida recién conseguida. Sus lentes nos miraron con la tranquila falta de interés de una vaca bien alimentada. Tuve la estúpida idea de que estaba haciendo felizmente la digestión de un puñado de engranajes, ruedecillas y piñones.

Como su sutil aire de amenaza parecía haberse desvanecido, o tal vez porque sentíamos que estaba completamente absorta, dedicándose a lo suyo, hicimos un

esfuerzo por recuperar el valioso reloj de Burman. Burman golpeó con fuerza la portilla por la que éste había desaparecido, pero no consiguió abrirla. Le ayudé, sin resultado. Estaba cerrada como si estuviera soldada. No conseguimos abrirla con un gran destornillador. Una palanca, o un buen gato habrían servido, pero en este punto Burman decidió que no quería dañar la máquina que le había costado más que el reloj.

¡*Tic-tic-tic!*!, continuó el ataúd, impertérrito. Estábamos como al principio, sin saber más que antes. No había nada que hacer, y me dio la impresión de que la maldita máquina lo sabía. Allí se quedó, mirándonos a través de sus lentes, haciendo *tic-tic-tic*. Su vientre, o lo que hubiera sido su vientre si hubiese tenido uno, irradiaba calor. Según los dibujos de Burman, allí era donde estaba el pequeño horno eléctrico.

La cosa funcionaba; de eso no había duda. Si Burman sentía lo mismo que yo, tenía que sentirse bastante mal. Allí estábamos, como un par de bobos, sin saber qué nos iba a deparar la máquina, y todo el tiempo haciendo ante nuestros propios ojos aquello para lo que había sido diseñada, fuera lo que fuese.

¿De dónde sacaba la energía? ¿Aquellas antenas que sobresalían de su cabeza como cuernos se dedicaban a absorber corriente de la atmósfera? ¿O estaba absorbiendo ondas de radio? ¿O tenía energía interna propia? Era evidente que estaba haciendo algo, alumbrando algo, pero ¿alumbrando qué?

¡*Tic-tic-tic!*!, fue la única respuesta.

Nuestras preguntas seguían sin respuesta, nuestra curiosidad continuaba insatisfecha, y la máquina aún tictaqueaba laboriosamente a estas horas de la madrugada. Pospusimos el problema hasta la mañana siguiente. Burman cerró su laboratorio con llave antes de marcharnos.

El trabajo del oficial de policía Burke era muy simple. Todo lo que tenía que hacer era dar vueltas a la manzana, echando un ojo avizor a los almacenes en general y al gran depósito de joyas en particular, telefoneando a la comisaría una vez cada hora desde la cabina de la esquina.

El trabajo nocturno iba bien con el carácter taciturno de Burke. Podía caminar a solas, sin nada que lo molestara o le apartara de sus meditaciones. En aquel barrio en particular, nunca pasaba nada de noche, nada.

Se detuvo ante el escaparate lleno de joyas y miró a través del cristal y de la pesada reja tras la que había una bombilla que iluminaba tenuemente la enorme caja fuerte. Allí dentro había el rescate de un rajá. El guardia, la reja, las alarmas automáticas y las ingeniosas trampas ocultas lo mantenían fuera del alcance de los dedos de cualquiera que lo ambicionara. Nadie había hecho el menor intento en veinte años. Nadie había intentado siquiera acercarse al contenido del escaparate protegido por la reja.

Alzó la cabeza y observó un puñado de nubes brillantes tras las cuales se ocultaba

la luna. Se dio la vuelta y continuó caminando. Un gato se cruzó en su camino, cauteloso, en silencio, pegado a la pared. Sus agudos ojos detectaron su tenue sombra incluso bajo la leve luz de la noche, pero lo ignoró y continuó caminando hacia la esquina.

Detrás de él, el gato se colocó bajo el escaparate al que acababa de asomarse. Se detuvo, con una pata delantera medio alzada, las orejas tensas. Entonces pegó la panza al asfalto, con los ojos brillantes muy abiertos, atentos, intensos. Su cola se agitó suavemente de un lado a otro.

Algo pequeño y brillante se acercó a él rodando, moviéndose pegado a la pared con la velocidad y la agilidad de un ratón. El gato se puso tenso a medida que el objeto se acercaba. De repente, la cosa quedó a su alcance, y el gato saltó hacia adelante ansiosamente. Sus zarpas hambrientas excavaron una superficie que no era suave y peluda, sino dura, brillante y resbaladiza. La cosa saltó como un juguete mecánico mientras el gato trataba en vano de agarrarla. Finalmente, con un bufido de furia, el gato la golpeó maliciosamente, despidiéndola a una docena de metros, donde se quedó boca abajo emitiendo una serie de suaves *clics* de protesta y unos estímulos urgentes que su felino atacante no pudo sentir.

Cruzando la acera de un solo salto, el gato atacó de nuevo. Algo más se acercaba. El felino tensó los músculos, sus ojos brillaban. Era otro objeto ligeramente similar a la extraña cosa que acababa de capturar, pero un poco más grande, un poco más ruidoso, y de una forma muy distinta. Parecía un pequeño cilindro doradoplataado con un frente cónico del que sobresalía una fina hoja y que se movía gracias a unas ruedecillas invisibles.

Una vez más, el gato saltó. Desde la esquina, Burke oyó su maullido. El sonido no le molestó: oía a los gatos, las ratas y otras criaturas hacer todo tipo de extraños ruidos todas las noches. Flemáticamente, continuó con su ronda.

Tres cuartos de hora después, el oficial de policía Burke había dado la vuelta y estaba de nuevo en el mismo punto fatal. Iluminó el cuerpo con su linterna y le dio la vuelta al animal con su pie. Tenía la garganta cortada. Lo habían hecho con una saña tan salvaje que casi le habían separado la cabeza del cuerpo. Burke frunció el ceño. ¡No le gustaban los gatos, pero le costaba imaginar que alguien los odiara tanto como para hacer esto!

—Alguien quiere que lo despellejen vivo —murmuró.

Empujó con el pie al gato muerto hasta el bordillo de la acera, donde los basureros lo recogerían por la mañana. Volvió su atención hacia el escaparate y vio la luz aún brillando bajo la caja fuerte, intacta; su mente aún estaba centrada en el gato mientras sus ojos la miraban y le decían que algo iba mal. Entonces volvió a enfocar su atención en su trabajo, vio qué era, y sudó por todos los poros de su piel. No era la caja fuerte, era el escaparate.

En el escaparate, las colecciones de valiosos anillos aún brillaban impertérritas. A la derecha, la plata todavía resplandecía intacta. Pero a la izquierda había habido un

pequeño grupito de relojes extremadamente caros. Recordó que justo delante había un hermoso cronómetro que valía el salario de un año. También había desaparecido.

El rayo de su linterna tembló cuando enfocó la verja y la descubrió rápidamente segura. La puerta tras ella estaba firmemente cerrada. El travesaño estaba echado, su pesado metal aún firme. Se asomó al escaparate y descubrió un agujerito de unas dos pulgadas de diámetro en una esquinita al lado del más cercano de los objetos robados.

La maldición de Burke fue explosiva. Se dio la vuelta y corrió hacia la esquina. Su mano temblaba de indignación cuando agarró el teléfono. Se puso a hablar con la comisaría y recitó su historia. Pensaba que tenía una buena idea de lo que había sucedido, pues había leído en una ocasión un robo similar en alguna parte.

—Al parecer, han cortado un círculo con un diamante, lo han sacado con una ventosa y luego han pescado los relojes con una varilla telescópica a través del agujero —esperó un momento y luego añadió—. Sí, sí. Eso es lo que me extraña. Los anillos valen diez veces más.

Observó la calle con los ojos desorbitados mientras prestaba atención a la voz al otro lado de la línea. Sus ojos recorrieron la calle lentamente, descendieron, encontraron el bordillo, permanecieron fijos en la oscura forma que yacía en ella. ¡Otro gato muerto! Aún aferrado al teléfono, Burke se aproximó todo lo que el cable le permitía, extendió un pie y le dio la vuelta al gato. Lo iluminó con la linterna. Igual que el otro... ¡de oreja a oreja!

—Y escucha —gritó al teléfono—. Hay un maníaco suelto que va por ahí degollando gatos.

Colgó el teléfono y corrió de regreso junto al escaparate forzado, y se plantó delante montando guardia hasta que llegó el coche patrulla. Cuatro hombres salieron de su interior.

—¡Gatos! —dijo el primero—. ¡Parece que alguien la ha tomado con los gatos! Hemos encontrado otros dos a un par de manzanas de distancia. Estaban tendidos en mitad de la calle, delante de las luces, y casi habían sido guillotinado. Sus cuerpos estaban aún calientes.

El segundo gruñó, se aproximó al escaparate, miró al pequeño agujero y dijo:

—Los tipos que hicieron esto fueron demasiado listos para haber dejado huellas.

—No fueron tan listos si dejaron los anillos —gruñó Burke.

—Tal vez esto sea una pista —concedió el otro—. Si dejaron una cosa, puede que hayan dejado la otra. Buscaremos las huellas de todas formas.

Un taxi apareció en la calle oscura y aparcó detrás del coche patrulla. Un individuo elegantemente vestido, despeinado y muy agitado salió de él y corrió hacia el grupo. Las llaves tintineaban en su mano pálida y húmeda.

—Soy Maley, el encargado —explicó sin aliento—. Me llamaron ustedes. Caballeros, ¡esto es terrible, terrible! ¡El escaparate vale miles de dólares, miles! ¡Qué pérdida, qué pérdida!

—¿Qué le parece si nos deja entrar? —preguntó tranquilamente uno de los

policías.

—Por supuesto, por supuesto.

Temblando, abrió la verja y descorrió el cerrojo de la puerta usando media docena de llaves. Entraron. Maley encendió las luces y metió la cabeza entre los estantes de cristal, verificando la vitrina saqueada.

—Mis relojes, mis relojes —gimió.

—¡Es horrible, horrible! —dijo uno de los policías con solemnidad.

Dirigió a sus compañeros un guiño pícaro.

Maley se inclinó aún más para inspeccionar mejor una esquina vacía.

—¡Todo perdido, todo! —gimió—. ¡Mi colección de relojes más apreciados de...! ¡Yeowww!

Su alarido les hizo dar un respingo. Maley saltó agarrándose la muñeca cuando intentó introducirse entre los estantes hacia la verja y el escaparate.

—¡Mi reloj! ¡Mi propio reloj!

Los otros se le acercaron de puntillas y vieron el reflejo dorado de una correa de terciopelo negro salir por el agujero del escaparate. Burke fue el primero en correr a la calle e inspeccionó con la linterna el asfalto. Entonces localizó el reloj. Se movía rápidamente, pegado a la pared, pero se quedó quieto cuando la luz lo iluminó. Sorprendido, vio otra cosa más, igualmente brillante y metálica, que se agazapó rápidamente en la oscuridad más allá del círculo de luz.

Burke recogió el reloj y escuchó. El ruido que hacían los otros al acercarse le impidió oír con claridad, pero podría haber jurado que había oído un pequeño ruidito metálico y un cliqueteo rápido que no provenía del instrumento que tenía en la mano. Tuvo que haber sido su propia imaginación. Con el ceño profundamente fruncido, regresó junto a sus compañeros.

—No había nadie —aseguró—. Debe de habersele caído del bolsillo y ha echado a rodar.

«Maldición —pensó—, ¿podía un reloj rodar tanto? ¿Qué demonios estaba pasando esta noche?». A lo lejos, en la calle, algo gimió, luego burbujeó. Burke se encogió de hombros. ¡Quién sabía! Miró a los otros, pero aparentemente no habían oído el ruido.

Los periódicos lo publicaron por la mañana. Los leí mientras me dirigía a casa de Burman. La suma total eran sesenta relojes y ocho gatos, y también algunos instrumentos del almacén de un fabricante de artilugios científicos. Los detalles eran bastante profusos, pero no completos. Supe lo que significaban por fin cuando descubrimos más tarde el sentido auténtico de lo que había ocurrido.

Burman me estaba esperando cuando llegué. Parecía a la vez sorprendido y molesto. El ataúd tictaqueaba firmemente en una esquina, haciendo un ruido muchísimo más fuerte que el día anterior. Parecía terriblemente atareado.

—¿Bien? —pregunté.

—Se ha movido mucho durante la noche —dijo Burman—. Ha roto un par de termómetros y les ha sacado el mercurio. He encontrado algunos cajones cerrados y otros abiertos, pero tengo la desagradable impresión de que ha hecho una búsqueda exhaustiva por la habitación. Un paquete de chapas de níquel ha desaparecido, y un cable de cobre —señaló enfadado al fondo de la puerta por la que yo acababa de entrar—. Y además la hago responsable de hacer estos agujeros. No estaban aquí ayer.

En efecto, había un par de agujeros al pie de la puerta. Pero ninguna rata sería capaz de hacerlos...; eran limpios, suaves y redondos, casi como los que un carpintero haría con una sierra.

—¿Qué sentido tiene que se ponga a hacer eso? —pregunté—. No puede salir por unas aberturas tan pequeñas.

—¿Qué sentido tiene toda esta historia? —respondió Burman.

Miró a la atareada máquina que le devolvió la mirada con sus lentes inexpresivas y siguió rumiando firmemente. ¡*Tic-tic-tic!*, persistió la maldita cosa. Y luego hizo ¡*whir-thump-clic!*

Abrí la boca intentando hacer algún comentario sarcástico a costa de la máquina, cuando ésta emitió un gemidito muy sutil y extremadamente agudo. Algo pequeño, metálico y brillante salió disparado por uno de los agujeros y se dirigió hacia la monstruosidad que se agitaba. Una portilla se abrió y lo engulló con tanta rapidez que desapareció antes de que pudiéramos darnos cuenta de lo que habíamos visto. La cosa era un objeto pulido y cilíndrico que parecía la lanzadera de una máquina de coser, pero unas cuatro veces más grande. Y llevaba consigo algo que también era pequeño y metálico.

Burman me miró; yo miré a Burman. Entonces rebuscó por todo el laboratorio y encontró un tubo de metal de noventa centímetros de largo y 13 milímetros de diámetro. Plantó una silla en el suelo y se sentó, agarrando el tubo como si fuera una maza y contempló las ratoneras. Imperturbable, la máquina le miró y continuó haciendo *tic-tic-tic*.

Diez minutos más tarde, emitió un repentino *clic* y otro pequeño gemido. No hubo nada que saliera corriendo de los agujeros, pero el curioso objeto que habíamos visto (o uno exactamente igual), salió de la portilla y corrió hacia la puerta junto a la que estábamos esperando. Cogió a Burman por sorpresa. Hizo un loco barrido con la barra mientras la cosa se introducía entre sus pies y atravesaba uno de los agujeros. Cuando el arma golpeó el suelo, ya había desaparecido.

—¡Maldición! —exclamó apasionadamente Burman. Aflojó la presión de la barra mientras contemplaba el atareado ataúd—. La haría pedazos si no fuera porque me gustaría agarrar uno de esos aparatitos primero.

—¡Cuidado! —chillé.

Burman reaccionó demasiado tarde. Desvió su atención del ataúd hacia las

ratoneras, alzando el tubo, y con una expresión molesta en la cara. Pero su reacción fue demasiado lenta. Tres de aquellas misteriosas cosas salieron por los agujeros y se plantaron en medio de la habitación antes de que su arma estuviera lista para golpear. El ataúd las tragó por una de las portillas con un tañido.

El trío invasor había hecho su aparición en fila india, y esta vez las pude ver mejor. Las dos primeras eran lanzaderas doradas, similares a la que ya habíamos visto. La tercera era más grande, más rápida, y me dio la impresión de que podía moverse más diestramente. Tenía una proyección larga y aguda delante, una cosa perversa y ominosa como el bisturí de un cirujano. Su velocidad me impidió verlo bien, pero me pareció que la punta del escalpelo estaba teñida de rojo. Sentí un escalofrío por toda la espalda.

Algo arañó irritado al otro lado de la puerta y una zarpa blanca se asomó tentativa por uno de los agujeros. El gato retrocedió cuando Burman abrió la puerta, pero miró ansiosamente el interior del laboratorio. Su presencia no necesitaba explicaciones: el atento animal habría visto una de aquellas cosas infernales. A los dos se nos ocurrió lo mismo: Los gatos son rápidos de reflejos, muy rápidos. Si le dábamos una oportunidad, tal vez éste podría capturarnos una de aquellas cosas.

Llamamos su atención con palabras agradables y sonidos tranquilizadores. Su ansia pudo más que su natural recelo hacia los extraños y entró. Cerramos la puerta tras él. Burman cogió su barra, se sentó junto a la puerta y trató de echar un ojo a los agujeros y el otro al gato. No pudo hacer las dos cosas, pero lo intentó. El gato olisqueó y deambuló por la habitación, y maulló desafiante. Su conducta sugería que se guiaba por la vista más que por el olfato. No había ningún olor.

Con perseverancia felina, el animal rebuscó por todo el laboratorio. Pasó junto al zumbante ataúd un par de veces, pero lo ignoró por completo. Al final, el gato se rindió, se sentó en un rincón y empezó a lavarse la cara.

La enorme máquina hizo ¡*tic-tic-tic!*, y luego ¡*whir-thump!* Una portilla se abrió y de ella cayó la lanzadera que corrió hacia la puerta. Una segunda la siguió. La primera fue demasiado rápida incluso para el gato, igual que para el sorprendido Burman. ¡*Bang!* El tubo de acero golpeó el suelo mientras la primera lanzadera escapaba triunfante por uno de los agujeros.

Pero el gato agarró a la segunda. Dando un poderoso salto, con las zarpas extendidas y las uñas fuera, cogió a su víctima a un palmo de la puerta. Intentó agarrar aquella cosa brillante, no lo consiguió y la perdió por un instante. La lanzadera se revolvió en un loco salto. El gato la agarró otra vez, la volvió a perder, emitiendo un gruñido de furia, y de un manotazo la arrojó contra el rodapié. La lanzadera se quedó allí, boca arriba. Cuatro ruedecillas diminutas en su interior giraban locamente con un gemido agudo y casi inaudible.

Con los ojos brillantes de excitación, Burman soltó su arma y se acercó a recoger

la lanzadera. Al mismo tiempo, el gato se dispuso a jugar con ella. La lanzadera se quedó allí, boca arriba, funcionando indefensa. Antes de que ninguno de los dos pudiera alcanzarla, la máquina al otro lado de la habitación hizo ¡*clunk!*, abrió una trampilla y expulsó otro aparato.

Con sorprendente rapidez, el gato se volvió y saltó hacia el recién llegado. Entonces se armó la marimorena. La lanzadera viró hábilmente con un destello dorado; el gato viró con ella, maulló y mostró las uñas. Se enzarzaron en un remolino blanco y negro en el que a veces destellaba una mancha dorada; los maullidos y siseos del gato apagaban un rumor persistente que subía y bajaba de la misma forma que aceleran y deceleran las marchas de un aparato mecánico.

El gato emitió un jadeo peculiar y la sangre manchó el suelo. El animal sacó las garras salvajemente, emitió otro maullido al que siguió un gorgoteo. Se echó a temblar y resbaló. Un torrente escarlata surgió de la gran herida abierta en su vientre.

Apenas tuvimos tiempo de apreciar el significado completo de aquella terrible escena cuando el vencedor se dirigió hacia Burman, que estaba junto al rodapié, con la lanzadera aún zumbante en la mano. Sus ojos se abrieron de par en par llenos de horror, pero conservó la suficiente presencia de ánimo como para dar un frenético salto un segundo antes que la rápida máquina alcanzara sus talones.

Aterrizó al otro lado de la cosa, pero ésta dio la vuelta y se dirigió nuevamente hacia él. Vi el brillo cristalino de su escalpelo mientras cogía velocidad, y que el filo de la hoja estaba manchado de sangre. Burman saltó otra vez, llegó junto a la mesa del laboratorio y se subió en ella.

—¡Dios! —exclamó.

Cogí entonces la barra que él había soltado. La alcé, sintiendo su peso reconfortante, e hice todo lo posible para aplastar aquel perverso montón de chatarra. Era demasiado ágil para mí. Chirrió, aceleró, esquivó la punta de la barra de acero y dio dos vueltas a la mesa sobre la que se había refugiado Burman. Me ignoró por completo. De alguna manera, sentí que respondía enteramente a alguna misteriosa llamada de la lanzadera que Burman había capturado.

La atacé desesperadamente y volví a fallar, aunque juro que sólo por un milímetro. Algo entró corriendo por los agujeros de la puerta, pasó junto a mí y se dirigió a la gran máquina. Atontado, oí las portillas abrirse y cerrarse y sobre todo aquel firme y persistente *tic-tic-tic*. Descargué otro furioso golpe que no consiguió más que hacer una muesca en el suelo y sacudirme el brazo hasta el hombro.

Inesperada e increíblemente, la maldición dorada dejó de dar locas vueltas en torno a la mesa. Con un sonoro *clic* y un zumbido mucho más fuerte que antes, se encaramó rápidamente por una de las patas de la mesa y llegó hasta lo alto.

Burman dejó de un salto su santuario. Aún tenía agarrada la lanzadera. Nunca le había visto tan pálido.

—¡La máquina! —dijo roncamente—. ¡Mándala al infierno!

¡*Thunk!*, hizo la máquina. Una trampilla se abrió y soltó otro demonio armado

con un escalpelo. ¡Tzz-z-z!, un tercero entró a través de los agujeros de la puerta. Cuatro lanzaderas corrieron tras él, se dirigieron a la máquina y la alcanzaron felizmente. Una quinta entró más lentamente. Agarraba la válvula de un automóvil. Le di una patada que la envió contra la pared mientras lanzaba otro vano golpe a una de las que llevaban un escalpelo.

Burman dio otro saltó y esquivó a un nuevo atacante. Un segundo se dirigió al tacón de su zapato derecho en cuanto aterrizó. Una vez más, Burman se subió a la mesa de la que ya había marchado su primer enemigo. Las tres cosas armadas con escalpelos se dirigieron a la mesa con una rapidez preocupante.

—¡Suelta esa maldita lanzadera! —aullé.

No la soltó. Mientras el trío subía por las patas, arrojó la lanzadera con todas sus fuerzas contra el ataúd que la había dado a luz. La lanzadera chocó contra la máquina, la abolló y cayó al suelo. Burman saltó otra vez de la mesa. La lanzadera permaneció tirada en el suelo, aplastada y silenciosa, con las ruedecitas inmóviles.

Las cosas armadas que recorrían la mesa parecieron cambiar su rumbo a la vez que la lanzadera capturada quedaba aplastada. Juntas, se bajaron de la mesa y salieron corriendo por los agujeros de la puerta. Una cuarta salió de la máquina, escoltando dos lanzaderas, y éstas también se desvanecieron al otro lado de la puerta. Un segundo o dos después, una nueva cosa diferente de las demás salió por uno de los agujeros. Era larga, redonda, chata, aproximadamente como la mitad de la porra de un policía, tenía seis ruedas y una doble fila de dientes de sierra delante. Casi atravesó la habitación mientras la observábamos fascinados. Vi que las sierras giraban y cambiaban cuando subía hacia la portilla de la máquina. ¡Eran ruedas de oruga en miniatura!

Burman había tenido ya suficiente. Se decidió. Recogió la barra de acero, la agarró firmemente y se acercó al ataúd. Sus lentes parecieron mirarle cuando se plantó ante él. Doce años de trabajo intensivo iban a ser destruidos de un golpe. Interminables días y noches de esfuerzos iban a ser deshechos de un plumazo. Pero a Burman no le importaba. Con un feroz mamporro rompió el cristal, con otro fiero golpe aplastó el conjunto de ruedecillas y engranajes que había dentro.

El ataúd tembló y se resintió ante sus golpes cada vez más furiosos. Las portillas se abrieron y escupieron muestras sin vida del nido metálico de la cosa. Salieron tambaleándose y resonando del maldito objeto mientras Burman lo hacía pedazos. Entonces guardó silencio, convertido en una masa informe, inútil, de partes rotas y retorcidas.

Recogí la forma dentada del objeto que había entrado. Era pesado, increíblemente pesado, y a pesar de su destrucción parcial su acabado parecía magnífico. Tenía un ojo minúsculo y casi imperceptible delante, pero la lente en miniatura estaba rota. ¿Había regresado para que lo repararan y lo pusieran a punto?

—¡Eso es! —exclamó Burman, respirando pesadamente.

Abrí la puerta para ver si el ruido había atraído la atención. No lo había hecho.

Había una lanzadera sin vida al otro lado de la puerta, y una segunda a un metro de ella. La primera tenía una pequeña cadena de latón sujeta a un pequeño gancho que salía de su parte trasera. La nariz del segundo se había abierto como un abanico, como un diafragma iris, y dentro había plegados un par de brazos de metal articulados que sujetaban un diamante de tamaño medio. Parecía que habían estado a punto de entrar cuando Burman destruyó la máquina.

Los recogí y los metí dentro de la habitación. Su completa inactividad, aunque no habían sufrido daños, sugería que habían estado controlados por la gran máquina y que era de ella de quien sacaban su poder locomotor. Si era así, habíamos resuelto nuestro problema con facilidad, y al destruir la máquina habíamos destruido a todos los aparatitos.

Burman recobró el aliento y empezó a hablar.

—¡La madre robot! —dijo—. Eso es lo que he hecho...: un duplicado de la madre robot. No me di cuenta, pero estaba construyendo pacientemente la cosa más peligrosa de la creación, una amenaza terrible, porque comparte con la raza humana la habilidad de propagarse. ¡Gracias al cielo que la hemos detenido a tiempo!

—Así que nos encontramos ante el dueño eventual, o la dueña, de la Tierra — recalqué yo, recordando que había dicho que la había obtenido del lejano futuro—. No es una perspectiva muy agradable para la humanidad, ¿eh?

—No necesariamente. No sé hasta dónde llegué, pero tengo la impresión de que se trataba de un futuro tan distante que la Tierra se había vuelto estéril desde el punto de vista de la humanidad. Tal vez hayamos emigrado a algún lugar del cosmos, dejando nuestras máquinas esclavas semiinteligentes luchar por su existencia o morir. Lucharon... y sobrevivieron.

—Y entonces se las arreglaron para alterar el pasado a su favor —sugerí.

—No, no lo creo —Burman ya estaba mucho más calmado—. No creo que fuera un intento maligno, sino un experimento. Todo el asunto estaba condenado de antemano porque el éxito habría entrañado una paradoja imposible. No hay robots en el siglo que viene, ni conocimiento de ellos. Por tanto, los intrusos en este tiempo deben haber sido exterminados y olvidados.

—Lo que significa —señalé yo—, que no sólo debes destruir la máquina, sino también todos tus dibujos, todas tus notas, así como el psicófono, dejando nada más que unos cuantos sucesos extraños y una historia para que yo la cuente.

—Exactamente..., lo destruiré todo. He estado pensando en todo este asunto, y hasta ahora no he comprendido que el psicófono no me puede ser de ninguna utilidad. Me permite descubrir o inventar sólo aquellas cosas que la historia ha decretado que yo invente, y que, por lo tanto, descubriré con o sin su ayuda. No puedo hacer trucos con la historia, pasada o futura.

—¡Hum! —No pude encontrarle ninguna pega a su razonamiento—. ¿Te has

dado cuenta de la psicología de abeja que tenían nuestros antagonistas? —continué—. Construiste el nido, y de ella salieron obreras, guerreros y... —indiqué el incursor muerto—, un zángano.

—Sí —dijo él, lúgubrementemente—. Y estoy pensando en la miel... ¡ocho relojes! Por no mencionar los otros artículos de que puedan informar los periódicos, más los gatos degollados. Menos mal que tengo dinero.

—Nadie sabe que tienes relación con esos incidentes. Puedes mantenerlo en secreto si quieres.

—Eso haré.

—Bueno —continué diciendo, alegremente—, bien está lo que bien acaba. Gracias al cielo que nos hemos desembarazado de la carga que nosotros mismos nos habíamos colocado.

Con un suspiro de alivio, me encaminé hacia la puerta. Un agudo gemido de motores en miniatura llamó mi atención. Mientras Burman y yo conteníamos boquiabiertos la respiración, una lanzadera dorada se deslizó rápidamente por una de las ratoneras, sintió la muerte de la madre robot, dio media vuelta y salió por el otro agujero antes de que pudiéramos detenerla.

Si Burman había quedado sorprendido antes, ahora lo estaba doblemente. Se acercó a la puerta, miró incrédulo la pequeña salida que acababa de usar la lanzadera y luego al otro par de lanzaderas sin vida pero enteras que estaban desparramadas por la habitación.

—Bill —murmuró—, tu analogía sobre las abejas era perfecta. ¿No lo comprendes? ¡Hay otro enjambre! ¡Una reina se ha escapado!

Había otro enjambre, claro está. Durante las siguientes cuarenta y ocho horas nos las hizo pasar moradas. Burman pasó todo el tiempo en la comisaría intentando convencerlos de que su evidencia no era simplemente una historia fantástica, pero lo que le ayudó a persuadir a los policías fueron las denuncias igualmente fantásticas que empezaron a sucederse.

Para empezar, el viejo Gildersome oyó un estruendo en su tienda a medianoche, pensó en su valioso contenido de cámaras y proyectores en miniatura, se puso los pantalones y bajó rápidamente. Un instrumento afilado como una navaja le apuñaló en el pie derecho cuando estaba a medio camino, y bajó rodando el resto. Se quedó allí, tendido, malherido y parcialmente conmocionado, mientras en la oscuridad algo cliqueteaba, zumbaba y crujía a su alrededor. Pieza a pieza, el contenido de su caja de valiosas lentes desapareció a través de un agujero en la puerta. Gran cantidad de piezas de proyectores y engranajes les siguieron.

Otras diez personas se quejaron de que por la noche les habían robado relojes y despertadores. Dos de ellas estaban histéricas. Una juraba que el ladrón era «una cucaracha de seis pulgadas» que ronroneaba como un motor de juguete. Al levantarse

de la cama, lo pisó y sintió su fría dureza rebullirse bajo él. Lleno de repulsión, retiró el pie de regreso a la cama «justo cuando otra cucaracha se dirigía hacia él». Burman no le dijo a aquel agitado denunciante lo cerca que había estado de perder el pie.

Al día siguiente hubo otras treinta denuncias. Una docena de casas y cuatro tiendas habían sido saqueadas por cosas que tenían la agilidad y la habilidad furtiva de las ratas..., excepto que emitían ruiditos y zumbidos. Un trabajador del metro vio a una corriendo junto a la vía cuando regresaba a casa. Intentó cogerla, y perdió el pulgar y el índice y se quedó allí quejándose hasta que se lo llevó una ambulancia.

Las presas de aquellos sonoros saqueadores eran metales raros y piezas de valor. No podía entender cómo Burman o nadie más podría acabar con ellos de una vez por todas, pero lo hizo. Lo hizo combatiéndolas como si fuesen ratas. Fui con él, ayudándole a hacer el trabajo, mientras él consultaba un mapa.

—Todos los informes conducen a esta calle —dijo Burman—. Un despertador que sonó de repente fue abandonado cerca de aquí. Y dos pequeñas piezas de coches fueron robadas por esta zona. Las lanzaderas han sido vistas entrando o saliendo por aquí. Cinco gatos fueron despellejados con toda pericia en este punto. Todos los demás incidentes han tenido lugar en este radio.

—Lo que significa —supuse yo—, que la reina está escondida en algún lugar cercano.

—Sí.

Recorrió con la mirada la calle vacía sobre la luna creciente, que arrojaba una luz enfermiza. Eran las dos de la madrugada.

—¡Acabaremos muy pronto con este asunto!

Ató al extremo de un hilo de algodón firme una cadenita de plata, clavó el hilo a la pared y dejó caer la cadena sobre el asfalto. Hice lo mismo con un reloj roto. Distribuimos varias ruedecillas, material de cámaras y algunos montoncitos de alambres de cobre y otras curiosidades atractivas.

Tres horas más tarde, regresamos acompañados por la policía. Los agentes llevaban mazas y martillos. Todos íbamos ataviados con refuerzos de metal que nos cubrían hasta media pierna y que habían sido fabricados en poco tiempo por un diestro herrero.

¡La trampa había funcionado! Varios hilos de algodón estaban rotos después de haber sido desenrollados un poco, pero otros estaban intactos. Todos ellos conducían o señalaban a una rejilla de acero, que daba al sótano de un almacén abandonado. Al asomarnos a una ventana, pudimos ver unos cuantos hilos delatores.

—¡Ahora! —dijo Burman, y entramos rápidamente.

Las cerraduras oxidadas reventaron, las puertas podridas cayeron e irrumpimos en el almacén y bajamos al sótano.

Había una cosa pequeña con forma de ataúd en una pared, una cosa que cliqueaba firmemente mientras sus lentes nos miraban con una total falta de emoción. Era muy similar a la madre robot, pero sólo tenía un cuarto de su tamaño. Bajo la luz de las

linternas de la policía, era una cosa siniestra y ominosa de terrible significado. A su alrededor, un activo clan pululaba por el suelo, zumbando y cliqueando con furia metálica.

Nos abrimos paso entre los furiosos zumbidos y craqueos de los escalpelos al rozar el acero. Burman llegó primero al ataúd, lo aplastó con un poderoso golpe de su martillo de cinco kilos, y luego lo dejó convertido en un amasijo con una rápida sucesión de golpes. Acabó exhausto. La hija de la madre robot había dejado de existir, y su extraña prole no se movía.

Burman se sentó en una caja de madera, se secó el sudor de la frente y exclamó:

—¡Gracias a Dios que ya ha acabado!

¡*Tic-tic-tic!*

Se puso en pie de un salto y blandió el martillo. En sus ojos había una expresión salvaje.

—Es sólo mi reloj —se disculpó uno de los policías—. Es de los baratos, y hace mucho ruido.

Se lo quitó para mostrárselo al preocupado Burman.

—¡*Tic!* ¡*Tic!* —dijo el reloj, con mecánico aplomo.

El cohete de 1955

C. M. Kornbluth (1923-1958)

Stirring Science Fiction, abril

C. M. Kornbluth fue miembro de los legendarios Futurianos, el grupo de chicos de Nueva York que se formó en los comienzos del «fandom» y de cuyas filas saldrían muchos de los escritores y editores importantes del género. Las historias en solitario de Kornbluth eran a menudo sombrías, reflejaban su personalidad y su actitud generalmente cínica hacia el mundo. Sus colaboraciones con Frederick Pohl se han convertido en clásicos, pero fue una voz individual muy importante en la ciencia ficción, y nunca ha llegado a ser reemplazado.

El relato ultracorto es una de las formas literarias más difíciles, pero no para Cyril Kornbluth.

(Estoy seguro de que Marty no llegó a conocer a Cyril Kornbluth, que murió de un ataque al corazón a una edad trágicamente joven; pero yo sí. Creo que era el más joven de los Futurianos, tres años menor que yo, así que sólo tenía quince cuando nació la organización teniéndonos a ambos como miembros. También era posiblemente el más brillante de todos nosotros, pero errática y morosamente brillante. Se sentía cercano a Fred Pohl, con quien intimó. Nunca lo hizo conmigo. Me parece que no le caía muy bien: creo que porque yo era alegre, charlatán y tan egoísta que nunca advertí que así fuera. Después de que muriera y yo me percibiera de ello, sentí no haber hecho ningún esfuerzo para llevarme mejor con él, pero, por supuesto, ya era demasiado tarde. I. A.)

El plan fue idea de Fein, pero los detalles que lo convirtieron en algo más que un sueño y su operatividad dependieron de mí. No sé cuánto tiempo estuvo incubando el plan, pero un día de primavera, Fein, me lo expuso crudamente. Señalé algunos errores, lo corregí, lo amplié en general y le dije que no quería formar parte de él..., y cambié de opinión cuando me amenazó con revelar ciertas indiscreciones cometidas por mí algunos años antes.

Tuve que pasar varios meses en Europa llevando a cabo una investigación incidental para el trabajo. Regresé con pruebas grabadas, viejos periódicos y fotocopias de ciertos documentos. Había una pequeña entrevista con aquel viejo vienés de pelo rizado, incondicionalmente adorado por la multitud; se convenció gracias a la veracidad de los datos que había recopilado, y pensó que sería una buena idea ayudarnos.

Todos ustedes saben lo que pasó a continuación: la histórica alocución radiofónica del profesor. Fein había hecho el boceto. Yo lo había reescrito y le había dicho al astrónomo que imitara el acento alemán mientras lo leía. Algunas de las frases eran maravillosas: «¡Dominio americano sobre los planetas!..., el telón descornado por fin..., el hombre desafía la gravedad..., viajar a través del espacio infinito..., ¡plantar la bandera blanca, roja y azul en el suelo de Marte!».

Los donativos pedidos empezaron a llegar. Los periódicos y las revistas donaron, con ostentación, enormes cheques por valor de varios miles de dólares; el gobierno concedió medio millón; un pequeño donativo vino de la «Semana del Cohete» celebrada en los colegios de toda la nación; pero las contribuciones independientes fueron las más grandes. Recaudamos siete millones de dólares y empezamos a construir la nave espacial.

El francio que se nos llevó la mayor parte del dinero, era latón; el fluorino monoatómico que nos proporcionaba nuestra terrible velocidad, era hidrógeno. El despegue fue una fiesta para los noticiarios: el proyectil grande, brillante y extravagante con focos y reflectores; discursos a cargo del profesor Farley, que iba a pilotarlo hacia Marte, sonriendo ante las cámaras. Subió por una escalerilla adosada lateralmente, y luego se introdujo en el compartimento de mando. Cerré la escotilla a prueba de sonido, sonriendo mientras él la aporreaba pidiendo que le dejara salir. Para su sorpresa, no había ningún duplicado de los elaborados controles simulados con los que había estado practicando durante las últimas semanas.

Advertí a los periodistas que se pusieran a cubierto y le tendí al profesor la clavija que pondría el cohete en marcha. Él dudó largo rato. Fein le murmuró al oído:

—Anna Pareloff de Cracovia, *Herr Professor*...

La clavija entró en el enchufe. El proyectil se alzó rugiendo en el aire un centenar de metros mientras dibujaba una curva ascendente..., entonces explotó.

Un fotógrafo, ansioso por tomar una buena foto, murió en el acto. Lo mismo sucedió con algunos chiquillos. El tejado de acero nos protegió a los demás. Fein y yo nos dimos la mano mientras los periodistas corrían hacia los teléfonos que habíamos

instalado.

Pero el profesor se emborrachó y, disgustado con la parte que había jugado en el asunto, lo contó todo y después se envenenó. Fein y yo dejamos atrás el dinero y nos embarcamos en un carguero. Fuimos detenidos por un comité de vigilancia (encabezado por un hombre que había perdido cincuenta centavos con nuestro cohete). Fein estaba demasiado asustado para hablar o escribir, así que lo colgaron primero, y me dieron papel y lápiz para que escribiera la historia lo mejor que pudiera.

Aquí vienen, con una insultante cuerda de cáñamo.

Dios microcósmico

Theodore Sturgeon (1918-1985)^[8]

Astounding Science Fiction, abril

Son muchos los que creen que éste es el mejor de todos los relatos que han surgido de la máquina de escribir de Theodore Sturgeon. Fue seleccionado por los Escritores de Ciencia Ficción de América para su Sala de la Fama, y ha recibido excelentes críticas en numerosas revistas.

El tema de la supervivencia tiene una larga historia en la ciencia ficción, pero nadie ha sobrepasado nunca al Sturgeon que escribió esta imaginativa y convincente historia.

(¿El mejor de todos sus relatos? Sí, me cuento entre aquellos a los que Marty se refiere como «muchos». Creo que éste es el mejor de sus relatos de ciencia ficción. Aunque me parecen mejores «Ello»^[9] y «Las manos de Bianca»^[10], pero los dos son de fantasía. Debo decir que lo que más me provocó el relato fue la compasión y pena hacia las pequeñas criaturas e indignación hacia el «dios» que, en mi mente y en la época en que leí el libro, era muy similar al «Dios» que nos habían enseñado a amar y admirar. ¡Recuerden cómo era 1941! I. A.)

Ésta es la historia de un hombre que tuvo demasiado poder y de otro hombre que cobraba demasiado; pero no se preocupen, no voy a empezar a hablar de política: el hombre que tenía poder se llamaba James Kidder y el otro era un banquero.

Kidder era lo que se dice un tipo interesante. Era un científico y residía en una pequeña y lejana isla de la costa de Nueva Inglaterra, de la que era único habitante. No se trata de uno de esos enanos diminutos y sabios sobre los cuales ya han leído ustedes bastante. Su chifladura no era egoísta y tampoco era un megalómano de nombre ruso y sin escrúpulos. No era insidioso ni exageradamente subversivo. Seguía llevando el pelo corto, tenía limpias las uñas y vivía y pensaba como cualquier otro ser humano razonable. Tenía cara de niño y cierta inclinación a la vida de los anacoretas. Era pequeño, regordete y... brillante. Se había especializado en bioquímica y era conocido como Mister Kidder: nada de «doctor» ni «profesor»; simplemente Mister Kidder.

Era, y había sido siempre, algo extraordinario; lo que podríamos llamar una especie de mirlo blanco. Nunca se graduó en ningún colegio o universidad, porque la pauta de los estudios en estos lugares era demasiado lenta y no quería someterse a ningún sistema disciplinario para su educación. Nunca creyó que los catedráticos supieran media palabra de lo que enseñaban y lo mismo pensaba de sus textos. Siempre estaba poniéndoles pegas y no le desagradaba ponerles en ridículo. Consideraba a Gregorio Mendel como un embustero chabacano, a Darwin como un filósofo humorista y a Lutero Burbank como un sensacionalista. En cuanto abría la boca, dejaba a su víctima descorazonada. Si su contrincante era hombre que tenía buenos argumentos, lo embestía y se los retorció hasta dejarle sin respiración. Si hablaba con alguien cuyos conocimientos él ya poseía, no paraba de preguntarle una y otra vez:

—¿Cómo lo sabe?

Su placer predilecto consistía en interrumpir la peroración de cualquier fanático y hacerle polvo. Por esto, la gente fue dejándolo solo: nunca lo invitaban a tomar el té. Era cortés, pero no era diplomático.

Tenía algún dinero y, con él, arrendó la isla y se construyó un laboratorio. Ya he dicho antes que era bioquímico; pero, debido a su carácter no supo evitar meter las narices en otros campos de la investigación. Nada tenía de raro que emprendiera una excursión científica lo bastante amplia para llegar a perfeccionar un método económicamente productivo de cristalización de la vitamina B1, que podía rendir toneladas, si es que alguien la necesitaba por toneladas. Lo cierto es que, con esto, ganó mucho dinero, compró inmediatamente su isla y puso ochocientos hombres a trabajar en un acre y medio de terreno, junto a su laboratorio, y les mandó construir un edificio para sus trabajos. Se metió en el negocio de la fibra sisal, resolviendo la manera de tratarla, e impulsando la industria de los plátanos, produciendo una cuerda realmente irrompible con sus cáscaras. No habrán olvidado ustedes la pintoresca demostración que organizó sobre el mismísimo Niágara, ¿verdad? Cuando mandó

colocar un tramo de la nueva cuerda de punta a punta sobre las cascadas y suspendió en el centro un camión de diez toneladas colgando del filo de unas hojas de afeitar apoyadas en la cuerda. Por esto, ahora, las naves atracan con esta especie de calabotes, no más gruesos que un lápiz y que pueden ser enrollados en carretes como si se tratara de la manga de riego de un jardín. Con el dinero que esto le dio tuvo para cigarrillos y le quedó bastante para comprarse un ciclotrón.

Pero, a partir de entonces, el dinero ya no fue jamás dinero para él. Se convirtió en grandes números que se inscribían en pequeños libros. De momento, Kidder empleaba pequeñas cantidades para adquirir alimentos y equipo que le eran enviados; pero pasado algún tiempo ni siquiera esto ocurrió. El banco envió en hidroavión a un mensajero para que averiguara si Kidder seguía con vida. El hombre volvió dos días después, en estado de estupefacción, terriblemente maravillado de las cosas que había visto en la isla. Kidder estaba vivo, desde luego, y se dedicaba a producir abundantes cantidades de alimentos de una rara y simplificada forma sintética. El banco le escribió de inmediato preguntándole si deseaba dar a la publicidad, en su propio beneficio, el secreto de su limpio cultivo. Kidder contestó que con mucho gusto, e incluso les remitió las fórmulas. Añadió en la carta que no había publicado su información porque no creía que pudiese interesar a nadie. Esto dijo el hombre, responsable de la transformación social más importante de la segunda mitad del siglo xx, gracias a su elaboración de cultivos. Claro que tal elaboración le hizo todavía más rico; o mejor dicho: hizo todavía más rico a su banquero. A él le importaba un comino.

En realidad, Kidder no puso en marcha la fabricación hasta después de transcurridos unos ocho meses de la visita del mensajero. Si se piensa que se trataba de un bioquímico que ni siquiera tenía el título de «doctor», no puede negarse que lo hizo bien. He aquí una lista parcial de las cosas que logró transformar:

Obtuvo una aleación de aluminio, de rendimiento comercial aceptable, que era más duro que el mejor acero y que podía usarse como material de construcción.

Exhibió una especie de chisme, al que él llamaba «bomba de luz», que trabajaba apoyándose en la teoría de que la luz es una forma de la materia y que, por tanto, está sujeta a las leyes físicas y electromagnéticas. Cerraba una habitación en la que hubiese una sola fuente de luz y, por medio de la bomba, proyectaba un campo cilíndrico-magnéticovibratorio de manera que la luz se deslizara por él. La luz pasaba luego a través de la «lente» de Kidder, una especie de anillo que perpetúa un campo eléctrico a lo largo de un obturador de cámara, tipo iris, de alta velocidad. Debajo de esto se encontraba el centro de la bomba de luz, es decir, un aparato que absorbía la luz, como una especie de cristal que se podría decir que la escondía o perdía entre sus facetas internas. El efecto de oscurecimiento de una habitación con este aparato es pequeño pero mensurable. Perdonen mi lenguaje profano, pero espero que valga para dar una idea general.

Clorofila sintética en barriles.

Un avión impulsado eficazmente a ocho veces la velocidad del sonido.

Un aparato sencillo que sirve para cepillar las viejas pinturas, las endurece y luego las arranca como si fuesen jirones de tela. La vieja pintura desaparece. Esto consiguió, amigos.

Un generador automático desintegrador de átomos del isótopo del uranio 238, que es doscientas veces más abundante que el antes tan cotizado U-235.

Esto era todo, por el momento. Si se me permite repetirme, diré que para un bioquímico que no era todavía «doctor», no estaba mal.

Al parecer, Kidder no se daba cuenta de que, en su pequeña isla, tenía bastante poder como para adueñarse del mundo. Su mente no se interesaba por detalles de esta naturaleza. Con tal de que le dejaran tranquilo con sus experimentos, no tenía inconveniente y se complacía en dejar al resto del mundo con sus chapuceros y primarios recursos. El único sistema para establecer contacto con él consistía en una radio, de su propia invención, cuyo único modelo estaba encerrado bajo llave en los subterráneos de un banco de Boston. Únicamente un hombre podía hacerlo funcionar. El transmisor, de extraordinaria sensibilidad, sólo reaccionaba al contacto de las vibraciones que producía, precisamente, el cuerpo de Conant.

Kidder había advertido a Conant que no debía molestarle más que con mensajes de extraordinaria importancia. Las ideas patentadas que Conant había logrado arrancarle, estaban registradas bajo seudónimos que sólo Conant conocía. Pero a tal clase de detalles, Kidder no prestaba la menor atención.

En consecuencia, el resultado fue la vulgarización de los más pasmosos adelantos producidos desde los albores de la civilización. La nación sacó de ello provecho, como lo sacó el mundo entero; pero quien se aprovechó más que nadie fue el propio banco, que empezó a crecer cada vez más. Empezó a meter baza en otros asuntos, y, como esto dio ocasión a que se movieran más dedos, hubo necesidad de más bazas y de mayor cantidad de naipes. Pasados algunos años, el poder del banco fue tan grande gracias a las armas que le había proporcionado Kidder, que casi podía competir, en fuerza, con el propio Kidder.

Ya sé que muchos que me están leyendo están murmurando que ese Kidder es inverosímil y que no es posible que un hombre pueda perfeccionarse a sí mismo en tantas disciplinas y en tantas ciencias.

Bien, puede que en cierto modo tengan razón. Kidder era un genio. Concedido. Pero no era un genio creador. Era simplemente un estudiante que aplicaba lo que sabía, lo que veía, lo que le habían enseñado. Cuando empezó a trabajar en su nuevo laboratorio de la isla, más o menos razonaba de esta forma:

«Yo sólo sé que he aprendido gracias a las observaciones y a los escritos de otros hombres que, a su vez... Y así sucesivamente. Alguna vez, en algún tiempo, alguien tropieza con una idea nueva y él, u otro más inteligente, utiliza la idea y la populariza. Pero, para uno que descubre realmente algo nuevo, hay un par de millones que sólo recogen y entregan a sus descendientes información que ya es conocida. Si pudiera

saltar por encima de las leyes evolucionistas, yo sabría más. Esperar que se produzcan los accidentes que pueden acrecentar el conocimiento humano —mi conocimiento— requiere demasiado tiempo. Si yo fuese más audaz, podría encontrar un medio de saltar en el punto y, resbalando por encima de su superficie, podría pararme precisamente allí donde encontrara algo nuevo. Pero el tiempo no es buen camino para eso. No se puede dejar atrás ni empujarlo hacia adelante. ¿Qué otro camino queda?

»Bien: la fórmula consiste en acelerar la evolución intelectual de manera que yo pueda observar lo que se trama. Esto parece poco práctico. Disciplinar para ello a las mentes humanas me tomaría más tiempo que el que necesitaría yo mismo para aprender a pensar de este modo. Pero yo no puedo tampoco, por mí mismo, obtener dicha aceleración. Ningún hombre podría.

»Me declaro vencido. Yo no puedo acelerarme ni puedo acelerar las mentes de otros hombres. ¿No existe otra alternativa? Debe haberla: en alguna parte, alguien puede dar con la respuesta».

Así, pues, fue sobre esto, y no sobre eugenesia, bombas de luz, o botánica o física atómica, que se encaminaron las investigaciones de James Kidder. Como hombre práctico encontró que el problema era demasiado metafísico; pero lo abordó con peculiar perfección, mediante su lógica propia y característica. Día tras día, vagabundeaba por su isla, echando desperdicios a las gaviotas y soltando tacos, desesperado. Luego siguió una época en que permaneció encerrado y meditabundo. Poco después de ocurrir esto, se entregaba febrilmente a su trabajo.

Trabajaba en el terreno que le era más conocido de la bioquímica y se concentraba en dos temas principales: la genética y el metabolismo animal. Aprendía y archivaba en su mente insaciable muchas cosas que nada tenían que ver con el problema del momento y muy poco con lo que andaba buscando. Pero él juntaba este poco a lo poco que sabía e intuía y, con el tiempo, logró una serie de factores conocidos con los cuales era posible trabajar. Su trabajo era típicamente arbitrario. Hacía cosas equivalentes a multiplicar manzanas por peras y equilibraba ecuaciones añadiendo el $\log \sqrt{-1}$ a un lado y ∞ al otro. Cometía errores, pero únicamente uno de cada género y, más tarde, sólo uno de cada especie. Pasó tantas horas ante su microscopio, que tuvo que dejar de trabajar durante dos días para librarse de una especie de alucinación que consistía en creer que su propia sangre circulaba por los tubos del microscopio. No se valió nunca del método de tanteo porque lo consideraba algo chapucero.

Obtuvo resultados. La suerte le acompañó desde el principio, sobre todo cuando llegó a plantear la ley de probabilidades y la redujo a un número de términos tan limitado, que llegó a saber casi individualmente qué experimentos no iban a dar resultado.

Cuando vio sobre el cristal de observación que aquella materia parda, viscosa y semifluida empezaba a moverse sola, supo que se encontraba en la buena pista.

Cuando empezó a buscar en sí misma la manera de alimentarse, comenzó a sentirse excitado. Cuando se dividió y, a las pocas horas, se volvió a dividir y comprobó que cada parte crecía y volvía a dividirse, se sintió triunfante y comprendió que había creado vida.

Alimentaba aquellos diminutos productos de su inteligencia y sudaba esforzándose en prepararles caldos de cultivo adecuados y, además, los inoculó, los dosificó y los roció. Cada paso que daba le anunciaba el siguiente y, en sus probetas, sus tubos y sus incubadoras, aparecieron criaturas como amebas y luego pequeños animálculos ciliados, y más y más rápidamente, fueron apareciendo seres con una mancha ocular, con quistes nerviosos, y finalmente —victoria de las victorias—, un verdadero blastópodo que poseía varias células en lugar de una sola. Con mayor calma, logró desarrollarlo hasta conseguir el gastrópodo y, una vez obtenido, no le resultó muy difícil dotarle de órganos, cada uno para realizar una función específica, cada uno heredable.

Luego empezó el cultivo de seres parecidos a moluscos y luego criaturas con branquias cada vez más perfeccionadas. El día que logró que una cosa indescriptible trepara por una tablilla inclinada al exterior de uno de sus tanques llenos de agua e hinchara sus agallas para respirar aire, Kidder abandonó su trabajo y se fue al otro extremo de la isla y se emborrachó como un cosaco. Pero pronto volvió a su trabajo, olvidándose de comer y dormir, obsesionado con su problema.

Exploró otro camino de su ciencia y así cazó otro triunfo: el del metabolismo acelerado. Extrajo y refinó los factores estimulantes en alcohol, cocaína, heroína y en *Cannabis indica*, que constituye el mejor traficante en drogas de nuestra madre naturaleza.

Al igual que los científicos que, analizando los varios agentes coagulantes para el tratamiento de la sangre, han encontrado que el ácido oxálico es el único factor activo, Kidder separó los aceleradores de los deceleradores, los estimulantes de los soporíferos de cada sustancia que, perennemente, corroe la moralidad humana, logrando así un «noble experimento». En el curso del proceso encontró algo que le era muy necesario: un elixir incoloro que hacía que el sueño fuese la evitable e inútil pérdida de tiempo que debía ser. Inmediatamente inició una jornada de veinticuatro horas.

Sintetizó artificialmente las sustancias que había encontrado y, al aislarlas, se desprendió de gran cantidad de componentes inútiles. Siguió el ensayo a lo largo del trazado de las radiaciones y vibraciones. En las radiaciones rojas más largas, descubrió algo que, al ser proyectado a través de un recipiente lleno de aire, vibrara a velocidades supersónicas y luego fuera polarizado, acelerando veinte veces los latidos del corazón de los pequeños animales. En consecuencia, comían veinte veces más, crecían veinte veces más de prisa y morían veinte veces más pronto.

Kidder construyó una habitación grande y herméticamente cerrada. Encima había otra habitación de igual amplitud y anchura, pero menos alta. Constituía su cámara de

control. La gran habitación estaba dividida en cuatro secciones cerradas, cada una con diminutas cabrias y grúas para ayudar al manejo de maquinaria de toda clase. Había también escotillones con cerraduras a presión, que comunicaban la habitación con las otras inferiores.

Entre tanto, el otro laboratorio había producido un cuadrúpedo de sangre caliente, con piel de serpiente y ciclo vital sorprendentemente rápido. Una generación cada ocho días con una duración de vida de unos quince. Se parecía al erizo, era ovíparo y mamífero. Sus períodos de gestación eran de seis horas; los huevos se incubaban en tres días. Los recién nacidos alcanzaban madurez sexual en cuatro días. Cada hembra ponía cuatro huevos y vivía lo suficiente para cuidar de los jóvenes después que habían nacido. El macho, por lo general, moría dos o tres horas después del apareamiento. Se trataba de unos seres altamente adaptables. Eran pequeños, no tenían más de ocho centímetros de largo y cinco de alto. Sus garras delanteras tenían tres dedos y un pulgar con tres articulaciones y movimiento de oposición. Estaban adaptados para vivir en una atmósfera de gran concentración de amoníaco. Kidder cogió cuatro de las criaturas y puso un grupo en cada sección de la habitación hermética.

Desde entonces todo fue fácil. Con sus atmósferas controladas, varió las temperaturas, la dosificación del oxígeno y la humedad. Los mataba como moscas con excesos de anhídrido carbónico, por ejemplo, y los supervivientes transmitían su resistencia física a la próxima generación. Periódicamente cambiaba los huevos de una de las secciones cerradas a otra, para obtener variaciones raciales. Rápidamente, bajo tales condiciones controladas, las criaturas comenzaron a evolucionar.

De modo que ésta fue la respuesta a su problema. No podía acelerar lo bastante el avance intelectual de la humanidad para que pudiesen mostrarle las cosas «avanzadas» por las que su mente suspiraba. Tampoco podía acelerar su avance intelectual. Por esto creó una raza nueva, una raza que podía desenvolverse y evolucionar tan rápidamente, que pronto llegaría a sobrepasar la civilización del hombre; y éste aprendería de ella.

Estaban por completo en poder de Kidder. La atmósfera normal terrestre podía envenenarles y así se preocupó de demostrárselo a cada cuarta generación. No podían intentar nada para escapársele. Vivirían sus vidas y progresarían, harían sus propios experimentos y cometerían sus aciertos y sus errores, centenares de veces más rápidamente que los hombres. Tenían cierta ventaja sobre el hombre porque Kidder les guiaba. El hombre había necesitado, en realidad, seis mil años para descubrir la ciencia y otros trescientos para aplicarla al trabajo. Las criaturas de Kidder necesitaron doscientos días para lograr el nivel mental humano. Desde entonces, la espasmódica producción de Kidder hizo que el lejano y genial Thomas Edison se convirtiera en un artesano intentando hacer chapuzas.

Les llamó Neoterics y les obligó a que trabajaran para él. Kidder disponía de inventiva ideológica; es decir, podía plantearse problemas imposibles con tal de que

no tuviera que resolverlos él mismo. Por ejemplo, quería que los Neoterics encontraran por sí mismos un medio de construir refugios con material poroso. Creó la necesidad de tales refugios sometiendo a una de las secciones a una temperatura tan altamente fuerte, que aplastaba a sus moradores. Rápidamente los Neoterics inventaron refugios impermeables con el delgado material de tal clase que había apilado en un ángulo. Inmediatamente Kidder les derribó la frágil estructura con una ráfaga de aire frío. Ellos levantaron de nuevo la construcción de manera que resistiera al viento y a la lluvia. Kidder bajó tan rápidamente la temperatura, que no pudieron adaptar sus cuerpos a ella. Entonces calentaron sus refugios con pequeños braseros. Kidder, rápidamente, lo cambió en calor, hasta que empezaron a asarse y a morir. Después de unas pocas muertes, uno de los jóvenes, más despierto, resolvió la manera de construir una fuerte casa aislante usando tres capas de goma con la capa intermedia perforada miles de veces para crear delgadas bolsas de aire.

Con tales tácticas, Kidder les obligaba a desarrollar altamente su pequeña cultura. Produjo una sequía en una sección y un exceso de humedad en otra y luego abrió el tabique de comunicación entre ambas. Inmediatamente se produjo una gran guerra espectacular y el libro de notas de Kidder se llenó de información relativa a armas y tácticas militares. También inventaron la vacuna contra el catarro común, razón por la cual esta calamidad ha sido absolutamente extinguida en el mundo, ya que ésta fue una de las cosas de las que Conant, presidente del banco, pudo apoderarse.

En una tarde de invierno, habló a Kidder a través del radiófono con una voz tan ronca por la laringitis que Kidder le mandó un frasco de vacuna y le dijo, chillando, que jamás le volviese a llamar en semejante estado que le hacía inaudible. Conant mandó analizar la vacuna y de nuevo se engrosaron las cuentas de Kidder y las del banco.

Al principio, Kidder se limitaba a proporcionar los materiales que imaginaba que podrían necesitar; pero cuando ellos llegaron a un desarrollo tal de su inteligencia que podían fabricárselos por sí mismos, se limitó a dar a cada sección un *stock* de materias primas. El proceso para la obtención de aluminio fuerte se desarrolló cuando él construyó un vasto émbolo en una de las secciones, que se extendía de pared a pared y que estaba proyectado para que pudiera descender a razón de diez centímetros por día, hasta que aplastara todo lo que hubiese en su base. Los Neoterics, para su propia defensa, usaron el material duro que encontraron a mano para detener la muerte inexorable que les amenazaba. Pero Kidder había arreglado las cosas de modo que sólo disponían de óxido de aluminio y cierta mezcla de otros elementos con abundancia de fuerza eléctrica. Al principio amontonaron docenas de pilares y cuando éstos fueron aplastados y retorcidos, intentaron modelarlos de manera que el blando material aguantara más peso. Cuando éstos fallaron, rápidamente construyeron otros más fuertes y cuando por fin el émbolo fue detenido, Kidder quitó uno de los pilares y lo analizó. Era aluminio reforzado y más tenaz que el molibdenoacero.

La experiencia demostró a Kidder que debía hacer ciertas modificaciones si quería conservar su dominio sobre los Neoterics antes de que fueran demasiado ingeniosos. Había cosas que podían hacerse con fuerza atómica, sobre las cuales sentía gran curiosidad; pero no quería ver metidos a sus pequeños supercientíficos en una cosa como ésta, a no ser que pudiera confiar en que la emplearían estrictamente como Dios manda. Entonces ideó la invención de una «Regla de temor». La más trivial desviación de lo que él consideraba el camino recto para hacer las cosas, llevaba aparejada, al instante, la muerte de la mitad de la tribu. Si él se proponía desarrollar, por ejemplo, una instalación de fuerza de tipo diésel que operaría sin volante, y alguno de los jóvenes e inteligentes Neoterics empleaba tales materiales con fines arquitectónicos distintos, la mitad de la tribu desaparecería en el acto. Desde luego, los Neoterics habían establecido una especie de lenguaje escrito: el lenguaje de Kidder. Colocó un teletipo en una zona rodeada de cristal en un rincón de cada sección, que fue respetada como un relicario. Todas las disposiciones que allí se inscribían debían ser obedecidas, de lo contrario... Después de tal innovación, el trabajo de Kidder resultó mucho más sencillo. No hubo necesidad de vigilar las conductas equívocas. Todo lo que él necesitaba que se hiciera, se hacía. No importaba que se tratara de encargos imposibles: bastaban cuatro generaciones de Neoterics para que encontrasen la manera de realizarlos.

El siguiente documento procede de un papel que una de las rápidas cámaras fototelescópicas de Kidder descubrió mientras circulaba entre los Neoterics más jóvenes. Lo traducimos de la escritura altamente simplificada que utilizaban los Neoterics.

«Estos mandamientos serán obedecidos por todos los Neoterics, bajo pena de muerte. El castigo será aplicado por la tribu al rebelde para protegerse contra su rebeldía.

»Las órdenes que aparezcan en la Máquina, tendrán prioridad de interés y de fuerza individual y tribal.

»Cualquier mal uso de material o de fuerza de sentido contrario al dispuesto por la Máquina, será castigado con la muerte, a no ser que no existiera disposición escrita que se oponga a tal uso.

»Cualquier información relativa al problema que se está resolviendo o cualquier idea o experimento que pueda contribuir a la solución del mencionado problema, son de propiedad de la tribu.

»Cualquier fallo individual en la cooperación al esfuerzo que realiza la tribu, cualquiera que sea el culpable de no emplear todos sus esfuerzos en el trabajo, o cualquiera que sea susceptible de tal sospecha, será castigado con la pena de muerte».

Tales fueron los resultados de una dominación total. Este papel impresionó mucho a Kidder por lo que tenía de espontáneo. Era algo inventado por los mismos Neoterics y desarrollado por ellos, en defensa de su propio bienestar.

De este modo, Kidder llegó a su apoteosis. Agachado en la habitación superior,

yendo de un telescopio a otro, revelando lentamente las películas que le procuraban sus rápidas cámaras, llegó a ser poseedor de una fuente de información manejable y dinámica. Encerrado en el gran edificio cuadrado, con sus cuatro secciones de medio acre de extensión, disponía de un mundo nuevo; del cual era el verdadero dios.

La mente de Conant se parecía a la de Kidder en el sentido de que ambos iban a la solución de no importa qué problema, siguiendo la distancia más corta entre dos puntos y sin preocuparse de si siguiendo esta ruta se encontraba mayor o menor resistencia. Su ascenso a la presidencia del banco fue el resultado de crueles intrigas, que no tuvieron mayor justificación que la que puede ofrecer la consecución de lo que se había propuesto. Como un general superdotado, no vencía a sus enemigos con la sola fuerza del número. También sabía atacar por los flancos y no sólo en uno sino en los dos. Los infelices que asistían a su progreso eran criaturas que no merecían la menor consideración.

Cuando tomó, por ejemplo, posesión de cierta propiedad de unos mil acres, que había pertenecido a un hombre llamado Grady, no le bastó con la propiedad de la tierra. Grady era propietario de un aeropuerto que había sido suyo toda la vida y de su padre antes que de él. Conant ejerció toda clase de presiones sobre este individuo para apoderarse del aeropuerto; pero le encontró dispuesto a ofrecer una resistencia impertérrita. Con juiciosa persuasión, logró que los funcionarios municipales decidiesen excavar una zanja destinada a unas cloacas a todo lo largo del campo y por su mitad, con lo cual logró arruinar el negocio de Grady. Sabiendo que esto daría a Grady motivos para una venganza, adquirió su banco por su valor más la mitad e hizo quiebra. Cuando Grady hubo perdido todo su dinero y fue a terminar sus días en un asilo, Conant se sintió muy orgulloso de su táctica.

Como muchos otros que se sujetan a la cola de Mammon, el dios de las riquezas, Conant no deseaba soltarse. Su vasta organización le producía más dinero y poder del que jamás hubiese obtenido nadie a través de la historia; pero todavía no estaba satisfecho. El dinero era para Conant lo que el saber para Kidder. Las empresas piramidales de Conant representaban para éste lo que los Neoterics para Kidder. Cada uno se había construido su mundo particular; cada uno lo empleaba para su propia instrucción y su provecho particular. Sin embargo, Kidder no molestaba a nadie excepto a sus Neoterics. Y, pese a todo, Conant no era simplemente un miserable. Era un hombre astuto que había descubierto a tiempo lo que vale agradar a la gente. Ningún hombre puede pasar cierto período de años robando constantemente al prójimo, sin dejar de agradar a las gentes a quienes roba. La técnica para hacer esto es bastante complicada; pero cuando se logra dominarla, puede decirse que ya puedes acuñar tu propia moneda.

El gran temor de Conant era que llegase un día en que Kidder se interesara por las cosas de este mundo y empezara a intervenir. ¡Cielos! ¡Con el espantoso poder de que disponía! Para un hombre como Kidder, el insignificante asunto de hacer cambiar una elección podría llevarse a cabo con la misma facilidad que se daba la vuelta en la

cama. Lo único que podía hacer para evitarlo era llamarle de vez en cuando y preguntarle si necesitaba alguna cosa, con el fin de tenerle ocupado. Kidder apreciaba esta atención. Conant, de vez en cuando, sugería algo a Kidder, que le tenía preocupado durante algunas semanas. La «bomba de luz» era uno de los resultados de la imaginación de Conant. Conant apostó con él a que no iba a lograrlo. Kidder la fabricó. Cierta tarde, Kidder contestó al chillido de señal del radiófono. Jurando por lo bajo, dejó de pasar la película que estaba viendo, y cruzó el campamento hacia el laboratorio. Se acercó al radiófono, estiró el enchufe y el chillido cesó.

—¿Qué hay?

—¿Oye? —dijo Conant—. ¿Estás ocupado?

—No mucho —dijo Kidder.

Estaba encantado con las imágenes de la película que había captado: mostraba el hábil trabajo de un grupo de Neoterics sintetizando goma de azufre puro. Le hubiese gustado hablar de ello con Conant pero, fuere por lo que fuese, jamás le había dicho nada de los Neoterics y no iba a empezar entonces. Conant decía:

—Mmm... Kidder. El otro día bajé a mi club y un grupo de los nuestros se pasaron la noche en una charla desatada. Algo dijeron que podría interesarte.

—¿Qué?

—Había un par de muchachos que trabajaban en los servicios públicos. Estás enterado de la energía que se utiliza en este país, ¿no? Un treinta por ciento de energía atómica y el resto eléctrica, diésel y vapor.

—Lo ignoraba —dijo Kidder, que en lo que respecta a los acontecimientos corrientes, estaba menos enterado que un niño.

—Bien. Discutimos sobre la probabilidad de éxito que podría tener una nueva fuente de energía. Uno de los que estaban allí dijo que, en vez de hablar de ello, sería mejor inventar primero una fuente de energía. Otro, en cambio, dijo que no sabría cómo llamar a esta nueva fuente de energía, pero que podría describirla. Decía que debería tener todas las condiciones de las actuales más una o dos más. Como, por ejemplo, que fuera más barata y más eficiente. Podría superar a las otras en su fácil transporte desde el lugar en que se instalara la fuerza hasta el consumidor. ¿Comprendes lo que quiero decir? Cualquiera de estos factores puede justificar una nueva fuente de energía que compita con las que ya tenemos. Pero lo que yo quisiera ver es una fuerza nueva que tuviera todos esos factores. ¿Qué te parece?

—No es imposible.

—¿Tú crees?

—Lo intentaré.

—No pierdas el contacto.

El transmisor de Conant dio un golpe seco. El enchufe consistía en una pequeña pieza de engaño que Kidder había introducido en el aparato sin que lo supiera Conant. Cuando Conant se separó del receptor, éste siguió funcionando mientras él creía que estaba desconectado. Así Kidder oyó cómo el banquero murmuraba:

«Si lo logra, me pongo las botas. Si no lo logra, por lo menos este loco extravagante seguirá ocupado y encerrado en su isla».

Kidder se quedó mirando el radiófono durante largo tiempo, frunciendo las cejas; luego se encogió de hombros. Resultaba evidente que Conant tenía algo entre ceja y ceja; pero esto a Kidder no le preocupaba. ¿Había alguien en la Tierra que necesitara perjudicarlo? Él no incomodaba a nadie. Se volvió hacia el edificio de los Neoterics, preocupado con la nueva idea de la fuente de energía.

Once días después, Kidder llamó a Conant y le dio instrucciones concretas sobre la forma de equipar su receptor con una colección de planos que podrían hacer que Kidder pudiese transmitir su escritura por los aires. En cuanto estuvo hecho esto y Kidder tuvo noticia de ello, el bioquímico, por una vez en la vida, habló con cierta locuacidad:

—Conant, tú dabas por sentado que no existe una nueva fuente de energía más barata, más eficiente y más fácilmente transportable que las que existen hoy día. Puede que te interese el nuevo generador que acabo de instalar. Tiene fuerza, Conant, una fuerza increíble. Mando un hermoso haz compacto. Anda, mira esto y regístralo en tus planos.

Kidder deslizó una hoja de papel por debajo de los sujetadores de su transmisor y la hoja apareció en el aparato de Conant.

—Aquí tienes el diagrama para montar un receptor de fuerza. Ahora escucha: el haz es tan compacto, tan altamente dirigible, que ni un mil por ciento de la fuerza se perdería en tres mil kilómetros de transmisión. Es un circuito cerrado. O sea que cualquier mengua en el haz produce una señal a lo largo del mismo haz hasta que automáticamente acrecienta la producción de energía. Claro que eso tiene un límite, pero es un límite muy alto. Y hay más: este pequeño aparato puede transmitir ocho haces por minuto, con un total de unos ocho mil caballos de fuerza por haz y por minuto, y, de cada uno de ellos, se puede derivar la energía necesaria, ya sea para volver la página de un libro o para hacer volar un aparato hasta la estratosfera. ¡Espera! Todavía no he terminado: cada haz, como te decía antes, devuelve una señal del receptor al transmisor. Esto permite, no sólo controlar la suma de energía del destello, sino también dirigirla. Establecido el contacto, el haz es permanente: sigue al receptor a todas partes. De este modo puede proporcionar fuerza para vehículos de tierra, mar y aire y para una instalación estacionaria. ¿Te gusta?

Conant, que era banquero y no científico, se secó la frente, abrigada por el sudor, con el dorso de la mano, y dijo:

—Me consta, Kidder, que nunca me has dirigido por senderos equivocados. ¿Cuánto puede costar, más o menos, este aparato?

—Mucho —contestó Kidder rápidamente—. Tanto como una instalación atómica. Pero no habrá cables de alta tensión, ni alambres, ni tuberías ni nada. Los receptores son un poco más complicados que los receptores de radio. El transmisor, ¡bueno!, éste sí que requiere verdadero trabajo.

—No te ha tomado mucho tiempo —dijo Conant.

—No —admitió Kidder—. No me lo tomó.

Se trataba del trabajo de toda la vida de casi doce centenares de seres altamente cultos; pero Kidder no iba a hablar de eso.

—Claro está que, lo que yo tengo aquí, es el modelo —añadió.

La voz de Conant vibró más fuerte:

—¿El modelo? ¿Y cuánto rinde?

—Por encima de los sesenta mil caballos de fuerza —respondió Kidder jovialmente.

—¡Cielos! Entonces, en una máquina de gran tamaño, un transmisor bastaría para...

Durante un momento, Conant se sintió sofocado al pensar en las enormes posibilidades de aquel mecanismo.

—Y, ¿cómo se la alimenta?

—De ningún modo —dijo Kidder—. No voy a contártelo ahora. He encontrado una fuerza de energía de poder inimaginable. Es algo muy grande. Algo tan grande, que no puede desperdiciarse.

—¿Cómo? —interrumpió Conant—. ¿Qué quiere decir con esto?

Kidder frunció el ceño. Estaba claro que Conant preparaba alguna treta. Ante la nueva interrupción del banquero, Kidder, pese a que era el menos suspicaz de los hombres, se puso en guardia:

—Quiero decir lo que digo. No intentes comprender demasiado; ¿me entiendes? Apenas si yo me comprendo a mí mismo. Pero la fuente de esta energía es un resultado monstruoso obtenido por el desequilibrio de dos fuerzas previamente igualadas. Estas dos fuerzas son cósmicas en cantidad. En realidad, se fabrican soles y desintegran átomos del mismo modo como se desintegran los átomos que forman el compañero de Sirio. No te figures que es un juguete con el que podrías divertirte.

—Yo, no —dijo Conant con voz embarullada.

—Voy a explicártelo con un ejemplo —dijo Kidder—. Supongamos que tomas dos varillas, una en cada mano. Coloca sus puntas juntas y aprieta. Mientras la presión pasa directamente a lo largo de sus largos ejes, la presión se compensa: la de la mano derecha es anulada por la izquierda y viceversa. Pero ahora llego yo y toco las varillas en el lugar en que se juntan: éstas se separan violentamente y tú te rompes un par de nudillos. La fuerza resultante está en ángulo recto con las fuerzas que ejercías. Mi sistema de transmisión de fuerza se basa en el mismo principio. Basta una cantidad infinitesimal de energía para arrastrar aquellas fuerzas fuera de su línea. Es algo muy sencillo cuando se sabe cómo lograrlo. Lo que importa es saber si se puede controlar la fuerza resultante cuando se obtiene. Yo sí puedo.

—Ya. Ya veo —afirmó Conant. Y, por unos segundos, se permitió un gesto de soberbia—. Dios proteja a las Compañías de Servicios Públicos; no voy a ser yo quien las ampare. ¡Kidder! Necesito un transmisor de gran tamaño.

—¡Menudo ambicioso! —dijo, burlón, por el micrófono—. Ya sabes, Conant, que carezco de personal. Y no puedo dedicarme a fabricar, yo solo, cuatro o cinco mil toneladas de aparatos.

—En cuarenta y ocho horas, te mando quinientos ingenieros y operarios.

—No. No lo hagas. ¿Para qué quieres fastidiarme con esto? Aquí soy enteramente feliz, Conant, y una de las razones de mi felicidad es que no tengo a nadie cerca que me moleste.

—¡Pero, Kidder! No seas así. Yo te pagaré...

—No tienes dinero bastante —replicó Kidder con viveza.

Y desconectó el aparato de Conant, ya que él sí podía desconectarlo.

Conant se puso furioso. Gritó por el fono reiteradamente y empezó a apretar el pulsador de señales. Kidder, en su isla, dejó que la máquina llamara y regresó a su cámara de proyecciones. Se arrepentía ahora de haber transmitido el diagrama al receptor de Conant. Darle fuerza a un coche o a un avión con el modelo de transmisor que había conseguido de los Neoterics podía ser interesante. Pero, ya que Conant se ponía así... ¡bueno! Al fin y al cabo, el receptor no podía funcionar sin el transmisor: cualquier ingeniero de radio podría comprender el diagrama, pero ninguno dispondría del haz que lo ponía en funcionamiento. Conant no podría conseguirlo.

Era una lástima que Kidder no conociera suficientemente a Conant.

Kidder pasa los interminables días ocupado en aprender siempre algo. Ni él ni sus Neoterics dormían jamás. Comía regularmente cada cinco horas, y, cada doce, dedicaba media hora a hacer ejercicio. Jamás sabía el día en que vivía, porque el tiempo carecía de sentido para él. Si tenía necesidad de conocer alguna fecha o de saber el año en que estaba, siempre podría preguntárselo a Conant. A él no le importaba y eso era todo. Repartía su tiempo entre la observación y plantearles nuevos problemas a los Neoterics. Por el momento, sus investigaciones iban exclusivamente dedicadas a la defensa. La idea se le había ocurrido mientras conversaba con Conant: era una idea fundamental; las causas que la motivaran carecían de importancia. Los Neoterics empezaron a trabajar en un campo vibratorio de naturaleza casi eléctrica. Kidder no creía que pudiera tener ninguna aplicación práctica. Se trataba de un muro invisible que podía matar a cualquier ser viviente que lo tocara.

Pero, de todos modos, la idea era sugestiva.

Estiró sus miembros al apartarse del telescopio de la habitación superior, desde donde había estado observando a sus criaturas mientras trabajaban. En su habitación de control se sentía profundamente feliz. Le fastidiaba tener que salir de allí para ir al laboratorio a comer algo. Cada vez que cruzaba los edificios, sentía como la necesidad de decirles adiós a todos, y, cuando volvía, tenía ganas de lanzarles un «¡Hola!» alegre. Él mismo se sorprendía de tales sentimientos.

Había como una burbuja negra, a unas pocas millas de la isla en dirección al Continente. Se trataba de un bote a motor. Kidder se detuvo y lo contempló con

disgusto. Como un pétalo blanco, el oleaje lamía los lados de la embarcación, que iba acercándose. Gruñó recordando que hacía ya algún tiempo también llegó un yate cargado de unos locos que habían desembarcado una tarde, llenos de curiosidad, y que se habían desparramado por toda su querida isla, bombardeándole con preguntas absurdas y desequilibrando sus nervios por unos días. ¡Dios mío! cómo odiaba a aquellas gentes.

Este recuerdo desagradable engendró en su mente, de manera semiinconsciente, otros dos pensamientos, mientras cruzaba el campamento para entrar en el laboratorio. Uno era que debía haber dispuesto una valla alrededor de sus construcciones, con una corriente de energía cualquiera, y colocar anuncios para que la valla no fuese cruzada. El otro pensamiento se refería a Conant y a la vaga intranquilidad que le había causado en las últimas semanas a través del radiófono. Recordaba su sugerencia de hacía un par de días, de que en la isla podía erigirse una instalación de energía.

Era una idea horrible.

Cuando Kidder penetró en el laboratorio, Conant, que estaba sentado en un banco, se levantó. Durante largo rato se miraron sin pronunciar palabra. Hacía años que Kidder no había visto al presidente del banco. La presencia de aquel hombre le daba escalofríos.

—¡Hola! —dijo Conant cordialmente—. Tienes muy buen aspecto.

Kidder contestó con un gruñido. Conant acomodó su pesado cuerpo en el asiento y dijo:

—Voy a librarte de la molestia de hacer preguntas, Kidder. Hace un par de horas que he llegado en un pequeño bote. Un medio de transporte asqueroso. Quería darte una sorpresa: mis dos hombres han tenido que remar durante las dos últimas millas. Estás mal equipado para defenderte. Cualquiera puede deslizarse hasta aquí, al igual que yo lo he hecho.

—¿Y quién iba a hacerlo? —gruñó Kidder.

La voz vibrante de aquel hombre le hería el cerebro. Hablaba demasiado fuerte para una habitación tan pequeña; o al menos ésta era la sensación que causaba en las orejas de ermitaño de Kidder. Se encogió de hombros y empezó a prepararse una frugal colación.

—Bien —dijo lentamente el banquero—. A mí me ha interesado hacerlo. —Y sacó una petaca de cigarros—. ¿No te importa que fume?

—Sí que me importa —dijo Kidder bruscamente.

Conant rió con desenvoltura y guardó los cigarros.

—A mí me puede convenir insistir en que construyas en tu isla esa instalación de energía.

—¿A través del radiófono?

—¡Oh, sí! Pero ahora que estoy aquí, no puedes cortarme la comunicación. ¿Qué hay de eso?

—Mi opinión no ha variado.

—Debes hacerlo, Kidder. Debes hacerlo. Piensa en ello. Piensa en el favor que le harías a multitud de personas que están pagando facturas exorbitantes de energía.

—Odio a las multitudes. Y, ¿por qué tienes que construir aquí?

—Es lógico. Se trata de un sitio ideal. En tu propia isla. Los trabajos comenzarían sin dar lugar a comentarios de ninguna clase. La instalación no se lanzaría al mercado hasta que estuviera concluida. Todo se haría en secreto y la isla podría convertirse en una fortaleza inexpugnable.

—No quiero que se me moleste.

—Nadie te molestará. Construiremos en la punta norte de la isla. A unos dos kilómetros de distancia de aquí y de tu trabajo. Y, a propósito, ¿dónde está el modelo de transmisor de energía?

Kidder, con la boca llena de comida sintética, indicó con la mano una mesita sobre la que estaba colocado el modelo. Era un intrincado mecanismo de plástico y acero, lleno de pequeñas bolas y que medía poco más de un metro.

Conant se levantó y fue a contemplarlo.

—Y funciona, ¿eh? —Suspiró profundamente y añadió—: Kidder, me repugna hacer esto; pero necesito realizar esta instalación, aunque sea a la fuerza. ¡Carson! ¡Robbins!

Dos hombretones con cuello de búfalo salieron de sendos rincones de la habitación, donde habían estado escondidos. Pausadamente y con indiferencia, uno de ellos blandía amenazador su revólver. Kidder, inexpresivamente, paseó su mirada de uno a otro.

—Estos caballeros cumplirán mis órdenes al pie de la letra, Kidder. Dentro de media hora desembarcará una partida de ingenieros y contratistas. Examinarán la punta norte de la isla para construir la instalación de energía. Estos muchachos sienten hacia ti los mismos sentimientos que yo. ¿Puedo contar o no con tu colaboración? A mí me da lo mismo matarte que dejarte vivo, para que puedas seguir con tus trabajos. Mis ingenieros pueden copiar tu modelo.

Kidder seguía en silencio. Había dejado de mascar al ver a los hombres armados y sólo entonces se acordó de engullir. Permanecía sentado, inclinado sobre su plato, sin moverse ni hablar. Conant rompió el silencio, mientras se dirigía a la puerta:

—Robbins, ¿puede usted trasladar el modelo?

El hombreton se guardó el revólver y levantó con cuidado el modelo, mientras afirmaba con la cabeza.

—Llévelo a la playa y acérquese al otro bote. Dígale al ingeniero Mister Johansen, que éste es el modelo sobre el que tiene que trabajar.

Robbins salió y Conant se volvió hacia Kidder:

—No tenemos por qué enfadarnos —dijo suntuosamente—. Eres muy obstinado;

pero yo no te guardo rencor. Me hago cargo de lo que sientes. Te dejaremos solo; te doy mi palabra. Pero estoy decidido a realizar este trabajo y una cosa insignificante como tu vida no puede obstaculizarme el camino.

—¡Sal de aquí! —dijo Kidder.

Dos venas se hinchaban en sus sienes. Su voz era profunda y temblorosa.

—Está bien; buenos días, Mister Kidder. Hay que reconocer que eres un diablo inteligente.

Nadie, hasta entonces, se había referido al escolástico Mister Kidder en tales términos.

—Creo posible que intentes volarme la isla. Yo, en tu lugar, no lo haría. Estoy dispuesto a darte lo que necesitas: independencia. En cambio, sólo te pido lo mismo. Si algo me ocurre mientras estoy aquí, la isla será bombardeada por gente a mis órdenes. Admito que puedan fallar, pero en este caso, el gobierno de los Estados Unidos tomaría cartas en el asunto. No deseas esto, ¿verdad? Es algo muy grande para un hombre solo, plantear una batalla con el gobierno de los Estados Unidos. Lo mismo ocurrirá si la instalación es sabotada, sea como fuere, cuando yo haya vuelto al continente. Tú puedes ser asesinado, puede molestársete constantemente... De todos modos, gracias por tu cooperación.

El banquero, acompañado de su taciturno guardaespaldas, salió satisfecho.

Kidder permaneció mucho rato sin moverse. Luego sacudió la cabeza y la apoyó en las palmas de las manos. Estaba muy asustado; no tanto porque su vida estuviese en peligro, sino porque su independencia y su trabajo —todo su mundo— se veían amenazados. Se sentía azorado y vencido. No era un hombre de negocios; no sabía manejar a los hombres. Toda la vida había huido de los humanos y de lo que para él representaban. Se sentía como un chiquillo asustado, cuando los demás hombres se le acercaban.

Serenándose algo, se preguntó qué ocurriría cuando la instalación de energía funcionara. Seguro que el gobierno tomaría cartas en el asunto. A no ser... a no ser que, para entonces, el gobierno fuera el mismo Conant. La instalación constituiría una fuente inimaginable de energía y no sólo de la clase de energía que hace mover las ruedas. Se levantó y volvió al mundo que era su hogar, el mundo donde sus objetivos eran comprendidos y donde estaban aquellos que podían ayudarle. Volvió al edificio de los Neoterics y se escapó de este modo del mundo de los hombres, para refugiarse en su trabajo.

La semana siguiente, con gran sorpresa del banquero, Kidder le llamó. Después de pasar dos días en la isla, donde se había realizado un buen trabajo a destajo, se había marchado aprovechando la llegada de un barco con obreros y material. Por radio se mantenía en contacto constante con Johansen, el ingeniero jefe. Éste, y toda su gente, realizaban el trabajo a ciegas. Sólo los recursos infinitos del banco habían podido descubrir un hombre como aquel y el equipo que con él trabajaba.

La primera reacción de Johansen al ver el modelo fue de éxtasis. Quería hablar a

sus amigos de aquella maravilla, pero el único aparato de radio que podía utilizar estaba conectado con el despacho privado de Conant en el banco, y sus guardias particulares —uno para cada dos trabajadores— tenían las órdenes estrictas de destruir cualquier otro aparato transmisor que descubrieran. Necesitó poco tiempo para darse cuenta de que estaba prisionero en la isla. Después de su primer impulso de cólera, se calmó pensando que no era tan mala cosa ser prisionero a razón de cincuenta mil dólares por semana. Dos de sus ayudantes y un ingeniero no lo entendieron así y estuvieron protestando dos días después de su llegada. Una noche desaparecieron. Fue la misma noche en que se oyeron cinco disparos en la playa. No se hicieron más preguntas y se terminaron las rebeldías.

Conant disimuló su sorpresa por la llamada de Kidder y se mostró tan ofensivamente cordial como de costumbre:

—¡Vaya, vaya! ¿Puedo hacer algo por ti?

—Sí —dijo Kidder. Su voz era opaca y particularmente inexpresiva—. Necesito que hagas publicar un aviso para tus hombres para que no crucen la línea blanca que he trazado a quinientos metros al norte de mis edificios, atravesando en línea recta la isla.

—¿Para qué un aviso, mi querido compañero? Ya tienen la orden de no molestarte bajo ningún pretexto.

—Tú les has ordenado esto. Bien está; pero ahora avísales de lo otro. He establecido un campo eléctrico que bordea mis laboratorios que matará a cualquier ser viviente que se atreva a penetrar en él. No quiero cargar mi conciencia con ningún asesinato. Nadie morirá si no cruza mis límites. ¿Informarás a tus obreros?

—Está bien, Kidder —contestó el banquero—. Esto no hacía ninguna falta. Nadie te habría molestado, porque...

Pero se dio cuenta de que estaba hablando ante un micrófono desconectado. Sabía que era inútil volver a llamar. En cambio, llamó a Johansen y le informó de todo aquello. A Johansen no le hizo ninguna gracia; pero repitió el mensaje y lo firmó, como se le ordenaba. A Conant le gustaba aquel hombre. Por un momento lamentó que nunca hubiese de volver vivo al continente. Pero aquel Kidder empezaba a ser un verdadero problema. Mientras sus armas fueran puramente defensivas, no constituiría ninguna amenaza real. Pero habría que ocuparse de él cuando la instalación empezara a funcionar. Conant no podía darse el lujo de tener genios a su alrededor, a menos que estuviesen de su parte. El transmisor de energía y los ambiciosos planes de Conant no corrían peligro mientras Kidder estuviese abandonado a sí mismo y, por otra parte, Kidder sabía que, por lo menos temporalmente, podía esperar de Conant un trato más agradable que el que le dispensaría una horda de investigadores del gobierno.

Desde que empezaron los trabajos en el norte de la isla, Kidder sólo abandonó una vez su encierro y, para hacerlo, empleó toda su desmañada diplomacia. Conociendo la fuente de energía del transmisor y sabiendo lo que podría ocurrir si se malograba, pidió permiso a Conant para inspeccionar los trabajos cuando ya se

estaban terminando. Aseguró su propia vida, negándose a dar su opinión a Conant hasta que estuviera de nuevo a salvo en su laboratorio, cerró su barrera de protección y se dirigió a la punta norte.

Tuvo una visión de espanto. El modelo de un metro estaba aumentado un centenar de veces. Dentro de una torre maciza de cien metros, el espacio estaba ocupado por el mismo laberinto de bombas y émbolos que los Neoterics habían creado tan delicadamente para su modelo. En la extremidad superior había un globo hecho de una aleación de oro pulido, que constituía la antena transmisora. De ella partirían miles de apretados haces de fuerza, de los que se podía extraer energía en cualquier proporción por otros tantos millares de receptores colocados en cualquier lugar y a cualquier distancia. Kidder se enteró de que los receptores ya habían sido contruidos; pero Johansen, su informador, sabía poco de esta parte de los trabajos y estaba dispuesto a decir todavía menos. Kidder se detenía ante cada uno de los detalles de la estructura, y, cuando hubo terminado de verlo todo, dio a Johansen un apretón de manos en señal de admiración.

—Yo no quería eso —dijo tímidamente—, y sigo sin quererlo. Pero he de confesar que, para mí, es un placer contemplar esta clase de trabajo.

—Lo que es un placer es poder saludar al hombre que lo ha inventado.

Kidder contestó, radiante:

—No lo he inventado yo. Puede que un día le enseñe quién lo hizo. Yo... bueno, ¡adiós!

Dio la vuelta antes de que pudiera hablar demasiado y salió al sendero.

—¿Disparo? —dijo una voz al lado de Johansen. Un guardia de Conant había sacado una escopeta.

Johansen dio un golpe al brazo armado del hombre:

—No. —Y se rascó la cabeza—. De modo que ésta es la misteriosa amenaza del otro lado de la isla... ¡No me digan! Si es un hombrecillo la mar de simpático...

Construida sobre las ruinas de Denver, destruida durante la gran batalla de las Montañas Rocosas, cuando las guerras del Oeste, se levanta la más bonita ciudad del mundo: la capital de nuestra nación, Nueva Washington. En una habitación circular, en lo más profundo de la Casa Blanca, el presidente, tres miembros del ejército y un paisano, estaban reunidos. Debajo del escritorio del presidente, un dictáfono discreto anotaba cada una de las palabras que allí se decían. A más de tres mil kilómetros de distancia, Conant estaba pendiente de un receptor de radio, adaptado para captar las señales del diminuto transmisor que llevaba en su bolsillo el personaje civil.

Hablaba uno de los oficiales:

—Señor presidente, las afirmaciones inaceptables que se han hecho del producto de este señor, son absolutamente ciertas. Nos han demostrado hasta más allá de ninguna duda posible, cada una de las afirmaciones del folleto.

El presidente miró al señor de paisano y de nuevo al oficial:

—No puedo esperar su informe —dijo—. Dígame, ¿qué ocurrió?

Otro de los elementos del ejército, secándose con un pañuelo el sudor de la cara, empezó a decir:

—No podemos pedirle que nos crea, señor presidente. Pero ésta es la verdad. Mister Wright, aquí presente, lleva en su maleta tres o cuatro docenas de estas... pequeñas bombas.

—No se trata de bombas —dijo Wright.

—Muy bien. No son bombas. Mister Wright rompió dos de ellas sobre un yunque con un martillo. No dio ningún resultado. Puso otras dos en un horno eléctrico. Se consumieron como si fueran de estaño y cartón. Nosotros metimos una por la boca de un cañón y disparamos. Nada.

Hizo una pausa y miró al tercer oficial que había redactado el informe.

—A la vista de esto, seguimos adelante. Volamos sobre los terrenos de prueba, dejamos caer uno de estos objetos y nos elevamos hasta diez mil metros. Desde allí, con un pequeño detonador manual no más grande que un puño, Mister Wright disparó la cosa. Jamás vi nada semejante. Cuarenta acres de tierra subieron hacia nosotros, desmenuzándose mientras se acercaban. La conmoción fue terrible, debe de haberse notado desde aquí, a setecientos kilómetros de distancia.

—La oí. Los sismógrafos de las antípodas la registraron.

—El cráter que originó tenía casi medio kilómetro de profundidad en el centro. Desde luego, un aeroplano cargado con estas cosas, podría destruir cualquier ciudad. No hace falta ninguna precisión.

—Todavía no lo ha oído usted todo, señor presidente —interrumpió el tercer oficial—. El automóvil de Mister Wright está dotado de una pequeña instalación similar, que constituye su motor. Nos lo ha demostrado. No había allí ningún depósito para carburante de clase alguna ni ningún conductor. Con una instalación de energía cuyo mecanismo no ocupa más de un palmo, este coche puede arrastrar un peso muerto equivalente a un tanque del ejército.

—Otra prueba —dijo un tercero, excitado—. Puso uno de los objetos en el interior de una imitación de cámara acorazada del tesoro. Las paredes eran de más de tres metros de espesor, construidas con hormigón superreforzado. Él se puso a un centenar de metros de distancia. ¡Hizo estallar aquella cueva! No fue una explosión, fue como si una fuerza poderosa, de una expansión increíble, se hubiese metido allí y derrumbara las paredes desde dentro. Se rompieron, se partieron, se pulverizaron, y las vigas de acero y las barras de hierro, saltaron torciéndose y retorciéndose como... ¡diablos! Después de esto, insistió en ver al señor presidente. Sabemos que no es la costumbre, pero añadió que tenía algo más que decir y que sólo lo diría en presencia del señor presidente.

El presidente lo interrogó con gravedad:

—Y, ¿qué es ello, Mister Wright?

Wright se levantó, tomó su maleta, la abrió y sacó un pequeño cubo de unos veinte centímetros de lado, fabricado con un material encarnado que absorbía la luz. Los cuatro hombres se separaron de él, nerviosos.

—Estos señores —empezó— sólo han visto parte de lo este ingenio puede hacer. Voy a demostrarle con qué delicadeza se gobierna.

Hizo un reajuste con un pequeño botón de mando que había al lado del cubo, y lo colocó en un extremo del escritorio del presidente.

—Usted me ha preguntado más de una vez si este invento es mío o si yo represento a alguien. Lo último es lo cierto. También le interesa saber que el hombre que gobierna este cubo se halla a varios millares de kilómetros de distancia. Sólo él puede evitar que estalle, ahora que yo he hecho esto.

Y, al decirlo, sacó un detonador de la maleta y apretó un botón.

—Explotará de la misma manera que lo hizo el que tiramos desde el aeroplano, destruyendo completamente esta ciudad, y cuanto hay en ella, dentro de cuatro horas. También explotará —dio un paso atrás y sacó un pequeño enchufe de su detonador— si cualquier objeto que se mueva se acerca a una distancia de un metro, o si alguien sale de esta habitación, exceptuándome a mí mismo. Si cuando yo me haya ido soy molestado, explotará en cuanto una mano se pose sobre mí. Ninguna bala puede matarme lo bastante de prisa para evitar mi control.

Los tres hombres del ejército permanecieron en silencio. Uno de ellos se secaba nerviosamente el sudor frío que corría por su frente. Los demás no se movían. El presidente dijo suavemente:

—¿Cuál es su propuesta?

—Una muy razonable. Mi representado no da la cara, por razones evidentes. Todo lo que él exige es que esté usted de acuerdo en ejecutar sus órdenes; usted nombrará los miembros del gabinete que él escoja y usará su influencia del modo que él dicte.

»Ni el público ni el parlamento tienen por qué enterarse de estas cosas. Por mi parte, puedo añadir que si usted acepta esta proposición, esta “bomba”, como ustedes la llaman, no estallará. Pero puede estar seguro de que miles de ellas están esparcidas por todo el país. Nunca sabrá usted cuándo se encuentra cerca de alguna. En cualquier momento, su desobediencia significa el aniquilamiento instantáneo para usted y para cuantos se encuentren en un perímetro de cinco o seis kilómetros cuadrados.

»Dentro de tres horas y cincuenta minutos, exactamente a las siete, la emisora de radio R.P.R.S. da un programa comercial. Usted dirá al locutor que, después de identificar su estación, añada la palabra “convenido”. Esto pasará desapercibido por todo el mundo menos para mi representado. Es inútil que me hagan seguir: mi trabajo ha terminado. Jamás veré a mi representado ni me pondré en contacto con él. Esto es todo. ¡Buenas noches, señores!

Wright cerró su maleta con el chasquido característico de los viajeros de comercio, se inclinó y abandonó la habitación. Los cuatro hombres siguieron

contemplando el pequeño cubo encarnado.

—¿Piensan ustedes que puede ejecutar todo lo que dice? —preguntó el presidente.

Los tres afirmaron con la cabeza y en silencio. El presidente buscó su teléfono.

Alguien escuchó en secreto cuanto se había hablado. Conant, acurrucado tras su escritorio en la cueva donde tenía su *sanctasanctorum*, no lo supo. A su lado estaba la masa compacta del radiófono de Kidder. Con sólo su presencia establecía la comunicación y Kidder, en su isla, bendecía el día en que había ideado este ingenio. Toda la mañana había tenido la tentación de hablar con Conant; pero no se había decidido. Su conversación con el joven ingeniero Johansen le había impresionado grandemente. El hombre era un científico tan completo, tan entregado al gozo de su trabajo, que por primera vez en la vida, Kidder había sentido el deseo de volver a ver otra vez a una persona.

Pero temía por la vida de Johansen si le llevaba a su laboratorio. El trabajo del ingeniero estaba en la isla y lo más seguro era que Conant le matara si se enteraba de su visita, temeroso de que Kidder influyera sobre él y lograra sabotear el gran transmisor. Por otra parte, si era Kidder quien iba a la instalación de energía, sería a él probablemente a quien matara.

Pasó todo el día luchando consigo mismo y, por fin, decidió llamar a Conant. Afortunadamente no dio señal alguna, sino que enchufó su receptor cuando la luz encarnada le indicó que el transmisor de Conant había entrado en funcionamiento. Por curiosidad escuchó todo lo que ocurría en la habitación del presidente, a cinco mil kilómetros de distancia. Horrorizado, se dio cuenta de lo que habían hecho los ingenieros de Conant. Metidos en pequeños depósitos, existían docenas de miles de receptores de energía. Carecían de fuerza en sí mismos; pero por medio de un mando a distancia, podían captar uno o todos los billones de caballos de fuerza que la gran instalación de la isla emitía.

Kidder permaneció ante su receptor, sin atreverse a respirar. Nada podía hacer. Si proyectaba algún sistema para destruir la emisora de energía, seguramente intervendría el gobierno y se apoderaría de la isla. ¿Qué le ocurriría, entonces, a él y a sus Neoterics?

Otro sonido se dejó oír por el receptor. Se trataba de un programa comercial. Unos pocos compases de música, una voz masculina recomendando el pago a plazos de los viajes por las líneas estratosféricas y un breve silencio. Luego:

«Estación R.P.R.S., la voz de la capital de la nación, distrito de Colorado del Sur».

Los tres segundos de pausa le parecieron interminables.

«La hora exacta... eh... *convenido*. Son las siete de la tarde, hora media de la montaña».

Notó, en aquel instante, como una risita ahogada, malévola. A Kidder le costó trabajo creer que se trataba de Conant. Sonó un teléfono y, en el auricular, la voz de

Conant:

—¿Bill? Todo listo. Salga con sus fuerzas y bombardee la isla. Preserve la instalación; pero aniquile todo lo demás. Hágalo rápido y salga de allí corriendo.

Casi histérico por el miedo, Kidder salió de la habitación dando un portazo y atravesó todos los edificios. Había quinientos hombres inocentes trabajando en barracones a menos de un kilómetro de la instalación. Ahora Conant ya no los necesitaba y tampoco necesitaba a Kidder. La única salvación consistía en trasladarse a la propia instalación; pero Kidder no permitiría que se destruyera a sus Neoterics. Saltó escalera arriba dirigiéndose al teletipo más próximo. Rugió:

—¡Dadme algo con que defenderme! Necesito un escudo impenetrable. ¡Urgente!

Las palabras surgieron de sus dedos en forma de escritura funcional para sus Neoterics. Kidder no pensaba en lo que estaba escribiendo. En realidad, no se daba cuenta de lo que pedía. Pero había hecho cuanto podía hacer. Entonces tenía que dejarlos, llegarse hasta los barracones, prevenir a aquellos hombres. Subió la cuesta que conducía a la instalación, y saltó por encima de la raya blanca que él mismo había trazado para señalar la indicación de muerte para quienes se atrevieran a cruzarla.

Una escuadrilla de nueve aviones, desprovistos de alas y llamados mosquitos, se elevaron de una caleta del continente. No hacían ningún ruido de motores, puesto que no los llevaban. Cada aparato estaba alimentado con la energía que le proporcionaba un pequeño receptor y arrastraba sus alas minúsculas y sin matrícula, que absorbían la luz, a través del aire, impulsados por la fuerza que procedía de la isla. En muy pocos minutos llegaron a ella. El jefe de la escuadrilla hablaba rápidamente a través del micrófono:

—Atacad primero los barracones. Hay que hacer una limpieza total. Luego, hacia el sur.

Johansen se encontraba solo en una pequeña colina del centro de la isla. Llevaba consigo la máquina fotográfica y, aun cuando sabía que no tenía ninguna probabilidad de salir sano y salvo de la isla, tomó fotografías de su torre desde distintos ángulos y las impresionó en gran cantidad. La primera noticia que tuvo de los aeroplanos fue al oír el zumbido que producían al atacar en picado por encima de los barracones. Se quedó clavado. Vio caer un rosario de pequeñas bombas, que convirtieron los barracones en ruinas, un amasijo de maderas rotas, de metales y cuerpos triturados. La visión de la cara contraída de Kidder pasó por su mente.

—¡Pobre muñeco! Si se les ocurre bombardear la punta de la isla...

—Pero ¿y su torre? ¿Irían a bombardear su instalación?

Esperó, terriblemente asustado, mientras los aviones se dirigían hacia el mar para dar la vuelta y volver. Parecía que iban a dirigirse hacia el sur. Cuando atacaron por tercera vez, lo vio claro. Aunque ignoraba si podía hacer algo se dirigió hacia donde estaba Kidder. Dio la vuelta a la cerca y tropezó con el pequeño bioquímico. La cara de Kidder estaba amoratada de cansancio y era la cosa de aspecto más aterrado que

Johansen jamás había contemplado.

Agitaba una mano señalando hacia el norte.

—¡Es Conant! —vociferaba con grandes rugidos—. ¡Es Conant! Nos va a asesinar a todos.

—¿Las instalaciones? —preguntó Johansen palideciendo.

—Están seguras. Eso no lo tocará. Pero... mi puesto... ¿Qué ocurrirá con aquellos hombres?

—Es demasiado tarde —chilló Johansen.

—Tal vez yo pueda. ¡Venga! —gritó Kidder lanzándose hacia abajo en dirección al sur.

Johansen corría tras de él. Las pequeñas y cortas piernas de Kidder casi no se distinguían de lo de prisa que corría, cuando vio a los aeroplanos volar sobre sus cabezas, dejando caer las bombas sobre el lugar donde antes estuvieran ellos.

Al salir corriendo del bosque, Johansen, tomando impulso, alcanzó al científico y le golpeó para echarle al suelo, escasamente a tres metros de la línea blanca.

—Por... por...

—¡No adelante más, loco! Mire su propio y endiablado campo de fuerza. ¡Va usted a matarse!

—¿Campo de fuerza? ¡Si lo crucé cuando subía! Aquí. Espere. A ver si puedo...

Kidder empezó a buscar furiosamente en la hierba. A los pocos momentos volvió a donde se encontraban, llevando un gran saltamontes. Lo echó por encima de la raya. Permaneció quieto en el suelo.

—¿Lo ve? —dijo Johansen—. Ya está...

—¡Mire! ¡Ha saltado! ¡Vamos! No sé qué es lo que no funciona; puede que los Neoterics lo hayan interceptado. Son ellos quienes inventaron este campo. No yo.

—¿Neo... qué?

—¡Déjelo! —interrumpió el bioquímico. Y echó a correr.

Exhalando el aliento entrecortado por la fatiga, se dirigieron hacia dentro, hacia la habitación de control de los Neoterics. Kidder aplicó sus ojos al telescopio y exclamó loco de júbilo:

—¡Lo han conseguido! ¡Lo han conseguido!

—¿Quiénes?

—Mi pequeño pueblo. ¡Los Neoterics! Han inventado una protección impenetrable. ¿No lo está usted viendo? Corta la línea de energía que hace funcionar el campo de allí fuera. Su generador todavía cerca el campo, pero las vibraciones ya no pueden salir. ¡Están salvados! ¡Están salvados!

Aquel ermitaño empezó a llorar, enfebrecido. Johansen le miraba con verdadera lástima, mientras agitaba la cabeza:

—Seguro que sus hombrecillos están muy bien. Pero nosotros no lo estamos.

Y mientras pronunciaba estas palabras, el suelo tembló por la explosión de una bomba.

Johansen cerró los ojos, se sobrepuso, y logró que la curiosidad venciera a su miedo. Se dirigió hacia el telescopio binocular y miró hacia abajo. No había más que una hoja curva de metal gris. Nunca había visto un gris semejante. Era absolutamente neutro. No parecía ni suave ni duro y, al mirarlo, el cerebro se desvanecía. Alzó la mirada.

Kidder estaba manipulando con los mandos del teletipo, esperando ansiosamente la llegada de la cinta amarillenta.

—No puedo establecer contacto con ellos. No sé lo que ocurre. ¡Ah! ¡Claro!

—¿Qué?

—El protector es absolutamente impenetrable. Las emisiones del teletipo no pueden cruzarlo. No puedo comunicarme con ellos. Si pudieran haría que extendieran la pantalla sobre mis edificios, sobre toda la isla. ¡No existe nada que mi gente no pueda hacer!

—Está loco —murmuró Johansen—. ¡Pobre hombrecillo!

El teletipo empezó a sonar agudo. Kidder se inclinó hacia él; prácticamente lo tenía abrazado. A medida que salía la cinta, iba leyéndola. Johansen vio los caracteres; pero no pudo comprenderlos.

—Omnipotente —leía Kidder de manera entrecortada—, os suplicamos que tengáis piedad de nosotros y que tengáis paciencia hasta que terminemos de hablar. Sin vuestras órdenes hemos quitado la pantalla que nos habéis ordenado. ¡Oh, Gran Ser! Nuestra pantalla es verdaderamente impenetrable y por esto se han cortado vuestras palabras en la máquina parlante. Ningún Neoterico recuerda haber estado nunca sin vuestra palabra. Perdonad nuestras acciones. Esperamos con angustia vuestra respuesta.

Los dedos de Kidder bailotearon por encima de su clave.

—Mire ahora —musitó—. Vamos al telescopio.

Johansen, procurando olvidar la amenaza de muerte que se cernía sobre sus cabezas, intentó mirar.

Vio algo parecido a la tierra, campos fantásticos de cultivo, una especie de colina, fábricas y unos seres. Todo se agitaba con una rapidez increíble. No podía distinguir a los habitantes: únicamente algo así como rayas, como flechas rojas y blancas. Fascinado, lo contempló todo durante un largo minuto. Un ruido tras de sí le hizo dar la vuelta. Era Kidder que se frotaba las manos con viveza.

—Ellos lo han hecho —decía feliz—. ¿Lo está usted viendo?

Johansen no vio nada hasta que empezó a notar que un silencio de muerte venía del exterior. Miró por la ventana. Afuera era de noche. Era una noche negra, profunda, cuando, por la hora, sólo debería empezar a oscurecer.

—¿Qué ha ocurrido?

—Los Neoterics —dijo Kidder, riendo como un chiquillo—. Mis amigos de ahí abajo. Han levantado la coraza impenetrable sobre toda la isla. Ahora no podemos ser

atacados.

Y ante las preguntas de Johansen, que se agolpaban, empezó a describirle las características raciales de aquellos seres de allá abajo.

Fuera de aquel cascarón estaban ocurriendo cosas. Súbitamente nueve aviones habían sido derribados. Nueve pilotos resbalaban lentos en su caída, sin fuerza. Algunos fueron a parar al agua y otros chocaron en la milagrosa cúpula gris que asomaba por encima de la isla. Resbalaban por ella y se hundían.

En tierra, un hombre llamado Wright, sentado en un coche, medio muerto de miedo, ante los hombres del gobierno que le rodeaban, se acercaba con precaución a una fuente de muerte que ya estaba agotada.

En una habitación dispuesta en los sótanos de la Casa Blanca, un jefe de alta graduación del ejército chillaba:

—¡No puedo permanecer así ni un minuto más! ¡No puedo!

Y, pegando un salto, arrebató un cubo rojo de encima del escritorio del presidente y lo tiró al suelo, pisoteándolo con sus zapatos relucientes.

A los pocos días, sacaron a un viejo arruinado de su banco y lo llevaron a un manicomio, donde murió al cabo de una semana.

La coraza había resultado verdaderamente impenetrable. La instalación de energía no se tocó y siguió emitiendo sus haces; pero los haces tampoco podían salir y todo lo que significaba energía en la instalación quedó sin funcionar.

Nunca se hizo pública esta historia; aunque, durante algunos años, hubo una intensa actividad naval en la costa de Nueva Inglaterra. Según cuentan las crónicas, la armada disponía ahora de un nuevo campo de tiro por allá. Una gran extensión semiovoide de material gris. Le dispararon bombas y granadas, rayos X y cargas de barreno a su alrededor. Pero jamás lograron producirle ni la más mínima abolladura.

Kidder y Johansen no quitaron nunca la coraza. Con sus Neoterics y sus descubrimientos, eran sobradamente felices. No percibían ni oían el bombardeo, porque la coraza era verdaderamente impenetrable. Sintetizaban sus alimentos, su luz y su aire con los elementos que tenían a mano y no se preocupaban. Eran los únicos supervivientes del bombardeo, aparte de tres pobres diablos mutilados que no tardaron en perecer.

Todo esto ocurrió hace muchos años, y Kidder y Johansen puede ser que sigan viviendo todavía o que hayan muerto. Pero esto importa poco. Lo único importante es que vale la pena vigilar la gran coraza gris. Los hombres mueren; pero las razas sobreviven. Algún día los Neoterics, después de innumerables generaciones y de inconcebibles adelantos, derribarán la coraza y aparecerán.

Cuando pienso en esto, me siento asustado.

Jay Score

Eric Frank Russell (1905-1978)

Astounding Science Fiction, mayo

«Jay Score» pasó un poco desapercibido cuando fue publicado por primera vez porque el número de mayo de 1941 de Astounding contenía dos importantes relatos de Heinlein, «Universo» y «Solución Insatisfactoria» (bajo el seudónimo de Anson MacDonald). Además, aparecía «Liar!»^[11] de Asimov, y como propina, Heinlein proporcionaba una guía esquemática de su Historia del Futuro, todavía a medias en aquel entonces. Lo siento, Isaac, pero ya no se hacen revistas así.

La contribución de Russell es un buen relato, el primero de una serie de cuatro, que se recopilaron finalmente como Men, Martians and Machines^[12] en 1955.

(Es cierto que ya no se hacen, Marty, y soy el primero en reconocerlo. Hoy en día, la gente habla de los Yankees de 1927 como el mejor equipo de todos los tiempos, y estoy de acuerdo. Y mi impresión es que los Astounding de 1939-1941 son las mejores revistas de ciencia ficción de todos los tiempos, incluyendo la mía propia, y los números de mayo y septiembre de 1941 puede que sean los mejores números sueltos de todos los tiempos. Mirando atrás, me sorprende que John Campbell publicara dos historias de robots en el número de mayo, pero «Jay Score» era muy buena. En realidad, desde mi propio punto de vista, fue la mejor historia de robots no escrita por mí mismo desde «Helen O'Loy»^[13], de Lester del Rey. I. A.)

Tienen razones muy buenas para todo lo que hacen. Para los no iniciados, algunos de sus trucos y métodos pueden parecer peculiares, pero viajar en cohete a través del cosmos no es como remar en una bañera en medio del estanque de una granja, ¡no, señor!

Por ejemplo, la idea de usar tripulaciones mixtas es bastante sensata cuando se mira bien. En las travesías a Marte, a los Asteroides, o más allá; tienen terrestres blancos a cargo de los motores porque son los que perfeccionaron las unidades de propulsión modernas, son los que más saben de ellas y pueden cuidarlas como nadie. Todos los médicos de las naves son terrestres negros porque por alguna razón que nadie puede explicar, ningún negro siente efectos secundarios por la gravedad ni náusea espacial. Todos los grupos de reparación están formados por marcianos, que necesitan muy poco aire, trabajan el metal perfectamente y son bastante inmunes a las quemaduras de los rayos cósmicos.

En cuanto a los viajes hacia Venus, los mezclan de manera similar, excepto que el piloto de emergencia es siempre un tipo grandote como Jay Score. Hay un buen motivo para ello: él fue el que lo proporcionó. Nunca lo olvidaré. ¡Vaya carácter!

El destino me puso en su camino la primera vez que apareció. Nuestra nave era el *Ciudad de Upskadaska*, un flamante carguero acomodado para transporte de pasajeros, registrado en el espaciopuerto de Venus, de donde tomaba su nombre. No hace falta decir que entre los endurecidos hombres del espacio se la conocía como *Upsydaisy*.

Nos encontrábamos en la base de cohetes de Colorado, al norte de Denver, con una buena carga compuesta principalmente de maquinaria, equipo agrícola, conductores aeronáuticos y herramientas para Upskadaska, así como una caja de agujas de radio para el Instituto de Investigación del cáncer de Venus. Había ocho pasajeros, todos agricultores emigrados que planeaban establecerse tres millones de millas más cerca del Sol. Habíamos colocado la nave en la rampa y estábamos esperando a oír la sirena, que debería sonar dentro de cuarenta minutos, cuando llegó Jay Score.

Medía más de dos metros y pesaba al menos ciento cincuenta kilos, aunque se movía con la gracia de un bailarín. Ver a un tipo tan grande moverse de esa manera es algo que merece la pena observar. Se acercó al portalón de duraluminio con la tranquilidad propia de un pasajero que va a tomar el autobús a Jackson's Creek. De su enorme puño derecho colgaba una maleta de cuero que era lo suficientemente grande para contener su cama y tal vez un guardarropa o dos.

Cuando llegó a lo alto, se detuvo mientras echaba un vistazo a las espadas cruzadas de mi gorra.

—Buenos días, sargento —dijo—. Soy el nuevo piloto de emergencia. Tengo que presentarme ante el capitán McNulty.

Sabía que estábamos esperando otro piloto ahora que Jew Durkin había sido ascendido a la nueva nave marciana *Prometeo*. Así que éste era su sucesor. Era

terrestre, claro está, pero ni blanco ni negro. Su cara inexpresiva, pero sería, parecía cubierta de viejo cuero curtido. Sus ojos albergaban fuegos que parecían fosforescentes. Tenía un aspecto que la convertía en el individuo más excepcional que había visto nunca.

—Bienvenido, Pequeño —contesté, lastimándome el cuello mientras alzaba la vista para mirarlo. No le ofrecía la mano porque quería usarla más tarde—. Abre tu maleta y déjala en la cámara esterilizadora. Encontrarás al patrón en la proa.

—Gracias —respondió sin la menor sonrisa.

Entró en la compuerta llevando el maletón de cuero con él.

—Despegamos dentro de cuarenta minutos —advertí.

No volví a saber más de Jay Score hasta que estuvimos a doscientos mil kilómetros de distancia y la Tierra era como una luna verdosa al extremo de nuestra cola. Entonces oí a alguien en el pasillo que preguntaba dónde podía encontrar al sargento de armas. Le llevaron a mi puerta.

—Sargento —dijo, entregando sus credenciales—. He venido a recoger el equipo.

Entonces se apoyó en el pasamanos; todo el material crujió y la parte superior del tubo se curvó por la mitad.

—¡Eh! —grité.

—¡Lo siento! —respondió.

Se soltó. La barra se enderezó cuando él dejó de apoyarse en ella.

Sellando su petición, entré en la armería, saqué su eyector de rayos aguja y una caja de cápsulas. El traje venusino más grande que pude encontrar le estaba unas once tallas demasiado pequeño, pero tendría que contentarse con eso. Le di una lata de aceite multiusos, una jarra de grafito, una batería Lepanto para su radiófono de microondas y, por fin, un puñado de semillas marcadas: «Recuerdos de la Corporación Planetaria de Hierbas Aromáticas».

—Puede quedárselo —me dijo, devolviéndome las semillas—. Me dan náuseas.

Metió el resto del material en su mochila sin ni siquiera alzar una ceja. Hacía mucho tiempo que no veía una cara de póker semejante.

La manera en que miró los trajes me pareció también extrañamente pensativa. Había treinta trajes bifurcados para los terrestres, todos colgando de la pared como si fueran pieles tendidas. También había seis cascos de cabeza-y-hombro para los marcianos, ya que no necesitaban más que un kilo y medio de aire. No había traje para él. No podría haberle equipado con uno aunque mi vida hubiera dependido de ello. Habría sido como intentar meter un elefante en una lata.

Bueno, se marchó suavemente, si entienden lo que quiero decir. La forma casual con la que transportaba su tonelada de equipo me hizo pensar que me gustaría estar en algún otro lugar si alguna vez se enfadaba. No es que pensara que se fuese a excitar fácilmente; en el fondo era bastante amistoso, aunque pareciera una esfinge.

Pero seguía sintiéndome fascinado por su aire de tranquila seguridad y por la forma que tenía de moverse, rápida, silenciosa y extraña. Tal vez esto último fuera debido a que llevaba una pulgada de goma bajo sus grandes botas.

Me dediqué a observar con interés a Jay Score mientras la *Upsydaisy* hacía un buen promedio en su camino a través del vacío. Sí, sentía curiosidad hacia él porque su aspecto era nuevo para mí a pesar de que había conocido a mucha gente en mi época. Él seguía poco comunicativo, pero cordial. Su trabajo era suavemente eficiente y completamente satisfactorio. McNulty le tomó en gran estima, aunque no era de los que reciben a los recién llegados con abrazos y besos.

Tres días después, Jay impresionó enormemente a los marcianos. Como todo el mundo sabe, esos seres con tentáculos y de ojos saltones, que apenas respiran, se han mantenido aferrados al título de campeones de ajedrez del sistema solar durante más de dos siglos. Nadie que no sea de Marte es capaz de vencerlos. Están locos por el juego y muchas veces los he visto atravesar todos los colores del espectro completamente excitados cuando por fin alguien había movido un peón después de treinta minutos de profunda reflexión.

Durante uno de los descansos, Jay pasó sus ocho horas enteras bajo tres libras de presión en la cámara de la nave. A través de los micrófonos se oían largos silencios puntuados por salvajes y chirriantes temblores, como si él y los marcianos estuvieran convirtiendo la cámara en un manicomio. Al final, encontramos a nuestra tripulación tentacular exhausta. Resulta que Jay había accedido a jugar con Kli Yang y le había obligado a aceptar tablas. Kli había ocupado la sexta plaza en el último campeonato y sólo le habían derrotado diez veces..., siempre por un hermano marciano, por supuesto.

Los del planeta rojo no perdieron la oportunidad de confraternizar con él. Cada vez que había un período de descanso lo llevaban a la cámara. A los once días de viaje, jugó con seis de ellos simultáneamente, perdió dos juegos, hizo tablas en tres y ganó uno. Los marcianos pensaban que era un verdadero maestro... para ser un terrestre. Conociendo su peculiar habilidad al respecto, lo mismo pensé yo. Igual que McNulty. Llegó hasta el punto de anotar el suceso en el cuaderno de bitácora.

¿Recuerdan ustedes el suceso que la audioprensa del 2270 ha bautizado como el «Movimiento milagroso de McNulty»? Es prácticamente una leyenda del espacio. Después, cuando regresamos a casa sanos y salvos, McNulty rechazó las aclamaciones y dio todo el crédito a quien en verdad le correspondía. La audioprensa tuvo una buena excusa, como de costumbre. Dijeron que él era el capitán, ¿no? Y su nombre siempre aparecía en los titulares, ¿no es cierto? Parece que siempre tiene que haber un sector de audioperiodistas que tienen que ser reiterativos para ganar la

salvación.

Lo que precipitó aquella loca acción y blanqueó mi pelo fue un trozo de escoria cósmica. El objeto tenía la forma de un pedazo de moneda que corría a la velocidad característica de *psst*. Tenía una órbita planetaria y se aproximó en ángulo recto a nuestro rumbo solar.

Nos dio trabajo. Nunca hubiese creído que una cosa tan pequeña pudiera hacer tanto daño. Todavía hoy puedo oír el terrible silbido del aire mientras buscaba locamente la libertad a través de aquel diminuto agujero.

Perdimos un montón de aire antes de que las autopuertas sellaran la sección dañada. La presión casi había bajado cinco kilos cuando los compensadores la mantuvieron y empezaron a subirla lentamente. La bajada de presión no preocupó a los marcianos; para ellos, cinco kilos era como inhalar perfume.

Había un ingeniero en la sección sellada. Otro escapó por un pelo de las puertas que se cerraban. Pero pensábamos que el primero tenía contados sus segundos de vida y que saldría flotando al exterior como tantos otros hombres del espacio en el cumplimiento de su deber.

El tipo que había conseguido escapar estaba apoyado contra un bastión, todavía con el rostro pálido, impresionado por lo cerca que había estado de la muerte. Jay Score se le acercó. Su mandíbula estaba tensa, sus ojos eran como lámparas, pero su voz sonó fría y tranquila.

—Salgan —dijo—. Sellen esta habitación. Intentaré hacer una escotilla. Ábranla y déjenme salir rápidamente cuando llame.

Con esto, nos hizo salir de la sala, que sellamos cerrando su autopuerta. No pudimos ver lo que aquel grandullón estaba haciendo, pero el indicador mostraba que había liberado y abierto la puerta que daba a la sección dañada. Un par de segundos más tarde la luz se apagó, mostrando que la puerta había vuelto a cerrarse. Entonces oímos un golpe urgente. Abrimos. Jay atravesó la compuerta llevando en brazos el cuerpo inerte del ingeniero. Lo transportaba como si no fuera más grande ni más pesado que un gatito y por la manera en que lo llevó pasillo abajo parecía que estaba dispuesto a acarrearlo hasta el otro extremo de la nave.

Mientras tanto, descubrimos que estábamos en un lío de primera clase. Los cohetes ya no funcionaban. Los propulsores estaban en perfecto estado y las cámaras de combustión no habían sufrido daños. Los inyectores funcionaban sin problemas..., suponiendo que pudiéramos bombearlos a mano. No habíamos perdido nada de nuestro precioso combustible y el casco estaba intacto a excepción de aquel agujero. Lo que nos inutilizaba era la rotura de nuestro sistema de guía de coordenadas y los controles. Éstos se encontraban en el lugar que había atravesado el proyectil y ahora no servían para nada.

El asunto era más que serio. La opinión general era que nos esperaba una muerte segura, aunque nadie lo decía tan abiertamente. Estoy bastante seguro de que McNulty compartía aquella morbosa idea aunque en su informe oficial lo

desestimaba como «un contratiempo embarazoso». Así era McNulty. Es un milagro que no definiera nuestros sentimientos diciendo que estábamos perplejos.

De todas formas, el equipo marciano salió al exterior y tuvieron que trabajar en serio por primera vez en seis viajes. La presión había bajado a siete kilos y para soportarla tuvieron que usar sus trajes especiales.

Kli Yang arrugó la nariz, ofendido, agitó un tentáculo disgustado y trino:

—¡Podría nadar!

Se calmó cuando conseguimos fijar la presión a su kilo y medio de costumbre. Eso es lo que los marcianos entienden por sarcasmo: cada vez que la atmósfera es más densa de lo que les gusta, hacen observaciones maliciosas y dicen «¡podría nadar!».

Hay que reconocer que eran buenos. Un marciano puede adherirse al hielo pulido y trabajar continuamente durante doce horas con una ración de oxígeno que no podría satisfacer a un terrícola más de noventa minutos. Los vi atravesar las escotillas, con los ojos girando a través de las peceras invertidas de sus cascos, sus tentáculos agarrando los cables de energía, sellando placas y soldadores. Las luces azules iluminaban las portillas exteriores cuando empezaron a cortar, dar forma y sellar aquel desgarrón.

Mientras tanto, continuábamos cayendo hacia el Sol. Si no hubiera sido por esta maldita desgracia, tendríamos que haber cogido una curva para entrar en la órbita de Venus dentro de cuatro horas. Entonces sólo teníamos que dejar que el planeta nos atrajera mientras decelerábamos para aterrizar sin contratiempos.

Pero cuando el diminuto planeta nos salió al paso estábamos aun dirigiéndonos al mayor y más brillante horno que existe. Así, continuamos nuestra marcha. Nuestra velocidad original aumentaba por la fuerza de atracción de nuestro fiero destino.

Quería ser incinerado..., ¡pero a su debido tiempo!

En el puente de mando, en la proa, Jay Score permanecía reunido constantemente con el capitán McNulty y los dos operadores del astrocomputador. Fuera, los marcianos continuaban deambulando, soldando y reparando con sus destellos de luz azul espectral. Los ingenieros, por supuesto, no estaban esperando que acabaran su trabajo. Cuatro de ellos, ataviados con trajes espaciales, entraron en la sección dañada y empezaron a poner orden en el caos.

Envidiaba a aquellos tipos que tenían algo que hacer, y lo mismo pensaban muchos otros. Es un gran consuelo poder hacer algo aunque sea en una situación aparentemente desesperanzada. Es terriblemente deprimente no tener otra cosa que hacer sino jugar con tus dedos mientras los otros están activos.

Dos marcianos entraron a través de la escotilla, cogieron más placas y salieron de nuevo. Uno de ellos pensó que sería una buena idea llevar consigo su tablero de ajedrez de bolsillo, pero no se lo permití. Hay un lugar y un tiempo para cada cosa, y

mover caballo cuatro rey en el exterior de una nave a la deriva no era lo más adecuado. Luego fui a ver a Sam Hignett, nuestro cirujano negro.

Sam había conseguido rescatar al ingeniero de la tumba. Lo había hecho con oxígeno, adrenalina y masajes cardíacos. Sólo sus dedos largos y experimentados podían haberlo conseguido. Era algo que se había hecho antes, pero no a menudo.

Parecía que Sam no sabía lo que había sucedido y tampoco le importaba mucho. Era así siempre que tenía un paciente a su cargo. Cerró con destreza la incisión en el pecho con grapas de plata, pintó la carne suturada con plástico ionizado y enfrió el material para que se endureciera inmediatamente con un espray de éter.

—Sam —le dije—. Eres un fenómeno.

—Jay me lo ha puesto fácil —dijo él—. Lo ha traído a tiempo.

—¿Por qué le echas la culpa? —bromeé, sin ninguna gracia.

—Sargento —respondió él, muy serio—. Soy el médico de esta nave. Lo hago lo mejor que puedo. No podría haber salvado a este hombre si Jay no lo hubiera traído cuando lo hizo.

—De acuerdo, de acuerdo. Como tú digas.

Un buen tipo, ese Sam. Pero era igual que todos los médicos..., ya saben, ético. Le dejé con su paciente, que respiraba débilmente.

Me encontré con McNulty en el pasillo cuando regresaba. Estaba comprobando los tanques de combustible. Lo hacía personalmente, y eso significaba algo. Parecía preocupado, y eso significaba muchísimo. Significaba que no tenía que molestarme en ir escribiendo mi testamento porque nunca lo leería ningún ser vivo.

Su forma corpulenta desapareció en la sala de mando y le oí decir:

—Jay, supongo que podrías...

Entonces la puerta al cerrarse apagó su voz.

Parecía tener mucha fe en Jay Score. Bueno, el tipo parecía bastante competente. El patrón y el nuevo piloto de emergencia continuaban actuando como colegas incluso mientras nos dirigíamos al estallido final.

Uno de los agricultores emigrados salió de su camarote y me vio antes de que llegara a la armería.

—Sargento —preguntó, estudiándome con los ojos muy abiertos—, veo una media luna a través de mi escotilla.

Continuó mirándome mientras yo le miraba a mi vez. Venus mostrando su media luna significaba que ahora estábamos cruzando su órbita. Él lo sabía también..., lo noté por la manera que movía los ojos.

—Bien —insistió, con enfermizo nerviosismo—, ¿cuánto tiempo nos va a retrasar este contratiempo?

—No lo sé —me rasqué la cabeza, intentando parecer confiado y estúpido al mismo tiempo—. El capitán McNulty hará todo lo que esté en su mano. Confíe en él.

Papá sabe lo que hace.

—¿Cree que estamos... esto... en peligro?

—Oh. No, en absoluto.

—Es usted un mentiroso —dijo.

—Lamento tener que admitirlo.

Eso le desarmó. Regresó a su camarote, insatisfecho, asustado. En poco tiempo vería a Venus en fase de tres cuartos y se lo diría a los otros. Entonces la carne estaría en el asador.

Nuestra carne en el asador solar.

Los últimos vestigios de esperanza se habían desvanecido justo en el momento en que un terrible rugido y un temblor violento anunciaron que los cohetes largo tiempo muertos habían vuelto a entrar en acción. El ruido no duró más que unos segundos. Se apagaron rápidamente. El breve estallido sirvió para mostrar que las reparaciones eran efectivas y satisfactorias.

El ruido hizo que el agricultor acudiera corriendo a galope tendido. Ahora ya sabía lo peor, igual que los otros. Había sido imposible ocultar la verdad en los tres días que habían pasado desde que vimos a Venus en media luna. El planeta había quedado muy por detrás de nosotros ahora. Estábamos cortando la órbita de Mercurio. Pero los pasajeros aún se aferraban desesperadamente a la idea de que alguien haría un milagro.

Entró rápidamente en la armería y gimió:

—Los cohetes están otra vez funcionando. ¿Eso significa...?

—Nada —contesté.

No tenía sentido hacerles concebir falsas esperanzas.

—Pero ¿no podemos dar la vuelta y regresar?

Se secó el sudor que le caía por las cejas. Tal vez fuera debido en parte al miedo, pero sobre todo se debía al desagradable hecho de que las condiciones interiores se habían convertido en cualquier cosa menos árticas.

—Señor —dije, sintiendo que la camisa se me pegaba a la espalda—, tenemos más impulso del que ningún otro astronauta ha disfrutado antes. Y nos movemos tan rápidamente que no tenemos otra cosa que hacer sino cruzarnos de brazos.

—Mi rancho —gruñó, amargamente—. Me han concedido cinco mil acres del mejor terreno venusino para plantar tabaco, por no mencionar una opción para criar ganado.

—Lo siento, pero creo que tendrá mucha suerte si alguna vez llega a verlo.

¡Crrrump!, hicieron otra vez los cohetes. El estallido me hizo retroceder y él se dobló hacia adelante como si tuviera dolor de estómago. En la proa, McNulty, Jay Score o algún otro los estaba conectando y desconectando cada vez que se le antojaba. No pude encontrarle sentido a aquello.

—¿Para qué es eso? —preguntó el pasajero, recuperando la postura horizontal.

—A mí que me registren.

Frunciendo el ceño con disgusto, regresó a su camarote. Un típico emigrante terrestre, grande, sano y duro, era lento para reaccionar y demasiado ingenuo para estar realmente preocupado de una manera verdaderamente estremecedora.

Media hora después sonó la llamada general por los altavoces de toda la nave. Era una señal de Tierra, nunca utilizada en el espacio. Significaba que toda la tripulación y todos los otros ocupantes de la nave tenían que reunirse en la cámara central. ¡Imaginen a tipos llamados a sus puestos en pleno vuelo!

Tenía que haber algo único en la historia de la navegación espacial tras aquella llamada, probablemente un discurso de *prepárense-para-lo-inevitable*, a cargo de McNulty.

Como esperaba que el capitán presidiera los últimos ritos, no me sorprendí al encontrarle de pie sobre el pequeño estrado mientras nos reuníamos. Sus rasgos plúmbeos estaban levemente crispados, pero los cambió por una sonrisa cuando entraron los marcianos y uno de ellos hizo como que nadaba.

Erguido junto a McNulty, tan inexpresivo como de costumbre, Jay Score miró a ese marciano nadador como si fuera un cuenco de cristal. Entonces sus ojos, extrañamente encendidos, miraron hacia otra parte, como si no hubieran visto nada más absurdo. El chiste de la natación, de todas formas, se estaba haciendo pesado.

—Hombres y vedras —empezó a decir McNulty; esto último era la palabra marciana para «adultos» y, por implicación, otro ejemplo del sarcasmo marciano—. No es necesario que me extienda sobre lo embarazoso de nuestra posición —aquel tipo sabía elegir las palabras... ¡embarazoso!—. Ya estamos más cerca del Sol de lo que lo ha estado ninguna otra nave en la historia de la navegación cósmica.

—Navegación cómica —murmuró Kli Yang, sin ningún tacto.

—Necesitaremos tu sentido del humor para entretenernos más tarde —observó Jay Score con una voz tan tensa que Kli Yang se dio por vencido.

—Nos dirigimos hacia el Sol —continuó McNulty, frunciendo nuevamente el ceño—, más rápido de lo que se ha movido ninguna nave con anterioridad. No hay más que una oportunidad entre diez mil de salir de ésta con vida —dirigió a Kli Yang una sonrisa desafiante, pero esta vez el individuo con tentáculos permaneció en silencio—. Sin embargo, existe esa oportunidad, y vamos a intentarlo.

Le miramos con la boca abierta, preguntándonos qué demonios quería decir. Todos sabíamos que nuestra terrible velocidad hacía imposible describir una vuelta en U y regresar sin tocar el Sol. Tampoco podíamos dar media vuelta en dirección contraria con todo aquel impulso detrás. No había nada que hacer sino seguir hacia adelante, hacia adelante, hasta que el estallido final esparciera por el cosmos nuestras moléculas destrozadas.

—Lo que intentamos hacer es una *cometaria* —continuó diciendo McNulty—. Jay, los astrocomputadores y yo pensamos que hay una remota posibilidad de que podamos conseguirlo y escapar con vida.

Aquello estaba bastante claro. La acción era algo puramente teórico que se debatía a menudo entre los matemáticos y los astronavegantes, pero que nunca se había intentado en la cruda realidad. La idea era acumular toda la velocidad posible y, al mismo tiempo, entrar en el ángulo de una órbita elíptica similar a la de un cometa. En teoría, la nave podría pasar cerca del Sol tan rápidamente que oscilaría como un péndulo al otro lado de la órbita cuando saliera. Un buen truco..., pero ¿podríamos conseguirlo?

—Los cálculos muestran que nuestra situación actual es lo suficientemente óptima como para permitir una buena probabilidad de éxito —dijo McNulty—. Tenemos energía y combustible suficientes para acumular la velocidad necesaria con la ayuda de la atracción del Sol, para entrar en el ángulo adecuado y mantenerlo el tiempo necesario. Lo único que nos plantea serias dudas es si podremos sobrevivir tan cerca del Sol —se secó el sudor, enfatizando inconscientemente lo que nos esperaba—. No voy a ser parco en palabras, señores. ¡Va a resultar un verdadero infierno!

—¡Lo conseguiremos, patrón! —dijo alguien.

Un bajo murmullo de apoyo atravesó la cabina.

Kli Yang se puso en pie, alzó simultáneamente cuatro brazos sin articulaciones para llamar la atención, y trino:

—Es una idea. Es excelente. Yo, Kli Yang, la apoyo en nombre de mis amigos vedras. Nos meteremos en el refrigerador y sufriremos la peste terrícola mientras pasamos junto al Sol.

Ignorando el chiste sobre el olor humano, McNulty asintió.

—Todos entraremos en la cámara refrigeradora y lo soportaremos lo mejor que podamos.

—Exactamente —dijo Kli—. ¡Eso es! —añadió, con un ligero aire de superfluo descuido. Agitando una punta tentacular ante McNulty, continuó—: Pero no podemos controlar la nave mientras permanecemos en la nevera como tres docenas y media de helados de fresa. Tendrá que haber un piloto en la proa. Un individuo tendrá que guiar la nave... hasta que se enfríe. Así que alguien tendrá que ser la salchicha.

Hizo otro movimiento sinuoso con el tentáculo, convencido de que estaba fascinando a sus oyentes y requiriendo su completa atención.

—Y ya que no puede negarse que nosotros los marcianos somos menos susceptibles a los calores extremos, sugiero que...

—¡Tonterías! —exclamó McNulty.

Su rudeza no engañó a nadie. Los marcianos eran molestos, pero grandes tipos.

—De acuerdo. —El trino de Kli se convirtió en un agudo chirrido de protesta—. ¿Quién más está capacitado para convertirse en un churrasco?

—Yo —dijo Jay Score.

Fue extraña la manera en que lo dijo. Como si fuera el candidato tan obvio que sólo los ciegos no pudieran verlo.

¡Tenía razón, claro! Jay, el hombre adecuado para aquel trabajo. Si alguien era capaz de soportar lo que iba a atravesar las portillas de observación ése era Jay Score. Era grande y duro, construido para tareas como ésta. Contenía un montón de material que ninguno de nosotros poseía, y, después de todo, era un piloto de emergencia cualificado. Y desde luego ésta era una emergencia, la mayor de todas.

Pero era curioso lo que sentía hacia él. Pude imaginármelo allí delante, completamente solo, sin nadie, nuestras vidas dependiendo de la cantidad de infierno que pudiera soportar, mientras el tremendo Sol extendía sus dedos abrasadores...

—¡Tú! —exclamó Kli Yang, rompiendo la cadena de mis pensamientos. Sus ojos saltones rebulleron llenos de ira ante la gran figura lacónica sobre el atrio—. ¡Tú! Estoy preparado para darte jaque en cuatro movimientos, y lo sabes perfectamente, por eso planeas encerrarte.

—En seis movimientos —le corrigió Jay, sin darle importancia—. No puedes hacerlo en menos de seis.

—¡Cuatro! —aulló Kli Yang—. Y ahora precisamente tú...

Aquello era demasiado para McNulty. Parecía estar a punto de sufrir un colapso. Su cara púrpura se volvió hacia el semafórico Kli.

—¡Al infierno con vuestro maldito ajedrez! —rugió—. Vuelvan todos a sus puestos. Prepárense para el impulso máximo. Haré sonar la alarma general en cuanto sea necesario ponerse a cubierto y entonces todos irán a la sala de refrigeración.

Miró a su alrededor, el púrpura de su cara se desvanecía gradualmente mientras la presión de su sangre bajaba.

—Es decir, todos menos Jay.

Los cohetes tronaban como de costumbre a toda marcha, suave y firmemente. En el interior de la nave la atmósfera empezó a calentarse más y más hasta que la humedad comenzó a fluir continuamente por nuestras espaldas y el brillo de las paredes se tornó opaco. No sé cómo se estaría en el interior de la sala de navegación en la proa, ni quise descubrirlo. Los marcianos no se sentían demasiado mal todavía; por una vez, había que envidiar su extraña constitución.

No controlé el tiempo, pero tuve dos llamadas al deber con un período de descanso antes de que los altavoces dieran la alarma general. Para entonces, las cosas se habían vuelto feas. Ya no estaba sudando: me estaba derritiendo lentamente.

Sam, por supuesto, fue el terrestre que mejor lo soportó y aguantó lo suficiente hasta sacar a su paciente del peligro original. Aquel ingeniero tuvo suerte, si es suerte que lo salven a uno para después arrojarlo a una hoguera. Lo pusimos en la cámara frigorífica inmediatamente, con Sam atendiéndolo.

Los demás le seguimos cuando sonó la alarma. Nuestro santuario no era más que un simple refrigerador; era la sección más fuerte y más fría de la nave, un compartimento fuertemente reforzado y triplemente acorazado donde se encontraban los almacenes de instrumentos, dos instalaciones médicas y un largo salón para beneficio de los pasajeros que sufrieran náuseas. Nos alojó a todos confortablemente.

A todos menos a los marcianos. Les alojó, pero no confortablemente. Nunca se sienten cómodos con una presión de siete kilos, que consideran algo no sólo denso, sino también apestoso...; algo así como respirar maleza impregnada de esencia de cabra vieja.

Ante nuestros propios ojos, Kli Yang sacó una botella de aroma de *hooloo* y se la tendió a su medio pariente Kli Morg. Éste nos miró con desdén y luego olió la botella con una ostentación que era claramente insultante. Pero nadie dijo nada.

Todos estaban presentes excepto McNulty y Jay Score. El capitán apareció dos horas más tarde. Las cosas tenían que haber sido duras allí fuera, pues su aspecto era terrible. Su cara cenicienta estaba arrugada y brillante, y sus mejillas, que una vez habían sido regordetas, estaban hundidas y llenas de llagas. Su uniforme, normalmente tenso y garboso, colgaba fofo. No había más que mirarlo para ver que había sufrido una buena sesión de tueste, casi más de lo que podía soportar.

Caminó tambaleándose, cruzó la sala, entró en la sección de primeros auxilios y se desnudó con movimientos lentos y dolorosos. Sam le untó con crema. Pudimos oír al atormentado patrón gruñir roncamente mientras Sam ponía todo su empeño en el trabajo.

El calor se cebaba ahora con nosotros vengativamente, inundaba las paredes, el suelo, el aire, y creaba una multitud de fieras sensaciones punzantes en todos los músculos de mi cuerpo. Varios ingenieros se quitaron las botas y chaquetones. Poco después los pasajeros los imitaron quitándose la mayor parte de su ropa exterior. Mi agricultor se quedó sentado tristemente, vestido con ropas tropicales, reflexionando con melancolía sobre lo que podría haber sido.

McNulty salió de la enfermería, se dejó caer en un catre y dijo:

—Si estamos bien dentro de cuatro horas, habremos soportado lo peor.

En ese momento los cohetes se pararon. Supimos de inmediato qué pasaba. Un tanque de combustible se había vaciado y un relé había fallado al reemplazarlo. Debía de haber habido un ingeniero dispuesto a conectar los conductos. Con el calor y la excitación, alguien lo había pasado por alto.

Apenas tuvimos tiempo de darnos cuenta del hecho cuando Kli Yang salió por la puerta. Estaba cerca de ella y se marchó cuando los demás aún estábamos intentando decidir qué hacer. Veinte segundos más tarde, los cohetes reiniciaron su firme rugido.

Una llamada sonó por el intercomunicador junto a mi oreja derecha. Conecté el micrófono y apenas si pude preguntar roncamente.

—¿Sí?

—¿Quién lo hizo?

Oí la voz de Jay llamando desde la proa.

—Kli Yang —le dije—. Aún está fuera.

—Probablemente ha ido a su cámara —supuso Jay—. Dile que le doy las gracias.

—¿Qué tal se está por ahí?

—Fatal. No es muy bueno... para la visión. —Un momento de silencio, después—. Supongo que puedo soportarlo... de alguna manera. Prepárense para la próxima vez... que llame.

—¿Por qué? —Medio gemí, medio jadeé.

—Voy a hacer rotar la nave. Intento... distribuir... el calor.

Un débil chasquido anunció que había cortado la comunicación. Dije a los otros que se ataran. Los marcianos no tuvieron que preocuparse por eso, porque disponían de las suficientes ventosas para agarrarse a un meteoro incandescente.

Kli regresó y demostró que la suposición de Jay había sido correcta; traía consigo las piezas de cabeza-y-hombro de su equipo. La carga era casi demasiado para lo que podía soportar, ahora que la temperatura había subido a un punto en el que incluso él había empezado a jadear.

Los marcianos cogieron alegremente sus instrumentos, sellaron los trajes y los redujeron a la presión de un kilo y medio. Esto los hizo sentirse considerablemente más felices. Recordando que los terrestres usamos trajes espaciales para conservar aire en el interior, parecía extraño ver que aquellos tipos los utilizaban para mantenerlo fuera.

Acababan de acomodarse y habían colocado un tablero de ajedrez para entretenerse cuando la señal sonó otra vez. Nos atamos. Los marcianos prepararon sus ventosas.

Lenta y firmemente, la *Upsydaisy* empezó a girar sobre su eje longitudinal. El tablero y las piezas de ajedrez intentaron permanecer de pie, fallaron, se esparcieron por el suelo, por las paredes y por el techo. La atracción solar hacía que se pegaran al lado de la nave más cerca del Sol.

Vi los rasgos cansados y acalorados de Kli Morg mirando sombríamente un alfil negro cuando éste pasó a su lado, y supongo que en el interior de su casco estaba haciendo algunos comentarios dignos de la inventiva marciana.

—Tres horas y media —jadeó McNulty.

Aquella estimación de cuatro horas sólo podía significar dos horas de aproximación al límite absoluto y otras dos de retirada. Así que en el momento en que alcanzáramos las dos horas sería el instante en que estaríamos más cerca del horno solar, el momento de mayor peligro.

No fui consciente de aquel momento crítico, porque me desmayé veinte minutos antes. No merece la pena extenderme sobre el horror de ese momento. Creo que me volví un poco loco. Era un cerdo en una parrilla, al que estaban asando vivo. Es la

única vez que he pensado en el Sol como un enorme bastardo brillante al que habría que extinguir de una vez por todas. Poco después, fui incapaz de pensar en nada.

Recobré el conocimiento y dolorosamente me revolví en mi cinturón noventa minutos después de pasar el punto medio. Mi mente aturdida tenía problemas para darse cuenta de que ahora sólo nos faltaba media hora para ponernos teóricamente a salvo.

Lo que había sucedido en el ínterin quedó en mi imaginación, y entonces no me molesté en averiguarlo. El Sol brillaba con una ferocidad muchos millones de veces superior a la del ojo de un tigre, cien mil veces más hambriento que nuestra sangre y nuestros huesos. Su corona flameante se extendía hacia la nave cargada de seres medio muertos, aprisionados en un recipiente de acero.

Y delante de la nave, tras sus portillas de observación de cuarzo, totalmente inadecuadas, Jay Score sentado solo, enfrentado a aquel infierno desatado, mirando, mirando, mirando...

Me puse en pie y me tambaleé inseguro cayendo como un saco de patatas. La nave ya no estaba rotando y avanzaba normalmente. Lo que me hizo caer fue pura debilidad. Me sentía fatal.

Los marcianos ya se habían recuperado. Sabía que serían los primeros. Uno de ellos me levantó y me agarró con firmeza mientras recuperaba una porción de mi antiguo control. Advertí que otro de ellos estaba inclinado sobre el inconsciente McNulty y tres de los pasajeros. Sí, los protegía del calor y fueron los siguientes en volver a la vida.

Me dirigí al intercomunicador y lo conecté, pero no conseguí respuesta de la proa. Durante tres minutos enteros me quedé colgado y atontado antes de intentarlo de nuevo. Nada sucedió. Jay no quería o no podía contestar.

Como soy un cabezota, hice otros cuantos intentos sin mejores resultados. El esfuerzo me hizo caer desplomado una vez más. El calor era aún terrible. Me sentía más deshidratado que una momia de un millón de años excavada de la arena.

Kli Yang abrió la puerta y se arrastró al exterior de la cámara con movimientos dolorosos. Su casco de aire estaba asegurado sobre sus hombros. Regresó cinco minutos más tarde y habló a través del diafragma de su casco.

—No pude acercarme a la sala de control de proa. Las autopuertas están cerradas a la mitad de los pasillos, la atmósfera es densa, y es como estar dentro de un horno—miró a su alrededor, encontró mis ojos y contestó a mi muda pregunta—. No hay aire en la proa.

El que no hubiera aire significaba que las portillas de observación habían estallado. Ninguna otra cosa podría haber vaciado la sala de control. Bien, llevábamos instrumental para el trabajo y podríamos arreglar un poco los daños en cuanto pudiéramos. Mientras tanto, aquí estábamos, lanzados hacia adelante, tal vez

siguiendo un curso correcto o tal vez no, con una sala de control vacía y sin aire, y con un sistema intercomunicador que no ofrecía más que un silencio espectral.

Nos sentamos y recuperamos fuerzas. El último en salir de su coma fue el ingeniero herido. Sam lo había cuidado. Fue entonces cuando McNulty se secó el sudor y mostró una repentina excitación.

—Cuatro horas, caballeros —dijo, con sombría satisfacción—. ¡Lo hemos conseguido!

Todos lanzamos un hurra vacío. ¡Por Júpiter!, la atmósfera súper caldeada pareció hacerse diez grados más fría con la noticia. Es extraño cómo el alivio de la tensión puede dar energía; en unos minutos habíamos recuperado nuestra antigua fuerza y estábamos preparados para partir. Pero aún tuvieron que pasar otras cuatro horas antes de que un cuarteto de ingenieros, ataviados con trajes espaciales, penetrara en el infierno que teníamos por delante, y trajeran su carga de la sala de control sin aire.

Lo llevaron al departamento de Sam. Era una figura grande, pesada y silenciosa con la cara negra por las quemaduras.

Torpemente, me acerqué a él y le dije:

—Jay, Jay, ¿cómo te encuentras?

Tuvo que oírme, pues movió los dedos de la mano derecha y emitió un sonido lastimero. Dos de los ingenieros fueron a su camarote y trajeron su enorme maleta de cuero. Cerraron la puerta con Sam y nos dejaron a los marcianos y a mí fuera. Kli Yang recorría el pasillo de arriba abajo, como si no supiera qué hacer con sus tentáculos.

Sam salió más de una hora después. Nos pusimos en pie de un salto.

—¿Cómo está Jay?

—Ciego como una estatua —sacudió su cabeza rizada—. Y no tiene voz. Ha recibido una paliza terrible.

—Por eso no pudo contestar por el intercomunicador —le miré directamente a los ojos—. ¿Puedes... puedes hacer algo por él, Sam?

—Ojalá pudiera. —Su cara seria reflejaba sus sentimientos—. Sabes lo mucho que me gustaría ayudarle. Pero no puedo. —Hizo un gesto de abandono—. Está por encima de mis modestas habilidades. Solamente Johanssen puede ayudarle. Tal vez cuando regresemos a la Tierra...

Su voz se apagó y regresó a su cámara.

—Me siento triste —dijo Kli Yang miserablemente.

Una escena que no olvidaré hasta el día de mi muerte fue la que ocurrió aquella noche que pasamos como invitados del Astro Club de Nueva York. Ese club era entonces (como lo es hoy) el grupo más elitista de seres humanos que jamás se ha congregado. Para ser aceptado como miembro uno tiene que hacer un milagro en una emergencia a bordo de una astronave. En aquellos días sólo había nueve miembros y

hoy sólo hay doce.

Mace Waldron, el famoso piloto que salvó al navío marciano en el 2263, era el presidente. Estaba a la cabecera de la mesa con Jay Score sentado a su lado. Al otro extremo se encontraba McNulty, con una amplia sonrisa de satisfacción en su cara regordeta. Junto al patrón estaba el viejo y canoso Knud Johanssen, el genio que diseñó la serie J y un científico conocido por todos los hombres del espacio.

A los lados, manifiestamente orgullosa, estaba sentada toda la tripulación de la *Upsydaisy*, incluyendo los marcianos, más tres de nuestros pasajeros que habían pospuesto sus viajes para esta ocasión. También había un par de audioperiodistas con cámaras y micrófonos.

—Caballeros y vedras —dijo Mace Waldron—, éste es un hecho sin precedentes en la historia de la humanidad, un hecho que nunca había sido pensado ni imaginado en este club. Por eso, siento que es doblemente un honor y un privilegio proponer que Jay Score, piloto de emergencia, sea aceptado como miembro plenamente cualificado y digno del Astro Club.

—¡Secundo la propuesta! —gritaron tres miembros simultáneamente.

—Gracias, caballeros —alzó una ceja inquisitivamente. Ocho manos se alzaron al unísono—. Aceptado por unanimidad.

Mirando al taciturno e inmóvil Jay Score, empezó a pronunciar un elogioso discurso. Continuó y continuó, lleno de aprecio y superlativos, mientras Jay permanecía sentado a su lado con aire indiferente.

Al otro lado de la mesa, vi que la sonrisa de satisfacción de McNulty se hacía más y más grande. Junto a él, el viejo Knud miraba a Jay con un cariño paternal que rozaba la fatuidad. La tripulación prestaba igualmente su atención al impertérrito sujeto de la charla, y las cámaras estaban también fijas en él.

Volví mi atención y vi a la víctima sentada allí, con sus ojos restaurados brillantes y relucientes, pero con la cara completamente inmóvil a pesar del discurso, la publicidad y el brillo de orgullo paternal a cargo de Johanssen.

Pero después de diez minutos, vi que J.20 empezaba a ruborizarse con obvio embarazo.

¡No permitan que nadie les diga que los robots no tienen sentimientos!

Universo

Robert A. Heinlein (1907-1988)^[14]

Astounding Science Fiction, mayo

«Universo», otro relato seleccionado para la Sala de la Fama, es merecidamente famoso, tanto por el relato en sí como por el tratamiento prototípico (aunque no fue el primero) que ofrece de un mundo confinado y autocontenido; en este caso se trata de una enorme nave estelar cuyos habitantes han olvidado quiénes son, qué hacen, e incluso el porqué de su existencia.

Es verdaderamente uno de los relatos más influyentes e importantes de la ciencia ficción.

(Nadie mejor que Bob Heinlein para llegar el primero. El mundo autocontenido es ahora no sólo un pilar básico de la ciencia ficción, sino también parte reconocida de la ciencia misma. He escrito con frecuencia sobre «naves estelares» como representantes del serio futuro de la humanidad en mis obras de no ficción, y confieso sin sentirme avergonzado que la idea me la proporcionó «Universo». No puedo decir que Gerard O'Neil extrajera la noción de sus «colonias espaciales» de «Universo»; si así fuera me sentiría satisfecho, aunque no sorprendido. ¡Ah, aquel año dorado de 1941! I. A.)

La expedición a Próxima del Centauro, patrocinada por la Fundación Jordan en el año 2119, fue el primer intento registrado en la historia de alcanzar las estrellas más cercanas de esta galaxia. En cuanto a su desagradable destino, sólo podemos hacer conjeturas...

(Extraído de *La aventura de la astrografía moderna*, de Franklin Buck, publicado por Transcripciones Lux, S. L., 3.50 cr.)

—¡Cuidado, un muti!

Al oír el grito de advertencia, Hugh Hoyland se agachó con el tiempo justo. Un proyectil metálico, que tendría el tamaño de un huevo, se estrelló en la mampara por encima de su cabeza con una fuerza tal que prometía fracturarle el cráneo caso de haberle alcanzado. Se había agachado con tal rapidez que sus pies se habían separado de las placas metálicas del suelo. Antes de que su cuerpo pudiera bajar lentamente hacia la cubierta, apoyó los pies en la mampara que tenía detrás y se dio impulso con ellos. Salió disparado por el corredor en una zambullida a ras del suelo, con el cuchillo desenvainado y listo.

Se retorció en el aire, deteniéndose con los pies en la mampara opuesta, en la curva del pasillo desde la cual le había atacado el muti, y flotó suavemente hacia el suelo. La otra parte del corredor estaba vacía. Sus dos compañeros se unieron a él, resbalando torpemente sobre las placas metálicas.

—¿Se ha ido? —preguntó Alan Mahoney.

—Sí —dijo Hoyland—. Le vi un segundo antes de que se metiera por esa compuerta. Creo que era una hembra. Parecía tener cuatro piernas.

—Con dos piernas o con cuatro, ahora nunca la cogeremos —comentó el tercer hombre.

—En nombre de Huff, ¿quién quiere cogerla? —protestó Mahoney—. Yo no, desde luego.

—Bueno, pues yo sí —dijo Hoyland—. Por Jordan, si hubiera afinado la puntería un par de centímetros más, ahora estaría listo para el convertidor.

—¿Es que ninguno de vosotros dos puede pronunciar tres palabras seguidas sin soltar un juramento? —dijo el tercer hombre con expresión desaprobatoria—. ¿Y si os oyera el capitán?

Al mencionar su nombre se tocó la frente con un gesto cargado de reverencia.

—Oh, por el amor de Jordan —le dijo secamente Hoyland—, no te hagas el importante, Mort Tyler. Todavía no eres un científico. Me tengo por tan devoto como tú..., y no es ningún pecado grave expresar de vez en cuando lo que sientes. Hasta los científicos lo hacen. Los he oído.

Tyler abrió la boca como disponiéndose a protestar pero luego pareció pensárselo mejor.

Mahoney tocó a Hoyland en el brazo.

—Mira, Hugh —suplicó—, salgamos de aquí. Nunca habíamos llegado tan alto antes. Estoy nervioso..., tengo ganas de volver abajo, a un sitio donde pueda sentir algo de peso en mis pies.

Hoyland miró con expresión anhelante hacia la escotilla por donde había desaparecido su atacante, la mano sobre la empuñadura de su cuchillo, y acabó volviéndose hacia Mahoney.

—Está bien, chaval —accedió—, de todos modos el trayecto hasta abajo es muy largo.

Se dio la vuelta y avanzó lentamente hacia la compuerta por la cual habían llegado hasta el nivel en el que ahora se encontraban, con los otros dos siguiéndole. Sin hacer caso de la escalera por la que habían trepado, dio un paso hacia adelante y bajó flotando lentamente por la abertura hasta la cubierta que se encontraba a unos cuatro metros y medio bajo él, con Tyler y Mahoney siguiéndole de cerca. Otra escotilla, a un metro escaso de la primera, daba acceso a un nivel todavía más bajo. Cayeron y cayeron de forma interminable, dejando atrás docenas de cubiertas, cada una de ellas silenciosa, sumida en la penumbra y llena de misterios. Cada vez caían un poco más rápido y el aterrizaje era un poco más duro. Mahoney acabó protestando.

—Vayamos caminando el resto del trayecto, Hugh. Ese último salto ha hecho que me duelan los pies.

—De acuerdo. Pero tardaremos más. ¿Cuánto nos queda por recorrer? ¿Alguien ha llevado la cuenta?

—Nos quedan unas setenta cubiertas para llegar a las granjas —respondió Tyler.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Mahoney con suspicacia.

—Las he contado, idiota. Y cuando bajábamos fui quitando un número por cada cubierta.

—No, nada de eso. Sólo un científico puede manejar los números de ese modo. Sólo porque has aprendido a leer y escribir te crees que lo sabes todo...

Hoyland le interrumpió antes de que la cosa pudiera degenerar en una pelea.

—Cállate, Alan. Quizá puede hacerlo. Es bueno en ese tipo de cosas. De todos modos, me parece que deben ser unas setenta cubiertas... Me siento bastante pesado.

—A lo mejor le gustaría contar cuántos filos tiene mi cuchillo...

—Basta ya, he dicho. Los duelos están prohibidos fuera del pueblo. Ésa es la regla.

Siguieron avanzando en silencio, bajando al trote la escalera hasta que el peso, aumentando a cada nivel, les obligó a un paso más lento. Al final acabaron llegando a un nivel brillantemente iluminado y dos veces más alto que los superiores. El aire era cálido y cargado de humedad; la vegetación apenas si les dejaba ver a lo lejos.

—Bueno, por fin estamos abajo —dijo Hugh—. No reconozco esta granja; debemos haber bajado por un lugar distinto al de la subida.

—Ahí hay un granjero —dijo Tyler—. Se puso los meñiques en la boca, lanzando

un silbido y luego gritó—: ¡Eh, compañero! ¿Dónde estamos?

El campesino se volvió lentamente hacia ellos, les miró con atención y acabó indicándoles con reluctantes monosílabos el camino hacia el corredor principal que les llevaría hasta su pueblo.

Tras haber recorrido con paso rápido unos tres kilómetros por un espacioso túnel en el cual había un moderado tráfico: viajeros, porteadores, alguna que otra carretilla, un científico de aspecto muy digno balanceándose en su litera transportada por cuatro ordenanzas de aspecto ceñudo y precedido por su maestre de armas para apartar a los tripulantes sin rango de su camino, acabaron llegando a su pueblo, un compartimento muy grande que tenía tres cubiertas de alto y algo así como diez veces ese espacio de ancho. Allí se dividieron para seguir cada uno su propio camino, Hugh a su residencia en los cuarteles de los cadetes, los jóvenes solteros que no vivían con sus padres. Se lavó un poco y luego fue al compartimento de su tío, para el cual trabajaba a cambio de la comida. Su tía alzó los ojos al entrar él, pero no abrió la boca, como era lógico en una mujer.

—Hola, Hugh —dijo su tío—. ¿Has estado explorando otra vez?

—Buena comida, tío. Sí.

Su tío, un hombre de aspecto estólido pero bastante inteligente, pareció divertido ante su respuesta y le miró con aire tolerante.

—¿Adónde has ido y qué has encontrado?

La tía de Hugh había salido silenciosamente del compartimento y volvió unos instantes después con su cena, colocándola ante él. Hugh se lanzó sobre ella, sin que se le ocurriera ni por un segundo la idea de darle las gracias. Masticó un buen bocado antes de responder.

—Arriba. Trepamos casi hasta el nivel sin peso. Un muti intentó romperme la cabeza.

Su tío lanzó una risita.

—Acabarás encontrando la muerte en esos corredores, chico. Sería mejor que le prestaras más atención a mi negocio para el día en que yo muera y te deje el camino libre.

Hugh le miró con expresión algo ceñuda, dispuesto a no dejarse convencer.

—¿No sientes ninguna curiosidad, tío?

—¿Yo? Oh, también me dediqué a hurgar lo mío cuando era joven. Seguí todo el corredor principal hasta alcanzar la curva y luego volví al pueblo. Llegué hasta el Sector Oscuro y lo crucé, con los mutis pisándome los talones. ¿Ves esta cicatriz?

Hugh la miró sin demasiada atención. La había visto ya muchas veces con anterioridad y había oído repetir la historia hasta el aburrimiento. Una vez di la vuelta a toda la nave... ¡bah! Él quería ir a todas partes, verlo todo y descubrir el porqué de las cosas. Por ejemplo, esos niveles superiores...; si los hombres no debían surgir hasta tal altura, ¿por qué los había creado Jordan?

Pero se guardó para sí mismo tales reflexiones y siguió comiendo. Su tío cambió

de tema.

—Tengo la oportunidad de visitar al Testigo. John Black afirma que le debo tres cerdos. ¿Quieres venir conmigo?

—Bueno... no, supongo que no... Espera... creo que iré.

—Entonces, date prisa.

Se detuvieron antes en los cuarteles de los cadetes, pues Hugh había pretextado algo urgente que hacer ahí. El Testigo vivía en un pequeño compartimento maloliente situado justo enfrente de la Sala Común, partiendo de los cuarteles, un lugar que era fácilmente accesible a cualquiera que necesitara sus talentos. Le encontraron sentado en el umbral, hurgándose los dientes con la uña. Su aprendiz, un adolescente con la cara llena de granos y la absorta expresión de quien no ve demasiado bien, estaba acucillado junto a él.

—Buena comida —dijo el tío de Hugh.

—Buena comida, Edard Hoyland. ¿Vienes por negocios o para hacerle compañía a un viejo?

—Las dos cosas —replicó diplomáticamente el tío de Hugh, explicando luego qué le traía.

—¿Eso? —dijo el Testigo—. Bueno... el contrato es lo bastante claro:

*John el negro diez fanegas entregó,
Y dos lechones de pago esperó;
Ed su cerda trajo para criar;
Y John cobrará cuando crezca el par.*

—¿Qué tamaño tienen ahora los cerdos, Edard Hoyland?

—Son bastante grandes ya —admitió el tío de Hugh—, pero Black pide tres en vez de dos.

—Dile que se remoje un poco la cabeza. «El Testigo ha hablado».

Y se rió con un agudo hilillo de voz.

Los dos estuvieron charlando durante unos minutos, con Edard Hoyland hurgando entre sus experiencias más recientes para satisfacer el insaciable apetito que el anciano sentía hacia los detalles. Hugh guardó un educado silencio mientras sus mayores hablaban. Pero cuando su tío se dispuso a irse, abrió la boca.

—Me quedaré un rato más, tío.

—¿Eh? Como quieras. Que aproveche, Testigo.

—Que aproveche, Edard Hoyland.

—Te he traído un regalo, Testigo —dijo Hugh cuando su tío estuvo ya lo bastante lejos como para no oírles.

—Deja que lo vea.

Hugh le entregó el paquete de tabaco que había cogido de su armario personal en los cuarteles. El Testigo lo aceptó sin decir palabra y luego se lo arrojó a su aprendiz,

que se encargó de guardarlo.

—Entra —le invitó el Testigo, volviéndose luego hacia su aprendiz—. Eh, tú, tráele una silla al cadete. Bien, muchacho —añadió, una vez que estuvieron sentados—, cuéntame en que te has venido ocupando últimamente.

Hugh se lo contó y se vio obligado a repetir con detalle los incidentes de sus exploraciones más recientes, con el Testigo quejándose continuamente de su incapacidad para recordar con exactitud todo lo que veía.

—Los jóvenes ya no tenéis capacidad para eso —acabó afirmando—. No tenéis capacidad. Ni siquiera ese piojo —señaló con la cabeza hacia su aprendiz—, tiene capacidad para ello, aunque es una docena de veces mejor que tú. ¿Puedes creer que no consigue aprenderse ni mil líneas al día y, con todo, espera ocupar mi puesto cuando me haya ido? Caramba, cuando yo era aprendiz tenía la costumbre de canturrear en voz baja un millar de líneas sólo para dormirme... Recipientes agrietados, eso es lo que sois todos.

Hugh no intentó refutar sus acusaciones y se limitó a esperar que el viejo continuara hablando, cosa que hizo pasado un tiempo.

—¿Tenías que hacerme una pregunta, chico?

—En cierto modo, Testigo.

—Bien..., adelante con ella. No hace falta que te muerdas más la lengua.

—¿Subiste alguna vez todo el trecho hasta donde no hay peso?

—¿Yo? Claro que no. Era un Testigo y estaba aprendiendo mi oficio. Tenía ante mí todos los linajes de Testigos por aprender y no tenía tiempo para diversiones infantiles.

—Tenía la esperanza de que tú podrías decirme lo que encontraría allí.

—Vaya..., bueno, ése es otro asunto. Nunca he subido ahí pero poseo los recuerdos de quienes han subido y son muchos más de los que tú nunca llegarás a conocer. Soy viejo. Conocí al padre de tu padre y antes de eso conocí a su abuelo. ¿Qué quieres saber?

—Bueno... —¿Qué deseaba saber? ¿Cómo podía formular en voz alta la pregunta que no era sino un continuo dolor en su pecho? Aun así...—. ¿Para qué sirve todo Testigo? ¿Por qué se encuentran todos esos niveles sobre nosotros?

—¿Eh? ¿A qué viene eso? En el nombre de Jordan, hijo... soy un Testigo, no un científico.

—Bueno..., creí que lo sabrías. Lo siento.

—Es que lo sé. Lo que tú quieres son las Líneas del Principio.

—Ya las he oído.

—Pues óyelas de nuevo. Todas tus respuestas se encuentran ahí, si posees la sabiduría suficiente para verlas. Escúchame con atención. No..., ésta es la oportunidad de que mi aprendiz demuestre lo que sabe. ¡Eh, tú! Las Líneas del Principio..., y cuidado con el ritmo.

—El aprendiz se mojó los labios con la lengua y empezó:

—En el principio estaba Jordan, pensando en soledad sus solitarios pensamientos.

»En el principio estaba la oscuridad, muerta e informe, y el hombre no era conocido.

»De la soledad surgió un anhelo, del anhelo surgió una visión.

»Del sueño surgió el plan, del plan surgió la decisión...

»*¡Jordan alzó su mano y la Nave nació!*

»Kilómetro tras kilómetro de cómodos compartimentos, tanques y tanques para el grano dorado.

»Escaleras y pasillos, puertas y armarios, todo creado para servir a quien todavía no ha nacido.

»Contempló su obra y la encontró agradable, adecuada para una raza que aún debía nacer.

»Pensó en el hombre y el hombre cobró existencia, empezó a pensar y buscó la llave de su ser.

»El hombre indómito sería una vergüenza para su Creador, el hombre sin control arruinaría el Plan divino;

»Y por eso Jordan creó las Reglas, las órdenes que se dan a cada hombre nacido;

»Uno para cada tarea y uno para cada puesto, sirviendo el propósito más allá de su voluntad;

»Algunos para hablar y otros para escuchar, y así el orden se impuso en las filas de la Humanidad.

»Y a la tripulación creó para trabajar en sus puestos, y a los científicos para guiar su Plan divino.

»Y por encima de todos creó al capitán, haciéndole juez de la raza del hombre entero.

»*¡Así ocurrió todo en la Edad de Oro!*

»Perfecto Jordan es, y quienes bajo Él se encuentran en ninguna de sus obras están completos.

»La envidia, la codicia y el orgullo del espíritu buscan en sus mentes cobijo para sus semillas.

»*¡Y hubo uno que les dio refugio... Huff, el maldito, el primero en haber pecado!*

»Sus malignos consejos sembraron la rebelión, plantando la duda donde antes no había existido;

»La sangre de los mártires manchó el suelo, el capitán de Jordan hizo el Viaje.

»La oscuridad engulló...

El anciano le soltó una bofetada al aprendiz, y el dorso de su mano se estrelló con fuerza en sus labios.

—*¡Vuelve a empezar!*

—*¿Desde el principio?*

—*¡No! Desde donde has vacilado.*

El chico se quedó callado unos instantes, el rostro indeciso, y luego siguió

recitando:

«La oscuridad engulló los senderos de la virtud, reinó el pecado por toda la Nave...».

La voz del chico siguió recitando monótonamente pareado tras pareado, en un verso interminable pero no muy detallado, la vieja, vieja historia del pecado, la rebelión y el tiempo de oscuridad. De cómo la sabiduría prevaleció al final y los cuerpos de los líderes rebeldes fueron entregados como alimento al convertidor. De cómo algunos de los rebeldes escaparon al Viaje y vivieron para engendrar a los mutis. De cómo fue escogido un nuevo capitán, tras plegarias y sacrificios.

Hugh se agitó inquieto en su asiento, sus pies rozando el suelo. Sin duda las respuestas a sus preguntas se encontraban ahí, dado que ésas eran las Líneas Sagradas, pero le faltaba el ingenio suficiente para entenderlas. ¿Por qué? ¿Cuál era el fin de todo eso? ¿No había realmente en la vida nada más que el comer, el dormir y, finalmente, el largo Viaje? ¿Acaso Jordan pretendía que él no lo entendiera nunca? Entonces, ¿por qué ese dolor en su pecho? ¿Por qué ese apetito sin nombre que persistía por muy buena y abundante que fuera la comida?

Cuando estaba desayunando después de haber dormido, un ordenanza apareció en la puerta del compartimento de su tío.

—El científico requiere la presencia de Hugh Hoyland —recitó rápidamente.

Hugh sabía que el científico en cuestión era el teniente Nelson, encargado del bienestar físico y espiritual del sector de la Nave en el cual se hallaba incluido el pueblo natal de Hugh. Tragó rápidamente los últimos restos de su desayuno y fue rápidamente tras el mensajero.

—¡El cadete Hoyland!

Así se anunció su llegada. El científico alzó los ojos de su propio desayuno y dijo:

—Oh, sí. Entra muchacho. Siéntate. ¿Has comido?

Hugh admitió que ya había comido, pero sus ojos se posaron con cierto interés en las frutas exóticas que había ante el plato del científico. Nelson siguió la dirección de su mirada.

—Prueba alguno de estos higos. Son una mutación nueva..., los hice traer desde el otro lado. Adelante..., un joven de tu edad siempre tiene donde guardar un poco más de comida.

Hugh los aceptó sintiéndose algo incómodo. No había comido nunca en presencia de un científico. Nelson se recostó en su asiento, limpiándose los dedos en la camisa y, tras arreglarse un poco la barba, empezó a hablar.

—No te he visto últimamente, hijo mío. Dime en qué te has estado ocupando. — Antes de que Hugh pudiera contestarle, añadió—: No, no me lo digas..., yo te lo diré. Para empezar, has estado haciendo exploraciones, subiendo hacia lo alto sin respetar demasiado las áreas prohibidas. ¿No es así? —Sus ojos no se apartaban del rostro del joven. Hugh intentó encontrar alguna réplica, incapaz de apartar la mirada, pero no se le dio tiempo para ello—. No te preocupes. Yo lo sé y tú sabes que yo lo sé. No me

encuentro demasiado disgustado. Pero, desde luego, creo que ya ha llegado el momento de que decidas lo que harás con tu vida. ¿Tienes algún plan?

—Bueno..., nada definido, señor.

—¿Qué hay de esa chica, Edris Baxter? ¿Tienes intención de casarte con ella?

—Yo... eh... no lo sé todavía, señor. Supongo que quiero hacerlo y creo que su padre está dispuesto a ello. Pero...

—Pero ¿qué?

—Bueno..., quiere que sea aprendiz en su granja. Supongo que es una buena idea. Su granja y el negocio de mi tío formarían una buena propiedad.

—Pero ¿no estás seguro?

—Verá..., no lo sé.

—Correcto. No has nacido para eso. Tengo otros planes. Dime, ¿te has preguntado alguna vez por qué te enseñé a leer y escribir? Sí, claro que te lo has preguntado. Pero has guardado silencio al respecto. Eso está bien.

»Ahora, escúchame con atención. Te he observado desde que eras pequeño. Tienes más imaginación que los demás, y más curiosidad y más impulsos que ellos. Y eres un líder nato. Eras distinto, incluso de pequeño. Para empezar, tenías la cabeza demasiado grande y en tu inspección hubo algunos que votaron por mandarte de inmediato al convertidor. Pero yo les contuve. Quería ver cómo crecías.

»La vida de campesino no es para los que son como tú. Vas a ser un científico. — El anciano se detuvo y observó su rostro. Hugh estaba muy confuso y no sabía qué decir. Nelson siguió hablando—: Oh, sí. Sí, de veras. Con alguien de tu temperamento sólo se pueden hacer dos cosas: o se le convierte en uno de los guardianes o se le manda al convertidor.

—Señor, ¿pretende decirme que no importa mi opinión al respecto?

—Si deseas expresarlo de forma tan clara... no. Dejar que los más brillantes sigan entre las filas de la tripulación es engendrar la herejía. No podemos consentirlo. Tu excepcional habilidad te ha hecho destacar entre los demás y ahora debes ser instruido en el modo correcto de pensar, ser iniciado en los misterios y, de ese modo, podrás convertirte en una fuerza conservadora en lugar de ser un foco de subversión y una fuente de problemas.

El ordenanza apareció con una serie de fardos que dejó caer sobre la cubierta. Hugh los miró y, sin poderse contener, dijo:

—¡Pero si son mis cosas!

—Desde luego —reconoció Nelson—. Hice que las trajeran. A partir de ahora dormirás aquí. Luego te veré para dar comienzo a tus estudios..., a menos que tengas en mente otra cosa, claro.

—Yo... no, señor, supongo que no. Debo admitir que estoy un poco confundido. Supongo... supongo que con eso quiere decir que no desea verme casado, ¿no?

—Oh, eso —respondió Nelson con indiferencia—. Tómala si quieres..., ahora su padre no podrá protestar. Pero permíteme advertirte que acabarás cansándote de ella.

Hugh Hoyland devoró los viejos libros que su mentor le permitía leer y durante muchos, muchos períodos del sueño no sintió el menor deseo de trepar hacia lo alto o de abandonar tan siquiera el compartimento de Nelson. Más de una vez tuvo la sensación de hallarse sobre la pista de un secreto —un secreto que todavía no había sido definido, ni tan siquiera como pregunta—, pero siempre, una vez más, acababa tan confundido como antes. Evidentemente, resultaba más duro conseguir la sabiduría de los científicos de lo que él había creído.

En una ocasión, mientras estaba luchando con los extrañamente retorcidos caracteres de los antiguos e intentaba desentrañar su retórica y sus poco familiares términos, Nelson entró en el pequeño compartimento que había sido reservado para él y, pasando una mano paternal sobre su hombro, le preguntó:

—¿Qué tal va, muchacho?

—Bueno, señor, supongo que bastante bien —respondió Hugh dejando el libro a un lado—. Algunas partes no me resultan muy claras..., a decir verdad, no me resultan nada claras.

—Era de esperar —le dijo el anciano con voz afable—. Te he dejado luchar sin ayuda al principio para que pudieras ver las trampas en que caerá la inteligencia sin cultivar. Muchas de estas cosas no pueden ser comprendidas sin instrucción. ¿Qué tienes ahí? —Cogió el libro y lo examinó. Su título era *Física actual básica*—. Bien, éste es uno de los textos sagrados más valiosos, pero para quien no ha sido iniciado es imposible poder utilizarlo correctamente sin ayuda. Lo primero que debes entender, muchacho, es que nuestros antepasados, pese a toda su perfección espiritual, no veían las cosas del modo en que las vemos nosotros.

»Eran unos románticos incurables en tanto que nosotros somos unos racionalistas y las verdades que nos transmitieron, aunque sean ciertas en el sentido estricto de la palabra, se hallaban frecuentemente revestidas por el ropaje de la alegoría. Por ejemplo, ¿has llegado ya a la ley de la gravedad?

—He leído algo sobre ella.

—¿Lo has entendido? No, ya veo que no.

—Bueno —dijo Hugh, algo a la defensiva—, no me pareció que quisiera decir nada. Señor, si me disculpa, pensé que todo era un montón de tonterías.

—Eso ilustra mi idea. Pensabas en ella siguiendo términos literarios, como si fueran las leyes que gobiernan los ingenios eléctricos que puedes hallar en otras partes de ese mismo libro. «Dos cuerpos se atraen entre sí de forma directa al producto de sus masas e inversamente al cuadrado de su distancia». Suena como si fuera una regla para los más sencillos hechos físicos, ¿verdad? Sin embargo, no es nada de eso; es la forma poética que los antiguos tenían para expresar la regla de simpatía que gobierna la emoción del amor. Los cuerpos a los cuales se refiere son los cuerpos humanos, la masa es su capacidad para el amor. Los jóvenes poseen una mayor capacidad de amar que los ancianos; cuando se hallan juntos, se enamoran y,

sin embargo, cuando se ven separados, no tardan en superar tal emoción. «Ojos que no ven, corazón que no siente». Es así de sencillo. Pero tú le estabas buscando algún profundo significado, claro.

Hugh sonrió.

—Jamás se me había ocurrido enfocarlo de ese modo. Me doy cuenta de que voy a necesitar mucha ayuda.

—¿Tienes algún otro problema en estos momentos?

—Bueno, sí, montones de cosas, aunque no creo poder recordarlas todas ahora mismo... Pero hay una en particular. Decidme, Padre: ¿se puede considerar que los mutis son personas?

—Ya veo que has estado escuchando las conversaciones de quienes no tienen nada mejor que hacer. La respuesta a eso es, al mismo tiempo, sí y no. Es cierto que los mutis descendieron originalmente de personas pero ya no forman parte de la tripulación... Ahora no se les puede considerar miembros de la raza humana, pues han faltado a la Ley de Jordan.

»Se trata de un tema muy amplio —siguió diciendo, claramente animado al tener ocasión de explayarse—. Incluso hay cierta discusión sobre el significado original de la palabra “muti”. Es seguro que entre sus antepasados se encuentran los amotinados que lograron escapar a la muerte en la época de la rebelión. Pero también se halla en su sangre la de muchos mutantes que nacieron durante la edad oscura. Por supuesto, debes comprender que durante ese período nuestra sabia regla actual de inspeccionar a cada recién nacido buscando la marca del pecado, devolviendo al convertidor a quienes fueran descubiertos como mutaciones, no se hallaba en vigor. Por esos oscuros pasillos se arrastran criaturas extrañas y horribles, y hay seres espantosos acechando por los niveles abandonados.

Hugh pensó en ello durante unos segundos y luego preguntó:

—¿Por qué las mutaciones siguen apareciendo entre nosotros, que somos personas?

—Eso es muy sencillo. La semilla del pecado sigue en nosotros. De vez en cuando vuelve a mostrarse en la carne. Al destruir esos monstruos ayudamos a limpiar nuestro rebaño y con ello hacemos aproximarse la culminación del Plan de Jordan, el final de nuestro Viaje hasta nuestro hogar celestial, la Distante Centauro.

El entrecejo de Hoyland volvió a fruncirse.

—Ésa es otra cosa que no entiendo. Muchos de esos textos antiguos hablan del Viaje como si fuera un auténtico *desplazamiento*, un ir hacia algún sitio..., como si la misma Nave no fuera más que una carretilla. ¿Cómo es posible semejante cosa?

Nelson emitió una risita.

—Ciertamente, ¿cómo es posible? ¿Cómo puede moverse aquello que no es sino el telón de fondo contra el cual se mueve todo lo demás? La respuesta, naturalmente, es muy sencilla. De nuevo has confundido el lenguaje alegórico con el uso normal que se hace cada día del lenguaje. Por supuesto que la Nave es sólida e inamovible en

un sentido físico. ¿Cómo puede moverse todo el universo? Pues sí, se mueve, en un sentido espiritual. Con cada acto justo nos acercamos al sublime destino del Plan de Jordan.

Hugh asintió.

—Creo que ya lo entiendo.

—Por supuesto, es concebible que Jordan pudiera haber dado forma al mundo haciéndolo distinto de la Nave, si ello hubiera convenido a sus propósitos. Cuando el hombre era más joven y más poético, hubo algunos santos que rivalizaron entre ellos inventando mundos de fantasía que Jordan podría haber creado. Hubo una escuela que inventó toda una mitología consistente en un mundo al revés donde el espacio era infinito y estaba vacío, con excepción de alfileres luminosos y monstruos mitológicos que no tenían cuerpo. Lo llamaron el mundo celestial o el cielo, como contraste con la sólida realidad de la Nave. Jamás parecían cansarse de especular sobre él, inventándole detalles y haciendo imágenes de cómo ellos lo concebían. Supongo que lo hacían a la mayor gloria de Jordan y, ¿quién puede decir que Él hallara inaceptables sus ensueños? Pero en ésta era moderna tenemos un trabajo más serio que hacer.

Hugh no estaba interesado en la astronomía. Incluso una mente como la suya, que carecía de guía, había sido capaz de notar su salvaje extravagancia y su intención no literal. Decidió hablar de problemas que tenían más cerca.

—Dado que los mutis son la semilla del pecado, ¿por qué no hacemos un esfuerzo para exterminarlos? ¿No sería ése un acto que aceleraría el Plan?

Nelson pensó durante unos instantes antes de contestarle.

—Es una buena pregunta y merece una respuesta directa. Dado que vas a ser científico, necesitarás conocerla. Míralo de esta forma: hay un límite finito al número de tripulación que la Nave puede sostener. Si la tripulación aumenta sin límite, llegará un momento en el cual no habrá buena comida para todos nosotros. ¿No es acaso mejor la muerte de algunos en escaramuzas con los mutis a que seamos tantos que debamos matarnos unos a otros por la comida?

Los designios de Jordan son inescrutables. Hasta los mutis tienen una parte en su Plan.

Parecía razonable, pero Hugh no estaba seguro.

Pero cuando fue transferido al servicio activo como científico juvenil en el manejo de las funciones de la Nave, descubrió que había otras opiniones. Tal y como era costumbre, tuvo que pasar un período atendiendo al convertidor. El trabajo no era pesado: su función principal era comprobar los desperdicios que le traían los porteadores de cada pueblo, mantener los registros de sus contribuciones y asegurarse de que ningún metal recuperable era introducido en la primera etapa de la máquina. Pero ese trabajo le hizo entrar en contacto con Bill Ertz, el ayudante del jefe de ingenieros, que no era mucho mayor que él.

Con Ertz discutió lo que había aprendido de Nelson y le sorprendió mucho su

actitud.

—Métete esto en la cabeza, chico —le dijo Ertz—. Éste es un trabajo práctico para hombres prácticos. Olvida todas esas tonterías románticas. ¡El Plan de Jordan! Eso está bien para que los campesinos se estén quietecitos en sus sitios, pero no te dejes engañar tú también por ello. No hay Plan alguno..., aparte de los planes que hagamos para cuidar de nosotros mismos. La Nave necesita luz, calor y energía para cocinar y mantener los riegos. La tripulación no puede encargarse de tales cosas y ello nos convierte en los jefes de la tripulación.

»En cuanto a esa blanda tolerancia hacia los mutis, ¡ya irás viendo algunos cambios muy pronto! Ten la boca cerrada y síguenos en lo que hagamos.

Le impresionó de él que esperara por su parte una lealtad tan primaria hacia el bloque de jóvenes científicos. Eran una organización muy sólida dentro de otra organización y la formaban hombres prácticos y decididos que estaban trabajando para mejorar las condiciones en toda la Nave, según decían. Era una organización sólida porque si un aprendiz no veía las cosas igual que ellos no duraba mucho. O no lograba graduarse y se encontraba sin tardanza una vez más entre las filas de los campesinos o, cosa más probable, sufría algún percance y acababa dentro del convertidor.

Y Hoyland empezó a darse cuenta de que tenían razón.

Eran realistas. La Nave era la Nave. Eso era un hecho que no precisaba explicaciones. En cuanto a Jordan... ¿quién le había visto alguna vez, quién había hablado con él? ¿Qué era ese nebuloso Plan? El objeto de la vida era vivir. Un hombre nacía, vivía su vida y luego iba al convertidor. Era así de sencillo, no había ningún misterio en ello, ningún Viaje sublime y ningún Centauro al que llegar. Esas historias románticas eran simples residuos de la infancia racial, antes de que los hombres lograran adquirir la inteligencia y el valor precisos para mirar los hechos cara a cara.

Dejó de interesarse por la astronomía y la mística física y todos los demás montones de mitologías que le habían enseñado a reverenciar. Seguían divirtiéndole un poco las Líneas del Principio y todas las viejas historias sobre la Tierra...; de todos modos, ¿qué Huff era «la tierra»? pero ahora se daba cuenta de que tales asuntos sólo podían ser tomados en serio por las criaturas y los tontos.

Además, había trabajo que hacer. Los jóvenes, en tanto que mantenían todavía su respeto nominal hacia la autoridad de sus mayores, tenían sus propios planes, el primero de los cuales era un exterminio sistemático de los mutis. Después de eso no habían llegado a clarificar mucho lo que pretendían, pero sí pensaban hacer un uso total de los recursos de la Nave, incluyendo los niveles superiores. Los jóvenes eran capaces de llevar adelante sus planes sin que se hubiera realizado una ruptura abierta con sus mayores, sencillamente porque los viejos científicos no se molestaban demasiado en controlar la rutina de la Nave. El capitán actual se había vuelto tan gordo que rara vez salía de su camarote, y su ayudante, un joven miembro del bloque,

se encargaba de manejar sus asuntos por él.

Hoyland no vio jamás al jefe de ingenieros salvo durante la visita que hizo a las estaciones de aterrizaje tripulado durante una ceremonia puramente religiosa.

El proyecto de acabar con los mutis requería que se hiciera un reconocimiento de los niveles superiores, si es que iba a hacerse de forma sistemática. Fue durante una de tales exploraciones que Hugh Hoyland sufrió nuevamente la emboscada de un muti.

Éste tuvo más puntería con su honda. Los compañeros de Hoyland, obligados a retirarse por la diferencia numérica, pensaron que había muerto.

Joe-Jim Gregory estaba jugando consigo mismo a las damas. Hubo un tiempo durante el cual jugó a las cartas, pero Joe, la cabeza de la derecha, empezó a sospechar de Jim, el miembro situado más a la izquierda del equipo, pensando que hacía trampas. Discutieron por ello y acabaron olvidándolo, pues al principio de su carrera común habían aprendido que dos cabezas sostenidas por el mismo par de hombros no tenían más remedio que hallar un modo de llevarse bien.

Las damas eran mejores. Los dos podían ver el tablero y resultaba imposible discutir.

Unos fuertes golpes dados en la puerta metálica del compartimento interrumpieron la partida. Joe-Jim desenvainó su cuchillo, dispuesto a lanzarlo sin perder un segundo en caso de necesidad.

—¡Adelante! —rugió Jim.

La puerta se abrió y quien había llamado entró de espaldas en el compartimento..., el único modo seguro, como todos sabían, de entrar en un sitio donde estuviera Joe-Jim. El recién llegado era de pequeña talla pero muy corpulento: el flácido cuerpo de un joven colgaba de su hombro, a un metro veinte del suelo, sostenido por su mano.

Joe-Jim devolvió el cuchillo a su vaina.

—Bájalo, Bobo —ordenó.

—Y cierra la puerta —añadió Joe—. Bueno, ¿qué tenemos aquí?

El joven daba la impresión de estar muerto, aunque no se le veía herida alguna. Bobo le dio una palmada en el muslo.

—¿Lo comemos? —preguntó con voz esperanzada.

La saliva brotaba de sus labios entreabiertos.

—Puede —contemporizó Jim—. ¿Le has matado?

Bobo meneó su más bien pequeña cabeza.

—Bien, Bobo —aprobó Joe—. ¿Dónde le diste?

—Bobo le dio aquí.

El microcéfalo señaló con su grueso pulgar una zona situada entre el esternón y la tráquea de la figura tendida sobre el suelo.

—Buen tiro —dijo Joe—. No podríamos haberlo hecho mejor con un cuchillo.

—Bobo buen tirador —confirmó el enano con el rostro inexpresivo—. ¿Querer ver?

Y agitó su honda como una invitación.

—Cállate —le dijo Joe, más bien amablemente—. No, no queremos verlo; queremos hacerle hablar.

—Bobo arreglar —dijo el enano y, con sencilla brutalidad, se dispuso a encargarse de ello.

Joe-Jim le apartó a bofetadas y aplicó luego otros métodos, dolorosos pero considerablemente más drásticos que los del enano. El joven dio un respingo y abrió los ojos.

—¿Lo comemos? —repitió Bobo.

—No —dijo Joe.

—¿Cuándo comiste por última vez? —inquirió Jim.

Bobo meneó la cabeza y se frotó el estómago, indicando con esa gráfica pantomima que hacía mucho tiempo de ello..., demasiado. Joe-Jim fue hacia un armario, lo abrió y sacó de él un trozo de carne, sosteniéndolo en alto. Jim lo olió y Joe apartó el rostro de él frunciendo la nariz en una mueca de repugnancia. Joe-Jim se lo arrojó a Bobo y éste, el rostro alegre, lo cogió al vuelo.

—Ahora, vete —le ordenó Jim.

Bobo salió trotando de la habitación, cerrando la puerta a su espalda. Joe-Jim le dio la vuelta al cautivo y le empujó con el pie.

—Habla —dijo Jim—. ¿Quién Huff eres tú?

El joven se estremeció, llevándose la mano a la cabeza; ese gesto pareció permitirle enfocar de pronto cuanto le rodeaba, se puso en pie con un esfuerzo, moviéndose torpemente dado el bajo nivel de gravedad que había en el lugar, y buscó un cuchillo.

No estaba en su cinturón.

Joe-Jim había desenvainado el suyo y lo tenía en la mano.

—Sé bueno y no recibirás daño alguno. ¿Cómo te llaman?

El joven se mojó los labios y sus ojos recorrieron velozmente la habitación.

—Habla —dijo Joe.

—¿Por qué molestarse con él? —preguntó Jim—. Yo opino que sólo sirve para carne. Será mejor que llamemos otra vez a Bobo.

—No hay prisa —respondió Joe—. Quiero hablar con él. ¿Cuál es tu nombre?

El prisionero miró nuevamente el cuchillo y murmuró;

—Hugh Hoyland.

—Eso no dice gran cosa —comentó Jim—. ¿A qué te dedicas? ¿De qué pueblo vienes? ¿Y qué estabas haciendo en la zona de los mutis?

Pero esta vez Hoyland guardó silencio. Ni tan siquiera el pinchazo del cuchillo en sus costillas tuvo otro efecto que hacerle morderse los labios.

—Vamos —dijo Joe—, no es más que un campesino idiota. Dejémoslo correr.

—¿Acabamos con él?

—No. Ahora no. Encerrémosle.

Joe-Jim abrió la puerta de un pequeño compartimento adosado al principal e hizo entrar a Hugh dentro de él empujándole con el cuchillo. Luego cerró la puerta, pasó el pestillo y volvió a su partida.

—Te toca jugar, Jim.

El compartimento en el cual estaba encerrado Hugh se encontraba a oscuras. Su sentido del tacto no tardó en convencerle de que el pulido acero de las paredes no presentaba ninguna ranura aparte de la sólida puerta asegurada con el pestillo. Acabó tendiéndose sobre la cubierta y empezó a pensar, aunque no sacara gran cosa de ello.

Tuvo mucho tiempo para pensar, y para quedarse dormido y despertar más de una vez. Y tuvo tiempo para que le entrara mucha hambre y mucha, mucha sed.

Cuando Joe-Jim volvieron a sentirse lo bastante interesados en su prisionero como para abrir la puerta de la celda, Hoyland no se encontraba a la vista. Había planeado muchas veces lo que haría cuando se abriera la puerta y llegara su oportunidad, pero cuando esto ocurrió se encontraba demasiado débil, casi en estado comatoso. Joe-Jim le sacó a rastras.

El movimiento le espabiló un poco, lo suficiente como para entender parcialmente lo ocurrido. Logró sentarse y miró a su alrededor.

—¿Listo para hablar? —preguntó Jim.

Hoyland abrió la boca, pero ninguna palabra salió de ella.

—¿No te das cuenta de que está demasiado seco para hablar? —le indicó Joe a su gemelo. Luego, mirando a Hugh, añadió—: ¿Hablarás si te damos un poco de agua?

Hoyland pareció sorprendido y luego asintió vigorosamente.

Joe-Jim volvió un instante después llevando una jarra con agua. Hugh bebió con codicia, se detuvo y pareció a punto de sufrir un desmayo.

Joe-Jim le quitó la jarra.

—Es suficiente por ahora —dijo Joe—. Háblanos de ti.

Hugh lo hizo. Con todo detalle y con abundancia de preguntas a las que responder de vez en cuando.

Hugh aceptó lo que *de facto* era un estado de esclavitud sin oponer especial resistencia y sin grandes trastornos anímicos. La palabra «esclavo» no se hallaba en su vocabulario, pero el estado resultaba muy corriente en el mundo que había conocido toda su vida. Siempre existían los que daban las órdenes y los que las ejecutaban: no podía imaginar otro estado y ningún otro tipo de organización social. Era algo natural.

Aunque, naturalmente, pensaba en la huida.

Ya sólo pensaba en ella. Joe-Jim adivinó sus pensamientos y le habló claramente

del asunto.

—Que no se te ocurran ideas raras, jovencito —le dijo Joe—. Sin un cuchillo sólo lograrías recorrer tres niveles de distancia en esta parte de la Nave. Si lograras robarme un cuchillo seguirías siendo incapaz de llegar a donde el peso es alto. Además, está Bobo.

Hugh esperó un momento, y luego dijo:

—¿Bobo?

Jim sonrió y se lo explicó:

—Le dijimos a Bobo que podía quedarse contigo para lo que le diera la gana si alguna vez asomabas la cabeza por la puerta de nuestro compartimento sin nosotros. Ahora duerme pegado a la puerta y se pasa casi todo el resto del tiempo ahí.

—Era lo justo —añadió Joe—. Sufrió una gran decepción cuando decidimos conservarte.

—Oye —sugirió Jim, volviendo la cabeza hacia su hermano—, ¿qué te parece si nos divertimos un poco? —Se volvió nuevamente hacia Hugh—. ¿Sabes lanzar el cuchillo?

—Por supuesto —respondió Hugh.

—Veámoslo. Toma —Joe-Jim le entregó su propio cuchillo. Hugh lo aceptó, haciéndolo saltar en su mano para comprobar lo equilibrado que estaba—. Prueba con mi blanco.

Joe-Jim tenía un blanco de plástico situado al otro extremo de la habitación, justo delante de su silla favorita, sobre el cual practicaba sus habilidades. Hugh clavó los ojos en él y, con un gesto del brazo demasiado rápido para seguirlo, lo hizo volar. Utilizó el golpe más práctico, pulgar sobre la hoja y los demás dedos juntos.

El cuchillo quedó temblando en el blanco, perfectamente centrado en la maltrecha zona que indicaba los mejores esfuerzos de Joe-Jim.

—¡Buen chico! —aprobó Joe—. ¿Qué tienes en la cabeza, Jim?

—Démosle el cuchillo y veamos hasta donde llega.

—No —dijo Joe—, no estoy de acuerdo.

—¿Por qué no?

—Si gana Bobo, nos quedamos sin un criado. Si gana Hugh, le perdemos a él y a Bobo. Es un desperdicio.

—Oh, bueno..., si insistes.

—Insisto. Hugh, trae el cuchillo.

Hugh así lo hizo. No se le ocurrió emplearlo contra Joe-Jim. El amo era el amo. Que el sirviente atacara al amo no sólo resultaba moralmente repugnante: era una idea tan loca que ni se le podía llegar a ocurrir.

Hugh había esperado que Joe-Jim quedaría impresionado por su instrucción de científico. No fue así. Joe-Jim, especialmente Jim, amaba discutir. En muy poco

tiempo exprimieron todo el conocimiento de Hugh y, figurativamente hablando, lo arrojaron a un lado. Hoyland se sintió humillado. Después de todo, ¿acaso no era un científico? ¿Acaso no era capaz de leer y escribir?

—Cállate —le ordenó Jim—. Leer es algo muy sencillo. Yo podía leer antes de que naciera tu padre. ¿Te crees que eres el primer científico que me ha servido? Científicos... ¡bah! ¡Una pandilla de ignorantes!

En un intento de afirmar nuevamente su autoestima intelectual, Hugh les expuso las teorías de los científicos más jóvenes, el realismo estricto y duro que rechazaba toda interpretación religiosa y tomaba a la Nave por lo que era. Esperó confiadamente que Joe-Jim aprobara tal punto de vista: parecía encajar muy bien con sus temperamentos.

Se le rieron a la cara.

—Sinceramente —insistió Jim cuando hubo logrado dejar de resoplar—, ¿es que todos los jóvenes sois así de idiotas? Vaya, si sois peores que los viejos.

—Pero acabas de explicar que todas nuestras ideas religiosas son un montón de tonterías —protestó Hugh con voz dolida—. Eso es justo lo que piensan mis amigos. Quieren desprenderse de todas esas viejas estupideces.

Joe se dispuso a decir algo, pero Jim se le adelantó.

—¿Por qué molestarse con él, Joe? No hay esperanza, es un caso sin remedio.

—No, no lo es. Esto me gusta... Es el primero de todos aquellos con quienes he hablado desde ya no sé cuánto tiempo que tiene alguna oportunidad de ver la verdad. Veamos..., quiero saber si tiene una cabeza sobre los hombros o si eso es solamente un sitio de donde colgar las orejas.

—De acuerdo —accedió Jim—, pero no hagáis mucho ruido. Quiero echar una siesta.

La cabeza de la izquierda cerró los ojos y muy pronto estuvo roncando. Joe y Hugh continuaron su discusión en un murmullo.

—El problema con vosotros, los jóvenes —dijo Joe—, es que si no lográis entender inmediatamente algo, pensáis que no puede ser cierto. El problema con vuestros viejos es que cualquier cosa de las que no comprendieron la reinterpretaron para que tuviera algún otro significado y entonces creyeron haberla entendido. Ninguno de vosotros ha intentado creer en el claro sentido de esas palabras tal y como fueron escritas, comprendiéndolas luego sobre esta base. Oh, no, todos sois demasiado condenadamente listos para eso...; si no lo ves claro en seguida, es que no es cierto, y debe significar algo totalmente distinto.

—¿Qué pretendes decir? —le preguntó Hugh con suspicacia.

—Bueno, por ejemplo fíjate en el Viaje. ¿Qué quiere decir para ti?

—Bueno..., para mí no quiere decir nada. Es sólo una estupidez para impresionar a los campesinos.

—¿Y cuál es su significado comúnmente aceptado?

—Bueno... es donde vas cuando mueres..., o mejor dicho, lo que haces entonces.

Haces el Viaje a Centauro.

—¿Y qué es Centauro?

—Es... cuidado, lo único que hago es citarte las respuestas ortodoxas; realmente no creo en nada de esto..., es el sitio donde llegas cuando has hecho el Viaje, un lugar donde todo el mundo es feliz y siempre hay mucha comida buena.

Joe lanzó un bufido. Jim interrumpió durante un segundo su rítmico ronquido, abrió un ojo y volvió a dormirse con un pequeño gruñido.

—Eso es justo lo que pretendía decirte —siguió hablando Joe, ahora todavía más bajo que antes—. No utilizas tu cabeza. ¿Se te ha ocurrido alguna vez que el Viaje es, sencillamente, eso que dicen los viejos libros... que la Nave y toda la tripulación están realmente yendo a cierto sitio, que se mueven?

Hoyland pensó en ello.

—No pretenderás que me lo tome en serio. Físicamente, es imposible. La Nave no puede ir a ningún sitio. Ya está en todas partes. Podemos viajar a través de ella, pero el Viaje..., eso debe tener un significado espiritual, si es que tiene algún significado.

Joe invocó a Jordan para que le diera fuerzas.

—Ahora, escúchame —dijo—, y métete eso en tu dura cabezota. Imagina un sitio mucho más grande que la Nave, mucho más grande todavía, con la Nave dentro de ese sitio... moviéndose. ¿Lo captas?

Hugh lo intentó. Lo intentó, esforzándose mucho. Acabó meneando la cabeza.

—No tiene sentido —dijo—. No puede haber nada más grande que la Nave. No habría ningún lugar en el que pudiera existir.

—¡Oh, por todos los Huff! Escucha... fuera de la Nave, ¿entiendes? Siguiendo en todas las direcciones posibles. Ahí fuera está el vacío, ¿me comprendes?

—Pero después del nivel más inferior no hay nada. Por eso es el nivel inferior.

—Mira... Si coges un cuchillo y empiezas a perforar el suelo del último nivel, ¿adónde te llevaría eso?

—Pero es que no puedes hacerlo. Es demasiado duro.

—Pero supón que sí puedes y que haces un agujero. ¿Adónde llevaría ese agujero? Imagínalo.

Hugh cerró los ojos e intentó imaginarse que estaba haciendo un agujero en el último nivel. Cavando... como si fuera blando..., blando como el queso.

Empezó a parecerle que veía una tenue y nebulosa posibilidad, una posibilidad que era muy inquietante y que hizo vacilar su mente. Estaba cayendo, cayendo por un agujero que él mismo había abierto sin ningún nivel debajo. Abrió los ojos muy rápidamente.

—¡Es horrible! —exclamó—. No pienso creerlo.

Joe-Jim se puso en pie.

—Haré que lo creas —dijo con el rostro muy serio—, aunque para ello necesite romperte el cuello. —Fue hacia la puerta y la abrió—. ¡Bobo! —gritó—. ¡Bobo!

La cabeza de Jim se irguió bruscamente.

—¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando?

—Vamos a llevar a Hugh hasta donde no hay peso.

—¿Para qué?

—Para meter algo de sentido común en su estúpida cabeza.

—Ya lo haremos en otra ocasión.

—No, quiero hacerlo ahora.

—Está bien, está bien. No hace falta que tiembles así. De todas formas ahora ya estoy despierto.

Joe-Jim Gregory era casi tan único en sus capacidades mentales como en su constitución física. Fueran cuales fuesen las circunstancias su personalidad habría acabado dominando a los demás y entre los mutis era inevitable que les diera órdenes, que se convirtiera en su jefe y viviera de los servicios que le prestaban. Si hubiera tenido la suficiente decisión, es posible que hubiera podido organizar a los mutis para que lucharan y vencieran fácilmente a la tripulación.

Pero le faltaba impulso para ello. Por el temperamento era un intelectual, un observador pasivo. Le interesaba el «cómo» y el «porqué», pero su voluntad de actuar se satisfacía con el logro de las comodidades básicas.

Si hubiera nacido entre la tripulación bajo la forma normal de dos gemelos, es probable que hubiera acabado orientándose hacia la conversión en científico, siendo ésa la respuesta más sencilla y satisfactoria al problema de cómo vivir y, de ese modo, se habría distraído apaciblemente con la conversación y las tareas administrativas. Dada su situación, le faltaba compañía intelectual y había pasado tres generaciones enteras de la Nave leyendo una y otra vez los libros que robaban para él sus sicarios.

Las dos mitades de su personalidad dual habían discutido y argumentado sobre sus lecturas y, casi inevitablemente, habían llegado a una teoría bastante coherente de la historia y el mundo físico..., exceptuando uno sólo de sus aspectos, pues el concepto de ficción les era totalmente ajeno: trataban a las novelas que habían sido entregadas a la expedición Jordan del mismo modo que a los textos científicos y libros de referencia.

Esto acabó por llevarles a una gran diferencia de opiniones. Jim consideraba que Alan Quatermain era el hombre más grande que hubiera existido jamás; en tanto que Joe se inclinaba por John Henry.

A los dos les volvía locos la poesía: podían recitar página tras página de Kipling y Rhyssling, «el ciego cantor de los caminos espaciales», les gustaba casi tanto como él.

Bobo apareció en el umbral. Joe-Jim señaló con el pulgar hacia Hugh.

—Mira bien —dijo Joe—, va a salir.

—¿Ahora? —preguntó Bobo con cara de felicidad y una sonrisa babeante.

—¡Tú y tu estómago! —replicó Joe, dándole a Bobo en la cabeza con los nudillos—. No, no vas a comerle. Tú y él... hermanos de sangre. ¿Entiendes?

—¿No lo como?

—No. Lucha por él. Él luchará por ti.

—Vale. —El microcefálico se encogió de hombros, aceptando lo inevitable—. Hermanos de sangre. Bobo lo sabe.

—Está bien. Ahora vamos al lugar-donde-todo-el-mundo-vuela. Tú irás delante y te encargarás de explorar.

Fueron trepando en fila india, con el enano apresurándose ante ellos para localizar cualquier posible problema, Hoyland siguiéndole y Joe Jim cerrando la marcha, Joe mirando hacia adelante y Jim vigilando la retaguardia, la cabeza mirando por encima del hombro.

Subieron y subieron, dejando atrás de forma casi imperceptible su peso a cada cubierta que rebasaban. Acabaron emergiendo en un nivel más allá del cual no se podía avanzar y sin tener ninguna abertura delante de ellos. La cubierta se curvaba suavemente, sugiriendo que la auténtica forma del espacio era la de un cilindro gigante, pero en lo alto se veía una estructura metálica que tenía la misma curva, impidiendo descubrir si la cubierta se curvaba realmente o no sobre sí misma.

No había mamparas sino grandes compuertas, tan enormes y sólidas que daban la impresión de ser excesivamente resistentes, dividiendo a intervalos iguales el techo metálico y la cubierta.

El peso era aquí casi imperceptible. Si se permanecía quieto en el mismo sitio, el indetectable residuo de éste hacía que el cuerpo acabara bajando suavemente hacia el «suelo», pero «arriba» y «abajo» eran términos que apenas si tenían significado en este lugar. A Hugh no le gustó y le entraron ganas de tragar saliva convulsivamente, pero Bobo parecía encantado, como si el lugar no le resultara nada raro. Se movía por el aire como un feo pez, impulsándose en las compuertas, en el suelo metálico o en la estructura del techo según le viniera mejor.

Joe-Jim empezó a moverse en paralelo al eje común de los cilindros interno y externo, siguiendo el pasaje formado por la ordenada sucesión de las compuertas. Había barandillas dispuestas a lo largo del pasaje y empezó a seguir una, igual que la araña por su tela. Avanzaba a una velocidad bastante considerable, que a Hugh le costó mantener. Con el tiempo fue cogiendo el truco de impulsarse sin esfuerzo, deslizándose grácilmente contra la leve resistencia del aire y rozando de vez en cuando el suelo con los pies o con una mano. Pero estaba demasiado concentrado en ello como para saber cuánto habían recorrido antes de parar. Le pareció que debían ser kilómetros, pero no podía saberlo con certeza.

Cuando se detuvieron fue porque el pasaje había terminado. Una sólida mampara que continuaba a derecha e izquierda les impedía seguir. Joe-Jim fue hacia la derecha, buscando algo.

Acabó encontrando lo que buscaba: una puerta cerrada, aproximadamente tan alta

como un hombre y cuya presencia sólo podía distinguirse por la grieta que indicaba su relieve y un dibujo de curvas geométricas en la superficie. Joe-Jim lo estudió y se rascó la cabeza de la derecha. Las dos cabezas se hablaron en susurros. Joe-Jim alzó su mano con cierta torpeza.

—¡No, no! —dijo Jim.

Joe-Jim se detuvo a mitad del gesto.

—Entonces, ¿cómo es? —le replicó Joe.

Hablaron nuevamente en susurros, Joe asintió y Joe-Jim alzó otra vez su mano.

Fue siguiendo el dibujo de la puerta sin tocarlo, sosteniendo su índice en el aire, a unos diez centímetros de la superficie. El orden por el cual su dedo iba siguiendo las líneas del dibujo parecía sencillo pero, desde luego, no era nada obvio a primera vista.

Cuando hubo terminado apoyó la palma de su mano en la mampara contigua y, dándose un empujón, se apartó de la puerta y esperó.

Un instante después se oyó un leve y casi imperceptible susurro: la puerta se movió, abriéndose hacia él unos quince centímetros y se detuvo. Joe-Jim puso cara de sorpresa. Metió las manos cautelosamente por la rendija y tiró de la puerta. No ocurrió nada.

—Ábrela —le dijo a Bobo.

Bobo examinó la situación, frunciendo el ceño de tal forma que la arruga de su frente casi llegaba hasta la coronilla. Después apoyó los pies en la mampara, manteniéndose inmóvil gracias a tener cogida la puerta con una mano. Luego puso la otra mano en el borde de la puerta, colocó bien los pies, arqueó el cuerpo y empezó a tirar.

Contuvo el aliento, el pecho tenso, la espalda arqueada, todo su cuerpo cubriéndose de sudor a causa del esfuerzo. Los grandes tendones de su cuello se abultaron convirtiendo su cabeza en una pirámide deforme. Hugh oyó crujir las articulaciones del enano. No resultaba muy difícil creer que fuera capaz de matarse en el intento, siendo demasiado estúpido para rendirse.

Pero la puerta cedió de repente emitiendo un quejido metálico. Al abrirse escapó de las manos de Bobo y la tensión de sus piernas, inesperadamente liberada, le hizo salir volando de la mampara y le mandó a lo largo del pasaje, tratando de buscar algo a lo que agarrarse. Pero un instante después ya estaba de vuelta, navegando torpemente por el aire y dándose masajes en una pantorrilla que se había golpeado.

Joe-Jim entró el primero, con Hugh siguiéndole de cerca.

—¿En qué lugar estamos? —preguntó Hugh.

Su curiosidad había vencido por una vez a sus costumbres de sirviente.

—En la sala principal de controles —dijo Joe.

¡La sala principal de controles! El lugar más sagrado y lleno de tabúes que había

en toda la Nave, el lugar cuya situación exacta se había convertido en un misterio olvidado. En el credo de los jóvenes era algo que no existía. Los científicos de más edad variaban de actitud entre la aceptación fundamentalista de su existencia y el considerarlo una creencia mística. Aunque Hugh se tenía por un hombre muy instruido, bastaba el sonido de esas palabras para asustarle. ¡La sala de controles! Caramba, si algunos decían que el espíritu del mismo Jordan vivía ahí.

Se detuvo.

Joe-Jim se detuvo también y Joe se volvió a mirarle.

—Vamos —le dijo—. ¿Qué ocurre?

—Esto... eh... yo...

—Habla.

—Pero... este lugar está encantado..., éste es el sitio donde Jordan...

—¡Oh, por el amor de Jordan! —protestó Joe, pronunciando las palabras con lenta exasperación—. Pensé haberte oído decir que los jóvenes idiotas como tú no creáis en Jordan.

—Sí, pero... pero éste es...

—Cállate. Ven o haré que Bobo te traiga a rastras.

Se dio la vuelta y Hugh le siguió, a regañadientes, como el hombre que sube al cadalso.

Avanzaron por un pasaje que tenía la anchura justa para que pudieran agarrarse a las dos barandillas simultáneamente. El pasaje se curvaba formando un amplio ángulo de casi noventa grados y luego desembocaba en la sala de control propiamente dicha. Hugh miró más allá de los anchos hombros de Joe-Jim, temeroso, pero lleno de curiosidad.

Contempló una gran habitación bien iluminada que tendría unos ciento ochenta metros de ancho. Era de forma esférica y recordaba el interior de un gran globo. La superficie del globo carecía de rasgos distintivos y parecía estar hecha de plata o de escarcha. En el centro geométrico de la esfera Hugh vio un grupo de aparatos que tendría unos cuatro metros y medio de envergadura. El conjunto resultó completamente ininteligible a sus ojos, faltos de toda experiencia en ese tipo de objetos: le habría resultado imposible describirlo, pero se dio cuenta de que flotaba por encima de la cubierta, inmóvil y sin ningún sostén aparente.

Desde el final del pasaje hasta el conjunto de aparatos situado en el centro del globo había un tubo hecho de un enrejado metálico que tenía la misma anchura que el pasaje. Era el único modo de salir de éste. Joe Jim se volvió hacia Bobo y le ordenó que se quedara en el pasaje, entrando luego en el tubo.

Se fue arrastrando por su interior, usando los barrotes del tubo como si fueran los peldaños de una escalera. Hugh le siguió y acabaron apareciendo en el conjunto de aparatos que ocupaba el centro de la esfera. Visto de cerca, el equipo de la estación de control revelaba poseer detalles individuales, pero seguía resultándole incomprensible. Sus ojos se apartaron de él para mirar la superficie interior del globo

que les rodeaba.

Eso fue un error. La superficie del globo, estando hecha de una sustancia plateada totalmente lisa, no poseía ningún rasgo que pudiera otorgarle perspectiva. Podría haberse encontrado a noventa metros de distancia, a novecientos o a muchos kilómetros. Hugh jamás había tenido la experiencia de una altura superior a la que separaba dos cubiertas, ni la de un espacio abierto superior al compartimento comunal del pueblo. El pánico le dominó y estuvo a punto de enloquecer, tanto más porque ignoraba qué le causaba tanto temor. Pero el fantasma de sus largamente olvidados antepasados selváticos le dominó un instante después y le heló el vientre con el temor básico y primitivo de la caída.

Se agarró a los controles, a Joe-Jim, a lo que fuera.

Joe-Jim le abofeteó duramente en los labios con el dorso de la mano.

—¿Qué te ocurre? —gruñó Jim.

—No lo sé —consiguió responder Hugh—. No lo sé pero no me gusta este lugar. ¡Salgamos de aquí!

Jim miró a Joe arqueando las cejas, con expresión disgustada, y dijo:

—Tanto daría que nos fuéramos. Este mocosos llorón jamás comprenderá nada de lo que le cuentas.

—Oh, ya se le pasará —replicó Joe, sin hacer demasiado caso del problema—. Hugh, sube a uno de esos asientos... a ése de ahí.

Mientras tanto los ojos de Hugh se habían vuelto hacia el tubo por el cual habían llegado al centro de control y lo habían seguido en todo su trayecto hasta la puerta del pasaje. De repente la esfera pareció encogerse y todo adquirió un enfoque adecuado, quedando atrás lo peor de su pánico. Obedeció la orden todavía temblando, pero ya era capaz de ejecutarla.

El centro de control consistía en una estructura sólida que albergaba asientos para los cuerpos de quienes trabajaran en él, así como instrumentos y paneles de información, montados de tal forma que se encontraban casi en el regazo de quienes los controlaban, siendo fácilmente observables, pero sin obstruir la visibilidad. Los asientos tenían brazos situados a cierta altura y en esos brazos se hallaban los controles que necesitaría el oficial al mando del turno de guardia..., pero Hugh aún no se había dado cuenta de ello.

Se deslizó bajo el panel de instrumentos ocupando el asiento designado y se acomodó en él, alegrándose de la seguridad que le proporcionaba. El asiento le dejaba en una posición semihorizontal, con los pies apoyados y otro soporte para la cabeza.

Pero algo estaba ocurriendo ahora en el panel que había ante Joe Jim: Hugh lo distinguió por el rabillo del ojo y se volvió a mirar. En lo alto del tablero brillaban unas letras rojas: SEGUNDO ASTROGADOR EN SU PUESTO. ¿Qué era un segundo astrogador? No lo sabía. Entonces se dio cuenta de que en lo alto de su propio tablero una etiqueta decía SEGUNDO ASTROGADOR y concluyó que debía ser él mismo o, mejor dicho, el hombre que debería estar ocupando este asiento.

Sintió una momentánea inquietud ante la idea de que el auténtico segundo astrogador pudiera entrar para hallarle usurpando su puesto, pero logró apartarla de su mente: eso parecía bastante improbable.

Pero, de todas formas, ¿qué era un segundo astrogador?

Las letras se esfumaron del tablero de Joe-Jim y en la parte izquierda se encendió un punto rojo. Joe-Jim hizo algo con su mano derecha y el tablero informó: ACELERACIÓN CERO, y luego MOTORES PRINCIPALES. Las dos últimas palabras se encendieron y apagaron varias veces y luego fueron sustituidas por SIN INFORMACIÓN. Estas palabras se desvanecieron y un punto de brillante color verde apareció en la derecha del tablero.

—Prepárate —dijo Joe, mirando a Hugh—, vamos a quedarnos sin luz.

—No pensarás apagar la luz. ¿Verdad? —protestó Hugh.

—No lo haré yo..., lo harás tú. Mira hacia tu izquierda. ¿Ves esas lucecitas blancas?

Hugh hizo lo que le indicaba y en el brazo del asiento encontró ocho lucecitas circulares dispuestas en dos cuadrados, uno encima del otro.

—Cada una controla la luz de un cuadrante —le explicó Joe—. Cúbrelas con tu mano para apagar la luz. Adelante..., hazlo.

A regañadientes, pero fascinado, Hugh hizo lo que le había explicado. Colocó la palma de su mano sobre las lucecitas y esperó. La esfera plateada se convirtió en plomo oscuro y luego se fue haciendo aún más negra hasta dejarles en total oscuridad, con excepción del brillo silencioso que emitían los paneles de instrumentos. Hugh estaba nervioso pero, al mismo tiempo, muy excitado. Quitó su mano y la esfera siguió a oscuras: las ocho lucecitas se habían vuelto azules.

—Y ahora —dijo Joe— ¡voy a enseñarte las estrellas!

En la oscuridad, la mano derecha de Joe-Jim se deslizó sobre otro dibujo de ocho luces.

La creación.

Fielmente reproducida, brillando con tranquila y quieta potencia en las paredes del estelado igual que lo hacían sus originales en los negros abismos del espacio, los reflejos de las estrellas parecieron mirarle desde lo alto. Soles incontables yacían delante de él, por encima, por debajo, a su espalda, en todas las direcciones posibles teniéndole a él como centro, joyas luminosas esparcidas como un tesoro ilimitado que alguien hubiera olvidado en el cielo de la simulación. Hugh estaba solo en el centro del universo estelar.

—¡Ooooooh!

El sonido se le escapó involuntariamente al tragar aire. Agarró los brazos de su asiento con tal fuerza que las uñas se le rompieron, pero no se dio cuenta de ello. En ese instante tampoco tenía miedo: no había en su interior espacio suficiente para tal

emoción. La vida dentro de la Nave, con su rutinaria alternancia de lo duro y lo cotidiano, no había ejercitado su capacidad innata de experimentar la belleza, y ahora, por primera vez en su vida, conocía el intolerable éxtasis de la pura belleza. Hugh tembló y sintió un agudo dolor, semejante a la primera sacudida que produce la intensidad del deseo sexual.

Pasó cierto tiempo antes de que Hugh pudiera recuperarse lo bastante de su sorpresa y de su posterior absorción en el espectáculo, y fuera capaz de percibir la risa sardónica de Jim y la algo más seca y estridente de Joe.

—¿Has tenido bastante? —preguntó Joe.

Sin esperar a que contestara, Joe-Jim volvió a encender las luces, utilizando los controles duplicados que había en el brazo izquierdo de su asiento.

Hugh lanzó un suspiro. Le dolía el pecho y su corazón latía desbocado. De pronto se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento desde que se apagaron las luces.

—Bien, chico listo —preguntó Jim—, ¿ya estás convencido?

Hugh suspiró de nuevo, sin saber muy bien por qué. Con las luces de vuelta se encontraba nuevamente cómodo y a salvo, pero le dominaba la sensación de haber sufrido una profunda pérdida personal. Sabía de forma inconsciente que habiendo visto las estrellas nunca más volvería a ser feliz. El sordo dolor de su corazón y el vago anhelo inarticulado de la herencia, que había perdido con el cielo y las estrellas, nunca podría ser acallado, aunque fuera demasiado ignorante como para comprender todo ello con su mente racional.

—¿Qué era eso? —preguntó con un hilo de voz.

—Eso es lo que hay —respondió Joe—. Es el mundo. El universo. Eso es lo que he intentado explicarte todo el tiempo.

Hugh intentó con todas sus fuerzas hacer que su poco experimentado cerebro le entendiera.

—¿A eso te referías cuando hablabas del Exterior? —preguntó—. ¿Todas esas luces tan pequeñas y hermosas?

—Claro —dijo Joe—, sólo que no son pequeñas. Verás, se encuentran muy lejos..., puede que a miles de kilómetros.

—¿Cómo?

—Sí, sí —le aseguró Joe—. Ahí fuera hay montones de espacio. Es el vacío. Es grande. Vaya, puede que algunas de esas estrellas sean tan grandes como la Nave..., puede que mayores.

El rostro de Hugh, reflejando los esfuerzos a que sometía ahora a su imaginación, era digno de lástima.

—¿Mayores que la Nave? —repitió—. Pero... pero...

Jim meneó la cabeza impacientemente.

—¿Qué te había dicho? —le preguntó a Joe—. Estás malgastando nuestro tiempo con este tonto. No tiene la capacidad para...

—Calma, Jim —le respondió Joe con voz apaciguadora—, no esperes que eche a correr antes de que sepa gatear. Nos hizo falta mucho tiempo y creo recordar que tardaste un poco en creer cuanto veían tus ojos.

—Eso es mentira —dijo Jim, irritado—. Fue a ti a quien hizo falta convencer.

—Está bien —concedió Joe—, dejémoslo así. Pero tuvo que pasar un tiempo bastante largo antes de que los dos lo entendiéramos.

Hoyland no hizo mucho caso de la conversación mantenida por los dos hermanos. Era algo corriente y su atención estaba centrada ahora en cosas que, decididamente, se salían de lo habitual.

—Joe, ¿qué le ocurrió a la Nave cuando miramos a las estrellas? —preguntó—. ¿Acaso vimos a través de ellas?

—No exactamente —le respondió Joe—. No estábamos viendo directamente las estrellas, sino una especie de imagen suya. Es como... Bueno, lo hacen con una especie de cristales o algo así. Tengo un libro que habla de eso.

—Pero puedes verlas directamente —se dignó revelar Jim, olvidada ya su momentánea irritación—. Hay un compartimento más adelante de esta sala que...

—Oh, sí —le interrumpió Joe—, se me había olvidado. El observatorio del capitán. Está hecho de cristal y puedes ver a través de él.

—¿El observatorio del capitán? Pero...

—No el de este capitán. Él nunca se ha acercado a ese sitio. Ése es el nombre que hay sobre la puerta del observatorio.

—¿Qué es un «observatorio»?

—Ojalá lo supiera. Es el nombre que tiene ese sitio, nada más.

—¿Me llevarás ahí?

Joe parecía a punto de acceder, pero Jim se le adelantó.

—En otra ocasión. Quiero regresar..., tengo hambre.

Tomaron nuevamente por el tubo, despertaron a Bobo y efectuaron el largo trayecto de regreso.

Pasó largo tiempo antes de que Hugh pudiera convencer a Joe-Jim de que le llevara nuevamente a explorar, pero ese tiempo fue bien aprovechado. Joe-Jim le dejó en absoluta libertad con la colección de libros más amplia que había visto Hugh en toda su vida. Algunos eran copias de libros que Hugh había leído, pero incluso éstos los repasó con nuevas ideas en la cabeza. Leyó incesantemente, dejando que su mente se empapara de nuevos significados, vacilando ante ellos, luchando ansiosamente por llegar a dominarlos. Se racionó el sueño y se olvidó de comer hasta que el aliento se le puso rancio y un fuerte dolor en el vientre le obligó a prestar atención a su cuerpo. Una vez satisfecha el hambre, volvía a leer hasta que le dolía la cabeza y sus ojos se negaban a enfocar las páginas.

Joe-Jim no era muy exigente en cuanto a lo que pedía. Aunque Hugh siempre

estaba de servicio, a Joe-Jim no le importaba que leyera, siempre que estuviera donde pudiera oír su voz y listo para venir corriendo cuando le llamaba. Lo que consumía más parte de su tiempo era jugar a las damas con un miembro del dúo cuando el otro no tenía ganas de hacerlo, y ni tan siquiera eso era una pérdida total de tiempo pues, si el jugador era Joe, casi siempre se le podía atraer a una discusión sobre la Nave, su historia, maquinaria y equipos, el tipo de gente que la había construido y cuáles fueron sus primeros tripulantes..., y su historia, allá en la Tierra, la increíble Tierra, ese extraño lugar donde la gente había vivido en el exterior y no en el interior.

Hugh se preguntaba por qué no se caían.

Abordó el asunto con Joe y por fin consiguió algunas nociones de lo que era la gravedad. Emocionalmente hablando jamás llegó a entenderla —la idea resultaba demasiado loca e improbable—, pero como idea intelectual fue capaz de aceptarla y usarla mucho tiempo después cuando empezó a tener sus primeros y vagos atisbos en la ciencia de la balística y el arte de la astrogación y de maniobrar la Nave. Y, con el tiempo, le hizo interrogarse sobre el problema del peso dentro de la Nave, algo que jamás le había preocupado antes. Que cuanto más bajo era el nivel más grande era el peso que figuraba en su mente como algo perteneciente al orden natural de las cosas y no merecía ningún asombro o interrogación. Estaba familiarizado con la fuerza centrífuga dado que se aplicaba en las hondas. Aplicarla también a la Nave como un todo, pensar que la Nave giraba igual que una honda y que con ello producía peso era demasiado complejo y no llegó a creer nunca realmente en el asunto.

Joe-Jim le llevó una vez más a la sala de control y le enseñó lo poco que sabía sobre la manipulación de los controles y cómo leer los instrumentos de astrogación.

Los largamente olvidados diseñadores e ingenieros empleados por la Fundación Jordan habían recibido instrucciones de crear una nave que no fuera a gastarse —de hecho, que no pudiera gastarse—, aunque el Viaje se prolongara más allá de los sesenta años esperados. La construyeron tan bien como se lo permitían sus conocimientos. Al planear los motores principales y la maquinaria auxiliar, automática en su mayor parte, que haría habitable la Nave; así como en el diseño de los controles necesarios para manejar la maquinaria, que no era totalmente automática, se había abandonado incluso la idea de las partes móviles. Los motores y el equipo auxiliar funcionaban a un nivel situado por debajo del movimiento mecánico, un nivel de fuerza pura idéntico al de los transformadores eléctricos. En lugar de botones, ejes, palancas y émbolos, los controles y la maquinaria a la cual servían fueron planeados según términos de equilibrio entre campos estáticos, desviaciones del flujo electrónico y circuitos que podían ser abiertos o cerrados por una mano al posarse sobre una luz.

A este nivel de acción la fricción perdía su significado y el desgaste o la erosión no tenían efecto. Si todo el mundo hubiera muerto durante el motín, la Nave habría seguido avanzando por el espacio, manteniéndose iluminada, con su aire todavía fresco y dotado de la humedad adecuada, los motores listos y esperando. No había

sido así, y aunque los ascensores y las cintas de transporte habían dejado de ser utilizadas, sufrieron averías y, finalmente, cayeron en el olvido de lo que ya no se sabe para qué sirve, la maquinaria esencial de la Nave seguía ofreciendo sus servicios automáticos a la ignorante carga de humanos que transportaba, o si no, silenciosa y lista, aguardaba a que llegara alguien lo bastante inteligente como para desentrañar sus enigmas.

Se había invertido una considerable cantidad de ingenio en la construcción de la Nave. Siendo demasiado grande para que se la pudiera montar en la Tierra, sus piezas fueron unidas en órbita propia, más allá de la Luna. Había estado girando allí durante quince años, en silencio, mientras se formulaban y resolvían los problemas presentados por la decisión de hacer que su maquinaria fuera a prueba de errores y capaz de perdurar. Todo un campo nuevo de acción submolecular había sido concebido durante el proceso y, después de muchas luchas, había sido conquistado.

Por lo tanto..., cuando Hugh puso su dubitativa mano sobre la primera de una fila de luces indicada como ACELERACIÓN, POSITIVO, sin que nadie se lo hubiera indicado, obtuvo una respuesta inmediata, aunque no en términos de aceleración. Una luz roja parpadeó rápidamente en lo alto del tablero ocupado por el jefe de pilotos y el panel de avisos se iluminó con el siguiente mensaje: MOTORES PRINCIPALES SIN DOTACIÓN.

—¿Qué quiere decir eso? —le preguntó a Joe-Jim.

—Imposible saberlo —dijo Jim.

—Hemos hecho lo mismo en la sala principal de controles —añadió Joe—. Cuando lo intentas allí dice «Sala de control sin dotación».

Hugh pensó en ello durante unos instantes.

—¿Qué ocurriría si todas las estaciones de control tuvieran alguien al mismo tiempo en ellas y yo hiciera eso entonces? —insistió.

—No lo sé —dijo Joe—. Jamás hemos podido intentarlo.

Hugh guardó silencio. El informe propósito que había estado creciendo en su mente cristalizó entonces en una decisión. Tendría que ocuparse de ello.

Esperó hasta que tanto Joe como Jim estuvieron de buen humor para exponerles su idea. Cuando Hugh decidió que el momento estaba maduro para ello, se encontraban en el observatorio del capitán. Joe Jim descansaba en el asiento de éste con la tripa llena, y contemplaba por la gruesa mirilla de cristal las serenas estrellas. Hugh flotaba junto a él. El giro de la Nave hacía que las estrellas parecieran moverse en círculos majestuosos.

—Joe-Jim... —dijo por fin Hugh.

—¿Eh? ¿Qué pasa, jovencito?

Era Joe quien había contestado.

—Bonito, ¿verdad?

—¿El qué?

—Todo eso. Las estrellas.

Hugh indicó el panorama que se veía por la mirilla con un gesto del brazo y tuvo que agarrarse luego al asiento para detener la lenta rotación que había comunicado a su cuerpo.

—Sí, desde luego que lo es. Te hace sentir bien.

Sorprendentemente, era Jim quien había hablado de tal forma.

Hugh supo que el momento era perfecto. Aguardó un par de segundos y luego dijo:

—¿Por qué no terminamos el trabajo?

Dos cabezas se volvieron simultáneamente hacia él, la de Joe un poco más hacia adelante para poder ver sin que Jim le estorbase.

—¿Qué trabajo?

—El Viaje. ¿Por qué no conectamos los motores principales y seguimos adelante con él? En algún lugar de ahí fuera —se apresuró a decir antes de que le interrumpieran—, hay planetas como la Tierra..., o eso pensaba la primera tripulación. Vayamos a encontrarlos.

Jim le miró y se rió. Joe meneó su cabeza.

—Chico —dijo—, no sabes de qué estás hablando. Eres tan tonto como Bobo. No —siguió diciendo—, eso se acabó. Olvídalo.

—¿Por qué se acabó, Joe?

—Bueno, porque... Es un trabajo demasiado grande. Hace falta una tripulación que conozca las cosas y esté entrenada para hacer funcionar la Nave.

—¿Hace falta tanta gente? En total me has mostrado sólo doce puestos de control que deben estar ocupados. ¿Acaso una docena de hombres no podrían gobernar la Nave... si supieran tanto como tú? —añadió astutamente.

Jim lanzó una risita.

—Te ha pillado, Joe. Tiene razón.

Joe no le hizo caso.

—Creo que pones demasiado alto nuestro conocimiento. Quizá pudiéramos manejar la Nave, pero no llegaríamos a ningún sitio. No sabemos dónde estamos. La Nave ha estado a la deriva durante no sé cuántas generaciones. No sabemos hacia dónde nos dirigimos ni la velocidad que llevamos.

—Pero, mira —le suplicó Hugh—, hay instrumentos. Tú me los has enseñado. ¿No podríamos aprender a utilizarlos? ¿No podrías descubrir cómo funcionan, Joe, si realmente lo quisieras?

—¡Oh!, supongo que sí —concedió Jim.

—No fanfarronees, Jim —dijo Joe.

—No estoy fanfarroneando —le respondió secamente Jim—. Si una cosa funciona, yo puedo averiguar el cómo.

—¡Humpf! —dijo Joe.

La situación se había vuelto delicada. Hugh, tal y como quería, les había hecho discutir y el más difícil de tratar de los dos estaba de su lado. Ahora, para consolidar su ventaja...

—Se me ha ocurrido que podría conseguir hombres para que trabajaran contigo, Jim, siempre que tú fueras capaz de entrenarles —dijo rápidamente.

—¿Qué idea se te ha ocurrido? —preguntó Jim con suspicacia.

—Bueno, ya recordarás lo que te dije sobre un grupo de científicos jóvenes...

—¡Esos idiotas!

—Sí, sí, claro..., pero no saben lo que tú sabes. A su modo, están intentando obrar de acuerdo con una postura racional. Si pudiera volver abajo y explicarles todo lo que me has enseñado, podría traerte hombres suficientes para el trabajo.

—Míranos bien, Hugh —le atajó Joe—. ¿Qué ves?

—Pues... pues... te veo a ti..., a Joe-Jim.

—Ves un muti —le corrigió Joe, con un matiz sarcástico en sus palabras—. Somos un muti. ¿Lo entiendes? Tus científicos no trabajarán con nosotros.

—No, no —protestó Hugh—, eso no es cierto. No estoy hablando de campesinos. Los campesinos no lo entenderían pero ellos son científicos y son los más listos del grupo. Lo comprenderán. Todo lo que hace falta es un salvoconducto para que crucen el dominio de los mutis. Puedes hacerlo, ¿no? —añadió, desviando instintivamente la discusión hacia terreno más sólido.

—Pues claro —dijo Jim.

—Olvídalo —dijo Joe.

—Bueno, de acuerdo —accedió Hugh, dándose cuenta de que Joe estaba realmente enfadado ante su insistencia—, pero sería muy divertido...

Se apartó del asiento, poniendo algo de distancia entre él y los hermanos.

Pudo oír cómo Joe-Jim seguían discutiendo en voz baja. Fingió no hacerles caso. Joe-Jim tenía un defecto básico en su doble naturaleza: siendo más bien un comité que un sólo individuo, no resultaba demasiado bueno como hombre de acción, dado que todas las decisiones debían ser necesariamente el resultado de discusiones y compromisos.

Unos instantes después Hugh oyó que Joe alzaba la voz.

—Está bien, está bien... ¡hazlo a tu modo! —Y luego gritó—: ¡Hugh, ven aquí!

Hugh se impulsó dando una patada en la mampara contigua y salió disparado hacia Joe-Jim, deteniendo su vuelo con las dos manos en el respaldo del asiento del capitán.

—Está decidido —dijo Joe sin más preámbulos—. Dejaremos que vuelvas al lugar donde el peso es alto para que intentes conseguir lo que dices. Pero eres un idiota —añadió con amargura.

Bobo escoltó a Hugh hacia abajo, pasando por los peligrosos niveles frecuentados

por los mutis, y le dejó en la zona deshabitada que se encontraba encima de los niveles de mayor peso.

—Gracias, Bobo —dijo Hugh al despedirse.

—Buena comida.

El enano sonrió, agachó la cabeza y se fue a toda velocidad, escabulléndose por la escalera de la cual habían bajado unos segundos antes.

—Hugh se dio la vuelta y empezó a bajar, acariciando maquinalmente su cuchillo. Le gustaba sentirlo nuevamente junto a su piel, aunque no fuera su cuchillo original. Ése había servido para premiar a Bobo cuando fue capturado y Bobo no había podido devolvérselo, pues se le había quedado clavado en un tipo corpulento que logró escapar. Pero el sustituto que le había dado Joe-Jim estaba bien equilibrado y resultaba satisfactorio.

A petición de Hugh y una vez que Joe-Jim lo hubo ordenado, Bobo le condujo hasta la zona que se encontraba justo sobre el convertidor auxiliar utilizado por los científicos. Quería encontrar a Bill Ertz, ayudante del jefe de ingenieros y líder de los científicos jóvenes, y no quería verse obligado a responder demasiadas preguntas antes de encontrarle.

Hugh bajó rápidamente los niveles que le faltaban y se encontró en un pasillo principal que le era conocido. ¡Bien! Un giro a la izquierda, unos doscientos metros más y se encontró ante la puerta del compartimento donde se hallaba el convertidor. Ante ella había un centinela. Hugh se dispuso a entrar y fue detenido.

—¿Dónde te crees que vas?

—Quiero encontrar a Bill Ertz.

—¿Te refieres al jefe de ingenieros? Bueno, pues no está aquí.

—¿Jefe? ¿Qué ha sido del antiguo jefe? —Hoyland lamentó inmediatamente su pregunta, pero ya se le había escapado.

—¿Eh? ¿El antiguo jefe? Bueno, ha hecho el largo Viaje. —El guardia le contempló con suspicacia—. ¿Qué te ocurre?

—Nada —dijo Hugh—. Ha sido un pequeño olvido.

—Es un olvido bastante raro. Bueno, probablemente encontrarás al jefe Ertz en su oficina.

—Gracias. Que tengas buena comida.

—Que tengas buena comida.

Tras una breve espera se le permitió ver a Ertz. Cuando Hugh entró en su oficina Ertz levantó los ojos del escritorio.

—Bien —dijo—, así que has vuelto. Veo que después de todo no habías muerto. Desde luego, es toda una sorpresa. Habíamos pensado que estabas haciendo el Viaje.

Sí, ya me lo imaginaba.

—Bueno, siéntate y cuéntamelo todo..., tengo unos minutos libres. ¿Sabes que no te habría reconocido? Has cambiado mucho..., todo ese cabello gris. Me imagino que habrás pasado tiempos bastante duros.

¿Cabello gris? ¿Tenía el cabello gris? Hugh se dio cuenta por primera vez de que también Ertz había cambiado mucho. Tenía barriga y bastantes arrugas en el rostro. ¡Por Jordan! ¿Cuánto tiempo llevaba fuera?

Ertz tamborileó con los dedos sobre su escritorio y frunció los labios.

—Es todo un problema..., me refiero a tu regreso. Me temo que no puedo darte tu viejo puesto; ahora lo ocupa Mort Tyler. Pero ya encontraremos un lugar adecuado a tu posición.

Hugh recordaba a Mort Tyler y el recuerdo no era muy favorable. Un tipo bastante estirado, preocupándose siempre de lo correcto y lo que estaba bien según las reglas. Así que Tyler había logrado convertirse en científico y ahora desempeñaba el antiguo trabajo de Hugh en el convertidor... Bueno, eso no importaba.

—No te preocupes —empezó a decir—. Quería hablarte de...

—Por supuesto, está la cuestión de la antigüedad —prosiguió Ertz—. Quizá sería mejor que el Consejo valorara el asunto. No conozco ningún precedente. Hemos perdido un montón de científicos a manos de los mutis en el pasado, pero que yo recuerde eres el primero que ha huido con vida de ellos...

—Eso no importa —le interrumpió Hugh—. Tengo algo mucho más importante de que hablar. Mientras estaba fuera de aquí he descubierto algunas cosas sorprendentes, Bill, cosas que resultan de suprema importancia que sepas cuanto antes. Ésa es la razón de que haya venido directamente a ti. Escucha...

Ertz se puso repentinamente alerta.

—¡Por supuesto! Debo estar perdiendo los reflejos. Has debido tener una ocasión maravillosa de estudiar a los mutis y explorar su territorio. ¡Venga, hombre, suéltalo todo! Dame tu informe.

Hugh se humedeció los labios.

—No es lo que tú piensas —dijo—. Es algo mucho más importante que un mero informe sobre los mutis, aunque también está relacionado con ellos. De hecho, puede que nos veamos obligados a cambiar toda nuestra política con respecto a los mu...

—¡Bueno, adelante, adelante! Te escucho.

—Está bien.

Hugh le contó su tremendo descubrimiento sobre la auténtica naturaleza de la Nave, escogiendo cuidadosamente sus palabras e intentando con todas sus fuerzas resultar convincente.

Apenas si habló de lo difícil que sería un intento de reorganizar la Nave para ponerla acorde con esa nueva idea, e hizo hincapié en el prestigio y los honores que recaerían sobre quien dirigiera tal esfuerzo.

A medida que hablaba iba observando el rostro de Ertz. Tras el primer momento de sorpresa total que siguió al lanzamiento por Hugh de su idea clave, el hecho de que la Nave era en realidad un cuerpo que se movía por la inmensa extensión del espacio exterior, su rostro quedó impassible y Hugh no pudo leer nada en él, salvo que le pareció detectar un aumento de interés cuando Hugh habló de cómo Ertz era el

hombre exacto para tal labor dado su liderazgo de los científicos más jóvenes y progresistas.

Cuando hubo concluido. Hugh esperó la respuesta de Ertz. Al principio éste no dijo nada y se limitó a seguir con su molesta costumbre de tamborilear con los dedos sobre la mesa.

—Éstos son asuntos importantes, Hoyland —dijo por fin—, demasiado importantes para que se los trate a la ligera. Debo tener tiempo para pensar en ellos y digerirlos.

—Sí, claro —dijo Hugh—. Me gustaría añadir que he logrado conseguir un acuerdo para llegar sin problemas a la zona donde no hay peso. Puedo llevarte arriba y dejar que lo veas tú mismo.

—Sin duda, eso será lo mejor —contestó Ertz—. Bien... ¿tienes hambre?

—No.

—Entonces, será mejor que los dos lo consultemos con la almohada. Puedes utilizar el compartimento que hay detrás de mi oficina. No quiero que hables de esto con nadie más hasta que haya tenido tiempo de pensar en ello. Si se divulgara sin los preparativos adecuados podría despertar inquietud.

—Sí, tienes razón.

—Muy bien, entonces... —Ertz le llevó hasta un compartimento situado detrás de su oficina que, por las evidencias, usaba para echar alguna que otra siesta—... que descanses bien —le dijo—, y luego ya hablaremos.

—Gracias —le dijo Hugh—. Que tengas buena comida.

—Que tengas buena comida.

Una vez se encontró solo, Hugh sintió que su excitación anterior le iba abandonando gradualmente y pronto se dio cuenta de que estaba agotado y tenía mucho sueño. Se tendió sobre el catre plegable que había en el compartimento y se quedó dormido.

Al despertar se encontró con que la única puerta de todo el compartimento estaba cerrada desde el exterior. Peor aún, su cuchillo había desaparecido.

Llevaba esperando un período de tiempo indefinido cuando oyó ruido en la puerta. Ésta se abrió dejando entrar a dos hombretones de rostro ceñudo.

—Ven —dijo uno de ellos.

Hugh les examinó rápidamente y se dio cuenta de que ninguno de los dos llevaba cuchillo. Por lo tanto, no había oportunidad de quitárselo. Por otro lado, quizá pudiera librarse de ellos.

Pero más allá, en el otro compartimento, había dos hombres más, igualmente formidables, cada uno armado con un cuchillo. De los dos uno lo sostenía entre los dedos, listo para lanzarlo; el otro lo tenía firmemente empuñado, preparado para cualquier tipo de lucha cuerpo a cuerpo.

Estaba atrapado y lo sabía. Habían previsto todos sus posibles movimientos.

Hacía mucho tiempo que aprendió a rendirse ante lo inevitable. Intentó mantener

una expresión tranquila y salió del compartimento sin decir palabra. Después de cruzar el umbral vio a Ertz, esperándole y, obviamente, dirigiendo a todo el grupo de hombres. Avanzó hacia él, teniendo buen cuidado de que su voz sonara calmada.

—Hola, Bill. Parece que te has tomado muchas molestias con los preparativos. ¿Algún problema, quizá?

Ertz no pareció saber qué responderle durante unos instantes y luego dijo:

—Vas a comparecer ante el capitán.

—¡Bien! —contestó Hugh—. Gracias, Bill. Pero ¿crees que es prudente intentar venderle la idea sin antes haber preparado un poco a los demás?

Ertz pareció irritarse ante lo que debía considerar una demostración de estupidez y no lo disimuló.

—Da la impresión de que no captas la idea —gruñó—. Comparecerás ante el capitán para ser juzgado... ¡por herejía!

Hugh puso cara de que no se le había ocurrido tal idea.

—Bill, vas por mal camino —le respondió tranquilamente y sin enfadarse. Puede que una acusación y un juicio sea el mejor modo de tratar con el problema, pero no soy un campesino que pueda ser llevado de esta forma ante el capitán. Debo ser juzgado por el consejo. Soy un científico.

—¿Lo eres en estos momentos? —replicó Ertz sin alterarse—. Ya he pedido opinión al respecto. Se te ha borrado de las listas. Lo que eres actualmente es algo que el capitán decidirá.

Hugh se quedó callado. Las cosas no tenían buen aspecto, era fácil verlo, y no serviría de nada irritar a Ertz. Ertz hizo una señal y los dos hombres desarmados cogieron a Hugh, cada uno por un brazo. Hugh les dejó hacer en silencio.

Hugh miró al capitán con un renovado interés. El viejo no había cambiado gran cosa: quizá estuviera un poco más gordo.

El capitán se dejó caer lentamente en su asiento y cogió el informe que había ante él.

—¿Qué es todo esto? —preguntó con voz irritada—. No lo entiendo.

Mort Tyler estaba ahí para presentar el caso contra Hugh, algo que a éste le había sido imposible tener previsto y que todavía aumentó más su preocupación. Rebuscó entre los recuerdos de su infancia intentando hallar algún modo de granjearse su simpatía y no encontró ninguno. Tyler se aclaró la garganta y empezó a hablar:

—Éste es el caso del llamado Hugh Hoyland, capitán, anteriormente uno de sus jóvenes científicos que...

—Científico, ¿eh? ¿Por qué no se encarga de esto el consejo?

—Porque ya no es un científico, capitán. Estuvo entre los mutis y ahora vuelve a nosotros, predicando la herejía e intentando minar vuestra autoridad.

El capitán miró a Hugh con la rápida beligerancia del hombre celoso de sus

prerrogativas.

—¿Es cierto eso? —preguntó alzando la voz—. ¿Qué piensas decir al respecto?

—No es cierto, capitán —respondió Hugh—. Todo lo que le he dicho a quienes me he encontrado no puede ser sino una afirmación de la verdad absoluta de nuestro viejo conocimiento. No he puesto en cuestión las verdades bajo las cuales vivimos; sencillamente, las he afirmado con más fuerza de lo que suele tenerse por costumbre y...

—Sigo sin entender esto —le interrumpió el capitán, meneando la cabeza—. Se te acusa de herejía y, con todo, dices que sigues creyendo en las enseñanzas. Si no eres culpable, ¿por qué estás aquí?

—Quizá yo pueda aclarar el asunto —dijo Ertz—. Hoyland...

—Bueno, espero que puedas —siguió diciendo el capitán—. Adelante..., oigámoslo.

Ertz dio a continuación una versión razonablemente correcta, aunque algo partidista, del regreso de Hoyland y su extraña historia. El capitán le escuchó con una expresión que fue variando de la sorpresa al disgusto.

Cuando Ertz hubo concluido el capitán se volvió hacia Hugh.

—¡Humpf! —dijo.

Hugh habló sin perder ni un instante.

—El núcleo de mis afirmaciones, capitán, es que existe un lugar allí donde no hay peso en el cual se puede ver realmente que nuestra fe es cierta y que la Nave se mueve, un lugar donde puede verse realmente en acción el Plan de Jordan. Eso no niega nuestra fe; la afirma. No hace falta que aceptéis mi palabra de ello. El mismo Jordan lo probará.

Viendo que el capitán parecía estar algo indeciso, Tyler metió baza en la conversación:

—Capitán, hay una posible explicación a todo este increíble asunto y creo mi obligación que llegue a vuestro oído. En principio hay dos interpretaciones obvias de la ridícula historia narrada por Hoyland: puede que sencillamente sea culpable de herejía en el peor grado o puede que sus convicciones le hagan apoyar a los mutis y se haya comprometido en un plan para haceros caer en sus manos. Pero hay una tercera explicación, más caritativa, y que, siento en mi fuero interno, es probablemente la verdadera.

»Existen registros de que en su inspección postnatal Hoyland fue seriamente considerado como candidato al convertidor pero su desviación de la norma era muy ligera, consistiendo simplemente en una cabeza algo mayor de lo habitual, y se le dejó vivir. Me parece que las terribles experiencias sufridas a manos de los mutis han acabado trastornando una mente que ya era inestable. Este pobre hombre, sencillamente, no es responsable de sus actos.

Hugh miró a Tyler con un nuevo respeto. Absolverle de culpa y, al mismo tiempo, dar por hecho que Hugh acabara emprendiendo el Viaje... ¡perfecto!

El capitán agitó su mano ante ellos.

—Esto ya ha durado demasiado. —Luego, volviéndose hacia Ertz, dijo—: ¿Alguna recomendación que hacer?

—Sí, capitán. El convertidor.

—Muy bien, entonces. Ertz, realmente no veo la razón de que se me deba molestar con estos detalles —siguió diciendo con voz irritada—. Creo que deberías ser capaz de mantener la disciplina en tu departamento sin mi ayuda.

—Sí, capitán.

El capitán apartó su asiento de la mesa y empezó a levantarse.

—Recomendación confirmada. Hemos terminado.

Hugh sintió que le invadía la ira ante la estúpida injusticia de toda aquella situación. Ni tan siquiera habían tomado en consideración la única prueba real que podía ofrecer en su defensa. Oyó un grito, «¡Esperad!»... y unos segundos después descubrió que había surgido de sus propios labios.

El capitán se detuvo y le miró.

—Esperad un momento —siguió diciendo Hugh, las palabras brotaban de su boca como si tuvieran voluntad propia—. Esto no va a cambiar nada, pues os encontráis tan condenadamente seguros de conocer todas las respuestas, que no pensáis considerar ni por un segundo una buena oferta de que lo veáis con vuestros propios ojos. Sin embargo... sin embargo... ¡se mueve!

Hugh tuvo mucho tiempo para pensar, tendido en el compartimento donde le confinaron para esperar a que el convertidor necesitara su energía: tuvo tiempo para pensar y para darse cuenta de cuáles habían sido sus errores. Explicarle inmediatamente su historia a Ertz... ése había sido el error número uno. Tendría que haber esperado, familiarizarse de nuevo con aquel hombre y tantearle un poco, en lugar de contar con una amistad que nunca había sido demasiado firme.

Segundo error, Mort Tyler. Cuando oyó su nombre tendría que haber investigado para descubrir hasta dónde llegaba la influencia de ese hombre con Ertz. Le había conocido antes y tendría que haber obrado con más cautela.

Bueno, aquí estaba, condenado igual que un mutante... o, quizá, igual que un hereje. Al final el resultado era el mismo. Estuvo pensando en si tendría que haber intentado explicarles por qué se producían los mutantes. Lo había descubierto en algunos de los viejos registros que poseía Joe-Jim. No, sería inútil y no le creerían. ¿Cómo se les podía explicar que las radiaciones procedentes del exterior causaban el nacimiento de mutantes cuando quienes debían oírle ni tan siquiera creían en la existencia de un sitio como el exterior? No, lo había hecho todo mal incluso antes de que le llevaran a comparecer en presencia del capitán.

Las cavilaciones a que estaba entregado se vieron finalmente turbadas por el sonido del cerrojo de su puerta al abrirse. Era demasiado pronto para otra de sus no

muy frecuentes comidas y pensó que al fin habrían venido para sacarle de aquí, renovando su decisión de llevarse antes a uno de ellos consigo.

Pero se equivocaba. Oyó una voz cargada de amable dignidad:

—Hijo, hijo, ¿cómo ha podido ocurrir todo esto?

Era el teniente Nelson, su primer maestro, que parecía más viejo y frágil que nunca.

La entrevista no fue agradable para ninguno de los dos. El viejo, que no había tenido descendencia, albergó grandes esperanzas para su protegido, llegando a tener la ambición de que con el tiempo pudiera aspirar a la capitanía de la Nave, aunque nunca había hablado con nadie de esa ambición, a través de la cual esperaba realizar un poco las suyas, no creyendo bueno para los jóvenes que se les alabara en exceso. Cuando el muchacho fue declarado perdido eso le causó un gran dolor.

Ahora había vuelto, convertido en un hombre, pero las circunstancias de su regreso eran lamentables y se hallaba sentenciado a muerte.

El encuentro no fue mucho más feliz para Hugh. A su modo había querido al anciano, deseando complacerle y necesitando su aprobación. Pero, mientras le contaba su historia, se dio cuenta de que Nelson sólo podía considerar su relato como una aberración mental de Hugh, y sospechó que Nelson preferiría verle morir rápidamente en el convertidor, sus átomos convertidos en hidrógeno del que saldría una energía limpia y útil, antes que verle vivir para burlarse de las viejas enseñanzas.

En eso cometió una injusticia para con el anciano: había subestimado la piedad de que Nelson era capaz, pero no su devoción hacia la «ciencia». De todos modos, debe decirse en favor de Hugh que, si no hubiera estado en juego nada más que su persona, habría preferido quizá la muerte a destrozarse el corazón de su benefactor..., pues en el fondo era un romántico y podía comportarse de forma bastante tonta.

El anciano acabó levantándose para marcharse, pues la visita se había vuelto insoportable para los dos.

—¿Puedo hacer algo por ti, hijo? ¿Te alimentan bien, comes lo suficiente?

—Muy bien, gracias —mintió Hugh.

—¿Hay alguna otra cosa que pueda hacer?

—No..., sí, podrías mandarme algo de tabaco. Hace mucho tiempo que no he podido mascar un poco.

—Me ocuparé de ello. ¿Hay alguna otra persona a quien te gustaría ver?

—Oh, tenía la impresión de que no se me permitía recibir visitas..., visitas corrientes.

—Tienes razón, pero creo que quizá podría conseguir que se hiciera alguna excepción a la regla. Pero —añadió ansiosamente—, deberás darme tu palabra de que no mencionarás tu herejía.

Hugh pensó a toda velocidad. Un nuevo aspecto, una nueva posibilidad. ¿Su tío? No, aunque siempre se habían llevado bien el uno con el otro sus mentes no tenían nada en común..., sería como encontrar a un desconocido. Jamás le había resultado

fácil hacer amigos; Ertz había sido el más obvio de todos ellos, ¡y adónde le había llevado! Luego recordó a su compañero del pueblo, Alan Mahoney, con quien había jugado desde niño. Cierto que no le había visto prácticamente ni una sola vez desde que empezó como aprendiz de Nelson. Con todo...

—¿Sigue viviendo Alan Mahoney en nuestro pueblo?

—Pues..., sí.

—Me gustaría verle, si es que quiere venir.

Alan fue a verle, nervioso y bastante incómodo, pero alegrándose claramente de poder visitar a Hugh y muy preocupado al encontrarle sentenciado a hacer el Viaje. Hugh le dio una palmada en la espalda.

—Buen chico —dijo—. Sabía que vendrías.

—Pues claro —protestó Alan—, si lo hubiera sabido... pero en el pueblo nadie lo sabe. Creo que ni siquiera lo saben los Testigos.

—Bueno, estás aquí y eso es lo importante. Háblame de ti. ¿Te has casado?

—Eh... esto... no. No perdamos el tiempo hablando de mí. De todas formas, a mí nunca me ocurre nada importante. En el nombre de Jordan, ¿cómo has llegado a meterte en este lío, Hugh?

—No puedo hablar de eso, Alan. Se lo prometí al teniente Nelson.

—Bueno, ¿qué es una promesa..., esa clase de promesa? Estás en un lío, compañero.

—¡Como si no lo supiera!

—¿Se ha encargado alguien de meterte en él?

—Bueno..., nuestro viejo amigo Mort Tyler no me ayudó demasiado; creo que eso sí puedo decirlo.

Alan lanzó un silbido y meneó la cabeza lentamente.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Qué? ¿Acaso sabes algo?

—Puede que sí, puede que no. Después de que te fueras, se casó con Edris Baxter.

—¿Sí? Hmm... sí, eso aclara muchas cosas.

Hugh guardó silencio durante unos minutos.

—Mira, Hugh —acabó diciendo Alan—. No pensarás quedarte sentado aquí y aceptar lo que te han hecho, ¿verdad? Especialmente, no con Tyler mezclado en ello. Tenemos que sacarte de aquí.

—¿Cómo?

—No lo sé. Quizá podríamos atacar el lugar. Supongo que podría reunir unos cuantos cuchillos para que nos ayudaran... Hay unos cuantos muchachos excelentes que se mueren de ganas por una buena pelea.

—Y cuando todo hubiera terminado nuestro destino sería el convertidor. Tú, yo y tus amigos. No, eso no sirve.

—Pero tenemos que hacer algo. No podemos quedarnos aquí sentados y esperar a que te quemen.

—Eso ya lo sé. —Hugh estudió el rostro de Alan. ¿Sería justo pedirle eso? Siguió hablando, tranquilizado por lo que había visto en él—. Escucha..., tú harías lo que pudieras para sacarme de este lugar, ¿no?

—Eso ya lo sabes.

En la voz de Alan había un matiz de ofensa dolorida.

—Entonces, muy bien. Hay un enano llamado Bobo. Te diré cómo encontrarle.

Alan trepó, más y más arriba, subiendo más de lo que nunca había subido desde que Hugh, siendo un muchacho, le guiaba a los más atrevidos peligros. Ahora era más viejo y se había vuelto más prudente; apenas si tenía estómago para soportarlo. Al muy auténtico peligro de abandonar los abundantemente transitados niveles inferiores, se añadía su ignorancia supersticiosa. Pero, aun así, siguió trepando.

Éste debería ser el lugar... a no ser que hubiera dejado de contar algún nivel. Pero no veía al enano.

Bobo le vio primero. El proyectil de una honda le acertó en la boca del estómago en el mismo instante en que Alan gritaba, «¡Bobo!».

Bobo entró de espaldas en el compartimento de Joe-Jim y dejó caer su carga ante los pies de los gemelos.

—Carne fresca —dijo con orgullo.

—Lo es —accedió Jim con indiferencia—. Bueno, es tuyo; llévatelo.

El enano se hurgó con el pulgar en una de sus retorcidas orejas.

—Raro —dijo—, sabe el nombre de Bobo.

Joe alzó los ojos del libro que estaba leyendo, los *Poemas reunidos* de Browning, L-Editorial, Nueva York, Londres, Ciudad Luna, 35 cr.

Hugh había preparado a su amigo Alan para no sorprenderse demasiado ante el aspecto físico de Joe-Jim. En un espacio de tiempo razonablemente breve, Alan recobró la calma lo bastante como para ser capaz de narrar su historia. Joe-Jim la escuchó sin apenas hacer comentarios y Bobo la escuchó con mucho interés, pero sin entender gran cosa de ella.

—Bien, Joe, tú ganas —observó Jim una vez que Alan hubo terminado—. No lo conseguí. —Luego, volviéndose hacia Alan, añadió—: Puedes ocupar el puesto de Hoyland. ¿Sabes jugar a las damas?

Alan miró primero a una cabeza y luego a la otra.

—Pero ¿es que no lo entendéis? —dijo—. ¿No pensáis hacer nada al respecto?

Joe pareció asombrado.

—¿Nosotros? ¿Por qué deberíamos hacer algo?

—Pero debéis hacerlo. ¿No os dais cuenta? Él cuenta con que le ayudéis y no hay nadie más en quien pueda confiar. Por eso he venido. ¿No lo veis?

—Espera un momento, espera un momento —dijo Jim lentamente—. No permitas que se te caiga el cinturón. Suponiendo que deseáramos ayudarle... cosa que no es

cierta, entiéndeme, ¿cómo podríamos hacerlo, por toda la Nave de Jordan? Responde a eso.

—Bueno... bueno... —Alan fue incapaz de encontrar palabras ante tal estupidez—. ¡Pues, naturalmente, montando un grupo de rescate, yendo ahí abajo y sacándole de donde está encerrado!

—¿Y por qué deberíamos dejar que nos mataran para rescatar a tu amigo?

Bobo irguió rápidamente las orejas.

—¿Matar? —preguntó con voz ansiosa.

—No, Bobo —dijo Joe—. Nada de matar. Sólo estamos hablando.

—Oh —dijo Bobo, volviendo a su pasividad anterior.

Alan miró al enano.

—Al menos, si dejarais que Bobo y yo...

—No —respondió secamente Joe—. Eso ni pensarlo. No hables de ello.

Alan tomó asiento en un rincón del compartimento, apretándose desesperadamente las rodillas con los brazos. Si pudiera salir de aquí... Podría intentar conseguir alguna ayuda abajo. El enano daba la impresión de estar dormido, aunque era difícil estar seguro de ello. Si Joe-Jim se durmiera también...

Joe-Jim no daba señal alguna de tener sueño. Joe intentó seguir leyendo, pero Jim le interrumpía de vez en cuando. Alan no podía oír lo que estaban diciendo.

—¿Ésa es tu idea de la diversión? —preguntó finalmente Joe, alzando la voz.

Bueno —dijo Jim—, es mejor que las damas.

—Sí, ¿eh? Supón que te meten un cuchillo por el ojo... ¿dónde me dejaría eso a mí?

—Te estás haciendo viejo, Joe. Ya no te quedan agallas.

—Tú eres igual de viejo que yo.

—Sí, pero tengo ideas de joven.

—Oh, me pones enfermo... Haz lo que quieras, pero luego no me eches la culpa. ¡Bobo!

El enano se levantó de un salto, totalmente alerta.

—¿Sí, jefe?

—Busca a Chaparro, Brazo Largo y Cerdo y tráelos aquí.

Joe-Jim se puso en pie, fue hacia un pequeño armario y empezó a sacar los cuchillos colgados en su interior.

Hugh oyó el jaleo en el exterior del pasillo contiguo a su prisión. Podían ser los guardias que venían para llevarle al convertidor, aunque lo más probable es que no armaran tanto ruido para ello. O podía ser, simplemente, algo que no estuviera relacionado con él. Por otra parte, podía ser que...

Lo era. La puerta se abrió bruscamente y Alan apareció en el umbral, diciéndole algo a gritos y metiéndole un puñado de cuchillos entre los dedos. Le hizo salir a toda

prisa del compartimento en tanto que Hugh se colocaba los cuchillos en el cinturón y aceptaba otros dos más.

Una vez fuera vio a Joe-Jim pero éste no le vio a él, pues estaba lanzando cuchillos con la misma calma y método que si estuviera practicando el tiro al blanco en su compartimento particular. Y también estaba ahí Bobo, el cual agachó la cabeza y le sonrió con su boca algo más grande de lo normal gracias a una herida de la cual manaba sangre, pero sin hacer una sola pausa en su grácil forma de lanzar cuchillos. Había tres más, a dos de los cuales Hugh reconoció como pertenecientes a la pandilla particular de Joe-Jim: eran mutis, por definición y por lugar de nacimiento, pero no presentaban deformaciones.

El recuento no incluía los cuerpos que yacían inmóviles sobre la cubierta metálica.

—¡Venga! —gritó Alan—. Dentro de nada vendrán más.

Se lanzó por el pasillo de la derecha.

Joe-Jim dejó de lanzar cuchillos y le siguió. Hugh lanzó uno de sus cuchillos sin apuntar demasiado hacia una silueta que corría a su izquierda. El tiro era difícil y no tuvo tiempo de ver si había logrado darle. Fueron por el corredor con Bobo el último, como si le costara abandonar la diversión, y llegaron a un punto donde un pasillo lateral se cruzaba con el otro, más espacioso.

Alan les condujo nuevamente hacia la derecha.

—Delante hay una escalera —gritó.

No llegaron a ella. Una compuerta que se utilizaba muy raras veces se cerró ante sus narices cuando les faltaban unos nueve metros para la escalera. Los hombres de Joe-Jim se quedaron quietos y miraron con expresión dubitativa a su jefe. Bobo se rompió sus gruesas uñas intentando abrir la compuerta.

Detrás de ellos se oía claramente el ruido de quienes les perseguían.

—Atrapados —dijo Joe en voz baja—. Espero que te guste, Jim.

Hugh vio aparecer una cabeza por la esquina del pasillo, que habían dejado atrás. Lanzó un cuchillo, pero la distancia era demasiado grande y el cuchillo se estrelló inofensivamente en el acero. La cabeza desapareció. Brazo Largo no apartaba los ojos de aquel lugar, su honda cargada y lista.

Hugh cogió a Bobo por el hombro.

—¡Escucha! ¿Ves esa luz?

El enano le miró, parpadeando con expresión estúpida. Hugh señaló hacia la intersección de los tubos brillantes que se cruzaban por encima de sus cabezas, justo donde se unían los pasillos.

—Esa luz... ¿Puedes dar allí donde se cruzan?

Bobo midió la distancia con los ojos. A esa distancia el disparo habría resultado difícil en cualquier condición, pero aquí, con el poco espacio que le dejaba libre el techo del pasillo, bastante bajo, tendría que utilizar una trayectoria casi plana, disparar muy aprisa y compensar un peso más alto del que tenía por costumbre.

No respondió. Hugh sintió el aire producido por su honda al moverse pero no vio el proyectil. Un estruendo de cristal y el corredor quedó a oscuras.

—¡Ahora! —gritó Hugh, encabezando la carga. Cuando llegaron a la intersección gritó—: ¡Contened el aliento! ¡Cuidado con el gas!

El vapor radioactivo brotaba en lentas espirales del tubo roto que había sobre sus cabezas, llenando la encrucijada con una neblina verdosa.

Hugh corrió hacia la derecha, dando las gracias a su trabajo como ingeniero con los circuitos luminosos y el conocimiento que le había proporcionado. Había escogido la dirección correcta: el pasillo que tenía delante se encontraba a oscuras, pues su iluminación procedía de un punto anterior al de la rotura. Oyó ruido de pasos a su alrededor, pero le era imposible saber si se trataba de amigos o enemigos.

De pronto se encontraron en un pasillo iluminado. No había nadie en él, salvo un campesino asustado e inofensivo que se apresuró a desaparecer con sorprendente velocidad. Hicieron un rápido recuento y vieron que todos estaban presentes, pero que Bobo no se hallaba en muy buenas condiciones.

—Creo que ha tragado un poco de gas —dijo Joe, mirándole—. Golpeadle la espalda.

Cerdo se encargó de ello, con franco entusiasmo. Bobo lanzó un sonoro eructo, vomitó y, unos instantes después, sonreía de nuevo.

—Se pondrá bien —decidió Joe.

El ligero retraso había permitido que por lo menos uno de sus perseguidores les diera alcance. Salió corriendo de la oscuridad, sin darse cuenta de cuántos enemigos le esperaban o sin que ello le importara. Alan apartó el brazo de Cerdo, que ya lo había levantado para arrojar su proyectil.

—¡Dejádmelo! —exigió—. ¡Es mío!

Era Tyler.

—¿Una pelea entre hombres? —le desafió Alan, el pulgar sobre la hoja de su cuchillo.

Los ojos de Tyler examinaron velozmente a sus contrincantes y un segundo después aceptó la invitación por el sistema de lanzarse sobre Alan. Había demasiado poco espacio para lanzar el cuchillo y unos segundos después los dos estaban luchando cuerpo a cuerpo, los cuchillos juntos y los brazos tensándose.

Alan era más resistente que Tyler y, probablemente, más fuerte. Tyler era más escurridizo. Intentó darle un rodillazo en la ingle a su adversario. Alan logró evitarlo y pisó con todas sus fuerzas uno de los pies de Tyler. Los dos cayeron al suelo. Se oyó un fuerte chasquido.

Un instante después, Alan se estaba limpiando el cuchillo en el muslo.

—Sigamos —dijo con voz algo quejumbrosa—. Tengo miedo.

Llegaron a una escalera y subieron corriendo por ella, Brazo Largo y Cerdo precediéndoles a cada nivel y desplegándose para cubrir sus flancos, en tanto que el tercero de los tres sicarios de Joe-Jim —Hugh oyó que le llamaban Chaparro—,

cubría la retaguardia. Los demás iban en medio de ellos.

Hugh pensaba que ya habían logrado escapar cuando oyó gritos y ruido de cuchillos justo sobre él. Consiguió llegar al nivel que tenía encima a tiempo de que el rebote de un cuchillo le hiciera una herida no demasiado profunda.

Tres hombres habían caído. Brazo Largo tenía un cuchillo asomando por la parte superior de su brazo, pero eso no parecía molestarle demasiado. Su honda seguía girando. Cerdo estaba buscando uno de los cuchillos lanzados que habían fallado el blanco, habiendo agotado su armamento. Pero había señales de su trabajo: a unos seis metros de distancia un hombre se sostenía a duras penas con una rodilla en el suelo. Una herida de cuchillo le ensangrentaba el muslo.

Hugh le reconoció cuando el hombre lograba erguirse agarrándose con una mano a la mampara en tanto que la otra rebuscaba en su vacío cinturón.

Bill Ertz.

Había guiado a un grupo hacia arriba por otro camino y había logrado flanquearles, para su desgracia. Bobo asomó por detrás de Hugh y su potente brazo se preparó para el lanzamiento. Hugh le detuvo.

—Calma, Bobo —le indicó—. En el estómago, y no muy fuerte.

El enano pareció sorprendido, pero hizo como le indicaba. Ertz se dobló lentamente sobre sí mismo y cayó.

—Buena puntería —dijo Jim.

—Cógele, Bobo —le dijo Hugh—, y quédate en mitad del grupo. —Sus ojos examinaron brevemente a los demás, el cuerpo encogido para protegerse mejor, esparcidos por ese tramo de escalera—. De acuerdo, pandilla... ¡Arriba otra vez! Y con cuidado.

Brazo Largo y Cerdo subieron rápidamente por el tramo siguiente, en tanto que los demás se colocaban en las posiciones anteriores. Joe parecía disgustado. No estaba muy claro el porqué, pero había sido sustituido como jefe del grupo —su grupo—, y Hugh estaba encargándose de dar las órdenes. Pensó que no era ése el momento para empezar a discutir sobre ello. Podía conseguir que les mataran a todos.

A Jim no parecía importarle tanto. De hecho, daba la impresión de estar pasándose muy bien.

Subieron otros diez niveles sin hallar ningún tipo de oposición organizada. Hugh les dio instrucciones de que no mataran a ningún campesino, de no ser necesario. Los tres esbirros de Joe-Jim le obedecieron y Bobo iba demasiado cargado con Ertz para representar algún problema en cuanto a la disciplina. Hugh no permitió que bajaran la guardia hasta no haber dejado atrás unos treinta niveles más, con lo que se encontraron ya bien metidos en tierra de nadie. Entonces les indicó que se detuvieran y todos examinaron sus heridas.

Las únicas de alguna importancia eran el corte en el rostro de Bobo y el brazo de Brazo Largo. Joe-Jim se encargó de curarlas con los vendajes que había cogido antes de salir. Hugh se negó a que curara la suya.

—Ha dejado de sangrar —insistió—. Y tengo mucho que hacer.

—No tienes que hacer nada aparte de volver a casa —dijo Joe—, y olvidarte de todas estas tonterías.

—No del todo —negó Hugh—. Puede que tú vuelvas a casa, pero Alan, yo y Bobo vamos a subir hasta donde no haya peso..., hasta el observatorio del capitán.

—Estupideces —dijo Joe—. ¿Para qué?

—Acompáñanos si quieres y ya lo verás. De acuerdo, pandilla: vamos.

Joe se dispuso a contestarle, pero se quedó callado al ver que Jim no abría la boca. Joe-Jim les siguió.

Flotaron suavemente a través del umbral del observatorio: Hugh, Alan, Bobo con su carga todavía inconsciente... y Joe-Jim.

—Eso es —le dijo Hugh a su amigo Alan, señalando con un gesto de su mano hacia el esplendor de las estrellas—, eso es lo que pretendía contarte.

Alan miró y se agarró al brazo de Hugh.

—¡Jordan! —gimió—. ¡Nos caeremos!

Y cerró los ojos, apretando fuertemente sus párpados.

Hugh le sacudió.

—No ocurre nada —le dijo—. Es soberbio. Abre los ojos.

Joe-Jim tocó a Hugh en el brazo.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó—. ¿Por qué le has traído aquí arriba?

Y señaló a Ertz.

—Oh..., él. Bueno, cuando despierte pienso enseñarle las estrellas y demostrarle que la Nave está en movimiento.

—¿Sí? ¿Y para qué?

—Luego le haré volver abajo para que convenza a unos cuantos más.

—Hmmm..., imagina que no tiene suerte, igual que te ocurrió a ti.

—Bueno, entonces... —Hugh se encogió de hombros—, entonces tendremos que seguir insistiendo una y otra vez hasta convencerles, supongo.

Tenemos que hacerlo, ya lo sabes.

Solución insatisfactoria

Robert A. Heinlein (1907-1988)

Astounding Science Fiction, mayo

Vaya número. Escribiendo con el seudónimo de «Anson MacDonald», Robert Heinlein colaboró con esta hermosa novela corta de una guerra futura. Es una historia poderosa sobre los efectos de la creación humana fuera de control, y sirvió para establecer la popular reputación que tiene la ciencia ficción de hacer predicciones «acertadas».

En este caso, esperamos que nunca vuelva a repetirse.

(No sé cuántas veces he citado «Solución insatisfactoria» en mis charlas sobre lo profético en ciencia ficción. En cierto sentido, Bob predijo el Proyecto Manhattan antes de que nadie más soñara con él. Predecir un arma nuclear no era difícil y Bob evitó al menos el asunto demasiado obvio de la bomba y fue derecho a las consecuencias. Sin embargo, el auténtico logro fue predecir el punto muerto nuclear en perfecto detalle. Por lo que a mí respecta, este relato tiene el récord de todos los tiempos entre las bolas de cristal. I. A.)

En 1903 los hermanos Wright volaron a Kitty Hawk.

En diciembre de 1938, en Berlín, el doctor Hahn fisiónó el átomo de uranio.

En abril de 1943 la doctora Estelle Karst, trabajando para la Autoridad Federal de Emergencia para la Defensa, perfeccionó la técnica Karst-Obre para producir artificialmente sustancias radiactivas.

Por lo tanto, la política extranjera norteamericana debía cambiar.

Debía hacerlo. Debía hacerlo. Es muy difícil lograr que un trompetazo vuelva a introducirse en la trompeta una vez ha sido soplado. La caja de Pandora funciona en un solo sentido. Se puede convertir un cerdo en una salchicha pero no una salchicha en un cerdo. Los huevos rotos así se quedan. «Ni todos los caballos ni todos los hombres del rey pueden hacer que Humpty vuelva a estar entero».

Yo debería saberlo: era uno de los hombres del rey.

No tendría que haberlo sido, desde luego. Cuando estalló la segunda guerra mundial yo no era militar de carrera y cuando el congreso votó la ley de reclutamiento saqué un número muy elevado, lo bastante alto como para mantenerme fuera del ejército el tiempo necesario para morirme de viejo.

¡No es que en esa generación hubiera muchos que llegaran a morir de eso!

Pero me acababan de nombrar secretario de un congresista recién elegido: había sido el encargado de su campaña y me había visto obligado a abandonar bruscamente mi anterior trabajo. Mi profesión era enseñar economía y sociología, pero a las juntas académicas no les gusta que los profesores dedicados a enseñar temas sociales traten de forma efectiva problemas sociales, y mi contrato no fue renovado. Cuando se me ofreció la ocasión de ir a Washington salté sobre ella.

Mi congresista se llamaba Manning. Sí, era ese Manning; el coronel Clyde C. Manning. Lo que quizá no sepan de él es que era uno de los primeros expertos del ejército en guerra química antes de que sus problemas coronarios le obligaran a quedar arrinconado en un estante. Yo le había sacado de ahí, con la ayuda de un grupo de mis socios políticos, para que compitiera con el miserable que se presentaba en nuestro distrito. Necesitábamos un candidato fuertemente liberal y Manning estaba hecho a medida para ese trabajo. Desempeñó un puesto en el gran jurado, lo cual sirvió para afilar su dentadura política, y después de que terminara su período en él, había seguido teniendo cierta actividad en los asuntos públicos.

Que fuera un oficial retirado representaba una ventaja política a la hora de conseguir el voto de los ciudadanos más conservadores y acomodados, y su historial no presentaba problemas para los que estaban al otro lado de la valla. No me preocupaba demasiado conseguir votos cuando le busqué: apreciaba en él que, pese a ser un liberal, era un hombre de mente clara, lo que no suele ocurrir con la mayoría de los liberales. La mayoría de los liberales cree que el agua corre colina abajo pero que, alabado sea Dios, jamás llega al fondo de la pendiente.

Manning no era así. Podía ver una necesidad lógica cuando la había y podía actuar según ella, sin importar lo desagradable que eso pudiera resultar.

Nos encontrábamos en la *suite* que Manning tenía en el edificio de las oficinas del congreso, tomándonos un pequeño respiro de la primera y tormentosa sesión del congreso número setenta y ocho e intentando ponernos al día con una montaña de correspondencia, cuando llamaron del Departamento de Guerra. Manning respondió personalmente a la llamada.

No tenía más remedio que oír la conversación pero, después de todo, yo era su secretario.

—Sí —dijo—, al habla. Muy bien, póngame con él. ¡Oh... hola, general...! Estupendamente, gracias. ¿Usted mismo? —Después hubo un largo silencio y, finalmente, Manning dijo—: Pero no puedo hacer eso, general, debo encargarme de este trabajo... ¿Qué?... Sí, ¿quién hará el trabajo de mi comité y representará a mi distrito?... Eso pensaba. —Miró su reloj de pulsera—. Iré ahora mismo.

Colgó el auricular, se volvió hacia mí y dijo:

—Coja el sombrero, John. Vamos al Departamento de Guerra.

—¿De veras? —dije yo, haciendo lo que me pedía.

—Sí —respondió él con expresión preocupada—, el jefe cree que debo volver al trabajo. —Se puso en marcha caminando rápidamente, mientras yo me hacía el remolón intentando que no forzara demasiado su poco fiable corazón—. Es imposible, claro está. —Cogimos un taxi en la parada que había ante el edificio y nos dirigimos hacia el departamento.

Pero sí era posible y Manning estuvo de acuerdo en ello, después de que el jefe del departamento le hubiera expuesto el caso. Manning tuvo que ser convencido, pues no hay modo de que nadie en toda la Tierra, ni tan siquiera el presidente en persona, le pueda ordenar a un congresista que abandone su puesto, aunque dé la casualidad de que ese congresista sea también un miembro de la carrera militar.

El jefe del departamento había previsto las dificultades políticas y había sido lo bastante previsor como para haber encontrado ya a un congresista de la oposición cuyo voto podía emparejarse con el de Manning mientras durase la emergencia. Este otro congresista, el honorable Joseph T. Brigham, era un oficial de la reserva que deseaba volver al servicio activo... o que estaba dispuesto a ello si resultaba necesario, jamás llegué a descubrirlo con claridad. Dado que pertenecía al partido político contrario, se podía dar por seguro su voto en la Cámara de Representantes, eso quería decir que se opondría continuamente al voto de Manning y que ninguno de los dos partidos perdería con el acuerdo.

Se habló de que yo quedaría en Washington para manejar los detalles políticos de la oficina de Manning, pero él no estaba de acuerdo con ello, juzgando que su otro secretario podía encargarse de eso y anunció que yo debía ir con él en calidad de ayudante. El jefe del departamento intentó ganar tiempo, pero Manning se hallaba en posición de insistir y, pese a que no le gustaba, el jefe tuvo que acabar cediendo.

Un hombre en su posición puede conseguir que las cosas se hagan muy rápido si

lo desea. Se me tomó juramento como oficial temporal antes de que abandonáramos el edificio, y antes de que hubiera terminado el día me hallaba en el banco firmando un cheque con el que pagaba los feos uniformes que había adoptado el ejército y adquiriría además uno de gala con un precioso y reluciente cinturón..., uniforme de gala que, tal y como fueron las cosas, no iba a necesitar nunca.

Al día siguiente fuimos en coche hasta Maryland y Manning se encargó del laboratorio federal de investigación nuclear, conocido oficialmente por el discreto título de Proyecto Especial Defensivo del Departamento de Guerra número 347. Yo no sabía gran cosa de física y nada en absoluto sobre la moderna física nuclear, aparte de lo que se puede leer en los suplementos dominicales. Luego fui adquiriendo ciertas nociones, supongo que en su mayor parte erróneas, comparándose con los pesos pesados que formaban el personal del laboratorio.

El coronel Manning había asistido a un curso en el Instituto Tecnológico de Massachusetts por cuenta del ejército y había recibido el título de graduado en ciencias por una brillante tesis sobre las teorías matemáticas de la estructura atómica. Ésa era la razón de que el ejército le deseara para este trabajo. Pero eso había ocurrido hacía ya algunos años y mientras tanto la teoría atómica había dado unos cuantos saltos mortales: me confesó que había debido esforzarse condenadamente para ponerse al día y alcanzar un punto en el cual le fuera posible empezar a comprender lo que comentaban los genios en los informes que le habían confiado.

Creo que exageró el grado de su ignorancia: ciertamente, no había nadie más en los Estados Unidos que hubiera podido hacer el trabajo. Requería a un hombre que pudiera dirigir la investigación en un campo altamente esotérico, haciendo sugerencias sobre su rumbo pero que viera el problema desde el punto de vista de la urgente necesidad militar. Si los hubiera dejado sueltos, los físicos se habrían entregado al lujo intelectual de poseer una cuenta de gastos para investigación ilimitada pero, mientras que indudablemente habrían realizado grandes avances en el conocimiento humano, quizá nunca hubieran llegado a desarrollar nada que tuviera utilidad militar, o quizá hubieran pasado por alto durante años las posibilidades militares de un descubrimiento.

Puede resumirse de esta forma: hace falta un perro inteligente para cazar pájaros, pero es necesario que tenga detrás a un cazador para impedirle perder el tiempo corriendo en pos de los conejos. Y el cazador debe saber casi tanto como el perro.

Con ello no pretendo hacer ninguna afirmación insultante para los científicos, ¡desde luego que no! En los Estados Unidos teníamos a todos los genios que se habían podido producir en este campo, hombres de Chicago, Columbia, Cornell, el Instituto Tecnológico de Massachusetts, la universidad de California y Berkeley, así como de todos los laboratorios dedicados a estudiar la radiación existente en el país, junto con un par de chicos de primera categoría que nos habían prestado los ingleses.

Y ellos poseían todos los recursos que el ingenio humano puede concebir y todos los medios para aplicarlos. El ciclotrón de quinientas toneladas, que había sido concebido originariamente para la universidad de California, se encontraba aquí y ya se había quedado anticuado ante los nuevos artefactos concebidos y pedidos por esos cerebros, artefactos que se les había entregado. Canadá nos proporcionaba todo el uranio que le pedíamos, toneladas enteras de esa traicionera sustancia, procedente del lago Gran Oso, cerca del Yukón, y la técnica de separar los residuos fraccionales del isótopo 235 del uranio a partir del isótopo 238, más común, ya había sido desarrollada por el mismo equipo de Chicago que antes había llevado a cabo el caro proceso de investigación del espectrógrafo de masas.

Alguien situado en el gobierno de los Estados Unidos se había dado cuenta en seguida de las tremendas potencialidades que poseía el uranio 235, y, ya en el verano de 1940, había reunido a cada investigador atómico del país y le había hecho jurar que guardaría silencio. Si alguna vez llegaba a conseguirse el poder atómico sería en tanto que monopolio del gobierno, al menos hasta que terminara la guerra. Podía acabar resultando ser el explosivo más increíblemente poderoso que jamás se hubiera soñado, y podía ser la fuente de un poder igualmente increíble. En cualquier caso, con Hitler hablando de armas secretas y gritando sus peores insultos hacia las democracias, el gobierno había planeado tener bien cerca de su seno cualquier nuevo descubrimiento que pudiera efectuarse.

Hitler había perdido la ventaja de ser el primero en desentrañar el secreto del uranio por no haber tomado precauciones. El doctor Hahn, el primer hombre que logró romper el átomo de uranio, era alemán. Pero una de las ayudantes de su laboratorio había huido de Alemania escapando de la persecución a los judíos. Acabó viniendo a este país y nos habló de ello.

En el laboratorio de Maryland estábamos buscando una forma de utilizar el uranio 235 en una explosión controlada. Nuestro sueño era una bomba de una tonelada que, por si sola, equivaldría a toda la incursión de una flota aérea, un solo estallido que sería capaz de borrar del mapa a todo un complejo industrial. El doctor Ridpath, de la Tecnológica Continental, afirmaba ser capaz de construir tal bomba, pero no se encontraba en condiciones de garantizar que no estallara apenas se la hubiera fabricado, y en cuanto a la fuerza de su detonación... bueno, le costaba creer en sus propios cálculos: le salían demasiadas cifras.

El problema, aunque parezca extraño, era hallar un explosivo que fuera lo bastante débil como para destruir un solo distrito a la vez y lo bastante estable como para estallar sólo cuando quisiéramos. Si podíamos diseñar al mismo tiempo un cohete realmente práctico, uno que fuera capaz de impulsar un proyectil a mil quinientos kilómetros por hora o más, entonces nos encontraríamos en una posición que nos permitiría obligar a casi todo el mundo a dirigirse al Tío Sam como «tío».

Le dimos vueltas al problema durante el resto del año 1943 y hasta bien avanzado el año 1944. La guerra en Europa y los problemas del frente asiático parecían

eternizarse. Después de que Italia se rindiera, Inglaterra pudo dejar libres los suficientes barcos de su flota mediterránea como para aliviar el bloqueo al que estaban sometidas las islas británicas. Con la ayuda de los aviones que ahora podíamos enviarles regularmente y con los viejos destructores que les dejábamos utilizar, Inglaterra siguió manteniéndose, escondiendo bajo el suelo una parte cada vez mayor de su industria defensiva básica. Rusia iba vacilando de uno a otro bando, aparentemente basándose en la política de impedir que ninguno de ellos consiguiera la suficiente ventaja como para hacer que la guerra acabara a su favor. La gente estaba empezando a hablar de la «guerra permanente».

Estaba matando el tiempo en la oficina de administración, intentando mejorar mi forma de escribir a máquina —gran parte de los informes de Manning debía escribirlos yo personalmente—, cuando entró el ordenanza de servicio y anunció a la doctora Karst. Apreté un botón del interfono.

—La doctora Karst está aquí, jefe. ¿Puede usted verla?

—Sí —respondió él desde su despacho.

Le dije al ordenanza que la hiciera pasar.

Estelle Karst era una mujer francamente notable y supongo que fue la primera en desempeñar un puesto de mando en el cuerpo de ingenieros. Aparte de su doctorado en ciencias, poseía otro en medicina y me recordaba a la maestra que tuve en cuarto curso. Supongo que ésa era la razón de que siempre me levantara instintivamente cuando ella entraba en una habitación: me daba miedo de que se le ocurriera mirarme y fruncir el ceño, husmeando alguna travesura. No podía deberse a su rango: no nos preocupábamos gran cosa del rango ahí.

Vestía un mono blanco y un mandil, y para venir a través de la nieve se había limitado a ponerse encima una capa.

—Buenos días, señora —dije, conduciéndola hasta el despacho de Manning.

El coronel la saludó con la cortesía que le había hecho tener tanto éxito en los clubes femeninos, la hizo sentarse y le ofreció un cigarrillo.

—Me alegra verla, mayor —dijo—. Tenía la intención de pasar pronto por su departamento.

Sabía muy bien donde pretendía ir a parar: el trabajo de la doctora Karst había sido básicamente fisiomédico hasta ahora y él pretendía hacerle variar el rumbo de sus investigaciones hacia algo más productivo en el sentido militar.

—No me llame «mayor» —dijo ella con aspereza.

—Lo siento, doctora...

—He venido por un asunto de trabajo y debo volver inmediatamente. Y supongo que usted también será un hombre muy ocupado. Coronel Manning, necesito un poco de ayuda.

—Para eso estamos aquí.

—Bien. Me he tropezado con ciertos problemas en mi investigación. Creo que uno de los hombres que hay en el departamento del doctor Ridpath podría ayudarme, pero el doctor Ridpath no parece dispuesto a cooperar.

—¿Sí? Bueno, no me gustaría mucho pasar por encima del jefe del departamento, pero hábleme de ello; quizá podamos arreglarlo. ¿A quién necesita?

—Necesito al doctor Obre.

—El espectroscopista. Hmm... Puedo comprender la resistencia del doctor Ridpath, doctora Karst, y creo que debo estar de acuerdo con él. Después de todo, la investigación de altos explosivos es nuestro principal proyecto en este lugar.

La doctora pareció molestarse y por un instante pensé que, como mínimo, le haría quedarse castigado después de la clase.

—Coronel Manning, ¿se da usted cuenta de lo importantes que son las sustancias radiactivas artificiales en la medicina moderna?

—Bueno, creo que sí. Pese a todo, doctora, nuestra misión principal es perfeccionar un arma que sirva para proteger la seguridad del país entero en tiempo de guerra...

Dio un bufido y pasó a la acción.

—Armas... ¡paparruchas! ¿No hay acaso un cuerpo médico en el ejército? ¿No es más importante saber cómo curar hombres que no hacerles volar en pedacitos? Coronel Manning, ¡no es usted el hombre adecuado para estar al frente de este proyecto! ¡Es usted un... un... un belicista, eso es usted!

Noté que se me enrojecían las orejas, pero al coronel Manning no pareció afectarle. Podría haberse enfurecido con ella, podría haberla arrestado en sus aposentos y quizá incluso someterla a juicio marcial, pero Manning no es de esos. Una vez me dijo que cada vez que ocurre algo así es señal segura de que un oficial de alto rango no da la talla para su puesto.

—Lamento que piense de tal forma, doctora —le dijo con voz apaciguadora—, y estoy de acuerdo en que mis conocimientos técnicos no son tan amplios como podrían serlo. Y, créame, deseo que la curación de los hombres fuera el único asunto del cual debiéramos preocuparnos. De todos modos, aún no he rechazado su petición. Vayamos a su laboratorio y veamos cuál es el problema. Probablemente se podrá hacer algún arreglo que satisfaga a todo el mundo.

Ya se había puesto en pie y se disponía a coger su abrigo. La tensa boca de la doctora se relajó levemente.

—Muy bien —dijo—. Lamento haberle hablado de esa forma.

—No se preocupe —le respondió él—. Vivimos tiempos preocupantes y todos estamos tensos. Acompáñenos, John.

Fui tras ellos, deteniéndome unos segundos en mi oficina para coger mi abrigo y meter mi cuaderno de notas en uno de los bolsillos.

Cuando conseguimos abrirnos paso a través de los trescientos metros de nieve fangosa que nos separaban de su laboratorio, ¡estaban hablando de jardinería!

Manning respondió a la interpelación del centinela con un leve gesto de su mano y entramos en el edificio. Manning iba a dirigirse hacia el laboratorio pero la doctora Karst lo detuvo.

—Antes póngase la armadura, coronel.

Tuvimos cierta dificultad para encontrar un calzado protector que pudiera contener las botas de Manning, botas que él insistía en llevar pese a las nuevas reglas de uniforme, y él quiso pasar por alto la protección de los pies, pero la doctora Karst se negó tajantemente a ello.

Llamó a un par de sus ayudantes y éstos se encargaron de improvisar una especie de mocasines usando unas láminas de goma que tenían plomo incorporado.

Los cascos eran distintos a los usados en el laboratorio de explosivos y tenían filtros para respirar.

—¿Qué son? —inquirió Manning.

—Protegen contra el polvo radiactivo —dijo ella—. Es absolutamente esencial.

Fuimos por un pasillo recubierto de plomo y llegamos a una puerta detrás de la cual tenían lugar los trabajos, puerta que abrió mediante una combinación. Tuve que parpadear ante la repentina fuerza de la iluminación y me di cuenta de que el aire estaba lleno de motitas relucientes.

—Hay polvo, desde luego —admitió Manning—. ¿No hay ninguna forma de controlar eso?

Su voz quedaba bastante ahogada por la máscara antipolvo.

—La última etapa debe hacerse con exposición al aire —explicó la doctora Karst—. La capucha se encarga de casi todo. Podríamos controlarlo pero eso significaría una instalación nueva y muy cara.

—No sería ningún problema. Ya sabe que no debemos ajustarnos a ningún presupuesto. Debe ser toda una molestia trabajar dentro de semejante máscara.

—Lo es —reconoció la doctora—. El equipo necesario para eso nos permitiría también trabajar sin armadura. Sería todo un alivio.

De repente vi claramente el tipo de molestias a las cuales debían enfrentarse esos investigadores. Soy un hombre corpulento y, con todo, la armadura me resultaba bastante pesada. La doctora Karst era una mujer más bien frágil y, pese a ello, estaba dispuesta a trabajar puede que catorce horas, día tras día, vistiendo algo que resultaba aproximadamente tan cómodo como un traje de buzo. Pero no se había quejado por ello.

No todos los héroes se encuentran en los titulares. Esos expertos en radiaciones no sólo corrían el peligro de contraer cáncer y sufrir feas quemaduras radiactivas, sino que los hombres, además, corrían el peligro de ver dañado su plasma germinal y ver luego como sus mujeres les obsequiaban con algún descendiente horrible..., por ejemplo, uno que no tuviera mandíbula y sí tuviera las orejas largas y cubiertas de vello. Sin embargo, seguían adelante y nunca parecían enfadarse a no ser que algo retrasara su trabajo.

La doctora Karst había dejado atrás la edad de pensar en tener descendencia, pero el principio seguía siendo válido para ella.

Di una vuelta por el lugar, contemplando los extraños aparatos que usaba para obtener sus resultados, fascinado como siempre por mi completo fracaso a la hora de reconocer algo que me recordara levemente el laboratorio de física que había frecuentado cuando estudiaba, y teniendo mucho cuidado de no tocar nada. La doctora Karst empezó a explicarle a Manning lo que estaba haciendo y el porqué, pero yo sabía que era inútil para mí intentar seguir toda esa jerga técnica. Si Manning quería notas ya se encargaría de dictármelas. Me llamó la atención un gran artefacto en forma de caja que se encontraba en un rincón de la estancia. A un lado tenía algo parecido a una tolva y el sonido que emitía era semejante al zumbido de un ventilador mezclado, como telón de fondo, con el sonido del agua fluyendo. Aquello me intrigó.

Volví con el coronel y la doctora Karst y oí lo que estaba diciéndole:

—Coronel, el problema se reduce a esto: estoy consiguiendo una cantidad de producto radiactivo final muy superior a la que deseo, pero hay una considerable variación en la semivida de muestras que, por lo demás, son equivalentes. Eso me sugiere que estoy utilizando una mezcla de isótopos pero no he sido capaz de probarlo. Y, francamente, no sé lo suficiente sobre esa parte de nuestro campo de investigación como para estar seguro de que utilizo métodos lo bastante refinados. Necesito la ayuda del doctor Obre para ello.

Creo que ésas fueron sus palabras, pero quizá no le esté haciendo justicia, dado que no soy físico. Comprendí la parte sobre la «semivida». Todos los materiales radiactivos siguen emitiendo radioactividad en tanto que se convierten en otra sustancia, proceso que teóricamente es eterno. En la práctica, sus períodos o «vidas» se describen en términos de cuánto tiempo necesita la radiación original para hacerse la mitad de fuerte. Ese tiempo es llamado una «semivida» y cada isótopo radiactivo de un elemento posee su propia y característica semivida.

Un miembro del personal —he olvidado quién era—, me dijo una vez que cualquier forma de materia puede ser considerada radiactiva en cierto grado; todo es cuestión de intensidad y período, o semivida.

—Hablaré con el doctor Ridpath —le respondió Manning—, y veré qué puede hacerse. Mientras tanto, podría ir haciendo los planos para el nuevo equipo que desea en el laboratorio.

—Gracias, coronel.

Me di cuenta de que Manning, después de haberla tranquilizado, se disponía a marcharse, y yo seguía sintiendo curiosidad por la gran caja que emitía esos ruidos tan raros.

—¿Puedo preguntarle qué es eso, doctora?

—Oh, ¿eso? Es un aparato de aire acondicionado.

—Tiene un aspecto muy raro. Nunca había visto uno parecido.

—No es para la atmósfera de esta habitación. Sirve para eliminar el polvo

radiactivo antes de que el aire salga fuera. Lavamos el polvo del aire contaminado.

—¿Adónde va el agua?

—Por el desagüe. Supongo que acabará en la bahía.

Intenté chasquear los dedos, lo cual era imposible a causa de los guantes de plomo.

—¡Eso lo explica, coronel!

—¿Explica el qué?

—Explica esas notas acusatorias que hemos estado recibiendo de la Oficina de Pesca. Ese polvo venenoso está siendo llevado a la bahía de Chesapeake y mata a los peces.

Manning se volvió hacia la doctora Karst.

—¿Cree posible eso, doctora?

Pude ver cómo sus cejas se unían tras la mirilla de su casco.

—No había pensado en ello —admitió—. Tendré que hacer algunos cálculos sobre las concentraciones posibles antes de poderle dar una respuesta firme. Pero es posible..., sí. Con todo —añadió con voz nerviosa—, resultaría bastante sencillo desviar ese desagüe para que acabara en alguna especie de recipiente.

—Hmmm..., sí. —Manning se quedó callado durante unos minutos, inmóvil, mirando la caja—. ¿Ese polvo es muy venenoso? —acabó diciendo.

—Mucho, coronel.

Hubo otro largo silencio.

Cuando habló de nuevo lo hizo en tono decidido y eso me hizo pensar que había llegado a cierta conclusión.

—Me ocuparé de que reciba usted ayuda de Obre, doctora...

—¡Oh, excelente!

—... Pero a cambio quiero su ayuda. Me interesa mucho su investigación, pero quiero que la lleve a cabo con un enfoque más amplio. Quiero que investigue los máximos tanto en período como en intensidad, al igual que los mínimos. Quiero que abandone el enfoque estrictamente utilitario y que haga una investigación exhaustiva siguiendo unas líneas que después nos encargaremos de precisar juntos.

La doctora se dispuso a decir algo, pero él se le adelantó.

—Un programa de investigación realmente concienzudo acabará demostrando ser más útil a largo plazo que uno más restringido. Y me encargaré de conseguir todos los recursos posibles para dicha investigación. Creo que podemos acabar descubriendo muchas cosas interesantes.

Y se fue sin darle tiempo para discutir. Durante el trayecto de vuelta no parecía tener ganas de hablar y yo me mantuve callado. Creo que ya había tenido un fugaz atisbo de la osada y drástica estrategia a la que todo esto llevaría, pero ni tan siquiera Manning podía haber concebido tan pronto las ineludibles consecuencias de esos pocos peces muertos: de lo contrario, jamás habría ordenado que se llevara a cabo esa investigación.

No, en realidad no creo eso. Habría ordenado seguir adelante, sabiendo que si no lo hacía él, algún otro lo haría. Habría aceptado la responsabilidad, siendo durante todo el tiempo amargamente consciente de su peso.

El año 1944 fue transcurriendo sin grandes emociones aparentes. La doctora Karst consiguió el nuevo equipo de su laboratorio y tanta cantidad de ayuda adicional, que su departamento pronto se convirtió en el más grande del complejo. La investigación de explosivos fue suspendida tras una conferencia entre Manning y Ridpath de la cual sólo escuché el final, pero cuya sustancia era que no existía ni tan siquiera una remota posibilidad en esos momentos de utilizar el U-235 como explosivo. Pero sí como fuente de energía en algún punto del lejano futuro cuando hubiera sido posible tratar con el extremadamente delicado problema de controlar la reacción nuclear. Incluso entonces parecía bastante probable que no sería una fuente de energía usada para mover directamente objetos tales como motores de cohete o vehículos, sino que se la utilizaría en plantas energéticas tan grandes, por lo menos, como la instalación de la presa Boulder.

Después de eso Ridpath se convirtió en una especie de director asociado para el departamento de la doctora Karst, y el equipo antes utilizado por el departamento de explosivos fue adaptado o sustituido por otro para continuar las investigaciones sobre las mortales sustancias radiactivas artificiales. Manning preparó una división del trabajo y la doctora Karst se concentró en su problema original: desarrollar técnicas para fabricar sustancias radiactivas según las necesidades del momento. Creo que era totalmente feliz ocupándose del problema que tenía delante, con una tozudez para la que no había desviaciones posibles. Ni siquiera hoy sé si Manning o Ridpath consideraron necesario discutir alguna vez con ella lo que pretendían llevar a cabo.

A decir verdad, yo también tenía demasiado trabajo para pensar en ello. Las elecciones se aproximaban y yo estaba decidido a que Manning tuviera un puesto que ocupar cuando la emergencia hubiera terminado. Él no estaba demasiado interesado en ello, pero dejó que su nombre fuera presentado como candidato para la reelección. Yo estaba intentando poner en pie una campaña a control remoto y no paraba de maldecir porque no podía encontrarme en el lugar oportuno para tratar con las mil y una emergencias que iban surgiendo.

Hice cuanto pude y conseguí que me instalaran una línea privada para que el encargado de la campaña pudiera entrar en contacto conmigo sin problemas. No creo haber violado con ello el Acta Hatch, pero supongo que abusé un poco de ella. De todos modos, la cosa acabó bien: Manning fue elegido ese año, al igual que lo fueron algunos otros miembros de la ciudadanía militar. Se hizo un intento para desacreditarle afirmando que recibía dos salarios por un solo trabajo, pero logramos darle la vuelta a eso con un panfleto titulado: «¡Avergüéncese!», el cual explicaba que recibía un salario por dos trabajos. Ésa es la ley federal en tales casos y la gente tiene

derecho a saberlo.

Justo antes de Navidad, Manning me confesó por primera vez lo mucho que ocupaban su mente las implicaciones del proceso Karst-Obre. Me llamó a su oficina por un asunto sin importancia y me retuvo allí durante un rato. Me di cuenta de que deseaba hablar conmigo.

—¿Qué cantidad de polvo K-O tenemos ahora a mano? —me preguntó de repente.

—Unas diez mil unidades —contesté yo—. Puedo comprobar las cifras exactas en un momento.

Si se lo dispersaba en la concentración normal, bastaba con una sola unidad para eliminar a mil hombres. Él conocía las cifras tan bien como yo, y me di cuenta de que no hacía sino darle vueltas al tema principal que había motivado su llamada.

Habíamos pasado de forma casi imperceptible de la investigación a la fabricación, dependiendo enteramente de la iniciativa y autoridad de Manning. Manning jamás había hecho un informe específico sobre ello al departamento, a no ser que hubiera sido en forma oral al jefe de éste.

—No importa —dijo, respondiendo a mi sugerencia, y añadió—: ¿Vio a esos caballos?

—Sí —me limité a decir.

No quería hablar de ello. Me gustan los caballos. Habíamos requisado seis viejos jamelgos que estaban a punto de morir y los habíamos usado en los experimentos. Ahora sabíamos de qué era capaz el polvo. Después de que murieran, cualquier parte de sus restos era capaz de impresionar una placa fotográfica y una muestra de tejido de los pulmones o los bronquios brillaba con luz propia.

Manning se quedó inmóvil ante la ventana, contemplando el lúgubre paisaje invernal de Maryland durante uno o dos minutos antes de hablar.

—John, ojalá nunca se hubiera llegado a descubrir la radiactividad. ¿Se da cuenta de lo que supone esa materia diabólica?

—Bueno —dije yo—, es un arma, igual que el gas venenoso..., puede que más eficiente.

—¡Demonios! —dijo y, por un instante, pensé que estaba personalmente enfadado conmigo—. Eso es igual que comparar un cañón del cuarenta con un arco y una flecha. Tenemos aquí la primera arma conocida por el mundo contra la cual no hay defensa de ningún tipo. Su sola presencia significa la muerte. ¿Ha visto el informe de Ridpath?

No lo había visto. Ridpath había empezado a entregar sus informes personalmente a Manning.

—Bueno —dijo—, desde que hemos empezado la producción he puesto a trabajar a todos los talentos de que podíamos prescindir en una defensa contra el polvo.

Ridpath me ha dicho, y estoy de acuerdo con él, que no hay forma alguna de combatir esa sustancia una vez que ha sido utilizada.

—¿Qué hay de las armaduras y los ropajes protectores? —le pregunté.

—Claro, claro —accedió con voz irritada—, siempre que no se lo quite para comer, beber o para lo que quiera hasta que la radiación haya cesado y se encuentre usted fuera de la zona de peligro. Eso está muy bien para el trabajo de laboratorio; yo estoy hablando de la guerra.

Pensé un poco en ello.

—Sigo sin ver qué le inquieta, coronel. Si esa sustancia es tan buena como usted afirma, ha hecho exactamente lo que pretendía hacer...: crear un arma que pueda proteger a los Estados Unidos de toda agresión.

Se volvió bruscamente hacia mí.

—¡John, algunas veces creo que es usted un perfecto imbécil!

No le respondí. Le conocía y sabía pasar por alto sus malhumores repentinos. El que me permitiera asistir a sus exhibiciones emocionales es el mejor cumplido que me ha hecho jamás.

—Mírelo de esta forma —siguió diciendo con voz más tranquila—, este polvo, considerado como arma, no sólo es una protección suficiente para los Estados Unidos... ¡es como tener una pistola cargada apuntando a la cabeza de todo hombre, mujer y niño del globo terráqueo!

—Bien —le respondí—, ¿y qué? Es nuestro secreto y lo controlamos por completo. Los Estados Unidos pueden ponerle fin a esta guerra y a cualquier otra. Podemos declarar una *Pax Americana* y tenemos los medios para hacer que se respete.

—Ojalá fuera tan sencillo. Pero no seguirá siendo siempre nuestro secreto; puede contar con ello. No importa lo bien que sepamos guardarlo: todo lo que necesitan los demás es la pista que les dará la sola existencia del polvo, y luego sólo será cuestión de tiempo hasta que alguna otra nación desarrolle una técnica para producirlo. No se les puede impedir a los cerebros que funcionen, John: que el método pueda volver a ser inventado es una certeza matemática, en cuanto sepan lo que están buscando. Y el uranio es una sustancia bastante común, ampliamente repartida por todo el globo... ¡no olvide eso!

»Así están las cosas. Una vez que se conozca el secreto... ¡y se conocerá si alguna vez usamos la sustancia!..., entonces el mundo entero podrá compararse a una habitación llena de hombres armados con una automática del 45 cargada. No pueden salir de la habitación y cada uno depende, para seguir vivo, de la buena voluntad de todos los demás. Todos los medios ofensivos posibles y ninguna defensa. ¿Ve lo que quiero decir?

Pensé en ello, pero seguía sin entender las dificultades del asunto. Me parecía que una paz forzosa e impuesta por nosotros era la única salida, con las debidas precauciones para asegurarse de que controlábamos las fuentes de uranio. Tenía una

convicción subconsciente totalmente norteamericana, de que nuestro país jamás utilizaría ese poder para la agresión pura y simple. Luego pensé en la guerra con México, la guerra España-Estados Unidos y algunas de las cosas que hicimos en Centroamérica, y no me sentí tan seguro...

Un par de semanas después, cuando había pasado poco tiempo desde el día de la inauguración, Manning me dijo que llamara por teléfono a la oficina del jefe. Sólo pude oír el final de la conversación.

—No, general, no —estaba diciendo Manning—. No lo discutiré con usted y tampoco con el secretario. Este asunto tendrá que acabarlo decidiendo el comandante en jefe. Si decide rechazarlo, es imperativo que nadie sepa de él. Ésa es mi opinión y tengo motivos para ello... ¿Cómo?... Acepté este trabajo con la condición de que iba a tener las manos libres. Tiene que darme un poco de autoridad en esto... No utilice el rango conmigo. Le conocí cuando no era usted más que un plebe... Bien, bien, lo siento... Si el secretario de la Guerra no quiere atender a razones, dígame que mañana estaré en mi escaño de la Cámara de Representantes y que entonces obtendré ese favor que le pido del líder de la mayoría... De acuerdo. Adiós.

Volvieron a llamar de Washington una hora más tarde. Era el secretario de la Guerra. Esta vez Manning pasó más tiempo escuchando que hablando. Hacia el final, dijo:

—Todo lo que quiero es treinta minutos a solas con el presidente. Si no puedo sacar nada de eso, no habré causado daño alguno. Si le convengo, entonces ya lo sabrá todo sobre... No, señor, no estoy intentando insinuar que usted vaya a rehuir sus responsabilidades. Lo único que pretendo es ayudarle... ¡Estupendo! Gracias, señor secretario.

La Casa Blanca llamó más tarde acordando hora para una audiencia.

Al día siguiente fuimos hasta Washington bajo una lluvia fría y desagradable que amenazaba convertirse en granizo. El clima hacía todavía peor el habitual embotellamiento del distrito y a punto estuvo de hacernos llegar tarde. Durante todo el trayecto por la avenida Rhode Island pude oír cómo Manning maldecía en voz baja, pero al final nos dejaron en la entrada oeste de la Casa Blanca dos minutos antes de la hora. Manning fue llevado casi inmediatamente al Despacho Oval y yo me quedé solo, sintiendo cómo se me enfriaban los pies e intentando encontrarme cómodo en mis ropas de civil. Después de haber pasado tantos meses de uniforme todas las costuras me apretaban donde no debían.

Los treinta minutos fueron pasando.

El secretario del presidente entró en el despacho y salió de él en un tiempo notablemente breve. Luego fue a la antecámara y le oí decir algo que empezaba con

«Lo siento, senador, pero...». Luego volvió a entrar en el cuarto donde yo esperaba, garabateó algo con un lápiz y se lo pasó a un ujier.

Pasaron dos horas más.

Manning apareció por fin en la puerta y el secretario puso cara de alivio. Pero Manning, en vez de salir, me dijo:

—Entre, John. El presidente quiere verle un momento.

Me levanté tan aprisa que estuve a punto de caerme.

—Señor presidente, éste es el capitán DeFries —dijo Manning.

El presidente asintió, yo hice una leve inclinación de cabeza y no fui capaz de abrir la boca. Estaba inmóvil ante la chimenea, sobre la alfombra, su hermosa cabeza vuelta hacia nosotros, exactamente igual que en sus retratos..., pero me resultaba extraño que el presidente de los Estados Unidos no fuera muy alto.

No le había visto nunca anteriormente aunque, claro está, sabía algo de su historia durante los dos años que había pasado en el Senado y, antes de eso, cuando había sido mayor del ejército.

—Siéntese, DeFries —dijo el presidente. Luego, volviéndose hacia Manning, añadió—: ¿Cree que puede hacerlo?

—Creo que tendría que poder. No tenemos otra opción.

—¿Y está seguro de él?

—Fue director de mi campaña.

—Ya veo.

El presidente guardó silencio durante un rato y Dios sabe que yo hice lo mismo, aunque ardía en deseos de saber sobre qué estaban hablando. Finalmente, dijo:

—Coronel Manning, tengo la intención de seguir el procedimiento que ha sugerido, con los cambios que ya hemos discutido. Pero mañana iré allí personalmente para ver con mis propios ojos si el polvo puede hacer lo que usted afirma. ¿Puede preparar una demostración?

—Sí, señor presidente.

—Muy bien, utilizaremos al capitán DeFries a no ser que se me ocurra un procedimiento mejor. —¿Por un instante pensé que planeaban usarme como conejillo de indias! Pero entonces se volvió hacia mí y añadió—: Capitán, espero verle en Inglaterra en calidad de representante mío.

Tragué saliva.

—Sí, señor presidente.

Y eso es todo lo que le he dicho en mi vida al presidente de los Estados Unidos.

Después de eso Manning tuvo que hablarme largamente sobre las cosas que le habían estado preocupando. Voy a intentar explicarlas tan detalladamente como me sea posible, aun corriendo el riesgo de resultar demasiado obvio y de repetir cosas que son del conocimiento común.

Teníamos un arma a la cual no se podía detener. Cualquier tipo de polvo K-O esparcido sobre un lugar hacía que dicha área se volviera inhabitable durante un período de tiempo que dependía de la semivida de la sustancia radiactiva.

Punto final.

Cuando una zona era cubierta con el polvo no se podía hacer nada hasta que la radiactividad hubiera bajado a un grado en el cual ya no resultara nociva. El polvo era imposible de limpiar; estaba por todas partes. No había ninguna forma posible de contrarrestar su acción: si se lo quemaba o se utilizaba alguna combinación química, el isótopo radiactivo seguía ahí, todavía radiactivo y todavía letal. Una vez usado sobre una extensión de tierra, ese pedazo de terreno no toleraría vida alguna durante un período predeterminado de tiempo.

Era extremadamente sencillo de utilizar. No hacía falta ningún tipo de complicado sistema de puntería, no era necesario preocuparse de dar en los «objetivos militares». Bastaba llevarla en cualquier tipo de aeroplano, alcanzar una posición situada más o menos sobre la zona que se deseaba esterilizar y dejar caer la sustancia. Quienes estuvieran en el área contaminada morirían en una hora, un día, una semana o un mes dependiendo del grado de contaminación..., pero morirían.

Manning me dijo que una noche había estado pensando seriamente en recomendar que toda persona conocedora de la técnica Karst-Obre, incluido él mismo, fuera ejecutada en interés de la civilización. Pero al día siguiente se había dado cuenta de que era una estupidez: la técnica acabaría siendo descubierta de nuevo por alguien más, con toda seguridad, sólo era cuestión de tiempo.

Además no serviría de nada esperar y resistir la tentación de utilizar ese terrible poder, pues alguien más podía perfeccionar la técnica y usarla. La única posibilidad de impedir que el mundo se convirtiera en un gigantesco depósito de cadáveres era que nosotros fuéramos los primeros en usar tal poder y lo hiciéramos de forma drástica: debíamos conseguir la ventaja inicial y conservarla.

Legalmente no estábamos en guerra, pero habíamos estado metidos en ella hasta el cuello desde 1940, con todo nuestro peso al lado de las democracias. Manning le había propuesto al presidente que le entregáramos cierta cantidad del polvo a Gran Bretaña, bajo las condiciones que especificaríamos, permitiéndoles de ese modo imponer la paz. Pero los términos de esa paz serían dictados por los Estados Unidos..., pues no pensábamos confiarles el secreto del polvo.

Después de eso, la *Pax Americana*.

Los Estados Unidos, lo quisieran o no, tenían ese poder. Había que aceptarlo y poner en vigor por la fuerza una paz mundial, de forma implacable y drástica, o de lo contrario el poder caería en manos de alguna otra nación. No podía haber partícipes en la posesión de este arma. El factor tiempo era predominante.

Fui seleccionado para manejar los detalles en Inglaterra porque Manning insistió en ello y el presidente estuvo de acuerdo con él, considerando que toda persona técnicamente familiarizada con el proceso Karst-Obre debía permanecer en el

laboratorio bajo custodia protectora..., es decir, encarcelada. Eso incluía al mismo Manning. Yo podía ir porque no poseía el secreto —no me habría sido posible adquirirlo sin pasarme años enteros estudiando—, y lo que no sabía no podría revelarlo ni tan siquiera bajo..., bueno, bajo los efectos de las drogas. Estábamos decididos a mantener el secreto durante todo el tiempo que nos fuera posible para consolidar la *Pax*; no desconfiábamos de nuestros primos ingleses, pero eran británicos y, por tanto, su primera lealtad era hacia el Imperio Británico. No hacía falta tentarles.

Fui escogido porque comprendía el telón de fondo del asunto, aunque no su parte científica, y porque Manning confiaba en mí. No sé por qué confió en mí el presidente, pero, claro, mi trabajo no era demasiado complicado.

Despegamos del nuevo aeropuerto situado junto a Baltimore en una tarde fría e inclemente que hacía juego con mi estado anímico del momento. Sentía un vacío en el estómago, mi nariz no paraba de gotear y, a buen recaudo en mis bolsillos, llevaba documentos que me nombraban agente especial del presidente de los Estados Unidos. Eran unos documentos bastante extraños y no tenían precedente: no se limitaban a darme la habitual inmunidad diplomática, sino que hacían de mi persona algo casi tan sagrado como la del mismísimo presidente.

En Nova Scotia aterrizamos para repostar, fuimos abandonados por los hombres del FBI, despegamos de nuevo y empezamos a ser escoltados por los cazas canadienses. Todo el polvo que enviábamos se hallaba en mi avión: si el representante del presidente era derribado, el polvo se esfumaría con él.

No hace falta hablar del viaje. Me encontraba bastante mareado y me sentía fatal pese a lo estables que resultaban los nuevos aparatos con seis motores. Tenía la sensación de ser un verdugo camino a la ejecución y ojalá Dios me hubiera permitido ser de nuevo un muchacho con nada peor que un examen oral del que preocuparse.

Sé que cuando nos aproximamos a Escocia hubo algún combate a nuestro alrededor, pero no pude presenciarlo, pues la cabina no tenía ventanillas. Nuestro capitán-piloto hizo caso omiso de él y posó nuestro aeroplano en un campo totalmente oscuro, utilizando el haz de guía, supongo yo, aunque no lo supe nunca y no es que me importe. Casi me habría gustado que nos estrelláramos. Luego se encendieron luces en el exterior y me di cuenta de que nos hallábamos en un hangar subterráneo.

Me quedé a bordo del aeroplano. El comandante me dijo que podía ir a sus aposentos personales en calidad de invitado suyo. Meneé la cabeza.

—Me quedo aquí —dije—. Órdenes. Ya sabe que deben tratar este aeroplano como si fuera parte del suelo de los Estados Unidos.

Pareció algo irritado, pero decidió optar por un compromiso e hizo que nos sirvieran la cena a los dos en mi aeroplano.

Al día siguiente se produjo una situación realmente embarazosa. Se me ordenó presentarme a una audiencia real. Pero yo tenía mis instrucciones y a ellas me atuve. Tenía que permanecer sentado sobre ese cargamento de polvo hasta que el presidente me indicara qué hacer con él. Ese mismo día, algo más tarde, me llamó un miembro del Parlamento —nadie llegó a confesar en voz alta que fue el primer ministro—, así como un tal señor Windsor. El miembro del Parlamento se encargó durante casi todo el rato de la conversación y yo me limité a contestar a sus preguntas. Mi otro invitado dijo muy poco y cuando hablaba lo hacía lentamente y con cierta dificultad. Pero me produjo una impresión muy favorable. Parecía ser un hombre que soportaba un peso casi más allá de la fortaleza humana, pero lo hacía de forma heroica.

A esto siguió el período más largo de toda mi vida. En realidad no duró mucho más de una semana, pero cada minuto tuvo esa paralizante intensidad del desastre inminente que llega justo antes de una colisión automovilística. El presidente estaba utilizando ese tiempo para intentar que no fuera preciso usar el polvo. Tuvo dos conferencias televisivas cara a cara con el nuevo Fuhrer. El presidente sabía hablar correctamente el alemán, lo cual debería serle de gran ayuda. Se dirigió tres veces a las naciones en conflicto, pero resulta dudoso que pudieran oírle demasiadas personas en el continente, tal como estaban las reglas policiales del momento.

Al embajador del Reich se le dio una demostración especial sobre los efectos del polvo. Fue transportado en avión a una pradera desierta del oeste y se le permitió ver lo que una leve rociada de polvo podía hacer con un rebaño de novillos. Tendría que haberle impresionado y creo que le impresionó —¡nadie podría hacer caso omiso de una demostración visual!—, pero nunca llegamos a saber qué tipo de informe le hizo a su líder.

Durante ese tiempo de espera las Islas Británicas fueron visitadas periódicamente por bombarderos que realizaron ataques tan feroces como los de cualquier otro momento de la guerra. Yo me encontraba bastante seguro allí pero oí hablar de ellos y me di cuenta del efecto que producían sobre la moral de los oficiales con los que me relacionaba. No es que les asustaran..., les enfurecían. Las incursiones no iban dirigidas principalmente a fábricas o astilleros, sino que eran implacables destrucciones de cualquier objetivo, especialmente pueblos y aldeas.

—No veo a qué estáis esperando, muchachos —me dijo un comandante de vuelo, quejándose—. Lo que necesitan los Jerries es una dosis de su propia *Schrecklichkeit*, una lección de esa cultura aria suya.

Meneé la cabeza.

—Tendremos que hacerlo a nuestro modo.

No quiso seguir hablando de ello, pero yo sabía cuáles eran sus sentimientos y los de sus compañeros. En ese tiempo tenían un brindis, un brindis tan sagrado como el que se hacía en nombre del rey: «¡Recordad Coventry!».

Nuestro presidente había estipulado que la RAF no debía llevar a cabo ningún bombardeo durante el período de negociación, pero pese a ello sus bombarderos estaban bastante ocupados. El continente fue rociado noche tras noche con paquetes de panfletos preparados por nuestros agentes de propaganda. El primer envío apelaba al pueblo del Reich para que detuvieran una guerra inútil y le prometía que las condiciones de paz no resultarían vengativas. La segunda lluvia de panfletos mostraba fotos de ese rebaño de novillos. La tercera era una sencilla advertencia de que se abandonaran las ciudades y se permaneciera alejado de ellas.

Tal y como dijo Manning, estábamos gritando tres veces «¡Alto!» antes de disparar. No creo que ni él ni el presidente esperaran que eso funcionara, pero estábamos moralmente obligados a intentarlo.

Los británicos me habían instalado un televisor del tipo Simonds Yarley, que no podía ser interceptado, ya que en ese tipo de aparato el receptor debe «activarse» al transmisor para que pueda tener lugar la transmisión. Ello aseguraba la intimidad durante la rápida comunicación diplomática, algo que ocurría por primera vez en la historia, y fue una auténtica ayuda durante la crisis. Había traído conmigo un técnico, perteneciente al nuevo cuerpo de especialistas del FBI, para que se encargara de manejar el activador y el sistema distorsionador de la señal.

Una tarde me llamó.

—Señal de Washington.

Salí cansado de la cabina del avión y bajé hasta el puesto de control instalado en el hangar, preguntándome si se trataría de otra falsa alarma.

Era el presidente. Tenía los labios muy pálidos, casi blancos.

—Lleve a cabo sus instrucciones básicas, señor DeFries.

—¡Sí, señor presidente!

Los detalles habían sido convenidos de antemano y cuando hube aceptado el recibo y el pago simbólico que me hizo el comandante por mi cargamento de polvo, mis deberes llegaron a su fin. Pero, a petición nuestra, los británicos habían invitado a unos observadores militares de cada nación independiente y de varios gobiernos provisionales de las naciones ocupadas. El embajador de las Naciones Unidas me designó como uno de ellos al pedírselo Manning.

Nuestro grupo constaba de trece bombarderos. Habría bastado con uno solo para transportar todo el polvo que necesitábamos, pero se dividió el cargamento para asegurar que, como mínimo, la mayor parte de él llegara a su destino. Yo había traído un cuarenta por ciento más del polvo que Ridpath calculaba que sería necesario para la misión, y mi última tarea consistió en ocuparme de que cada recipiente era subido a uno de los aparatos que volarían. La cantidad extremadamente pequeña de polvo que se usaría fue especialmente puesta de relieve a cada uno de los observadores militares.

Despegamos al anochecer, subimos hasta unos setenta y cinco mil metros, nos aprovisionamos de combustible en el aire y volvimos a subir. Nuestra escolta nos estaba aguardando y se había aprovisionado unos treinta minutos antes que nosotros. La formación se escindió en trece grupos y avanzó por la tenue atmósfera hacia el centro de Europa. Los bombarderos que llevábamos habían sido despojados de todo el equipo posible y preparados para alcanzar el máximo de altura y velocidad.

Un poco antes que nosotros despegaron de Inglaterra otras formaciones, que deberían actuar como distracción. Sus destinos estaban esparcidos por toda Alemania y la intención era crear tal confusión aérea por encima del Reich que nuestro pequeño grupo pudiera escapar a su atención, volando muy arriba de la estratosfera, dedicándose al trabajo realmente serio.

Los trece portadores de polvo se aproximaron a Berlín desde varias direcciones, planeando cruzar sobre la ciudad formando los radios de una rueda. La noche era apreciablemente clara y teníamos la luna bastante baja para ayudarnos. Berlín no es una ciudad difícil de localizar, dado que su extensión es la más amplia de cualquier ciudad moderna y se encuentra situada en una llanura aluvial. Al acercarnos pude distinguir el río Spree y el Havel. La ciudad estaba a oscuras, pero la negrura de una ciudad es muy distinta a la del campo. En muchas zonas de la ciudad se veía colgar bengalas en paracaídas, indicando con ello que la RAF había estado ocupada antes de que llegáramos ahí y las baterías antiaéreas del suelo nos ayudaron a encontrarla.

Estaban combatiendo bajo nosotros, pero, a juzgar por lo que yo veía, el combate se libraba por lo menos a unos cuarenta mil metros de distancia.

—¡En el rumbo de aproximación! —le informó el piloto al capitán.

El que se encargaba del altímetro fue introduciendo sus datos en los fusibles de cada recipiente. Los recipientes iban equipados con una pequeña carga de pólvora negra, suficiente para hacer que explotaran y dispersar el polvo un tiempo después de que hubieran sido soltados, lapso determinado por el ajuste que se hubiera hecho en el fusible. El método utilizado respondía sólo a razones de comodidad. El polvo habría sido casi igual de efectivo si lo hubiéramos dejado caer en bolsas de papel, aunque no habría quedado tan bien distribuido.

El capitán se inclinó sobre el tablero del navegante con un leve fruncimiento de ceño en su delgado y cetrino rostro.

—¡Listo el uno! —informó el bombardero.

—¡Suelta!

—¡Listo el dos!

El capitán estudió su reloj de pulsera.

—¡Suelta!

—¡Listo el tres!

—¡Suelta!

Cuando el último de nuestros diez pequeños recipientes se encontró fuera del aparato, dimos la vuelta y nos fuimos rápidamente hacia casa.

No se había hecho ningún tipo de arreglo para mi regreso; nadie había pensado en ello. Pero era lo único que deseaba. No me encontraba mal: a decir verdad, no sentía nada o casi nada. Tenía la impresión de ser como el hombre que por fin ha logrado reunir valor y ha sufrido una seria operación; se acabó, sigue teniendo el cuerpo entumecido a causa de la conmoción operatoria, pero su mente está al fin tranquila. Sin embargo, quería irme a casa.

El comandante británico se portó muy bien: se encargó de que prepararan inmediatamente mi aeroplano, le asignó tripulación y me dio una escolta para cruzar la zona de guerra, que se hallaba después de la costa. Era un modo bastante caro de hacer que un hombre volviera a casa, pero ¿a quién le importaba? Acabábamos de sacrificar varios millones de vidas en un desesperado intento por dar fin a la guerra; ¿qué era un mero gasto monetario? Dio las órdenes necesarias casi sin pensar en ellas.

Yo me tragué una dosis doble de nembutal y desperté en Canadá. Intenté conseguir algunas noticias mientras revisaban el aeroplano, pero no había mucho que oír. El gobierno del Reich había emitido sólo un boletín oficial de noticias después del ataque, burlándose de la tan cacareada «arma secreta» de los británicos y afirmando que sobre Berlín y algunas otras ciudades había tenido lugar una gran incursión aérea, pero que los incursores habían sido rechazados sufriendose sólo daños no muy importantes. El *lord* Ja-Ja^[15] de ese momento dio comienzo a uno de sus sarcásticos discursos, pero no pudo continuarlo. El locutor dijo que había sufrido un ataque al corazón y le sustituyó por algunas grabaciones de música patriótica. La estación dejó de emitir a mitad del «Horst Wessel». Después de eso, el silencio.

Logré conseguir un vehículo del ejército y un chófer en el campo de Baltimore, y con ellos recorrí velozmente la autopista de Annapolis. Casi pasamos de largo el desvío del laboratorio.

Manning estaba en su despacho. Cuando entré alzó la mirada, dijo «Hola, John» con voz abatida, y clavó nuevamente los ojos en el secante, concentrándose otra vez en la tarea de hacer garabatos sobre él.

Le miré durante unos segundos y, por primera vez, me di cuenta de que el jefe era viejo. Tenía el rostro grisáceo y la piel flácida, profundos surcos encuadraban sus labios en un triángulo. Las ropas no le sentaban demasiado bien.

Fui hacia él y le puse la mano en el hombro.

—No se lo tome así, jefe. No es culpa suya. Les dimos todos los avisos posibles.

Alzó nuevamente los ojos.

—Estelle Karst se ha suicidado esta mañana.

Cualquiera podría haberlo previsto, pero nadie lo hizo. Y, sin saber por qué, esa muerte fue para mí un golpe más duro que la muerte de todos aquellos desconocidos en Berlín.

—¿Cómo lo hizo? —pregunté.

—Polvo. Fue a la habitación de envasado y se quitó la armadura.

Pude verla claramente: la cabeza bien alta, los ojos brillantes y ese fruncimiento de labios que siempre mostraba cuando la gente hacía algo que ella no aprobaba. Una mujer no muy alta, casi una anciana, con el trabajo de su vida entera utilizado contra ella.

—Desearía poder explicarle por qué tuvimos que hacerlo —añadió Manning lentamente.

La enterramos en un féretro recubierto de plomo y luego Manning y yo fuimos a Washington.

Mientras estábamos ahí vimos las películas que se habían rodado sobre la muerte de Berlín. Ustedes no las habrán visto; jamás se hicieron públicas, pero fueron muy útiles para convencer a las demás naciones del mundo de que la paz era una buena idea. Yo las vi al mismo tiempo que el Congreso y se me permitió asistir porque era el ayudante de Manning.

Habían sido hechas por un par de pilotos de la RAF que habían esquivado a la *Luftwaffe* para conseguirlas. Los primeros planos mostraban algunas de las calles principales la mañana siguiente a la incursión. No había mucho que ver en esos planos tomados con teleobjetivo, sólo calles concurridas y con mucho tráfico, pero si se observaban atentamente se podía comprobar un número excesivo de accidentes automovilísticos.

El segundo día mostraba ya el intento de evacuación. Las partes más interiores de la ciudad estaban prácticamente abandonadas salvo por los cadáveres y los coches accidentados, pero las calles que conducían hacia fuera de la urbe bullían de gente, la mayor parte a pie, pues los tranvías se hallaban fuera de servicio. Aquellos pobres desgraciados estaban huyendo sin saber que la muerte estaba ya alojada en su interior. En un momento dado el aeroplano hizo un picado y el operador apuntó su teleobjetivo durante varios segundos al rostro de una mujer bastante joven. Ella pareció devolverle la mirada con una expresión demasiado abatida para poderla olvidar, luego tropezó y cayó.

Puede que la pisotearan. Ésa es mi esperanza. Uno de los seis caballos había tenido esa misma expresión cuando la sustancia empezó a tener efecto en sus órganos vitales.

La última secuencia mostraba Berlín y las carreteras más cercanas una semana después de la incursión. La ciudad estaba muerta; no había hombres, mujeres ni criaturas..., tampoco había gatos ni perros, ni tan siquiera una paloma. Había cadáveres por todas partes, pero estaban a salvo de las ratas, ya que tampoco había ratas.

Ahora las carreteras cercanas a Berlín estaban tranquilas y silenciosas. Esparcidos al azar por las cunetas y los parapetos y, en menor número, sobre el mismo pavimento, como el carboncillo que va dejando un tren a su paso, se hallaban los

silenciosos montones de cuerpos que antes habían sido los ciudadanos de la capital del Reich. No sirve de nada hablar de eso.

Pero, en cuanto a lo que a mí concierne, dejé mi alma en esa sala de proyección y no he vuelto a recuperarla desde entonces.

Los dos pilotos que rodaron las películas acabaron muriendo: infección acumulativa en sus sistemas vitales, polvo en la atmósfera sobre Berlín. Eso no tendría que haber ocurrido si hubieran tomado precauciones, pero los ingleses todavía no creían que nuestros extremados cuidados fueran necesarios.

Al Reich le hizo falta una semana para doblarse. Podría haberse tardado más tiempo si el nuevo Führer no hubiera ido a Berlín el día siguiente de la incursión para «demostrar» lo hueco de las fanfarronadas británicas. No hace falta contar los gobiernos provisionales que Alemania tuvo durante los meses siguientes; el único que nos importa es el que se hizo llamar de restauración monárquica y usó a un primo del viejo káiser como símbolo, el que pidió la paz.

Entonces empezaron los problemas.

Cuando el primer ministro anunció los términos del acuerdo privado que había concluido con nuestro presidente fue acogido con un silencio que sólo se rompió luego con los gritos de «¡Es una vergüenza! ¡Una vergüenza! ¡Dimisión!». Supongo que era inevitable: la cámara de los Comunes reflejaba el espíritu de un pueblo que había sido implacablemente castigado durante cuatro años. Su estado de ánimo en esos momentos era tal que se hallaban dispuestos a imponer una paz a cuyo lado el Tratado de Versalles hubiera parecido el texto de las Bienaventuranzas.

El voto de censura no le dejó opción al primer ministro. Cuarenta y ocho horas después el rey pronunció desde su trono un discurso que violaba todos los precedentes constitucionales, pues no había sido escrito por un primer ministro. En ésta, la mayor crisis de todo su reinado, su voz sonó muy clara y tranquila: logró venderle la idea a Inglaterra entera y se formó un gobierno de coalición nacional.

No sé si habríamos llegado o no a rociar Londres con el polvo para imponer nuestros términos; Manning piensa que lo habríamos hecho. Supongo que eso dependió del carácter personal del presidente de los Estados Unidos y no hay forma de saberlo dado que no nos vimos obligados a ello.

Los Estados Unidos y, en particular, el presidente de los Estados Unidos, se vieron enfrentados a dos problemas que no podían rehuir: primero, teníamos que consolidar nuestra posición de inmediato, utilizar la ventaja temporal que nos daba un arma de tan abrumador poderío para asegurarnos de que dicha arma no se volvería contra nosotros en otras manos. Segundo, se debía encontrar algún medio para estabilizar la política exterior norteamericana de forma que pudiera manejar el tremendo poder que de pronto había caído sobre nosotros.

El segundo problema era, con mucho, el más serio y difícil. Si pensábamos

establecer una paz razonablemente duradera —digamos que de un siglo o así—, mediante un monopolio sobre un arma tan poderosa que nadie osaría combatirnos, era imperativo que debíamos actuar bajo una política más estable que la determinada por las administraciones políticas pasajeras. Pero luego se hablará más de eso...

El primer problema debía ser resuelto de inmediato, pues el tiempo se hallaba en el corazón del dilema. La emergencia actual radicaba en la misma simplicidad del arma. No hacía falta nada más que un aeroplano para dispersar el polvo, y bastaba con poseer el secreto del proceso Karst-Obre y tener acceso a un pequeño suministro de mineral que contuviera uranio para fabricar éste de modo rápido y sencillo.

Pero, además, el proceso Karst-Obre era muy sencillo y cualquiera podía llegar a desarrollarlo independientemente y eso podía ocurrir en cualquier instante. Manning informó al presidente que Ridpath opinaba, y él también, que el personal de cualquier moderno laboratorio de radiaciones debería ser capaz de crear una técnica equivalente en seis semanas, trabajando solamente sobre las pistas proporcionadas por lo ocurrido en Berlín, y que en seis semanas más debería ser capaz de producir la suficiente cantidad de polvo como para causar una considerable destrucción.

Noventa días..., noventa días contando con que empezaran desde cero y no se hallaran ya a medio camino de su objetivo. Menos de noventa días..., quizá no hubiera tiempo de nada...

Para aquel entonces Manning ya era miembro no oficial del gabinete: «Secretario del Polvo», le llamó el presidente en uno de sus raros momentos de buen humor. En cuanto a mí..., bueno, yo también asistía a las reuniones del gabinete. Siendo el único profano que había asistido al espectáculo desde el principio hasta el final, el presidente quería tenerme allí.

Soy un hombre corriente que, a través de una concatenación de improbabilidades, se encontró metido de repente en los consejos de los gobernantes. Pero descubrí que también los gobernantes eran hombres normales, y que, con frecuencia, estaban tan atónitos como yo.

Pero Manning no era un hombre corriente. El sentido común del hombre de la calle se había elevado en él a la categoría de la genialidad. ¡Oh, sí!, estoy enterado de que resulta muy popular echarle la culpa de todo y llamarle de todo, desde traidor hasta perro rabioso, pero sigo pensando que era un hombre inteligente y dotado de buenas intenciones. No me importa el número de historiadores que disientan de mí basándose en conjeturas de segunda mano.

—Propongo —dijo Manning—, que empecemos inmovilizando a todos los aeroplanos del mundo.

El secretario de comercio alzó las cejas.

—¿No le parece que eso es algo fantasioso, coronel Manning? —dijo.

—No, no me lo parece —respondió secamente Manning—. Estoy siendo realista. La clave del problema son los aeroplanos. Sin ellos el polvo no es un arma eficiente. El único modo que veo de ganar tiempo para tratar con la totalidad del problema es

dejar todos los aeroplanos en el suelo e inutilizarlos. Es decir, todos los aeroplanos que no se encuentren actualmente al servicio del ejército de los Estados Unidos. Después de eso podremos vérnoslas con el problema del desarme total en el planeta y los métodos permanentes de control.

—Realmente —contestó el secretario—, no estará proponiendo usted que dejen de funcionar todas las líneas aéreas comerciales. Son parte esencial de la economía del mundo. Las molestias resultantes serían intolerables.

—También la muerte es una molestia intolerable —respondió Manning con tozudez—. Eso es lo que propongo, nada más. Todos los aeroplanos. Todos.

El presidente había estado escuchando la discusión sin hacer comentarios y ahora decidió intervenir en ella.

—¿Qué hay de los aeroplanos necesarios para que ciertos grupos humanos sigan con vida, coronel, como ocurre en las líneas de Alaska?

—Si existen, deben ser manejados por pilotos y tripulaciones del ejército norteamericano. Sin excepciones.

El secretario de comercio pareció sorprendido.

—¿Debo interpretar por esa última observación que pretende aplicar esta prohibición a los Estados Unidos igual que al resto de las naciones?

—Naturalmente.

—Pero eso es imposible. Es anticonstitucional. Viola los derechos civiles.

—Matar a un hombre también es una violación de sus derechos civiles —contestó Manning, sin ceder en su postura.

—No puedo hacerlo. Cualquier tribunal de este país le condenaría por ello en menos de cinco minutos.

—Me parece —dijo Manning hablando lentamente—, que Andy Jackson nos dio un buen precedente para eso cuando le dijo a John Marshall que se fuera a jugar con su cometa. —Contempló uno por uno los rostros que había alrededor de la mesa y cuyas expresiones iban de la indecisión a la clara hostilidad—. El problema es muy difícil, caballeros, y creo que haríamos bien expresándolo con toda claridad. Podemos ser hombres muertos con todo hecho tal y como debe ser, técnica y constitucionalmente correcto; o podemos hacer lo que debe hacerse, seguir con vida e intentar arreglar después los aspectos legales.

Se quedó callado y esperó.

—El secretario de trabajo decidió recoger el desafío lanzado por Manning.

—No me parece que el coronel tenga el monopolio del realismo. Creo que yo también veo el problema y admito que es serio. El polvo no debe ser usado nunca más. Si me hubiera enterado de su existencia con antelación, jamás habría sido utilizado contra Berlín. Y estoy de acuerdo en que es necesario algún tipo de control a escala mundial. Pero disiento del coronel respecto al método. Lo que propone es una dictadura militar impuesta por la fuerza al mundo entero. Admítalo, coronel. ¿No es lo que está proponiendo?

Manning no intentó eludir su pregunta.

—Eso es lo que estoy proponiendo.

—Gracias. Ahora sabemos el terreno que pisamos. Para empezar, yo no considero que las medidas democráticas y el procedimiento constitucional sean de tan poca importancia que me halle dispuesto a echarlos por la borda cuando resulte conveniente. Para mí la democracia es algo más que un asunto de comodidad, es una fe. O funciona o prefiero hundirme con ella.

—¿Qué propone? —preguntó el presidente.

—¡Propongo que tratemos esto como la oportunidad de crear una comunidad democrática a escala mundial! Usemos nuestra actual posición predominante para emitir una llamada a todas las naciones y pedirles que manden representantes a una conferencia para formar una constitución mundial.

—Liga de Naciones —oí que murmuraba alguien.

—¡No! —exclamó respondiendo a esa observación—. No una Liga de Naciones. La vieja Liga se encontró indefensa porque carecía de existencia y poder reales. No tenía los instrumentos para dar fuerza a sus decisiones; no era más que una sociedad donde se discutía, una impostura. ¡Ésta sería distinta porque le entregaríamos el polvo!

Durante unos minutos nadie abrió la boca. Era fácil ver que estaban dándole vueltas a la propuesta en sus mentes, llenos de dudas, sintiendo cierta aprobación hacia ella, intrigados pero no convencidos.

—Me gustaría responder a esa propuesta —dijo Manning.

—Adelante —dijo el presidente.

—Eso haré. Voy a tener que usar un lenguaje algo crudo y espero que el secretario Lerner me haga el honor de creer que hablo de esta forma por la profunda preocupación que siento y porque quiero ser sincero, y no impulsado por alguna irritación personal.

»Creo que una democracia mundial sería algo estupendo y le pido que me crea cuando digo que sacrificaría mi vida por conseguirla. También creo que sería estupendo que el león se tendiera a reposar junto al cordero, pero estoy razonablemente seguro de que sólo el león volvería a levantarse después del reposo. Si intentamos formar ahora una democracia mundial, nosotros seremos el cordero de esa organización.

»En estos tiempos hay mucha gente honrada y de buenas intenciones que se siente internacionalista. Nueve de cada diez no saben pensar demasiado bien y el décimo del grupo es un ignorante. Si conseguimos crear una democracia a escala mundial, ¿cuál sería su electorado? Echémosle una mirada a los hechos: cuatrocientos millones de chinos con el mismo concepto del voto y la responsabilidad ciudadana que podría tener una pulga; trescientos millones de hindúes que no se encuentran mucho mejor adoctrinados que los chinos; sólo Dios sabe cuántos en la Unión Soviética creyendo en sólo Dios sabe qué; todo el continente de África a medio civilizar; ochenta

millones de japoneses que en realidad se creen predestinados por el cielo para gobernar; nuestros amigos hispanoamericanos que quizá se alineen con nosotros y quizá no, pero que no entienden la Declaración de los Derechos igual que nosotros, y doscientos cincuenta millones de personas pertenecientes a veinticuatro nacionalidades distintas en Europa, todas con la venganza y el odio más negro en sus corazones.

»No, no saldrá bien. Es ridículo hablar de una democracia mundial y lo será durante bastantes años. Si le entregan el secreto del polvo a semejante organismo, le estarán dando armas al mundo entero para que se suicide.

Larner le contestó sin perder un segundo.

—Podría ofenderme ante algunas de sus observaciones pero no pienso hacerlo. Para decirlo claramente, conozco la fuente de la cual provienen y por eso no lo hago. El problema con usted, coronel Mannig, es que su profesión es la de soldado y no tiene fe en la gente. Puede que los soldados sean necesarios, pero en el peor de los casos se mueven por las ordenanzas y, en el mejor, caen en el paternalismo.

A continuación dijo bastantes cosas más, todas dentro de la misma onda.

Manning aguantó en silencio hasta llegarle el turno de responder.

—Puede que sea todas esas cosas pero no ha refutado usted mi argumento. ¿Qué piensa hacer con los centenares de millones de personas que no saben nada en cuanto a la democracia y no sienten amor alguno por ella? Bueno, quizá yo no tenga el mismo concepto de la democracia que usted, pero algo sí tengo por cierto: más al oeste hay unas doscientas mil personas que me enviaron al congreso y no pienso quedarme callado, permitiendo que se tome por un camino que creo acabará con sus vidas o que nos llevará al desastre más absoluto.

»Éste es el futuro más probable, tal y como yo lo veo, según el potencial que encierra la fisión atómica y el desarrollo de sustancias radiactivas artificiales y mortíferas. Alguna potencia consigue una cantidad de polvo. Nos atacarán primero para intentar borrarlos del mapa y tener así las manos libres. Nueva York y Washington en una sola noche y luego todas nuestras áreas industriales en tanto que seguimos estando política y económicamente desorganizados. Pero nuestro ejército no se encontraría en esas ciudades; tendríamos aeroplanos y un suministro de polvo allí donde la primera rociada no les toca. Nuestros chicos, valerosa y justicieramente, se encargarían entonces de envenenar sus grandes ciudades. Y el intercambio seguiría hasta que la organización de cada país hubiera sido lo bastante destrozada como para no ser capaz de seguir manteniendo un nivel de industrialización lo bastante alto para atender a los aeroplanos y fabricar el polvo. Eso quiere decir que durante el proceso habría plagas y hambres masivas. Les dejo que añadan los detalles.

»Las demás naciones se unirían al juego. Sería una estupidez suicida, por supuesto, pero no hace falta tener cerebro para probar suerte con esto. Todo lo que hace falta es un grupo muy pequeño, hambriento de poder, unos cuantos aeroplanos y una cantidad de polvo. Es un círculo vicioso que no puede ser detenido hasta que el

planeta entero haya descendido a un nivel económico lo bastante bajo como para no ser capaz de sostener las técnicas necesarias para seguir luchando. Según mis cálculos se llegaría a tal punto cuando aproximadamente tres cuartas partes de la población mundial hubiera muerto a causa del polvo, el hambre o las enfermedades y la cultura se hubiera reducido a la escala de los campesinos y las aldeas.

»¿Dónde está su Constitución y su Declaración de los Derechos si permiten que suceda todo eso?

Lo he abreviado un poco pero ése fue el meollo de cuanto dijo. Me habría sido imposible dejar por escrito aquí cada palabra de una discusión que se prolongó durante días enteros.

Luego fue el secretario de Marina quien se encargó de atacarle.

—¿No se está poniendo algo histérico, coronel? Después de todo, el mundo ha visto montones de armas que iban a volver la guerra algo tan horrible que resultaría imposible pensar en hacerla. Gas venenoso, tanques, aeroplanos..., incluso las armas de fuego, si recuerdo bien mis lecciones de historia.

Manning sonrió con cierto sarcasmo.

—Un punto para usted, señor secretario. «Y cuando llegó realmente el lobo, el muchachito gritó en vano». Imagino a la Cámara de Comercio de Pompeya ofreciéndole el mismo argumento a un precursor de la vulcanología lo bastante timorato como para tener miedo del Vesubio. Intentaré justificar mis temores. El polvo difiere de cualquier arma anterior en su capacidad letal y en lo sencillo de su utilización pero, y eso es lo principal, en que no hemos desarrollado defensa alguna contra él. A causa de cierto número de razones bastante técnicas, no creo que lo consigamos nunca, al menos durante este siglo.

—¿Por qué no?

—Porque no hay modo alguno de contrarrestar la radiactividad aparte de interponer entre usted y ella un escudo de plomo a prueba de aire. La gente podría sobrevivir en ciudades subterráneas totalmente cerradas, pero nuestra cultura, la que nos caracteriza como norteamericanos, no podría ser mantenida.

—Coronel Manning —le dijo el secretario de Estado—, creo que ha pasado usted por alto la alternativa más clara.

—¿De veras?

—Sí..., mantener el polvo como nuestro secreto particular, seguir nuestro propio camino y dejar que el resto del mundo cuide de sí mismo. Ése es el único programa que encaja con nuestras tradiciones.

El secretario de Estado, a decir verdad, era un hombre excelente, un caballero como los de antes, y no era ningún estúpido pero sí algo lento a la hora de asimilar las nuevas ideas.

—Señor secretario —dijo Manning con voz respetuosa—, ojalá nos pudiéramos permitir el lujo de ocuparnos de nuestros asuntos. Ése sería mi deseo. Pero según las opiniones de todos los expertos no podemos mantener el control de este secreto a no

ser mediante rigurosos métodos policíacos. Los alemanes nos pisaban los talones en la investigación nuclear; fue pura suerte el que nosotros lo consiguiéramos antes. Le pido que imagine a la Alemania de hace un año... con un cargamento de polvo en su poder.

El secretario no respondió pero vi cómo sus labios formaban la palabra «Berlín».

Siguieron hablando. El presidente había permitido deliberadamente que Manning se encargara de recibir todos los palos durante la discusión, conservando intacta su reserva de buena voluntad para convencer a los más escépticos. Decidió que el asunto no debía ser sometido al Congreso: los aeroplanos cargados de polvo estarían sobre nuestras cabezas antes de que todos los senadores hubieran terminado con su intervención. Lo que pretendía hacer quizá fuera anticonstitucional pero, si dejaba de actuar, quizá muy pronto no hubiera ninguna Constitución. Había precedentes: la proclamación de Emancipación, la doctrina Monroe, la compra de Luisiana, la suspensión del *hábeas corpus* durante la guerra de Secesión y el acuerdo de los Destructores.

El 22 de febrero el presidente declaró el estado de emergencia en el interior del país y mandó su Proclamación de Paz a cada jefe de nación extranjera. Una vez se le quitaba su envoltura diplomática, esto es lo que decía el mensaje: *Los Estados Unidos se encuentran preparados para derrotar a cualquier potencia o combinación de ellas en un tiempo mínimo. Por lo tanto, hemos declarado ilegal la guerra y apelamos a cada nación para que se desarme inmediatamente y de forma total. En otras palabras, «¡Tirad las armas, chicos; os tenemos cubiertos!».*

En el mensaje había un anexo explicando el procedimiento: todos los aeroplanos capaces de atravesar el Atlántico debían ser entregados en una semana de plazo a un campo de aviación (mejor dicho, a una gran pradera), que se encontraba al oeste de Fort Riley, Kansas. Para los aeroplanos de menor envergadura había un punto cerca de Shanghai y otro en Gales. Posteriormente se emitirían mensajes haciendo referencia al restante equipo de guerra. El uranio y el mineral del que se obtenía no eran mencionados en el mensaje; eso vendría luego.

No podía haber excusa alguna. La negativa al desarme sería interpretada como un acto de guerra contra los Estados Unidos.

No hubo ningún caso de apoplejía en el Senado; ignoro el porqué.

Sólo había tres potencias de las cuales preocuparse seriamente: Inglaterra, Japón y la Unión Soviética. Inglaterra había sido advertida previamente, la habíamos sacado de una guerra que estaba perdiendo, y la nación —o, mejor dicho, los hombres que se hallaban en el poder—, sabían con precisión lo que podíamos hacer y lo que haríamos llegado el momento.

Japón era otro asunto. No habían visto lo de Berlín y, realmente, no creían en lo ocurrido. Además, llevaban tantos años convenciéndose de que eran invencibles que

habían llegado a creerlo. No sirve de nada ponerse demasiado duro con un japonés a las primeras de cambio, porque prefieren morir antes que perder el honor. Las negociaciones fueron conducidas con gran discreción, pero nuestra flota se hallaba ya a mitad de camino entre Pearl Harbour y Kobe, cargada con una cantidad de polvo suficiente para esterilizar seis ciudades de buen tamaño, antes de que concluyeran. ¿Sabían cómo se consiguió? Esto jamás llegó a los periódicos, pero era la sustancia de los panfletos que nos proponíamos lanzar antes de sembrar el polvo.

El emperador tuvo el placer de abrir un Nuevo Orden de Paz. La versión oficial, pensada para el consumo interno, hizo que todo el asunto pareciera una colaboración entre dos grandes potencias amigas, con Japón tomando la iniciativa.

La Unión Soviética era un enigma. Tras la inesperada muerte de Stalin en 1941, ninguna nación occidental sabía demasiado bien lo que estaba pasando allí dentro. Nuestras relaciones diplomáticas se habían atrofiado cuando no logramos reemplazar a los hombres que habíamos hecho volver al hogar hacía ya cuatro años. Por supuesto, todos sabían que el nuevo grupo en el poder se hacía llamar la Quinta Internacional, pero el significado de ese nombre, aparte de que se habían dejado de exhibir las fotografías de Lenin y Stalin, era algo que nadie conocía.

Pero accedieron a nuestros términos y se ofrecieron a cooperar de todas las formas posibles. Indicaron que la Unión jamás había sido belicista y se había mantenido fuera de la reciente contienda mundial. Resultaba perfectamente adecuado que las dos grandes potencias, que aún perduraban, usaran su grandeza para asegurar una paz duradera.

Al enterarme de ello me sentí muy complacido: estaba bastante preocupado por la Unión Soviética.

Empezaron a entregar algunos de sus aeroplanos más ligeros en la estación receptora situada cerca de Shanghái sin perder un instante. Los informes sobre el número y la calidad de los aeroplanos parecían indicar que se habían mantenido apartados de la guerra porque no les quedaba otro remedio: los aeroplanos eran casi todos de fabricación alemana y se hallaban en muy mal estado, siendo modelos que los alemanes habían dejado de utilizar al empezar la guerra.

Manning fue al oeste para supervisar ciertos detalles relacionados con la inmovilización de los aeroplanos más grandes, los transoceánicos, que debían reunirse cerca de Fort Riley. Teníamos planeado rociarlos con petróleo y luego sembrar polvo desde poca altitud, como si estuviéramos fumigando una cosecha, usando una concentración de polvo bastante baja para que sus efectos duraran sólo un año. Luego podríamos darles la espalda y olvidarnos de ellos, mientras atendíamos otros asuntos.

Pero había ciertos riesgos. El polvo no podía llegar a Kansas City, Lincoln, Wichita o cualquiera de las ciudades cercanas. Los pueblos más pequeños de la zona fueron temporalmente evacuados. Fue necesario disponer estaciones de control en todas las direcciones para mantener un registro preciso de la dispersión del polvo.

Manning tenía la sensación de ser personalmente responsable y debía asegurarse de que nadie era envenenado accidentalmente.

Antes de aterrizar en Fort Riley dimos unas cuantas vueltas por encima del lugar. Pude ver los tres campos de aterrizaje que habían sido despejados apresuradamente sobre el terreno. Sus pistas relucían bajo el sol con un reflejo blanco, pues el cemento usado, que tarda veinticuatro horas en secarse, todavía no había sido ensuciado por ningún aterrizaje. Alrededor de cada campo había docenas de zonas de aparcamiento, no tan bien niveladas. En algunas de ellas se veía trabajar todavía a los tractores y buldóceres. En los campos situados más hacia el este se encontraban ya los aeroplanos ingleses y alemanes, apretados unos contra otros como si estuviesen en la cubierta de un portaaviones; con excepción de unos cuantos que estaban siendo remolcados hacia sus posiciones. Desde el aire, los minúsculos tractores parecían hormigas que arrastraban pedazos de hierba muchas veces más grandes que ellas mismas.

De la Unión Soviética sólo habían llegado tres fortalezas volantes. Sus representantes habían pedido un breve plazo para que les pudiera llegar un suministro de gasolina de alta potencia para aviones. Afirmaron que no poseían el combustible necesario para hacer con seguridad el largo vuelo por encima del Ártico. No había forma de saber si ello era cierto, y se les concedió el plazo que pedían mientras se mandaba el combustible de Inglaterra.

Estábamos a punto de irnos, una vez que Manning quedó satisfecho en cuanto a las precauciones de seguridad, cuando llegó un mensaje anunciando que antes de terminar el día podíamos esperar la llegada de un grupo de bombarderos de la Unión Soviética. Manning quería verlos llegar y estuvimos esperando durante cuatro horas. Cuando se informó por fin que nuestra escolta de cazas los había recogido en la frontera canadiense, Manning pareció ponerse nervioso y dijo que deseaba verlos desde el aire. Despegamos, ganamos altitud y esperamos.

Eran nueve bombarderos, avanzando en una columna escalonada a diferentes niveles, y su tamaño era tan grande que nuestros pequeños cazas a duras penas si eran visibles. Dieron una vuelta sobre el campo, y yo estaba admirando la majestuosa serenidad de su vuelo cuando el piloto de Manning, el teniente Rafferty, exclamó:

—¡Qué diablos hacen! ¡Se están preparando para aterrizar en contra del viento!

Seguí sin comprender lo que ocurría, pero Manning, dirigiéndose al copiloto, gritó:

—¡Contacto con el campo!

El copiloto hizo funcionar sus instrumentos y anunció:

—¡Les tengo, señor!

—¡Alarma general! ¡Armaduras!

Naturalmente no pudimos oír las sirenas, pero sí pude ver cómo hilos de humo blanco brotaban de la gran sirena de vapor situada sobre el edificio de administración: primero hubo tres grandes emisiones de humo y luego tres más breves y pequeñas. En

ese mismo instante la primera nube de polvo brotó de los aeroplanos de la Unión Soviética.

En vez de aterrizar pasaron muy bajo sobre el centro de recepción, atestado ahora con aeroplanos de todo el mundo. Cada escalón de su grupo se encargó de un campo de aterrizaje y una pesada humareda marrón brotó de los vientres de los aeroplanos de la Unión Soviética.

Vi una minúscula figura negra que saltaba de un tractor y corría hacia el edificio más cercano. Después la pantalla de humo oscureció el campo.

—¿Aún puede hablar con el campo? —preguntó Manning.

—Sí, señor.

—Póngame con el técnico jefe de seguridad. ¡De prisa!

El copiloto conectó el amplificador para que Manning pudiera hablar directamente con él.

—¿Saunders? Aquí Manning. ¿Qué hay?

—Radiactivo, jefe. Intensidad siete punto cuatro.

Habían logrado realizar su propio proceso Karst-Obre.

Manning cortó la conexión con él y pidió que la oficina de comunicaciones del campo llamara al jefe del departamento de Guerra. Hubo una espera que nos puso los nervios a prueba, pues la llamada tuvo que ser enviada usando el telégrafo a Kansas City y alguna jefa de operadoras debió ser convencida de requisar una línea que se hallaba en uso comercial. Pero, finalmente, logramos la conexión y Manning hizo su informe.

—Parece lógico pensar que en estos momentos otras escuadrillas se estarán acercando a la frontera —le oí decir—. Nueva York, por supuesto, y Washington. Probablemente Detroit y Chicago también. No hay forma de saberlo.

El jefe del departamento cortó bruscamente la conexión, sin hacer comentario alguno. Yo sabía que las flotas aéreas de los Estados Unidos, en estado de alerta desde hacía semanas, recibirían órdenes en cuestión de segundos y que se pondrían en camino para detectar y derribar a los atacantes, si era posible antes de que pudieran llegar a las ciudades.

Miré nuevamente hacia el campo de aterrizaje. Las formaciones se habían roto. Uno de los bombarderos de la Unión Soviética se había estrellado un kilómetro más allá del centro de recepción. Mientras observaba, uno de nuestros pequeños bombarderos se lanzó en picado sobre una gigantesca aeronave de la Unión Soviética y descargó sus huevos sobre ella. Fue un tiro perfecto, pero el piloto norteamericano había calculado demasiado justo su picado, no pudo salir de él y se estrelló antes que su víctima.

Sería inútil contar de nuevo todo lo que los periódicos dijeron sobre la guerra de los Cuatro Días. Lo principal es que debimos perderla, y la habríamos perdido, si no fuese por una increíble combinación de suerte, previsión y buena organización. Aparentemente, los físicos nucleares de la Unión Soviética se hallaban casi tan

avanzados como los científicos de Ridpath cuando la destrucción de Berlín les dio la pista final que necesitaban. Pero les habíamos obligado a darse prisa, haciéndoles actuar antes de que estuvieran preparados, por culpa del plazo para el desarme preparado en nuestra Proclamación de Paz.

Si el presidente hubiera esperado a vérselas con el Congreso antes de lanzar la Proclamación, los Estados Unidos ya no existirían.

A Manning nunca se le reconoció tal mérito pero yo tengo la convicción de que había previsto la posibilidad de algo parecido a la guerra de los Cuatro Días y se había preparado para ello utilizando una serie de recursos disimulados. No me refiero a preparativos militares; la marina y el ejército se encargaron de eso. Pero no fue ningún accidente que el Congreso suspendiera sus sesiones en ese momento. Yo tuve algo que ver con todo el intercambio de compromisos y votos necesario para ello, y lo sé.

Pero ahora puedo decírselo claramente a ustedes: ¿si hubiera tenido ambiciones de dictador, acaso habría maniobrado para sacar al Congreso fuera de Washington durante unos momentos en los cuales temía que se produjera un ataque?

Por supuesto, fue el presidente quien se encargó de apoyar los permisos de diez días que se le concedieron a la mayoría de los funcionarios civiles de Washington, y fue él quien debió tomar la decisión personal de realizar un viaje por el sur durante esa época, pero Manning debió encargarse de meterle tal idea en la cabeza. Resulta inconcebible pensar que el presidente dejara Washington para salvaguardar su persona.

Y luego estuvo también el miedo a la plaga. No sé cuándo o cómo Manning planeó eso —desde luego, es algo que no pasó por mi cuaderno de notas—, pero, sencillamente, no creo que fuera accidental el que unos rumores completamente infundados sobre la peste bubónica hicieran que Nueva York se encontrara medio vacía cuando atacaron los bombarderos de la Unión Soviética.

Aun así, sólo en Manhattan perdimos casi ochocientas mil personas.

Por supuesto, se hizo culpable al gobierno de tal pérdida de vidas y los periódicos criticaron implacablemente el que se hubiera fracasado a la hora de prevenir lo ocurrido, obligando a una evacuación de todas las grandes ciudades.

Si Manning preveía problemas, ¿por qué no pidió la evacuación?

Bien, tal y como yo lo veo, fue por esta razón:

Una gran ciudad jamás ha sido ni será evacuada en respuesta a unos argumentos racionales. Londres jamás fue evacuada a gran escala y nuestros intentos de obligar a que se evacuara Berlín fueron un completo fracaso. Los habitantes de Nueva York habían estado pensando en el peligro de incursiones aéreas desde 1940 y para aquel entonces ya llevaban mucho tiempo habituados a tal temor.

Pero el miedo a una plaga que no existía hizo que se produjera lo más cercano a la evacuación total de una gran ciudad que jamás se haya visto.

Y no se olviden de lo que hicimos nosotros con Vladivostok, Irkutsk y Moscú...;

también esas personas eran inocentes. La guerra no es muy bonita.

Dije que la suerte había jugado un papel en todo ello. Fue un error de navegación el causante de que uno de nuestros aeroplanos sembrara su polvo sobre Riazán en vez de sobre Moscú, pero ese error borró del mapa el laboratorio y la fábrica que producían todos los suministros militares de sustancias radiactivas que poseía la Unión Soviética. Supongamos que el error lo hubiera cometido el otro bando, supongamos que una de las naves de la Unión Soviética que atacaba Washington, por error, hubiera incluido en su ataque las instalaciones de Ridpath, situadas a unos ochenta kilómetros de distancia, en Maryland...

El Congreso reanudó sus sesiones en San Luis, elegida como capital provisional, y la expedición pacificadora norteamericana empezó el trabajo de arrancarle los colmillos a la Unión Soviética. No se trataba de una ocupación militar en el sentido habitual de la palabra. Había dos objetivos bastante sencillos: localizar todos los aeroplanos, fábricas donde se producían y campos de aterrizaje, rociándolos con polvo; y hacer lo mismo con los laboratorios de investigación radiactiva, suministros de uranio y yacimientos de carnotita y pechblenda. No se hizo intento alguno de interferir con las funciones del gobierno civil o de sustituirlo.

Usamos un polvo de dos años, lo cual nos daba un respiro para consolidar nuestra posición. Se ofrecieron generosas recompensas a los informadores, una técnica que funcionó notablemente bien, no sólo en la Unión Soviética sino en casi todas las partes del mundo.

La «comadreja», un instrumento que husmeaba la radiación, basado en el principio de la descarga electroscópica y refinado por el personal de Ridpath, facilitó grandemente el trabajo de localizar el uranio y los minerales que lo contenían. Un conjunto de comadreas, colocado en los lugares adecuados sobre un área sospechosa, podía localizar cualquier masa importante de uranio con casi tanta facilidad como un goniómetro puede localizar una emisora de radio.

Pero, sin menoscabar el excelente trabajo del general Bulfinch y la expedición pacificadora en su conjunto, fue el error original de haber sembrado con polvo Riazán, lo que hizo posible llevar a cabo la tarea.

Cualquiera interesado en los detalles del trabajo de pacificación hecho en 1945-46 debería consultar los «Protocolos de la fundación norteamericana para la investigación social» y, en concreto, un trabajo titulado *Un estudio sobre la ejecución de la política de paz norteamericana*, publicado en febrero de 1945. La solución *de facto* al problema de cómo imponerle al mundo una política global contra la guerra, dejó a los Estados Unidos con el todavía mucho mayor problema de perfeccionar una política capaz de asegurar que el poder letal del polvo no cayera nunca en manos inadecuadas.

El problema es tan fácil de formular como el de la cuadratura del círculo, y casi tan imposible de resolver. Tanto Mannig como el presidente creían que los Estados Unidos no tenían más remedio que conservar ese poder durante un tiempo, hasta que

podiera crearse algún tipo de institución permanente capaz de encargarse de él y mantenerlo. El peligro era éste: la política extranjera es algo que comparten el presidente y el Congreso. En ese momento tuvimos la fortuna de contar con un buen presidente y un Congreso bastante adecuado, pero eso no era ninguna garantía para el futuro. Habíamos tenido presidentes que no servían para el cargo y congresos hambrientos de poder... ¡oh, sí! Lean la historia de la guerra con México.

Estábamos a punto de concederle a los gobiernos futuros de los Estados Unidos el poder de convertir todo el globo en un imperio..., nuestro imperio. Y el presidente opinaba, hablando claramente, que nuestra tan característica y amada cultura democrática no estaría a la altura de la tentación. El imperialismo degrada tanto al opresor como al oprimido.

El presidente estaba decidido a que nuestro repentino poder fuera utilizado para mantener la paz en el mundo, siendo ése su mínimo absoluto: el propósito, sencillamente, era declarar ilegal la guerra, y nada más. No debía ser utilizado para proteger las inversiones norteamericanas en el extranjero, para obligar a que se firmaran acuerdos comerciales o para cualquier otro propósito que no fuera abolir el exterminio masivo.

La ciencia de la sociología no existe. Puede que algún día un físico logre entregarnos una ciencia rigurosa de la química coloidal y eso lleve a un conocimiento completo de la biología y, partiendo de ahí, a una ciencia definitiva de la psicología. Después de eso quizá podamos empezar a saber algo sobre la sociología y la política. Puede que ocurra en el año 5000 d. de C..., si la raza humana no se suicida antes.

Hasta entonces, será sólo el sentido común, el conocimiento que se adquiera observando las probabilidades y la intuición. Manning y el presidente tuvieron que tocar de oído.

Los tratados con Alemania, Gran Bretaña y la Unión Soviética, donde asumíamos la responsabilidad de la paz mundial y, al mismo tiempo, dábamos garantías a las naciones signatarias contra nuestro propio mal uso del poder, fueron aprobados rápidamente utilizando el período de alivio y buena voluntad que siguió a la conclusión de la guerra de los Cuatro Días. Seguimos los precedentes establecidos por los tratados del Canal de Panamá, el de Suez y la política de independencia en las Filipinas.

Pero el propósito subyacente en ellos era obligar a los futuros gobiernos de los Estados Unidos a una irrevocable política de benevolencia.

El acto de complementar los tratados mediante la creación de una comisión de Seguridad Mundial no tardó en llegar y el coronel Manning se convirtió en el señor comisario Manning. El cargo era vitalicio y la intención era crear un cuerpo que poseyera la integridad, la permanencia y toda la libertad posible ante presiones exteriores que tenía el Tribunal Supremo de los Estados Unidos. Dado que los tratados contemplaban el establecimiento final de una voluntad política común, los comisarios no tenían por qué ser ciudadanos norteamericanos..., y el juramento que

prestaban fue preservar la paz del mundo.

¡Hubo ciertos problemas para conseguir que el Congreso aprobara esa cláusula! Todos los juramentos de naturaleza similar se habían hecho por la Constitución de los Estados Unidos.

Sin embargo, se formó la Comisión. Se encargó de todos los aeroplanos del mundo, asumió la jurisdicción sobre las sustancias radiactivas, tanto naturales como artificiales, y empezó la prolongada y lenta labor de construir la Patrulla de la Paz.

Manning había tenido la visión de un cuerpo de policía mundial, una aristocracia que mediante la selección y el adoctrinamiento, pudiera llegar a verse confiada con el poder ilimitado sobre la vida de todo hombre, mujer y niño que había en la faz del globo terráqueo. Pues, desde luego, el poder sería ilimitado: las precauciones necesarias para asegurarse de que ese arma invencible no quedaba una vez más suelta por el mundo eran tales que resultaba un axioma el que sus custodios poseyeran una potencia que sólo se hallaba segura en las manos de la deidad. No habría nadie para vigilar a estos centinelas que sólo dependerían de sí mismos. Su carácter personal y la vigilancia mutua que ejercerían entre ellos sería cuanto se interpusiera entre la humanidad y el desastre.

Por primera vez en la historia, se iba a ejercer un poder político supremo sin que fuera posible ponerle frenos y contrapesos desde el exterior. Manning abordó la tarea de perfeccionar ese cuerpo con la continua idea subconsciente de que eso era pedirle demasiado a la naturaleza humana.

El resto de la Comisión se fue nombrando lentamente y los nombres fueron enviados al Senado tras largas consideraciones conjuntas por el presidente y Manning. El director de la Cruz Roja, un desconocido profesor de historia suizo, el doctor Igor Rimski, quien desarrolló en forma independiente la técnica Karst-Obre, y a quien la EPN encontró en una prisión tras haber sido sembrado Moscú... fueron los tres únicos extranjeros. El resto de la lista es bien conocido.

Ridpath y sus hombres fueron, necesariamente, los primeros técnicos de la Comisión; pilotos de la Marina y el Ejército de los Estados Unidos sus primeros patrulleros. No todos los pilotos disponibles eran requeridos: primero se examinaron sus historiales, así como sus costumbres y relaciones personales, y sus procesos mentales y actitudes emocionales fueron investigados mediante los mejores métodos psicológicos disponibles..., los cuales no eran lo bastante buenos. Su aceptación final para la Patrulla dependía de dos entrevistas personales, una con Manning y otra con el presidente.

Manning me dijo que dependía más de la intuición que el presidente tenía para los caracteres que de todos los test de asociación y reacción que los psicólogos podían llegar a concebir.

—Es como la nariz de un sabueso —dijo—. En sus cuarenta años de práctica política ha visto a más mentirosos de los que usted y yo veremos nunca, y cada uno de ellos estaba intentando venderle algo. Es capaz de distinguirlos incluso a oscuras.

El plan a largo plazo incluía las escuelas para la instrucción de los cadetes de la Patrulla, escuelas que deberían estar abiertas a los jóvenes de cualquier raza, color o nacionalidad, y de las cuales saldrían para proteger la paz de todos los países salvo el suyo propio. Durante su servicio el patrullero jamás volvería a su país de origen. Iban a ser un grupo de jenízaros deliberadamente expatriados, cuya obligación iría sólo a la raza y la Comisión, y se les inculcaría cuidadosamente el espíritu de su cuerpo.

Había una oportunidad de que funcionara. Si a Manning se le hubiera dado veinte años sin interrupciones, el plan original habría podido funcionar.

El compañero del presidente para la reelección fue el resultado de un compromiso político. El candidato a vicepresidente era un aislacionista declarado que se opuso desde el principio a la comisión, pero se trataba de aceptarle o de enfrentarse a una escisión en el partido dentro de un año, cuando la oposición fuera fuerte. El Presidente logró ser reelegido por los pelos con un congreso muy debilitado; sólo su poder de veto logró impedir en dos ocasiones que se rechazara el Acta de Paz. El vicepresidente no hizo nada para ayudarlo, aunque no encabezó públicamente la insurrección. Manning revisó sus planes para completar el programa esencial a finales de 1952, no habiendo forma alguna de predecir cuál sería el temperamento de la próxima administración.

Los dos teníamos demasiado trabajo y yo estaba empezando a darme cuenta de que mi salud se había debilitado. No hizo falta buscar mucho para encontrar la causa: si se colocaba sobre mi piel una película fotográfica se velaba en veinte minutos. Estaba sufriendo un envenenamiento radiactivo por acumulación, aunque no en alto grado. No había ningún cáncer bien definido que pudiera ser operado, sino un deterioro sistemático de las funciones y los tejidos orgánicos. Siempre he pensado que la causa principal era la semana que pasé encima de esos recipientes antes de la incursión contra Berlín.

Diecisiete de febrero de 1951. Me perdí el noticiario televisivo sobre el accidente de aviación en el cual murió el presidente, porque estaba acostado en mi apartamento. Para aquel entonces Manning me había obligado a descansar un poco cada tarde después de la comida, aunque seguía estando de servicio. Las primeras noticias que tuve de ello me las dio mi secretaria cuando volví a la oficina, y entré sin perder un segundo en el despacho de Manning.

Durante toda esa reunión tuve una curiosa impresión de irrealidad. Me parecía como si hubiéramos vuelto al día en que yo regresé de Inglaterra, el día en que murió Estelle Karst. Manning alzó los ojos hacia mí.

—Hola, John —dijo.

Le puse la mano en el hombro.

—No se lo tome tan a pecho, jefe —fue lo único que se me ocurrió decir.

Cuarenta y ocho horas después llegó el mensaje del nuevo presidente, recién

jurado su cargo, diciéndole a Manning que se presentara para informarle. Yo me encargué de llevarle el documento oficial que había descifrado. Manning lo leyó, con rostro impasible.

—¿Irá, jefe? —le pregunté.

—¿Eh? Claro que sí.

Volví a mi despacho y cogí el abrigo, guantes y un maletín.

Cuando volví a entrar Manning me miró.

—No hacía falta, John —dijo—. Tú no vendrás. —Supongo que la expresión de mi rostro denotaba que iba a discutir sus palabras, porque añadió—: No vendrás porque hay trabajo que hacer aquí. Espera un momento.

Fue a su caja fuerte, hizo girar la rueda de la combinación, abrió la puerta y sacó del interior un sobre lacrado que dejó caer sobre la mesa que nos separaba.

—Aquí están las órdenes. En marcha.

Salió de la oficina mientras yo abría el sobre. Leí las instrucciones y me puse en movimiento. No había demasiado tiempo.

El nuevo presidente recibió a Manning de pie y acompañado por varios guardaespaldas y miembros de su círculo más íntimo. Manning reconoció al senador que había encabezado el movimiento dirigido a usar la Patrulla para recobrar las propiedades expropiadas en Sudamérica y Rodesia, así como al presidente del comité aeronáutico, con el cual había mantenido varias discusiones nada satisfactorias en un intento de hallar un *modus operandi* para reinstaurar las líneas aéreas comerciales.

—Ya veo que no ha perdido el tiempo en venir —dijo el presidente—. Bien.

Manning le hizo una pequeña inclinación de cabeza.

—Creo que lo mejor será ir directamente al grano —siguió diciendo el jefe del ejecutivo—. Habrá ciertos cambios de política en la administración. Quiero que dimita.

—Lamento tener que negarme, señor.

—Ya lo veremos. Mientras tanto, coronel Manning, queda usted relevado de sus deberes.

—Señor comisario Manning, si es usted tan amable.

El nuevo presidente se encogió de hombros.

—Una cosa o la otra, como quiera. Sea como sea, queda usted relevado.

—Lamento verme obligado nuevamente a disentir. Mi cargo es vitalicio.

—Basta ya —le respondió el presidente—. Nos encontramos en los Estados Unidos. No puede haber ninguna autoridad más alta que la mía. Queda usted arrestado.

Puedo ver claramente a Manning mirándole sin pestañear durante largo rato y luego respondiéndole, hablando lentamente:

—Debo admitir que puede usted hacer que me arresten físicamente, pero le

aconsejo que espere un poco para ello. —Fue hacia la ventana—. Mire al cielo.

Seis bombarderos de la Comisión patrullaban por encima del Capitolio.

—Ninguno de esos pilotos ha nacido en los Estados Unidos —añadió Manning con la misma lentitud de antes—. Si me encierra, ninguno de los presentes en esta habitación vivirá al acabar el día.

Después de eso hubo algunos incidentes, como el desgraciado asunto que tuvo lugar en Fort Benning tres días después y el alzamiento en la sección de la Patrulla con base en Lisboa y su serie de licenciamientos posteriores, pero, a efectos prácticos, eso fue todo lo que ocurrió en el *coup d'état*.

Manning era el indiscutido dictador militar de todo el mundo.

Si un hombre tan universalmente odiado como Manning fue capaz de llegar a perfeccionar la Patrulla que había imaginado, haciéndola digna de confianza y capaz de perdurar por sí sola, es algo que no sé y —debido a esa semana de espera en el hangar subterráneo de Inglaterra—, no estaré aquí para ver la respuesta a eso. El corazón enfermo de Manning hace que el desenlace resulte todavía más incierto — puede que dure veinte años más; puede que caiga muerto mañana—, y no hay nadie para ocupar su sitio. He redactado esto en parte para ocupar el poco tiempo que me queda y en parte para demostrar que en toda historia siempre hay otro lado oculto, incluso en la historia de cómo se domina el mundo.

No es que fuera a gustarme el desenlace, sea el que sea. Si hay algo de cierto en todo eso de la otra vida, pienso buscar al hombre que inventó el arco y la flecha y le haré pedazos con mis propias manos. En cuanto a mí, no puedo ser feliz en un mundo donde algún hombre o grupo de ellos posea el poder para terminar conmigo o con usted, con nuestros vecinos y con todos los seres humanos, animales y criaturas vivientes. No me gusta que nadie tenga ese tipo de poder.

Y a Manning tampoco le gusta.

Las palabras de Guru

C. M. Kornbluth (1908-2006)^[16]

Stirring Science Stories, junio

Otro relato corto, pero maravilloso, del jovencísimo Kornbluth. Apareció en *Stirring Science Stories*, una revista de corta vida, aunque muy interesante, editada por uno de los amigos de Cyril, Donald A. Wollheim, y que fue uno de los mercados principales para un gran número de jóvenes aficionados de Nueva York que querían convertirse en escritores. Muchos de los relatos que aparecieron en sus páginas eran colaboraciones de las que no importaba el nombre, pero ésta era de Kornbluth.

(Cuando Don Wollheim editaba *Stirring* y su revista paralela, *Cosmic*, tenía un presupuesto que incluía cero dólares para los escritores, si mal no recuerdo. Tenía que recurrir a los miembros de los Futurianos a fin de que le suministraran material para las revistas hasta poder pagarles. Incluso yo envié un relato titulado «*The Secret Sense*»^[17]; una de mis obras menores, creo. Cyril era con diferencia el colaborador más activo, me parece, y el mejor. No fue culpa de Don que la combinación de una nula remuneración y la segunda guerra mundial hiciera imposible la continuidad. Y, por cierto, ya que he objetado en la introducción anterior lo de tener veinte años como excusa a la imperfección, este relato apareció cuando Cyril sólo tenía dieciocho años. I. A.)

Ayer, cuando iba a reunirme con Guru en el bosque, un hombre me detuvo y me dijo:

—Chico, ¿qué haces aquí a la una de la madrugada? ¿Sabe tu madre dónde estás? ¿Qué edad tienes para andar por ahí tan tarde?

Le miré y vi que tenía el pelo blanco, así que me eché a reír. Los viejos nunca ven; en realidad, los hombres nunca ven nada. A veces las mujeres jóvenes ven algo, pero los hombres casi nunca.

—Voy a cumplir doce años —le dije. Y a continuación, como no quería que viviera para que se lo contara a nadie, añadí—: Y estoy en la calle tan tarde porque voy a ver a Guru.

—¿Guru? —preguntó él—. ¿Quién es Guru? ¿Algún extranjero? Mal asunto enredarse con extranjeros, jovencito. ¿Quién es Guru?

Así que le dije quién era Guru, y justo cuando empezaba a hablar de revistas baratas y cuentos de hadas dije una de las palabras que me había enseñado Guru y dejó de hablar. Como era viejo y sus articulaciones estaban rígidas no se desmoronó, sino que se cayó de una pieza, golpeándose la cabeza contra una piedra. Luego seguí mi camino.

A pesar de que voy a cumplir doce años, sé muchas cosas que los mayores no saben. Y recuerdo cosas que no pueden recordar los otros niños. Recuerdo haber nacido de la oscuridad, y los ruidos que la gente hacía a mi alrededor. Luego, cuando cumplí dos meses, empecé a comprender que los ruidos significaban cosas como las que había en el interior de mi cabeza. Descubrí que también podía hacer aquellos ruidos, y todo el mundo se quedó muy sorprendido.

—¡Habla! —dijeron, una y otra vez—. ¡Y tan joven! Clara, ¿de dónde lo has sacado?

Clara era mi madre.

—Desde luego que no lo sé —solía decir—. Nunca ha habido ningún genio en mi familia, y seguro que tampoco en la de Joe.

Joe era mi padre.

Un día Clara me mostró a un hombre al que nunca había visto antes y me dijo que era periodista, que escribía cosas en los periódicos. El periodista intentó hablarme como si fuera un bebé corriente; ni siquiera le contesté, pero seguí mirándole a los ojos hasta que tuvo que apartar la vista y marcharse. Más tarde Clara me leyó un artículo del periódico, que se suponía era gracioso, sobre el periodista haciéndome preguntas muy complicadas y yo contestándole con ruidos de bebé. No era cierto, por supuesto. No le dije una sola palabra, y él tampoco me hizo ni una sola pregunta.

La oí leer el artículo, pero mientras la escuchaba me distraje mirando el bicho que reptaba por la pared. Cuando Clara terminó, le pregunté:

—¿Qué es esa cosa gris?

Ella miró a donde yo señalaba, pero no pudo ver nada.

—¿Qué cosa gris, Peter? —preguntó. La obligaba a llamarme por mi nombre completo, Peter, en vez de tonterías como Petey y similares—. ¿Qué cosa gris?

—Tiene el tamaño de tu mano. Clara, pero es blanda. No creo que tenga huesos. Está reptando, pero no veo que tenga cabeza en la parte superior. Y tampoco tiene patas.

Creo que se preocupó, pero intentó contentarme colocando la mano en la pared y tratando de encontrar dónde estaba. Yo le fui diciendo si estaba a la derecha o la izquierda de la cosa. Por fin, puso la mano justo encima. Y entonces me di cuenta de que no podía verla realmente, y que no creía que estuviera allí. Dejé de hablar sobre el tema y sólo le pregunté unos cuantos días más tarde:

—Clara, ¿cómo llamas a algo que una persona puede ver y otra no?

—Una ilusión, Peter —respondió—. Si te refieres a eso.

No dije nada, pero dejé que me llevara a la cama como de costumbre, y cuando apagó la luz y se marchó esperé un poco y llamé en voz baja.

—¡Ilusión! ¡Ilusión!

Guru apareció inmediatamente por primera vez. Se inclinó, como ha hecho desde entonces, y dijo:

—He estado esperando.

—No sabía que ésa era la manera de llamarte.

—Estaré dispuesto cada vez que me requieras. Te enseñaré, Peter..., si quieres aprender. ¿Sabes qué te enseñaré?

—Si me enseñas sobre la cosa gris de la pared, escucharé. Y si me enseñas sobre las cosas reales y las irreales, también.

—Muy pocos desean aprender esas cosas —dijo él, pensativo—. Y hay algunas que nadie desea aprender nunca. Y otras que no te enseñaré jamás.

Entonces yo dije:

—Aprenderé las cosas que nadie ha querido aprender nunca. Y también aprenderé las cosas que no quieres enseñarme.

Él sonrió burlonamente.

—Ha llegado un amo —dijo, medio en broma—. Un amo de Guru.

Fue así como aprendí su nombre. Y esa noche me enseñó una palabra que podía hacer unas cuantas cosas, como estropear la comida.

Desde aquel día hasta anoche, en que le vi por última vez, no ha cambiado nada, aunque ahora soy casi tan alto como él. Su piel sigue siendo tan seca y brillante como siempre, y su cara es aún huesuda, coronada por una cabeza de pelo negro y muy basto.

Cuando tenía diez años, me fui a la cama sólo el tiempo suficiente para hacer que Joe y Clara supusieran que me había quedado dormido. Dejé en mi lugar algo que aparece cuando digo una de las palabras de Guru y bajé por la tubería que está al lado de mi ventana. Siempre, desde que tenía ocho años, me ha resultado fácil subir y bajar por ella.

Me reuní con Guru en el parque de Inwood Hill.

—Llegas tarde —dijo.

—No demasiado —respondí yo—. Sé que nunca es demasiado tarde para una de estas cosas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó bruscamente—. Es tu primera vez.

—Y puede que sea la última —repliqué—. No me gusta la idea. Si no aprendo nada nuevo la segunda vez, no vendré más.

—No sabes cómo es —dijo él—. Las voces, y los cuerpos resbaladizos de unguento, saltando las llamas; ¡el ritual de la mente! No podrás tener idea hasta que hayas formado parte.

—Ya veremos —dije—. ¿Podemos marcharnos de aquí?

—Sí —contestó.

Entonces me enseñó la palabra que necesitaba saber y los dos la pronunciamos juntos.

El lugar donde aparecimos a continuación estaba lleno de luces rojas, y creo que las paredes eran de roca. Aunque, por supuesto, no se veía nada, y por eso las luces sólo parecían rojas y no era roca auténtica.

Mientras nos acercábamos al fuego, una de ellas nos detuvo.

—¿Quién viene contigo? —preguntó, llamando a Guru por otro nombre. No sabía que también era la persona que llevaba ese nombre, pues era muy poderoso.

Él me miró de reojo y entonces dijo:

—Éste es Peter, del que tanto os he hablado.

Ella me miró y sonrió, estirando sus brazos aceitosos.

—¡Ah! —dijo en voz baja, como los gatos cuando me hablan de noche—. ¡Ah, éste es Peter! ¿Vendrás a mí cuando te llame, Peter? ¿Y me llamarás a veces, en la oscuridad, cuando estés solo?

—¡No hagas eso! —dijo Guru, empujándola bruscamente—. Es muy joven..., podrías echarlo a perder.

Ella chilló a nuestras espaldas:

—Guru y su pupilo... ¡bonita pareja! Chico, no es más real que yo... ¡Tú eres lo único que hay real aquí!

—No la escuches —dijo Guru—. Está furiosa. Siempre se vuelven irritables cuando llega esta época.

Entonces nos acercamos al fuego y nos sentamos sobre las rocas. Estaban matando animales y pájaros y hacían extrañas cosas con sus cuerpos. La sangre era recogida en un cuenco de piedra, que pasaba a través de la multitud. La que estaba a mi izquierda me lo tendió.

—Bebe —dijo, sonriéndome y mostrándome sus finos dientes blancos.

Bebí dos sorbos y se lo pasé a Guru.

Cuando el cuenco dio toda la vuelta, nos quitamos la ropa. Algunos, como Guru, no llevaban, pero muchos otros sí. La que estaba sentada a mi izquierda se acercó

más, jadeando pesadamente en mi cara. Me aparté.

—Dile que pare, Guru —dije—. Sé que esto no forma parte del ritual.

Guru le habló bruscamente en su propia lengua, y ella cambió de asiento, gruñendo.

Entonces todos empezamos a cantar, batiendo palmas y golpeándonos en los muslos. Una de ellas se levantó muy despacio y se puso a dar vueltas en torno al fuego, haciendo girar los ojos salvajemente. Abría la boca y cruzaba los brazos con tanta brusquedad que podía oír cómo le crujían los codos. Aun arrastrando los pies contra el suelo de roca, arqueó el cuerpo hacia atrás. Los músculos de su vientre eran bandas que casi se salían de la piel, y el aceite chorreaba por su cuerpo y sus piernas. Cuando tocó el suelo con las palmas de las manos, se derrumbó y comenzó a gemir débilmente contra el firme canto y las palmas que los demás seguíamos dando. Otra hizo lo mismo, y cantamos más fuerte para ella y aún más fuerte para la tercera. Entonces, mientras aún golpeábamos nuestras manos y muslos, una de ellas alzó a la tercera, la colocó sobre el altar y la despachó con un cuchillo de piedra. La luz del fuego resplandeció en el borde dentado de obsidiana. A medida que la sangre chorreaba por el canal, como una tubería en la roca del altar, detuvimos nuestro canto y los fuegos se apagaron.

Pero aún pudimos seguir viendo qué sucedía, porque estas cosas, por supuesto, no estaban sucediendo. En realidad, sólo parecían suceder, puesto que toda la gente y las cosas que allí había sólo parecían ser lo que eran. Únicamente yo era real. Por eso me deseaban tanto.

Cuando el último de los fuegos se extinguió, Guru susurró con excitación:

—¡La Presencia! —Estaba profundamente conmovido.

La Presencia surgió de la piscina de sangre producida por el cuerpo de la tercera bailarina. Era más alto que nadie, y cuando habló su voz fue más profunda, y cuando dio sus órdenes, éstas fueron obedecidas.

—¡Que haya sangre! —ordenó, y nos arañamos con piedras.

La Presencia sonrió y mostró unos dientes más grandes, más afilados y más blancos que los de ningún otro.

—¡Haced agua! —ordenó, y todos nos escupimos mutuamente.

La Presencia aleteó e hizo girar los ojos, que eran más rojos y más grandes que los de ningún otro.

—¡Pasad la llama! —ordenó, y respiramos humo y fuego.

La Presencia se puso en pie y dejó que llamas azules surgieran de su boca, y fueron más grandes y más salvajes que las de ningún otro.

Entonces regresó a la piscina de sangre y encendimos los fuegos de nuevo. Guru le miraba fijamente; le agarré del brazo. Se inclinó hacia mí como si nos viéramos por primera vez esa noche.

—¿En qué estás pensando? —le pregunté—. Tenemos que irnos ahora.

—Sí —dijo él pesadamente—. Ahora nos vamos —y pronunció la palabra que

nos trajo aquí.

El primer hombre al que maté fue al hermano Paul, en el colegio a donde iba a aprender las cosas que no me enseñaba Guru.

Fue hace menos de un año, pero me parece que sucedió hace mucho tiempo. He matado a tantos desde entonces...

—Eres un chico brillante, Peter —dijo el hermano.

—Gracias, hermano.

—Pero hay cosas en ti que no comprendo. Normalmente se lo preguntaría a tus padres, pero... creo que ellos tampoco lo comprenden. Fuiste un niño prodigio, ¿verdad?

—Sí, hermano.

—No hay nada de raro en esto..., cuestión de glándulas, según tengo entendido. ¿Sabes lo que son?

Entonces me alarmé. Había oído hablar de ellas, pero no estaba seguro de si eran los hombrecillos verdes que sólo llevaban metal o las cosas con muchas patas con las que hablaba en los bosques.

—¿Cómo lo ha averiguado? —le pregunté.

—¡Pero Peter! ¡Pareces terriblemente asustado, muchacho! No sé mucho sobre el tema, pero el padre Frederick sí. Tiene un montón de libros sobre ellas, aunque a veces dudo que él mismo los crea.

—No son libros buenos, hermano —dije—. Deberían ser quemados.

—Eso es una salvajada, hijo mío. Pero volviendo a tu problema...

No pude dejar que siguiera sabiendo lo que sabía sobre mí. Dije una de las palabras que Guru me había enseñado y al principio pareció sorprenderse mucho y luego sufrir un gran dolor. Se derrumbó sobre la mesa y le tomé el pulso para asegurarme, porque no había empleado la palabra antes. Pero estaba muerto.

Escuché pasos fuera y me hice invisible. Entró el corpulento padre Frederick y estuve a punto de matarle con la palabra, pero sabía que aquello iba a resultar muy raro. Decidí esperar, y crucé la puerta mientras el padre Frederick se inclinaba sobre el monje muerto. Pensaba que estaba dormido.

Recorrí el pasillo hasta el despacho lleno de libros del robusto sacerdote y, trabajando rápidamente, apilé todos sus libros en el centro de la habitación y los encendí con mi aliento. Luego bajé al patio y volví a hacerme visible cuando no miraba nadie. Fue muy fácil. Al día siguiente, maté a un hombre cuando pasé junto a él por la calle.

Había una niña llamada Mary que vivía cerca de nosotros. Entonces tenía catorce años, y la deseaba, como las de la Caverna, fuera del tiempo y el espacio, me habían deseado a mí.

Así que, cuando vi a Guru y éste se hubo inclinado ante mí, se lo conté, y él me miró con gran sorpresa.

—Estás creciendo, Peter.

—Sí, Guru. Y llegará el momento en que tus palabras no sean suficientemente fuertes para mí.

Él se echó a reír.

—Vamos, Peter —dijo—. Sígueme si quieres. Hay algo por hacer —se lamió los labios delgados y púrpura y dijo—: Ya te he dicho cómo será.

—Iré —respondí—. Enséñame la palabra.

Así, él me enseñó la palabra y la pronunciamos juntos.

El lugar al que fuimos a continuación no se parecía a ninguno de los otros lugares a los que Guru me había llevado antes. Era un No-lugar. Antes siempre había habido el pasaje parecido de tiempo y materia, pero aquí no había ni siquiera eso. Aquí Guru y los otros se despojaron de sus formas y fueron lo que eran. El No-lugar era el único sitio donde podían hacer esto.

No era como la Caverna, pues la Caverna había estado fuera del tiempo y el espacio, y este lugar no tenía espacio suficiente ni siquiera para eso. Era el No-lugar.

No merece la pena contar lo que sucedió allí, pero me presentaron a algunos que nunca salían de allí. Todo les llegaba mientras existían. No tenían color ni apariencia de color, ni aspecto de forma.

Allí aprendí que eventualmente me uniría a ellos; que había sido seleccionado como el único de mi planeta que podía habitar en el No-lugar sin estar en él eternamente.

Guru y yo, tras decir la palabra, nos marchamos.

—¿Bien? —preguntó Guru mirándome a los ojos.

—Estoy deseando —dije—. Pero ahora enséñame la palabra.

—¡Ah! —sonrió él—. ¿La chica?

—Sí. La palabra que significará tanto para ella.

Todavía sonriendo, me enseñó la palabra.

Mary, que tenía catorce años, tiene ahora quince y dicen que está incurablemente loca.

Anoche volví a ver a Guru por última vez. Se inclinó mientras me acercaba a él.

—Peter —dijo cálidamente.

—Enséñame la palabra.

—No, es demasiado tarde.

—Enséñame la palabra.

—Puedes retirarte... Con lo que sabes, puedes ser amo de este mundo. ¡Oro sin cuento, riquezas y gemas, Peter! ¡Rico terciopelo..., alfombras repujadas!

—Enséñame la palabra.

—Piensa, Peter, en la casa que podrías construir. Podría ser de mármol blanco, y cada losa centrada por un brillante rubí. Su puerta podría ser de oro forjado y podrías construirla en torno a una torre de mármol que se alzara en el cielo milla tras milla.

Podrías ver las nubes flotar bajo tus ojos.

—Enséñame la palabra.

—Tu lengua podría saborear las uvas que saben como plata fundida. Podrías oír siempre la canción del ruiseñor y la alondra que suena como la estrella del amanecer convertida en música. El perfume de los nardos que florecerán dentro de mil años podría estar siempre en tu olfato. Tus manos podrían acariciar el plumón de los cisnes púrpura del Himalaya, que es más suave que una nube a la puesta del sol.

—Enséñame la palabra.

—Podrías poseer mujeres cuya piel fuera de negro ébano o de blanca nieve. Mujeres que fueran duras como piedras o suaves como nubes.

—Enséñame la palabra.

Guru hizo una mueca y dijo la palabra.

Ahora no sé si diré la palabra, la última que me enseñó Guru, hoy o mañana o dentro de un año.

Es una palabra que hará estallar este planeta como un cartucho de dinamita en una manzana podrida.

Visto y no visto

A. E. van Vogt (1912-2000)^[18]

Astounding Science Fiction, julio

Éste es un buen relato, uno de los mejores de 1941, pero también es importante porque trajo a continuación «Visto y no visto» que se convirtió en The Weapon Makers^[19] a la que siguió The Weapon Shops of Isher^[20].

El eslogan de esta historia, «el derecho a comprar armas es el derecho a ser libre», encontró pocos disidentes en aquel año bélico de 1941. Van Vogt sigue siendo uno de los más influyentes y menos comprendidos cultivadores del género.

(No debería dejar que mis opiniones personales se inmiscuyeran demasiado en estas antologías, pues estamos seleccionando relatos que no son tanto nuestros favoritos —aunque la mayoría lo sean—, sino relatos que tuvieron relevancia histórica en el desarrollo de la ciencia ficción. «Visto y no visto» me gustó enormemente, pero analizando ahora los textos de Van Vogt, me parece que éste es casi el último de sus trabajos que adoré. Encuentro que a medida que transcurrían los años de la segunda guerra mundial, sus relatos se hacían cada vez más difíciles de seguir. Creo que intentaba superarse a sí mismo cada vez y hacer los relatos sucesivamente más complejos. Esto puede ser peligroso. E. E. Smith cayó en la trampa y en el caso de las Fundaciones, me detuve cuando pensé que ya no había ningún medio de evitar que cayera en la trampa yo mismo. I. A.)

¡MAGO HIPNOTIZA A LA MULTITUD!

11 de junio, 1941—. La policía y los periodistas piensan que Middle City será pronto anunciada como la próxima parada de un maestro mago, y están preparados para darle una sonora bienvenida si accede a explicar exactamente cómo engañó a cientos de personas para que creyeran que habían visto un extraño edificio, aparentemente una especie de armería.

Parece ser que el edificio surgió en el espacio ocupado anteriormente por Tía Sally's Lunch y Sastres Paterson. Sólo los empleados se encontraban en el interior de las dos tiendas mencionadas, y ninguno advirtió nada fuera de lo común. Un cartel grande y resplandeciente apareció delante de la armería, que había sido conjurada milagrosamente de la nada; y el cartel constituyó la primera evidencia de que toda la escena no era más que una soberana ilusión. Cualquiera que fuera el ángulo en que se mirase, uno creía estar mirando directamente a las palabras que decían:

BUENAS ARMAS EL DERECHO A COMPRAR ARMAS ES EL DERECHO A SER LIBRE

La vitrina estaba compuesta de un surtido de pistolas, rifles y armas pequeñas de forma curiosa; y un brillante cartel anunciaba:

LAS MEJORES ARMAS DE ENERGÍA DEL UNIVERSO CONOCIDO

El inspector Clayton de la Oficina de Investigación intentó entrar en la tienda, pero la puerta parecía cerrada; unos momentos después, C. J. (Chris) McAllister, reportero del *Gazette-Bulletin* se dirigió a la puerta, la encontró abierta, y entró.

El inspector Clayton intentó seguirle, pero descubrió que la puerta volvía a estar cerrada. McAllister salió después de un rato, y estaba bastante aturdido. Aparentemente no recordaba nada de lo sucedido, como si lo hubieran hipnotizado, pues no pudo contestar a las preguntas de la policía y de los espectadores.

Después de su reaparición, el extraño edificio se desvaneció tan bruscamente como había aparecido.

La policía confirmó que no comprendía cómo el maestro mago había podido crear una ilusión tan detallada durante tanto tiempo ante una multitud tan grande. Estaban dispuestos a recomendar su *show*, sin reserva, cuando volviera a aparecer.

Nota del autor: La reseña anterior no menciona que la policía, insatisfecha con el asunto, intentó contactar con McAllister para hacerle nuevas preguntas, pero fueron incapaces de encontrarle. Han pasado semanas y aún no le han

encontrado.

Aquí se narra la historia de lo que le sucedió a McAllister desde el instante en que encontró abierta la puerta de la armería.

La puerta de la tienda tenía una cualidad curiosa. No era tanto que se abriera ante su primer contacto sino que, al hacerlo, era como si no tuviera peso. Durante un instante, McAllister tuvo la impresión de que el pomo se había liberado en su palma.

Se quedó quieto, sorprendido. El pensamiento que acudió finalmente a su mente tuvo que ver con el inspector Clayton, quien un minuto antes había encontrado la puerta cerrada.

Aquel pensamiento fue como una señal. Tras él sonó la voz del inspector:

—Ah, McAllister, yo me encargaré de esto ahora mismo.

El interior de la tienda, tras la puerta, estaba demasiado oscuro como para ver algo, y de alguna manera sus ojos no pudieron acostumbrarse a la intensa penumbra...

El puro instinto periodístico le hizo dar un paso hacia la oscuridad que emergía más allá del rectángulo de la puerta. Por el rabillo del ojo vio la mano del inspector Clayton dirigiéndose hacia el pomo de la puerta que sus propios dedos habían soltado un momento antes; y supo claramente que si el oficial de policía pudiera impedirlo, ningún periodista podría entrar en aquel edificio.

Aún tenía la cabeza vuelta, mirando más al inspector de policía que a la oscuridad que tenía delante, y cuando empezaba a dar otro paso fue cuando sucedió algo notable.

El pomo de la puerta no permitió que el inspector Clayton lo tocara. Se torció de una forma extraña y enérgica, y permaneció allí con esa forma rara y difusa. La puerta en sí, sin ningún movimiento visible y con gran rapidez, tocó de repente los talones de McAllister.

El contacto fue ligero, casi sin peso; y antes de que pudiera pensar o reaccionar ante lo que había sucedido, su propia inercia le llevó hacia dentro.

Mientras se adentraba en la oscuridad, sus nervios experimentaron una tensión súbita y enorme. Entonces la puerta se cerró, y el breve instante de agonía desapareció. Ante él había una tienda brillantemente iluminada; más allá... ¡había cosas increíbles!

Para McAllister, el momento siguiente fue de muda contemplación. Se quedó de pie, con el cuerpo extrañamente retorcido, y sólo vagamente consciente de estar en el interior de la tienda, aunque muy consciente, en el breve momento que transcurrió antes de que fuera interrumpido, de lo que había tras los paneles transparentes a través de los cuales acababa de aparecer.

No había ninguna oscuridad inexorable, ningún inspector Clayton, ninguna multitud de espectadores boquiabiertos, ninguna hilera de tiendas al otro lado de la calle.

Ni siquiera era la misma calle. No había ninguna calle.

En cambio, un tranquilo parque se extendía ante él. Detrás, brillando bajo la luz del sol, resplandecía una ciudad de minaretes y altas torres.

Tras él, una voz de mujer, fuerte y musical, dijo:

—¿Quiere un arma?

McAllister se dio la vuelta. No es que estuviera dispuesto a dejar de maravillarse ante la visión de la ciudad. El movimiento fue una reacción automática ante el sonido. Y como todo el asunto era como un sueño, la escena de la ciudad se desvaneció casi instantáneamente, y su mente se concentró en la joven que avanzaba hacia él desde el fondo de la tienda.

Por un momento, su mente se oscureció. La convicción de que tenía que decir algo se mezcló con las primeras impresiones ante la aparición de la muchacha. Tenía un cuerpo esbelto y bien formado, y su cara lucía una sonrisa agradable. Sus ojos eran marrones, y el cabello castaño y ondulado. Su sencillo vestido y sus sandalias parecían tan normales a primera vista que no volvió a pensar en ellos.

—Lo que no comprendo es por qué el policía que intentó seguirme no pudo entrar —consiguió decir—. ¿Y dónde está ahora?

Para su sorpresa, la sonrisa de la muchacha se volvió ligeramente suplicante.

—Sabemos que la gente considera tonto por nuestra parte que sigamos machacando con la antigua pugna.

Su voz se hizo más firme.

—Incluso sabemos lo inteligente que es la propaganda que acentúa la estupidez de nuestra postura. Mientras tanto, no podemos permitir que ninguno de los hombres de ella entre aquí. Continuamos cumpliendo muy en serio con nuestros principios.

Se detuvo como si esperara que él comprendiera, pero McAllister vio, por el lento asombro que asomaba en sus ojos, que su cara tenía que estar mostrando claramente cuáles eran sus pensamientos.

¡Los hombres de ella! La muchacha lo había dicho como si se estuviera refiriendo a algún personaje, y como respuesta directa a su mención al oficial de policía. Eso significaba que sus hombres, fuera quien fuese ella, eran policías; y que no podían entrar en esta armería. La puerta era hostil y no les permitía la entrada.

Una extraña sensación de vacío golpeó la mente de McAllister, emparejándose con el vacío que empezaba a notar en la boca de su estómago, una sensación de profundidad insondable, la primera convicción vertiginosa de que nada era como tenía que ser.

La muchacha siguió hablando en tono brusco.

—Quiere decir que no sabe nada de todo esto, que durante generaciones el gremio de fabricantes de armas ha existido, en esta época de devastadoras energías, como la única protección del hombre común contra la esclavitud. El derecho a comprar armas...

Se detuvo nuevamente; sus ojos le escrutaron.

—Ahora que lo pienso —continuó diciendo—, hay algo muy ilógico con respecto a usted. Sus extrañas ropas..., no son de las granjas del norte, ¿verdad?

Él meneó la cabeza, mudo, cada vez más molesto con sus propias reacciones. Pero no podía evitarlo. Se estaba envarando, volviéndose más insoportable a cada instante, como si en alguna parte un muelle vital hubiera sido forzado hasta el punto de rotura.

La muchacha continuó hablando rápidamente.

—Y ahora que lo pienso, es sorprendente que un policía intentara abrir la puerta y no sonara ninguna alarma.

Movió la mano; el metal destelló en ella, tan brillante como el acero bajo el sol. No había ni el más mínimo tono de disculpa en su voz cuando dijo:

—Permanezca donde está, señor, hasta que haya llamado a mi padre. En nuestro negocio, con nuestra responsabilidad, nunca corremos riesgos. Aquí está pasando algo muy extraño.

Curiosamente, fue en ese punto donde la mente de McAllister empezó a funcionar con claridad; el pensamiento fue paralelo al de ella: ¿cómo había aparecido aquella armería en una calle de 1941? ¿Cómo había aparecido en aquel mundo fantástico?

¡Algo muy extraño estaba pasando realmente!

Fue el arma lo que llamó su atención. Era una cosa pequeña, con forma de pistola, pero con tres cubos que se proyectaban en un pequeño semicírculo en lo alto de una cámara ligeramente abultada.

Mientras lo miraba, su mente empezó a recuperarse; aquel pequeño instrumento retorcido que brillaba entre los dedos oscuros de la muchacha era tan real como ella misma.

—¡Santo cielo! —exclamó—. ¿Qué clase de arma es ésta? Bájela y tratemos de averiguar qué demonios pasa.

Ella parecía no estar escuchando; bruscamente, él advirtió que su mirada se dirigía a un punto de la pared un poco a su izquierda. Siguió su mirada... a tiempo para ver destellar siete luces blancas en miniatura. ¡Curiosas luces! Quedó brevemente fascinado por el juego de luces y sombras, el crecer y decrecer de un diminuto globo al siguiente, un movimiento infinito de aumentos y reducciones, un efecto increíblemente delicado de reacción instantánea a algún barómetro supersensitivo.

Las luces se fijaron. Su mirada volvió a centrarse en la muchacha. Para su sorpresa, ella estaba retirando el arma. Debía de haber advertido su expresión.

—Está bien —dijo ella fríamente—. Las automáticas están ahora encima de usted. Si nos equivocamos acerca de usted, nos disculparemos. Mientras tanto, si aún está interesado en comprar un arma, me sentiré feliz de mostrarle algunas.

Así que las automáticas estaban sobre él, pensó McAllister irónicamente. No sintió ningún alivio ante tal información. Fueran lo que fuesen las automáticas, no estarían trabajando a su favor; y el hecho de que la muchacha retirara su arma a pesar

de su recelo mostraba claramente la eficiencia de sus nuevos perros guardianes.

No podía hacer absolutamente nada más que seguir representando esta farsa cada vez más sombría e inexplicable. O estaba loco, o ya no se encontraba en la Tierra, al menos no en la Tierra de 1941..., lo que resultaba completamente absurdo.

Tendría que salir de este lugar, naturalmente. Mientras tanto, la muchacha suponía que un hombre que entraba en esta tienda, bajo circunstancias normales, era para comprar un arma.

Le sorprendió pensar que, de todas las cosas que podía imaginar, lo que más quería era ver una de aquellas extrañas armas. Había implicaciones de cosas increíbles en la forma misma de los instrumentos.

—Sí —dijo en voz alta—. Naturalmente, enséñemelas.

Se le ocurrió otra cosa.

—Sin duda su padre está en alguna parte haciendo alguna especie de estudio sobre mí —añadió.

La mujer no hizo ningún movimiento por dirigirle a ninguna parte. Sus ojos eran oscuras lagunas de asombro que le miraban.

—Puede que no se dé cuenta —dijo por fin, lentamente—, pero ya ha revuelto todas nuestras cosas. Las luces de las automáticas deberían haberse apagado en el momento en que mi padre pulsó los botones, como hizo cuando le llamé. ¡Y no lo hicieron! Esto es antinatural. Es muy extraño.

»Y sin embargo... —frunció el ceño—, si fuera usted uno de ellos, ¿cómo podría haber atravesado esa puerta? ¿Es posible que sus científicos hayan descubierto seres humanos que no afecten las energías sensitivas, y que sea usted uno de los muchos enviados como experimento para determinar si podía ganarse la entrada o no?

»Sin embargo, eso tampoco tiene lógica.

»Si tuvieran una sola esperanza de tener éxito, no se arriesgarían tan a la ligera confiando sólo en el factor sorpresa. Al contrario, sería la avanzadilla de un ataque a gran escala. Ella es despiadada, brillante; y anhela todo el poder durante su vida gracias a pobres peones como usted, que no tienen más sentido que adorar su sorprendente belleza y el esplendor de la corte imperial.

La muchacha hizo una pausa con una leve sonrisa.

—Ya estoy haciendo otra vez un discurso político. Pero puede ver que al menos hay unas cuantas razones por las que debemos tener cuidado con usted.

Había una silla en un rincón; McAllister se dirigió hacia ella. Su mente estaba más tranquila, más fría.

—Mire —empezó a decir—. No sé de lo que está hablando. Ni siquiera sé cómo he llegado a esta tienda. Estoy de acuerdo con usted en que todo este asunto requiere una explicación, pero lo veo de modo diferente. En realidad...

Se interrumpió. Estaba medio sentándose en la silla, pero se enderezó como un viejo. Sus ojos se fijaron en el letrero que brillaba sobre una vitrina llena de armas.

—¿Eso es... un calendario? —preguntó roncamente.

Ella siguió su mirada, sorprendida.

—Sí. Estamos a tres de junio. ¿Qué pasa?

—No me refiero a eso. Me refiero... —Se recuperó haciendo un esfuerzo terrible —. Me refiero a esos números que hay encima... Quiero decir, ¿en qué año estamos?

La muchacha parecía sorprendida. Empezó a decir algo, se interrumpió y retrocedió.

—¡No ponga esa cara! No hay ningún error. Estamos en el año cuatro mil setecientos ochenta y cuatro de la casa imperial de Isher. Todo está bien.

No sentía ningún sentimiento de realidad. Se sentó deliberadamente, y se preguntó conscientemente cómo debería sentirse.

Ni siquiera la sorpresa vino en su ayuda. Simplemente, todo el cúmulo de sucesos empezó a adquirir una especie de lógica distorsionada.

Los edificios superpuestos sobre aquellas dos tiendas de 1941; la manera en que había actuado la puerta; el gran cartel exterior con su extraña ligazón de la libertad con el derecho a comprar armas; las armas que estaban en la vitrina; ¡las mejores armas del universo conocido!

Se dio cuenta de que habían pasado varios minutos mientras permanecía allí sentado, pensando en silencio. Y que la muchacha hablaba con mucha seriedad con un hombre alto y de pelo gris, que se encontraba en el umbral de una puerta abierta por la que había aparecido.

Había una tensión extraña y forzada en la forma en que hablaban. Sus palabras, pronunciadas en voz baja, sonaban en sus oídos como un curioso murmullo, extrañamente incómodo. McAllister no pudo analizar el significado de aquellas palabras hasta que la muchacha se dio la vuelta y le dijo con voz ensombrecida por la urgencia:

—¡Señor McAllister, mi padre quiere saber de qué año viene usted!

El sentido de la frase quedó oscurecido por aquella sensación de urgencia.

—¡Oh! —dijo McAllister—. ¿Insinúa que es responsable de...? ¿Y cómo demonios sabía mi nombre?

El viejo sacudió la cabeza.

—No, no somos responsables —empezó a hablar más rápidamente, pero su voz no perdió su tono grave—. No hay tiempo para explicaciones. Ha sucedido lo que los fabricantes de armas hemos temido durante generaciones: que tarde o temprano apareciera alguien que ansiara un poder ilimitado y que, para perpetuar la tiranía, intentara destruirnos a toda costa.

»Su presencia aquí es una manifestación de la energía que ella ha vuelto contra nosotros..., algo tan nuevo que ni siquiera sospechábamos que estaba siendo usado en contra nuestra. Pero ahora... no tengo tiempo que perder. Dale toda la información que puedas, Lystra, y adviértele del peligro personal que corre.

El hombre se dio la vuelta. La puerta se cerró sin hacer ningún ruido tras su alta figura.

—¿Qué quiso decir...? —preguntó McAllister—. ¿Peligro personal?

Vio que los ojos marrones de la muchacha le observaban intranquilos.

—Es difícil de explicar —empezó a decir con incomodidad—. Antes que nada, acérquese a la ventana e intentaré aclarárselo todo. Supongo que todo esto es muy confuso para usted.

McAllister inspiró profundamente.

—Al menos estamos llegando a algo.

Su intranquilidad había desaparecido. El viejo parecía saber qué pasaba; eso significaba que no habría dificultades para devolverle a casa. Y en cuanto al peligro que corría el gremio de fabricantes de armas, aquel era problema de ellos, no suyo. Mientras tanto...

Dio un paso hacia adelante, acercándose a la muchacha. Pero para su sorpresa, ella se retiró como si la hubiera golpeado.

Mientras la miraba de arriba abajo, ella se dio la vuelta y se rió sin humor, insegura. Finalmente, suspiró.

—No crea que me estoy comportando como una tonta, no se ofenda..., pero por su propio bien no toque a ningún cuerpo humano con el que pueda entrar en contacto.

McAllister sintió un escalofrío. Notó con repentina agonía que la expresión de inquietud que se reflejaba en la cara de la muchacha era... ¡miedo!

Su propio temor retrocedió ante la impaciencia. Se controló con un gran esfuerzo.

—Mire —empezó a decir—. Quiero aclarar las cosas. Podemos hablar aquí sin peligro, suponiendo que no la toque ni me acerque a usted, ¿no es así?

Ella asintió.

—El suelo, las paredes, todos los muebles, en realidad la tienda entera están hechos de material no conductor.

McAllister tuvo la sensación de que estaba haciendo equilibrios sobre una cuerda floja suspendida sobre un abismo sin fondo. La manera en que esta muchacha hablaba del peligro sin aclarar de qué peligro se trataba, casi le petrificaba.

Se obligó a calmarse.

—Empecemos por el principio —dijo—. ¿Cómo sabían su padre y usted cuál era mi nombre y que no era... —Hizo una pausa antes de pronunciar la extraña frase—... de este tiempo?

—Mi padre le observó con rayos X —contestó la muchacha, su voz estaba tan tensa como su cuerpo—. Observó con rayos X el contenido de sus bolsillos. Así fue cómo supimos lo que pasaba. Verá, los rayos X se convirtieron en conductor de la misma energía con la que usted está cargado. Ése era el tema; por eso las automáticas no funcionaron con usted y...

—¡Espere un momento! —dijo McAllister; la cabeza le daba vueltas—. ¿Cargado... de energía?

La muchacha le miró.

—¿No comprende? —jadeó—. Ha recorrido usted cinco mil años, y de todas las

energías del universo, ésa es la más potente. Está usted cargado con trillones y trillones de unidades de tiempo-energía. Si sale de esta tienda, volará esta ciudad de los Isher y medio centenar de kilómetros a la redonda.

»Usted... ¡podría destruir la Tierra!

McAllister no había advertido el espejo antes; era curioso, porque era bastante grande, medía por lo menos tres metros, y estaba delante de él en la pared que un minuto antes (podría haberlo jurado), había sido de sólido metal.

—Mírese —decía la muchacha suavemente—. No hay nada tan seguro como la imagen de uno mismo. La verdad es que su cuerpo está aceptando muy bien el *shock* mental.

¡Desde luego! Miró sorprendido su propia imagen. La cara delgada que le miraba a su vez estaba pálida, pero el cuerpo no temblaba como había sugerido el remolino de su mente.

Nuevamente cobró conciencia de la presencia de la muchacha. Ésta se encontraba de pie con un dedo sobre uno de los interruptores de la pared. Bruscamente, se sintió mejor.

—Gracias —dijo suavemente—. La verdad es que lo necesitaba.

Ella sonrió animosamente; y él pudo sorprenderse ahora por su conflictiva personalidad. Por un lado, ella había sido completamente incapaz de explicar con palabras por qué estaba él en peligro unos minutos antes; sin embargo, era obvio que su acción con el espejo mostraba una aguda comprensión de la psicología humana.

—El problema ahora es —dijo él—, según su punto de vista llegar hasta esa mujer Isher y devolverme a 1941 antes de que vuele en pedazos la Tierra de... este año, sea cual sea.

La muchacha asintió.

—Mi padre dice que puede enviársele de vuelta, pero por el momento... ¡observe!

Él no tuvo tiempo para sentir alivio al saber que podría regresar a su propia época. Ella pulsó otro botón. Instantáneamente, el espejo desapareció en la pared metálica. Otro botón chasqueó... y la pared se desvaneció.

Se desvaneció literalmente. Ante él se extendía un parque similar a aquel que había visto a través de la puerta delantera... Era claramente una extensión del mismo paisaje. Había árboles, y flores y hierba verde bajo el sol.

También podía ver la ciudad, más cerca desde este lado, pero no tan hermosa, inconmensurablemente más sombría.

Un enorme edificio, igual de ancho que largo, masivamente oscuro contra el cielo, dominaba todo el horizonte. Medía un cuarto de kilómetro largo, y aunque parecía increíble, tenía por lo menos la misma altura.

Ni en aquel monstruoso edificio ni en el parque había ninguna persona visible. Todo mostraba la evidencia de la dinámica labor del hombre... pero no había ningún hombre, ningún movimiento; incluso los árboles se alzaban inmóviles en aquel día

extrañamente plácido y luminoso.

—¡Mire! —repitió la muchacha, más suavemente.

Esta vez no hubo ningún *clic*. Hizo un ajuste en uno de los botones y de repente la visión dejó de ser clara. No era que el cielo hubiera perdido su intensidad. No era ni siquiera que el cristal fuera visible donde un momento antes no había habido nada.

Seguía sin haber ninguna sustancia aparente entre ellos y aquel brillante parque. Pero...

¡El parque ya no estaba desierto!

Docenas de hombres y máquinas pululaban por él. McAllister lo observó completamente sorprendido; y entonces la sensación de ilusión se desvaneció, y la oscura amenaza de aquellos hombres caló en él y su emoción se tornó en desmayo.

—Vaya —dijo por fin—. Esos hombres son soldados, y las máquinas son...

—¡Cañones de energía! —dijo ella—. Ése ha sido siempre su problema: cómo hacer que sus armas se acerquen lo suficiente a nuestras tiendas para destruirnos. No es que los rifles no sean poderosos desde una gran distancia. Incluso los rifles que nosotros vendemos pueden matar a la vida sin protección a kilómetros de distancia; pero nuestras armerías están tan densamente fortificadas que, para destruirnos, ellos deben usar sus cañones más grandes en un blanco cercano.

»En el pasado, nunca pudieron hacerlo porque el parque era nuestro; y nuestro sistema de alarma era perfecto..., hasta ahora. La nueva energía que están usando no afecta a ninguno de nuestros instrumentos protectores; y, lo que es infinitamente peor, les permite un escudo perfecto contra nuestras propias armas. La invisibilidad, por supuesto, se conoce desde hace mucho; pero si no hubiera venido usted, habríamos sido destruidos sin que nunca supiéramos siquiera qué había pasado.

—Pero... —exclamó McAllister bruscamente—, ¿qué van a hacer ustedes? Aún están ahí afuera trabajando...

Los ojos marrones de la muchacha ardieron con una fiera llama amarilla.

—¿Dónde cree que está mi padre? Ha avisado al gremio; y todos los miembros han descubierto ahora que unos cañones invisibles similares a éstos han sido emplazados fuera de este lugar por hombres invisibles. Todos los miembros están trabajando a toda velocidad para encontrar una solución. No la han descubierto aún. Pensé que debería decírselo —acabó diciendo con suavidad.

McAllister se aclaró la garganta, abrió la boca para hablar... y entonces la cerró cuando se dio cuenta de que no encontraba palabras. Fascinado, observó a los soldados conectando lo que tendrían que haber sido cables invisibles que conducían al enorme edificio del fondo: gruesos cables que mostraban la titánica energía que iba a ser liberada sobre la pequeña armería.

La verdad era que no había nada que decir. La terrible realidad del exterior ensombrecía todas las frases posibles. De todas las personas que allí había, él era el más inútil, su opinión la menos valiosa.

Tuvo que haber dicho algo en voz alta sin darse cuenta ya que la voz familiar del

padre de la muchacha sonó a su lado.

—Está usted muy equivocado, McAllister —dijo—. De todas las personas que hay aquí es usted la más valiosa. Gracias a usted hemos descubierto que los Isher nos estaban atacando. Es más, nuestros enemigos desconocen su existencia, por lo tanto no se han dado cuenta aún del posible efecto producido por la nueva energía camufladora que han utilizado.

»Usted, por tanto, constituye el factor desconocido..., nuestra única esperanza, pues nos queda muy poco tiempo. ¡A menos que podamos hacer uso inmediato de la incógnita que usted representa, todo estará perdido!

El hombre parecía más viejo, pensó McAllister. Su cara delgada y lívida mostraba profundas arrugas mientras se volvía hacia su hija, y su voz, cuando habló, sonó ronca.

—¡Lystra, número siete!

Mientras los dedos de la muchacha pulsaban el séptimo botón, su padre lo explicó rápidamente a McAllister.

—El consejo supremo del gremio va a tener una sesión de emergencia inmediatamente. Debemos elegir el método más apropiado para enfrentarnos al problema y concentrarnos individual y colectivamente en ese método. Las conversaciones regionales ya están en progreso, pero sólo una idea importante ha sido llevada a cabo todavía... ¡ah, caballeros!

Habló a alguien más allá de McAllister, que se volvió con un respingo y luego se quedó inmóvil.

Unos hombres salieron de la sólida pared, con facilidad, como si estuvieran atravesando el umbral de una puerta. Uno, dos, tres... doce.

Los hombres tenían la cara seria, todos excepto uno que miró a McAllister, reemprendió la marcha y luego se detuvo con una sonrisa medio divertida.

—No ponga esa cara. ¿Cómo cree que podríamos haber sobrevivido todos estos años si no hubiésemos podido trasladar objetos materiales a través del espacio? La policía de Isher sólo ha conseguido bloquear nuestras fuentes de suministro. Por cierto, mi nombre es Cadron, Peter Cadron.

McAllister asintió de modo mecánico. Ya no estaba impresionado por la nuevas máquinas. Aquí había interminables productos de la edad de las máquinas; la ciencia y los inventos eran tan avanzados que los hombres apenas hacían un solo movimiento que no implicara a una máquina. Se dio cuenta de que un hombre de aspecto solemne que tenía al lado estaba a punto de hablar.

—Estamos reunidos aquí porque está claro que la fuente de la nueva energía es el gran edificio que está ahí fuera...

Se acercó a la pared donde sólo unos minutos antes había estado el espejo y la ventana a través de la cual McAllister había visto el edificio en cuestión.

—Hemos sabido —continuó diciendo el hombre—, desde que ese edificio fue terminado hace cinco años, que era un edificio de energía preparado en contra

nuestra; y ahora una nueva energía ha surgido de él para englobar al mundo, una energía inmensamente potente, tan fuerte que rompió la misma tensión del tiempo, afortunadamente sólo en las inmediaciones de esta armería. Aparentemente se debilita cuando se la transmite a través de la distancia...

—¡Mira, Dresley! —interrumpió un hombre delgado y pequeño—, ¿qué sentido tiene todo este preámbulo? Has estado examinando los distintos planes sugeridos por los grupos regionales. ¿Hay o no uno decente entre ellos?

Dresley dudó. Para sorpresa de McAllister, los ojos del hombre se posaron dubitativamente sobre él. Su pesada cara se arrugó por un instante, luego se endureció.

—Sí, hay un método, sólo podemos obligar a nuestro amigo del pasado a que acepte correr un gran riesgo. Todos sabéis a lo que me refiero. Nos hará ganar el tiempo que necesitamos tan desesperadamente.

—¡Eh! —dijo McAllister, y se quedó de una pieza cuando todos los ojos se volvieron a mirarle.

Los segundos volaron; y McAllister sintió que volvía a necesitar el espejo, para convencerse de que su cuerpo proporcionaba un buen frente. Algo, pensó, algo que le diese confianza en sí mismo.

Paseó la mirada por las caras de aquellos hombres. Los fabricantes de armas componían un modelo confuso y curioso por la manera en que se sentaban, o estaban de pie, o se apoyaban contra las vitrinas rebosantes de brillantes armas; y parecía haber menos de los que había contado previamente. Uno, dos... diez, incluyendo a la muchacha. Podría haber jurado que había catorce.

Sus ojos siguieron moviéndose, justo a tiempo para ver que la puerta de la habitación trasera se cerraba. Cuatro de los hombres habían ido al laboratorio o a lo que fuera que hubiese más allá de aquella puerta. Satisfecho, los olvidó.

Sin embargo, seguía sintiéndose incómodo; y durante un breve instante la maravilla mecánica de esta tienda volvió a captar la atención de sus ojos. Aquí, en este enorme mundo futuro, una tienda era una intrincada máquina en sí misma, y...

Se dio cuenta de que estaba encendiendo un cigarrillo; y bruscamente advirtió que eso era lo que más necesitaba. La primera calada se extendió deliciosamente por sus nervios. Su mente se relajó; sus ojos recorrieron pensativos los rostros que tenía ante él.

—No comprendo cómo pueden ustedes pensar siquiera en obligarme —dijo—. Según ustedes, estoy cargado de energía. Puede que me equivoque, pero si alguno de ustedes intentase empujarme de vuelta, o incluso tocarme, esa energía que hay en mí lo devastaría todo...

—¡Tiene toda la razón! —exclamó un joven, que se volvió irritado hacia Dresley—. ¿Cómo demonios has podido meter la pata de esa forma? Sabes que McAllister tendrá que hacer lo que queremos para salvarse; ¡y tendrá que hacerlo rápido!

Dresley gruñó ante este brusco ataque.

—Demonios —dijo—, la verdad es que no tenemos tiempo que perder, y pensé que no había tiempo de explicaciones y que podría asustarse fácilmente. Veo, sin embargo, que estamos tratando con un hombre inteligente.

Los ojos de McAllister escrutaron al grupo. Había algo extraño allí. Estaban hablando demasiado, perdiendo el tiempo que necesitaban, como si paradójicamente lo estuvieran ganando, esperando que sucediera algo.

—No me dé coba diciendo que soy inteligente —dijo bruscamente—. Están ustedes sudando sangre. Serían capaces de matar a su abuela y echarme la culpa porque el mundo que creen justo está en peligro. ¿Cuál es ese plan en el que quieren obligarme a tomar parte?

Fue el joven el que replicó.

—Vamos a darle ropas aislantes y devolverle a su propia época...

Hizo una pausa.

—Hasta ahora eso parece magnífico —dijo McAllister—. ¿Dónde está la pega?

—¡No hay ninguna pega!

McAllister le miró.

—Escuche, basta ya. Si es así de simple, ¿cómo demonios voy a ayudarles contra la energía de Isher?

El joven se volvió hacia Dresley con el ceño fruncido.

—Ya ves —le dijo al otro—. Le ha hecho sospechar al hablar de obligaciones.

Se volvió de nuevo hacia McAllister.

—Lo que tenemos en mente es la aplicación de una especie de palanca de energía y del principio del punto de apoyo. Tiene que hacer usted de «peso» en el extremo más largo de una especie de «palanca» energética, que levante el «peso» mayor en el extremo más corto. Retrocederá cinco mil años en el tiempo; la máquina con la que está sincronizada su cuerpo, y que ha causado todo este problema, se moverá adelante en el tiempo unas dos semanas.

—De esa manera —interrumpió otro hombre antes de que McAllister pudiera hablar—, tendremos tiempo de encontrar un contraagente. Tiene que haber una solución, o de otro modo nuestros enemigos no habrían actuado tan en secreto. Bien, ¿qué piensa?

McAllister se acercó lentamente a la silla que había ocupado con anterioridad. Su mente giraba a toda velocidad, furiosamente, pero sabía con toda seguridad que no tenía ni una fracción del necesario conocimiento técnico para salvaguardar sus intereses.

—Tal como yo lo veo —dijo lentamente—, se supone que tiene que funcionar como una especie de manivela. El principio de la palanca, la vieja idea de que si uno posee una palanca suficientemente grande y un punto de apoyo adecuado, podrá mover el mundo.

—¡Exactamente! —Fue Dresley quien habló—. Sólo que esto funciona con el tiempo. Usted viaja cinco mil años y el edificio unas pocas sema...

Su voz se apagó, y su ansiedad le abandonó al ver la expresión de la cara de McAllister.

—¡Mire! —dijo McAllister—, no hay nada más penoso que un puñado de hombres honestos envueltos en su primera acción deshonesta. Son ustedes hombres fuertes, intelectuales, que se han pasado la vida apoyando un ideal. Siempre se han dicho que si la ocasión lo requiriese, no dudarían en hacer un sacrificio drástico. Pero no están engañando a nadie. ¿Cuál es el problema?

Fue bastante sorprendente ver que le arrojaban el traje. No se había dado cuenta de que los hombres habían salido de la habitación trasera; sufrió una especie de *shock* al advertir que habían ido en realidad en busca de trajes aislantes antes de que pudieran saber que los usaría.

McAllister miró sombríamente a Peter Cadron, que le tendía aquella cosa grisácea y flexible. Sintió que una llamarada de furia le invadía, pero antes de que pudiera hablar, Cadron dijo con voz tensa:

—¡Póngase esto, rápido! ¡Es cuestión de segundos! Cuando esas armas de ahí fuera empiecen a disparar energía, no querrá estar vivo para discutir sobre nuestra honestidad.

Siguió dudando; la habitación parecía insoportablemente caliente; y se sentía enfermo, enfermo de inseguridad. El sudor inundaba sus mejillas. Su mirada frenética se posó en la muchacha, que permanecía al fondo en silencio, junto a la puerta delantera.

Se dirigió hacia ella; y su mirada o su presencia resultó increíblemente asustadiza, pues ella retrocedió y se puso blanca como una sábana.

—¡Mire! ¡Estoy metido en esto hasta el cuello! ¿Cuál es el riesgo? Tengo la impresión de que existe alguna oportunidad. Dígame, ¿cuál es el problema?

La muchacha estaba ahora gris, casi tan gris y sombría como el traje que sostenía Peter Cadron.

—Es la fricción —murmuró por fin—. Puede que no llegue a 1941. Verá, será usted una especie de «peso» y...

McAllister se apartó de ella. Se colocó el traje encima de sus ropas.

—Me está un poco estrecho en la cabeza, ¿no?

—¡Sí! —Fue el padre de Lystra quien habló—. En cuanto pulse ese interruptor, el traje se volverá completamente invisible. Los de fuera creerán que lleva usted sólo sus ropas normales. El traje está completamente equipado. Podría vivir en la superficie de la Luna con él.

—Lo que no comprendo es por qué tengo que llevarlo. Llegué aquí sin necesidad de él.

Frunció el ceño. Sus palabras habían sido automáticas, pero la idea se le ocurrió bruscamente.

—Esperen un momento. ¿Qué pasa con la energía de la que estoy cargado cuando estoy dentro de este traje aislante?

Vio que la expresión de los que le rodeaban se envaraba cuando abordó el tema.

—¡De modo que es eso! —exclamó—. El aislamiento tiene como fin evitar que pierda esa energía. Es así como puedo hacer de «peso». No tengo duda de que hay una conexión entre este traje y esa otra máquina. Bien, no es demasiado tarde. Voy a...

Con un movimiento desesperado, trató de hacerse a un lado para evitar las manos de los cuatro hombres que saltaron hacia él. ¡Movimiento vano! Lo capturaron instantáneamente y lo sujetaron con una fuerza que no pudo vencer.

Los dedos de Peter Cadron pulsaron el interruptor.

—Lo siento —dijo Cadron—, pero cuando entramos en esa habitación de atrás, también nos vestimos con trajes aislantes. Por eso no pudo lastimarnos. Lo siento nuevamente. Y recuerde esto: no existe la certeza de que vaya a ser sacrificado. El hecho de que no haya ningún cráter en nuestra Tierra demuestra que usted no explotó en el pasado, y que resolvió el problema de alguna manera. Ahora, que alguien abra la puerta, ¡rápido!

Le llevaron irremediamente hacia adelante. Y entonces...

—¡Esperad!

Era la muchacha. El color gris de su cara se volvía lívido. Sus ojos brillaban como joyas oscuras; y en sus dedos se encontraba la pistola resplandeciente con la que había apuntado a McAllister al principio.

El grupito que sujetaba a McAllister se detuvo como si los hubieran golpeado. Éste apenas se dio cuenta; para él sólo existía la muchacha, y la forma en que los músculos de sus labios actuaban y la manera en que súbitamente estalló su voz.

—¡Esto es completamente indigno! ¿Tan cobardes somos? ¿Es posible que el espíritu de la libertad pueda sobrevivir solamente a través de un asesinato y un burdo desafío a los derechos del individuo? ¡Yo digo que no! El señor McAllister debe tener la protección del tratamiento hipnótico, aunque todos muramos durante los minutos perdidos.

—¡Lystra! —Era su padre.

McAllister se dio cuenta por el rápido movimiento del anciano que poseía una mente muy brillante, y que comprendía todos los matices de la situación.

Dio un paso hacia adelante y le quitó a su hija el arma de las manos. Era el único hombre en la habitación, pensó McAllister, que se atrevía a acercarse a ella en aquel momento con la certeza de que no dispararía, pues la histeria aparecía en todas las arrugas de su cara, y las lágrimas que la siguieron mostraban lo peligrosamente cerca que había estado de ponerse en contra de los otros.

Lo extraño es que en ningún momento había sentido esperanza. Toda la acción parecía completamente dissociada de su vida y de sus pensamientos; solamente observaba. Se quedó allí plantado durante lo que pareció una eternidad y, luego, por

fin, le invadió una sensación; fue una sensación de sorpresa porque no le empujaban a su perdición. Con la sorpresa acudió la consciencia de que Peter Cadron había soltado su arma y se acercaba a él.

Los ojos del hombre estaban tranquilos, y mantenía la cabeza orgullosamente alta.

—Mi hija tiene razón, señor —dijo—. En este punto nos elevamos sobre nuestros débiles temores y le decimos a este infeliz: ¡Tenga coraje! ¡No será olvidado! No podemos garantizarle nada, ni siquiera podemos decirle exactamente qué le sucederá. Pero le decimos que si está en nuestro poder ayudarlo, tendrá nuestra ayuda. Y ahora... debemos protegerle de las enormes presiones psicológicas que de otra manera le destruirían, simple pero efectivamente.

Pero ya era demasiado tarde, McAllister advirtió que los otros habían vuelto la cara de aquella extraordinaria pared..., la pared que ya había mostrado tanta versatilidad. Ni siquiera pudo ver quién pulsó el botón activador que provocó lo que luego sucedió.

Hubo un destello de luz cegadora. Durante un instante sintió como si su mente hubiera sido desnudada; y contra aquella desnudez la voz de Peter Cadron presionaba como una marca indeleble:

—Para conservar su autocontrol y su cordura... ésta es su esperanza: ¡Esto es lo que hará a pesar de todo! Y, por su bien, hable de su experiencia sólo a los científicos o aquellos que estén al mando y que usted crea que lo comprenderán y ayudarán. ¡Buena suerte!

El efecto de aquel breve destello permaneció tan fuerte que sólo sintió vagamente el contacto de sus manos sobre él, empujándole. Tuvo que haberse caído, pero no sentía ningún dolor...

Se dio cuenta de que estaba tendido en la acera. La voz profunda y familiar del inspector Clayton tronó sobre él.

—¡Despejen la zona, nada de multitudes ahora!

McAllister se puso en pie. Un puñado de caras curiosas le observaban, y no había ningún parque, ninguna ciudad de ensueño. En cambio, una hilera de tiendas de un solo piso se extendía monótonamente a los dos lados de la calle.

Tenía que marcharse de allí. Esta gente no comprendería. En algún lugar de la Tierra tenía que haber un científico que pudiera ayudarlo. Después de todo, no había explotado. Por tanto, en algún lugar, de alguna manera...

Murmuró las respuestas a las preguntas que le asediaban; y entonces la multitud le dejó en paz. Siguió minutos indeterminados de penosa caminata; las calles se hacían más estrechas, más sucias...

Se detuvo, sorprendido. ¿Qué estaba pasando?

Era de noche en una ciudad resplandeciente. Estaba en una avenida que se extendía como una joya hasta muy lejos.

Una calle que vivía, ardiendo con una suave luz que manaba de su superficie..., un camino de luz, como un río fluyendo bajo un sol que no iluminaba nada más, recto

y suave y...

Siguió caminando durante unos minutos en los que no comprendió nada, observando los coches que corrían a su lado..., ¡y entonces sintió una salvaje esperanza!

¿Estaba de nuevo en la era de los Isher y de los fabricantes de armas? Podría ser; eso parecía, lo que significaba que le habían traído de vuelta. Después de todo, no eran malvados, y le salvarían si pudieran. Por lo que sabía, habían pasado semanas en su tiempo y...

Bruscamente, se encontró en el centro de una cegadora tormenta de nieve. Retrocedió ante el primer golpe de viento, poderoso e inesperado, y luego, abrazándose a sí mismo, luchó para calmarse física y mentalmente.

La maravillosa ciudad nocturna había desaparecido; lo mismo había sucedido con la carretera brillante...; todo se había desvanecido, transformándose en este mundo mortal y salvaje.

Escrutó la nieve. Era de día; y pudo divisar las oscuras sombras de los árboles que se alzaban a través de la bruma blanca de la tormenta, a menos de treinta metros de distancia.

Instintivamente, se dirigió a aquel refugio, y salió finalmente de aquel viento presionante.

«Un minuto en el distante futuro —pensó—. Al siguiente... ¿dónde?».

Ciertamente no había ninguna ciudad. Sólo árboles, un bosque deshabitado e invierno...

La tormenta desapareció. Y los árboles. Se encontraba en una playa arenosa; ante él se extendía el mar azul que se alzaba sobre unos edificios blancos devastados. Alrededor, esparcidos muy lejos en aquel mar encantador, muy lejos en las colinas recubiertas de hierba, se encontraban los restos de lo que una vez había sido una ciudad enorme. Un aura de increíble edad flotaba por todas partes. Y el silencio de lo muerto sólo era roto por el suave e intemporal rumor de las olas...

Una vez más hubo un cambio inesperado. Más preparado esta vez, se hundió dos veces bajo la superficie del vasto y rápido río, que le llevaba de un lado a otro. Era difícil nadar, pero el traje aislante funcionaba bien con el aire que creaba a cada segundo que pasaba; después de un momento, empezó a dirigirse hacia la orilla poblada de árboles que tenía a un centenar de metros a la derecha.

Le asaltó un pensamiento y dejó de nadar. «¿Qué sentido tiene?».

La verdad era tan sencilla como terrible. Estaba siendo balanceado del pasado al futuro; era el «peso» en el largo extremo de un columpio de energía; y de alguna manera cada vez se deslizaba más lejos. Sólo aquello podía explicar los catastróficos cambios de los que ya había sido testigo. Dentro de un minuto experimentaría otro cambio y...

¡Sucedió! Se encontraba boca abajo sobre la verde hierba, pero no sentía curiosidad ninguna. No alzó la vista, sino que se quedó así hora tras hora mientras el

columpio continuaba meciéndose: pasado... futuro... pasado... futuro...

Sin duda, los fabricantes de armas habían ganado su respeto: pues al final de este mareante tiiovivo estaba la máquina que había sido usada por los soldados de Isher como fuerza activadora; también se tambaleaba arriba y abajo en un loco vaivén.

La promesa de los fabricantes de ayudarle era ahora vana, pues no podían saber lo que había sucedido. No podrían encontrarle en este laberinto del tiempo.

La ley mecánica de que las fuerzas deben equilibrarse continuaba.

En algún lugar, en algún momento del tiempo, se alcanzaría el equilibrio, probablemente en el futuro, porque aún seguía el hecho de que no había explotado en el pasado. Sí, en algún lugar se conseguiría el equilibrio cuando encarara una vez más ese problema, pero ahora...

El balancín continuó y continuó; el mundo, por un lado, era joven y brillante, y por otro sombrío y viejo.

El infinito se extendía ante él.

De repente pensó que sabía dónde se detendría el columpio. Acabaría en el pasado remoto, con la liberación de la inmensa energía temporal que había estado acumulando con cada uno de aquellos monstruosos vaivenes.

No sería el testigo, sino la causa de la formación de los planetas.

Adán sin Eva

Alfred Bester (1913-1987)
Astounding Science Fiction, septiembre

Alfred Bester empezó a destacar realmente después de la segunda guerra mundial, con relatos como «The Men who murdered Mohammed»^[21], «Time is the traitor»^[22] y las espectaculares novelas The Demolished Man^[23] (en Galaxy, 1952), y The Stars, my destination^[24] (1956), ambas consideradas como lo mejor de la ciencia ficción moderna. Bester, que tuvo una carrera variada, dentro y fuera de la SF, alternó con trabajos para los cómics, la televisión y la revista Hollyday. Astuto observador de la ciencia ficción, fue uno de los mejores críticos de The Magazine of Fantasy and Science Fiction de 1960 a 1962. Alfred Bester fue un escritor de la «New Wave» mucho antes de que este término se pusiera de moda.

«Adán sin Eva» sigue siendo uno de sus mejores relatos y uno de los mejores relatos de lo que se ha dado en llamar «espacio interior».

(No conocí a Alfie Bester hasta mucho después de que escribiera este relato... y vaya por Dios, cuánto me impresionó. Aún puedo citar la fórmula. Cuando le conocí, descubrí instantáneamente que podía ser clasificado dentro del grupo de «Escritores que tienen personalidades similares a las historias que escriben». Otros son L. Sprague de Camp y Lester del Rey. Por supuesto, también está el grupo de «Escritores que no tienen personalidades similares a las historias que escriben», como Fredric Brown y Theodore Sturgeon. Naturalmente, me doy cuenta de que esto es subjetivo y que otras personas agruparán a escritores diferentes en cada uno de los dos grupos. Por cierto, no sé a qué grupo pertenezco. I. A.)

Crane sabía que ésta debía ser la costa del mar. El instinto se lo dijo; pero algo más que el instinto, los pocos jirones de conocimiento que colgaban de su cerebro desgarrado; las estrellas habían aparecido esa noche a través de las raras aberturas de las nubes, y la brújula apuntaba aún trémulamente hacia el norte. Esto era lo más extraño de todo, pensó Crane. La tierra convertida en escombros aún retenía su polaridad.

Ya no había algo tan extenso como una costa, no había nada tan extenso como un mar. Sólo una delgada línea de lo que había sido un acantilado se extendía al norte y al sur a lo largo de incontables millas. Era una línea de ceniza gris; la misma ceniza gris y escoria que se encontraba tras él... Légamo chirle, donde las rodillas se hundían profundamente, que se arremolinaba a cada movimiento y lo ahogaba; escoria que se deslizaba en las densas nubes de la noche cuando soplaban vientos alocados; polvo negro que se removía, convirtiéndose en fango cuando caían las frecuentes lluvias.

El cielo huía sobre su cabeza. Las pesadas nubes giraban en lo alto y eran horadadas por destellos de luz solar, que se movían con rapidez sobre la Tierra. Cuando la luz golpeaba sobre un torbellino de escoria, todo se llenaba de bocanadas de partículas que danzaban y brillaban. Cuando se movía entre la lluvia provocaba innumerables arcos iris. La lluvia caía, las tormentas de escoria soplaban; la luz traspasaba... sumándose a todo, alternativa y continuamente, como una sierra de violencia negra y blanca. Así había sido por meses. Así sucedía en cada milla de la vasta Tierra.

Crane pasó el borde de los acantilados de cenizas y comenzó a arrastrarse sobre el mismo declive que una vez había sido el lecho del océano. Había estado viajando mucho tiempo y el dolor se había hecho parte de él. Braceó con los codos y arrastró su cuerpo hacia adelante. Luego dobló la rodilla derecha debajo de sí y volvió a estirarse otra vez hacia adelante con los codos. Codos, rodilla, codos, rodilla... había olvidado lo que era caminar.

La vida, pensó aturdidamente, es milagrosa. Se adapta a cualquier cosa. Si debía arrastrarse, se arrastraba. Formas callosas sobre los codos y rodillas. El cuello y los hombros endurecidos. Las fosas nasales aprendían a estornudar las cenizas antes de respirarlas. La pierna mala, hinchada y supurante, estaba entumecida y pronto se pudriría y caería.

—¿Cómo? —dijo Crane—. Yo no tuve nada que ver...

Miró hacia arriba a la alta figura que estaba ante él y trató de comprender las palabras. Era Hallmyer. Llevaba una sucia chaqueta de laboratorio y su pelo era desperejo. Hallmyer estaba delicadamente de pie sobre las cenizas, y Crane se preguntó por qué podía ver las deslizantes nubes de escoria a través de su cuerpo.

—¿Cómo encuentras a tu mundo, Steven? —preguntó Hallmyer.

Crane sacudió la cabeza miserablemente.

—No muy bonito, ¿eh? —dijo Hallmyer—. Mira a tu alrededor. Polvo, eso es

todo; polvo y cenizas. Arrástrate, Steven, arrástrate. No encontrarás otra cosa que polvo y cenizas...

Hallmyer extrajo una copa de agua de algún lado. Era clara y fresca. Crane podía ver la delgada película de rocío sobre la superficie de cristal y su boca se llenó súbitamente de arena.

—¡Hallmyer! —gritó.

Trató de ponerse de pie y alcanzar el agua, pero un ramalazo de dolor en su pierna derecha lo abatió. Cayó hacia atrás.

Hallmyer bebió un sorbo y luego escupió sobre su rostro. El agua estaba tibia.

—Continúa arrastrándote —dijo Hallmyer con amargura—. Arrástrate alrededor de la Tierra. No encontrarás otra cosa que polvo y cenizas. —Vació la copa en el suelo ante Crane—. Continúa arrastrándote. ¿Cuántas millas? Imagínatelo tú mismo. Pi veces D. El diámetro es ocho mil o algo así...

Había desaparecido con chaqueta y copa. Crane advirtió que la lluvia estaba cayendo otra vez. Apretó el rostro contra la cálida escoria húmeda, abrió la boca y trató de chupar la mezcla. Pronto comenzó a arrastrarse otra vez.

Era el instinto lo que lo conducía. Tenía que ir hacia algún lado.

Estaba asociado, lo sabía, con el mar... con el borde del mar. En la costa del mar algo lo esperaba. Algo que lo ayudaría a comprender todo esto. Tenía que llegar al mar..., eso es, si es que aún había mar.

La relampagueante lluvia golpeaba su espalda como pesados maderos. Crane hizo una pausa y tiró de la mochila arrastrándola a un costado, donde pudo revisarla con una mano. Contenía exactamente una pistola, una barra de chocolate y una lata de melocotón en almíbar. Era todo lo que quedaba de dos meses de provisiones. El chocolate estaba blando y mohoso. Crane sabía que era mejor comérselo ahora antes de que perdiera todo su valor energético. Otro día podría carecer de fuerzas para abrir la lata. La sacó y la atacó con un abridor. Cuando pudo perforar y apartar un borde de lata, la lluvia ya había dejado de caer.

Mientras masticaba la fruta y sorbía el jugo, miró como el muro de lluvia marchaba ante él y bajaba el declive del lecho oceánico. Torrentes de agua brotaban a través del fango. Pequeños canales habían sido horadados..., canales que serían nuevos ríos algún día; un día que no habría nadie con vida para verlo. Mientras arrojaba la lata vacía a un lado, Crane pensó: «El último ser vivo de la Tierra come su última comida. El metabolismo inicia su último acto».

El viento seguiría a la lluvia. En las interminables semanas que había estado arrastrándose, aprendió eso. El viento llegaría en pocos minutos y lo azotaría con sus nubes de escoria y cenizas. Se arrastró hacia adelante, los ojos turbios buscando las chatas y grises millas a recorrer.

Evelyn le dio un golpecito en el hombro.

Crane supo que era ella antes de volver la cabeza. Estaba de pie a un costado, fresca y elegante con su vestido reluciente, pero su encantador rostro estaba contraído

con alarma.

—¡Steven, tienes que apresurarte! —dijo.

Él sólo pudo admirar la forma en que el suave cabello se ondulaba sobre sus hombros.

—¡Oh, querido! —dijo ella—. ¡Estás herido!

Sus manos delicadas tocaron sus piernas y espalda. Crane asintió con la cabeza.

—Fue al aterrizar —dijo él—. Yo nunca había utilizado un paracaídas. Siempre pensé que uno bajaría suavemente... como si cayera sobre una cama. Pero la tierra me golpeó como un puño... Y Umber estaba luchando en mis brazos. No podía dejarlo caer, ¿no?

—Por supuesto que no, querido —dijo Evelyn.

—De modo que traté de sujetarlo y de colocar mis piernas debajo de mí —dijo Crane—. Entonces algo me golpeó las piernas y un costado.

Vaciló, preguntándose cuánto sabría ella de lo que en verdad había sucedido. No quería asustarla.

—Evelyn, querida —dijo, tratando de estirar sus brazos hacia arriba.

—No, querido —dijo ella. Le devolvía la mirada con miedo—. Tienes que apresurarte. ¡Tienes que mirar hacia atrás!

—¿Las tormentas de escoria? —Hizo una mueca—. Las he soportado antes.

—¡Las tormentas, no! —gritó Evelyn—. Es otra cosa. Oh, Steven...

Entonces se marchó, pero Crane sabía que ella había dicho la verdad. Había algo detrás..., algo que lo había estado siguiendo. En algún rincón de su mente había una sensación de amenaza. Se cerraba sobre él como una mortaja. Sacudió la cabeza. Algo así era imposible. Él era el único ser vivo sobre la Tierra. ¿Cómo podía haber una amenaza?

El viento rugía tras él, y en un instante estuvo envuelto en las densas nubes de escoria y cenizas. Lo azotaron, mordiendo su piel. Con ojos turbios, vio como cubrían el fango y lo cubrían todo como una delgada alfombra seca. Crane recogió las rodillas bajo él y se cubrió la cabeza con los brazos. Con la mochila como almohada, se preparó esperar el fin de la tormenta. Pasaría tan rápidamente como la lluvia.

La tormenta azotó con gran saña su cabeza enferma. Como un niño acomodó las piezas de su memoria, tratando de que se ensamblaran. ¿Por qué Hallmyer se había enojado tanto con él? No pudo haber sido por ese argumento, ¿no?

¿Qué argumento?

¿O fue antes de que sucediera todo esto?

¡Oh, eso!

Abruptamente las piezas se ensamblaron.

Crane estaba de pie al lado de las pulidas líneas de su nave y las admiró profundamente. El techo de la cabina había sido quitado y la proa de la nave se

elevaba, apoyada sobre una rampa, apuntando al cielo. Un operario estaba soldando cuidadosamente las superficies internas con un soplete.

El sonido apagado de una maldición salió de adentro de la nave y luego se escuchó un pesado ruido metálico. Crane subió corriendo la corta escalerilla de hierro que iba a la escotilla e introdujo la cabeza dentro. Un poco más abajo de él, dos hombres habían dejado caer los grandes tanques de solución ferrosa en su lugar.

—Tengan cuidado —vociferó Crane—. ¿Quieren romper la nave?

Uno miró hacia arriba e hizo una mueca. Crane sabía lo que estaba pensando. Que la nave se rompería sola. Todos decían eso. Todos excepto Evelyn. Ella tenía fe en él. Hallmyer pensaba que él estaba loco de otra forma. Mientras descendía la escalerilla, Crane vio que Hallmyer entraba en el cobertizo, con su chaqueta de laboratorio ondeando al viento.

—¡Hablando del rey de Roma! —murmuró Crane.

Hallmyer comenzó a gritar tan pronto como vio a Crane.

—Ahora, escucha...

—No, todo otra vez no, ¿eh? —dijo Crane.

Hallmyer extrajo unas hojas de papel de su bolsillo y las sacudió bajo la nariz de Crane.

—He estado levantado casi toda la noche —dijo—, trabajando sobre esto otra vez. Te digo que tengo razón. Por completo.

Crane miró las apretadas ecuaciones escritas y luego los ojos inyectados en sangre de Hallmyer. El hombre estaba casi loco de miedo.

—Por última vez —continuó Hallmyer—. Estás utilizando tu nueva catálisis sobre una solución de hierro. De acuerdo. Estoy de acuerdo que es un descubrimiento milagroso. Te doy todo el crédito por ello.

Milagroso era una palabra poco apropiada. Crane lo sabía sin vanidad, pues había tropezado con eso por casualidad. Cualquiera se podía tropezar con una catálisis que inducía a la desintegración del hierro y producía $10 \cdot 10^{10}$ librapies de energía por cada gramo de combustible. Ningún hombre era lo suficientemente listo para pensar eso por sí mismo.

—¿No crees que lo lograré? —preguntó Crane.

—¿A la Luna? ¿Alrededor de la Luna? Tienes sólo el cincuenta por ciento de posibilidades. —Hallmyer hizo correr los dedos a través de su lacio cabello—. Pero por el amor de Dios, Steven, no estoy preocupado por ti, es por el asunto en sí. Es por la Tierra por la que estoy preocupado...

—Tonterías. Vete a casa y duérmete.

—Mira. —Hallmyer señaló las hojas de papel con mano temblorosa—. No importa como tú realices la alimentación y la mezcla del sistema, no puedes obtener el ciento por ciento de eficiencia en la mezcla y descarga.

—Eso es lo que produce el cincuenta por ciento de oportunidad —dijo Crane—. ¿Qué es entonces lo que te preocupa?

—La catálisis que escapará a través de los tubos del cohete. ¿Te das cuenta lo que producirá cuando caiga sobre la Tierra? Iniciará una desintegración en cadena que envolverá todo el globo. Alcanzará a cada átomo de hierro... y hay hierro por todas partes. La Tierra podría no existir cuando retorne...

—Escucha —dijo Crane con cansancio—, ya hemos visto todo eso antes.

Llevó a Hallmyer a la base de la escalerilla del cohete. Debajo del armazón de hierro había un pozo de unos sesenta metros de profundidad y quince de ancho, protegido con ladrillos refractarios.

—Esto es para el descargue inicial de las llamas. Si cualquier partícula de la catálisis escapa será atrapada en este pozo y evitará las reacciones secundarias. ¿Satisfecho ahora?

—Pero mientras te encuentres en pleno vuelo —insistió Hallmyer— estarás poniendo en peligro la Tierra hasta que estés más allá del límite de Roche. Cada gota de catálisis no activada podría eventualmente caer sobre el suelo y...

—Por última vez —dijo Crane inflexiblemente—, la llama de la descarga del cohete se cuidará de eso. Envolverá a cualquier partícula escapada y la destruirá. Ahora lárgate. Tengo trabajo que hacer.

Mientras Crane lo empujaba hacia la puerta. Hallmyer gritaba y agitaba los brazos.

—¡No te dejaré hacerlo! —Repetía una y otra vez—. No dejaré que arriesgues...

¿Trabajo? No, el trabajo de la nave había sido una verdadera intoxicación. Tenía la belleza elegante de las cosas bien hechas. La belleza de una armadura lustrada, de la bien balanceada y limpia empuñadura de un estoque, de un par de pistolas gemelas. No había pensamientos de peligro y muerte en la cabeza de Crane, mientras limpiaba sus manos con estopa después de realizar los últimos retoques.

La nave se encontraba en la rampa, lista para perforar los cielos. Quince metros de esbelto acero, las cabezas de los remaches brillando como joyas. Nueve metros conteniendo el combustible y el catalizador. La mayor parte de los compartimientos delanteros tenían la hamaca elástica que Crane había diseñado para absorber el impacto de la aceleración. El morro de la nave tenía un ojo de buey de cristal natural que apuntaba hacia arriba como el ojo de un cíclope.

Crane pensó: morirá después de este viaje. Retornará a la Tierra y se convertirá en una bola de fuego y trueno, no hay forma aún de planear un aterrizaje seguro para una nave cohete. Pero vale la pena. Tendrá un gran vuelo, y eso es todo lo que cualquiera de nosotros desea. Un gran y maravilloso vuelo a lo desconocido...

Mientras echaba la llave a la puerta del taller, Crane oyó a Hallmyer vociferar desde el *cottage* que se encontraba en medio de los campos. A pesar de la penumbra del atardecer pudo verlo hacer señas de urgencia. Trotó a través del quebradizo rastrojo, respirando profundamente el aire punzante, agradecido de estar vivo.

—Es Evelyn al teléfono —dijo Hallmyer.

Crane lo miró con fijeza. Hallmyer rehusó encontrar sus ojos.

—¿Cuál es la idea? —preguntó Crane—. Creo que estuvimos de acuerdo en que ella no llamaría..., que no se pondría en contacto hasta que yo estuviera listo para partir. ¿Le has estado metiendo ideas en la cabeza? ¿Ésta es la forma en que vas a detenerme?

—No... —dijo Hallmyer, y examinó analíticamente el oscurecido horizonte.

Crane fue a su despacho y levantó el receptor.

—Ahora, escúchame, querida —dijo sin ningún preámbulo—, no hay razón para alarmarse. Te expliqué todo muy cuidadosamente. Justo antes de que la nave se estrelle, saltaré en paracaídas. Te amo mucho y te veré el miércoles cuando parta. Hasta...

—Adiós, cariño —dijo la diáfana voz de Evelyn—, ¿es por esto que me has llamado?

—¡Que yo te he llamado!

Un pesado cuerpo castaño se sacudió al escuchar el rugido y se incorporó sobre sus fuertes patas. *Umber*, el mastín de Crane, olfateó y levantó una oreja. Luego gimoteó.

—¿Dijiste que yo te llamé? —repitió Crane.

La garganta de *Umber* súbitamente lanzó un bramido. Alcanzó a Crane de un solo salto, lo miró a la cara y gimoteó y ladró al mismo tiempo.

—¡Cállate, monstruo! —dijo Crane.

Apartó a *Umber* con un pie.

—Dale a *Umber* una patada de mi parte. —Evelyn rió—. Sí, querido. Alguien me llamó y dijo que tú querías hablar conmigo.

—Eso hicieron, ¿eh? Mira, cariño, te llamaré más tarde...

Crane colgó. Se incorporó dubitativamente y contempló las inquietas maniobras de *Umber*. A través de la ventana, el último fulgor de la tarde teñía de luz anaranjada las sombras. *Umber* miró la luz, olfateó y bramó de nuevo. Súbitamente sobresaltado, Crane brincó junto a la ventana.

A través de los campos una masa de fuego se alzaba en el aire, y dentro de ella estaban las desmoronadas paredes del taller. Delineadas contra el resplandor, las figuras de media docena de hombres se movieron y corrieron.

Crane salió disparado del *cottage* y, con *Umber* pisándole los talones, se dirigió corriendo hacia el cobertizo. Mientras corría pudo ver el gracioso morro de la espacionave dentro del fuego, aún fría e intocada. Si sólo pudiera alcanzar la nave antes de que las llamas ablandaran el metal y aflojaran los remaches.

Los trabajadores trotaban hacia él, sombríos y jadeantes. Crane se dirigió a ellos con una mezcla de furia y perplejidad.

—¡Hallmyer! —gritó—. ¡Hallmyer!

Hallmyer se abrió paso entre la gente. Sus ojos brillaban con triunfo.

—Es una lástima —dijo—. Lo siento, Steven.

—¡Hijo de puta! —vociferó Crane.

Agarró a Hallmyer por las solapas y lo sacudió al mismo tiempo. Luego lo soltó y se dirigió al cobertizo.

Hallmyer espetó algunas órdenes a los operarios y un instante después un cuerpo chocó contra las pantorrillas de Crane y lo derribó contra el suelo. Se puso de pie vacilante, sacudiendo los puños. *Umber* estaba a su lado, gruñendo por encima del crujir de las llamas. Crane golpeó a un hombre en el rostro, y vio cómo se desplomaba contra un segundo. Levantó una rodilla con un impulso violento que derribó, doblado en el suelo, al último operario. Luego agachó la cabeza y se zambulló en el taller.

No sintió el fuego al principio, pero cuando alcanzó la escalerilla y comenzó a trepar hasta la escotilla, gritó de agonía por las quemaduras. *Umber* estaba aullando al pie de la escalerilla, y Crane advirtió que el perro nunca podría escapar del estallido de los cohetes. Se estiró hacia abajo y subió a *Umber* a la nave.

Crane estaba bamboleante cuando cerró y aseguró la escotilla. Permaneció consciente lo bastante como para acomodarse en la litera elástica. Luego, sólo el instinto guió sus manos hacia el tablero de control; instintiva y frenéticamente rehusó dejar que su hermosa nave fuera pasto de las llamas. Fallaría..., sí. Pero fallaría intentándolo.

Sus dedos recorrieron los interruptores. La nave se sacudió y rugió. Y la oscuridad descendió sobre él.

¿Cuánto tiempo permaneció inconsciente? No se podría decir. Crane despertó con una fría presión contra su rostro y cuerpo, y el sonido de gemidos asustados en sus oídos. Miró hacia arriba y vio a *Umber* enredado en los elásticos y correas de la litera. Su primer impulso fue reír, luego súbitamente lo advirtió; ¡estaba mirando hacia arriba! Estaba mirando hacia arriba, a la litera.

Yacía retorcido sobre el hueco de la nariz del cristal. Esa nave se había elevado a las alturas..., quizá más allá de la zona de Roche, hasta el límite de la atracción gravitacional de la Tierra, pero entonces, sin manos que la guiaran y controlaran, había continuado su vuelo, había girado y estaba cayendo hacia atrás sobre la Tierra. Crane espizó a través del cristal y se quedó sin aliento.

Por debajo de él estaba el globo terrestre. Se veía unas tres veces más grande que la Luna. Y ya no era más la Tierra. Era un globo de fuego moteado con nubes negras. En las regiones más extremas del polo había algún diminuto parche blanco, y mientras Crane miraba, súbitamente se emborronó con brumosos tonos de rojo, escarlata y carmesí. Hallmyer había tenido razón.

Crane permaneció helado en el hueco de la nariz mientras la nave descendía, mirando como las llamas gradualmente se disipaban, no dejando otra cosa que una

densa alfombra negra alrededor de la Tierra. Yacía mudo de horror, incapaz de comprender..., incapaz de creer que la gente se hubiera hecho humo, que un verde y hermoso planeta quedara reducido a cenizas y escoria. Todo lo que había sido querido y próximo a él había... desaparecido. No podía pensar en Evelyn.

El aire silbando afuera despertó algún instinto en él. Los pocos jirones de razón que aún le quedaban le dijeron cómo ir hacia abajo dentro de la nave y olvidarlo todo en medio de la tormenta y la destrucción; el instinto vital lo obligó a entrar en acción. Trepó hasta el cajón de almacenaje y se dispuso para aterrizar. Paracaídas, un pequeño tanque de oxígeno..., una mochila con provisiones. Sólo medio consciente de lo que estaba haciendo, se vistió para el descenso, sujetó la cuerda en el automático del paracaídas y abrió la puerta. *Umber* gemía patéticamente; cogió el pesado perro en sus brazos y se arrojó al espacio. Pero el espacio no era tan espeso como lo estaba ahora. Era difícil respirar. Pero era porque el aire estaba enrarecido..., no lleno con arena como ahora.

Cada aspiración estaba llena de cristal en el suelo... o cenizas... o escoria... Había retornado al sofocado presente, cuyo peso blando lo abrazaba con fuerza y hacía que tuviera que luchar para respirar. Crane fue asaltado por el pánico, luego se relajó.

Había sucedido antes. Hace ya mucho tiempo había estado enterrado profundamente bajo las cenizas cuando dejó de recordar. Hace semanas... o días... o meses. Crane arañó con sus manos, saliendo lentamente del monte de cenizas que el viento había acumulado sobre él. Pronto emergió a la luz otra vez. El viento se había disipado. Era hora de volver a arrastrarse una vez más.

Las vívidas imágenes de su memoria lo asaltaron otra vez ante la desolada vista que se extendía delante. Crane frunció el entrecejo. Recordaba demasiado y con demasiada frecuencia. Tenía la vaga esperanza de que si se esforzaba en recordar, podría cambiar las cosas que había hecho —sólo una cosa diminuta—, y luego todo esto no sería cierto. Pensó: «me ayudaría saber que alguien recuerda y desea al mismo tiempo... pero no hay nadie. Soy el único. Soy el último recuerdo de la Tierra. Soy la última vida».

Se arrastró. Codos, rodilla, codos, rodilla... Y luego Hallmyer estaba arrastrándose a su lado y haciendo un gran juego del asunto. Se reía entre dientes y se zambullía en la escoria como un feliz león de mar.

—Pero ¿por qué tenemos que ir al mar? —dijo Crane.

Hallmyer sopló una espuma de cenizas.

—Pregúntale a ella —dijo, señalando al otro lado de Crane.

Evelyn estaba allí, arrastrándose seria, intensamente, imitando cada una de las más pequeñas acciones de Crane.

—Es por nuestra casa —dijo ella—. ¿Recuerdas nuestra casa, cariño? Sobre el

risco, íbamos a vivir allí para siempre jamás. Estaba allí cuando te fuiste. Ahora estás volviendo a la casa en el borde del mar. Tu maravilloso vuelo ha terminado, querido, y estás volviendo a mí. Viviremos juntos, sólo nosotros dos, como Adán y Eva...

—Es hermoso —dijo Crane.

Entonces Evelyn giró la cabeza y gritó:

—¡Oh, Steven! ¡Cuidado!

Crane sintió la amenaza cerrándose otra vez sobre él. Aún arrastrándose, miró fijamente hacia atrás a las vastas planicies de ceniza, y no vio nada. Cuando miró a Evelyn de nuevo vio sólo su propia sombra, delgada y negra. Pronto, también, ésta se desvaneció cuando pasaron los deslizantes rayos de luz solar.

Pero el sueño permanecía. Evelyn le había advertido dos veces, y ella siempre tenía razón. Crane se detuvo, giró, y se dispuso a vigilar. Si algo iba realmente a suceder, debería ver qué era lo que venía tras sus huellas.

Hubo un penoso momento de lucidez. Se clavaba a través de la fiebre y el aturdimiento, con el filo y la fuerza de un cuchillo.

«Estoy loco —pensó—. La corrupción de mi pierna se ha extendido a mi cerebro. No hay Evelyn, ni hay Hallmyer, ni amenaza. En toda esta tierra no hay vida salvo la mía... y hasta los fantasmas y espíritus del mundo inferior deben haber perecido en el infierno que envolvió el planeta. No..., no hay nadie excepto yo y mi malestar. Estoy agonizando..., y cuando perezca, todo perecerá conmigo. Sólo quedará una masa de cenizas sin vida».

Pero hubo un movimiento.

El instinto otra vez... Crane dejó caer la cabeza y se mantuvo inmóvil. A través de las rendijas de los ojos contempló las planicies de ceniza, preguntándose si la muerte le estaría jugando una mala pasada a su vista. Otra cortina de lluvia se estaba moviendo hacia él y esperó que pudiera estar seguro antes de que toda su visión se borrara.

Sí. Allí.

A un cuarto de milla atrás, una forma marrongrisácea estaba moviéndose velozmente sobre la superficie gris. A pesar del zumbido de la lluvia distante, Crane pudo oír el murmullo de las cenizas pisoteadas y las pequeñas nubes producidas por los brincos. Extendió la mano con sigilo hacia el revólver en su mochila, mientras su mente buscaba débilmente las explicaciones y se espantaba de miedo.

La cosa se aproximaba, y súbitamente Crane entrecerró los ojos y comprendió. Recordó a *Umber* pataleando con miedo y saltando lejos de él cuando el paracaídas llegó con ellos a la cenicienta cara de la Tierra.

—Bueno, es *Umber* —murmuró. Se levantó un poco. El perro se detuvo—. ¡Aquí, chico! —dijo Crane ronca y felizmente—. ¡Aquí, chico!

Estaba lleno de júbilo. Advirtió la soledad que había caído sobre él, una horrible

sensación de entidad en el vacío. Ahora él no era la única vida. Había otra. Una vida amistosa que podía ofrecerle amor y compañerismo. La esperanza se encendió de nuevo.

—¡Aquí, chico! —repitió—. Ven, chico...

Después de un rato se detuvo, tratando de hacer chasquear los dedos. El mastín se echó hacia atrás, mostrando los colmillos y una lengua colgante. El perro estaba enflaquecido y sus ojos brillaban rojos en el atardecer. Mientras Crane lo llamaba una vez más, el perro gruñó. Rescaldos de cenizas brotaron de su nariz.

Tiene hambre, pensó Crane, eso es todo. Buscó en la mochila y, ante el gesto, el perro volvió a gruñir. Crane sacó la barra de chocolate y laboriosamente le quitó el envoltorio de papel y metal. La arrojó sin fuerzas hacia *Umber*. Cayó demasiado cerca. Después de un minuto de salvaje incertidumbre, el perro avanzó con lentitud y mordisqueó el alimento. Las cenizas le cubrieron el hocico. Lamió sus mandíbulas incesantemente y continuó avanzando hacia Crane.

El pánico lo atenazó. Una voz insistía: éste no es un amigo. No tiene amor ni compañerismo hacia ti. El amor y el compañerismo se han desvanecido en la Tierra junto con la vida. Ahora no queda nada, salvo el hambre.

—No —susurró Crane—. No es cierto que tengamos que desgarrarnos el uno al otro y devorarnos...

Pero *Umber* estaba avanzando con un deslizarse furtivo, y enseñaba los dientes, afilados y blancos. Y mientras Crane lo miraba con fijeza, el perro gruñó y acometió.

Crane metió un brazo bajo el hocico del perro, pero el peso de la carga lo arrastró hacia atrás. Gritó con agonía cuando su rota e hinchada pierna chocó contra el peso del perro. Con la mano libre golpeó débilmente, una y otra vez, apenas sintiendo el crujir de los dientes sobre el brazo izquierdo. Luego algo metálico estuvo bajo su mano y advirtió que se encontraba sobre el revólver que había dejado caer.

Lo aferró y rezó porque las cenizas no lo hubieran obturado. En el momento en que *Umber* soltó su brazo y mordía su garganta, Crane levantó el arma y hundió el cañón ciegamente contra el cuerpo del perro. Apretó y apretó el gatillo, hasta que los estruendos murieron y sólo se escuchó el sonido de los chasquidos. *Umber* se estremeció en las cenizas ante él; su cuerpo apenas tenía dos disparos. El espeso escarlata tiñó el gris.

Evelyn y Hallmyer miraban tristemente al derribado animal.

Evelyn estaba llorando, y Hallmyer se pasaba los dedos por el cabello con ese viejo gesto suyo.

—Esto es el fin, Steven —dijo—. Has matado a una parte de ti mismo. Oh... continuarás viviendo, pero no todo tú. Es mejor que entierres el cuerpo, Steven, es el cuerpo de tu alma.

—No puedo —dijo Crane—. El viento hará volar las cenizas.

—Entonces quémallo —ordenó Hallmyer con la lógica de los sueños.

Pareció que ellos lo ayudaban a meter el perro muerto en la mochila. Le ayudaron

a quitarse las ropas y a hacer una pila debajo. Colocaron sus manos alrededor de las cerillas hasta que las ropas se encendieron, y soplaron la débil llama hasta que ésta chisporroteó y ardió limpiamente. Crane se acurrucó junto al fuego y lo alimentó. Luego se giró una vez más y comenzó a arrastrarse hacia el lecho oceánico. Estaba desnudo, ahora. No quedaba nada de aquello-que-había-sido, excepto su vacilante y pequeña vida.

Estaba demasiado abatido por la pena para advertir la furiosa lluvia que lo golpeaba y abofeteaba, o el dolor punzante que se extendía por su pierna y alcanzaba su cadera. Se arrastró. Codos, rodilla, codos, rodilla... Rígida, mecánicamente, indiferente a todo..., a las celosías de los cielos, a las tristes planicies cenicientas y hasta al mortecino fulgor del agua que se encontraba más adelante.

Supo que era el mar..., que ya era el viejo mar, o el nuevo mar de la humanidad. Pero estaría vacío, un mar sin vida que algún día golpearía contra una árida costa sin vida. Sería un planeta de piedra y polvo, de metal y nieve y hielo y agua, pero eso sería todo. No más vida. Él, solo, era inútil. Era Adán, pero sin Eva.

Evelyn le hizo señas alegremente desde la costa. Estaba de pie junto al blanco *cottage* con el viento remolineando su vestido para enseñar las esbeltas líneas de su figura. Y cuando Crane se acercó un poco, ella corrió hacia él y lo ayudó. No dijo nada..., sólo colocó las manos sobre sus hombros y lo ayudó a mover el peso de su cuerpo, abatido y agobiado por el dolor. Y así, por último, él alcanzó el mar.

El mar era real. Eso lo comprendió. Pues después de que Evelyn y el *cottage* se hubieran desvanecido, sintió las frías aguas bañar su rostro.

«Aquí está el mar —pensó Crane—, y aquí estoy yo. Adán sin Eva. Es irremediable».

Avanzó un poco más en las aguas. Éstas lavaron su cuerpo desgarrado. Se encontraba con el rostro hacia el cielo, contemplando los cielos amenazantes, y la amargura estalló dentro de él.

—¡No es justo! —gritó—. No es justo que todo esto haya pasado. La vida es demasiado maravillosa para perecer por el acto de una loca criatura...

Las tranquilas aguas lo lavaron. Tranquilas... calmas... El mar lo acunaba gentilmente, y hasta la muerte que se extendía hacia su corazón ya no tenía más las manos enguantadas. Súbitamente los cielos se abrieron —por primera vez en todos esos meses— y Crane contempló las estrellas.

Entonces lo supo. No era el fin de la vida. Nunca podría haber un fin de la vida. Dentro de su cuerpo, dentro de los putrefactos tejidos mecidos gentilmente por el mar estaba la fuente de diez millones de millones de vidas. Células... tejidos..., bacterias... amebas... incontables vidas infinitas que enraizarían en las aguas y vivirían mucho después que él hubiera partido.

Vivirían de sus putrefactos restos. Se alimentarían una de otra. Se adaptarían por sí mismas al nuevo entorno y se alimentarían de minerales y sedimentos lavados por el nuevo mar. Crecerían, germinarían, se desarrollarían. La vida volvería a alcanzar

las tierras una vez más. Comenzaría otra vez el mismo viejo y repetido ciclo que había comenzado quizá con el putrefacto cadáver del último sobreviviente de un viaje interestelar. Sucedería una y otra vez en las edades futuras.

Y entonces supo lo que había traído al mar. No había necesidad de Adán... ni de Eva. Sólo el mar, la gran madre de la vida, era necesario. El mar lo había llamado a sus profundidades, de las cuales la vida pronto surgiría una vez más, y se sintió contento.

Las tranquilas aguas lo confortaron. Tranquilas..., calmas... La madre de la vida mecía al último nacido del viejo ciclo que se transformaría en el primer nacido del nuevo. Y, con ojos brillantes, Steven Crane sonrió a las estrellas, las estrellas que aún parpadeaban a través del cielo. Las estrellas no habían formado aún las constelaciones familiares, y no lo harían hasta que hubieran pasado otros cientos de millones de siglos.

Anochecer

*Isaac Asimov (1920-1992)^[25]
Astounding Science Fiction, septiembre*

(Bien, aquí está; «Anochecer» fue mi decimosexto relato publicado, pero el trigésimo segundo que escribí. Lo hice en marzo de 1941, cuando tenía 21 años y cuarto. Fue el primer relato por el que Campbell me pagó una gratificación. Fue el primero de mis relatos que apareció como relato principal en un número de Astounding. Fue el primer relato que mereció una portada.

Obviamente, para mí fue un hito.

Aunque en aquel momento no me di cuenta exactamente hasta qué punto.

En aquella época era sólo otra historia más que había escrito, y no llamó demasiado la atención, pero a medida que los meses y los años fueron pasando, pareció hacerse retrospectivamente más y más grande hasta que ahora, no sólo hay unanimidad en que es el mejor relato corto que he escrito, sino también que es el mejor relato de ciencia ficción jamás escrito. Al menos, en varias votaciones, incluyendo la de los miembros de la Science Fiction Writers of America, está colocada en primer lugar.

Lamento tener que decir que disiento. En mi opinión, he escrito tres relatos cortos que son mejores y ya me encargaré de que aparezcan en esta serie cuando llegue el momento adecuado. En realidad, creo que «Anochecer» tiene serios defectos y rudezas en lo que al estilo se refiere. Sin embargo, después de que apareciera, jamás volví a escribir otro relato de ciencia ficción que no fuera publicado, y fueron muy pocos los que no han sido aceptados por el primer editor a quien se los ofrecía, así que supongo que «Anochecer», tres años después de haber empezado a enviar historias con vistas a su publicación, marcó el final de mi aprendizaje. I. A.)

Si las estrellas aparecieran una noche cada mil años, ¿cómo podrían los hombres creer, adorar y preservar durante muchas generaciones el recuerdo de la ciudad de Dios?

EMERSON

Aton 77, director de la universidad de Saro, alargó el labio inferior con actitud desafiante y contempló furioso al joven periodista.

Theremon 762 no lo tomó en cuenta. En los primeros días, cuando su columna era sólo una loca idea que pululaba en la cabeza de un cachorro de reportero, había acabado por especializarse en entrevistas «imposibles». Le había costado magulladuras, ojos morados y huesos rotos; pero, en cambio, le había proporcionado buenas reservas de frialdad y discreción.

De modo que hizo caso omiso de cuanta gesticulación prodigara el otro y esperó pacientemente que cosas peores llegaran. Los astrónomos eran bichos raros y si lo que Aton había llevado a cabo en los últimos dos meses significaba algo, entonces se trataba del bicho más raro del grupo.

Aton 77 encontró una voz apropiada y la hizo fluir con la rebuscada, cuidadosa y pedante fraseología (puntal de su fama, entre otras cosas) que nunca abandonaba.

—Señor —dijo—, manifiesta usted una flema insufrible viniéndome con tan impúdica proposición.

El fornido telefotógrafo del observatorio, Beenay 25, se pasó la punta de la lengua por sus labios resecos, e intervino.

—Ahora, señor, después de todo...

El director se volvió hacia él y arqueó una blanca ceja.

—No interfiera, Beenay. Ya he hecho bastante creyendo en sus buenas intenciones al traer a este hombre aquí; pero no toleraré la menor insubordinación.

Theremon decidió que había llegado la hora de abrir la boca.

—Director Aton, si me permitiera comenzar lo que quiero decirle, creo que...

—Pues yo no creo, joven —replicó Aton—, que nada de cuanto pueda decir sirva para mitigar lo que ha ido apareciendo en los dos últimos meses en su columna impresa. Ha llevado usted a cabo una tenaz campaña periodística contra los esfuerzos que yo y mis colegas hemos desplegado para preparar al mundo contra la amenaza que, desgraciadamente, ha sido imposible impedir. Se ha cubierto usted de gloria dirigiendo ataques personales contra la investigación y el personal de este observatorio con el único objeto de ridiculizarnos.

Cogió de una mesa un ejemplar del *Chronicle* de Saro y lo desplegó furiosamente ante Theremon.

—Hasta una persona de su muy conocida impudicia habría dudado antes de venirme con una propuesta que esa misma persona ha estado utilizando como material de gaceta en una columna de periódico.

Aton arrojó el periódico al suelo, se dirigió a la ventana y se quedó allí con las manos unidas en la espalda.

—Puede retirarse —dijo por encima de su hombro.

Elevó la mirada y contempló la ubicación de Gamma, el más brillante de los seis soles del planeta. Amarillento, declinaba ya su curso sobre la línea del horizonte, y Aton sabía que nunca más volvería a verlo con ojos tranquilos. Entonces se volvió.

—No, aguarde, venga aquí. —Gesticuló perentoriamente—. Le proporcionaré lo que desea.

El periodista no había hecho, empero, el menor gesto que indicara su retirada, y ahora se aproximó lentamente al anciano. Aton señaló al exterior.

—De los seis soles, sólo Beta quedará en el cielo. ¿Puede verlo?

La pregunta era más bien innecesaria. Beta estaba casi en su cenit, con su rojiza luz derivando hacia el naranja, como los brillantes rayos del poniente Gamma. Beta estaba en el afelio. Era pequeño; menor incluso que otras veces en que lo viera Theremon; y por el momento era el indiscutido rey del firmamento de Lagash.

Alfa, el sol de Lagash propiamente dicho, alrededor del cual trazaba su órbita, estaba en las antípodas respecto de sus dos distantes congéneres. El rojo y enano Beta —compañero inmediato de Alfa— estaba solo, cruelmente solo.

La alzada cara de Aton brillaba con rojizo resplandor bajo los rayos solares.

—Dentro de cuatro horas —dijo—, la civilización, tal cual la conocemos, llegará a su fin. Y será así porque, como usted ve, Beta es el único sol en el cielo. —Sonrió con dureza—. ¡Escriba eso! No habrá nadie que pueda leerlo.

—¿Y si transcurren cuatro horas, y luego otras cuatro, y no ocurre nada? —preguntó Theremon en voz baja.

—No se preocupe por esas menudencias. Lo que ha de ser, será.

—¡Garantícelo! Y, repito: ¿si no ocurriera nada?

En una ráfaga de segundo llegó la voz de Beenay 25.

—Señor, creo que debe usted escucharle.

—Sométalo a votación, director Aton —dijo Theremon.

Hubo una ligera agitación entre los cinco miembros restantes de la plantilla del observatorio, que hasta el momento habían mantenido una actitud neutral.

—Eso —dijo Aton engraido— no será necesario. —Sacó su reloj de bolsillo—. Desde que su gentil amigo Beenay comenzó a insistir urgentemente en que yo debía escucharle a usted, han transcurrido cinco minutos. Prosiga.

—¡Perfecto! ¿Qué diferencia habría para su reputación si usted se dignara permitirme que yo fuera testigo presencial de lo que haya de suceder? Pues si su predicción es cierta, mi presencia no constituiría molestia alguna, ya que, en ese caso, mi columna jamás sería escrita. Y, por otro lado, si nada ocurre, como usted no esperará sino el ridículo o algo peor, sería una sabia medida si dejara previamente el ridículo a cargo de los amigos.

—Cuando dice amigos, ¿se refiere a personas como usted? —preguntó Aton.

—Por supuesto —replicó Theremon, tomando asiento y cruzando las piernas—. Mi columna acaso haya llegado a ser un tanto grosera, pero al menos posee la virtud de introducir una sana duda en la gente. Después de todo, no estamos en el siglo de los apocalipsis. Como usted sabe, la gente ya no cree en el *Libro de las Revelaciones* y le fastidia mucho que los científicos vuelvan una y otra vez a machacarnos con que, a fin de cuentas, los cultistas son los que tienen razón.

—Se equivoca usted, joven —se lanzó Aton—. Aunque los grandes planes que todavía subsisten han tenido su origen en el culto, nuestros resultados están completamente expurgados de cualquier misticismo que derive de él. Los hechos son los hechos y la llamémosle mitología del culto está respaldada por unos cuantos. Así lo hemos explicado al pueblo para desvelar de una vez el misterio. Le aseguro que el culto tiene mayores motivos que ustedes para odiarnos.

—No siento ningún odio hacia usted. Simplemente, intento decirle que el público está hasta las narices. Irritado, ¿entiende?

—Pues que siga irritado —dijo Aton, ladeando la boca con burla.

—Como quiera, pero ¿qué ocurrirá mañana?

—¡No habrá ningún mañana!

—En caso de que lo haya. Digamos que ese mañana se reduce a lo justo para ver lo que haya de ocurrir. Esa irritación puede convertirse en algo serio. Las cosas se han precipitado en los dos últimos meses. Los inversores afirman no creer que se aproxime el fin del mundo, pero por si las moscas, se encierran en sus casas con su dinero. La opinión pública no cree en usted, fíjese, y sin embargo lleva trastornada su vida desde hace meses y aún lo estará otros tantos... hasta estar segura.

»De manera que usted puede darse cuenta de dónde está el meollo. Tan pronto acabe todo, lo interesante será saber qué ocurrirá con usted. Pues afirman que de ningún modo van a permitir que un cantamañanas, con perdón, cito textualmente, les altere la prosperidad nacional con profecías, máxime cuando la profecía incluye al planeta entero. El panorama es bastante negro, señor.

—Muy bien —dijo Aton mirando al columnista—, ¿y qué propone usted para remediar esas consecuencias?

—Algo muy sencillo —contestó el otro—: hacerme cargo de la publicidad del asunto. Manejar las cosas de manera que sólo aflore el lado ridículo. Lo que va a ser un tanto difícil porque he contribuido personalmente, debo admitirlo, a indisponerlo ante esa turba de idiotas ofuscados, pero si consigo que la gente tan sólo se ría de usted, le aseguro que al final olvidará su ira. A cambio usted me concederá la historia en exclusiva.

—Señor, nosotros pensamos que el periodista está en lo cierto —intervino Beenay—. Estos dos últimos meses hemos estado considerando las posibilidades de un error en nuestra teoría y nuestros cálculos y, en efecto, existe al menos una posibilidad en alguna parte. Pues no debemos descartar esa posibilidad, así sea entre un millón, señor.

Hubo un murmullo de aprobación entre los hombres agrupados alrededor de la mesa, y la expresión de la cara de Aton se aproximó a la del que mastica algo amargo y no puede escupirlo.

—Permanezca aquí si ése es su deseo. Se cuidará, sin embargo, de no estorbarnos mientras cumplimos con nuestras obligaciones. Usted recordará en todo momento que yo estoy al cargo de todas las actividades aquí y, olvidándonos de las opiniones otrora expresadas por usted en su columna, esperaré mayor cooperación y sobre todo mayor respeto...

Sus manos se anudaron de nuevo en su espalda y una mueca de determinación se dibujó en sus facciones mientras hablaba. Hubiera continuado por más tiempo de no ser porque resonó entonces una nueva voz.

—¡Hola, hola, hola! —Era una voz de alto tono que surgía de entre las rollizas mejillas del sonriente recién llegado—. ¿Qué es esta atmósfera tan tétrica? Espero que los ánimos no hayan decaído del todo.

—¿Qué diantres está haciendo aquí, Sheerin? —preguntó displicente el sorprendido Aton—. Debería estar en el refugio.

Sheerin sonrió y dejó caer su voluminoso cuerpo sobre una silla.

—¡Qué reviente el refugio! El lugar me aburre. Prefiero estar aquí, donde se mascan las grandes cosas. ¿Acaso supone usted que no tengo ni pizca de curiosidad? Quiero ver esas estrellas de las que siempre han hablado los cultistas. —Se frotó las manos y añadió en tono más sereno—: Hace frío fuera. El viento le congela la nariz a uno. A la distancia que está Beta no parece proporcionar el menor calor.

—¿Por qué ha cometido esta negligencia, Sheerin? —exclamó Aton con exasperación—. Aquí no tiene nada útil que hacer.

—Y allá tampoco tengo nada útil que hacer —replicó Sheerin mostrando las palmas de las manos con cómica resignación—. Un psicólogo gasta más que gana en el refugio. Allí se necesitan hombres fuertes y de acción, y mujeres saludables que puedan criar niños. Pero ¿yo? Tendrían que quitarme cien libras para ser un hombre de acción y no tendría mucho éxito si probara a criar un niño. ¿Por qué, pues, voy a molestarlos con una boca más que alimentar? Me siento mejor aquí.

—¿Qué es eso del refugio, señor? —preguntó Theremon.

Sheerin pareció ver al columnista por vez primera. Hinchó sus amplios carrillos al tiempo que los distendía.

—Y usted, pelirrojo, ¿quién es en este valle de lágrimas?

Aton apretó los labios y luego murmuró hoscamente:

—Es Theremon 762, el periodista. Supongo que habrá oído hablar de él.

Se estrecharon la mano.

—Y, naturalmente —dijo Theremon—, usted es Sheerin 501 de la universidad de Saro. He oído hablar de usted. —Entonces repitió—: ¿Qué es eso del refugio, señor?

—Verá —explicó Sheerin—, nos las arreglamos para convencer a unas cuantas personas de que teníamos razón en nuestra... nuestra profecía, de manera que

tomaron las medidas oportunas. Se trata mayoritariamente de familiares del personal del observatorio de la universidad de Saro, y unos cuantos ajenos. En conjunto, suman unos trescientos, aunque las tres cuartas partes son mujeres y niños.

—Entiendo. Intentan esconderse donde las tinieblas y las... las estrellas no puedan alcanzarlos y donde resistir cuando el mundo se convierta en un caos.

—Es una hipótesis. No será nada fácil. Con toda la humanidad enferma, las grandes ciudades ardiendo, y lo que no podemos ni imaginar, las condiciones de supervivencia se reducirán al mínimo. Con ese objeto hay alimentos, agua, protección y armas en el refugio...

—Y algo más —intervino Aton—. También nuestros informes, excepto los que recogen estos últimos momentos. Esas fichas lo serán todo para el siguiente ciclo y eso es lo que debe sobrevivir. El resto puede irse al diablo.

Theremon suspiró largamente y se mantuvo un rato inmóvil en la silla. Los hombres en torno a la mesa habían sacado un tablero de multiajedrez y contemplaban una partida a seis. Los movimientos eran realizados con rapidez y en silencio. Todas las miradas parecían concentrarse profundamente en el tablero. Theremon los miró con curiosidad capciosa y luego se levantó para acercarse a Aton, que se mantenía aparte en sigilosa conversación con Sheerin.

—Escuchen —dijo—, vayamos a algún sitio donde no molestemos a los demás. Quiero hacer algunas preguntas.

El anciano astrónomo lo miró cejijunto, pero Sheerin gorjeó alegremente:

—Cómo no. Me hará mucho bien poder hablar. Siempre me consuela. Aton estaba exponiéndome sus ideas sobre la reacción del mundo en caso de que fallara nuestra predicción, y coincido con usted. Leo su columna con bastante regularidad, por cierto, y debo decirle que me agrada su punto de vista.

—Por favor, Sheerin —gruñó Aton.

—¿Eh? Vaya, está bien. Iremos a la sala de al lado. En cualquier caso hay sillas más cómodas.

Las sillas eran más blandas en la habitación de al lado. Había cortinas rojas en las ventanas y una alfombra marrón cubría el suelo. Con el mortecino y rojizo reflejo de Beta, la impresión general le helaba la sangre a uno.

—Vaya —se quejó Theremon—, no sé lo que daría por una decente ración de luz blanca, aunque fuera sólo durante un segundo. Me gustaría que Gamma o Delta estuvieran en el cielo.

—¿Qué es lo que quería preguntar? —inquirió Aton—. Recuerde, por favor, que nuestro tiempo es limitado. En poco más de hora y cuarto comenzarán a ocurrir anomalías; después... ya no habrá tiempo para hablar.

—Bien, empecemos. —Theremon se acomodó en un sillón y cruzó sus manos sobre el pecho—. Su gente se lo toma tan en serio que estoy comenzando a creerle a usted. ¿Podría explicarme con claridad en qué consiste el fenómeno?

Aton estalló.

—¿Pretende decir que ha estado todo este tiempo ridiculizándonos sin saber lo que hemos estado diciendo?

—No se ponga furioso —dijo Theremon—. No es tan malo como usted dice. Sí he captado una idea general sobre lo que ustedes han intentado explicar al ciudadano medio: que el mundo se verá cubierto de tinieblas dentro de escasas horas y que la humanidad se volverá loca. Lo que yo quiero saber es la parte científica del asunto.

—No lo haga, no lo haga —estalló Sheerin—. Si se lo pregunta a Aton, empezará a remitirle a libros y más libros, le traerá enciclopedias y monografías, tratados, diagramas y toda la pesca. Se lo explicará de cabo a rabo. Por el contrario, si me lo pregunta a mí se lo expondré en el más profano de los lenguajes.

—De acuerdo; se lo pregunto a usted.

—Entonces, tomaré antes un trago.

Sheerin se quedó mirando a Aton.

—¿Agua? —gruñó Aton.

—¡No sea bobo!

—No sea bobo usted. Nada de alcohol ahora. Sería demasiado cómodo emborrachar a mis hombres en estos momentos. No puedo permitirles caer en la tentación.

El psicólogo gruñó para sus adentros. Se volvió hacia Theremon, lo atravesó con la mirada y comenzó.

—Usted sabrá, supongo, que la historia de la civilización de Lagash presenta un carácter cíclico, ¿comprende?, cíclico.

—Lo sé —comentó Theremon con cautela—; sé, al menos, que ésa es la teoría arqueológica. Pero ¿ha sido demostrada?

—Más o menos. En este último siglo se ha visto confirmada. El carácter cíclico es (mejor dicho: era) uno de los grandes misterios. Ha habido otras civilizaciones antes de la nuestra, nueve en conjunto, y hay rastros de otras tantas. Alcanzaron un nivel comparable al nuestro y todas, sin excepción, fueron destruidas por el fuego al alcanzar la cúspide de su cultura.

»Y nadie podría decir por qué. Todos los emporios fueron arrasados por el fuego sin dejar tras sí la menor indicación de las causas.

—¿Tuvieron también una Edad de Piedra?

—Probablemente, aunque nada conocemos de ese período, excepto que el hombre de esa edad era un poco más inteligente que los monos. De modo que podemos olvidarlo.

—Entiendo. Prosiga.

—Hubo muchas explicaciones sobre las catástrofes reiteradas, a cada cual más fantástica. Algunos dijeron que se debía a periódicas lluvias de fuego; otros, que Lagash atravesaba un sol cada equis tiempo; y también los hubo que propusieron hipótesis más descabelladas. Pero hay una completamente diferente que ha sido transmitida y conservada a través de los siglos.

—Lo sé. Se refiere usted a ese mito de las «estrellas» que se encuentra en el *Libro de las Revelaciones* de los cultistas.

—¡Exactamente! —exclamó Sheerin con satisfacción—. Los cultistas dijeron que cada dos mil cincuenta años Lagash penetra en una inmensa zona en la que todos los soles desaparecen, sobreviniendo una total oscuridad en todo el mundo. Entonces, las cosas llamadas estrellas aparecen, despojan a los hombres de su razón y los convierten en semejantes a brutos, de tal manera que los hombres destruyan la civilización que ellos mismos construyeron. Naturalmente, los cultistas mezclaron todo esto con un montón de nociones místico-religiosas, pero la idea central puede extraerse.

Hubo una corta pausa en la que Sheerin lanzó un profundo suspiro.

—Ahora, pasaremos a la Teoría de la Gravitación Universal.

Lo dijo de tal manera que incluso las mayúsculas tuvieron su sonido particular. Y, en aquel momento, Aton se apartó de la ventana, bufó con ostentación y salió airadamente de la sala.

Los otros dos se quedaron mirando su partida.

—¿Qué pasa? —preguntó Theremon.

—Nada de particular —repuso Sheerin—. Dos hombres tenían que haberse presentado hace varias horas y aún no han aparecido. Es un caso que raya la restricción de personal porque todos, excepto los realmente esenciales, están en el refugio.

—¿Cree usted que han desertado?

—¿Quiénes? ¿Faro y Yimot? Claro que no. Aunque no les convendría no aparecer cuando todo esto empiece. —Se puso en pie de repente y parpadeó—. Por cierto, mientras Aton se encuentra fuera...

Corrió hacia la ventana más cercana, se agachó y de la caja inferior del enmarcado sacó una botella de líquido rojo que brilló sugestivamente cuando la agitó.

—Espero que Aton no sepa nada de esto —puntualizó mientras volvía a su silla—. No hay más que un vaso. Como invitado de la casa, tiene usted preferencia. Yo beberé de la botella.

Y escanció un leve y escaso chorrito con sumo cuidado.

Theremon se irguió para protestar, pero Sheerin adoptó una actitud digna.

—Respete a sus mayores, joven.

El periodista se sentó con expresión de angustia en el rostro.

—Sigamos, pues, viejo pícaro.

La nuez de Adán del psicólogo se movió repetidas veces mientras mantenía la botella levantada; luego, con un eructo de satisfacción, comenzó de nuevo.

—Bien, ¿qué sabe usted sobre la ley de la gravitación?

—Nada, excepto que su desarrollo es muy reciente, todavía no lo bastante como para decirse que esté totalmente fundamentada, y que su fórmula es tan difícil que sólo una docena de hombres en Lagash pueden presumir de entenderla.

—¡Venga, hombre! ¡Absurdo, ridículo! ¡Mentira infame! Puedo resumirle la fórmula en una frase. La ley de gravitación universal estipula que existe una fuerza de atracción entre todos los cuerpos del universo, fuerza que, entre dos cuerpos dados, es proporcional al producto de sus masas partido por el cuadrado de sus distancias.

—¿Eso es todo?

—¡Es suficiente! Llevó cuatrocientos años desarrollarla.

—¿Cómo tanto? Tal y como usted lo ha dicho parece bastante simple.

—Porque las grandes leyes no surgen por inspiración divina, sino que hay que pensar e investigar duramente para encontrarlas. Ordinariamente se obtienen tras el trabajo colectivo de muchos siglos de actividad científica. Después que Genovi 41 descubriera que Lagash tenía un movimiento de traslación alrededor del sol Alfa y no al contrario (y esto ocurrió hace cuatrocientos años), los astrónomos se pusieron a trabajar sobre esta base. Los complejos movimientos de los seis soles fueron registrados, analizados y confrontados. Hipótesis tras hipótesis, las conclusiones primarias eran confrontadas con las secundarias, rectificadas, comprobadas las rectificaciones y nuevamente arriesgadas las hipótesis. Fue un trabajo infernal.

Theremon agitó la cabeza y extendió su vaso para que fuera llenado de nuevo. Sheerin se mantuvo incólume, pero luego sirvió unas cuantas gotas a regañadientes.

—Hace veinte años —continuó— se descubrió que la ley de gravitación universal daba cuenta exacta de los movimientos orbitales de los seis soles. Y fue un gran triunfo.

Sheerin se puso en pie y se dirigió a la ventana, siempre con la botella en la mano.

—Y aquí llegamos al quid de la cuestión. En la última década la eclíptica de Lagash respecto de Alfa fue medida de acuerdo con la ley de gravitación y no coincidió con la órbita que se observaba; ni siquiera cuando se incluyeron todas las perturbaciones debidas a los otros soles. O la ley no servía o allí había algún otro factor desconocido.

Theremon se levantó y se reunió con Sheerin en la ventana, contemplando, más allá de las vertientes cubiertas de bosque, las cúpulas de Saro City que reverberaban sanguinolentamente recortadas contra el horizonte. El periodista sintió que la tensión de lo incierto corroía sus entrañas mientras lanzaba una rápida ojeada a Beta. Brillaba rojizo en su cenit, pero su tono era apagado y malévolo.

—Continúe, señor —dijo suavemente.

—Con los años, los astrónomos especularon con hipótesis cada vez más absurdas..., hasta que Aton tuvo la inspiración de buscar alguna fuente en el culto. El jefe del culto, Sor 5, le dio acceso a ciertos datos que simplificaron considerablemente el problema. Aton se puso a trabajar en esta nueva dirección.

»¿Podía haber otro cuerpo planetario opaco como el de Lagash? Si así fuera brillaría tan sólo reflejando la luz solar, y si estuviera formado por rocas azulencas, como gran parte de Lagash, entonces, en medio del abismo rojo del cielo, la constante luminosidad de los otros soles lo haría invisible..., borrado por completo.

—¡Pero eso es una idea desquiciada! —exclamó Theremon.

—¿Lo cree así? Escuche esto: suponga que ese cuerpo órbita en torno a Lagash y que cuenta con tal masa, órbita y distancia que su atracción coincida con la desviación de la órbita de Lagash según la teoría. ¿Sabe lo que ocurriría?

El periodista negó con la cabeza.

—Pues que alguna que otra vez ese cuerpo se interpondría en el camino de algún sol —dijo Sheerin y apuró lo que quedaba en la botella.

—Sí, supongo que sí —convino Theremon.

—¡Naturalmente que sí! Pero sólo un sol se encuentra en su plano de revolución. —Señaló con el pulgar al diminuto sol que brillaba en lo alto—. ¡Beta! Y se sabe que el eclipse ocurre sólo cuando la disposición de los soles es tal que Beta debe encontrarse solo en su hemisferio y a la máxima distancia. El eclipse, contando la luna siete veces el diámetro aparente de Beta, cubrirá todo Lagash durante algo más de medio día, de manera que ninguna parte del planeta escapará a los efectos. Ese eclipse tiene lugar una vez cada dos mil cincuenta y nueve años.

La cara de Theremon se había convertido en una máscara inexpresiva.

—¿Ésa es la historia?

—Ni más ni menos —respondió el psicólogo—. El principio del eclipse comenzará dentro de tres cuartos de hora. Primero el eclipse, luego la tiniebla universal y, quizá, esas misteriosas estrellas..., después la locura y el final del ciclo.

»Hemos tenido —añadió tras un rato de meditación— dos meses para convencer a Lagash del peligro, pero al parecer no ha sido tiempo suficiente. Ni dos siglos hubieran bastado. Nuestros informes y archivos han sido escondidos en el refugio y dentro de poco fotografiaremos el eclipse. El próximo ciclo conocerá así la verdad y la humanidad estará preparada para el eclipse siguiente. Conseguir eso es también parte de la historia que usted deseaba.

Theremon abrió la ventana y un ligero soplo de brisa agitó las cortinas. Se asomó al exterior y el viento desordenó sus cabellos mientras permanecía absorto contemplando el resplandor carmesí del sol. Entonces, como en un arrebato, se volvió.

—¿Está seguro de que las tinieblas nos volverán locos? ¿A mí también?

Sheerin sonrió en tanto acariciaba la botella vacía con movimientos inconscientes.

—¿Acaso sabe usted lo que ocurrirá cuando sobrevengan las tinieblas, jovencito?

El periodista se quedó apoyado en la pared y reflexionó.

—No. Realmente no puedo ni imaginármelo. Pero ya tengo noticia previa de su existencia. Algo como... como... —Gesticuló con las manos— como sin luz. Como una caverna.

—¿Ha estado usted alguna vez en una caverna?

—¿En una caverna? ¡Claro que no!

—Lo suponía. Yo lo intenté la semana pasada, solamente para ver qué tal se estaba en la oscuridad. Pero tuve que salir de estampida. Tuve que detenerme cuando

ya perdía de vista la entrada y la iluminación se reducía a poder ver apenas la silueta de las paredes. Pero lo que veía en el interior, más al fondo, era la oscuridad completa, la nada. Nunca creí que una persona de mi peso pudiera correr tanto. Ni jamás pensé que se apoderara de mi ser el vacío que aquel lugar me produjo.

—Bueno, si sólo se tratara de eso, imagino que no habría para tanto. Yo no hubiera corrido de haber estado allí.

El psicólogo se le quedó mirando con los ojos contraídos.

—Corre usted mucho, joven. Le desafío a que haga la prueba corriendo las cortinas.

—¿Para qué? —exclamó Theremon con sorpresa—. Si tuviéramos cuatro o cinco soles brillando en este momento, no dudo que deseáramos amortiguar un poco la luz. Está bien así.

—He ahí la cuestión. Corra la cortina, sólo eso; luego venga aquí y siéntese.

—Como quiera. —Theremon cerró la ventana y tiró de la cortina roja, que se deslizó hasta acaparar toda entrada de luz, dejando la sala en una penumbra teñida de rojo crepuscular.

Los pasos de Theremon resonaron huecamente en el silencio mientras caminaba hacia la mesa. De pronto, se detuvo.

—No puedo verlo, señor —murmuró.

—Siga andando —ordenó Sheerin con voz extraña.

—Pero es que no puedo verlo, señor. —El periodista comenzó a respirar agitadamente—. No puedo ver nada.

—¿Y qué otra cosa esperaba? —dijo la voz sin visible procedencia—. ¡Siga y siéntese!

Los pasos volvieron a sonar, vacilantes, aproximándose lentamente. Luego, se escuchó el ruido de un cuerpo que caía sobre un sillón. La voz de Theremon se deslizó débilmente:

—Ya estoy aquí. Me siento... muy... perfectamente.

—¿Le gusta?

—No... nada. Es más bien horrible. Las paredes parecen... —Se detuvo—. Parece como si se estuvieran acercando. Espero de un momento a otro que se ciernan sobre mí y yo tenga que verme obligado a empujarlas. Pero... ¡no me he vuelto loco! De hecho, creo que no es tanto como esperaba.

—Perfecto. Vuelva a correr las cortinas.

Hubo un ruido de pasos precipitados, la silueta del cuerpo de Theremon destacándose contra la cortina. Luego, el alivio de las cortinas deslizándose, provocando un leve pero feliz chirrido de anillas resbalando sobre rieles. La roja luz inundó la sala y Theremon miró fijamente al sol mientras lanzaba un gemido de alegría.

Sheerin se inclinó hacia adelante, esgrimió su índice y dijo:

—Fíjese que ha sido sólo una habitación a oscuras.

—Pero pudimos aguantar —dijo Theremon satisfecho.

—Sí, con una habitación a oscuras sí podríamos. Dígame, ¿estuvo por casualidad en la Exposición Centenaria de Jonglor?

—No, estaba demasiado lejos de donde me encontraba por entonces. Seis mil millas son demasiadas incluso para una exposición.

—Pues yo sí estuve. ¿Recuerda haber oído algo sobre el Túnel del Misterio, que, según decían, superaba todas las marcas en el terreno de la diversión y el entretenimiento?

—Sí, durante los dos primeros meses. ¿Acaso no era tan divertido como dijeron?

—No demasiado. El Túnel del Misterio era, efectivamente, un túnel de una milla de longitud... sin luz. Uno se metía en un pequeño vehículo abierto y se recorría el túnel entero, ¿me entiende?, la oscuridad plena en unos quince minutos. Fue muy celebrado mientras duró.

—¿Celebrado?

—No le quepa la menor duda. El miedo suele fascinar cuando toma forma de juego. Un niño viene al mundo con tres temores instintivos: el ruido, las caídas y la ausencia de luz. De ahí que se considere tan gracioso que uno coja a otro por sorpresa gritando ¡Uh!, y sandeces por el estilo. De ahí también que el Túnel del Misterio fuera tan popular. La gente salía asustada, medio muerta de miedo, jadeando, pero alegre porque había pagado por ello.

—Espere un momento, creo que ahora recuerdo... Hubo muertos de verdad, literalmente muertos de miedo. Y corrieron rumores de que iban a cerrar el túnel a causa de ello.

—¡Quite, quite! —exclamó el psicólogo—. Sí, hubo dos o tres muertos. Pero eso no fue nada. Se indemnizó a los familiares, y el Consejo de Jonglor City se las arregló para que se olvidara el asunto. Después de todo, argumentaron, si los débiles cardíacos quieren meterse en el túnel, es asunto suyo...; por otra parte, no volvió a suceder. Se tomaron medidas oportunas y en la entrada fueron instalados servicios médicos a fin de someter a revisión física a todos los parroquianos. Lo que son las cosas, eso hizo que el precio aumentara.

—¿Qué pasó luego?

—Nada de particular pero también algo muy particular. La gente salía del túnel sin ningún cambio aparente, con la única excepción de que se negaba a entrar en los otros edificios de la exposición... ni en ningún otro edificio; ni palacios, casas, bloques de apartamentos, pensiones, cabañas, chozas, o lo que fuere.

—¿Quiere usted decir que se negaban a abandonar el espacio abierto? —preguntó Theremon, asombrado—. ¿Dónde dormían, entonces?

—En los espacios abiertos.

—Debieron haberles forzado a entrar.

—Debieron, debieron, usted lo ve muy fácil. Lo que no sabe es que a la menor alusión prorrumpían en ataques de histeria que, en el mejor de los casos, acababa

llevándoles a romperse la cabeza contra una pared. Si uno era introducido en cualquier lugar cerrado no podía ser abandonado a menos que le fuera suministrada alguna dosis de tranquilizantes o una eficiente camisa de fuerza.

—Sin duda debieron enloquecer.

—Fue exactamente lo que ocurrió. Uno de cada diez que entraron en el túnel se volvió loco. Los psicólogos fueron llamados y nosotros hicimos lo único que podíamos hacer: cerrar el túnel.

—¿Qué pudo sentir esa gente? —preguntó Theremon.

—Ni más ni menos que lo que usted sintió cuando creyó que las paredes lo estaban ahogando en la oscuridad. Hay un término psicológico que describe el miedo a la ausencia de luz. Nosotros lo llamamos claustrofobia porque la carencia de luz siempre tiene lugar en espacios cerrados, de manera que el miedo a la ausencia de luz es igual que el miedo a los espacios cerrados. ¿Comprende la similitud?

—¿Y aquella gente del túnel?

—Se trataba de personas cuya estructura mental no podía soportar el miedo a la sensación de ahogo que produce la oscuridad. Quince minutos sin luz es tiempo suficiente. Usted mismo acaba de experimentar algo que se parece al miedo en los escasos dos minutos que ha mantenido la habitación a oscuras.

»Los que enloquecieron en el túnel poseían lo que llamamos “fijación claustrofóbica”. Su miedo latente a la oscuridad y a los lugares cerrados se encontraba, digamos, en período de gestación, incubado, y la experiencia que pasaron lo sacó a relucir. Este miedo entró en actividad y casi podemos asegurar que de una manera permanente. He ahí lo que quince minutos de oscuridad pueden conseguir.

Hubo una larga pausa y la frente de Theremon se fue contrayendo lentamente hasta formar un frunce.

—No creo que sea así, no lo creo.

—Querrá decir que no quiere usted creerlo —replicó Sheerin—. Usted tiene miedo de creer. ¡Mire la ventana!

Theremon obedeció y el psicólogo continuó sin interrumpirse.

—Imagínese ahora las tinieblas... por todas partes. Ninguna luz, nada de luz, ni el menor punto luminoso. Las casas, los árboles, los campos, la tierra, el cielo... todo se ha convertido en una mancha negra, vacía. Excepto las estrellas que estarán en lo alto, que ni siquiera sabemos cómo son. ¿Puede concebirlo?

—Sí, creo que sí —murmuró Theremon sombríamente.

Sheerin golpeó la mesa con el puño violentamente.

—¡Miente usted! ¡No puedo concebirlo, no es capaz de hacerlo! Su cerebro no puede forjar semejante panorama, como tampoco puede forjar lo infinito ni lo eterno. Por el contrario, se limita a intentarlo según las especulaciones. Una fracción del pensamiento vive esa realidad mental y, ciertamente, sufre sus consecuencias. Pero cuando el fenómeno objetivo tiene lugar, el cerebro humano no puede abarcar lo que escapa a su comprensión. ¡Enloquecerá completa y permanentemente! ¡Y no hay la

menor opción!

»Y un par de milenios —añadió tristemente— llenos de esfuerzo se convertirán en ceniza. Mañana no quedará una sola ciudad indemne en todo Lagash.

—No tiene por qué ser así —replicó Theremon, recuperando parte de su equilibrio mental—. Todavía no entiendo cómo voy a volverme loco por el simple hecho de no ver un sol en el cielo... pero si ocurriera, si todos nos volviéramos locos perdidos, ¿por qué vamos a destruir las ciudades? ¿Cómo podríamos hacerlo?

—Si usted estuviera rodeado de oscuridad —dijo Sheerin con irritación—, ¿qué desearía por encima de todas las cosas? ¿Qué es lo que cada hombre desearía instintivamente? La luz, maldita sea, ¡la luz!

—¿Y...?

—¿De dónde obtendría entonces la luz?

—Lo ignoro —dijo Theremon con ambigüedad.

—¿Qué es lo único que proporciona luz, aparte del sol?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

Se mantenían frente a frente, con las caras a pocos centímetros de distancia.

—Condenado papanatas, me deslumbra usted con su brillante inteligencia. ¿Nunca ha visto un incendio forestal? ¿Nunca ha ido al campo y ha encendido fuego para cocinar? Ese fuego sirve para algo más que quemar el combustible culinario o los árboles del bosque. También proporciona luz, y eso lo sabe todo quisqui. Y cuando venga la oscuridad todos pedirán luz a gritos, y harán todo lo posible por conseguirla.

—¿Quemarán bosques, entonces?

—Quemarán todo lo que encuentren delante. Sólo desearán luz y sentirán la necesidad de quemar cualquier cosa. Los bosques no están al lado de uno, de modo que echarán mano de lo más cercano. Obtendrán luz... ¡porque todos los núcleos habitados, estallarán en ingentes llamas!

Se habían sostenido mutuamente la mirada como si lo que estuvieran discutiendo fuera un asunto personal en el que mostrar fuerza y argumentos. Entonces Theremon se quedó sin habla. Su respiración estaba todavía agitada cuando advirtió el repentino griterío que venía de la sala contigua.

Cuando Sheerin habló, dio la sensación de que se esforzaba por trascender lo que sus palabras decían.

—Creo que estoy oyendo la voz de Yimot. Sin duda él y Faro han regresado. Vayamos a ver lo que ocurre con ellos.

—¡Debemos saberlo! —murmuró Theremon con esfuerzo.

Se levantó lanzando un hondo suspiro de alivio. La tensión se había roto.

La sala estaba alborotada por los miembros de la plantilla del observatorio, que rodeaban a dos jóvenes con las ropas desordenadas. Aton, abriéndose paso a través

del gentío, se encaró agriamente con los recién llegados.

—¿Os dais cuenta que falta menos de media hora para el comienzo del fin? ¿Dónde habéis estado?

Faro 24 se sentó y se restregó las manos. Sus mejillas aparecían enrojecidas por el cambio de temperatura.

—Yimot y yo acabamos de terminar un experimento ideado por nosotros mismos, consistente en provocar una oscuridad artificial y una fingida aparición de las estrellas, a fin de proporcionar un anticipo sobre el cual la gente pudiera juzgar lo que vendrá.

Hubo un confuso murmullo entre el auditorio y una repentina expresión de curiosidad apareció en la mirada de Aton.

—No se nos había ocurrido esto antes —dijo—. ¿Cómo caísteis en ello?

—Bien —repuso Faro—, la idea se nos ocurrió hace tiempo a Yimot y a mí, y hemos estado trabajándola en los ratos libres. Yimot sabía de una casa en la ciudad que una vez fue un museo o algo parecido. El caso es que la compramos y...

—¿De dónde sacasteis el dinero? —interrumpió Aton con precipitación.

—De la cuenta bancaria —saltó Yimot 70—. Nos costó sólo dos mil créditos. — Y añadió defensivamente—: Bueno, ¿qué pasa? Mañana, dos mil créditos serán sólo dos mil pedazos de papel. Nada más.

—Claro —asintió Faro—. La compramos y empezamos a pintarla de negro desde el techo hasta el sótano, de manera que se pareciera a la oscuridad todo lo posible. Después hicimos en el techo diminutos agujeros, que luego teníamos que cubrir con delgadas láminas metálicas por la parte del tejado de la casa. Las láminas debían desplazarse simultáneamente por mediación de un interruptor. Esta parte del trabajo no pudimos llevarla a cabo por nosotros mismos, así que tuvimos que llamar a un carpintero, un electricista y algunos más...; el dinero no tenía importancia. La cuestión era que pudiéramos obtener un poco de luz a través de aquellos agujeros en el techo, de modo que dieran el aspecto de un firmamento estrellado.

Durante la pausa que siguió ninguna respiración se atrevió a interrumpir el silencio. Finalmente, dijo Aton:

—No teníais derecho a hacerlo en privado.

—Lo sé, señor —dijo Faro, contrito—, pero, francamente, Yimot y yo pensamos que el experimento podía resultar peligroso. De tener éxito, esperábamos más o menos volvernos medio locos... desde que Sheerin se ha dedicado a insistir sobre esa cuestión. Así que deseábamos correr el riesgo nosotros solos. Naturalmente, si al acabar seguíamos conservando la cordura lo hubiéramos desarrollado en gran escala a fin de propiciar la inmunidad colectiva a sus efectos. Pero las cosas no ocurrieron como esperábamos.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Al principio nos entrenamos permaneciendo con los ojos cerrados. La oscuridad es algo asfixiante que le hace sentir a uno que las paredes y el techo se le

vienen encima para aplastarlo. El caso es que nos metimos en la habitación y activamos el conmutador. Las láminas metálicas se desplazaron y los agujeros mostraron sus leves manchitas de luz...

—¿Y?

—Pues eso..., nada. Eso es lo triste del asunto. Que nada ocurrió. Se trataba solamente de un techo agujereado que no parecía sino un techo agujereado. Lo intentamos una y otra vez (de ahí que hayamos regresado tan tarde), pero sin obtener el menor resultado.

Siguió un profundo silencio de consternación, y todos los ojos se posaron en Sheerin, que, sentado en la mayor inmovilidad, iba a abrir la boca.

Pero Theremon fue el primero en hablar.

—Por supuesto, Sheerin, usted sabía lo que resultaría de esa teoría de los agujeros ideada por usted, ¿no es cierto?

Al hablar resaltaba las palabras. Sheerin alzó una mano.

—Un momento, un momento. Déjenme pensar un poco. —Cruzó los dedos y luego, cuando la expresión de su mirada reveló que ya nada había que le produjera sorpresa o desconcierto, levantó la cabeza—. Evidentemente...

Pero no pudo acabar. De algún lugar situado por encima de ellos vino un considerable estrépito. Beenay, poniéndose en pie, se lanzó escalera arriba.

—¡Qué diantre! —exclamó mientras corría.

El resto vino después.

Las cosas ocurrieron con precipitación. Una vez en la cúpula, Beenay se quedó mirando horrorizado las destrozadas placas fotográficas y al hombre que había junto a ellas; entonces, se lanzó furiosamente contra el intruso, echándole las manos al cuello. Hubo un violento forcejeo; entretanto, el resto de los hombres del observatorio fueron llegando. Antes de darse cuenta, el extraño tenía sobre sí el peso de media docena de hombres terriblemente airados.

Entonces apareció Aton, jadeando pesadamente.

—¡Ponedlo en pie!

Hubo un leve movimiento de resistencia, pero, finalmente, el extraño, con las ropas desordenadas y la cabeza cubierta de magulladuras, fue levantado. Llevaba una corta barba amarilla, según el afectado estilo de los cultistas.

Beenay no cedió la presa con que sujetaba al intruso.

—¿Por qué lo has hecho? —le gritó salvajemente—. Esas placas...

—No era lo que me interesaba —respondió el cultista fríamente—. Fue una casualidad.

—Entiendo —dijo Beenay, que no dejaba de mirarlo con fiereza—. Ibas tras las cámaras. El tropiezo con las placas ha sido entonces una coincidencia afortunada para ti, pues. Si has hecho algo a mi cámara o a cualquier otra... te juro que morirás lentamente. Como hay Dios que así ha de ocurrir...

Aton lo sujetó de una manga.

—¡Basta ya! ¡Déjelo!

El joven técnico vaciló y su brazo se resistió todavía unos segundos. Aton lo apartó con un gesto y se encaró con el cultista.

—Usted es Latimer, ¿no?

El cultista se inclinó y señaló el símbolo que había sobre su cadera.

—Soy Latimer 25, adjunto de tercera clase a su serenidad Sor 5.

—Y usted —añadió Aton enarcando las blancas cejas— vino con su serenidad cuando él me visitó la semana pasada, ¿me equivoco?

Latimer se inclinó por segunda vez.

—Y bien, ¿qué es lo que quiere?

—Nada que usted vaya a darme voluntariamente —dijo Latimer.

—Lo envía Sor 5, supongo... ¿o es algo suyo en particular?

—No responderé a esa pregunta.

—¿Han venido con usted otros visitantes?

—Tampoco responderé a ésta.

Aton se le quedó mirando largamente.

—Muy bien, señor. Dígame ahora qué es lo que su maestro desea de mí. Basta ya de coqueteos. Hace tiempo que pagué el favor.

Latimer sonrió levemente, pero nada dijo.

—Le solicité —continuó Aton agriamente— unos datos que sólo el Culto podía suministrarme, y me fueron proporcionados. Gracias nuevamente, señor. A cambio, prometí probar la verdad esencial del credo del Culto.

—No hay necesidad de probarla —replicó orgullosamente el otro—. Está suficientemente probada en el *Libro de las Revelaciones*.

—Sí para cierta canalla. Pero no pretenda confundir mis conocimientos. Me ofrecí a formular bases científicas de sus creencias. ¡Y lo hice!

Los ojos del cultista se encogieron con amargura.

—Sí, usted lo hizo. Pero con la sutileza del zorro, pues al mismo tiempo que obtenía una explicación de nuestras creencias, trastornó todo lo que se le puso por delante. Usted convirtió la oscuridad y las estrellas en un fenómeno natural y alteró su verdadero significado. Eso fue una blasfemia.

—Si es así, la culpa no es mía. El hecho existe. ¿Qué puedo hacer sino constatarlo?

—Su «hecho» no es más que un fraude y un engaño.

—¿Cómo lo sabe usted? —exclamó Aton irritado.

—¡Lo sé! —dijo el otro con entonación pletórica de fe y seguridad.

El director cambió el color de su faz, Beenay susurró una amenaza. Aton le hizo una señal para que callara.

—¿Qué quiere Sor 5 de nosotros? Imagino que aún debe opinar que es peligroso para las almas el que intentemos advertir al mundo de la amenaza que se avecina. No obtendremos ningún éxito si se empeña en considerarlo de esa manera.

—El atentado ha causado bastantes desperfectos. Hay que detener esa viciosa forma de obtener información mediante diabólicos instrumentos. Obedecemos la voluntad de las estrellas y sólo lamento que mi torpeza les haya prevenido cuando intentaba desarticular sus infernales ingenios.

—No le habría reportado ningún bien —replicó Aton—. Todos nuestros datos, excepto aquellos que recogeremos por experiencia directa, se encuentran ya a salvo y situados más allá del alcance de cualquier destrucción. —Sonrió con los labios apretados—. Lo que no evita que usted sea considerado por nosotros como un criminal.

Se volvió entonces a los hombres situados tras él.

—Que alguien llame a la policía de Saro City —dijo.

—Condenación, Aton —exclamó Sheerin con disgusto—, ¿qué le ocurre? No hay tiempo para eso. Déjeme que yo me ocupe de él.

—No hay tiempo para hacer el ganso, Sheerin —dijo Aton con fastidio—. Haga el favor, pues, de dejar que yo haga las cosas a mi manera. Usted es aquí un completo extraño, y no debe olvidarlo.

—Explíqueme entonces —dijo Sheerin— por qué tenemos que molestarnos llamando a la policía. El eclipse de Beta comenzará dentro de escasos minutos y tenemos aquí un hombre que está deseando dar su palabra de honor de que no nos causará más problemas.

—No voy a hacer tal cosa —saltó prontamente el cultista—. Ustedes son libres de hacer cuanto les venga en gana, pero les advierto que si me dejan ir a mi aire me las apañaré para terminar lo que he venido a hacer. Si ésta es la palabra de honor que esperarán de mí, creo que será mejor para todos ustedes llamar a la policía.

—Eres un tunante decidido, ¿eh? —dijo Sheerin con una sonrisa—. Pero voy a explicarte unas cuantas cosas. ¿Ves al muchacho que está junto a la ventana? Es un tipo fuerte, violento, muy hábil con los puños... y no pertenece al observatorio, además. Una vez comience el eclipse, no tendrá nada que hacer aquí excepto, en todo caso, hincharte un ojo. Luego estoy yo, demasiado pesado para soltar unos cuantos puñetazos, pero empeñado en la idea, vaya.

—¿Y qué quiere decirme con eso? —preguntó el cultista inquieto.

—Escucha y te lo diré —fue la respuesta—. Tan pronto comience el eclipse, el señor Theremon y yo te conduciremos a una habitación cerrada que no cuenta más que con una puerta, una fuerte cerradura y ninguna ventana. Permanecerás allí mientras dure.

—Y después —exclamó agitadamente Latimer— no habrá nadie para dejarme salir. Sé tan bien como usted lo que significa la llegada de las estrellas..., lo sé incluso mejor que usted. Ustedes se volverán locos y no querrán liberarme. Asfixia o muerte por inanición, ¿no es eso lo que piensa? Más o menos lo que debía haber esperado de un grupo de científicos. Pero no daré mi palabra, no conseguirán que me esté quieto. Es una cuestión de principios y no discutiremos más el asunto.

Aton parecía turbado. Sus desorbitados ojos mostraban una buena dosis de agitación.

—Pero, Sheerin, encerrándolo...

—¡Por favor, señor! —exclamó Sheerin con impaciencia—. No he pensado ni por un momento ir tan lejos. Latimer ha intentado una jugarreta pero yo no soy psicólogo sólo porque me gusta el sonido de la palabra. —Hizo un guiño al cultista—. Vamos, hombre, no habrás pensado que iba a exponerte a morir de hambre, ¿verdad? Sólo intentaba algo de menor monta, mi querido Latimer. Fíjate. Si te ponemos bajo llave no verás la oscuridad ni tampoco las estrellas. No hace falta estar muy enterado del credo fundamental del culto para llegar a la conclusión de que permanecer oculto cuando las estrellas aparezcan significa la pérdida del alma inmortal. Ahora bien, yo creo que tú eres un hombre de bien. Por ello, aceptaré tu palabra de honor de que no nos causarás molestias en cuanto te decidas a ofrecérmela.

Una agitación pareció recorrer el cuerpo de Latimer.

—¡Está bien, tienen ustedes mi palabra de honor! —dijo, y añadió seguidamente con saña—: Pero me consuela saber que todos quedarán condenados por este acto.

Giró sobre sus talones y se dirigió precipitadamente hacia el alto taburete que había junto a la puerta.

—Tome asiento junto a él —dijo Sheerin indicando con la cabeza al columnista—. Sólo como simple formulismo. ¡Eh, Thereumon!

Pero el periodista no se movió. Se había quedado pálido hasta la raíz del cabello.

—¡Miren!

Su dedo apuntaba al cielo y su voz era áspera y gutural.

Como obedeciendo una orden, todas las miradas siguieron la dirección del dedo y contemplaron el espectáculo sin respirar.

¡Beta estaba menguando por un lado!

El escaso trozo de oscuridad que ofrecía quizá no fuera mayor que una uña, pero para los aterrorizados observadores aquello que veían significaba el inicio de la maldición.

La observación de los hombres duró un corto segundo, casi tan corto como la confusión que siguió a continuación, que desapareció en cuanto cada uno se entregó a su labor prescrita. No había tiempo para emociones en aquellos momentos. Los hombres se habían transformado exclusivamente en científicos con trabajo que hacer. Hasta el mismo Aton se había evaporado.

—El primer instante de la superposición debe haber ocurrido hace quince minutos —dijo Sheerin—. Un poco pronto, pero no está mal si tenemos en cuenta las dificultades que han acompañado los cálculos.

Miró a su alrededor y se acercó a Thereumon, que se había quedado mirando por la ventana.

—Aton está furioso —murmuró—. Se perdió el momento inicial de la superposición con todo el jaleo de Latimer y si ahora se le pone uno delante corre el

peligro de ser arrojado por la ventana.

Theremon asintió con la cabeza y se sentó. Sheerin lo miró con sorpresa.

—Por el diablo, oiga —exclamó—. Está usted temblando.

—¿Qué? —Theremon se humedeció los secos labios e intentó sonreír—. No me siento muy bien, ¿qué quiere que haga?

—No irá a perder el control, ¿verdad?

—¡No! —gritó Theremon, indignado—. ¿Acaso tengo otra alternativa? Jamás creí en todo este galimatías... hasta este momento. Deme una opción, dígame qué puedo hacer. Usted ha estado preparándose durante dos meses para este acontecimiento.

—Tiene razón, claro —comentó Sheerin pensativo—. ¡Escuche! ¿Tiene usted familia... padres, esposa, hijos?

Theremon negó con la cabeza.

—Va usted a hablar del refugio, ¿eh? No tiene que preocuparse por eso. Tengo una hermana, pero está a dos mil millas de aquí. Ni siquiera sé su dirección.

—Bueno, entonces, ¿qué me dice de usted mismo? Puede ir allí, aún hay tiempo; desde que lo dejé queda una plaza libre. Después de todo aquí no es necesario.

—Vaya —dijo Theremon mirando al otro con cansancio—. Usted cree que estoy asustado. Piense lo que quiera, señor. Soy periodista y me ha sido encomendado conseguir un reportaje. Es lo que intento hacer.

Una amplia sonrisa cruzó la cara del psicólogo.

—Entiendo, honor profesional y todo eso.

—Puede llamarlo así. Pero, amigo mío, daría mi brazo derecho por una botella de ese reparador de ánimos que tenía usted antes, aunque fuera la mitad de pequeña. Si algún camarada suyo necesita un trago, ése soy yo.

Entonces saltó, Sheerin estaba dándole codazos.

—¿No oye eso? Escuche.

Theremon siguió el movimiento de la mandíbula del otro y miró al cultista, que, olvidado de todo cuanto acontecía a su alrededor, contemplaba la ventana con una expresión de poseso, al tiempo que entonaba una casi inaudible salmodia.

—¿Qué dice? —susurró el columnista.

—Está citando el *Libro de las Revelaciones*, capítulo quinto —replicó Sheerin. Luego, con urgencia—: Aguarde un momento y escuche.

La voz del cultista habíase alzado en una repentina plegaria de fervor.

—Y ocurrió que, por aquellos días, el Sol, Beta, habitó en solitaria vigilia en la mansión celeste por el más largo de los períodos conocidos, mientras cumplía su revolución; tanto duró su recorrido que, en mitad de su revolución, solitario, encogido y frío, cesó de brillar sobre Lagash.

»Y los hombres se reunían en las plazas públicas y en los caminos para comentar y maravillarse de la señal, pues una extraña depresión había ocupado sus almas. Su mente se turbó y su lengua se tornó confusa, pues las almas de los hombres

aguardaban la venida de las estrellas.

»Y en la ciudad de Trigon, Vendret 2 vino y dijo a los hombres de Trigon: “¡Helo ahí, oh pecadores! Hablabais con desdén de los caminos de la virtud, pero ya ha llegado el tiempo de rendir cuentas. Por fin, la gruta se aproxima para devorar Lagash; y con Lagash, todos sus moradores”.

»Y mientras esto decía, el labio de la gruta de la oscuridad sobrepasó el borde de Beta, de modo que todo Lagash quedó sin su luz. Grandes fueron los gritos de los hombres mientras contemplaban la desaparición, y grande también el estremecimiento que desconsoló sus almas.

»Y ocurrió que la oscuridad de la gruta cayó sobre Lagash y ya no hubo más luz en toda la superficie de Lagash. Los hombres quedaron como ciegos y nadie podía ver a su vecino aunque sentía su aliento contra su rostro.

»Y en el interior de esta negrura aparecieron las estrellas en cantidades inmensas, y era tal la belleza y de tal modo encantaba todo lo creado, que hasta las hojas de los árboles entonaron cánticos llenos de admiración.

»Y en aquel momento las almas de los hombres se separaron de sus cuerpos, reduciéndose éstos al estado de las bestias; en verdad, fue como si el mundo se hubiera convertido en una selva; así, por las entizonadas calles de Lagash los hombres prorrumpieron en salvajes gritos.

»Entonces, se extendió desde las estrellas el fuego celestial y, allí donde tocaba, las ciudades de Lagash se convertían en caos de llamas y destrucción; tanto que, de los hombres y las obras de los hombres, nada quedó.

»Desde entonces...

Hubo una sutil alteración en el tono de Latimer. Sus ojos permanecían ausentes, pero de alguna manera llamó la atención de los otros dos. Fácilmente, sin la menor pausa para tomar aliento, el timbre de su voz cambió y las sílabas se volvieron más líquidas.

Theremon, cogido por sorpresa, lo miró fijamente. Las palabras siguieron luego el tono anterior. Había habido un elusivo cambio en el acento, un débil cambio en la caída de las vocales; pero nada más..., quizá ni el mismo Latimer comprendiera lo que había ocurrido.

—Seguramente cambió a alguna lengua de otro ciclo, con toda probabilidad del tradicional ciclo segundo. Era la lengua en la que fue escrito primariamente el *Libro de las Revelaciones*.

—No importa. Ya he oído bastante. —Theremon se echó atrás en la silla y se mesó el cabello—. Me siento mucho mejor ahora.

—¿De veras? —Sheerin pareció sorprenderse.

—Se lo explicaré. Me he puesto verdaderamente nervioso hace un rato. Entre su explicación de la gravitación y el comienzo del eclipse he estado al borde de un ataque de nervios. Pero eso —y señaló con el pulgar al gualdibarbado cultista—, eso es exactamente lo que mi niñera solía contarme. Me he reído de esas cosas durante

toda mi vida. No voy a permitir que me asusten ahora.

Suspiró profundamente y continuó con cierta alegría:

—Si voy a seguir contándole lo angelito que soy, mejor será que aparte mi silla de la ventana.

—Sí, pero debería usted hablar más bajo —comentó Sheerin—. Aton acaba de asomar la cabeza por la puerta del fondo y le ha lanzado una mirada capaz de asesinarlo a usted.

—Había olvidado al viejo —dijo con una mueca. Luego, poniendo en ello el máximo cuidado, apartó la silla de la ventana mientras lanzaba miradas de disgusto por encima del hombro—. Se me acaba de ocurrir que deben haber fabricado alguna clase de inmunidad contra la locura de las estrellas.

El psicólogo no respondió en seguida. Beta había ya rebasado su cenit y el haz de sanguínea luz que penetraba por la ventana se deslizaba por el suelo hasta el punto de alcanzar casi las piernas de Sheerin. Contempló pensativamente aquel color arcilloso y luego, inclinándose, echó una fugaz mirada al Sol.

El mordisco del eclipse habíase agrandado hasta alcanzar ahora un tercio de Beta. Se estremeció súbitamente y, cuando pudo serenarse, sus mejillas no conservaban ya el generoso color que otrora prodigaban.

Con una sonrisa que era casi una excusa, apartó también su silla.

—En estos momentos, poco más de dos millones de personas en Saro City habrán convertido el Culto en religión mayoritaria. —Luego, con ironía—: Por una hora al menos, el Culto gozará de una prosperidad nunca vista. Pero ¿qué me estaba diciendo?

—Iba a preguntarle cómo se las apañan los cultistas para transmitir de ciclo en ciclo el manejo del *Libro de las Revelaciones*, y cómo es que se escribió por primera vez en Lagash. Debe haber alguna especie de inmunidad, pues, si todos se volvían locos, ¿quién pudo haber escrito el libro?

Sheerin se quedó mirando con tristeza al periodista.

—Pues mire, joven, no hay respuesta documentada sobre eso, pero tenemos unos cuantos indicios para suponer qué ocurrió. Hay tres clases de personas que resultan relativamente ilesas. Primero, las que por alguna razón ignota no ven las estrellas: los que se meten en la cama en aquel momento o los que se emborrachan al comienzo del eclipse. Pero vamos a descartarlos porque no son realmente testigos.

»Luego están los niños menores de seis años, para quienes el mundo es todavía demasiado nuevo y extraño para reparar en las estrellas o asustarse de la oscuridad. El fenómeno sería considerado como uno de tantos artículos del catálogo de sorpresas que depara el mundo. ¿No lo cree usted así?

—Imagino que sí —replicó el otro con cierto gesto de duda.

—Por último, están aquellos que poseen una mente demasiado grosera para comprender el hecho, algo así como ancianos y retrasados mentales, que, verdaderamente, quedarían escasamente afectados. Bien, entre la incoherente

memoria de los niños y los relatos de los que quedaron a medio enloquecer se formaron posiblemente las bases del *Libro de las Revelaciones*.

»Claro que, por otra parte, el libro se basó, primeramente, en el testimonio de aquellos que por lo menos tenían alguna cosa que contar, es decir, los niños y los retrasados. Luego, seguramente fue editado y reeditado en el curso de los ciclos.

—¿Supone usted —interrumpió Theremon— que el libro fue transmitido a través de los ciclos de la misma manera que nosotros nos hemos transmitido las bases para formular la teoría de la gravitación universal?

Sheerin hizo una mueca.

—Tal vez, pero el método exacto poco importa ahora. Como fuere, el caso es que lo hicieron. El punto al que quiero llegar es que el libro sólo puede contribuir a confundir más las cosas, por muy basado que esté en hechos auténticos. Por ejemplo, ¿recuerda el experimento con los agujeros en el techo llevado a cabo por Faro y Yimot, el que no funcionó?

—Sí.

—¿Y sabe usted por qué no func...? —Se detuvo y se puso en pie, alarmado. Aton se acercaba con el rostro completamente consternado—. ¿Qué ha ocurrido?

Aton se detuvo a su lado y Sheerin pudo sentir la presión de sus dedos sobre su codo.

—¡No tan alto! —La voz de Aton manaba henchida de contenida tortura—. Acabo de hablar con el refugio por la línea privada.

—¿Están en apuros? —preguntó Sheerin con angustia.

—Ellos, no. —Aton remarcó significativamente el pronombre—. Hace un rato que precintaron la puerta y permanecerán encerrados hasta pasado mañana. Están a salvo. Pero la ciudad, Sheerin... es la ruina. No puede hacerse ni idea...

Comenzó a sufrir dificultades en la vocalización.

—¿Y? —Soltó Sheerin con impaciencia—. ¿Qué ocurre con la ciudad? —Luego, con una sospecha—: ¿Cómo se encuentra?

Los ojos de Aton relampaguearon irritados ante la insinuación, pero pronto volvieron al anterior brillo de ansiedad.

—No lo entiendo. Los cultistas se han puesto en acción. Están convenciendo a la masa para que tome por asalto el observatorio, prometiendo a cambio la absolución de sus pecados, la salvación, cualquier cosa, ¿qué haremos, Sheerin?

La cabeza de Sheerin se inclinó y sus ojos se perdieron en una completa y prolongada abstracción. Luego, alzó la mirada y dijo con crispación:

—¿Hacer? ¿Acaso hay algo por hacer? Nada hay que pueda hacerse. ¿Saben esto los hombres?

—¡Claro que no!

—¡Perfecto! Siga sin decirles nada. ¿Cuánto falta?

—Apenas una hora.

—Lo único que podemos hacer es arriesgarnos. Llevará algún tiempo organizar

una fuerza considerable y aún más traerlos hasta aquí. Estamos a más de cinco millas de la ciudad...

Se quedó mirando la ventana, por la que se divisaban las cúpulas de los edificios de las afueras; más allá, la borrosa sombra de la ciudad misma, como envuelta por una niebla que inundara el horizonte.

—Llevará tiempo —repitió—. Sigán trabajando y recen por que el eclipse acabe antes.

Beta estaba seccionado por la mitad, mostrando una leve curva que se adentraba en la parte todavía brillante del Sol. Era como un gigantesco párpado que fuera adormeciendo el ojo del mundo.

El débil murmullo de la sala se fue convirtiendo en pasto del olvido y su atención vagó por los campos que se divisaban desde la ventana. Los insectos parecían sufrir el terror calladamente. Los objetos iban desvaneciéndose.

Una voz zumbó en su oído y se sobresaltó.

—¿Algo va mal? —preguntó Theremon.

—¿Eh?... No, no. Vuelva a su silla. Aquí estorbamos.

Se retiraron a su esquina aunque el psicólogo permaneció mudo por un tiempo. Con un dedo se palpaba el cuello. Luego, alzó la mirada repentinamente.

—¿Tiene usted dificultades en la respiración?

El periodista abrió los ojos y aspiró repetidas veces.

—No, ¿por qué?

—He estado en la ventana demasiado tiempo. La disminución de la luz ha debido afectarme. Las dificultades respiratorias son el primer síntoma de un ataque de claustrofobia.

Theremon volvió a aspirar nuevamente.

—Bueno, parece que a mí no me ha afectado. Mire, otro compañero.

Beenay había interpuesto su cuerpo entre la luz y la pareja sita en la esquina y Sheerin se dirigió a él con premura.

—¡Eh! Beenay.

El astrónomo cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro y sonrió débilmente.

—¿Qué pensarías si me sentara un rato y habláramos? Mis cámaras están preparadas y no hay nada que hacer hasta el eclipse total. —Hizo una pausa y miró al cultista, que quince minutos antes había abierto un pequeño libro enfrascándose en su lectura—. ¿Ha dado problemas esa rata?

Sheerin sacudió la cabeza. Sus hombros se contrajeron mientras parecía concentrarse en sus conductos respiratorios.

—¿Tienes dificultades al respirar, Beenay?

Beenay olfateó el aire.

—Creo que no soy yo el que huele mal, Sheerin.

—Creo que es claustrofobia —se excusó Sheerin.

—¡Ah, vamos! A mí me afecta de manera distinta. Me da la sensación de que mis

ojos me persiguen. Las cosas comienzan a zumbar..., bueno, todo se vuelve confuso. Y frío también.

—Oh, frío, claro que sí. Pero eso no es ninguna ilusión —observó Theremon—. Yo tengo los juanetes como dentro de una nevera.

—Lo que necesitamos es mantener nuestras mentes ocupadas en algo distinto —apuntó Sheerin—. Estaba diciéndole hace un momento, Theremon, por qué el experimento de Faro se convirtió en humo.

—Aún no había comenzado —replicó Theremon.

Alzó una rodilla y la sujetó en el aire con las manos cruzadas en torno a ella.

—Bueno, pues comenzaba a decirle que fallaron por tomar el *Libro de las Revelaciones* al pie de la letra. No hay probablemente ninguna razón para tomar las estrellas en sentido físico. Debe tratarse, indudablemente, de la necesidad de luz que la mente experimenta al encontrarse en la oscuridad total. Creo que las estrellas consisten justamente en esta desesperada ilusión de luz.

—En otras palabras —intervino Theremon—, usted supone que las estrellas son fruto de la locura y que no tienen ninguna otra causa. Entonces, ¿qué van a fotografiar los hombres de Beenay? ¿Por qué están preparados para fotografiar algo?

—Tal vez para probar que es una ilusión; o para probar lo contrario. Luego...

Pero Beenay había aproximado su silla y vieron en su rostro la expresión de un repentino y exaltado entusiasmo.

—Oiga, me alegra infinito que se ocupen de ese asunto. —Guiñó los ojos y alzó un dedo—. He estado cavilando sobre esas estrellas y he llegado a una idea ingeniosa. Claro que no son sino migajas del pensamiento y no me he ocupado del todo en ello, pero pienso que es interesante. ¿No quieren oírlo?

Fingió no estar del todo decidido, pero Sheerin se acomodó en la silla y dijo:

—Adelante, yo te escucho.

—Allá va. Supongamos que hay otros soles en el universo. —Hizo un leve aspaviento—. Quiero decir soles que se encuentran muy alejados y son demasiado pequeños para verlos. Suena como si hubiera estado leyéndolo en algún relato fantástico, ¿eh?

—No necesariamente. Aunque, ¿no queda eliminada esa posibilidad por el hecho de que, según la ley de gravitación, debieran hacerse evidentes por su fuerza de atracción?

—No, si están muy lejos —replicó Beenay—, verdaderamente lejos, algo así como cuatro años luz o más. Nunca podríamos detectar sus perturbaciones porque son demasiado pequeñas. Pongamos entonces que hay un montón de soles muy lejanos, una docena o dos.

—Buena idea para un artículo en el suplemento dominical. ¡Dos docenas de soles a ocho años luz de distancia en el universo! ¡Nada menos! Eso reduciría la relevancia de nuestro mundo —dijo Theremon.

—Es sólo una idea —dijo Beenay con un guiño—, pero usted la ha captado a

fondo. Durante un eclipse, esas docenas de soles se volverían visibles porque ya no habría ningún sol real que las ocultara con su más poderosa luz. A la distancia a que se encontrarían aparecerían como muy pequeños, como pequeñas cuentas de marfil. Claro que los cultistas hablan de millones de estrellas, pero sin duda es una exageración. No hay lugar en el universo capaz de contener un millón de soles sin tocarse los unos con los otros.

Sheerin había estado escuchando con creciente interés.

—Creo que has acertado en algo, Beenay. Una exageración es exactamente lo que ocurrió en otros tiempos. Como sabes, nuestra mente no puede concebir un número mayor que el cinco; más allá sólo contamos con el concepto «mucho». Una docena podría convertirse perfectamente en un millón. ¡Ha sido una gran idea!

—Aún tengo otra idea también ingeniosa —añadió Beenay—. ¿Has pensado alguna vez lo que sería una gravitación de problema simple si tuvieras un sistema suficientemente simple? Supón que tienes un universo en el que hay sólo un planeta y un único sol. El planeta rotaría en un perfecto eclipse y la naturaleza exacta de la fuerza gravitacional sería tan evidente que sería aceptada como un axioma. Los astrónomos de un mundo tal darían con la gravedad probablemente antes de que inventaran el telescopio. La observación a simple vista sería suficiente.

—Pero ¿sería un sistema dinámicamente estable? —preguntó Sheerin, dudoso.

—¡Claro! Se trataría del caso modelo. Comprobado matemáticamente, aunque son las implicaciones filosóficas lo que me interesa.

—Es agradable pensar sobre eso —admitió Sheerin— como una abstracción..., algo así como el gas perfecto, o el cero absoluto.

—Claro —continuó Beenay—, está el problema de que la vida sería imposible en un planeta así. No habría comida ni luz suficiente, y en su rotación sobre su eje habría media parte de luz y media de oscuridad. No puedes esperar que haya vida (que depende fundamentalmente de la luz) ni que se desarrolle en tales condiciones. Aparte...

La silla de Sheerin fue despedida hacia atrás y él se puso repentinamente en pie.

—Aton va a encender luces.

Beenay soltó una exclamación, se volvió para mirar y se quedó con la boca abierta.

Aton permanecía con los brazos llenos de estacas de un pie de longitud y una pulgada de anchura. Miró al trío y se dirigió a Sheerin y Beenay.

—Venga a trabajar. Usted. Sheerin, venga aquí y ayúdeme.

Sheerin correteó hasta el anciano y una por una fueron colocando las estacas en candeleros metálicos adosados a las paredes.

Adoptando los movimientos del que ejecuta el más sagrado ritual, Sheerin encendió una ancha y tosca cerilla y se la pasó a Aton, que aplicó la llama a la punta de las estacas.

Las llamas vacilaron un rato como si temieran consumir la madera, pero luego,

casi repentinamente, se hincharon iluminando la cara de Aton con resplandor amarillo. Retiró la cerilla y un espontáneo y flamígero jolgorio oscureció la ventana.

¡Las estacas estaban coronadas por una ondeante llama de seis pulgadas! La sala se había llenado de resplandor amarillo.

La luz no era poderosa, incluso podía decirse que era más débil que la ya atenuada luz solar. Las cabezas de las estacas ardían con llama temblorosa, provocando sombras bailoteantes. Humeaban como un desafortunado día en la cocina. Pero emitían luz amarilla.

No era de despreciar esta luz después de cuatro horas de un progresivamente mortecino Beta. El mismo Latimer había apartado los ojos de su libro y la contempló admirado.

Sheerin, extendiendo los brazos a la antorcha que tenía más cerca, exclamó para sí mismo, extasiado:

—¡Hermoso! ¡Hermoso! Nunca antes me había percatado de cuán maravilloso es el amarillo.

Pero Theremon miró las antorchas con desconfianza. Olisqueó el tufo que producían y comentó:

—¿Qué bichos son éstos?

—Simplemente madera —dijo Sheerin.

—No, no es posible. Si no se está quemando. La llama se limita a arder en la punta, pero no quema la parte restante.

—He ahí lo más bello de todo. Es un mecanismo eficiente de luz artificial. Hemos fabricado unos cuantos centenares, pero la mayor parte fue llevada al refugio, obviamente. Tome el núcleo de una caña, séquelo y úntelo con grasa animal. Luego, acérquele fuego y la grasa arderá poco a poco. Esas antorchas arderán casi media hora sin parar. Ingenioso, ¿no cree? Fue un trabajo desarrollado por uno de nuestros muchachos en la universidad de Saro.

Tras la momentánea sensación, la quietud había regresado a la cúpula del observatorio. Latimer había acercado su silla a una antorcha y continuaba leyendo bajo su luz, moviendo los labios en la monótona invocación de las estrellas. Beenay había vuelto nuevamente a sus cámaras y Theremon vio la oportunidad de añadir ciertos comentarios a las notas que había escrito para el *Chronicle* de Saro City.

Pero, al advertir la divertida luz de los ojos de Sheerin, otra cosa vino a desplazar de su mente el propósito de escribir aquellos comentarios. Otra cosa que no era sino que el cielo se había convertido en un horrible vacío púrpura y violeta, como si fuera una gigantesca berenjena.

El aire se había vuelto más denso. El crepúsculo, como un cuerpo palpable, inundaba la sala y el agitado círculo amarillo que coronaba las antorchas dificultaba la contemplación de los colores situados más allá. Luego, pudo apreciarse el crecimiento del humo y del intenso olor que las materias combustionadas producían entre secos chisporroteos; más tarde, los objetos iban adentrándose en las sombras

inescrutables, como el blando almohadón de la silla de uno de los hombres que trabajaban en torno a la mesa central o el gesto espontáneo de algún otro que intentaba mantener la compostura en la creciente noche que inundaba la sala.

Fue Theremon el primero en escuchar el extraño ruido. Era más bien una vaga e incoherente impresión de sonido que hubiera resultado imperceptible de no extenderse sobre la cúpula un silencio de muerte.

El periodista se enderezó al tiempo que apartaba su libro de notas. Contuvo la respiración y permaneció alerta; luego, no sin resistencia, caminó entre el solaroscopio y una de las cámaras de Beenay, deteniéndose ante la ventana.

El silencio saltó hecho pedazos nada más articular una palabra.

—¡Sheerin!

Todas las ocupaciones cesaron en ese instante. El psicólogo estuvo prontamente a su lado. Aton se les unió. Incluso Yimot 70, sentado en lo alto frente al ocular del gigantesco solaroscopio, detuvo su trabajo y miró hacia abajo.

Fuera, Beta era apenas un rescoldo que lanzaba una última y desesperada mirada sobre Lagash. El horizonte que se delineaba más allá de Saro se había perdido en la oscuridad, y la carretera que unía la ciudad con el observatorio era una línea de roja tiniebla bordeada por apenas dibujados árboles que, en la parte boscosa, se habían convertido en incongruente masa negra.

Pero era la carretera lo que había llamado su atención, pues a lo largo de ella tomaba cuerpo otra sombría masa, mucho más amenazante si cabe.

—¡Son los lunáticos organizados por los cultistas! —graznó Aton.

—¿Cuánto falta para el eclipse total? —preguntó Sheerin.

—Quince minutos, pero... estarán aquí en menos de cinco.

—Calma, usted cuide que sus hombres sigan trabajando. Nosotros haremos lo demás. Este lugar está construido como una fortaleza. Aton, échele una ojeada a nuestro joven cultista. Theremon, venga conmigo.

Sheerin se lanzó hacia la puerta y Theremon se le pegó a los talones. Bajaron la escalera, que giraba en torno a un eje central, descendiendo a una zona poblada de luz incierta.

El primer impulso les había llevado quince pies más abajo, de manera que los débiles resplandores de la habitación inundada de amarillo apenas arrojaron débiles reflejos hasta su total desaparición. Ahora, tanto por arriba como por abajo, estaban rodeados de la misma sombra crepuscular que antes contemplara desde la ventana.

Sheerin se detuvo con una mano comprimiéndose el pecho.

—No puedo... respirar. —Su voz sonaba como una seca tos—. Baje... usted solo... cierre todas las puertas.

Theremon bajó unos cuantos peldaños, luego se giró.

—¡Espere! ¿Puede aguantar un minuto?

Estaba jadeando. El aire entraba y salía de sus pulmones como si fuera melaza y había allí como un pequeño germen del pánico abriéndose camino por entre las

tinieblas y dentro de su propio cerebro.

¡Al fin Theremon tenía miedo de la oscuridad!

—Aguarde, volveré en un segundo.

Acto seguido, se lanzó escalera arriba, subiendo de dos en dos los escalones; penetró en la sala de la cúpula, cogió una antorcha y de nuevo se internó en la escalera. Corría con tal ímpetu que el humo inundó sus ojos dejándolo casi ciego, y llevaba la llama tan pegada al rostro que parecía querer besarla.

Sheerin abrió los ojos cuando comprobó que Theremon estaba a su lado. Éste le dio un leve codazo.

—Vamos, ánimo, acabo de conseguir lo que más falta le hacía. Ya tenemos luz.

Sujetó la antorcha en lo alto de su brazo erguido y comenzó a bajar de puntillas, cuidando que el psicólogo se mantuviera en el interior del área iluminada.

Las oficinas de la planta baja, ausentes de toda iluminación, estremecieron de horror a los dos hombres.

—Aquí —dijo bruscamente Theremon y cedió la antorcha a Sheerin—. Puedo oírlos fuera.

Del exterior llegaban ruidos de movimiento y gruñidos sin palabras.

Pero Sheerin tenía razón; el observatorio estaba construido como una fortaleza. Levantado en el último siglo, cuando el estilo *neogavotano* había llegado a su punto culminante en arquitectura, había sido diseñado con mayor estabilidad que belleza y más consistencia que elegancia.

Las ventanas estaban protegidas por rejas a base de barras de hierro de una pulgada de grosor, hundidas en el antepecho. Los muros manifestaban sólida albañilería que ni un terremoto podría inmutar. Y la puerta mayor no era sino una mole de roble reforzada con hierro. Theremon corrió los pestillos y los metales resonaron con prolongado chirrido.

Al otro extremo del pasillo, Sheerin maldecía en voz baja. Señaló la cerradura de la puerta trasera que había sido limpiamente forzada con una palanqueta y dejada completamente inutilizable.

—Por aquí debió entrar Latimer —dijo.

—Bueno, no nos quedemos aquí —dijo Theremon con impaciencia—. Arreglemos como sea esa cerradura... y mantenga la antorcha apartada de mis ojos. El humo me está matando.

Había arrimado una pesada tabla contra la puerta mientras hablaba y en pocos minutos levantó una poderosa barricada que tenía poco de simetría y belleza.

De algún lugar, amortiguadamente, alcanzaron a oír un ruido de puños contra la puerta; los berridos y chillidos, que ahora podían oírse procedentes del exterior, conferían a la escena un viso de irrealidad.

La gente había salido de Saro City con sólo dos cosas en la cabeza: el logro de la salvación cultista mediante la destrucción del observatorio, y un miedo enloquecedor que les obligaba a todo menos a paralizarse. No había tiempo para pensar en

vehículos, armas o dirigentes, ni siquiera en organizarse. Tan sólo pensaba en llegar al observatorio y asaltarlo con las manos desnudas.

Y ahora, cuando por fin estaban allí, el último destello de Beta, el postrer gemido de una agonizante llama, relampagueó triste y pobremente sobre una humanidad a la que abandonaba dejándola sin otra compañía que el miedo al universo.

—¡Volvamos a la cúpula! —exclamó Theremon.

En la cúpula, sólo Yimot, en el solaroscopio, permanecía en su puesto. El resto estaba ahora ocupado con las cámaras y Beenay estaba dando instrucciones con extraña voz.

—No me falléis ninguno. Quiero tomar a Beta justo antes del eclipse total y luego cambiar la placa rápidamente. Tomaréis una cámara cada uno... Ya sabéis cuánto tiempo... de exposición se necesita...

Hubo un susurro de asentimiento.

Beenay se pasó una mano por los ojos.

—¿Arden todas las antorchas? Ya veo que sí. —Con cierta dificultad en su postura, parecía apoyarse en el respaldo de la silla—. Ahora, recordad..., no intentéis obtener buenas fotografías. No quiero brillanteces como sacar dos estrellas de un solo disparo. Con una hay de sobra. Y... si os sentís mal, apartaos de la cámara.

En la puerta, Sheerin susurró a Theremon:

—Señáleme a Aton. No puedo verlo.

El periodista no pudo responder inmediatamente. Las vagas siluetas de los astrónomos parecían difuminadas en la oscuridad general, pues las antorchas habíanse convertido en meros borrones amarillos.

—Está oscuro —murmuró.

Sheerin soltó su mano.

—Aton. —Dio unos pasos—. ¡Aton!

Theremon se movió tras él y le cogió por el brazo.

—Espere, yo le conduciré.

Caminó como pudo a través de la sala. Hundió sus ojos en las tinieblas y su mente en el caos que había en ellas.

Nadie parecía oírlos ni prestarles atención. Sheerin tropezó contra la pared.

—¡Aton! —llamó.

El psicólogo advirtió que unas manos lo rozaban, se detuvo y escuchó una voz:

—¿Es usted, Sheerin?

—¡Aton! —Pareció recuperar el aliento—. No se preocupe por los exaltados. Aguantaremos.

Latimer, el cultista, se puso en pie y en su rostro pudo verse la desesperación. Pero su palabra había sido dada y romper el juramento hubiera significado poner en peligro mortal su alma. Sin embargo, esa palabra había surgido a la fuerza y no por su libre voluntad. ¡Pronto vendrían las estrellas! No podía permanecer allí, inmóvil..., y no obstante había dado su palabra.

La cara de Beenay se iluminó lejanamente cuando alzó la vista para contemplar el último rayo de Beta, y Latimer, viéndolo inclinado sobre su cámara, tomó una decisión. Sus uñas se hundieron en la palma de sus manos mientras se ponía cada vez más tenso.

Trastabilló al ponerse en movimiento. Ante él sólo había sombras; el suelo que debía estar bajo sus pies carecía de sustancia. Entonces, alguien surgió bruscamente a su lado y se lanzó sobre él, dirigiendo sus dedos curvados contra su garganta.

Dobló la rodilla y la incrustó en el cuerpo de su asaltante.

—Déjeme levantarme o le mataré.

Theremon apretó los dientes y murmuró mientras hacía presión sobre Latimer:

—¡Rata traidora!

El periodista pareció advertir entonces muchas cosas a un tiempo. Oyó graznar a Beenay ordenando tomar precipitadamente las cámaras; luego, tuvo la extraña sensación de que el último reflejo de luz solar había desaparecido por completo.

Simultáneamente, escuchó una última exclamación de Beenay y un entrecortado grito de Sheerin, histérico chillido que se quebró en un áspero y repentino silencio; extraño, mortecino silencio exterior.

Y Latimer había quedado medio cojo en su frustrado ataque. Theremon miró a los ojos al cultista y vio el resplandor del blanco que reflejaba el feble amarillo de las antorchas. Vio la burbuja babeante de los labios de Latimer y escuchó que de su garganta surgía un gemido animal.

Dominado por la sedante fascinación del miedo, apartó un brazo y volvió los ojos hacia la oscuridad de la ventana.

¡Más allá brillaban las estrellas!

No las tres mil seiscientas estrellas inválidas que pueden verse a simple vista en la Tierra; Lagash estaba en el centro de una gigantesca constelación. Treinta mil espléndidos soles derramaban chorros de luz con tal serenidad e indiferencia que parecían más fríos que un helado viento que atravesara el mundo.

Theremon se puso en pie; su garganta se negaba a dejar pasar el aliento y todos los músculos de su cuerpo permanecían en intenso estado de terror. Se estaba volviendo loco y lo advertía, y alguna parte de sí mismo que aún conservaba un mínimo de cordura luchaba por escapar del abrazo de aquel negro pánico. Era verdaderamente horrible volverse loco y darse cuenta de ello..., saber que en apenas un minuto, a pesar de conservar la presencia física, la mente se ha internado en las vastas regiones de la demencia. Pues la oscuridad no era otra cosa..., la oscuridad y el frío y la maldición. Los brillantes muros del universo parecían haber estallado y esparcido sus bloques macizos de luz, dejando escasos huecos negros entre los que se filtraba el vacío.

Tropezó contra alguien que caminaba a gatas y cayó sobre él. Se llevó las manos a la garganta, gateó hacia la llama de las antorchas que ocupaban su loca visión.

—¡Luz! —aulló.

Aton, en algún lugar, estaba gritando, lloriqueando terriblemente como un niño asustado.

—Las estrellas..., todas las estrellas..., nada sabíamos..., nunca supimos nada. Pensábamos en seis estrellas para todo el universo pero las estrellas no podían verse y la oscuridad eterna eterna eterna y las paredes cayendo sobre nosotros que nada sabíamos nada podíamos saber nada nunca nada...

Sobre el horizonte que podía contemplarse desde la ventana, en la dirección de Saro City, un resplandor auroral comenzó a vislumbrarse, tomar consistencia y crecer, estallando en fuertes brillos que, sin embargo, no pertenecían a la salida de ningún sol.

Nuevamente, la noche estaba allí.

Había una vez un gnomo

Henry Kuttner (1918-1985) y C. L. Moore (1911-1987)

Unknown, octubre

Tras su matrimonio en 1940, fue imposible decir quién de los dos escribió qué, no importaba el nombre que usaran: Kuttner, Moore, «Lewis Padgett» o «Lawrence O'Donnell». No lo sabían ni ellos, aunque hubo pocas excepciones. Produjeron algunos de los relatos más importantes de la ciencia ficción y fantasía de los años cuarenta, incluyendo este maravilloso relato publicado en esa rica y lamentada reserva de riquezas que fue Unknown (alias Unknown Worlds).

En el momento en que escribo esto, hay un libro que trata sobre gnomos en la lista de best-sellers, pero es dudoso que alguno de ellos se parezca a las criaturas de este delicioso relato.

(Henry Kuttner murió en febrero de 1958, y Cyril Kornbluth lo hizo un mes más tarde, y esa doble pérdida sacudió al mundo de la ciencia ficción. No ha vuelto a haber un par de muertes en meses sucesivos desde entonces y espero que no vuelva a haberlas. Kuttner era muy diferente de Kornbluth. Kuttner era un ejemplo típico del hombre cuya personalidad no era como sus historias, y Kornbluth era todo lo contrario. La coincidencia de que los dos tuvieran apellidos que empezaran por K era sorprendente y, considerando la superstición que dice que la muerte viene de tres en tres, tengo entendido que Darnon Knight pasó unos cuantos meses incómodo por aquella época. I. A.)

Tim Crockett nunca debió escabullirse dentro de la mina de la montaña Dornsef. Lo que se planea en California puede acarrear consecuencias desastrosas en las minas de carbón de Pennsylvania. Especialmente cuando los gnomos están involucrados.

Claro que Tim Crockett no sabía nada de los gnomos. Él simplemente estaba estudiando las condiciones de vida de las clases bajas, por usar sus propias e impertinentes palabras. Pertenecía a un grupo de californianos del sur que habían resuelto que los trabajadores les necesitaban. No era precisamente así. Eran ellos quienes necesitaban trabajar ocho horas al día, por lo menos.

Crockett, como sus colegas, consideraba al trabajador una combinación de gorila y Hombre de la Azada que tal vez incluía a algún Kallikak^[26] entre sus ancestros. Hablaba enérgicamente de las minorías explotadas, escribía artículos virulentos para *Tierra*, el órgano del grupo, y se las compuso hábilmente para no ingresar como actuario en el bufete del padre. Tenía, según sus palabras, una misión. Lamentablemente, ni obreros ni opresores simpatizaban mucho con él.

Cualquier psicólogo habría analizado fácilmente a Crockett. Era un jovencuelo alto, delgado, vivaz, con ojillos acuosos y buen gusto para las corbatas. Todo lo que necesitaba era una buena patada en el trasero.

¡Pero ciertamente no propinada por un gnomo!

Viajaba cómodamente por el país con el dinero de su padre, investigando las condiciones de trabajo, para gran fastidio de los trabajadores que encontraba. Fue con ese propósito que entró subrepticamente en la mina de carbón Ajax —o al menos en una de sus galerías— después de disfrazarse de minero y tiznarse la cara con polvo negro. Al bajar en el montacargas, lucía especialmente desaliñado en medio de un grupo de caras impecables. Los mineros eran sucios sólo después de un día de trabajo.

La montaña Dornsef es una especie de colmena, pero no por los túneles de la Compañía Ajax. Los gnomos conocen modos de bloquear los túneles cuando los humanos cavan demasiado cerca. El lugar desorientó completamente a Crockett. Se limitó a seguir a los otros, hasta que se pusieron a trabajar. Una vagoneta llena pasó traqueteando por los rieles. Crockett titubeó, y luego abordó a un espécimen huraño que parecía llevar las señales de una gran aflicción estampadas en la cara.

—Oye —le dijo—. Quiero hablar contigo.

—¿Inglés? —preguntó el otro—. Viski. Yinebra. Vinu. Demonios.

Tras demostrar así su imperfecto dominio del idioma, soltó una risotada ronca y regresó al trabajo ignorando al desconcertado Crockett, que se lanzó a la búsqueda de otra víctima. Pero este sector de la mina parecía desierto. Otra vagoneta cargada le pasó al lado, y Crockett decidió averiguar de dónde venía. Lo consiguió después de golpearse dolorosamente la cabeza y caer de bruces por lo menos cinco veces.

Venía de un agujero en la pared. Crockett entró, y simultáneamente oyó un grito ronco a sus espaldas. El desconocido ordenó a Crockett que regresara.

—¡Vuelve o te quiebro ese cuello cuadrado! —prometió, añadiendo un rosario de

maldiciones seseantes—. ¡Fuera de aquí!

Crockett miró hacia atrás, vio un amenazante perfil de gorila, y de inmediato comprendió que su estratagema había sido descubierta. Los propietarios de la mina Ajax tenían un matón para asesinarlo, o al menos para reducirle a una pulpa insensible. El terror prestó alas a los pies de Crockett. Frenético, echó a correr en busca de una galería lateral donde perderse. Los bramidos del otro retumbaban contra las paredes. Y de pronto, Crockett oyó claramente una frase significativa:

—¡... antes que estalle esa dinamita!

En ese preciso instante la dinamita estalló.

Crockett, sin embargo, no se enteró. Descubrió, muy fugazmente, que estaba volando. De golpe, el techo le detuvo dolorosamente. Después perdió el conocimiento, y cuando se recobró, vio una cabeza que le observaba fijamente.

No era una cabeza alentadora, y por cierto no inspiraba un sentimiento instintivo de camaradería. En realidad era bastante extraña, cuando no repulsiva. Como Crockett ya tenía demasiado con mirarla, no advirtió que estaba viendo en la oscuridad.

¿Cuánto tiempo había permanecido inconsciente? Tenía el vago presentimiento de que había sido bastante. La explosión... ¿Qué?

¿Lo había sepultado detrás de un techo de roca desmoronado? Crockett no se habría sentido mucho mejor de haber sabido que estaba en una galería agotada, ya sin valor, abandonada hacía mucho tiempo. Los mineros sabían que al dinamitar para abrir un nuevo conducto el viejo se derrumbaría, pero eso no importaba.

Salvo para Tim Crockett.

Parpadeó, y cuando volvió a abrir los ojos la cabeza había desaparecido. Era un alivio. Crockett se convenció de que esa cosa desagradable había sido un espejismo. De hecho, le costaba recordar su aspecto. Sólo le quedaba la vaga impresión de un perfil de nabo, grande, con ojos centelleantes y una fisura increíblemente ancha en el lugar de la boca.

Crockett se levantó gruñendo. ¿De dónde venía ese resplandor plateado? Era como la luz del día en una tarde brumosa, que no procede de un foco específico ni arroja sombras. «Radio», pensó Crockett, que sabía un poco de mineralogía.

Estaba en un túnel que se iba angostando en la penumbra hasta un recodo abrupto a quince metros de distancia. Detrás de él... Detrás de él, el techo se había derrumbado. Instantáneamente Crockett tuvo dificultades para respirar. Se lanzó de inmediato sobre el montículo ripioso, arrojando rocas aquí y allá, jadeando y emitiendo ruidos roncós e inarticulados.

De pronto reparó en sus manos. Cejó poco a poco en sus esfuerzos hasta quedarse absolutamente inmóvil, acuclillado, mirándose los objetos grandes, nudosos y sorprendentes que le crecían de las muñecas. ¿Era posible que durante su período de

inconsciencia se haya puesto mitones? En el mismo momento en que le asaltó esa idea Crockett comprendió que jamás se tejieron mitones ni remotamente parecidos a lo que él, muy lógicamente, suponía eran sus manos. Se le estremecieron ligeramente.

Quizá estaban embadurnadas de barro. No. No era barro. Las manos se le habían... alterado. Eran objetos enormes, rugosos, pardos, como nudosas raíces de roble. Una pelambre negra y rala les crecía en el dorso. Las uñas necesitaban manicura, por cierto. Preferiblemente con cincel.

Crockett se miró a sí mismo. Emitió unos chillidos frágiles —testimonios de su incredulidad. Tenía piernas rechonchas y arqueadas, gruesas y fuertes, de no más de medio metro de largo, menos, en todo caso. Temblando de incertidumbre, Crockett exploraba su cuerpo. Había cambiado, y desde luego no para mejor.

Tenía poco más de un metro veinte de estatura, y un metro de ancho, con un torso redondeado, pies enormes y chatos, piernas gruesas y cortas, y le faltaba el cuello. Llevaba sandalias rojas, pantalones cortos y azules, y una túnica roja que dejaba descubiertos los brazos flacos y musculosos. La cabeza...

Tenía forma de nabo. La boca... ¡Ay! Sin darse cuenta Crockett se había metido el puño dentro. Retiró de inmediato la mano ofensora, miró perplejo alrededor y se desplomó en el suelo. No podía ser cierto. Era totalmente imposible. Alucinaciones. Estaba muriendo de asfixia y en su agonía tenía visiones.

Crockett cerró los ojos, de nuevo convencido de que sus pulmones buscaban aire.

—Me muero —dijo—. No pu... puedo respirar.

—¡No creerás que estás respirando aire...! —dijo una voz desdeñosa.

—Yo n... no...

Crockett no terminó la frase. Abrió de nuevo los ojos. Oía cosas. Las oyó de nuevo.

—Eres un gnomo bastante inservible —dijo la voz—. Pero bajo la ley de Nid no podemos elegir a gusto. No obstante, no servirás para extraer metales duros, por lo que veo. Tu velocidad será adecuada para la antracita. ¿Qué estás mirando? Eres mucho más feo que yo.

Crockett trató de relamarse los labios reseco y se horrorizó al descubrir que la punta de la lengua húmeda se le arrastraba con indolencia sobre los ojos. La retrajo con un fuerte chasquido y logró ponerse de pie. Después se quedó absolutamente quieto, mirando.

La cabeza había desaparecido. Esta vez tenía un cuerpo debajo.

—Soy Gru Magru —dijo cordialmente—. Recibirás un nombre gnómico, desde luego, a menos que el tuyo sea suficientemente gutural. ¿Cuál es?

—Crockett —respondió el hombre, con voz aturdida y mecánica.

—¿Eh?

—Crockett.

—Deja de croar como una rana y... Oh, ya veo. Bien... Crockett. Ahora levántate y sígueme o recibirás una buena patada.

Pero Crockett no se levantó en seguida. Estaba observando a Gru Magru: un gnomo, obviamente. Baja, rechoncha y corpulenta; la figura de la criatura parecía un barrilito abultado coronado por un nabo invertido. El pelo formaba una mata puntiaguda; la raíz, por expresarlo así. En la cara de nabo había una boca inmensa con forma de ranura, una nariz con forma de botón, y dos ojazos enormes.

—¡Arriba! —dijo Gru Magru.

Esta vez Crockett obedeció, pero el esfuerzo le agotó por completo. Si volvía a moverse, enloquecería, pensó. Tal vez era lo mejor. Gnomos...

Gru Magru le estampó el ancho pie en el lugar apropiado, y Crockett describió un arco que terminó en un pedrejón mellado desprendido del techo.

—Levántate —dijo el gnomo con gratuito mal humor— o te pateo otra vez. Ya resulta bastante molesta la posibilidad de que venga una patrulla de rescate. En cualquier momento podría toparme con un hombre, con... ¡Arriba!

Crockett se levantó. Gru Magru le aferró el brazo y lo empujó hacia las profundidades del túnel.

—Bien, ahora eres un gnomo —le dijo—. Es la ley de Nid. A veces me pregunto si vale la pena. Pero supongo que sí... Los gnomos no pueden propagarse, y de alguna manera hay que conservar la población media.

—Quiero morir —rezongó Crockett.

—Los gnomos no pueden morir —rió Gru Magru—. Son inmortales, hasta el Día. Me refiero al Día del Juicio.

—No eres lógico —señaló Crockett, como si al rechazar tan sólo un factor rechazara automáticamente todo ese asunto increíble—. O bien eres de carne y hueso y eventualmente morirás, o bien no lo eres, y entonces no eres real.

—Oh, claro que somos de carne y hueso —dijo Gru Magru—. Pero no somos mortales. Ésa es la diferencia. Y atención, que no tengo nada contra ciertos mortales —se apresuró a explicar—. Los murciélagos, por ejemplo. Y las lechuzas..., de acuerdo. ¡Pero los hombres...! —Se estremeció—. Ningún gnomo puede tolerar la visión de un hombre.

Crockett encontró la tabla de su salvación.

—Yo soy hombre.

—Lo eras, querrás decir —dijo Gru—. Tampoco eres un espécimen muy bueno, por cierto. Pero ahora eres gnomo. Es la ley de Nid.

—No hablas más que de la ley de Nid —se quejó el flamante gnomo.

—Claro, tú no comprendes —dijo Gru Magru con tono algo paternal—. Es así. En los tiempos antiguos se decretó que la décima parte de los humanos que se perdieran en la tierra inferior serían transformados en gnomos. El primer emperador gnomo lo dispuso así..., Podrang III. Al ver que las hadas podían raptar niños humanos y conservarlos, fue a hablar con las autoridades al respecto; dijo que era

injusto, así que cuando los mineros y otros se pierden bajo tierra, una décima parte se transforma en gnomos y se nos une. Es lo que a ti te ha ocurrido, ¿entiendes?

—No —masculló Crockett—. Mira. Me has dicho que el primer emperador gnomo fue Podrang. ¿Por qué se llamaba Podrang III?

—No hay tiempo para preguntas. ¡De prisa!

Gru Magru iba ahora casi corriendo. Arrastraba al desdichado Crockett. El nuevo gnomo todavía no dominaba sus extrañas extremidades, y como las sandalias eran demasiado anchas, se apoyaba pesadamente en la mano derecha. Después aprendió a mantener los brazos arqueados y pegados a los flancos. Las paredes, iluminadas por el extraño resplandor plateado, pasaban rápidamente.

—¿Qué es esa luz? —Atinó a jadear Crockett—. ¿De dónde viene?

—¿Luz? —preguntó Gru Magru—. No es luz.

—Pero... no es oscuridad.

—Por supuesto que es oscuridad —repuso el gnomo—. ¿Cómo podríamos ver si no fuera oscuridad?

Para esto no había réplica comprensible, excepto un alarido frenético, pensó Crockett. Y necesitaba todo el aliento para correr. Ahora estaba en un laberinto, y doblaban sucesivos recodos por túneles innumerables y sinuosos. Crockett sabía que nunca podría volver sobre sus pasos. Lamentó haber dejado la escena del derrumbe. Pero ¿cómo podía haberlo evitado?

—¡De prisa! —Insistía Gru Magru—. ¡De prisa!

—¿Por qué? —jadeó Crockett.

—¡Hay una pelea! —dijo el gnomo.

En ese preciso instante doblaron un recodo y casi tropezaron con la pelea. Una masa hormigueante de gnomos colmaba el túnel batallando con frenesí. Pantalones y túnicas rojas y azules formaban un tapiz inquieto y bullente; cabezas de nabo subían y bajaban con ferocidad. Parecía ser que todos peleaban contra todos.

—¡Mira! —comentó Gru—. ¡Una pelea! Pude olerla a seis túneles de aquí. ¡Qué belleza!

Se agachó cuando un gnomo pequeño y de cara maligna salió del montón para coger una piedra y arrojársela con perversa precisión. El proyectil erró el blanco y Gru, olvidando a su cautivo, se arrojó de inmediato sobre el gnomo, lo tumbó en el suelo y empezó a golpearle la cabeza contra la roca. Ambos bandos gritaban a todo pulmón, y las voces se perdían en el clamor ensordecedor que reverberaba a través del túnel.

—Cielo santo —musitó Crockett.

Se quedó mirando, lo cual fue un error. Un gnomo enorme dejó la refriega, tomó a Crockett de los pies y lo arrojó por el aire. El aterrado y desprevenido proyectil cruzó el túnel para estrellarse pesadamente contra algo que dijo «¡uuuff!». Había una

maraña de brazos y piernas deformes.

Al levantarse, Crockett descubrió que había volteado a un gnomo ceñudo y de pelo rojo flamígero, con cuatro botones de diamantes en la túnica. Esta criatura repulsiva yacía inmóvil, fuera de combate. Crockett pasó revista a las heridas: no tenía ninguna. Al menos su nuevo cuerpo era resistente.

—¡Me has salvado! —dijo una nueva voz, que pertenecía a... una dama gnomo.

Crockett pensó que si había algo más feo que un gnomo, eso era «la gnoma». La criatura estaba agazapada a sus espaldas, blandiendo una roca con la manaza. Crockett se agachó.

—No te atacaré a ti —aulló la otra por encima de la barahúnda que atronaba el pasadizo—. ¡Tú me salvaste...! Mugza estaba tratando de arrancarme las orejas. ¡Oh, está despertando!

El gnomo pelirrojo recobraba el conocimiento. Lo primero que hizo fue levantar los pies y sin ponerse de pie, darle a Crockett una patada que lo mandó al extremo opuesto del túnel. El gnomo femenino se sentó inmediatamente sobre el pecho de Mugza y le golpeó la cabeza con la roca hasta inmovilizarlo.

Luego se levantó.

—¿No estás herido? —le preguntó a Crockett—. ¡Bien! Soy Brockle Buhn... ¡Oh, mira! ¡Perderá la cabeza en un minuto!

Crockett se volvió para comprobar que su ex guía, Gru Magru, tironeaba gnómicamente de la cabeza de un rival no identificado con el aparente propósito de arrancársela.

—¿Por qué todo este lío? —aulló Crockett—. Eh... Brockle Buhn. ¡Brockle Buhn!

Ella se volvió de mala gana.

—¿Qué...?

—¡La pelea! ¿Cómo empezó?

—Yo la empecé —explicó ella—. Dije: «Hagamos una pelea», y luego empezamos.

—Oh. ¿Eso fue todo?

—Por supuesto. —Brockle Buhn movió la cabeza—. ¿Cómo te llamas?

—Crockett.

—Eres nuevo aquí, ¿verdad? Oh, ya sé... ¡Eras humano! —De pronto, una nueva luz destelló en sus protuberantes ojos—. Crockett, quizá tú puedas explicarme algo... ¿Qué es un beso?

—¿Un... beso? —repitió Crockett, alelado.

—Sí. Una vez estaba escuchando dentro de una loma, y oí a dos seres humanos hablando... Hombre y mujer, por sus voces. No me atreví a mirarles, desde luego. Pero el hombre le pidió un beso a la mujer.

—Oh —dijo Crockett con voz neutra—. Le pidió un beso, ¿eh?

—Y se oyó como un chasquido húmedo y la mujer dijo que era maravilloso. Me

ha intrigado desde entonces. Porque si un gnomo me pidiera un beso, yo no sabría a qué se refiere.

—¿Los gnomos no se besan? —preguntó Crockett con tono de distraído.

—Los gnomos cavan —dijo Brockle Buhn—. Y comemos. Me gusta comer. ¿Un beso es como la sopa de lodo?

—Bien..., no exactamente.

Crockett se las compuso para explicarle la mecánica osculatoria.

La muchacha gnomo guardó un reflexivo silencio.

—Te daré un beso —dijo al fin, con aire de ofrecerle sopa de lodo a un hambriento.

Crockett tuvo una visión de pesadilla en la que su cabeza entera era engullida por esa mandíbula descomunal. Y retrocedió.

—No, no —balbuceó—. Mejor que no.

—Entonces peleemos —dijo Brockle Buhn sin rencor, y le dio un puñetazo que rebotó dolorosamente contra la oreja de Crockett—. Oh, no —dijo apesadumbrada, apartándose—. La pelea ha terminado. No fue muy larga, ¿verdad?

Crockett se frotaba la oreja lastimada. Veía que en todas partes los gnomos se recobraban y volvían presurosos a sus tareas. Parecían haber olvidado totalmente el reciente conflicto. El túnel estaba de nuevo en silencio, salvo por el palmoteo de los pies de los gnomos sobre la roca.

Gru Magru se les acercó con una sonrisa jovial, para saludarles.

—Hola, Brockle Buhn. Una buena pelea, ¿eh? ¿Quién es éste? —señaló el cuerpo postrado de Mugza, el gnomo pelirrojo.

—Mugza —dijo Brockle Buhn—. Todavía sigue desmayado. Pateémosle —y procedieron a patearlo con gran entusiasmo mientras Crockett, observador, decidía no permitir que le golpearan cuando él estuviera inconsciente. Pero... ¿cómo?

Sin embargo, Gru Magru se cansó finalmente del juego y volvió a tomar a Crockett del brazo.

—Ven conmigo —dijo, y avanzaron a lo largo del túnel mientras Brockle Buhn se dedicaba a brincar sobre el estómago de Mugza.

—Parece que no os importa golpear a la gente desmayada, ¿eh? —aventuró Crockett.

—Es mucho más divertido —le aseguró Gru—. Así puedes darles donde se te antoja... Ven. Tendrás que ser presentado. Día nuevo, gnomo nuevo. Equilibra el control de la población —explicó, y se puso a tararear una cancioncilla.

—Mira —dijo Crockett—. Se me acaba de ocurrir algo. Dices que los humanos son transformados en gnomos para mantener el control de la población. Pero si los gnomos no mueren, ¿no significa que ahora hay más gnomos que nunca? La población sigue aumentando, ¿verdad?

—Cállate —ordenó Gru Magru—. Estoy cantando.

Era una canción bastante desafinada. Crockett, con la cabeza hecha un torbellino, se preguntó si los gnomos tendrían un himno nacional. Quizá «nananá con rocas» o algo por el estilo.

—Vamos a ver al emperador —dijo al fin Gru—. Siempre ve a los gnomos nuevos. Mejor que le produzcas una buena impresión, o te pondrá a hacer minería de lava.

—Eh... —Crockett se miró la túnica mugrienta—. ¿No será mejor que me lave un poco? Esa pelea me ha dejado muy mal.

—No fue la pelea —dijo ofensivamente Gru—. Pero ¿cuál es tu problema? Yo no veo nada fuera de lugar.

—Mis ropas... Están sucias.

—No te preocupes por eso —dijo el otro—. Es una suciedad mugrienta y saludable, ¿no? ¡Espera! —Se detuvo, se agachó, recogió un puñado de polvo y frotó con él el pelo y la cara de Crockett—. Así está mejor.

—Yo... ¡Pfff! Gracias... ¡Pfff! —dijo el flamante estreno de gnomo—. Espero estar soñando. Pues de lo contrario...

No pudo concluir la frase. Crockett sentía náuseas.

Atravesaron un laberinto muy por debajo de la montaña de Dornsef, y finalmente salieron a una cámara espaciosa y desnuda con un trono de roca en un extremo. Un gnomo pequeño estaba sentado en el trono cortándose las uñas de los pies.

—Feliz oscuridad —saludó Gru—. ¿Dónde está el emperador?

—Tomando un baño —dijo el otro—. Ojalá se ahogue. Lodo, lodo, lodo... Mañana, tarde y noche. Primero está muy caliente, después está muy frío. Después está muy espeso. Me gasto los dedos preparándole los baños de lodo, y todo lo que recibo es una patada —continuó quejosamente el gnomo—. Hasta la suciedad tiene un límite. Tres baños de lodo por día es exagerar demasiado. ¡Y sin la menor consideración hacia mí! Oh, no. Hoy me llamó sabandija. Dijo que no había terrones duros en el lodo. Bien, ¿por qué no? Esa maldita arcilla que estuvimos trayendo es capaz de revolverle el estómago a un gusano. Encontraréis a Su Majestad allí dentro —terminó el pequeño gnomo, señalando con el pie una arcada en la pared.

Crockett fue arrastrado al cuarto contiguo, donde un gnomo gordinflón estaba sentado en una cavidad llena de lodo pardo y humeante. A través de la viscosidad que lo cubría sólo se le veían los ojos. Se llenaba las manos de lodo y se lo dejaba gotear en la cabeza con una risita senil.

—Lodo —le comentó satisfecho a Gru Magru, con una voz que parecía un rugido de león—. No hay nada comparable. El lodo es espléndido. ¡Ah!

Gru se daba cabezazos contra el suelo, y con la enorme manaza ceñía el cuello de Crockett para obligarle a hacer lo mismo.

—Oh, levantaos —dijo el emperador—. ¿Qué es esto? ¿Qué ha hecho este gnomo? Habla.

—Es nuevo —explicó Gru—. Lo encontré en la zona superior. La ley de Nid, ya sabes.

—Sí, por supuesto. Echémosle un vistazo. ¡Ugh! Yo soy Podrang II, emperador de los gnomos. ¿Qué tienes que decir?

Todo lo que se le ocurrió a Crockett fue:

—¿Cómo... cómo puedes ser Podrang II? Creí que el primer emperador había sido Podrang III.

—Un charlatán —dijo Podrang II, y desapareció bajo la superficie de lodo, resoplando al emerger—. Encárgate de él, Gru. Al principio trabajo liviano. Que extraiga antracita. Y cuidado con comerla mientras trabajas —le advirtió al asombrado Crockett—. Cuando hayas cumplido un siglo aquí, se te permitirá un baño de lodo por día. No hay nada como un baño —agregó embadurnándose la cara con la mano pegajosa.

De golpe se quedó tieso. Soltó un rugido de león.

—¡Druck! ¡Druck!

El pequeño gnomo que Crockett había visto en la sala del trono entró a toda prisa agitando las manos.

—¡Majestad! ¿El lodo no está bien tibio?

—¡Burbuja rastrera! —bramó Podrang II—. ¡Baboso, vástago de seis mil hediondecas individuales! ¡Ojos de mica, incompetente, orejas serpeantes! ¡Eres una mancha que se retuerce sobre el buen nombre de los gnomos! ¡Error geológico! ¡Pedazo de... de...!

Druck aprovechó la momentánea trabazón del amo.

—Es lodo del mejor, majestad. Lo he refinado personalmente. Oh, majestad. ¿Qué ocurre?

—¡Hay un gusano dentro! —bramó su majestad, y barbotó una sarta de maldiciones tan injuriosas que casi hacía hervir el lodo.

Crockett, tapándose los oídos, se dejó arrastrar por Gru Magru.

—Me gustaría enzarzarme con el viejo en una pelea —rezongó Gru, cuando estuvieron a una distancia prudente—. Pero, claro, recurriría a la magia... Así es él. El mejor emperador que jamás hayamos tenido. Por nada del mundo jugaría limpio.

—Oh —dijo distraídamente Crockett—. ¿Y qué haremos ahora?

—Has oído a Podrang, ¿verdad? A extraer antracita. Y si te sorprende comiéndola, te hago tragar los dientes de una patada.

Cavilando sobre el mal genio de los gnomos, Crockett se dejó conducir a una galería donde docenas de gnomos de ambos sexos blandían picas y zapas con furioso vigor.

—Es aquí —dijo Gru—. ¡Adelante! A extraer antracita. Trabajas veinte horas, luego duermes seis.

—¿Y después?

—Después a cavar de nuevo —explicó Gru—. Te corresponde un breve descanso cada diez horas. Entretanto no debes dejar de cavar, a menos que haya una pelea. Ahora te diré cómo localizar el carbón. Simplemente piensa en él.

—¿Eh?

—¿Cómo crees que te hallé a ti? —preguntó Gru con impaciencia—. Los gnomos tienen... ciertos sentidos. Según la leyenda las hadas pueden encontrar agua con una horqueta. Bien, a nosotros nos atraen los metales. Piensa en la antracita —terminó, y Crockett obedeció; instantáneamente se volvió a la pared del túnel que tenía más cerca—. ¿Ves cómo funciona? —sonrió Gru—. Evolución natural, supongo. Funcional. Tenemos que saber dónde están los depósitos subterráneos, para eso las autoridades nos dieron este sentido cuando fuimos creados. Piensa en un filón de metal o cualquier depósito mineral, y serás atraído por él. Del mismo modo que la luz del día repele a todos los gnomos.

—¿Qué dices? —Crockett se sobresaltó ligeramente—. No lo entiendo.

—Negativo y positivo. Necesitamos los depósitos, así que somos atraídos por ellos. La luz del día nos hace daño, y si creemos estar muy cerca de la superficie pensamos en la luz y nos repele. ¡Inténtalo!

Crockett obedeció. Algo le presionaba la coronilla, al parecer.

—Derecho hacia arriba —confirmó Gru—. Pero está muy lejos. Una vez vi la luz del día. Y también a un hombre —miró fijamente al otro—. Olvidé explicarte... Los gnomos no toleran ver a los seres humanos. Ellos..., bien, hay un límite de la fealdad que pueden tolerar nuestros ojos. Ahora eres uno de nosotros y te ocurrirá lo mismo. Mantente alejado de la luz del día, y nunca mires a un hombre. Es por el bien de tu equilibrio mental.

Una idea se despertó en la mente de Crockett. Entonces podría salir de este laberinto de túneles guiándose por el nuevo sentido, que lo llevaría hacia la luz. Después..., bien, al menos estaría en la superficie... Después de que Gru Magru le instalara entre dos gnomos atareados y le pusiera una pica en las manos, el tutor le dijo:

—Bien. A trabajar.

—Gracias por... —empezó Crockett, cuando de pronto Gru Magru le pateó y se marchó canturreando alegremente en voz baja.

Otro gnomo se acercó, vio a Crockett inmóvil y le dijo que pusiera manos a la obra, acompañando la orden con un golpe en la oreja ya magullada. Crockett no tuvo más remedio que recoger el pico y ponerse a arrancar antracita de la pared.

—¡Crockett! —dijo una voz familiar—. ¡Eres tú! Imaginé que te mandarían aquí.

Era Brockle Buhn, el gnomo femenino que Crockett había conocido antes. Blandía un pico como los demás, pero lo soltó para sonreírle al compañero.

—No estarás mucho tiempo aquí —le consoló—. Diez años, más o menos, a menos que te busques problemas. Luego te encomendarán trabajos realmente duros.

A Crockett ya le dolían las manos.

—¿Trabajos duros? En cualquier momento se me caen los brazos —se reclinó sobre el pico—. ¿Éste es tu puesto?

—Sí, pero rara vez estoy aquí. Casi siempre me castigan. Suelo causar problemas. Me como la antracita —hizo una demostración, y el audible crujido hizo estremecer a Crockett.

Entonces se acercó el capataz. Brockle Buhn se dio prisa en tragar.

—¿Qué pasa? —refunfuñó—. ¿Por qué no estáis trabajando?

—Estábamos a punto de pelear —explicó Brockle Buhn.

—Oh... ¿Vosotros dos sólo, o puedo intervenir?

—Estáis todos invitados —ofreció ese gnomo tan poco femenino, y descargó el pico sobre la cabeza del desprevenido Crockett, que cayó redondo.

Al despertar, un rato después, inspeccionó sus costillas doloridas y se convenció de que Brockle Buhn le había pateado después de que perdiera el conocimiento. ¡Qué gnomo!

Crockett se levantó. Estaba en el mismo túnel. Docenas de gnomos cavaban sin parar.

El capataz se les acercó.

—Despierto... ¿eh? ¡A trabajar!

El aturdido Crockett obedeció. Brockle Buhn le saludó con una sonrisa complacida.

—Te has perdido una buena... Conseguí una oreja..., ¿ves?

La mostró; Crockett se apresuró a explorarse con la mano: no era suya.

Cavar... Cavar... Cavar... Las horas pasaban lentamente. Crockett nunca había trabajado tan duro en su vida. Pero notó que ningún gnomo se quejaba. Veinte horas de trabajo, con un breve paréntesis. Durante el descanso, él se echaba a dormir. Y después... Cavar... Cavar... Cavar...

Sin dejar de trabajar, Brockle Buhn le dijo:

—Creo que serás un buen gnomo, Crockett. Ya te estás endureciendo. Nadie creería que una vez fuiste hombre.

—Oh... ¿No?

—No. ¿Qué eras? ¿Minero...?

—Era... —Crockett se interrumpió de golpe; sus ojos le brillaron de una forma extraña—. Era sindicalista —terminó.

—¿Qué es eso?

—¿No has oído hablar de los sindicatos? —preguntó Crockett, con una mirada intensa.

—¿Es un filón? —Brockle Buhn meneó la cabeza—. No, nunca. ¿Qué es un sindicato?

Crockett le explicó. Ningún sindicalista genuino habría aceptado esa explicación. Lo menos que se podría decir de ella es que era tendenciosa.

Brockle Buhn parecía perpleja.

—No entiendo bien a qué te refieres, pero supongo que tienes razón.

—Prueba de este modo —dijo Crockett—: ¿no te cansas de trabajar veinte horas por día?

—Claro. ¿Quién no?

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—Siempre lo hemos hecho —dijo indulgentemente Brockle Buhn—. No podemos parar.

—Supón que todos lo hicierais —insistió Crockett—. Todos y cada uno de los gnomos. Supón que haces una huelga...

—Me castigarían, me apalearían con estalactitas...

—Supón que todos hacéis una huelga.

—Estás loco —dijo Brockle Buhn—. Nunca sucedió algo así. Es... humano.

—Nunca sucedió nada parecido a un beso, tampoco —dijo Crockett—. ¡No, no quiero ninguno! Y pelear, mucho menos, por favor. Santo cielo, déjame entender vuestra organización. La mayoría de los gnomos trabaja para beneficio de la clase dominante.

—No. Simplemente trabajamos.

—Pero ¿por qué?

—Siempre lo hacemos. Y el emperador quiere que lo hagamos.

—¿Ha trabajado el emperador alguna vez? —preguntó Crockett con aire triunfal—. ¡No! ¡Él sólo se dedica a los baños de lodo! ¿Por qué los demás gnomos no gozan del mismo privilegio? ¿Por qué...?

El sindicalista siguió hablando mientras trabajaba, explayándose en los detalles. Brockle Buhn le escuchaba con creciente interés. Y al fin tragó el anzuelo con sedal y todo.

Una hora más tarde asentía con entusiasmo.

—Pasaré la voz. Esta noche. En la Cueva Rugiente. Después de trabajar.

—Espera un minuto —objetó Crockett—. ¿Cuántos gnomos podríamos conseguir?

—Bien... No muchos. ¿Treinta?

—Antes tendremos que organizamos. Necesitamos un plan definido.

Brockle Buhn se fue por la tangente.

—Peleemos.

—¡No! ¿Quieres escucharme? Necesitamos un... consejo. ¿Quién es el más pendenciero?

—Mugza, creo —dijo ella—. El gnomo pelirrojo que conmocionaste cuando él me golpeó.

Crockett frunció el ceño. ¿Mugza le guardaría rencor? Probablemente no. O

mejor dicho, no sería peor que los otros gnomos. Quizá Mugza intentara golpearle, pero haría lo mismo con cualquier otro gnomo. Además, como le explicara Brockle Buhn, Mugza era el equivalente gnómico a un duque. Su respaldo podía ser valioso.

—Y Gru Magru —sugirió ella—. Adora las cosas nuevas, especialmente si causan revuelo.

—Sí —no eran los dos que Crockett hubiera elegido, pero a él no se le ocurrían otros candidatos—. Si pudiéramos conseguir a alguien cercano al emperador... ¿Qué te parece Druck..., el que le prepara los baños de lodo a Podrang?

—¿Por qué no? Yo lo arreglaré.

Brockle Buhn perdió el interés y subrepticamente se puso a comer antracita. Como el capataz le estaba mirando, el resultado fue una riña violenta que a Crockett le dejó un ojo morado; después, él volvió al trabajo maldiciendo entre dientes.

Pero entretanto tuvo tiempo para cambiar unas palabras más con Brockle Buhn. Ella se encargaría. Esa noche los conspiradores celebrarían una reunión clandestina.

Crockett había estado anhelando un buen descanso, pero la oportunidad era demasiado buena para dejarla ir. No tenía deseos de continuar con su desagradable tarea de extraer antracita. El cuerpo le dolía terriblemente. Además, si era posible incitar a los gnomos a una huelga tal vez así podría presionar a Podrang II. Gru Magru había dicho que el emperador era mago. Quizá fuera capaz de devolverle a su condición de hombre...

—Nunca lo ha hecho —respondió Brockle Buhn, y entonces Crockett comprendió que había pensado en voz alta.

—Pero tal vez pueda hacerlo, pienso... Si lo quisiera.

Brockle Buhn simplemente se estremeció, pero él atisbo un rayo de esperanza. ¡Volver a ser humano...!

Cavar... Cavar... Cavar... Cavar... Con regularidad monótona y entumecedora Crockett se hundía en el embotamiento. A menos que llevara a los gnomos a la huelga se enfrentaba a una eternidad de faenas agotadoras. Apenas se dio cuenta de que perdía el conocimiento, de que Brockle Buhn le metía la mano rugosa bajo el brazo, de que le llevaban a través de pasadizos hasta un cubículo diminuto, que era su nuevo hogar. La gnoma le dejó allí y él se encaramó a un catre de piedra y se durmió.

Poco después le despertó un puntapié. Parpadeando, Crockett se incorporó, eludiendo instintivamente el golpe que Gru Magru le dirigía a la cabeza. Tenía cuatro visitantes: Gru, Brockle Buhn, Druck y el pelirrojo Mugza.

—Lamento haber despertado tan pronto —dijo Crockett con irónica amargura—. De lo contrario podrías haber seguido pateándome a tu entera satisfacción...

—Oh, no faltarán oportunidades —dijo Gru—. Bueno, ¿a qué viene todo esto? Quería dormir, pero Brockle Buhn me dijo que habría pelea. Una grande, ¿eh?

—Primero a comer —dijo con firmeza Brockle Buhn—. Prepararé sopa de lodo

para todos.

Se dirigió a un rincón y se puso a preparar un refrigerio.

Los otros gnomos se acuclillaron y Crockett se sentó en el borde del catre, aún medio dormido. Pero atinó a explicar su idea del sindicato. Fue recibida con interés, pero reparó que ese interés respondía a la mera posibilidad de una riña descomunal.

—¿Quieres decir que todos los gnomos de Dornsef atacan al emperador? —preguntó Gru.

—¡No, no! Arbitraje pacífico. Simplemente nos negamos a trabajar. Todos.

—Yo no puedo —dijo Druck—. Podrang tiene que tomar sus baños de lodo, maldita babosa gordinflona. Me enviaría a las fumarolas hasta que me asara.

—¿Quién te llevaría? —preguntó Crockett.

—Oh... Los guardias, supongo.

—Pero ellos también estarían en huelga. Nadie obedecería a Podrang hasta que él cediera.

—Entonces me hechizaría —dijo Druck.

—No puede hechizarnos a todos —repuso Crockett.

—Pero me hechizaría a mí —dijo Druck resueltamente—. Además, sí que podría lanzar un hechizo sobre todos los gnomos de Dornsef... Transformarnos en estalactitas, o algo por el estilo.

—¿Y qué? No tendría más gnomos. Algo es mejor que nada. Simplemente emplearemos la lógica contra él. ¿No preferiría que se trabajara menos en vez de nada?

—Él no —terció Gru—. Preferiría hechizarnos, sin duda. Oh, es un dechado de maldad —terminó aprobatoriamente el gnomo.

Pero Crockett se negaba a creerlo. Era demasiado ajeno a su comprensión de la psicología... humana, desde luego. Se volvió a Mugza, que temblaba de furia.

—¿Qué opinas tú?

—Quiero pelear —dijo el otro rencorosamente—. Quiero patear a alguien.

—¿No te gustaría bañarte en lodo tres veces por día?

—Claro —gruñó Mugza—. Pero el emperador no me deja.

—¿Por qué no?

—Porque me gustaría.

—No puedes darte por vencido —dijo Crockett desesperado—. La vida no es sólo... cavar.

—Claro. También están las peleas. Podrang nos deja pelear a nuestro antojo.

Crockett tuvo una inspiración súbita.

—Pero ése es el problema. ¡Va a cancelar las peleas! Decretará una prohibición general de pelear, menos para sí mismo...

Fue un golpe de mano eficaz. Todos los gnomos saltaron.

—¿Cancelar las peleas?! —vociferó Gru, incrédulo—. Caramba, siempre hemos peleado...

—Bien, dejaréis de hacerlo —insistió Crockett.

—¡Jamás!

—¡Exacto! ¿Por qué razón? Todos los gnomos tienen derecho a la vida, a la libertad, a los esfuerzos... pugilísticos.

—Démosle una tunda a Podrang —sugirió Mugza, aceptándole a Brockle Buhn un cuenco de humeante sopa de lodo.

—No, ése no es el modo... A mí no me sirvas, Brockle Buhn, muchas gracias —dijo Crockett para rechazar su ración de potaje—. Como estaba diciendo, no es el modo. Lo que necesitamos es una huelga. Pacíficamente obligaremos a Podrang a darnos lo que queremos —se volvió a Druck—. ¿Qué puede hacer Podrang si todos nos quedamos sentados rehusando trabajar?

El pequeño gnomo reflexionó.

—Maldecir. Y patearme.

—Sí... Y después, ¿qué...?

—Después hechizaría a todo el mundo, túnel por túnel.

—Ajá —asintió Crockett—. Eso es importante. Lo que hace falta es solidaridad. Si Podrang sorprende a unos pocos gnomos, puede darles un buen susto. Pero si todos estamos unidos... ¡Eso es! Cuando se declare la huelga, todos nos encontraremos en la cueva más grande de la montaña.

—Ésa es la Cámara del Consejo —dijo Gru—. Al lado de la sala del trono de Podrang.

—Bien. Nos reuniremos allí. ¿Cuántos gnomos se nos unirán?

—Todos —gruño Mugza, arrojando el cuenco de sopa a la cabeza de Druck—. El emperador no puede cancelar las peleas.

—¿Y cuáles serían las armas de Podrang, Druck?

—Podría utilizar los Huevos de Basilisco —dijo el otro dubitativamente.

—¿Qué es eso?

—En realidad no son huevos —intervino Gru—. Son gemas mágicas para encantamientos múltiples. Cada una obra hechizos diferentes. Los verdes son para transformar a la gente en gusanos, creo. Podrang rompe uno y el encantamiento se propaga unos seis metros. Los rojos son..., veamos. Son para transformar a los gnomos en seres humanos. Aunque eso es demasiado cruel. No... Sí. Los azules...

—¿En seres humanos? —Crockett dilató los ojos—. ¿Y dónde se guardan esos huevos?

—Peleemos —insistió Mugza abalanzándose sobre el pequeño Druck, que chilló con frenesí y se defendió del atacante partiéndole el cuenco de sopa en la cabeza.

Brockle Buhn se unió a la refriega pateando imparcialmente a los dos rivales, hasta que Gru Magru la tumbó. Poco después el cuarto se pobló con los alaridos entusiastas de una batalla gnómica. La participación de Crockett fue inevitable...

De todos los seres vivientes increíbles y perversos que hayan existido jamás, los gnomos casi eran los más insólitos. Era imposible entender su filosofía. Sus mentes seguían otros rumbos que los habitualmente tomados por las inteligencias humanas. Carecían de los instintos vitales en los humanos, como el de supervivencia individual y racial. No morían ni se propagaban. Simplemente trabajaban y peleaban. Monstruitos de malas pulgas, pensaba Crockett con irritación. Pero existían desde hacía... milenios. Tal vez desde el principio. Ese organismo social era el resultado de una evolución mucho más antigua que la del hombre. Tal vez era adecuada para los gnomos. Quizá Crockett estaba mellando los engranajes del mecanismo.

¿Y qué? Él no se pasaría una eternidad extrayendo antracita, aunque retrospectivamente recordaba sentir un curioso estremecimiento de vago placer mientras trabajaba. Tal vez cavar era divertido para los gnomos. Ciertamente para ellos era una *raison d'être*. Con el tiempo, el mismo Crockett quizá iría perdiendo sus aficiones humanas hasta metamorfosearse completamente en gnomo. ¿Qué había ocurrido con los otros humanos que habían sufrido una alteración similar? Todos los gnomos, al parecer, son iguales. Pero quizá Gru Magru había sido humano una vez, o Druck, o Brockle Buhn.

Ahora eran los gnomos, en todo caso. Y pensaban y existían totalmente como gnomos. Y con el tiempo él sería exactamente igual a ellos. Ya había adquirido el extraño tropismo que lo atraía hacia los metales y lo alejaba de la luz diurna. ¡Pero no le gustaba cavar!

Trató de recordar lo poco que sabía sobre los gnomos: mineros y artesanos que vivían bajo tierra. Había algo sobre los pictos, hombres de talla escasa que se ocultaron bajo tierra cuando Inglaterra fue invadida hace muchos siglos. Eso parecía relacionarse vagamente con el temor de los gnomos por los seres humanos. Pero los gnomos no descendían de los pictos, por cierto. Muy probablemente las dos razas y especies se habían identificado al ocupar el mismo hábitat.

Bueno, eso era inviable. ¿Y el emperador? Parece que no era un gnomo muy inteligente, pero era mago. Esas gemas —los Huevos de Basilisco— eran significativas. Si pudiera apoderarse de las que transformaban a los gnomos en hombres...

Pero obviamente no podía por el momento. Mejor esperar. Hasta que se declare la huelga. La huelga...

Crockett se durmió...

Le despertó Brockle Buhn, que parecía haberle adoptado. Es probable que fuera la curiosidad de ella por los besos. De vez en cuando se ofrecía besar a Crockett, pero él era terminante en la negativa. En cambio, ella le preparó el desayuno. Al menos, pensó sombríamente Crockett, su organismo asimilaría bastante hierro; después de todo las astillas oxidadas eran bastante parecidas a los copos de maíz. Brockle Buhn aderezó el mejunje con polvo de carbón, un condimento especial.

Bien, sin duda el sistema digestivo también se le había alterado. Crockett deseó poder tomarse una radiografía de las entrañas. Luego pensó que sería demasiado perturbadora y que era mejor no saber... Pero le costaba reprimir la curiosidad. ¿Engranajes en el estómago? ¿Pequeñas piedras de molino? ¿Qué pasaría si ingiriera inadvertidamente polvo de esmeril? Tal vez podría sabotear al emperador de esa manera...

Al darse cuenta de que ya divagaba demasiado, Crockett engulló el resto del desayuno y siguió a Brockle Buhn al túnel de antracita.

—¿Y la huelga? ¿Qué novedades hay?

—Todo bien, Crockett. —Ella sonrió y Crockett torció el gesto ante el espectáculo—. Esta noche todos los gnomos se reunirán en la Cueva Rugiente. Después de trabajar.

No hubo tiempo para conversar más. Llegó el capataz y los gnomos recogieron los picos. Cavar... Cavar... Cavar... Siempre al mismo ritmo. Crockett sudaba y trajinaba. No sería por mucho tiempo. La mente se le embotó de tal manera que se amodorró despierto, y los músculos le reaccionaban automáticamente.

Cavar, cavar y cavar. A cada tanto, una pelea. Una vez un período de descanso. Luego a cavar otra vez.

Cinco siglos más tarde se acabó la jornada. Era hora de dormir.

Pero había algo mucho más importante. La reunión sindical en Cueva Rugiente. Brockle Buhn le condujo hasta ahí, era una vasta caverna adornada con estalactitas verdes y relucientes. Acudían gnomos. Gnomos y más gnomos. Las cabezas de nabos estaban por todas partes. Se iniciaron varias peleas. Gru Magru, Mugza y Druck se instalaron cerca de Crockett. Durante una tregua Brockle Buhn lo empujó hacia una plataforma de roca que sobresalía del suelo.

—Ahora —susurró—. Todos están al tanto. Diles lo que quieres.

Crockett escrutó las cabezas movedizas, los atuendos rojos y azules, todo iluminado por ese inquietante resplandor plateado.

—Compañeros gnomos —empezó tímidamente.

¡Compañeros gnomos! Las palabras retumbaron amplificadas por la acústica de la caverna. Ese bramido taurino alentó a Crockett que siguió adelante.

—¿Por qué tenéis que trabajar veinte horas al día? ¿Por qué no podéis comer la antracita que extraéis mientras Podrang goza de su baño y se ríe de vosotros? Compañeros gnomos: el emperador es sólo uno. ¡Vosotros sois muchos! ¡No puede obligaros a trabajar! ¿No os gustaría comer sopa de lodo tres veces por día? El emperador no puede resistiros. Si os negáis a trabajar, todos vosotros, tendrá que ceder. ¡Se verá obligado!

—Cuéntales lo del edicto que prohíbe las peleas —dijo Gru Magru.

Crockett obedeció. Eso surtió efecto. Las peleas eran algo entrañable para todo

corazón gnómico. Y Crockett siguió hablando.

—Podrang intentará desmentirse. Alegará que jamás se ha propuesto prohibir las peleas. ¡Eso demostrará que os tiene miedo! ¡La ventaja es nuestra! Declararemos la huelga y el emperador no podrá hacer nada... Cuando se quede sin lodo para sus baños, no tardará en capitular.

—Nos hechizará a todos —murmuró tristemente Druck.

—¡No se atreverá! ¿De qué podría servirle? Él sabe donde le... eh, donde le baten el lodo. ¡Podrang es injusto con los gnomos! ¡Ésa es nuestra consigna!

Por supuesto, todo terminó en una trifulca. Pero Crockett estaba satisfecho. El próximo día los gnomos no trabajarían. En cambio, se reunirían en la Cámara del Consejo, contigua a la sala del trono de Podrang, y se quedarían sentados.

Esa noche durmió bien.

A la mañana siguiente Crockett se dirigió con Brockle Buhn a la Cámara del Consejo, una caverna gigantesca con capacidad para los miles de gnomos apiñados en ella. Bajo la luz plateada las vestimentas rojas y azules tenían un toque extrañamente sobrenatural. Que quizá era muy natural, pensó Crockett. En rigor, ¿los gnomos no eran duendes?

Entró Druck.

—No he preparado el baño de lodo de Podrang —anunció roncamente—. Oh, pero se pondrá furioso. Escuchadlo.

En efecto, airados juramentos se oían a lo lejos, a través de una arcada en la pared de la caverna.

Pronto llegaron Mugza y Gru Magru.

—Llegará en seguida —dijo el último—. ¡Qué pelea se armará...!

—Peleemos ahora mismo —sugirió Mugza—. Quiero patear a alguien. Fuerte.

—Hay un gnomo dormido —dijo Crockett—. Si lo sorprendes, podrás propinarle una en la cara.

Mugza se puso en marcha babeando ligeramente. En ese momento Podrang II, emperador de los gnomos de Dornsef, irrumpió en la caverna. Era la primera vez que Crockett veía al monarca sin la costra de lodo, y no pudo evitar un respingo. Podrang era muy feo. Combinaba las cualidades más repulsivas de todos los gnomos que Crockett había conocido hasta entonces. El resultado era absolutamente indescriptible.

—Ah. Tengo huéspedes —dijo Podrang, deteniéndose y contoneándose sobre las piernas curvas—. ¡Druck! ¿Dónde está mi baño, en nombre de los nueve infiernos humeantes?

Pedro Druck se había esfumado. El emperador movió la cabeza.

—Ya veo. Bien, no perderé la calma. ¡No perderé la calma! ¡NO PERDERÉ LA...!

Calló cuando una estalactita se desprendió del techo y se desmoronó. Aprovechando el paréntesis de silencio, Crockett se adelantó.

—E... estamos en huelga —anunció, titubeando ligeramente—. Es una sentada. No trabajaremos...

—¡Iaa! —aulló el furibundo emperador—. No trabajaréis, ¿eh? ¡Vástagos de algas soeces, ojos hundidos, lenguas chatas, vientres planos! ¡Mancha escurridiza y leprosa de setas mordisqueadas por murciélagos! ¡Parásitos encogidos en el cuerpo miserable de un gusano inmundo! ¡Iaa!

—¡Pelea! —gritó el incontenible Mugza, arrojándose sobre Podrang, que lo volteó con un certero golpe bajo.

A Crockett se le secó la garganta. Elevó la voz, trató de mantenerla firme.

—¡Majestad, un minuto, por favor...!

—¡Narices de hongos! ¡Hijos de murciélagos negros y degenerados! —chillaba el airado emperador a voz en grito—. ¡Os hechizaré a todos! ¡Os transformaré en náyades! ¡Huelgas a mí! ¿Conque privándome del baño de lodo? Por Kronos, Nid, Ymir y Loki que lo lamentaréis, ¡iaa! —terminó, atragantándose de furia.

—¡Pronto! —susurró Crockett a Gru y Brockle Buhn—. Interponeos entre él y la puerta para que no llegue a los Huevos de Basilisco.

—No están en la sala del trono —fue la tardía explicación de Gru Magru—. Podrang los toma del aire.

—¡Oh! —resopló Crockett.

En ese momento estratégico los peores instintos de Brockle Buhn se adueñaron de la muchacha. Con un estentóreo grito de placer tumbó a Crockett, lo pateó dos veces y brincó hacia el emperador.

Atinó a dar un buen golpe antes que Podrang le martillara la cabeza con el puño ganchudo, e instantáneamente el cráneo con forma de nabo pareció hundírsele en el torso. El emperador, púrpura de furia, tendió el brazo y un cristal amarillo le apareció en la mano.

Era uno de los Huevos de Basilisco.

Bramando como un elefante en celo, Podrang lo arrojó. Un círculo de seis metros se despejó de inmediato entre los gnomos apretujados. Pero no quedó vacío. Docenas de murciélagos se elevaron revoloteando y acrecentaron la confusión.

La confusión que se transformó en caos. Con aullidos de gozoso furor, los gnomos avanzaron hacia el monarca. «¡Pelea!», gritaban estruendosamente, y el grito reverberaba en el techo: «¡Pelea!».

Podrang tomó otro cristal de la nada, esta vez uno verde. Treinta y siete gnomos fueron inmediatamente transformados en gusanos y pisoteados. El emperador cayó bajo un alud de atacantes que desaparecieron de golpe, transformados en ratones por otro Huevo de Basilisco.

Crockett vio volar un cristal hacia él y echó a correr desesperadamente. Se ocultó detrás de una estalagmita y desde allí observó la batalla. Sin duda que era un espectáculo digno de verse, aunque no recomendable para personas nerviosas.

Los Huevos de Basilisco estallaban incesantemente. Y cada vez que estallaban el

hechizo se difundía unos seis metros o más, antes de perder eficacia. Los que eran sorprendidos en los bordes del círculo quedaban transformados sólo parcialmente. Crockett vio un gnomo con cabeza de topo. Otro era gusano de la cintura para abajo. Otro era... ¡Glup! Algunos de los hechizos parece que ni siquiera se inspiraban en la mitología conocida.

El bullicio que reinaba en la caverna arrancaba del techo una lluvia de estalactitas. A cada tanto reaparecía la cabeza maltrecha de Podrang, sólo para volver a hundirse bajo las nuevas oleadas de atacantes, que a su vez eran hechizados. Ratones, topos, murciélagos y otras criaturas poblaban la Cámara del Consejo. Crockett cerró los ojos y rezó.

Los abrió a tiempo para ver cómo Podrang arrancaba del aire un cristal rojo y lo depositaba cuidadosamente tras de sí. Luego vino un Huevo de Basilisco púrpura. Se estrelló contra el suelo y treinta gnomos se convirtieron en sapos.

Al parecer, sólo Podrang era inmune a su propia magia. Los miles que habían atestado la caverna eran diezmados rápidamente, pues los Huevos de Basilisco parecían provenir de una fuente inagotable. ¿Cuánto faltaría para que le tocara uno a Crockett? No permanecería allí escondido para siempre...

Clavó los ojos en el cristal rojo que Podrang había depositado tan cuidadosamente. Estaba recordando algo. El Huevo de Basilisco que transformaría a los gnomos en seres humanos. ¡Claro! Podrang no lo utilizaría, pues la sola presencia de los hombres repugnaba a los gnomos. Si Crockett pudiera echar mano de ese cristal rojo...

Lo intentó. Se escurrió entre la confusión, pegándose a la pared de la caverna hasta acercarse a Podrang. El emperador fue barrido por otra ola de gnomos que de repente se transformaron en lirones, y Crockett se apoderó de la gema roja. Era muy fría al tacto.

Iba a partirla cuando le asaltó un pensamiento escalofriante. Estaba muy en el fondo de la montaña de Dornsef, en un laberinto de cavernas. Ningún ser humano podría hallar la salida. Pero un gnomo sí, con la ayuda del extraño tropismo que le indicaba la luz.

Un murciélago le rozó la cara. Crockett estuvo casi seguro de oírle chillar «¡qué vuelo!» en una parodia de la voz de Brockle Buhn, pero no lo habría jurado. Echó una última ojeada a la caverna antes de disponerse a huir.

El caos era total: murciélagos, topos, gusanos, patos, anguilas y muchas otras especies se arrastraban, volaban, corrían, mordían, chillaban, bufaban, gruñían, gritaban y croaban en todo lugar. Desde todas las direcciones los gnomos restantes —ahora apenas un millar— convergían sobre un creciente montículo de gnomos que indicaba dónde estaba el emperador. De pronto, Crockett vio disolverse el montículo, ahora vuelto un tropel de lagartijas que echaban a correr.

—¡Conque huelgas...! —bramaba Podrang—. ¡Os daré huelgas!

Crockett volvió la espalda y huyó. La sala del trono estaba desierta y se metió en

el primer túnel. Allí concentró su mente en la luz del día. Sintió una presión en el oído izquierdo. Corrió hasta que vio un pasaje lateral a la izquierda, una cuesta ascendente por donde trepó a toda velocidad. El ruido sofocado del combate murió detrás.

Aferró vigorosamente el Huevo de Basilisco rojo. ¿Qué había ocurrido? Podrang tendría que haberse detenido a parlamentar. Pero no lo había hecho. Un gnomo singularmente arisco y miope. Probablemente no se detendría hasta despoblar el reino entero. Ese pensamiento le incitó a correr más rápido.

El tropismo lo guiaba. A veces se equivocaba de túnel, pero siempre, cada vez que pensaba en la luz del día, sentía la presión de la luz. Sus piernas cortas eran asombrosamente resistentes.

Luego oyó pasos atrás.

No se volvió. Las maldiciones seseantes que caracolearon en el oído le anunciaban la identidad del perseguidor. Sin duda Podrang había vaciado la Cámara del Consejo hasta el último gnomo, y ahora se proponía hacer trizas a Crockett. Ésa era sólo una de las cosas que había prometido.

Crockett corrió. Atravesó el túnel como una exhalación. El tropismo le guiaba, pero temía desembocar en algún conducto sin salida. A sus espaldas el clamor era cada vez más alto. Si Crockett no hubiera sabido quién era, habría imaginado que lo perseguía un ejército de gnomos.

¡Rápido! ¡Más rápido! Pero Podrang ya estaba a la vista. Sus rugidos hacían temblar las paredes. Crockett aceleró, dobló un recodo y vio una pared de luz flamígera: un círculo resplandeciente a la distancia. Era la luz diurna vista por ojos gnómicos.

No podría llegar a tiempo. Podrang estaba demasiado cerca. Unos segundos más y esas manos ganchudas y terribles se le cerrarían sobre la garganta.

Luego Crockett recordó el Huevo de Basilisco. Si ahora se transformaba en hombre, Podrang no se atrevería a tocarle. Y estaba casi en la boca del túnel.

Se detuvo, giró sobre los talones y levantó la gema. Simultáneamente el emperador, viéndole la intención, tendió ambas manos y arrancó del aire seis o siete cristales. Se los arrojó directamente a Crockett, una andanada multicolor.

Pero Crockett ya había partido a sus pies la gema roja. Hubo un estrépito ensordecedor. Parecía que estallaban gemas dentro de un amplio círculo alrededor de Crockett. Pero la roja se había partido antes.

El techo se derrumbó.

Un rato después Crockett se arrastró penosamente fuera de los escombros. Una mirada le indicó que el camino hacia el mundo exterior estaba abierto. Y —¡gracias al cielo!— la luz diurna era nuevamente normal, no ese resplandor flamígero y blanco que irritaba los ojos.

Miró hacia el fondo del túnel y quedó petrificado. Podrang se levantaba, con cierta dificultad, de un montículo de escombros. Mascullaba maldiciones con el ardor de siempre.

Crockett se volvió para correr, tropezó con una roca y cayó de bruces. Mientras se levantaba notó que Podrang le había visto.

El gnomo quedó paralizado un instante. Luego aulló, giró sobre los talones y huyó hacia la oscuridad. Desapareció. El eco de sus pasos se fue apagando.

Crockett tragó con dificultad. Los gnomos tienen miedo de los hombres... ¡Vaya! Había faltado tan poco para... Pero ahora...

Sentía más alivio del que imaginó que sentiría. Inconscientemente debió haber dudado del efecto del hechizo pues Podrang le había arrojado seis o siete Huevos de Basilisco. Pero él había partido antes el rojo. Hasta ese extraño resplandor plateado se había extinguido. Las profundidades de la caverna eran totalmente negras y silenciosas.

Crockett caminó hacia la entrada. Salió y gozó de la tibieza del sol de la tarde. Estaba cerca del pie de la montaña Dornsef, en un zarzal. A treinta metros un granjero araba la planicie de un campo.

Crockett se le acercó tambaleando. El hombre se volvió al oírle. Quedó paralizado un instante. Luego aulló, giró sobre los talones y huyó.

Los alaridos vibraron ladera arriba mientras Crockett, recordando los Huevos de Basilisco, se examinaba aprensivamente el cuerpo.

Luego él también chilló. Pero el sonido que emitió jamás podría haber brotado de una garganta humana.

Algo muy natural, dadas esas circunstancias.

Por sus propios medios

Robert A. Heinlein (como «Anson MacDonald»)

(1907-1988)

Astounding Science Fiction, octubre

Heinlein resultaba tan prolífico que John Campbell pensó que era necesario que utilizara un seudónimo, ya que podría parecer extraño que un autor publicara dos relatos en el mismo número de la revista. La verdad es que tenía tanta audiencia en 1941 que probablemente no habría importado.

Los viajes en el tiempo eran un pilar básico en la ciencia ficción de principios de los años cuarenta, pero aquí Heinlein dio un giro maravilloso... y escribió lo que muchos consideran el relato definitivo en su género.

(Una vez más, Bob Heinlein se apunta un tanto. Estoy de acuerdo con Marty en que es probablemente el mejor relato sobre viajes en el tiempo escrito jamás en formato corto. También quiero decir que creo que John Campbell se pasaba un poco al imponer el uso de seudónimos. Supongo que pensaba que era simplemente imposible tener dos relatos firmados por el mismo autor en el mismo número, pero debería haberlo intentado. Algunos de los mejores relatos de Heinlein aparecieron bajo el nombre de MacDonald, ¿y por qué no iban a saberlo los lectores? Este relato no sólo fue uno de ellos, sino también «Solución insatisfactoria», que apareció en el ejemplar de mayo de 1941 de Astounding junto con «Blowups Happen»^[27]. Bueno, Bob dominó 1941 y no podemos evitarlo. I. A.)

Bob Wilson no vio crecer el círculo.

Y, en realidad, tampoco vio al desconocido que salió de él y se quedó inmóvil, con los ojos clavados en la nuca de Wilson, mirándolo y respirando pesadamente, como si se encontrara bajo el peso de una impresión muy fuerte y fuera de lo normal.

Wilson no tenía razón alguna para sospechar que hubiera nadie más en su habitación: de hecho, tenía todas las razones del mundo para esperar justamente lo contrario. Se había encerrado en su habitación con el propósito de terminar su tesis de una sola sentada. Tenía que hacerlo: mañana era el último día del plazo y ayer la tesis no era todavía más que un título, «Una investigación sobre ciertos aspectos matemáticos del rigor metafísico».

Cincuenta y dos cigarrillos, cuatro cafeteras y trece horas de trabajo sin parar habían añadido siete mil palabras al título. En cuanto a la validez de su tesis, estaba demasiado aturdido por el cansancio como para que eso le importara lo más mínimo. Lo único que pensaba era: acaba con ella, escríbela, entrégala, tómate tres copas llenas hasta el borde y duerme durante una semana entera.

Alzó los ojos y los dejó vagar sobre la puerta de su armario, tras la cual había escondido una botella de ginebra, casi llena. No, se amonestó en silencio, un trago más y nunca terminarás tu tesis, viejo amigo.

El desconocido que había a su espalda no dijo nada.

Wilson siguió escribiendo a máquina: «... tampoco es válido asumir que una proposición concebible es, necesariamente, una proposición posible, incluso cuando es posible formular matemáticamente una descripción exacta de tal proposición. Un caso al que se aplica esto es el concepto “Viaje en el tiempo”. El viaje en el tiempo puede ser imaginado y se pueden llegar a formular sus exigencias bajo una teoría temporal determinada o bajo todas ellas, con fórmulas que resuelvan las paradojas de cada teoría. Sin embargo, sabemos ciertas cosas sobre la naturaleza empírica del tiempo que excluyen la posibilidad de la proposición concebible. La duración es un atributo de la conciencia y no del plenum. No posee *Ding an Sicht*. Por lo tanto...».

Se le atascó una tecla de la máquina y en seguida otras tres teclas golpearon sobre ella. Wilson lanzó una maldición con voz cansada y alargó la mano para entenderse las con el caprichoso artefacto.

—No hace falta que se moleste —oyó decir a una voz detrás suyo—. De todos modos, eso no es más que un montón de paparruchas.

Wilson se irguió en su asiento con una sacudida y luego volvió la cabeza muy lentamente. Tenía la fervorosa esperanza de que hubiera alguien a su espalda. De lo contrario...

Cuando vio al desconocido sintió un gran alivio.

«Gracias a Dios —pensó—, por un instante temí que se me hubieran aflojado los tornillos». Un instante después su alivio se convirtió en una extrema irritación.

—¿Qué diablos está haciendo usted en mi habitación? —preguntó.

Echó hacia atrás su silla de un empujón, se puso en pie y fue hacia la única puerta

que tenía el cuarto. Seguía estando cerrada, y desde el interior.

Las ventanas no podían servirle de ayuda: se encontraban al lado de su escritorio y tres pisos por encima de una calle con mucho tráfico.

—¿Cómo ha logrado entrar? —añadió.

—Por ahí —respondió el desconocido, señalando con un pulgar hacia el círculo.

Wilson se dio cuenta de él por primera vez, parpadeó y volvió a mirarlo con mayor atención. El disco se hallaba suspendido entre ellos y la pared: una gran lámina de nada, con ese color que uno ve cuando cierra los ojos apretando con fuerza los párpados.

Wilson meneó la cabeza vigorosamente. El disco siguió ahí.

«Diablos —pensó—, estaba en lo cierto la primera vez. Me pregunto qué habrá hecho descarrilar mi tranvía...». Avanzó hacia el disco y alargó una mano para tocarlo.

—¡No! —le dijo secamente el desconocido.

—¿Por qué no? —dijo Wilson con cierta irritación.

Sin embargo, se detuvo.

—Ya se lo explicaré. Pero antes, tomemos un trago.

Fue directamente hacia el armario, lo abrió y sacó la botella de ginebra sin apenas mirar en su interior.

—¡Eh! —chilló Wilson—. ¿Qué está haciendo? Ésa es mi botella.

—Su botella... —El desconocido se quedó callado durante unos instantes—. Lo siento. No le importará que me tome una copa, ¿verdad?

—Supongo que no —acabó concediendo Bob Wilson, algo malhumorado—. Ya que está en ello, póngame una a mí también.

—De acuerdo —accedió el desconocido—, y luego se lo explicaré.

—Será mejor que la explicación valga la pena —dijo Wilson con voz ominosa, pese a lo cual aceptó su copa y examinó al desconocido de la cabeza a los pies.

Vio a un tipo que tendría su misma talla y más o menos la misma edad..., quizá un poco más viejo, aunque era posible que tal impresión tuviera algo que ver con su barba de tres días. El desconocido lucía un ojo amoratado que ya estaba volviéndose negro, así como una herida recién hecha en la cara y una buena hinchazón en el labio superior. Wilson pensó que no le gustaba la cara de ese tipo. Con todo, seguía habiendo en ella algo familiar y tuvo la sensación de que debería ser capaz de reconocerla, de que la había visto antes un montón de veces en diferentes circunstancias.

—¿Quién es usted? —le preguntó de repente.

—¿Yo? —dijo su huésped—. ¿No me reconoce?

—No estoy seguro —admitió Wilson—. ¿Le he visto anteriormente?

—Bueno... no exactamente —dijo al desconocido con voz conciliadora—. Bah, olvídalo... no podría entenderlo.

—¿Cómo se llama?

—¿Mi nombre? Esto..., bastará con que me llame Joe.

Wilson dejó su vaso sobre el escritorio.

—De acuerdo, Joe Sea-cual-sea-tu-apellido, marchando esa explicación y que sea breve.

—Lo será —dijo Joe—. Ese trasto por el que vine —señaló hacia el círculo—, es una Puerta del Tiempo.

—¿Una qué?

—Una Puerta del Tiempo. El tiempo fluye a cada lado de la Puerta pero se divide en dos corrientes cada una de las cuales está separada por varios miles de años..., no sé exactamente cuántos. Pero durante el siguiente par de horas esa Puerta seguirá abierta. Puede ir al futuro con sólo entrar en ese círculo.

El desconocido hizo una pausa. Bob tamborileó sobre el escritorio con los dedos.

—Adelante. Estoy escuchando. Es una historia estupenda.

—No me cree, ¿verdad? Se lo demostraré.

Joe se puso en pie, fue nuevamente hacia el armario y extrajo de su interior el sombrero de Bob, su apreciado y único sombrero, al cual había ido maltratando hasta reducirlo a su desastroso estado actual después de seis años de vida estudiantil. Joe lo arrojó dentro del disco impalpable.

El sombrero golpeó la superficie, atravesándola sin que al parecer hallara resistencia alguna, y se esfumó.

Wilson se levantó, dio la vuelta cautelosamente alrededor del círculo y examinó el suelo.

—Buen truco —admitió—. Ahora, le agradecería mucho que me devolviera el sombrero.

El desconocido meneó la cabeza.

—Podrá recuperarlo usted mismo cuando lo haya cruzado.

—¿Cómo?

—Lo que le he dicho. Escuche...

Y, brevemente, el desconocido repitió su explicación sobre la Puerta del Tiempo. Wilson, insistió, tenía ahora una ocasión de las que sólo se presentan una vez cada milenio..., si se daba algo de prisa y cruzaba ese círculo. Además, aunque Joe no pudiera explicárselo detalladamente en ese momento, era muy importante que Wilson cruzara el círculo.

Bob Wilson se sirvió una segunda copa de ginebra y luego una tercera. Estaba empezando a encontrarse francamente a gusto y tenía ganas de discutir.

—¿Por qué? —se limitó a decir.

Joe puso cara de exasperación.

—Maldita sea, con que la cruces una vez no harían falta tantas explicaciones. Bueno, de acuerdo... —Según Joe, al otro lado había un viejo que necesitaba la

ayuda de Wilson. Con la ayuda de Wilson los tres podrían gobernar el país. Joe no podía o no quería ser más preciso en cuanto a la naturaleza exacta de su ayuda y prefería recalcar una y otra vez las incomparables posibilidades aventureras que el círculo le ofrecía—. No querrás pasarte la vida como un esclavo intentando enseñar a cabezas de chorlito en alguna universidad de tercera categoría —insistía—. Ésta es tu ocasión. ¡Aprovéchala!

Bob Wilson admitió para sí mismo que un doctorado en filosofía y un puesto de enseñanza no eran su ideal de existencia. De todos modos, eso era mejor que verse obligado a trabajar para ganarse la vida. Sus ojos se posaron en la botella de ginebra, cuyo nivel había bajado lamentablemente. Eso lo explicaba todo. Se puso en pie con cierta dificultad.

—No, mi querido amigo —dijo solemnemente—, no pienso subir a ese tio vivo tuyo. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque estoy borracho, ése es el porqué. No estás aquí. Eso es, no estás aquí. —Agitó vagamente la mano hacia el círculo—. Aquí no hay nadie más que yo y estoy borracho. He estado demasiado tiempo trabajando —añadió como disculpándose—. Me voy a la cama.

—No estás borracho.

—Estoy borracho. Tres tristes tigres comían trigo de un tragal.

Avanzó hacia su cama. Joe le cogió del brazo.

—No puedes hacer eso —dijo.

—¡Suéltale!

Los dos se volvieron en redondo. Ante ellos, justo delante del círculo, se hallaba un tercer hombre. Bob miró al recién llegado, miró nuevamente a Joe, parpadeó e intentó enfocar sus pupilas. Pensó que los dos se parecían mucho, lo bastante como para ser hermanos. O quizá estaba viendo doble. Mala cosa, la ginebra. Tendría que haber cambiado al ron hacía mucho tiempo. El ron era soberbio. Podías bebértelo o podías darte un baño con él. No, quizá fuera con la ginebra..., bueno, en el fondo se refería a Joe.

¡Claro, qué estúpido! Joe era el que tenía el ojo negro. Se preguntó cómo había podido confundirse.

Entonces, ¿quién era ese otro tipo? ¿Acaso un par de amigos no podían tomarse unos tragos en paz sin que la gente viniera a entrometerse?

—¿Quién eres? —dijo con tranquila dignidad.

El recién llegado volvió su cabeza hacia él y luego miró a Joe.

—Él me conoce —dijo con una voz cargada de sobreentendidos.

Joe le examinó lentamente.

—Sí —dijo—, sí, supongo que te conozco. Pero ¿a qué demonios has venido aquí? ¿Y por qué estás intentando destrozar el plan?

—No hay tiempo para largas explicaciones. Sé más sobre ello que tú..., tendrás

que admitirlo, ¿no? Y, por lo tanto, puedo juzgar el asunto mucho mejor que tú. No va a cruzar la Puerta.

—No pienso admitir nada semejante, y...

Sonó el teléfono.

—¡Contesta! —dijo secamente el recién llegado.

Bob iba a protestar ante lo perentorio del tono pero acabó no haciéndolo. En su temperamento no había la flema suficiente como para hacer caso omiso de un teléfono que sonaba.

—¿Diga?

—Oiga, ¿es Bob Wilson? —le preguntaron.

—Sí, ¿quién habla?

—No se preocupe por ello. Sólo quería estar seguro de que estaba usted ahí. Pensaba que estaría ahí. Va por buen camino, chico, va por buen camino.

Wilson oyó una risita y luego el chasquido del auricular al ser colgado.

—Oiga —dijo—, ¡oiga!

Apretó un par de veces la tecla y luego colgó.

—¿Quién era? —le preguntó Joe.

—Nadie. Algún chalado con un extraño sentido del humor. —El teléfono volvió a sonar y Wilson añadió—: Ahí está de nuevo. —Cogió el auricular—. ¡Oiga, sesos de mono chalado! Soy un hombre ocupado y esto no es un teléfono público.

—¡Pero Bob! —dijo una dolida voz femenina en el auricular.

—¿Qué? Oh, Genevieve, eres tú. Mira... lo siento. Me disculpo...

—¡Bueno, desde luego creo que deberías hacerlo!

—No me entiendes, cariño. Hay un tipo que me ha estado molestando con sus llamadas y pensé que eras él. Cariño, sabes muy bien que jamás se me ocurriría hablarte de ese modo...

—Bueno, más vale que no se te ocurra. En especial después de todo lo que me dijiste esta tarde y todo lo que significamos el uno para el otro.

—¿Cómo? ¿Esta tarde? ¿Has dicho esta tarde?

—Por supuesto. Pero te llamaba por otra cosa: te has dejado el sombrero en mi apartamento. Me di cuenta de que estaba ahí unos minutos después de que te fueras y se me ocurrió llamar para decirte dónde se encuentra. Además —añadió con una mezcla de timidez y coquetería—, eso me da una excusa para oír de nuevo tu voz.

—Claro. Estupendo —dijo él mecánicamente—. Oye, cariño, estoy algo confuso. He tenido un día muy complicado y ahora se está complicando todavía más. Te veré esta noche y lo aclararemos todo. Pero sé que no me he dejado tu sombrero en mi apartamento...

—¡Tu sombrero, tonto!

—¿Eh? ¡Oh, claro! Bueno, de todos modos te veré esta noche. Hasta luego.

Colgó rápidamente el auricular. «Cielos —pensó—, esta mujer va a convertirse en un auténtico problema». Alucinaciones. Se volvió hacia sus dos compañeros.

—Muy bien, Joe. Estoy listo para ir si tú también lo estás.

No estaba demasiado seguro de cuándo o por qué había decidido cruzar por ese artefacto temporal, pero lo había decidido. Y, además, ¿quién creía ser ese otro tipo, intentando meterse con el libre albedrío de un hombre?

—¡Estupendo! —dijo Joe, aliviado—. Lo único que debes hacer es cruzar el círculo, no hace falta nada más.

—¡No, nada de eso!

Era el desconocido, siempre metiéndose en todo. Dio un paso adelante y se interpuso entre Wilson y la Puerta.

Bob Wilson se encaró con él.

—¡Oye, desde que has aparecido aquí te comportas como si yo fuera un don nadie! Si esto no te gusta, por mí te puedes tirar de cabeza al lago... Y si no quieres hacerlo, ¡soy perfectamente capaz de tirarte yo! ¿A ver, quién me lo va a impedir, tú y cuántos más?

El desconocido alargó la mano e intentó cogerle por el cuello. Wilson lanzó un golpe pero no resultó demasiado bueno. Su puñetazo fue tan lento como el correo repartido por un parálítico. El desconocido lo esquivó sin problemas y luego le sirvió una buena ración de nudillos, unos nudillos muy grandes y duros. Joe vino rápidamente en ayuda de Bob. Empezaron a intercambiarse puñetazos con entusiasmo, tarea a la cual Bob se añadió con alegría pero sin demasiada eficacia. El único golpe que logró dar tuvo como blanco a Joe, teóricamente su aliado. De todos modos, él había tenido intención de darle al otro.

Este *feux pas* le dio al desconocido la oportunidad de conectar limpiamente su izquierda con la mandíbula de Wilson. El golpe dio un poco alto pero dado el estado de Bob fue suficiente como para hacer que dejara de tomar parte en la actividad.

Bob Wilson fue dándose cuenta paulatinamente de lo que le rodeaba. Estaba sentado sobre un suelo que parecía algo inestable. Alguien se inclinaba sobre él.

—¿Te encuentras bien? —preguntó la figura.

—Supongo que sí —respondió Bob con voz pastosa. Le dolía la boca; se llevó la mano a los labios y la retiró cubierta de sangre—. Me duele la cabeza.

—Ya me lo imaginaba. Cruzaste de forma algo confusa y creo que al aterrizar te diste un golpe en la cabeza.

Los pensamientos de Wilson, aunque confusos, estaban empezando a recobrar cierta claridad. ¿Cruzar? Examinó más atentamente a quien le estaba ayudando. Vio a un hombre de mediana edad con una revuelta cabellera grisácea y una barba perfectamente recortada. Iba vestido con lo que Wilson tomó por una especie de pijama color púrpura para fiestas.

Pero la habitación en la cual se hallaba le resultó todavía más inquietante. Tenía forma circular y el techo se curvaba con tal suavidad que resultaba difícil decir cuál

era su altura. En la habitación reinaba una claridad sin sombras ni fuentes visibles de luz. No había en ella mueble alguno salvo una especie de estrado o púlpito situado junto a la pared que tenía delante.

—¿Cruzar? ¿Cruzar el qué?

—La Puerta, naturalmente.

En el acento de aquel hombre había algo extraño que Wilson no logró localizar con precisión, salvo por tener la impresión de que no estaba hablándole en el idioma que acostumbraba a utilizar.

Wilson miró por encima de su hombro hacia donde estaba mirando el otro, y vio el círculo.

Eso hizo que la cabeza le doliera todavía más.

«Oh, Dios —pensó—, ahora sí que me he vuelto realmente loco. ¿Por qué no me despierto?». Meneó la cabeza, intentando aclararla.

Fue un error. No es que se le desprendiera la tapa de los sesos..., al menos, no del todo. Y el círculo siguió donde estaba, colgando sencillamente del aire, su pulida profundidad llena por los amorfos colores y siluetas de la no-visión.

—¿Aparecí a través de eso?

—Sí.

—¿Dónde estoy?

—En el Salón de la Puerta del Gran Palacio de Norkaal. Pero, más importante que eso, es cuándo estás. Has avanzado algo más de treinta mil años.

«Ahora sé que estoy loco», pensó Wilson. Se puso en pie con cierta dificultad y caminó hacia la Puerta.

Su interlocutor le puso la mano en el hombro.

—¿Adónde vas?

—¡Voy a regresar!

—No tan rápido. Regresarás, desde luego, te doy mi palabra. Pero antes, deja que cuide tus heridas. Y deberías descansar un poco. Tengo ciertas explicaciones que darte y, cuando vuelvas, hay algo que podrías hacer, algo que redundaría en beneficio de los dos. Muchacho, nos aguarda un gran futuro a los dos..., ¡un gran futuro!

Wilson se detuvo, sin saber qué hacer. La insistencia de aquel hombre le resultaba vagamente preocupante.

—Esto no me gusta.

El otro le contempló entrecerrando los ojos.

—¿Te gustaría beber algo antes de irte?

Desde luego que le gustaría. En ese mismo instante un buen trago de licor le parecía lo más deseable que podía encontrar en toda la Tierra... o en todo el tiempo.

—De acuerdo.

—Ven conmigo.

Le condujo hasta el objeto que estaba junto a la pared y luego, a través de una puerta, a lo largo de un pasillo. Andaba con rapidez; Wilson tuvo que apretar el paso

para mantenerse a su altura.

—Por cierto —le preguntó mientras recorrían el largo pasillo—, ¿cómo te llamas?

—¿Mi nombre? Puedes llamarme Diktor, todos lo hacen.

—De acuerdo, Diktor. ¿Quieres saber cuál es mi nombre?

—¿Tu nombre? —Diktor lanzó una breve risita—. Ya conozco tu nombre: te llamas Bob Wilson.

—¿Qué? Oh... supongo que Joe te lo dijo.

—¿Joe? No conozco a nadie que se llame así.

—¿No? Él parecía conocerte. Oye..., quizá no eres el tipo al que yo debía ver.

—Sí que lo soy. En cierto modo..., bueno, te estaba esperando. Joe... Joe... ¡Oh!

—Diktor volvió a reír—. Se me había ido de la cabeza por un segundo. Te dijo que le llamaras Joe, ¿verdad?

—¿No se llama así?

—Es un nombre tan bueno como cualquier otro. Ya hemos llegado. —Hizo entrar a Wilson en una habitación pequeña pero clara y alegre. No tenía muebles de ninguna clase pero el suelo era blando y tan cálido como si estuviera hecho de carne viva—. Siéntate. Volveré dentro de unos segundos.

Bob miró a su alrededor buscando algo para sentarse y luego se volvió hacia Diktor, para pedirle una silla. Pero Diktor se había ido. Peor aún, la puerta por la cual habían entrado ya no estaba. Bob se instaló en el cómodo suelo y trató de no preocuparse.

Diktor no tardó en regresar. Wilson vio cómo la puerta se dilataba para dejarle entrar pero no logró comprender cómo sucedía todo aquello. Diktor llevaba una botella de cristal tallado en cuyo interior había un líquido que se agitaba con un agradable gorgoteo, y un vaso.

—A tu salud —dijo con voz alegre, sirviéndole cuatro dedos de líquido en el vaso—. Bebe.

Bob lo tomó.

—¿No vas a beber?

—Luego. Primero quiero ocuparme de tus heridas.

—De acuerdo.

Wilson engulló el líquido con una premura casi indecente (acabó decidiendo que no estaba mal, algo parecido al escocés, pero más suave y no tan seco como éste), mientras Diktor trabajaba diestramente sobre sus heridas con unos ungüentos que primero le escocieron bastante y luego calmaron casi todo el dolor—. ¿Te importa si me tomo otro?

—Sírvete tú mismo.

Bob engulló su segundo vaso con más lentitud. No llegó a terminarlo: el vaso resbaló de entre sus flácidos dedos, dejando en el suelo una mancha de un marrón rojizo. Se puso a roncar.

Bob Wilson despertó sintiéndose estupendamente y sin una pizca de cansancio. Se encontraba bastante alegre aunque no sabía por qué. Siguió tendido con los ojos cerrados durante unos segundos y dejó que su alma volviera a instalarse dentro de su cuerpo. Tenía la sensación de que éste iba a ser un buen día. Oh, sí..., había terminado esa condenada tesis. ¡No, no la había terminado! Se irguió bruscamente.

Al ver los extraños muros que le rodeaban le hizo cobrar conciencia de lo ocurrido. Pero, antes de que tuviera tiempo de empezar a preocuparse —de hecho, una fracción de segundo después de haberse erguido—, la puerta se dilató dejando entrar a Diktor.

—¿Te encuentras mejor?

—Bueno, sí, estoy mejor. Dime, ¿qué es todo esto?

—Ya llegaremos a eso. ¿Qué te parece desayunar algo?

En la escala de valores de Wilson el desayuno iba justo después de la vida y antes que la posibilidad de que existiera la inmortalidad. Diktor le llevó a otra habitación; la primera con ventanas de cuantas había visto. En realidad, media habitación terminaba en un balcón suspendido a gran altura que daba a un panorama cubierto de verdor. Una suave y cálida brisa veraniega soplaba perezosamente por la estancia. Desayunaron abundantemente al estilo de los antiguos romanos, mientras Diktor se explicaba.

Bob Wilson no siguió sus explicaciones tan atentamente como lo habría hecho en otras circunstancias pues le distrajeron bastante las sirvientas que trajeron el desayuno. La primera entró llevando una gran bandeja con frutas sobre su cabeza. Las frutas eran espléndidas y la chica también lo era. Por mucho que la examinó fue incapaz de hallar en su persona defecto alguno.

Y, desde luego, su atuendo facilitaba mucho tal inspección.

Fue primero hacia Diktor y con un gesto fluido y lleno de gracia puso una rodilla en tierra, quitándose la bandeja de la cabeza y ofreciéndosela. Diktor tomó solamente una pequeña fruta de color rojo y le indicó que se fuera con una seña. Luego le ofreció la bandeja a Bob de igual forma.

—Como estaba diciendo —continuó Diktor—, no sabemos con seguridad de qué tiempo vinieron los Grandes o a qué tiempo se fueron tras abandonar la Tierra. Yo me inclino a pensar que se perdieron en el Tiempo. En cualquier caso, gobernaron durante más de veinte mil años y borrarón por completo la cultura humana, tal y como tú la conocías. Lo más importante para nosotros dos es el efecto que eso tuvo sobre el intelecto humano. Una persona acostumbrada al estilo de vida del siglo veinte puede hacer aquí cuanto le venga en gana... ¿Me estás escuchando?

—¿Eh? Oh sí, claro. Oye, esa chica es francamente guapa.

Sus ojos seguían clavados en la puerta por la cual había desaparecido.

—¿Quién? Oh, sí, supongo que sí. No es de una belleza excepcional teniendo en cuenta el promedio femenino de este lugar.

—Eso me resulta difícil de creer. No me costaría nada acostumbrarme a una chica

semejante.

—¿Te gusta? Muy bien, es tuya.

¿Qué?

—Es una esclava. No te indignes. Son esclavos por naturaleza. Si te gusta, te la regalo. Eso la hará feliz. —La chica acababa de volver. Diktor se dirigió a ella en un lenguaje desconocido para Bob—. Se llama Arma —le dijo a él en un aparte y luego habló con ella durante unos instantes.

Arma rió suavemente. Luego volvió a ponerse seria y, yendo hacia donde estaba reclinado Wilson, puso ambas rodillas en el suelo y bajó la cabeza, con las dos manos juntas ante su pecho.

—Toca su frente —le indicó Diktor.

Bob así lo hizo. La muchacha se puso en pie y se quedó inmóvil, esperando plácidamente junto a él. Diktor le dijo algo. Ella pareció sorprendida pero salió de la habitación.

—Le he explicado que, pese a su nueva posición, es tu deseo que siga sirviéndonos el desayuno.

Diktor siguió con sus explicaciones mientras continuaba el desfile de platos. El siguiente fue traído por Arma y otra muchacha. Cuando Bob vio a la segunda joven se le escapó un leve silbido. Se dio cuenta de que había actuado con cierta precipitación al dejar que Diktor le hiciera regalo de Arma. Acabó decidiendo que o el nivel medio de la belleza había subido de forma increíble, o Diktor se tomaba muchas molestias a la hora de seleccionar sus sirvientas.

—... por esa razón —estaba diciendo Diktor—, es necesario que vuelvas inmediatamente a través de la Puerta Temporal. Tu primer trabajo es traer de vuelta a ese otro tipo. Luego tengo otra cosa preparada para ti y, después de eso, podremos descansar. A partir de entonces iremos a partes iguales. Y hay mucho que repartir, yo... ¡No me estás escuchando!

—Claro que sí, jefe. He oído cada una de las palabras que has pronunciado. —Se acarició el mentón—. Oye, ¿podrías prestarme una navaja de afeitar? Me gustaría arreglarme.

Diktor lanzó unas cuantas maldiciones en dos lenguas distintas.

—¡Mantén tus ojos apartados de esas chicas y escúchame! Hay trabajo que hacer.

—Claro, claro. Ya lo he entendido... y soy tu hombre. ¿Cuándo empezamos?

Wilson había tomado su decisión hacía ya algún tiempo..., muy poco después de que Arma entrara con la bandeja de frutas, a decir verdad. Tenía la sensación de haberse metido en un sueño extremadamente agradable. Si el cooperar con Diktor servía para que ese sueño continuara, pues adelante. ¡Al diablo con su carrera académica!

De todos modos, cuanto quería Diktor de él era que volviera al sitio del que había

salido y que convenciera a otro tipo para que cruzara la Puerta. Lo peor que podía ocurrirle era que se hallara de nuevo en el siglo veinte. ¿Qué podía perder?

Diktor se puso en pie.

—Vamos con ello antes de que te distraigas más —dijo secamente—. Sígueme.

Y se puso en marcha andando rápidamente, con Wilson detrás de él.

Diktor le condujo hasta el Salón de la Puerta y se detuvo.

—Todo cuanto debes hacer es cruzar la Puerta —dijo—. Te encontrarás de vuelta en tu propia habitación y en tu propia época. Convince al hombre que encuentres allí para que cruce la Puerta. Le necesitamos. Luego puedes volver.

Bob levantó una mano formando un círculo con el dedo índice y el pulgar.

—Está en el saco, jefe. Considérelo hecho.

Avanzó hacia la Puerta, dispuesto a entrar por ella.

—¡Espera! —le ordenó Diktor—. No estás acostumbrado al viaje temporal. Querría advertirte de que cuando cruces sufrirás una considerable impresión. Ese otro tipo... le reconocerás.

—¿Quién es?

—No te lo diré porque no lo entenderías. Pero ya lo entenderás cuando le veas. Límitate a recordar esto... hay algunas paradojas muy extrañas relacionadas con el viaje temporal. No permitas que nada de cuanto veas te haga perder el control. Haz lo que te digo y todo irá bien.

—Las paradojas no me preocupan —dijo Bob con voz confiada—. ¿Eso es todo? Estoy preparado.

—Un momento. —Diktor se colocó detrás del estrado y un instante después su cabeza asomó a un lado de éste—. Ya he preparado los controles. Bien, ¡adelante!

Bob Wilson cruzó el espacio conocido como Puerta Temporal.

El paso a través de ella no le proporcionó ningún tipo de sensación particular. Era como atravesar una cortina y entrar en una habitación más oscura. Se detuvo por un instante al otro lado y esperó a que sus ojos se acostumbraran a esa luz más tenue. Se dio cuenta de que, ciertamente, se hallaba en su propia habitación.

En ella había un hombre, sentado ante su escritorio. Diktor había estado en lo cierto. Por lo tanto, éste era el tipo que debía mandar a través de la Puerta. Diktor había dicho que le reconocería. Bueno, veamos quién es.

Sintió un cierto resentimiento al encontrar alguien sentado ante su escritorio en su habitación, pero no tardó en pasársele. Después de todo, no era más que un cuarto alquilado; cuando desapareció no había duda de que habrían encontrado un nuevo inquilino. No tenía modo alguno de saber cuánto tiempo llevaba fuera... ¡caramba, quizá hubiera llegado a mitad de la semana siguiente!

El tipo le parecía vagamente familiar aunque sólo podía ver su espalda. ¿Quién era? ¿Debería hablar con él, hacer que se diera la vuelta? Sentía una vaga reluctancia a obrar de ese modo hasta no saber quién era. Racionalizó esa sensación diciéndose que resultaba más deseable saber con quién estaba tratando antes de intentar algo tan

extravagante como sería convencer a este hombre de que cruzara la Puerta.

El hombre del escritorio siguió dándole a la máquina y luego se detuvo para dejar un cigarrillo en un cenicero, apagándolo luego con un pisapapeles.

Bob Wilson conocía muy bien ese gesto.

Sintió un escalofrío en la espalda.

«Si enciende el siguiente cigarrillo tal y como yo pienso que lo hará...», se dijo a sí mismo.

El hombre del escritorio cogió otro cigarrillo, le dio unos cuantos golpecitos en un extremo, lo hizo girar y luego repitió la operación en el otro extremo, arrugando por último cuidadosamente el papel sobre la uña de su pulgar izquierdo y poniéndose el extremo arrugado en la boca.

Wilson sintió latir fuertemente la sangre en su nuca. ¡Sentado ahí, dándole la espalda, estaba él mismo, Bob Wilson!

Le pareció que iba a desmayarse. Cerró los ojos y se apoyó en el respaldo de una silla. «Lo sabía —pensó—. Todo esto es absurdo. Estoy loco. Sé que estoy loco. Algún tipo de personalidad dividida. No tendría que haber trabajado tanto».

El ruido de la máquina de escribir seguía resonando en sus oídos.

Intentó recobrar la calma y examinó la situación. Diktor le había advertido de que iba a sufrir una gran impresión, algo que no podía explicarle antes de que ocurriera, porque no lo creería. «Está bien..., supongamos que no estoy loco. Si el viaje en el tiempo es posible, no hay razón alguna por la cual no pueda volver para contemplar cómo yo mismo hago algo que hice en el pasado. Si estoy cuerdo, eso es lo que estoy haciendo».

«¡Y, si estoy loco, no importa en lo más mínimo qué cuernos estoy haciendo!».

«Y además, si estoy loco, ¡quizá pueda seguir estándolo y volver cruzando la Puerta! No, eso carece de sentido. Claro que nada de todo esto tiene sentido... ¡Al diablo con ello!».

Avanzó sin hacer ningún ruido y miró por encima del hombro de su doble.

«La duración es un atributo de la conciencia y no del plenum», leyó.

«Bueno, eso me deja justo allí donde había empezado, viendo cómo yo mismo escribo mi tesis», pensó.

Las teclas seguían moviéndose. «No posee *Ding an Sicht*. Por lo tanto...». Una de las teclas se atascó y varias teclas más se encajaron sobre la primera. Su doble del escritorio lanzó una maldición y extendió la mano para colocarlas en su sitio.

—No hace falta que se moleste —dijo Wilson siguiendo un impulso repentino—. De todos modos, eso no son más que un montón de paparruchas.

El otro Bob Wilson se irguió sobresaltado y luego volvió lentamente la cabeza. La expresión inicial de sorpresa fue sustituida por otra de fastidio.

—¿Qué diablos está haciendo usted en mi habitación? —preguntó. Sin esperar respuesta se puso en pie, fue rápidamente hacia la puerta y examinó la cerradura—. ¿Cómo ha logrado entrar?

«Esto va a ser difícil», pensó Wilson.

—Por ahí —respondió Wilson, señalando hacia la Puerta del Tiempo. Su doble miró hacia donde señalaba, parpadeó y luego avanzó cautelosamente hacia ella, disponiéndose a tocarla—. ¡No! —gritó Wilson.

El otro se detuvo.

—¿Por qué no? —preguntó.

Wilson no tenía muy claro por qué no debía permitir que su otro yo tocara la Puerta, pero sabía reconocer muy bien la sensación de un desastre inminente cuando la notaba en los huesos. Intentó ganar tiempo y dijo:

—Ya se lo explicaré. Pero antes, tomemos un trago.

Un trago siempre era buena idea. Nunca había necesitado uno más que ahora. De forma totalmente automática, fue hacia el armario, donde escondía habitualmente su licor, y sacó la botella que esperaba encontrar ahí.

—¡Eh! —protestó el otro—. ¿Qué está haciendo? Ésa es mi botella.

—Su botella...

¡Por las campanas del infierno! Era su botella. No, no lo era; era... la botella de ellos. ¡Oh, al diablo! Todo era demasiado complicado y no valía la pena intentar explicarlo—. Lo siento. No le importará que me tome una copa, ¿verdad?

—Supongo que no —admitió su doble no de muy buena gana—. Ya que está en ello, póngame una a mí también.

—De acuerdo —asintió Wilson—, y luego se lo explicaré.

Tuvo la sensación de que iba a ser muy, muy difícil de explicar hasta que no se hubiera tomado un trago. En realidad, no podía explicarse ni a él mismo todo lo que había sucedido.

—Será mejor que la explicación valga la pena —le advirtió el otro hombre, observando atentamente a Wilson mientras empezaba a beber.

Wilson soportó el escrutinio de su yo más joven con una confusa y casi insoportable mezcla de emociones. ¿Acaso ese idiota era incapaz de reconocer su propio rostro cuando lo veía ante él? Si no lograba ver cuál era la situación, entonces, ¿cómo demonios iba a conseguir aclarársela?

Se había olvidado de que, claro está, su rostro resultaba ahora bastante irreconocible, dado que no se había afeitado y se encontraba decididamente maltrecho. Tampoco pensó, y eso todavía era más importante, en que una persona jamás ve su rostro salvo en los espejos y que, cuando lo hace, no le dedica la misma atención que a los rostros de los demás. Ninguna persona cuerda espera ver su propia cara en la cabeza de otra persona.

Wilson se daba cuenta de que su compañero había quedado francamente asombrado ante su aparición, pero estaba igualmente claro que no le había reconocido.

—¿Quién es usted? —le preguntó de repente el otro.

—¿Yo? —dijo Wilson—. ¿No me reconoce?

—No estoy seguro. ¿Le he visto anteriormente?

—Bueno..., no exactamente —dijo Wilson para ganar algo de tiempo. ¿Cómo se le dice a otra persona que entre ella y tú hay una relación todavía más estrecha que entre dos gemelos?—. Bah, olvídelo..., no podría entenderlo.

—¿Cómo se llama?

—¿Mi nombre? Esto... —¡Oh, oh! ¡Esto iba a resultar francamente difícil! La situación era totalmente ridícula. Abrió la boca e intentó articular las palabras «Bob Wilson» pero dejó de intentarlo sintiendo que resultaría inútil. Como muchos hombres antes que él, se vio obligado a mentir porque la verdad, sencillamente, resultaba imposible de creer—. Bastará con que me llame Joe —acabó diciendo con cierta vacilación.

De pronto sus palabras le dejaron atónito. En ese momento se dio cuenta de que en realidad él era «Joe», el Joe con el que se había encontrado antes. Ya había comprendido que su entrada en su propia habitación tuvo lugar justo cuando había dejado de trabajar en su tesis, pero no había tenido tiempo de pensar a fondo en todo el asunto. Ahora, al oír que él mismo se refería a él como Joe fue una bofetada en el rostro, y le hizo comprender que no se trataba simplemente de una escena similar, sino de la misma escena que había vivido antes..., aunque ahora la estaba viviendo desde un punto de vista diferente.

Al menos, él pensaba que era la misma escena. ¿Había alguna diferencia? No podía estar seguro pues era incapaz de recordar palabra por palabra tal y como había sido la conversación.

A cambio de una transcripción completa de la escena que yacía en el fondo de su memoria, estaba dispuesto a pagar veinticinco dólares en efectivo, más impuestos.

Y, un momento..., nada le obligaba, era libre. Estaba seguro de ello. Todo cuanto hacía y decía era el resultado de su libre albedrío. Aunque no pudiera recordar el guion, había ciertas cosas que sabía que «Joe» no había dicho entonces. «Mary tenía un corderito», por ejemplo. Recitaría la cancioncilla infantil y así lograría escapar de esa maldita serie de repeticiones.

—De acuerdo, Joe Sea-cual-sea-tu-apellido —dijo entonces su *alter ego*, dejando la copa que, hasta hacía muy poco, había contenido sus buenos ciento cincuenta centilitros de ginebra—, marchando esa explicación y que sea breve.

Abrió nuevamente la boca para responder a su petición y volvió a cerrarla.

«Calma, hijo, calma —se dijo—. Eres libre. ¿Quieres recitar una cancioncilla infantil? Pues adelante con ello. No le respondas; sigue adelante y recítala... y rompe este círculo vicioso».

Pero bajo la mirada suspicaz del hombre que tenía delante se encontró repentinamente incapaz de recordar cualquier cancioncilla infantil. Sus procesos mentales parecían haberse atascado.

Se rindió.

—Lo será. Ese trasto por el que vine es una Puerta del Tiempo.

—¿Una qué?

—Una Puerta del Tiempo. El tiempo fluye a cada lado de... —A medida que hablaba notó que empezaba a sudar; estaba razonablemente seguro de que se estaba explicando exactamente en los mismos términos con que se le había ofrecido por primera vez esa explicación a él... al futuro con sólo entrar en ese círculo.

Se quedó callado y se limpió la frente.

—Adelante —dijo el otro con voz implacable—. Estoy escuchando. Es una historia estupenda.

De repente Bob se preguntó si ese otro hombre podía ser él. El estúpido y arrogante dogmatismo con que se comportaba le enfureció. ¡De acuerdo, de acuerdo! Ya le enseñaría. Fue bruscamente hacia el armario, sacó su sombrero y lo arrojó a través de la Puerta.

Su doble vio cómo el sombrero se desvanecía de la existencia con una mirada inexpresiva y luego se puso en pie y dio la vuelta a la Puerta, andando con el cuidado de un hombre que se encuentra algo borracho pero que está decidido a no demostrarlo.

—Buen truco —le facilitó tras haberse convencido de que el sombrero ya no estaba—. Ahora, le agradecería mucho que me devolviera el sombrero.

Wilson menó la cabeza.

—Podrá recuperarlo usted mismo cuando la haya cruzado —le respondió distraídamente.

Estaba meditando en el problema de cuántos sombreros había al otro lado de la Puerta.

—¿Cómo?

—Lo que le he dicho. Escuche...

Wilson hizo cuanto pudo para explicarle persuasivamente a su antigua personalidad qué deseaba de ella. A decir verdad, intentó claramente engatusarla. Si tenía que ser honesto consigo mismo, en este asunto las explicaciones estaban fuera de lugar. Antes habría preferido explicarle el cálculo de tensores a un aborigen australiano, aunque ni tan siquiera él entendía tan esotéricas matemáticas.

El otro hombre no parecía muy dispuesto a echarle una mano. Parecía más interesado en tragar ginebra que en ir siguiendo las poco plausibles afirmaciones y protestas de Wilson.

—¿Por qué? —le interrumpió de pronto con expresión algo ceñuda.

—Maldita sea —respondió Wilson—, con que la cruces una vez no harían falta tantas explicaciones. Bueno, de acuerdo... —Siguió haciéndole una sinopsis de lo que le había propuesto Diktor. Se dio cuenta, con irritación, de que Diktor había sido considerablemente lacónico en cuanto a sus explicaciones. Se vio obligado a ser bastante breve con las partes lógicas de su argumento y acabó concentrándose en el

atractivo emocional de éste. Ahí pisaba terreno seguro: nadie mejor que él mismo sabía lo hartó que se encontraba el antiguo Bob Wilson con la mezquindad y la asfixiante atmósfera de una carrera académica—. No querrás pasarte la vida intentando enseñar a cabezas de chorlito en alguna universidad de tercera categoría —concluyó—. Ésta es tu oportunidad. ¡Aprovéchala!

Wilson observó atentamente a su compañero y creyó detectar en él una respuesta favorable. Decididamente, parecía interesado. Pero el otro Wilson dejó cuidadosamente su copa sobre la mesa, clavó los ojos en la botella de ginebra y, por último, acabó diciendo:

—No, mi querido amigo, no pienso subir a ese tio vivo tuyo. ¿Sabes por qué no?

—¿Por qué?

—Porque estoy borracho, ése es el porqué. No estás aquí. Eso es, no estás aquí. —Agitó la mano señalando hacia la Puerta, estuvo a punto de caerse y logró recobrar el equilibrio con un esfuerzo—. Aquí no hay nadie más que yo y estoy borracho. He estado demasiado tiempo trabajando —farfulló—. Me voy a la cama.

—No está borracho —protestó Wilson sin demasiadas esperanzas de convencerlo.

«Maldita sea —pensó—, no debería beber si no es capaz de aguantar bien el licor».

—Estoy borracho. Tres tristes tigres comían trigo de un tragal.

Y avanzó torpemente hacia la cama.

Wilson le cogió del brazo.

—No puedes hacer eso.

—¡Suéltale!

Wilson giró en redondo, vio a otro hombre inmóvil ante la puerta... y le reconoció, quedándose muy sorprendido. No tenía demasiado claro en el recuerdo toda la secuencia de acontecimientos, ya que se había encontrado un tanto intoxicado durante su transcurso —de hecho, admitió que se encontraba a punto de perder el conocimiento—, al experimentarla por primera vez durante lo que había sido una velada particularmente movida. Se dio cuenta de que debería haber previsto la llegada de una tercera presencia pero su recuerdo no le había preparado para enfrentarse a quien resultaría ser esa tercera presencia.

Se había reconocido: otra copia de sí mismo.

Se quedó callado durante casi un minuto, intentando asimilar este nuevo hecho y hacerlo encajar en algún esquema razonable de las cosas. Acabó cerrando los ojos, sin saber qué hacer. Sencillamente, esto era demasiado. Tenía la sensación de que debería hablar muy claramente con Diktor.

—¿Quién eres?

Abrió los ojos para descubrir que su otro yo, el que estaba borracho, interpelaba a la última edición de sí mismo. El recién llegado se apartó de su interrogador y clavó la mirada en Wilson.

—Él me conoce.

Wilson se tomó su tiempo antes de contestar. El asunto se le estaba escapando de las manos.

—Sí —admitió—, sí, supongo que te conozco. Pero ¿a qué demonios has venido aquí? ¿Y por qué estás intentando destrozar el plan?

Su facsímil le interrumpió bruscamente.

—No hay tiempo para largas explicaciones. Sé más sobre ellos que tú..., tendrás que admitirlo, ¿no? Y, por lo tanto, puedo juzgar el asunto mucho mejor que tú. No va a cruzar la Puerta.

La despreocupada arrogancia del otro hizo que Wilson se pusiera automáticamente en contra suya.

—No pienso admitir nada semejante y...

Le interrumpió el timbre del teléfono.

—¡Contesta! —dijo secamente el Número Tres.

El algo vacilante Número Uno pareció a punto de discutir pero cogió el auricular.

—¿Diga?... Sí, ¿quién habla?... Oiga... ¡Oiga!

Apretó la tecla del instrumento y luego dejó con un fuerte golpe el auricular encima de su soporte.

—¿Quién era? —le preguntó Wilson, algo disgustado al no haber tenido la oportunidad de contestar él.

—Nadie. Algún chalado con un extraño sentido del humor. —El teléfono volvió a sonar en ese mismo instante—. Ahí está de nuevo. —Wilson intentó responder pero su doble alcoholizado llegó antes que él, apartándole a un lado—. ¡Oiga, sesos de mono chalado! Soy un hombre ocupado y esto no es un teléfono público... ¿Qué? Oh, Genevieve, eres tú. Mira..., lo siento. Me disculpo... No me entiendes, cariño. Hay un tipo que me ha estado molestando con sus llamadas y pensé que eras él. Cariño, sabes muy bien que jamás se me ocurriría hablarte de ese modo... ¿Cómo? ¿Esta tarde? ¿Has dicho esta tarde?... Claro. Estupendo. Oye, cariño, estoy algo confuso. He tenido un día muy complicado y ahora se está complicando todavía más. Te veré esta noche y lo aclararemos todo. Pero sé que no me he dejado tu sombrero en mi apartamento... ¿Eh? ¡Oh, claro! Bueno, de todos modos te veré esta noche. Hasta luego.

Wilson casi sintió náuseas al ver cómo su yo anterior atendía a las exigencias de esa hembra posesiva. ¿Por qué no se limitaba a colgarle el teléfono? El contraste con Arma..., ¡eso sí que era una chica! Bueno, el contraste era francamente agudo y le hizo sentirse más decidido que nunca a seguir adelante con el plan, pese a la advertencia del recién llegado.

Después de haber colgado el teléfono su primer yo se encaró con él, ignorando ostentadamente la presencia de la tercera copia.

—Muy bien, Joe —anunció—. Estoy listo para ir si tú también lo estás.

—¡Estupendo! —accedió Wilson, sintiéndose muy aliviado—. Lo único que debes hacer es cruzar el círculo, no hace falta nada más.

—¡No, nada de eso!

El Número Tres se interpuso en su camino.

Wilson empezó a discutir pero su algo desorientado camarada se le adelantó.

—¡Oye, desde que has aparecido aquí te comportas como si yo fuera un don nadie! Si esto no te gusta, por mí te puedes tirar de cabeza al lago..., y si no quieres hacerlo, ¡soy perfectamente capaz de tirarte yo! ¿A ver quién me lo va a impedir, tú y cuántos más?

Y, casi de inmediato, empezaron a darse de puñetazos. Wilson se metió cautelosamente en la pelea, buscando la oportunidad de cargarse al Número Tres con un buen golpe.

Pero tendría que haber observado también a su ebrio aliado. Un golpe tan feroz como impreciso asestado por él dio en sus ya estropeados rasgos haciéndole sentir un dolor insoportable. Había recibido el golpe en el labio superior, que seguía hinchado y muy sensible por su anterior encuentro, y que ahora se había convertido en una pura agonía. Retrocedió unos pasos con el cuerpo encogido.

Un sonido se abrió paso por entre la neblina de su dolor, un ¡smack! apagado. Con un esfuerzo de voluntad, logró hacer que sus ojos siguieran los pies de un hombre que desaparecía a través de la Puerta. El Número Tres seguía ante ella.

—¡Ahora sí que la has hecho buena! —le dijo con voz amarga a Wilson, chupándose los nudillos de su mano izquierda.

La obvia injusticia de tal acusación llegaba para Wilson en un instante particularmente malo. Seguía teniendo la sensación de que su cara era el campo de experimentación de un sádico.

—¿Yo? —dijo enfadado—. Has sido tú quien le ha dado. Yo jamás llegué a ponerle la mano encima.

—Sí, pero es culpa tuya. Si no hubieras interferido no habría tenido que hacerlo.

—¿Yo interferir? Condenado hipócrita...; fuiste tú el que se metió sin avisar para intentar salirse con la tuya. Y eso me recuerda algo..., me debes unas cuantas explicaciones y, maldita sea, pienso conseguirlas. ¿A qué viene eso de...?

Pero su doble le interrumpió.

—Olvídalo —dijo con expresión abatida—. Ahora ya es demasiado tarde. Ha cruzado.

—¿Demasiado tarde para qué? —quiso saber Wilson.

—Demasiado tarde para detener esta cadena de acontecimientos.

—¿Por qué deberíamos detenerla?

—Porque —dijo con amargura el Número Tres—, Diktor me ha utilizado..., quiero decir que te ha utilizado..., nos ha utilizado como si fuéramos dos estúpidos. Mira, te dije que iba a conseguirte una buena posición allí, ¿no? —Y señaló hacia la Puerta.

—Sí —admitió Wilson.

—Bueno, pues todo eso no es más que un timo. Lo único que pretende es que nos enredemos de forma tan increíble con esa Puerta del Tiempo que nunca logremos salir del embrollo.

Wilson sintió un repentino cosquilleo de duda en su cerebro. Podía ser cierto. Desde luego, por ahora nada de lo ocurrido tenía mucha lógica. Después de todo, ¿por qué iba a desear Diktor su ayuda con tanta desesperación, llegando al extremo de hacer partes iguales de lo que, obviamente, era un botín muy considerable?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó.

—¿Para qué entrar en explicaciones? —le respondió el otro con voz cansada—. ¿Por qué no aceptas sencillamente mi palabra?

—¿Por qué debería hacerlo?

Su compañero le miró, totalmente exasperado.

—Si no puedes aceptar mi palabra, entonces, ¿de quién te puedes fiar?

La ineludible lógica de su pregunta sólo consiguió irritar a Wilson. La intrusión de su doble le molestaba profundamente y el que le estuviera pidiendo que siguiera ciegamente sus instrucciones le molestaba todavía más.

—Soy de Missouri —dijo—, y en ese estado siempre hemos desconfiado de todos.

Avanzó hacia la Puerta.

—¿Adónde vas?

—Voy a cruzar, hablaré con Diktor y lo aclararé todo con él.

—¡No! —dijo el otro—. Quizá aún podamos romper esta cadena. —Wilson le miró con el ceño fruncido, dispuesto a no dejarse convencer. El otro suspiró—. Adelante —dijo, rindiéndose—. Es tu funeral. Yo me lavo las manos.

Wilson se detuvo un segundo antes de cruzar la Puerta.

—Lo es, ¿eh? Hmmm..., ¿cómo puede ser mi funeral si no es también el tuyo?

El otro le contempló con expresión perpleja, sin haberle entendido, y luego sus ojos se llenaron de temor. Eso fue lo último que vio Wilson de él mientras cruzaba.

El Salón de la Puerta estaba vacío cuando Bob Wilson emergió al otro lado. Buscó su sombrero pero no lo encontró y luego dio la vuelta a la plataforma, buscando la salida que recordaba. Casi tropezó con Diktor.

—¡Ah, estás aquí! —le saludó éste—. ¡Estupendo! ¡Estupendo! Ahora sólo queda otro pequeño asunto del que ocuparse y luego todo habrá quedado solucionado y quedaremos en paz. Debo decir que estoy muy complacido contigo, Bob, realmente muy complacido.

—Oh, ¿lo estás? —dijo Bob, encarándose con él de bastante mal humor—. ¡Bueno, es una pena que yo no pueda decir lo mismo de ti! No estoy nada complacido, lo que se dice ni pizca... ¿A qué venía eso de meterme en esa... esa

sucesión de estupideces sin advertirme? ¿Qué significan todas estas tonterías? ¿Por qué no me avisaste?

—Calma, calma —dijo Diktor—, no te pongas nervioso. Ahora, dime la verdad... Si te hubiera dicho que ibas a encontrarte cara a cara contigo mismo, ¿me habrías creído? Venga, confiesa.

Wilson admitió que no le habría creído.

—Bueno, entonces —siguió diciendo Diktor con un encogimiento de hombros—, carecía de sentido el que te lo dijera, ¿verdad? Si te lo hubiera dicho no me habrías creído, lo cual es otra forma de afirmar que habrías estado creyendo en datos falsos. ¿Acaso no es mejor hallarse en la ignorancia que no creer cosas falsas?

—Supongo que sí, pero...

—¡Espera! No te engañé intencionadamente: a decir verdad, no te engañé. Pero si te hubiera contado toda la verdad, entonces sí que te habría engañado porque habrías rechazado la verdad. Era mejor para ti que descubrieras la verdad con tus propios ojos. De lo contrario...

—¡Espera un momento, espera un momento! —le interrumpió Wilson—. Estás consiguiendo que me arme un lío. Estoy dispuesto a olvidar lo sucedido si decides portarte limpiamente conmigo. ¿Por qué me enviaste al pasado?

—Olvidar el pasado —repitió Diktor—. ¡Ah, si pudiéramos! Pero no podemos. Por eso te mandé hacia atrás..., para que pudieras aparecer antes por la Puerta.

—¿Eh? Espera un momento... Ya había aparecido por la Puerta.

Diktor meneó la cabeza.

—¿De veras? Piénsalo un poco. Cuando volviste a tu propio tiempo y a tu propio lugar encontraste ahí a tu yo anterior, ¿no?

—Mmmmm..., sí.

—Él..., tu yo anterior..., todavía no había cruzado la Puerta, ¿verdad?

—No. Yo...

—¿Cómo podía haber cruzado la Puerta, a menos que tú le persuadieras para que entrara en ella?

A Bob Wilson le estaba empezando a dar vueltas la cabeza. Estaba empezando a preguntarse quién le hizo qué a quién y qué le ocurrió entonces.

—¡Pero eso es imposible! Me estás diciendo que hice algo porque iba a hacer algo.

—Bueno, ¿es que no lo hiciste? Estuviste aquí.

—No, yo no..., bueno, quizá lo hice pero no tuve la sensación de hacerlo.

—¿Por qué ibas a tenerla? Era algo totalmente nuevo para tu experiencia.

—Pero..., pero... —Wilson aspiró una buena bocanada de aire y logró controlarse. Después echó mano de sus conceptos de filosofía académica y extrajo de ellos la idea que había estado luchando por expresar—. Eso niega todas las teorías racionales de la causalidad. Me harías creer que la causalidad puede ser totalmente circular. Crucé la Puerta porque volví a cruzarla para convencerme de que la cruzara.

Eso es ridículo.

—Bueno, ¿no lo hiciste acaso?

Wilson no tenía preparada una respuesta para eso. Diktor siguió hablando:

—No te preocupes por ello. La causalidad a la cual has estado acostumbrado es bastante válida dentro de su propio campo, pero no es más que un caso especial englobado en la regla general. La causalidad dentro de un plenum no tiene por qué estar y no está limitada a la percepción que un ser humano tenga de la duración.

Wilson pensó en ello durante unos segundos. Sonaba muy bonito pero había algo escurridizo en esa idea.

—Un momento —dijo—. ¿Qué hay de la entropía? No puedes pasar por alto la entropía.

—Oh, por todos los cielos —protestó Diktor—, ¿quieres callarte de una vez? Me recuerdas a ese matemático que demostró que los aeroplanos eran incapaces de volar. —Se dio la vuelta y fue hacia la entrada—. Ven. Hay trabajo que hacer.

Wilson le siguió a toda prisa.

—Maldita sea, no puedes hacerme esto. ¿Qué fue de los otros dos?

—¿Los otros dos qué?

—Mis otros dos yo. ¿Dónde están? ¿Cómo voy a conseguir encontrar la salida de todo este lío?

—No estás metido en ningún lío. No tienes la sensación de ser más de una persona, ¿verdad?

—No, pero...

—Entonces, no te preocupes por ello.

—Pero debo hacerlo. ¿Qué fue del tipo que cruzó antes que yo?

—Te acuerdas de eso, ¿no? Sin embargo... —Diktor siguió caminando con cierta prisa, le hizo meterse en un pasillo y entró por la puerta que se dilató ante él—. Echa un vistazo —le indicó.

Wilson hizo lo que le decía. Se encontró contemplando una pequeña habitación sin ventanas ni mobiliario, una habitación que reconoció. Tendido en el suelo, roncando tranquilamente, había otra edición de sí mismo.

—Cuando cruzaste la Puerta por primera vez —le explicó Diktor, tan cerca que casi se rozaban—, te traje aquí para cuidar tus heridas y darte algo de beber. La bebida contenía un somnífero que te hará dormir aproximadamente unas treinta y seis horas, un sueño que te hacía muchísima falta, por cierto. Cuando despiertes te traeré el desayuno y te explicaré lo que debe hacerse.

Wilson sintió que empezaba a dolerle nuevamente la cabeza.

—No me hagas esto —suplicó—. No te refieras a ese tipo como si fuera yo. Yo soy éste, el que tienes delante.

—Como quieras —dijo Diktor—. Ése es el hombre que eras. Recuerdas lo que va a sucederle dentro de nada, ¿verdad?

—Sí, pero me confunde un poco pensar en ello. Cierra la puerta, por favor.

—De acuerdo —dijo Diktor, haciendo lo que le pedía—. Sea como sea, debemos darnos prisa. Cuando se establece una secuencia como ésta no hay tiempo que perder. Vamos. —Y le precedió durante todo el camino de regreso al Salón de la Puerta—. Quiero que vuelvas al siglo veinte y nos consigas unas cuantas cosas, cosas que no pueden encontrarse a este lado pero que nos serán muy útiles en el proceso de ir... eh... desarrollando, sí, ésa es la palabra, desarrollando este país.

—¿Qué tipo de cosas?

—Hay bastantes cosas. Te he preparado una lista: ciertos libros, algunos artículos que puedes encontrar en los comercios... Discúlpame, por favor. Debo ajustar los controles de la Puerta.

Subió al estrado por la parte de atrás. Wilson le siguió y descubrió que la estructura tenía forma de caja, abierta por la parte superior, y que el suelo se encontraba algo más alto. Mirando por encima de los lados se podía ver la Puerta.

Los controles no se parecían a nada de cuanto había visto en su vida.

Cuatro esferas de colores tan grandes como canicas colgaban de unas varillas de cristal dispuestas formando los cuatro ejes principales de un tetraedro. Las tres esferas que formaban la base del tetraedro eran de color rojo, amarillo y azul: la cuarta, en el ápice, era blanca.

—Tres controles espaciales, un control temporal —explicó Diktor—. Es muy sencillo. Usando el aquí y el ahora como referencia cero, mover cualquier control alejándolo del centro hace que el otro extremo de la Puerta se aparte del aquí y del ahora. Adelante o atrás, derecha o izquierda, arriba o abajo, pasado o futuro..., todo eso es controlado haciendo mover la esfera adecuada en su varilla.

Wilson estudió el sistema.

—Sí —dijo—, pero ¿cómo sabes dónde se encuentra el otro extremo de la Puerta? ¿Y el cuándo? No veo ningún tipo de escala graduada.

—No la necesitas. Puedes ver dónde se encuentra. Mira.

Tocó un punto situado bajo los controles en el lado que daba a la Puerta. Se deslizó un panel y Wilson vio que detrás había una pequeña imagen de la Puerta. Diktor hizo otro ajuste y Wilson descubrió que podía ver a través de la imagen.

Estaba mirando en su propia habitación como a través de un telescopio invertido. Pudo distinguir dos figuras pero la escala era demasiado pequeña como para ver claramente lo que hacían, y tampoco pudo decir qué ediciones de sí mismo se hallaban ahí presentes..., ¡si es que en realidad eran él mismo! Descubrió que el espectáculo le resultaba profundamente inquietante.

—Ciérralo —dijo.

Diktor así lo hizo.

—No debo olvidarme de darte la lista —dijo. Rebuscó en el interior de su manga y sacó una tira de papel que le entregó a Wilson—. Ten, cógela.

Wilson obedeció mecánicamente y se la metió en el bolsillo.

—Mira —dijo después—, vaya donde vaya tropiezo conmigo mismo. No me

gusta nada. Es desconcertante. Me siento como si me hubiera convertido en una camada de conejillos de indias. No logro entender ni la mitad de este embrollo y ahora quieres que vuelva a meterme por la Puerta habiéndome dado un montón de excusas que no se tienen en pie. Juega limpio y dime qué es todo esto.

Por primera vez Diktor dejó que en su rostro apareciera cierta irritación.

—Eres un joven idiota, un estúpido y un ignorante. Ya te he dicho cuanto eres capaz de entender. Este período histórico se halla totalmente fuera de tu comprensión. Harían falta semanas antes de que pudieras empezar a entenderlo un poco. Te estoy ofreciendo la mitad de todo un mundo a cambio de unas pocas horas de cooperación y tú te quedas ahí plantado discutiendo. Créeme y haz lo que te pido, ya te lo he dicho. Ahora, veamos..., ¿dónde te dejamos caer?

Su mano fue hacia los controles.

—¡Apártate de esos controles! —le ordenó Wilson secamente. Estaba empezando a tener una idea—. Y, de todos modos, ¿quién eres tú?

—¿Yo? Soy Diktor.

—No me refería a eso y lo sabes. ¿Cómo aprendiste mi idioma?

Diktor no respondió. Su rostro se convirtió en una máscara inexpresiva.

—Adelante —insistió Wilson—. No lo aprendiste aquí; eso está claro. Eres del siglo veinte, ¿verdad?

Diktor sonrió con amargura.

—Me preguntaba cuánto tardarías en darte cuenta de eso.

Wilson asintió.

—Puede que no sea un genio pero no soy tan idiota como tú piensas. Venga, suelta el resto de la historia.

Diktor meneó la cabeza.

—Eso carece de importancia. Además, estamos perdiendo el tiempo.

Wilson se rió.

—Ya has intentado hacerme correr demasiadas veces con esa excusa. ¿Cómo podemos perder el tiempo cuando tenemos eso? —Señaló hacia los controles y la Puerta que se encontraba más allá de éstos—. A no ser que me hayas mentido, podemos usar en cualquier momento el segmento temporal que nos dé la gana. No, creo saber a qué vienen tantas prisas. O quieres quitarme de en medio en este tiempo o hay algo diabólicamente peligroso en el trabajo que deseas darme. Y sé cómo resolver ese problema... ¡Vendrás conmigo!

—No sabes lo que estás diciendo —le respondió Diktor con voz algo vacilante—. Eso es imposible. Tengo que permanecer aquí y ocuparme de los controles.

—Eso es justamente lo que no harás. Podrías enviarme al otro lado y luego olvidarte de mí. Prefiero tenerte bien a la vista.

—Eso es imposible —respondió Diktor—. Tendrás que confiar en mí.

Se inclinó de nuevo sobre los controles.

—¡Apártate de ahí! —gritó Wilson—. Retrocede, antes de que te dé un buen

golpe. —Diktor se apartó del púlpito que albergaba los controles ante la amenaza que representaba el puño de Wilson—. Ahí. Eso está mejor —añadió Wilson cuando los dos se encontraron una vez más en el suelo de la estancia.

La idea que había estado formándose en su mente ya estaba completa. Sabía que los controles seguían estando sintonizados con el cuarto de la pensión donde vivía —o había vivido—, en el siglo veinte. Por lo que había visto a través de la mirilla de los controles, la esfera temporal estaba ajustada para llevarle exactamente al día de 1952 en que había empezado todo.

—Quédate ahí —le ordenó a Diktor—, quiero ver una cosa.

Fue hacia la Puerta como si deseara inspeccionarla. Y, en vez de pararse ante ella, la cruzó.

Estaba mejor preparado para lo que halló al otro lado de lo que había estado en sus dos experiencias anteriores con la traslación temporal, siendo ese «anteriores», claro está, en referencia a sus recuerdos. Sin embargo, nunca resulta demasiado agradable para los nervios enfrentarse con uno mismo.

Porque lo había hecho de nuevo. Se encontraba de vuelta en su habitación, pero había otros dos Wilson ante él. Parecían estar muy ocupados el uno con el otro y tuvo unos pocos segundos para clasificarlos mentalmente. Uno de ellos tenía un magnífico ojo negro y una boca bastante maltratada. Además, le hacía mucha falta un afeitado. Eso le dio la pista. Había cruzado la Puerta por lo menos una vez. El otro, aunque tampoco le iría mal afeitarse, no mostraba ninguna huella de una pelea a puñetazos.

Ya los había clasificado y sabía cuándo y dónde se encontraba. La situación seguía siendo condenadamente embrollada pero después de sus anteriores —no, nada de anteriores, se corrigió mentalmente—... de sus otras experiencias con la traslación temporal sabía un poco mejor lo que debía esperar. Había vuelto al principio y esta vez le pondría el punto final a toda esa loca serie de absurdos.

Los otros dos estaban discutiendo. Uno de ellos avanzó torpemente, bastante borracho, hacia la cama. El otro le cogió del brazo.

—No puedes hacer eso —dijo.

—¡Suéltale! —ordenó Wilson.

Los otros dos se volvieron y le miraron. Wilson se dio cuenta de que el más sobrio de los dos cambiaba rápidamente su expresión de sorpresa por otra de aturdido reconocimiento. El otro, el primer Wilson, parecía tener bastantes problemas para enfocar sus pupilas en él. «Esto va a ser bastante difícil —pensó Wilson—. Este tipo apesta a licor». Se preguntó cómo alguien podía ser lo bastante loco para beber con el estómago vacío. No sólo era una idiotez, era malgastar buena bebida.

Se preguntó si le habrían dejado algo.

—¿Quién eres? —le interrogó su doble borracho.

Wilson se volvió hacia «Joe».

—Él me conoce —dijo con voz cargada de sobreentendidos.

«Joe» le estudió durante unos segundos.

—Sí —acabó diciendo—, sí, supongo que te conozco. Pero ¿a qué demonios has venido aquí? ¿Y por qué estás intentando destrozar el plan?

Wilson le interrumpió.

—No hay tiempo para largas explicaciones. Sé más sobre ello que tú..., tendrías que admitirlo, ¿no? Y, por lo tanto, puedo juzgar el asunto mucho mejor que tú. No va a cruzar la Puerta.

—No pienso admitir nada semejante y...

El timbre del teléfono interrumpió su discusión. Wilson acogió esa pausa con alivio, pues se daba cuenta de que había empezado con mal pie. ¿Era posible que fuera realmente tan obtuso como daba la impresión de ser este tipo? ¿Era así como le veían los demás? Pero no tenía el tiempo suficiente para dedicarse a las dudas existenciales o a bucear en su alma.

—¡Contesta! —le ordenó a Bob (Borracho) Wilson.

Éste le miró con cara de pocos amigos, pero al ver que Bob («Joe») Wilson se disponía a ganarle por la mano, hizo lo que le ordenaba.

—¿Diga?... Sí, ¿quién habla?... Oiga... ¡Oiga!

—¿Quién era? —le preguntó «Joe».

—Nadie. Algún chalado con un extraño sentido del humor. —El teléfono sonó otra vez—. Ahí está de nuevo. —El borracho cogió el auricular antes de que los otros pudieran intentarlo—. ¡Oiga, sesos de mono chalado! Soy un hombre ocupado y esto no es un teléfono público... ¿Qué? Oh, Genevieve, eres tú... —Wilson no estaba prestando mucha atención a lo que se decía por el teléfono. Había oído demasiadas veces esa conversación y tenía demasiadas cosas en qué pensar. Se dio cuenta de que su personalidad anterior se hallaba demasiado bebida para ser razonable; debía concentrarse en algún argumento que resultara atractivo para «Joe»... De lo contrario, los números estarían contra él—. ¿Eh? ¡Oh, claro! —La llamada estaba finalizando—. Bueno, de todos modos te veré esta noche. Hasta luego.

«Ahora es el momento —pensó Wilson—, antes de que este idiota borracho pueda abrir la boca». ¿Qué diría? ¿Qué sonaría más convincente?

Pero su copia bebida habló antes que él.

—Muy bien, Joe —afirmó—. Estoy listo para ir si tú también lo estás.

—¡Estupendo! —dijo «Joe»—. Lo único que debes hacer es cruzar el círculo, no hace falta nada más.

La cosa se le estaba escapando de las manos: nada salía tal y como lo había planeado, desde luego.

—¡No, nada de eso! —ladró, interponiéndose de un salto en su camino hacia la puerta.

Tendría que hacerles comprender, y rápido.

Pero no tuvo ocasión de hacerlo. El borracho soltó un irritado discurso y luego se lanzó sobre él. Notó que se le encendía la sangre y con una repentina y feroz exultación supo que hacía ya bastante tiempo que deseaba darle un puñetazo a quien

fuera. ¿Qué se habían creído ser, jugando de ese modo con su futuro?

El borracho se movía con torpeza; Wilson se deslizó bajo su guardia y le dio con fuerza en la cara. El puñetazo era lo bastante potente como para haber convencido a un hombre sobrio, pero su oponente se limitó a menear la cabeza y volvió a la carga. «Joe» fue hacia ellos. Wilson decidió que lo mejor era terminar rápidamente con su primer adversario y concentrar su atención en «Joe», con mucho el más peligroso de los dos.

Una ligera confusión que tuvo lugar entre los dos aliados le proporcionó su ocasión. Dio un paso hacia atrás, apuntó cuidadosamente y lanzó un buen izquierdazo, uno de los golpes más potentes que había dado en toda su vida. El blanco de su puñetazo salió despedido.

Y justo en ese momento Wilson se dio cuenta de cuál era su posición con respecto a la Puerta y supo con amarga certeza que, una vez más, había interpretado toda la escena hasta su ineludible clímax.

Estaba a solas con «Joe»; su compañero había desaparecido a través de la Puerta.

Su primer impulso fue sentir la ilógica pero muy humana emoción del mira-lo-que-me-has-obligado-a-hacer.

—¡Ahora sí que la has hecho buena! —dijo enfadado.

—¿Yo? —protestó «Joe»—. Has sido tú quien le ha dado. Yo jamás llegué a ponerle la mano encima.

—Sí. —Wilson no tuvo más remedio que admitirlo, a pesar de lo cual se apresuró a añadir—: Pero es culpa tuya. Si no hubieras interferido no habría tenido que hacerlo.

—¿Yo interferir? Condenado hipócrita...; fuiste tú el que se metió sin avisar para intentar salirse con la suya. Y eso me recuerda algo..., me debes unas cuantas explicaciones y, maldita sea, pienso conseguirlas. ¿A qué viene eso de...?

—Olvídalo —le interrumpió Wilson. Odiaba haberse equivocado y aún odiaba más verse obligado a confesarlo. Ahora se daba cuenta de que no había tenido ninguna esperanza de éxito, que todo había ido mal desde el principio. Abatido, sintió pesar sobre él la absoluta futilidad de todos sus actos—. Ahora ya es demasiado tarde. Ha cruzado.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Demasiado tarde para detener esta cadena de acontecimientos.

Ahora se daba cuenta de que siempre había sido demasiado tarde, sin importar en qué época o año estuvieran o cuántas veces volviera atrás e intentara detenerla. Recordaba haber vuelto la primera vez, haberse visto a sí mismo dormido al otro lado. Los acontecimientos tendrían que seguir su lento camino.

—¿Por qué deberíamos detenerla?

No valía la pena que se lo explicara pero, aun así, sintió la necesidad de justificarse.

—Porque —dijo—, Diktor me ha utilizado..., quiero decir que te ha utilizado...,

nos ha utilizado como si fuéramos dos estúpidos. Mira, te dijo que iba a conseguirte una buena posición ahí, ¿no?

—Sí.

—Bueno, pues todo eso no es más que un timo. Lo único que pretende es que nos enredemos de forma tan increíble con esa Puerta del Tiempo que nunca logremos salir del embrollo.

«Joe» le miró fijamente.

—¿Cómo lo sabes?

Al haber hablado guiado básicamente por la intuición, no se le ocurrió en ese momento ninguna explicación razonable.

—¿Para qué entrar en explicaciones? —dijo, escurriendo el bulto—. ¿Por qué no aceptas sencillamente mi palabra?

—¿Por qué debería hacerlo?

«¿Por qué deberías hacerlo? Caramba, cabeza de chorlito, ¿es que no lo ves? Soy tú mismo, más viejo y con más experiencia..., debes creerme». Y, en voz alta, le dijo:

—Si no puedes aceptar mi palabra, entonces, ¿de quién te puedes fiar?

«Joe» lanzó un gruñido.

—Soy de Missouri —dijo—, y en ese estado siempre hemos desconfiado de todos.

Wilson fue repentinamente consciente de que «Joe» iba a cruzar la Puerta.

—¿Adónde vas?

—Voy a cruzar, hablaré con Diktor y lo aclararé todo con él.

—¡No! —le suplicó Wilson—. Quizá aún podamos romper esta cadena. —Pero la tozuda expresión que había en el rostro de su interlocutor le hizo comprender lo fútil de su intento. Seguía enredado en la inevitabilidad; tenía que ocurrir—. Adelante —añadió, encogiéndose de hombros—. Es tu funeral. Yo me lavo las manos.

«Joe» se detuvo ante la Puerta.

—Lo es, ¿eh? Hmmm..., ¿cómo puede ser mi funeral si no es también el tuyo?

Wilson contempló cómo «Joe» cruzaba la Puerta, habiéndose quedado momentáneamente sin habla. ¿De quién era el funeral? La verdad era que no había pensado en el asunto de ese modo. Sintió el repentino impulso de cruzar corriendo la Puerta, atrapar a su otro yo y cuidar de él. Ese condenado imbécil podía hacer cualquier cosa. Supongamos que conseguía matarse, ¿dónde dejaría eso a Bob Wilson? Muerto, por supuesto.

¿O no? ¿Podía la muerte de un hombre a millares de años en el futuro acabar con él en 1952? De repente se dio cuenta de cuán absurda era la situación y sintió un gran alivio. Las acciones de «Joe» no podían ponerle en peligro; recordaba todo lo que «Joe» había hecho..., bueno, lo que haría. «Joe» se metería en una discusión con Diktor y, una vez hubiera ocurrido lo que debía ocurrir, volvería por la Puerta. No, había vuelto por la Puerta. Él era «Joe». Resultaba bastante difícil acordarse de ello.

Sí, era «Joe». Y también era el primer tipo. Seguirían sus rumbos respectivos,

entrando y saliendo de la Puerta, dando las vueltas necesarias, y acabarían aquí, con él. Así debía ocurrir, ése era el final de los caminos.

Un momento..., en tal caso toda esa locura se había aclarado. Se había alejado de Diktor, había logrado desembarazarse de todas sus personalidades previas y se encontraba de vuelta donde había empezado, y no estaba en peor situación que antes, descontando un poco de barba y, posiblemente, una cicatriz en el labio. Bueno, sabía cuándo era mejor dar por terminado un asunto. Aféitate y vuelve al trabajo, chaval.

Mientras se afeitaba contempló su rostro y se preguntó la razón de que no hubiera logrado reconocerse la primera vez. Debía admitir que antes nunca se había examinado de forma objetiva. Siempre se había dado por descontado, como algo que no hacía falta mirar.

Acabó consiguiendo que le doliera el cuello de tanto intentar verse el perfil por el rabillo de un ojo.

Al salir del cuarto de baño, naturalmente, sus ojos fueron hacia la Puerta. Sin saber muy bien por qué, había supuesto que ya no estaría. Pero seguía ahí. La inspeccionó, dio la vuelta a su alrededor y evitó cuidadosamente tocarla. ¿Es que ese maldito trasto no se iría nunca? Ya había desempeñado su propósito; ¿por qué no la desconectaba Diktor?

Se quedó inmóvil ante ella y de repente sintió el extraño impulso que hace saltar a los hombres desde una altura. ¿Qué ocurriría si la cruzaba? ¿Qué encontraría? Pensó en Arma. Y la otra..., ¿cuál era su nombre? Puede que Diktor no se lo hubiera llegado a decir. Bueno, la segunda sirvienta, la otra.

Pero logró contenerse y se obligó a tomar nuevamente asiento ante el escritorio. Si iba a quedarse aquí —y, por supuesto, eso era lo que había decidido hacer—, tenía que terminar su tesis. Tenía que comer; necesitaba el título de graduado para conseguir un trabajo decente. Bien, ¿dónde se había quedado?

Veinte minutos después había llegado a la conclusión de que su tesis debía ser escrita nuevamente de arriba abajo. Su tema principal, la aplicación del método empírico a los problemas de la metafísica especulativa y su expresión mediante fórmulas rigurosas, seguía siendo válido, acabó decidiendo, pero ahora poseía una masa de datos nuevos y aún no digeridos que incorporar a él. Al releer su tesis le sorprendió descubrir cuán dogmático había sido. Una y otra vez había caído en la falacia cartesiana, confundiendo el razonamiento claro con el razonamiento correcto.

Intentó hacer un esquema para una nueva versión de su tesis pero descubrió que existían dos problemas con los que se encontraba obligado a lidiar y que decididamente, no estaban nada claros en su mente: el problema del yo y el problema del libre albedrío. Cuando en la habitación estaban presentes sus tres yo, ¿cuál era... él mismo? ¿Y por qué había sido incapaz de alterar el curso de los acontecimientos?

Se le ocurrió inmediatamente una respuesta tan obvia como absurda a la primera pregunta. El yo era el yo y él mismo era él mismo, lo cual era una afirmación carente de pruebas e imposible de probar que había experimentado directamente. Entonces,

¿qué pasaba con los otros dos? Debían estar igualmente seguros de que ellos eran él..., eso lo recordaba. Intentó pensar en una forma de expresarlo: el yo es el punto de la conciencia, el último término en una serie que se expande continuamente a lo largo de la línea abarcada por la duración de la memoria. Sonaba bastante bien como afirmación general pero no estaba del todo seguro; tendría que probar a formularlo matemáticamente antes de que pudiera confiar en ello. Había tal cantidad de trampas en el lenguaje verbal...

Sonó el teléfono.

Cogió el auricular de forma maquinal, sin pensar.

—¿Sí?

—¿Eres tú, Bob?

—Sí. ¿Quién habla?

—Vaya, querido, pues Genevieve, naturalmente. ¿Qué te ocurre hoy? Es la segunda vez que no me has reconocido la voz.

Sintió removerse en su interior la frustración y la ira. Aquí tenía otro de los problemas que no había logrado resolver... bueno, ahora lo resolvería. Hizo caso omiso de sus quejas y le dijo:

—Mira, Genevieve, ya te he dicho que no me telefonees cuando estoy trabajando. ¡Adiós!

—Bueno, de todos los... Bob Wilson, ¿no puedes hablarme con ese tono! En primer lugar, hoy no has estado trabajando. En segundo lugar, ¿qué te hace creer que puedes ponerte todo meloso conmigo y, dos horas después, rugirme por teléfono? Ya no estoy nada segura de querer casarme contigo.

—¿Casarme contigo? ¿Quién te ha metido esa ridícula idea en la cabeza? —El teléfono chisporroteó durante varios segundos. Cuando la cosa se hubo calmado un poco, siguió hablando—: Tranquilízate, vamos. Mira, ya sabes que no nos encontramos en el siglo pasado, no puedes suponer que por salir unas cuantas veces con un tipo, éste tenga la intención de casarse contigo...

Hubo un breve silencio.

—Conque ése es el juego, ¿eh? —le respondió por fin una voz tan fría, dura y cargada de maligna astucia que al principio casi no logró reconocerla—. Bueno, hay un modo de manejar a los hombres como tú. ¡Una mujer no se encuentra totalmente indefensa en nuestro estado!

—Tú sabrás —le respondió él ferozmente—. Ya llevas el número suficiente de años rondando por el campus.

El auricular emitió un crujido en su oreja.

Se limpió el sudor de la frente. Sabía muy bien que la dama era capaz de causarle un montón de problemas. Le habían advertido antes de que empezara a rondarla, pero había estado tan seguro de su habilidad para cuidar de sí mismo... Tendría que haber andado con más cautela pero, claro, no había esperado encontrarse con nada de semejante calibre.

Intentó volver a trabajar en su tesis pero descubrió que era incapaz de concentrarse. El plazo final de mañana, a las diez, parecía lanzarse sobre él. Miró su reloj. Se había parado. Lo puso en hora con el del escritorio: las cuatro y cuarto de la tarde. Aunque estuviera levantado toda la noche no podría terminar la tesis a tiempo.

Además, estaba Genevieve...

El teléfono sonó de nuevo. Dejó que sonara. Siguió sonando y, al final, descolgó el auricular. No pensaba hablar de nuevo con ella.

Pensó en Arma. Ésa sí que era la chica adecuada para él, la chica que sabría portarse perfectamente. Fue hacia la ventana y contempló la calle, ruidosa y polvorienta. De forma medio inconsciente, la comparó con el verde y plácido paisaje que había visto desde el balcón donde él y Diktor habían desayunado. Este mundo era un lugar miserable y estaba lleno de gente igualmente miserable. Deseó ardientemente que Diktor se hubiera portado mejor con él y hubiera sido sincero.

Una idea fue abriéndose paso en su cerebro y le hizo volverse rápidamente. La Puerta seguía abierta. ¡La Puerta seguía abierta! ¿Por qué preocuparse de Diktor? Era dueño de sus propios actos. Volver y hacer todo lo necesario para... Podía ganarlo todo y no tenía nada que perder.

Fue hacia la Puerta pero se detuvo, vacilante. ¿Sería inteligente hacer eso? Después de todo, ¿cuánto sabía del futuro?

Oyó unos pasos que subían por la escalera y se acercaban por el pasillo, sí..., no, se pararon ante su puerta. De repente sintió la convicción de que era Genevieve y eso le decidió. Cruzó la Puerta.

Cuando llegó a él se encontró con que el Salón de la Puerta estaba vacío. Dio rápidamente la vuelta a los controles yendo hacia la puerta y llegó a ella con el tiempo justo para oír una voz que decía: «Ven. Hay trabajo que hacer». Dos figuras se alejaban por el pasillo. Reconoció a las dos y se detuvo en seco.

«Ha faltado muy poco —se dijo—; tendré que esperar hasta que se vayan». Miró a su alrededor buscando un sitio donde ocultarse pero no encontró nada salvo la caja de los controles. No le serviría de nada; era únicamente el camino de vuelta. Aun así...

Entró en la caja de los controles con un plan formándose ya en su mente. Si podía arreglar de alguna forma los controles, quizá la Puerta fuera capaz de proporcionarle toda la ventaja que necesitaba. Lo primero era conectar el truquito del espejo. Empezó a tantear más o menos por donde recordaba que se había movido Diktor para conectarlo y luego metió la mano en el bolsillo para coger un fósforo.

Y, en vez de eso, sacó un trozo de papel. Era la lista que le había dado Diktor, las cosas que debía conseguir en el siglo veinte. Hasta aquel momento habían estado ocurriendo demasiadas cosas para que pudiera echarle un vistazo.

Mientras iba leyendo sus cejas fueron alzándose en su frente. Acabó decidiendo que era una lista bastante rara. En su inconsciente había esperado una serie de libros técnicos, algunas muestras de artefactos modernos y armas, pero no había nada de

eso. Con todo, en la lista parecía haber alguna especie de lógica enloquecida. Después de todo, Diktor conocía a esta gente mejor que él. Quizá era eso cuanto necesitaba.

Revisó sus planes, siempre sujetos a su capacidad de hacer funcionar la Puerta. Decidió que haría otro viaje hacia el pasado para encargarse de las compras relacionadas en la lista de Diktor..., pero lo haría en su propio beneficio y no en el de Diktor. Siguió tanteando en la semioscuridad de la cabina de control, buscando el interruptor de la imagen. Su mano encontró algo blando y suave. Lo cogió, sacándolo de la oscuridad.

Era su sombrero.

Se lo puso en la cabeza, suponiendo sin demasiado interés que Diktor lo habría metido ahí dentro, y empezó a hurgar por segunda vez. Encontró un pequeño cuaderno de notas. No estaba mal como hallazgo: era muy posible que fueran las notas hechas por Diktor sobre cómo funcionaban los controles. Lo abrió ansiosamente.

No era lo que había esperado aunque página tras página contenía unas anotaciones escritas a mano. En cada página había tres columnas: la primera estaba en su idioma, la segunda en símbolos de fonética internacional y la tercera en un alfabeto que le resultaba completamente extraño. No le hizo falta demasiada brillantez mental para identificarlo como un vocabulario. Se lo metió en el bolsillo con una gran sonrisa: a Diktor podían haberle hecho falta meses o incluso años para averiguar la relación existente entre los dos idiomas pero, en cuanto a él, ese trabajo se lo ahorraría el esfuerzo hecho antes por Diktor.

Su tercer intento para localizar el control de la imagen dio en el blanco. Sintió nuevamente la curiosa inquietud de antes, pues estaba contemplando de nuevo su propia habitación y, de nuevo, en ésta había dos figuras. Desde luego, no deseaba aparecer otra vez en esa escena. Tocó precavidamente una de las esferas de colores.

La escena se desplazó a través de las paredes de la pensión para acabar inmovilizándose en pleno aire, tres pisos por encima del campus. Le complacía haber logrado sacar la Puerta del edificio pero tres pisos eran un salto excesivo. Jugó un poco con las otras dos esferas de colores y acabó confirmando que una de ellas hacía que la escena de la imagen se acercara o se alejara de él, en tanto que la otra se encargaba de hacerla subir o bajar.

Deseaba un lugar razonablemente discreto para colocar la Puerta, algún sitio donde no atrajera la atención de los curiosos. Eso le planteó un cierto problema: no había ningún sitio ideal pero acabó decidiéndose por un callejón sin salida formado por la central energética del campus y la pared trasera de la biblioteca. Fue maniobrando su ojo volador por encima del vecindario que deseaba escoger, con torpe cautela, y acabó haciéndolo bajar cuidadosamente entre los dos edificios. Luego reajustó su posición de tal manera que se encontró contemplando una pared. ¡No estaba mal!

Dejando los controles tal y como estaban se apresuró a salir de la cabina y, sin mayores ceremonias, volvió a su propia época.

Se dio de narices contra el muro de ladrillos.

«Un poquito demasiado cerca», pensó mientras se deslizaba cuidadosamente por entre la Puerta y la pared. La Puerta colgaba en el aire a unos cuarenta centímetros de la pared, más o menos en paralelo a ésta. Pensó que el espacio era suficiente, no hacía falta volver para ajustar de nuevo los controles. Una vez fuera del callejón atravesó el campus hacia la cooperativa estudiantil. Sin perder un segundo, entró en ella y fue hacia la ventanilla del cajero.

—Hola, Bob.

—Hola, Soupy. ¿Me puedes hacer efectivo un cheque?

—¿De cuánto?

—De veinte dólares.

—Bueno..., supongo que sí. ¿Es bueno?

—No mucho. Es mío.

—Bueno, siempre lo puedo guardar como curiosidad.

Cogió un billete de diez, uno de cinco y cinco de uno.

—Hazlo —le aconsejó Wilson—. Mis autógrafos van a convertirse en piezas de coleccionismo muy raro.

Le entregó el cheque, cogió el dinero y se dirigió hacia la librería situada en el mismo edificio. La mayor parte de los libros que figuraban en la lista podía comprarlos allí. Diez minutos más tarde había adquirido los siguientes títulos:

El Príncipe, de Niccolò Machiavelli.

Detrás de los votos, de James Farley.

Mein Kampf (edición sin abreviar), de Adolf Schickelgruber.

Cómo hacer amigos e influir en la gente, de Dale Carnegie.

Los otros títulos que deseaba no figuraban en la librería y de allí fue a la biblioteca universitaria, sacando prestados *El manual del agente inmobiliario*, *Historia de los instrumentos musicales* y un volumen encuadernado en cuarto titulado *Evolución de la moda en el vestir*. Este último libro poseía unas bellas láminas y estaba clasificado como obra de referencia. Tuvo que discutir un poco para conseguir que se lo prestaran durante veinticuatro horas.

Para aquel entonces ya iba bastante cargado. Salió del campus, fue a una tienda de empeños y adquirió en ella dos maletas usadas pero resistentes, en una de las cuales guardó los libros. De ahí fue a la mayor tienda de música de toda la ciudad y pasó cuarenta y cinco minutos seleccionando discos, poniendo especial énfasis en la música ligera y las canciones de amor desgraciado. Música muy emotiva, pensó. No descuidó la música clásica y la que estaba a punto de serlo, pero aplicó la misma regla a esas dos categorías: la pieza de música escogida debía imponerse más a los sentimientos que al cerebro. Por lo tanto, su colección incluía temas tan dispares como *La Marsellesa*, el *Bolero de Ravel*, cuatro discos de Cole Porter y *L'Après-midi*

d'un faune.

Pese a lo mucho que insistió el empleado en que comprara un tocadiscos eléctrico, él insistió en comprar el mejor fonógrafo del mercado y acabó saliéndose con la suya. Pagó su compra con un cheque, lo metió todo en sus maletas e hizo que el empleado le llamara un taxi.

Cuando extendía el cheque pasó un mal momento. Era papel mojado, ya que el de la cooperativa de estudiantes le había dejado sin fondos. Instó al empleado de la tienda para que telefonara al banco, aunque eso era justamente lo que no deseaba. Funcionó. Pensó que había establecido el mejor récord de todos los tiempos en cuanto a cheques incobrables... Tendrían que esperar treinta mil años para pillarle.

Cuando el taxi frenó ante el callejón donde había colocado la Puerta bajó de un salto y entró corriendo en él.

La Puerta había desaparecido.

Se quedó allí durante varios minutos, inmóvil, silbando muy bajito, y pasando revista a sus no muy favorables cualidades, procesos mentales y etcéteras. Las consecuencias de firmar cheques sin fondos ya no le parecían tan hipotéticas.

Sintió que alguien le tocaba en la manga.

—Oiga, jefe, ¿quiere usted mi cacharro o no? El taxímetro sigue corriendo.

—¿Eh? Oh, claro.

Siguió al taxista y se instaló nuevamente en el coche.

—¿Adónde?

Eso era un problema. Miró su reloj y comprendió que dicho instrumento, normalmente digno de toda confianza, había pasado por un proceso después del cual su examen resultaba irrelevante.

—¿Qué hora es?

—Las dos y quince.

Volvió a poner en hora su reloj.

Las dos y quince. En ese momento en su habitación se estaría celebrando una fiesta de lo más confuso. No quería ir allí..., todavía no. No hasta que sus hermanos de sangre hubieran terminado de divertirse jugando con la Puerta.

¡La Puerta!

Estaría en su habitación hasta algo después de las cuatro y cuarto. Si hacía bien sus cálculos...

—Conduzca hasta la esquina de la Cuarta con McKinley —le indicó al taxista, dando la situación del cruce más cercano a su pensión.

Una vez allí pagó al taxista y dejó sus maletas en la gasolinera que había en esa esquina, obteniendo el permiso del encargado y su seguridad de que estarían a salvo. Tenía casi dos horas por delante. No sentía grandes deseos de alejarse mucho de la casa, por miedo a que algún imprevisto estropeará sus cálculos.

Entonces pensó que muy cerca de allí tenía un asunto que resolver..., y el tiempo suficiente para ocuparse de él. Se dirigió con rapidez a un punto situado dos calles

más lejos, silbando animosamente, hasta llegar al portal de un edificio de apartamentos.

En respuesta a su llamada, la puerta del apartamento 211 se abrió unos centímetros, que no tardaron en crecer.

—¡Bob, cariño! Pensé que hoy trabajabas.

—Hola, Genevieve. En absoluto..., tengo un poco de tiempo libre.

Genevieve miró por encima de su hombro.

—No sé si debería dejarte entrar..., no te esperaba. No he lavado los platos y la cama está por hacer. Me estaba maquillando.

—No seas tímida.

Abrió la puerta con la mano y entró.

Al salir miró su reloj. Las tres y media..., tiempo de sobra. Bajó por la calle con la misma expresión en el rostro que el gato después de haberse comido al canario.

Le agradeció su servicio al encargado de la gasolinera, dándole veinticinco centavos por las molestias, lo cual le dejó con una moneda de diez centavos por único capital. Contempló la moneda, sonrió para sí mismo y la metió en el teléfono público que había en la gasolinera. Marcó su propio número.

—¿Diga? —Oyó.

—Oiga, ¿es Bob Wilson? —replicó él.

—Sí, ¿quién habla?

—No se preocupe por ello. Sólo quería estar seguro de que estaba usted ahí. Pensaba que estaría ahí. Va por buen camino, chico, va por buen camino.

Lanzó una risita y colgó el auricular, todavía sonriendo.

A las cuatro y diez estaba demasiado nervioso para seguir esperando. Fue hacia la pensión luchando con sus pesadas maletas. Entró en el edificio y oyó sonar un teléfono en lo alto. Miró su reloj..., las cuatro y cuarto. Esperó en el vestíbulo durante tres interminables minutos y luego subió por la escalera y recorrió el pasillo superior hasta su puerta. Abrió el cerrojo y entró.

La habitación estaba vacía y la Puerta seguía allí.

Sin detenerse para nada, temiendo que la Puerta empezara a parpadear y desapareciera mientras él cruzaba el cuarto, fue hacia ella, con las maletas firmemente agarradas, y la atravesó.

Para su gran alivio el Salón de la Puerta estaba vacío. «Qué ocasión, —pensó agradecido—. Sólo cinco minutos, eso es cuanto pido. Cinco minutos sin interrupciones». Dejó las maletas cerca de la Puerta, preparándose para una rápida partida y, al hacerlo, se dio cuenta de que le faltaba un buen trozo a una de sus esquinas. Por la apertura asomaba la mitad de un libro, cortado en dos tan limpiamente como por la guillotina de un impresor. Identificó el libro como *Mein Kampf*.

La pérdida del libro no le importaba, pero sus implicaciones le hicieron sentir un ligero malestar. Suponiendo que no hubiera caído trazando una curva cuando el

puñetazo lo impulsó por primera vez a través de la Puerta, suponiendo que hubiera chocado con el borde, mitad dentro y mitad fuera... El Hombre Partido en Dos... ¡Y no sería ninguna ilusión!

Se pasó la mano por el rostro y fue a la cabina de control. Siguiendo las sencillas instrucciones de Diktor, colocó las cuatro esferas juntas en el centro del tetraedro. Miró por encima del lado de la cabina y vio que la Puerta había desaparecido por completo. «¡Comprobado! —pensó—. Todo en cero... No hay Puerta». Desplazó levemente la esfera blanca. La Puerta reapareció. Haciendo girar los controles pudo ver la escena en miniatura mostrando el interior de la misma Sala de la Puerta. De momento iba bien..., pero no tenía forma de saber el tiempo para el cual estaba ajustada la Puerta contemplando el Salón. Movié ligeramente un control espacial: la escena atravesó los muros del palacio para centrarse en el vacío. Colocando de nuevo el control temporal blanco en cero empezó a moverlo muy despacio. En su escena miniatura el sol se convirtió en un trazo brillante que cruzaba el cielo y los días parpadearon como la luz procedente de una fuente de iluminación de baja frecuencia. Movié un poco más el control y vio cómo el suelo se iba secando, volviéndose marrón para cubrirse luego de nieve y acabar nuevamente de color verde.

Trabajando cautelosamente, sosteniendo su mano derecha con la izquierda, hizo desfilar las estaciones. Había contado ya diez inviernos cuando se dio cuenta de que a lo lejos se oían voces. Se detuvo a escuchar y luego puso apresuradamente los controles espaciales en cero, dejando el control temporal tal y como estaba — dispuesto para diez años en el pasado—, y salió corriendo de la cabina.

Apenas si tuvo tiempo para coger sus maletas y pasar con ellas a través de la Puerta. Esta vez tuvo muchísimo cuidado de no tocar el borde del círculo.

Se encontró, tal y como había planeado, en el Salón de la Puerta sin haberse movido del sitio pero, si había interpretado correctamente los controles, alejado diez años de los acontecimientos en los que había tomado parte recientemente. Había tenido la intención de poner un poco más de tiempo entre él y Diktor pero le habían faltado los minutos necesarios para ello. Sin embargo, pensó que siendo Diktor, por afirmación propia y por lo que demostraba el cuadernillo de notas que Wilson le había quitado, un nativo del siglo veinte, era muy posible que diez años fueran suficientes. Quizá Diktor no se encontraba en ésta era. Y, si estaba ahí, siempre tenía la Puerta para huir. Pero, antes de dar más saltos, lo razonable era explorar la situación.

De repente se le ocurrió que Diktor podía estarle observando mediante la imagen de la Puerta. Sin detenerse a reflexionar en que la velocidad no resultaba gran protección —dado que con esa imagen se podía observar cualquier zona del tiempo—, cogió presuroso sus dos maletas y las arrastró hasta la cabina de los controles. Una vez dentro de esas paredes protectoras se calmó un poco. También él podía dedicarse a espiar. Halló los controles ajustados a cero y, usando el mismo proceso de antes, hizo adelantarse diez años la escena a observar para dedicarse luego a buscar

cautelosamente con los controles espaciales a cero. Era una labor muy difícil: la escala de tiempo necesaria para hacer pasar varios meses en unos pocos minutos hacía que si una figura entraba en la imagen se desvaneciera a tal velocidad aparente que sus ojos no podían seguirla. Varias veces le pareció detectar sombras huidizas que podían ser humanas, pero nunca fue capaz de encontrarlas cuando dejó quieto el control temporal.

Bastante exasperado, se preguntó por qué razón el constructor de ese artefacto doblemente maldito no había logrado incorporarle alguna escala graduada y algún tipo de mecanismo más delicado para el control, un dial o algo parecido. No fue hasta haber pasado mucho tiempo que se le ocurrió la idea de que quizá el creador de la Puerta no tuviera necesidad de ayudas tan groseras para sus sentidos. Se habría rendido y, en realidad, estaba a punto de hacerlo cuando, por puro accidente, su última e infructuosa sesión de espionaje acabó con una figura en el campo de la imagen.

Era él mismo, llevando dos maletas. Se vio entrar en el campo de la imagen, aumentar de tamaño y desaparecer. Miró por encima de la pared, esperando verse salir de la Puerta.

Pero de la Puerta no salió nada. Eso le dejó confundido hasta recordar que era el ajuste en ese extremo, diez años en el futuro, el que controlaba el momento de la aparición. Pero ya tenía lo que deseaba: se dedicó a esperar. Casi inmediatamente después Diktor y otra versión de él mismo aparecieron en escena. Recordó la situación al verla representada en la imagen de la máquina. Era Bob Wilson número tres, a punto de discutir con Diktor y escapar de regreso al siglo veinte.

Eso era todo: Diktor no le había visto, no sabía que había utilizado la Puerta sin autorización y, no sabiendo que se ocultaba diez años en el «pasado», no le buscaría allí. Volvió los controles a cero y se olvidó del asunto.

Pero había otros problemas que requerían su atención..., especialmente la comida. Pensándolo bien le parecía obvio que debía haber traído comida para subsistir, como mínimo, uno o dos días. Y quizá también una pistola del 45. Tuvo que admitir su falta de previsión. Pero no le costó mucho perdonarse: resultaba bastante difícil ser previsor cuando el futuro no paraba de aparecer a espaldas de uno.

—De acuerdo, Bob, viejo amigo —se dijo en voz alta—, vamos a ver si los nativos son amistosos..., como decía la publicidad.

Un cauteloso reconocimiento de la pequeña porción del Palacio, con la cual estaba familiarizado, no dio con seres humanos ni con vida de ningún tipo, ni siquiera insectos. El lugar estaba muerto y estéril, tan inmóvil y falto de vida como un escaparate vacío. Se le ocurrió dar un grito para oír una voz. Los ecos le hicieron estremecerse y no volvió a repetirlo.

La arquitectura de aquel sitio le confundía. No sólo resultaba extraña a su experiencia —eso ya lo había esperado—, sino que el lugar, con pequeñas excepciones, no parecía en lo más mínimo adaptado a que lo utilizaran seres

humanos. Grandes salones que habrían podido contener a diez mil personas a la vez..., si hubieran tenido suelo sobre el que sostenerse. Pues era muy frecuente que no hubiera suelos en el sentido habitual y aceptado de una superficie llana o razonablemente parecida a eso. Siguiendo un pasillo se encontró repentinamente con una de las grandes y misteriosas aberturas que había en el edificio, y estuvo a punto de caer dentro antes de comprender que su camino había terminado. Se arrastró precavidamente hacia adelante y miró por el borde. La boca del pasillo desembocaba en uno de los muros y, la parte de abajo de dicho muro había sido tallada del tal forma que no había ni tan siquiera una superficie vertical para que el ojo pudiera seguirla. Mucho más abajo el muro volvía a curvarse y se reunía con su compañero del otro lado..., no decentemente, en un ángulo horizontal, sino en ángulo agudo.

Había otros orificios dispersos por las paredes, orificios tan inservibles para los seres humanos como aquel a cuyo final se había agazapado.

—Los Grandes —murmuró Wilson.

Todo su atrevimiento anterior le había abandonado. Siguió sus pasos marcados en la fina capa de polvo y llegó a la casi amistosa familiaridad del Salón de la Puerta.

En su segunda intentona probó sólo con los pasillos y estancias que aparecían obviamente adaptados para los humanos. Ya había decidido qué debían ser esas partes del Palacio: las viviendas de la servidumbre, o, con mayor probabilidad, de los esclavos. Recobró su coraje no apartándose de tales zonas. Aunque estaban totalmente abandonadas, por contraste con el resto de la gran edificación una estancia o un pasillo que parecían haber sido contruidos para seres humanos le resultaban amistosos y casi alegres. Todavía le molestaba un poco el silencio perpetuo y la luz que parecía estar en todos sitios y no venir de ningún lugar concreto, pero no le producían tanta inquietud como la causada por las gargantuescas y extrañamente dispuestas habitaciones de los «Grandes».

Ya casi desesperaba de hallar la salida del Palacio y estaba pensando en volver sobre sus pasos cuando el pasillo por el que estaba andando giró de pronto y se encontró bajo la luz del sol.

Estaba en lo alto de una gran rampa, bastante empinada, que se extendía en forma de abanico hasta la base del edificio. Por delante y por debajo de él se hallaba el pavimento de la rampa y, como mínimo a medio kilómetro de distancia, éste se mezclaba con el verdor de los arbustos, de la vegetación y de los árboles. Era la misma escena, apacible, fértil y ya familiar, que había contemplado mientras desayunaba con Diktor, apenas unas horas antes y a diez años en el futuro.

Se quedó inmóvil durante unos minutos, bebiendo la luz solar, dejándose emparar por la exaltante belleza de ese cálido día primaveral.

—Todo va a ir bien —dijo con voz alegre—. Este lugar es magnífico.

Bajó lentamente por la rampa, buscando continuamente seres humanos con la mirada. Se encontraba a medio camino cuando vio una pequeña silueta que salía de entre los árboles en un claro casi al pie de la rampa. Alegre y excitado, la llamó a

gritos. El niño —si era eso lo que había visto—, alzó los ojos y le miró durante un segundo, huyendo después nuevamente a cobijarse entre los árboles.

«Eres un impetuoso, Robert, eso es lo que eres... —se riñó a sí mismo—. No les asustes, tómatelo con calma». Pero el incidente no le desanimó. Donde había niños habría también padres, sociedad, oportunidades para un tipo joven y brillante con una visión amplia de las cosas. Siguió bajando por la rampa, con paso tranquilo.

Un hombre apareció de pronto allí donde había desaparecido el niño. Wilson se quedó quieto. El hombre le miró y, con expresión vacilante, dio un par de pasos hacia él.

—¡Ven! —le invitó Wilson con su tono más amistoso—. No te haré daño.

Resultaba bastante difícil que comprendiera sus palabras pero el hombre avanzó lentamente hacia él. Se detuvo allí donde empezaba la rampa, le miró con cautela y se quedó inmóvil.

Algo en su forma de comportarse hizo funcionar los engranajes del cerebro de Wilson: todo eso encajaba con lo que había visto en el Palacio y con lo poco que Diktor le había explicado. «A no ser que haya estado perdiendo el tiempo durante todas mis clases de antropología —se dijo—, este Palacio es tabú, la rampa sobre la que me encuentro es tabú y, por contagio, yo soy tabú. ¡Juega tus cartas, hijo, juega tus cartas!».

Avanzó hasta el final de la rampa, teniendo mucho cuidado de no salir del pavimento. El hombre se dejó caer de rodillas y formó una copa con sus manos extendidas hacia él, la cabeza inclinada. Sin vacilar, Wilson le tocó en la frente. El hombre se puso en pie con el rostro radiante.

—Como deporte esto no es gran cosa —dijo Wilson—. Creo que me miraría igual si le hubiera pegado un tiro.

Su Viernes particular ladeó la cabeza con cara de asombro y le respondió con voz grave y melodiosa. Las palabras eran totalmente extrañas, más bien líquidas y parecían el compás de una canción.

—Tendrías que pensar en comercializar tu voz —dijo Wilson con admiración—. Hay estrellas de la canción que se las arreglan con menos. Bueno... Anda, tráeme algo de comer. Comida.

Señaló su boca.

El hombre vaciló y dijo otra cosa. Bob Wilson metió la mano en su bolsillo y sacó el cuaderno de notas robado. Buscó la palabra «comer» y luego buscó «comida». La palabra era la misma.

—Blellan —dijo articulando cuidadosamente.

—¿Blellaaaaan?

—Blellaaaaaaaaan —le confirmó Wilson—. Tendrás que disculpar mi acento. Date prisa.

Intentó encontrar «prisa» en su vocabulario pero no estaba ahí. O el lenguaje no contenía esa idea o Diktor no había pensado que valiera la pena consignarla ahí.

«Pero eso lo arreglaremos pronto —pensó Wilson...—, si no existe tal palabra, ya se la daré yo».

El hombre se fue.

Wilson tomó asiento sobre la rampa a la manera turca y mató el tiempo estudiando su cuaderno de notas. Acabó decidiendo que la velocidad de su ascensión social en este sitio sólo quedaría limitada por el tiempo que le hiciera falta para comunicarse plenamente con los nativos. Pero cuando su primer conocido en este lugar volvió, ahora acompañado, sólo había tenido tiempo de buscar algunos sustantivos de uso común.

El desfile iba encabezado por un hombre de extremada edad, con el cabello blanco y sin barba. Todos los hombres carecían de barba. Venía bajo un dosel transportado por cuatro jóvenes. De todo el grupo era el único que llevaba la ropa suficiente como para moverse por algún sitio que no fuera una playa. No daba la impresión de hallarse muy cómodo, ataviado con una toga que parecía haber comenzado su carrera como un parasol a rayas. Resultaba evidente que era el jefe.

Wilson buscó apresuradamente la palabra para «jefe».

La palabra para jefe era «Diktor».

No tendría que haberle sorprendido pero le sorprendió. Por supuesto, era una probabilidad bastante lógica que la palabra «Diktor» fuera un título más que un nombre propio. Sencillamente, no se le había ocurrido.

Diktor —el Diktor—, había añadido una nota bajo esa palabra. «Una de las pocas palabras —leyó Wilson— que es probable deriven de las lenguas muertas. Esta palabra, unas cuantas docenas más y la misma estructura gramatical del lenguaje parecen ser el único eslabón entre el idioma de los “Olvidados” y el inglés».

El jefe se detuvo ante Wilson, sin pisar el suelo de la rampa.

—Vale, Diktor —le ordenó Wilson—, arrodíllate. No estás exento de ello.

Señaló hacia el suelo. El jefe se arrodilló. Wilson le tocó la frente.

Le habían traído comida en abundancia y toda era muy sabrosa. Wilson comió lentamente y con dignidad, recordándose continuamente lo importante que era mantener las apariencias. Mientras comía el grupo le dio una serenata. Se vio obligado a reconocer que cantaban de forma excelente. Sus ideas en cuanto a la armonía musical le resultaron algo extrañas, y el conjunto de la función resultaba más bien primitivo pero todos tenían voces límpidas y suaves y cantaban como si disfrutaran haciéndolo.

El concierto le dio una idea. Tras haber satisfecho su apetito le hizo entender al jefe, con la ayuda de su indispensable cuadernillo, que él y su rebaño debían esperar donde estaban. Volvió al Salón de la Puerta y cogió el fonógrafo y una docena de discos variados, dándoles luego un concierto grabado de música «moderna».

La reacción superó todas sus esperanzas. *Beguin the beguine* hizo que el viejo rostro del jefe se llenara de lágrimas. El primer movimiento del *Concierto Número Uno en Re*, de Tchaikovski, estuvo a punto de provocar una estampida en el grupo.

Sus cuerpos temblaban espasmódicamente, se cogían la cabeza con las manos y no paraban de gemir. Aplaudieron y gritaron. Wilson se abstuvo de obsequiarles con el segundo movimiento y en vez de ello les calmó con la irresistible monotonía del *Bolero*.

—Diktor —dijo, y no estaba pensando en el viejo jefe—, Diktor, amigo mío, desde luego cuando me enviaste de compras tenías bien dominada a esta gente. Para cuando aparezcas —si es que lo haces—, yo seré el amo del lugar.

La ascensión al poder de Wilson se pareció más a una marcha triunfal que a una lucha por la supremacía, y en ella poco hubo de dramático. Fuera lo que fuese lo que los Grandes habían hecho con la raza humana habían logrado que sólo perdurara el parecido físico: el temperamento había cambiado enormemente. Los niños dóciles y amistosos con quienes trataba Wilson poco tenían en común con los enjambres chillones, vulgares, dinámicos y pendencieros que en tiempos se habían llamado a sí mismos pueblo de los Estados Unidos.

La relación era algo así como la que podía haber entre unas vacas Jersey y un cornilargo o unos cocker spaniel con un lobo. No conservaban ningún impulso combativo. No es que les faltara inteligencia pues poseían artes civilizadas, pero el espíritu de competición y el anhelo de poder habían desaparecido.

Sobre eso, Wilson tenía el monopolio.

Pero incluso él acabó perdiendo el interés por un juego en el que siempre ganaba. Habiéndose establecido como jefe al adoptar el Palacio por residencia, haciéndose pasar por virrey de los Grandes que se habían marchado, se ocupó durante algún tiempo organizando ciertos proyectos que tenían por intención «poner al día» la cultura: reinención de instrumentos musicales, establecimiento de un correo sistemático, desarrollar de nuevo la idea de la moda en el vestir, con un tabú contra la misma moda para más de una temporada. Este último proyecto era bastante astuto. Wilson pensaba que despertando el interés de las mentes femeninas por la indumentaria haría que los hombres tuvieran que luchar para satisfacer sus deseos. A la cultura le faltaba impulso y se estaba deslizando lentamente cuesta abajo. Intentó darles ese impulso que a ellos les faltaba.

Sus súbditos cooperaron en todos sus deseos pero lo hicieron de forma absorta y maquinal, como el perro que ejecuta un truco no porque lo comprenda sino porque su amo y dios así lo desea.

Pronto se cansó de ello.

Pero aún existía el misterio de los Grandes y, en especial, el misterio de su Puerta del Tiempo, para distraer su mente. Wilson tenía dos naturalezas en su interior: era mitad aventurero y mitad filósofo. Ahora le tocaba el turno al filósofo.

Le resultaba intelectualmente necesario ser capaz de construir en su mente un modelo fisiomatemático para los fenómenos que tenían lugar en la Puerta. Logró crear uno, quizá no muy bueno pero sí satisfactorio para sus necesidades. Piénsese en una superficie plana, una hoja de papel o, mejor aún, un pañuelo de seda; de seda

porque carece de rigidez y se dobla fácilmente, en tanto que mantiene todos los atributos relacionales de un continuo de dos dimensiones en la misma superficie de la seda. Que las hebras del tejido sean la dimensión —o dirección—, del tiempo; que la urdimbre represente a las tres dimensiones espaciales.

Una mancha de tinta en el pañuelo se convierte en la Puerta. Doblando el pañuelo ese punto puede superponerse a cualquier otro punto de la seda. Apriétense los dos puntos entre el índice y el pulgar: los controles quedan ajustados, la Puerta del Tiempo se abre y un habitante microscópico de este trozo de seda puede arrastrarse de un pliegue al otro sin necesidad de atravesar ninguna parte de la tela.

El modelo resulta imperfecto y la imagen estática, pero una imagen física se halla necesariamente limitada por la experiencia sensorial de la persona que la visualiza.

No lograba decidir si el concepto de doblar el continuo tetradimensional —tres dimensiones espaciales, una temporal—, sobre sí mismo para que la Puerta se «abriera», requería el concepto de otras dimensiones a través de las cuales doblarlo. Daba la impresión de que sí, pero quizá fuera sencillamente un atajo intelectual para la mente humana. Para el «doblado» no hacía falta nada aparte del espacio vacío, pero en sí mismo, el término «espacio vacío» no tenía ningún significado: sus conocimientos matemáticos eran los suficientes como para saber eso.

Si hacían falta más dimensiones para «contener» un continuo tetra dimensional, entonces el número de dimensiones del espacio y el tiempo era necesariamente infinito: cada orden requiere otro que lo mantenga.

Pero «infinito» era otro término carente de significado. «Series abiertas» era algo mejor, pero no mucho.

Otra idea le hizo concluir irremediamente que era probable que existiera al menos una dimensión más aparte de las cuatro que podían percibir sus sentidos, y esa idea vino de la propia Puerta. Llegó a ser muy hábil manejando sus controles pero nunca consiguió hacerse ni la más vaga idea de cómo funcionaba o cómo había sido construida. Le parecía que sus constructores debían ser necesariamente capaces de situarse fuera de los límites que le confinaban a él para anclar la Puerta en la estructura del espacio-tiempo. El concepto se le escapaba.

Tenía la sospecha de que los controles que veía eran, sencillamente, la parte que asomaba en el espacio conocido por él. El propio Palacio podía no ser más que una sección tridimensional de una estructura más compleja, y ello ayudaría a explicar la naturaleza de su arquitectura, de otro modo inexplicable.

Acabó poseyéndole el incontenible deseo de saber algo más sobre esas extrañas criaturas, los Grandes, que habían llegado para gobernar a la raza humana construyendo este Palacio y esta Puerta, desapareciendo luego otra vez en la nada y por cuya causa, sin que ellos lo supieran o desearan, se había visto arrancado de su vida para acabar a unos treinta milenios de distancia. Para la raza humana no eran más que un mito sagrado, una masa contradictoria de tradiciones. No quedaba imagen alguna de ellos, ni una sola huella de su escritura, y de sus obras sólo perduraban el

Gran Palacio de Norkaal y la Puerta. Y el sentimiento de una pérdida irreparable en los corazones de la raza que habían gobernado, un sentimiento expresado en el mismo término con que se designaban: los Olvidados.

Usando los controles y la imagen de observación fue volviendo atrás en el tiempo, buscando a los Constructores. Como ya había descubierto antes era un trabajo lento. Una sombra fugitiva, una tediosa búsqueda de huellas..., y el fracaso.

Una vez estuvo seguro de que había visto una sombra como ésa en la imagen. Dispuso los controles lo bastante atrás como para estar seguro de que la había rebasado, se proveyó de comida y bebida y esperó.

Esperó tres semanas.

La sombra podía haber pasado durante las horas que se veía obligado a perder en el sueño. Pero estaba seguro de hallarse en el período correcto y continuó su vigilancia.

La vio.

Estaba avanzando hacia la Puerta.

Cuando logró recobrar el control de sí mismo ya se hallaba a medio camino del corredor que salía del Salón. Se dio cuenta de que había estado gritando. Todo su cuerpo temblaba todavía.

Un poco después se obligó a volver hasta ahí y, con los ojos cuidadosamente apartados de la imagen, entró en la cabina de control y puso las esferas nuevamente en el cero. Se marchó a toda prisa del Salón y fue a sus aposentos. No tocó los controles ni volvió a entrar en el Salón hasta transcurridos dos años.

Lo que había hecho vacilar su cordura no era el miedo a una amenaza física, ni el aspecto de la criatura: no podía recordar nada que se le pareciese. Había sido una sensación de infinita tristeza, que fluyó por todo su ser durante ese momento, la impresión de una tragedia y una pena imposibles de soportar y a las que no había forma de huir, un cansancio infinito. Había sido asaltado brevemente por emociones que eran demasiado intensas y fuertes para su fibra espiritual, y no estaba más preparado para tal experiencia que lo está una ostra para tocar el violín.

Otro problema le molestaba: él mismo y sus vagabundeos a través del tiempo. Seguía preocupándole que se hubiera encontrado consigo mismo regresando, por así decirlo, que hubiera hablado y combatido con su propia persona.

¿Cuál de ellos era él?

Sabía que era todos ellos pues recordaba haber sido cada uno. Pero ¿y cuando había más de uno presente?

Por pura necesidad se vio obligado a expandir el concepto de la no identidad —«Nada es idéntico a las demás cosas, ni siquiera a sí mismo»—, incluyendo al yo dentro de él. En un continuo tetradimensional cada acontecimiento es absolutamente individual, poseyendo sus coordenadas espaciales y su propia fecha. El Bob Wilson que era en ese mismo instante no era el Bob Wilson que había sido diez minutos antes. Cada uno era una sección discreta de un proceso tetradimensional. El uno se

parecía al otro en muchos aspectos, igual que una rebanada de pan se parece a la que tiene al lado. Pero no eran el mismo Bob Wilson, pues diferían por cierta longitud de tiempo.

Cuando se había encontrado consigo mismo la diferencia se había hecho muy clara, pues la separación tenía lugar entonces más bien dentro del espacio que del tiempo, y él se hallaba equipado para ver una longitud espacial, en tanto que sólo era capaz de recordar una diferencia temporal. Si pensaba en el ayer podía recordar a gran cantidad de Bob Wilson diferentes: el recién nacido, el niño, el adolescente, el hombre. Todos era distintos, eso lo sabía. Lo único que les unía en una sensación de identidad era que su memoria continuaba de uno a otro.

Y eso era lo mismo que unía a los tres..., no, a los cuatro Bob Wilson en una tarde particularmente concurrida: una memoria que pasaba por todos ellos. Lo único que seguía siendo notable en todo el asunto era la misma idea del viaje temporal.

Y unas cuantas cosillas más..., la naturaleza del «libre albedrío», el problema de la entropía, la ley de conservación de la energía y la masa. Ahora comprendía que las dos últimas necesitaban ser extendidas o generalizadas para incluir los casos en que la Puerta, o algo como ella, permitía una fuga de masa, energía o entropía desde una parte del continuo a otra. Por lo demás, permanecían inmutables y válidas. El libre albedrío era otro asunto. No era algo de lo que pudiera reírse, pues le había sido posible experimentarlo directamente..., y, con todo, su propia y libre voluntad había trabajado para crear la misma escena una y otra vez. Al parecer la voluntad humana debía ser considerada como uno de los factores que creaban los procesos dentro del continuo: «libre» para el yo, mecánica para quienes la observaran desde fuera.

Y, con todo, su último acto al huir de Diktor había cambiado aparentemente el rumbo de los hechos. Estaba aquí y gobernaba el lugar, llevando ya muchos años en ello, pero Diktor no había aparecido. ¿Era posible que cada acto de «auténtico» libre albedrío creara un futuro nuevo y distinto? Muchos filósofos así lo habían pensado.

Este futuro parecía no tener dentro de él ninguna persona como Diktor —el Diktor—, en todos sus puntos espaciales o temporales.

A medida que se acercaba el final de su primera década en el futuro, empezó a ponerse más y más nervioso, estando cada vez menos seguro de lo que antes había creído. «Maldito sea —pensó—, si Diktor quiere aparecer ya es hora de que lo haga». Tenía muchas ganas de vérselas con él y establecer quién iba a ser el jefe.

Dispuso agentes por todo el país de los Olvidados con instrucciones de arrestar a cualquier hombre que tuviera vello en el rostro, y traerle inmediatamente al Palacio. En cuanto al Salón de la Puerta, se encargó personalmente de vigilarlo.

Intentó buscar a Diktor en el futuro pero no tuvo suerte. Por tres veces localizó una sombra y la siguió, con la eterna tentación de ver el otro extremo del proceso, y acabó intentando encontrar su hogar original, a treinta mil años en el pasado.

Fue un trabajo difícil y largo. Cuanto más se alejaba el control temporal del centro, más pobre era su dominio sobre él. Le hizo falta mucha paciencia y práctica

para detener la imagen más o menos a un siglo del período que deseaba. Durante tal experimento descubrió lo que antes había estado buscando, un control de fracciones: una especie de dial, a decir verdad. Era tan sencillo de manejar como el control principal, pero había que darle la vuelta, en lugar de mover directamente la esfera.

Fue llegando al siglo veinte, aproximándose al año buscado gracias a los modelos de coche, estilos arquitectónicos y otros detalles fáciles de notar, y se detuvo en lo que creía era 1952. Un cuidadoso desplazamiento de los controles espaciales le llevó hasta la universidad de donde había partido, para lo cual necesitó varios intentos. La imagen no le permitía leer los carteles de las carreteras.

Localizó su pensión y llevó la Puerta hasta su propio cuarto. Estaba vacío y sin muebles.

Se alejó de la habitación y lo intentó un año antes. Éxito: su propia habitación y sus muebles, pero sin nadie en ella. Fue rápidamente hacia atrás, buscando sombras.

¡Ahí! Detuvo la imagen. Había tres figuras en el cuarto y la imagen era demasiado pequeña y no había luz suficiente para estar seguro de si alguna de ellas era él o no. Se inclinó hacia adelante y estudió atentamente la escena.

Oyó un golpe sordo fuera de la cabina. Irguió el cuerpo y miró por encima de sus lados.

Tendida en el suelo había una figura humana. Junto a ella se encontraba un sombrero en bastante mal estado.

Permaneció totalmente inmóvil durante un período de tiempo imposible de precisar, contemplando los dos objetos que no debían estar ahí, el sombrero y el hombre, mientras los vientos de la locura barrían su mente haciéndola vacilar. No le hacía falta examinar la silueta inconsciente para identificarla. Sabía..., sabía que era su yo más joven, impulsado de forma involuntaria a través de la Puerta.

No era el hecho en sí lo que le hacía estremecerse. No había esperado que ocurriera, pues poco a poco había ido llegando a la conclusión de que vivía en un futuro distinto, un futuro alternativo al otro en que había sido originalmente transmitido por la Puerta. Con todo, había sido consciente de que podía ocurrir y el que ocurriera no le sorprendía.

Y cuando ocurrió, ¡estaba él como único espectador!

Él era Diktor. Era el Diktor. ¡Era el único Diktor!

Jamás encontraría a Diktor y no podría dejar las cosas claras con él. No debía temer su aparición. Jamás había existido y jamás existiría otra persona llamada Diktor, porque Diktor jamás había sido o sería nadie aparte de él mismo.

Pensando ahora en ello, parecía obvio que él debía ser Diktor, y había muchas evidencias que señalaban en tal dirección. Y, con todo, no había sido obvio. Recordó que todas las similitudes entre él mismo y el Diktor habían surgido de causas racionales, normalmente de su deseo por imitar las características más ostensibles del «otro» y con ello consolidar su propia posición de poder y autoridad antes de que el «otro» Diktor apareciera. Por esa razón se había instalado en los mismos aposentos

que había utilizado ese «Diktor», para que así fueran «suyos» antes de su llegada.

Cierto que su pueblo le llamaba Diktor, pero eso no le había hecho pensar nada raro: llamaban con ese título a cualquiera que les gobernara, incluso a los pequeños jefes locales que tenía como administradores suyos.

Se había dejado crecer una barba igual a la que había llevado Diktor, imitando en parte el precedente del «otro» pero, en realidad, para distinguirse más de los lampiños varones Olvidados. Le daba prestigio y aumentaba su calidad de tabú. Se acarició el barbudo mentón. Con todo, parecía extraño que no se hubiera acordado de que su apariencia actual encajaba perfectamente con la de «Diktor». «Diktor» había sido entonces mayor que él. Él tenía treinta y dos años, diez aquí y veintidós ahí.

Diktor le había parecido tener unos cuarenta y cinco años. Quizá un testigo carente de prejuicios pensaría que él tenía esa misma edad. Había canas en su barba y su cabello: estaban ahí desde el año en que su intentona de espiar a los Grandes se había visto coronada con un éxito demasiado grande. Tenía arrugas en el rostro. «Inquieto es el sueño del que manda», decía el proverbio... Gobernar un país, aunque sea una pacífica Arcadia, es algo que preocupa a un hombre y le mantiene despierto algunas noches.

No es que se estuviera quejando: había sido una buena vida, su posición en ella no podía ser más alta, y superaba con mucho a cualquier cosa que pudiera ofrecerle el remoto pasado.

En cualquier caso, había estado buscando a un hombre camino de los cincuenta, cuyo rostro recordaba vagamente después de diez años y del que no tenía imagen alguna. Nunca se le había ocurrido conectar ese rostro borroso con su cara actual, naturalmente que no.

Pero había otras pequeñas cosas. Arma, por ejemplo. Hacía unos tres años seleccionó a una joven de aspecto agradable y la asignó al personal de su residencia, bautizándola de nuevo como Arma por un recuerdo sentimental de la joven con la cual en tiempos se encaprichó. Era lógicamente necesario que ambas fueran la misma chica y que no hubiera dos Armas, sino una.

Pero, tal y como la recordaba, la «primera» Arma había sido mucho más bonita.

Hmmm..., debía ser su punto de vista personal el que había cambiado. No tenía más remedio que admitir la gran cantidad de ocasiones que había tenido para hartarse de la más exquisita belleza femenina, comparado con su joven amigo tendido en el suelo. Recordó con una risita cómo había llegado a serle necesario rodearse con un complicado sistema de tabúes para mantener alejadas de su persona a las jóvenes hijas de sus súbditos..., al menos, durante casi todo el tiempo. Había reservado para su uso particular una lengua que había en el río adyacente al Palacio, pudiendo así nadar sin verse ahogado por tanta sirena.

El hombre del suelo lanzó un gemido pero no abrió los ojos.

Wilson, el Diktor, se inclinó sobre él pero no hizo esfuerzo alguno por revivirle. Tenía buenas razones para creer que ese hombre no había sufrido ninguna herida

grave. No deseaba despertarle hasta que no hubiera podido poner orden en sus propias ideas.

Pues tenía trabajo que hacer, un trabajo que debía hacerse meticulosamente y sin errores. Todo el mundo hace planes para asegurar su futuro, pensó con una sonrisa sardónica.

Eso estaba a punto de hacer él.

Estaba el asunto de ajustar la Puerta para cuando llegara el momento de mandar nuevamente al pasado a su yo anterior. Cuando sintonizó su cuarto, hacía unos minutos, llegó en el instante inmediatamente anterior a la brusca expedición de ese yo a través de la Puerta. Al mandarle hacia atrás debía hacer un leve ajuste del control temporal colocándolo en un instante alrededor de las dos de esa tarde en particular. Eso sería bastante sencillo: lo único que debía hacer era registrar un sector bastante corto hasta encontrar a su yo anterior, solo y trabajando en su escritorio.

Pero la Puerta había aparecido en ese cuarto una hora después; él mismo acababa de hacer que ocurriera. Se sintió confundido.

Un momento...; si cambiaba el ajuste del control temporal, la Puerta aparecería en su habitación por primera vez un poco antes, permanecería ahí y, sencillamente, se uniría a su «reaparición» aproximadamente una hora después, confundiéndose con ella. Sí, eso era. Para una persona que se encontrara en la habitación todo sería como si la Puerta hubiera estado allí todo el tiempo, desde las dos, más o menos.

Tal y como había estado. Él cuidaría de que así fuera.

Aún teniendo experiencia con los fenómenos causados por la Puerta le hacía falta un esfuerzo intelectual muy fuerte y sutil para pensar en términos distintos a los de la simple duración, adoptando un punto de vista eterno.

Y aquí estaba el sombrero. Lo cogió y se lo puso. No le iba demasiado bien, sin duda porque ahora llevaba el cabello más largo. El sombrero debía ser colocado allí donde lo encontraría... Oh, sí, en la cabina de control. Y el cuaderno de notas, también.

El cuaderno de notas, el cuaderno de notas... Mmmm... Ahí había algo raro. Cuando el cuaderno de notas que robó se fue deteriorando con el tiempo hasta quedar casi ilegible, y de eso hacía unos cuatro años, él transcribió cuidadosamente su contenido a un nuevo cuaderno, más bien para refrescar los recuerdos de su lengua original que por su posible necesidad como guía. El cuaderno viejo y gastado lo destruyó: era el nuevo el que ahora tenía la intención de buscar y dejar allí para que fuera encontrado.

En tal caso, jamás existieron dos cuadernos de notas. El que tenía ahora se convertiría, tras haber sido llevado mediante la Puerta a un punto situado diez años en el pasado, en el cuaderno de notas del cual lo había copiado. Eran, sencillamente, segmentos distintos del mismo proceso físico, manipulados mediante la Puerta para que durante cierta longitud de tiempo corrieran paralelos uno al otro.

Como había hecho él mismo... una tarde.

Deseó no haber tirado el viejo cuaderno. Si lo tuviera a mano podría compararlos y convencerse a sí mismo de que eran idénticos, salvo por el desgaste de la creciente entropía sufrida.

Pero ¿cuándo había aprendido el idioma para poder preparar tal vocabulario? Naturalmente, cuando lo copió conocía el idioma y, en realidad, no le hacía falta copiarlo.

Pero lo había copiado.

Había dejado claro el proceso físico en su mente, pero el proceso intelectual que representaba era totalmente circular. Su yo más anciano le había enseñado a su yo más joven un idioma que el más anciano conocía porque el más joven, después de haber sido enseñado, creció hasta convertirse en el yo más anciano, y fue, por lo tanto, capaz de enseñárselo.

Pero ¿dónde había empezado todo?

¿Qué viene primero, la gallina o el huevo?

Le das de comer ratas a los gatos, despellejas a los gatos y los restos de los gatos se los das de comer a las ratas que, a su vez, sirven de comida a los gatos. La granja peletera del movimiento continuo.

Si Dios creó el mundo, ¿quién creó a Dios?

¿Quién escribió el cuaderno de notas? ¿Quién dio comienzo a la cadena?

Sintió la desesperación intelectual de todo filósofo honesto. Sabía que sus oportunidades de entender semejantes problemas eran las mismas, aproximadamente, que tiene un perro de entender cómo aparece su comida dentro de las latas. La psicología aplicada quedaba más a su alcance... y eso le hizo acordarse de que había ciertos libros que su yo encontraría muy útiles para aprender a vérselas con los asuntos políticos del país que iba a gobernar. Hizo una nota mental referente a esa lista.

El hombre del suelo volvió a removerse y acabó sentándose. Wilson sabía llegado el momento en que debía asegurar su pasado. No estaba preocupado: notaba la segura confianza del jugador que está «caliente», que sabe cuál va a ser la próxima tirada de los dados.

Se inclinó sobre su otro yo.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Supongo que sí —murmuró el joven con voz pastosa. Se llevó la mano a la cara, cubierta de sangre—. Me duele la cabeza.

—Ya me lo imaginaba —dijo Wilson—. Cruzaste de forma algo confusa y creo que al aterrizar te diste un golpe en la cabeza.

Su yo más joven no pareció entender del todo sus palabras en el primer momento. Miró a su alrededor con cara de confusión, como si intentara averiguar dónde se encontraba.

—¿Cruzar? —acabó diciendo—. ¿Cruzar el qué?

—La Puerta, naturalmente —le explicó Wilson.

Señaló con la cabeza hacia la Puerta, con la sensación de que el verla serviría para orientar al todavía mareado Bob joven.

El joven Wilson miró por encima del hombro en la dirección indicada, dio un respingo, se estremeció y cerró los ojos. Los abrió de nuevo tras lo que pareció ser una breve plegaria, volvió a mirar y dijo:

—¿Aparecí a través de eso?

—Sí —le confirmó Wilson.

—¿Dónde estoy?

—En el Salón de la Puerta del Gran Palacio de Norkaal. Pero, más importante que eso —añadió Wilson—, es cuándo estás. Has avanzado algo más de treinta mil años.

Saber eso no pareció tranquilizarle. Se puso en pie y avanzó tambaleándose hacia la Puerta. Wilson le puso la mano en el hombro, deteniéndole.

—¿Adónde vas?

—¡Voy a regresar!

—No tan rápido. —No osaba correr el riesgo de permitírselo, no hasta haber ajustado nuevamente la puerta. Además, seguía borracho: le apestaba el aliento—. Regresarás, desde luego, te doy mi palabra. Pero antes, deja que cuide tus heridas. Y deberías descansar un poco. Tengo ciertas explicaciones que darte y, cuando vuelvas, hay algo que podrías hacer, algo que redundaría en beneficio de los dos. Muchacho, nos aguarda un gran futuro a los dos... ¡Un gran futuro!

¡Un gran futuro!

Snulbug

*Anthony Boucher (William Anthony Parker White,
1911-1968)*

Unknown, diciembre

Anthony Boucher fue un hombre sofisticado e inteligente que llevaba varias vidas. Más conocido como uno de los coeditores fundadores de The Magazine of Fantasy and Science Fiction (1949), era también un talentoso autor de misterio, cuya novela «Rocket to the Morgue» (1942) usaba el mundo de la ciencia ficción (fans y escritores), como telón de fondo. Además, como «H. H. Homes» y como Boucher, fue desde el final de la segunda guerra mundial hasta su muerte, uno de los críticos más influyentes del New York Herald, así como del Tribune y del New York Times, tanto en el terreno de lo policíaco como en el de la ciencia ficción.

Como escritor de ciencia ficción y fantasía, disfrutó de una gran reputación, a pesar de no haber escrito ninguna novela. Sus mejores relatos pueden encontrarse en las recopilaciones Far and Away (1955), y The Complete Werewolf (1969). Especialmente destacables son: «Barrier» (Astounding, septiembre 1942), «NineFinger Jack»^[28] (Esquire, mayo 1951), y «Q. U. R». (Astounding, marzo 1943).

«Snulbug» es una deliciosa fantasía típica de Unknown durante su demasiado corta existencia, y fue el primer trabajo publicado de Tony Boucher en el terreno de la ficción fantástica.

(No veía a Tony con frecuencia. Él vivía en la Costa Oeste, y yo en la Costa Este y no solía viajar. No obstante, nos hicimos amigos de repente como resultado de la primera carta que me envió.

En una historia que escribí cuando estaba a punto de cumplir los treinta años, me referí a las «tenues pasiones (sexuales) del final de los treinta». Aquello provocó casi de inmediato un reproche cortés por parte de Tony.

«Le espera una agradable sorpresa en el futuro, doctor Asimov», me decía en su carta, y la firmaba «Anthony Boucher (1911-)». Naturalmente, él tenía cuarenta años en aquella época.

Nos escribimos con razonable regularidad a partir de entonces, y es justo que diga que, en efecto, me encontré con la agradable sorpresa de la que hablaba y he continuado disfrutándola a medida que los años han ido pasando. I. A.)

—Vaya hechizo del tres al cuarto el que has empleado —dijo el demonio—, si sólo te sirve para invocar a tipos como yo.

Desde luego, Bell Hitchens tuvo que admitir que no valía gran cosa. Su figura no dejaba de ser impresionante. Tenía una cabellera de serpientes, unos colmillos curvos, un rabo puntiagudo y todos los atributos necesarios, pero su estatura no era superior a un centímetro.

Bill había entonado la letanía y encendido los polvos mágicos animado por las mayores esperanzas. Incluso después del débil chispazo y el apagado silbido que se produjeron en lugar del rayo y el horrísono estampido que eran de rigor, no perdió sus esperanzas. Se quedó mirando al espacio que había sobre el pantáculo, esperando ver una espantosa aparición, hasta que oyó aquella quejumbrosa vocecita que le llamaba diciendo:

—Aquí estoy.

Y el diablillo prosiguió:

—Hacía años que nadie perdía tiempo ni polvos en una birria como yo. ¿De dónde has sacado ese ensalmo?

—Es una formulita que me inventé yo —dijo Bill modestamente.

El diablillo murmuró entre dientes algo acerca de los aficionados que se consideran magos.

—Yo no soy un mago —le explicó Bill—, sino un bioquímico.

El diablillo se estremeció.

—Siempre me tocan los casos peores —gimió—. Como si no hubiese sido suficiente trabajar para aquel psiquiatra, ahora me cae en suerte un bioquímico. ¿Qué demonios es eso?

Bill no pudo reprimir su curiosidad.

—¿Y qué hacías para ese psiquiatra?

—Me enseñaba a clientes suyos que se creían perseguidos por hombrecillos y me ordenaba que los ahuyentase. —El diablillo se puso a hacer movimientos muy expresivos, como si espantase a alguien—. Todo el día así..., ahuyentando cosas que no existían.

—¿Y eso dio resultado?

—Ya lo creo. Pero los pacientes decidieron que preferían tener a sus hombrecillos antes que a mí. O sea que en realidad, más bien fracasamos. Tú también fracasarás —agregó tristemente—. Estas cosas siempre terminan muy mal.

Bill se sentó y se puso a llenar su pipa, pensando que al fin y al cabo, invocar demonios no era una cosa tan terrible. Más bien resultaba algo simpático y casero.

—En mi caso, no —dijo—. Mi fórmula es a prueba de fracasos.

—Eso es lo que todos creen. Ay, los hombres... —El pequeño demonio contempló melancólicamente la cerilla, mientras Bill encendía la pipa—. Bueno, terminemos cuanto antes. ¿En qué puedo servirte?

—Quiero un laboratorio para mis experimentos sobre la embolia. Si el método

que he ideado da resultado, significará que los médicos podrán detectar la presencia de un trombo en el torrente sanguíneo mucho antes de que pueda representar un peligro, y eliminarlo con las mínimas molestias para el paciente. Mi antiguo jefe, aquel viejo ocultista medio loco llamado Reuben Choatsby, opinaba que no era práctico —con eso quería decir que no podía darle una fortuna— y me despidió. Todos creen también que he perdido la chaveta, y nadie quiere ayudarme. Y lo único que necesito son diez mil dólares.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó el diablillo, con un suspiro de satisfacción—. Ya te dije que no te daría resultado. Yo no puedo hacer eso. Sólo pueden proporcionar dinero los diablos tres grados superiores a mí. Ya te lo dije.

—Pero no te das cuenta de toda mi diabólica sutileza —repuso Bill—. Vamos a ver..., ¿cómo te llamas?

El demonio titubeó.

—¿No tienes otra de esas cosas?

—¿Qué cosas?

—Cerillas.

—Claro que sí.

—¿Me enciendes una?

Bill tiró la cerilla encendida al centro del pantáculo. El diablillo salió con presteza de las cenizas ya frías de los polvos y se zambulló en la llama, frotándose con la energía de un hombre bajo una ducha.

—¡Viva! —exclamó gozoso—. Así uno ya se encuentra mejor.

—¿Y ahora, me dirás cómo te llamas?

El diablillo puso de nuevo cara compungida.

—¿De veras te interesa saber cómo me llamo?

—Hombre, para hablar contigo tengo que darte un nombre.

—Oh, no, nada de eso. Me vuelvo a casa. No quiero meterme en líos de dinero.

—Espera a que te explique lo que tienes que hacer. Vamos, ¿cómo te llamas?

—Snulbug.

La vocecita del pequeño demonio era casi inaudible de tan baja.

—¿Snulbug?

Bill se echó a reír.

—Eso mismo. Tengo un colmillo careado, se me caen las serpientes y, por si aún no fuesen bastantes desgracias, tengo que llamarme Snulbug.

—Muy bien. Ahora escúchame, Snulbug: ¿puedes viajar al futuro?

—Un poco. Pero no me gusta mucho. Después me pica la memoria.

—Escucha, mi querido amigo cabellos de serpiente. Aquí no se trata de lo que te gusta o no te gusta. ¿Te gustaría, por ejemplo, que te dejase en este pantáculo sin que nadie te echase cerillas? —Snulbug se estremeció—. Ya me lo suponía. Ahora, dime si puedes viajar al futuro.

—Ya te dije que un poco.

—Y ahora dime. —Bill se inclinó hacia adelante y dio una chupada a su pipa al hacer la pregunta vital—: ¿Puedes traer objetos materiales del futuro?

Si la contestación era negativa, todos los febriles preparativos de su ensalmo serían inútiles. Y en tal caso, sólo Dios sabía si el diagnóstico de Hitchens para la embolia pasaría alguna vez a las páginas de la historia, salvando de paso unos cuantos miles de vidas todos los años.

A Snulbug parecían interesarle más las cálidas nubes de humo de tabaco que la pregunta.

—Por supuesto —repuso—. Dentro de límites razonables yo puedo... —Se interrumpió y le miró compungido—. Oye, no querrás que... Déjate de bromas, por favor.

—Escucha, amiguito: tú haz lo que te digo y deja las preocupaciones para mí. ¿Puedes traer objetos materiales, sí o no?

—Sí. Pero te prevengo que...

Bill lo atajó sin contemplaciones.

—Entonces, así que te suelte del pantáculo, me traerás el periódico de mañana.

Snulbug se sentó en la cerilla quemada y se golpeó apenado la frente con el extremo de su rabo.

—Ya lo sabía —gimió—. Ya lo sabía. Es la tercera vez que me pasa esto. Como tengo poderes limitados, soy una birria y mi nombre da risa, siempre me mandan a recados absurdos.

—¿Recados absurdos? —Bill se levantó y empezó a medir el ático desamueblado con sus pasos—. Snulbug, o como te llames, esas alusiones me molestan. He dedicado varias semanas a esta idea. Piensa en el poder que tendría quien conociese el futuro. Un poder ilimitado, que le permitiría cambiar el curso de los imperios, dominar la humanidad. Lo único que quiero es aprovecharme de este poder ilimitado para encauzarlo en ayuda de la humanidad y obtener de paso diez mil dólares. ¡Y tú llamas a eso un recado absurdo!

—Me acuerdo de un español —gimió Snulbug—, que también era un tipo simpático, aunque, como tú, su ensalmo era una chapuza. Pero al menos tenía un hermoso brasero donde uno podía calentarse. Era un tipo estupendo. Y también me pidió que fuese a ver el periódico del día siguiente... te prevengo que...

—No te preocupes —repuso Bill—. He pasado revista a todos los posibles errores. Y por esto te impongo tres condiciones para salir de ese pantáculo. No pienso caer en ninguna trampa.

—Bueno —dijo Snulbug, con un tono de resignación casi total—. Vamos a oírlas. Aunque de nada han de servir.

—Primera: el periódico en cuestión no debe contener la noticia de mi propia muerte o de cualquier otra desgracia que pudiese frustrar lo que yo pienso hacer con él.

—Pero, hombre de Belcebú —protestó Snulbug—. ¿No comprendes que eso no

puedo garantizártelo? Si estás predestinado a morir entre este momento y mañana, ¿qué puedo hacer yo para impedirlo? Y sentiría tener que darte ese disgusto, porque, aunque seas un chapucero, eres simpático.

—Cortesía, Snulbug. Trata con cortesía a tu amo. Pero ahora escúchame. Si cuando vayas al futuro, descubres que tengo que morir, vuelve y trazaremos otros planes. Entonces haríamos otra cosa.

—¡Qué manera de complicarse la vida tienen los hombres! —observó Snulbug—. En fin, prosigue.

—Segunda condición: el periódico tiene que ser de esta ciudad y en inglés. No me cuesta nada imaginarme a ti y a tus amiguitos presentando a algún incauto el *Daily Vuskutsukt*, de Omsk y Tomsk.

—Sí, como si no tuviéramos otra cosa que hacer —dijo Snulbug con sorna.

—Y tercera —prosiguió Bill sin hacerle caso—: el periódico debe pertenecer a este continuo de espacio-tiempo, a esta espiral de los universos en serie, a ésta rueda de probabilidades. Dilo como te guste más. Debe ser un periódico del mañana que yo mismo viviré, no de otro mañana, para mi hipotético.

—Anda, salao, échame otra cerillita —le pidió Snulbug.

—Creo que con esas tres condiciones bastará. Con ellas no dejo ningún cabo suelto, y el Laboratorio Hitchens está garantizado.

Snulbug lanzó un gruñidito.

—Eso ya se verá.

Bill tomó una afilada navaja y, tal como prescriben las reglas, cortó uno de los lados del pantáculo con una hoja de frío acero. Pero Snulbug se dedicaba a zambullirse en la llama de la segunda cerilla, retorciendo alegremente su cola, sin que pareciese importarle un comino el hecho de que el camino hacia la libertad se hallase expedito.

—¡Vamos! —dijo Bill con impaciencia—. ¡O te quito la cerilla!

Snulbug se acercó al corte y se detuvo, vacilante.

—Veinticuatro horas son muchas horas.

—Pero ¿puedes ir o no?

—No lo sé. Mira. —Movié enérgicamente la cabeza, y una microscópica serpiente muerta cayó al suelo—. No estoy muy en forma. Últimamente, estoy hecho cisco. Golpéame el rabo.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Golpéalo con la uña en el lugar donde se une al cuerpo.

Con una sonrisa, Bill le obedeció.

—No pasa nada.

—¿Lo ves? No tengo ni reflejos. No sé cómo podré irme veinticuatro horas al futuro. —Frunció el ceño, pensativo, y sus serpientes se apiñaron, formando un moño—. Oye. Lo único que tú quieres es el diario de mañana, ¿no? Sólo el de mañana, no la edición que estará a la venta dentro de veinticuatro horas exactamente. ¿No es eso?

—Ahora es mediodía —reflexionó Bill—. Sí, creo que con el periódico de mañana por la mañana podré arreglarme.

—Muy bien. ¿Qué fecha es hoy?

—21 de agosto.

—Estupendo. Te traeré un periódico del 22 de agosto. Aunque te advierto que de nada te servirá. Ahora, adiós. Hola, ¿qué tal? Ya he vuelto. Aquí tienes.

Snulbug sujetaba un cordel con su callosa manecita, y atado al extremo del cordel estaba un periódico.

—¡Pero oye, muchacho! —protestó Bill—. Si no te has movido de aquí.

—A veces los hombres sois un poco stupidillos —dijo Snulbug, paciente—. ¿Por qué se tiene que consumir tiempo del presente para ir al futuro? He dejado este punto, y he vuelto a este punto. He pasado dos horas buscando este condenado periódico, pero esas dos horas no cuentan en el tiempo de este presente. Qué gente, qué gente... —rezongó.

Bill se rascó la cabeza.

—Es posible que sea como tú dices. Vamos a ver el periódico. Ya sé: no me servirá de nada. —Buscó inmediatamente la página necrológica: no había la esquila de ningún Hitchens—. ¿Y yo no había muerto en ese futuro que has visitado?

—No —admitió Snulbug—. Muerto, no —agregó, con las más pesimistas insinuaciones posibles.

—Entonces, ¿qué? ¿Cómo me has encontrado...?

—Yo tengo sangre de salamanquesa —dijo Snulbug, con tono de queja—. Cuando nací, creyeron que era una ondina como mi madre y me metieron en la incubadora de agua fría, como se hace con todas las salamanquesas. El resultado es que ahora soy un ser contrahecho, una verdadera birria de diablo, que únicamente sirve para llevar recados. ¡Y ahora tú quieres que haga profecías! Anda, lee el periódico y a ver lo que sacas en claro de él.

Bill dejó la pipa y saltó de la sección necrológica a la primera página. No esperaba encontrar allí nada útil —¿qué ventajas le podría reportar saber quién ganaría la batalla naval de mañana o qué ciudades serían bombardeadas?—, pero siempre actuaba con método científico. Y esta vez el método tuvo su recompensa. En lo alto de la primera página leyó en grandes titulares:

EL ALCALDE ASESINADO

El apóstol muerto por un quintacolumnista.

Bill hizo chasquear sus dedos. Ahí lo tenía. Aquella era su gran ocasión. Volvió a meterse la pipa en la boca, se puso apresuradamente la chaqueta, se guardó el valiosísimo periódico en un bolsillo y abandonó el ático. Pero antes de cerrar la puerta se detuvo y miró al interior. Se había olvidado de Snulbug. ¿No debería despedirlo oficialmente?

El pequeño y contrahecho demonio no se veía por parte alguna. No estaba en el pantáculo ni fuera de él. Parecía habérselo tragado la tierra. Bill arrugó el entrecejo. Aquello no tenía nada de metódico, desde luego. Encendió una cerilla y la acercó a la cazoleta de su pipa.

Un suspiro de placer salió de su interior.

Bill se quitó la pipa de la boca y la miró fijamente.

—¿De modo que es ahí donde te has metido?

—Ya te dije que en mí domina la sangre de la salamanquesa —dijo Snulbug, asomándose por el borde de la cazoleta—. Quiero ir contigo, para ver la cantidad de estupideces que eres capaz de hacer.

Acto seguido se acurrucó entre la ceniza caliente, mascullando algo sobre periódicos, hechizos y lo idiotas que son los hombres.

El alcalde de Granton, apóstol de la legalidad, era una figura nacional de espléndidas proporciones. Sin histerismo, violencias ni intimidaciones, había iniciado una verdadera cruzada contra los elementos subversivos, que, gracias a sus dotes de organización, no tardó en convertir a Granton en la ciudad más amante del orden del país, y la que hacía gala de un mayor espíritu patriótico. Se hizo famoso también por su energía en propugnar el apoyo nacional del Estado y del municipio para las ciencias y las artes..., lo que le convertía en el hombre ideal para conceder una donación para los Laboratorios Hitchens. Pero se hallaba rodeado por elementos excesivamente desconfiados, y esto le había impedido a Bill exponerle su programa.

He aquí lo que se proponía hacer: salvarlo del atentado contra su vida en el último momento —acto que en sí mismo ya era propio de demonios—, y luego, cuando él le preguntase: «¿Y ahora, señor Hitchens, qué puedo hacer para agradecerse?», plantearle su plan de investigaciones. No podía fallar.

Aunque de la cazoleta de su pipa no salió sonido alguno, Bill oyó resonar claramente en su cerebro las palabras: «¿Y si falla?».

Frenó bruscamente, deteniendo el automóvil en la zona azul próxima al ayuntamiento, saltó del vehículo sin molestarse siquiera en cerrar la puerta, y subió por la escalinata de mármol con tal rapidez y decisión, que llevado por su propio impulso continuó subiendo tres pisos y atravesando cuatro series de oficinas antes de que alguien tuviese el valor de detenerlo y preguntarle adonde iba.

El hombre que tuvo este valor fue un corpulento policía de paisano, de cuello de toro, cuyo corpachón hizo pensar a Bill que su tamaño respecto a Snulbug era relativo.

—¿Qué pasa? ¿Dónde es el incendio?

—No es un incendio, sino un asesinato —repuso Bill—. Pero creo que aún podremos impedirlo.

Esta respuesta no se la esperaba el del cuello de toro. Su desconcierto permitió a Bill que lo empujase hacia la puerta sobre la que se leía: «Alcalde-Particular». Pero aunque el cerebro de aquel gorila debía de funcionar con lentitud, sus músculos

compensaron el retraso. Cuando Bill empujó la puerta, una manaza lo agarró por el cogote y lo sacudió, tirándolo después cuan largo era.

Bill salió a rastras de debajo de una mesa, esquivó la izquierda del guardaespaldas, llegó hasta la puerta, volvió a volar por los aires, salió nuevamente de debajo de la mesa, esquivó un derechazo, regresó a la puerta, voló en posición invertida y descendió ágilmente de la araña, donde había quedado colgado.

El hombretón se apostó frente a la puerta, asentándose sólidamente sobre sus piernas separadas, y desenfundó una pistola automática.

—Aquí tú no entras —dijo, para que no quedase lugar a dudas.

Bill escupió por el hueco de una muela, se secó la sangre de la nariz, recogió los fragmentos de su pipa destrozada y dijo:

—Oiga. Ahora son las doce y treinta. A las doce y treinta y dos, un jorobado pelirrojo se asomará por ese balcón del otro lado de la calle y apuntará con un rifle provisto de mira telescópica a la ventana abierta del despacho del alcalde. A las doce y treinta y tres minutos, éste caerá muerto sobre su mesa..., a menos que usted me ayude a apartarlo del campo de tiro.

—¿Ah, sí? —rugió el corpulento policía—. ¿Y eso quién lo dice?

—Lo dice aquí. Mire. En el periódico.

El policía lanzó un resoplido.

—¿Cómo puede decir un periódico algo que todavía no ha ocurrido? Estás loco, amigo, si es que no eres algo peor. Ahora vete. Largo de aquí, tú y tu periódico.

—¡Mire! —gritó—. Si no quiere creerme, mire por esa ventana. ¿No lo ve, en aquel balcón? ¿Al jorobado pelirrojo? Tal como le dije. ¡Pronto! Tenemos que...

El policía miró a pesar suyo. Vio al pelirrojo atisbando la ventana del despacho. Vio también brillar el cañón del rifle en manos del pelirrojo.

—Amigo —dijo a Bill—, luego me ocuparé de ti.

El jorobado se estaba echando el rifle a la cara cuando la automática del policía disparó y Bill frenó bruscamente, deteniendo su automóvil en la zona azul, saltó del vehículo, y atravesó cuatro series de oficinas antes de que nadie tuviese el valor de detenerlo.

El hombre que tuvo este valor fue un corpulento policía de paisano, de cuello de toro, quien preguntó:

—¿Dónde es el incendio?

—No es un incendio, sino un asesinato —dijo Bill, aprovechando la confusión del policía para plantarse ante la puerta sobre la que se leía: «Alcalde-Particular». Pero cuando Bill empujó la puerta, una manaza lo agarró por el cogote y lo sacudió como a un gato, tirándolo después cuan largo era.

Cuando Bill se descolgó de la araña después de su tercer intento, el hombretón se apostó frente a la puerta, con las piernas separadas y empuñando una pistola.

—Aquí tú no entras —dijo para que no quedase lugar a dudas.

Bill escupió por el hueco de una muela y le expuso brevemente la situación, para

terminar diciendo:

—... a las doce y treinta y tres minutos, el alcalde caerá muerto sobre su mesa..., a menos que usted me ayude a apartarlo del campo de tiro. Mire. Aquí lo dice. En el periódico.

—¿Cómo puede decirlo? Largo de aquí tú y tu periódico.

—¡Mire! —gritó—. Si no quiere creerme, mire por esa ventana. ¿No lo ve, en aquel balcón? ¿Al jorobado pelirrojo? Tal como le dije. ¡Pronto! Tenemos que...

El policía miró. Vio brillar el cañón del rifle.

—Amigo —dijo—, luego me ocuparé de ti.

El jorobado se estaba echando el rifle a la cara cuando la automática del policía disparó y Bill frenó bruscamente, deteniendo su coche en la zona azul, saltó del vehículo y atravesó cuatro series de oficinas antes de que nadie lo detuviese.

El hombre que lo hizo era un policía de paisano, de cuello de toro, quien dijo:

—¿No te parece —observó Snulbug— que ya tienes bastante con eso?

Bill asintió mentalmente, sentado al volante de su coche frente al Ayuntamiento. Su traje estaba immaculado, no tenía sangre en la nariz ni le faltaba un solo diente, y la pipa aún estaba intacta.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó, mirando a la cazoleta de su pipa.

Snulbug asomó su cabecita coronada de serpientes.

—Vuelve a encender la pipa, por favor. Me estoy quedando helado. Gracias.

—Pero ¿qué ha pasado? —insistió Bill.

—¡Ay, los hombres! —gimió Snulbug—. No tenéis juicio. Pero ¿es que no lo entiendes? Mientras ese periódico perteneció al futuro, fue una mera posibilidad. Si tú hubieses barruntado, por ejemplo, que el alcalde se hallaba en peligro, tal vez pudieras haberlo salvado. Pero cuando lo traje al presente, se convirtió en un hecho. Y un hecho es imposible alterarlo.

—Pero entonces, ¿dónde queda mi libre albedrío? ¿Así, no puedo hacer lo que me venga en gana?

—No faltaba más. Fue tu precioso libre albedrío el que trajo el periódico al presente. No puedes cambiar tu propia voluntad. Y tu albedrío sigue siendo libre. Eres libre de verte tirado a esa lámpara del techo tantas veces como quieras. Sin duda te gusta. Puedes hacer lo que te plazca, pero no hasta el punto de cambiar lo que está escrito en ese periódico. Y si te empeñas, tendrás que repetirlo una y otra vez hasta que por fin escarmientes.

—Pero eso... —Bill trató de encontrar palabras—, eso es tan malo como el... como el hado o la predestinación. Si mi alma desea una cosa...

—Los periódicos no le bastan. La teoría sobre el tiempo tampoco. ¡Ahora quiere que le hable de su alma! ¡Oh, qué gente...!

Y Snulbug, indignado, desapareció en el interior de la cazoleta.

Bill dirigió una mirada melancólica al Ayuntamiento y terminó por encogerse de hombros con resignación. Después abrió el periódico por la página deportiva y se

puso a estudiarla con atención.

Snulbug volvió a asomar la cabeza cuando se detuvieron en la enorme zona de aparcamiento.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó—. No es que me importe.

—En el hipódromo.

—¡Ah...! —gruñó Snulbug—. Ya podía habérmelo figurado. Todos sois iguales. No tenéis dos dedos de frente. Supongo que ya sabrás cuál es el caballo ganador, ¿no?

—Vaya si lo sé. *Alhazred*, en la cuarta carrera. Las apuestas por él están a veinte contra uno. Tengo quinientos dólares, el único dinero que me queda en este mundo. Los apostaré todos por *Alhazred*, y así tendremos los diez mil del ala.

Snulbug lanzó otro gruñido.

—Primero tengo que escuchar tu estúpido ensalmo, después te veo meterte en un ti vivo de acontecimientos, pero no, con eso no te basta: ahora tienes que apostar a las carreras.

—Pero esto no puede fallar, hombre. No trato de alterar el futuro; simplemente me aprovecho de él. *Alhazred* ganará esta carrera apueste o no apueste por él. Quinientos hermosos boletos de las apuestas mutuas, y ahí lo tienes: ¡los Laboratorios Hitchens! —Bill saltó ágilmente fuera del coche y echó a correr alegremente. De pronto se detuvo y preguntó a la pipa—: ¡Eh! ¿Por qué estoy tan contento?

Snulbug dejó escapar un suspiro tristísimo.

—¿Y yo qué sé? ¿Por qué está contenta la gente? ¡Tonterías!

—No, pero escúchame: ese peso pesado del Ayuntamiento me dio un palizón, y no me duele absolutamente nada.

—Naturalmente. Hablas de algo que nunca ocurrió.

—Pero yo bien que sentí los golpes.

—No lo dudo. En un futuro que nunca será. Cambiaste de idea, ¿no? Decidiste no volver allí, ¿no es cierto?

—Sí, pero eso después de recibir dos palizas.

—¡Bah! —dijo Snulbug, desdeñoso—. Todo eso es posterior.

Y volvió a retirarse al interior de la pipa.

Por el aire se esparcían los sonos de una orquesta lejana y la voz ronca del anunciador. La gente hacía cola frente a las ventanillas de las apuestas de dos dólares, y en las de cinco también había bastante concurrencia. Pero en la ventanilla de cien dólares, donde descansaban las cinco hermosas hojas de parra que servirían para fundar un laboratorio destinado a estudiar la embolia, estaba casi desierta.

Bill detuvo a un desconocido de nariz violácea.

—¿Cuál es la próxima carrera?

—La segunda, muchacho.

Estupendo, pensó Bill. Tenía tiempo más que suficiente. Y de ahora en adelante... Corrió a la ventanilla de cien dólares e introdujo por ella los cinco billetes que había retirado del banco aquella misma mañana.

—Van por *Alhazred* —dijo.

El empleado le miró sorprendido, pero recogió el dinero y se volvió para sacar los boletos.

Bill detuvo a un desconocido de nariz violácea.

—¿Cuál es la próxima carrera?

—La segunda, muchacho.

Estupendo, pensó Bill. Y después gritó:

—¡Eh!

El desconocido de nariz violácea se detuvo y preguntó:

—¿Qué te pasa, muchacho?

—Nada —gruñó Bill—. No es nada.

El desconocido pareció vacilar.

—¿No nos hemos visto antes?

—No —se apresuró a contestar Bill—. Usted iba a verme, pero no me ha visto. He cambiado de idea.

El desconocido se alejó moviendo la cabeza y murmurando hasta qué punto se podía perder la chaveta por los caballos.

Cuando Bill estuvo de nuevo en su coche, se quitó la pipa de la boca y la miró furioso.

—¡Bueno! —gritó—. ¿Qué he hecho mal esta vez? ¿Por qué he vuelto a meterme en un tiovivo? No me proponía cambiar el futuro.

Snulbug asomó la cabeza y bostezó, exhibiendo sus diminutos colmillos.

—Te lo advierto, te lo explico, vuelvo a advertírtelo, y ahora tendré que explicártelo todo otra vez desde el principio.

—Pero ¿yo, qué hice?

—¡Ahora me pregunta qué hizo! Alteraste las probabilidades, pedazo de idiota. Al apostar tanto dinero en una carrera de las apuestas mutuas, alterabas la balanza de las probabilidades. Las apuestas ya no hubieran dado unas ganancias de veinte por uno, como dice el periódico.

—Paparruchas —masculló Bill—. Y supongo que eso se aplicará a todo. Si estudio el mercado de valores de este periódico y trato de jugar a la bolsa de acuerdo con las cotizaciones de mañana...

—Pasaría lo mismo. Las cotizaciones ya serían otras si tú compras valores. Ya te lo advertí. El problema no tiene solución —dijo Snulbug—. Te has metido en un callejón sin salida.

Se lo dijo en tono casi risueño.

—¿Ah, sí? —musitó Bill—. Ahora escúchame, Snulbug. Yo creo en el Hombre. En todo el universo no hay un problema que el Hombre no pueda resolver tarde o

temprano. Y yo no soy más idiota que el promedio de mis semejantes.

—Esto es decir mucho —observó Snulbug, zumbón—. ¡Qué gente...!

—Ahora tengo una responsabilidad. No se trata ya de mis diez mil dólares: tengo que salvar el honor del Hombre. Tú afirmas que este problema es insoluble. Y yo te digo que los problemas insolubles no existen.

—Hay que ver cómo hablas.

La mente de Bill se debatía furiosamente, tratando de resolver el problema. ¿Cómo puede un hombre aprovecharse del futuro, sin alterarlo en lo más mínimo? Tenía que haber una solución para aquello, y el descubridor del diagnóstico de Hitchens para la embolia tenía que hallar la solución para aquella bagatela. Era una cuestión de amor propio.

Absorto en sus pensamientos, se sacó del bolsillo la bolsa del tabaco y vació la pipa, golpeándola en la suela de su zapato. Se escuchó un microscópico batacazo cuando Snulbug cayó sobre la alfombrilla del coche.

Bill le miró sin poder contener una sonrisa. El diablillo agitaba la cola furioso, y todas las serpientes de su cabeza se le habían puesto de punta.

—¡Esto ya es demasiado! —chilló el diablillo—. No bastan las payasadas, no bastan los insultos..., se me tiene que tirar por el suelo como a un alma en pena. Esto ya es el colmo. ¡Quiero irme ahora mismo! ¡Presento la dimisión!

Bill hizo chasquear los dedos con alegría.

—¡La dimisión! —gritó—. Ya lo tengo, Snulbugito. Todo está arreglado.

Snulbug le miró estupefacto, y poco a poco sus serpientes se fueron apaciguando.

—Es igual; también la pifiarás —dijo moviendo con expresión sibilina su cabeza cubierta de serpientes.

Bill irrumpió en los Laboratorios Choatsby, donde había estado empleado recientemente, y los atravesó como una tromba, para detenerse finalmente en la antesala del viejo R. C.

Pero si bien se puede luchar con un corpulento cancerbero, nada se puede hacer contra la eficiencia y la amabilidad de la señorita que dice:

—Voy a ver si Mister Choatsby puede recibirlo.

En ese caso, no hay más remedio que esperar.

—¿Se puede saber qué idea luminosa se te ha ocurrido esta vez? —le preguntó Snulbug, que sin duda se temía lo peor.

—R. C. está chalado —dijo Bill—. Es astrólogo, piramidólogo e israelita británico —de la rama americana reformada—, y Dios sabe qué más. Hasta... hasta cree en ti.

—Pues entonces, va más lejos que yo —comentó Snulbug—. ¡Qué pérdida de energía!

—Comprará este periódico. Pagará lo que le pida por él. Nada le gusta más que

chapucear en lo oculto. Será incapaz de resistir una sólida tajada de futuro, aderezada con delirios de fortuna y grandeza.

—Pues más valdrá que te des prisa.

—¿Por qué? Ahora no son más que las dos y media. Nos sobra tiempo. Y mientras esperamos que vuelva esa chica, ¿qué otra cosa podemos hacer?

—Por lo menos podrías calentar la cazoleta de tu pipa —dijo Snulbug.

La recepcionista regresó por fin y dijo:

—Pase. Mister Choatsby le recibirá.

Reuben Choatsby desbordaba de la enorme butaca colocada ante su mesa. Su carita, propia de un bebé, que se balanceaba sobre un enorme cuello, miró a Bill con expresión radiante.

—Ha cambiado de idea, ¿eh? —Sus palabras surgían como súbitas burbujas blandas, produciendo un borboteo como el del jarabe al caer en un vaso—. Muy bien. Le necesitamos en K-39. El laboratorio no es el mismo desde que usted se fue.

Bill buscó las palabras exactas.

—No se trata de eso, R. C. Ahora soy independiente y me va muy bien.

La carita aniñada se entristeció.

—¡Qué rostro! Se ha vuelto un competidor nuestro, ¿eh? ¿Qué quiere pues? ¿Hacerme perder el tiempo?

—Nada de eso. —Mostrando una confianza que estaba muy lejos de sentir, Bill se apoyó con ambas manos en la mesa—. R. C. —dijo, hablando lentamente para impresionarle—. ¿Qué daría usted por tener un atisbo del futuro?

Mister Choatsby profirió sonidos inarticulados antes de decir:

—¿Se burla de mí? ¡Salga de aquí en seguida! Haré que le echen... ¡Espere! ¿No era usted... quien solía leer libros raros? Una vez me trajo un libro cabalístico. —Su rostro aniñado asumió una expresión seria—. ¿De qué está hablando?

—Lo que le he dicho, R. C. ¿Qué daría usted por tener un atisbo del futuro?

Mister Choatsby le miraba, vacilante.

—¿Cómo? ¿Viajes por el tiempo? ¿Las pirámides? ¿Ha descubierto el secreto de la cámara real?

—Es mucho más sencillo que todo eso. Tengo aquí —y lo sacó del bolsillo, doblándolo de manera que sólo se viesen título y fecha— el periódico de mañana.

—Déjemelo ver.

—Un momento. No tenga prisa. Lo verá cuando hayamos hablado de las condiciones. Pero aquí está.

—Es un truco. Lo ha encargado a un impresor amigo suyo. Es un fraude. No lo creo.

—Muy bien. Nunca hubiese supuesto que usted, R. C., demostrase un escepticismo tan impropio de su inteligencia. Pero si ésta es toda la fe que posee...

Bill volvió a meterse el periódico en el bolsillo e hizo ademán de dirigirse a la puerta.

—¡Espere! —dijo Mister Choatsby, bajando la voz—. ¿Cómo lo consiguió?
¿Vendiendo su alma al diablo?

—No ha sido necesario.

—¿Pues cómo? ¿Con hechizos? ¿Ensalmos? ¿Sortilegios? Demuéstremelo.
Convéncame de que es real. Entonces hablaremos de condiciones.

Bill se acercó tranquilamente a la mesa y vació su pipa en el cenicero.

—Soy subdesarrollado. Me mandan a recados. Me llamo Snulbug. Pero todo esto
aún no es bastante... ¡Ahora tengo que prestar testimonio!

Mister Choatsby contempló arrobado al furioso diablillo que se debatía en su
cenicero. Observó con expresión reverente a Bill mientras éste tendía la pipa llena de
tabaco al diminuto ser, y la encendía. Después escuchó con temor los grititos de
deleite que lanzaba Snulbug al revolcarse entre las llamas.

—No le hago más preguntas —dijo—. ¿Cuáles son sus condiciones?

—Quince mil dólares —repuso Bill, dispuesto a rebajar.

—No pidas tanto —le advirtió Snulbug—. Y date prisa.

Pero Mister Choatsby había sacado su talonario de cheques y escribía en él
apresuradamente. Oprimió un papel secante contra el cheque y se lo tendió a Bill.

—Trato hecho. —Y se apoderó ávidamente del periódico—. Es usted un estúpido,
joven. ¡Quince mil! ¡Bah! —Lo había abierto por la página financiera—. ¿Qué son
quince mil, al lado de lo que voy a ganar hoy en el mercado de valores? Una fruslería.

—Vamos, apresúrate —le insistía Snulbug.

—Adiós, señor —dijo Bill cortésmente—, y muchas gracias...

Pero Reuben Choatsby ni siquiera le escuchaba.

—Pero ¿a qué viene tanta prisa? —preguntó Bill cuando llegó al ascensor.

—¡Qué gente! —suspiró Snulbug—. Ahora eso no importa. Lo que tienes que
hacer es irte al banco e ingresar ese cheque cuanto antes.

Así fue cómo Bill, aguijoneado incesantemente por Snulbug, se fue como una
tromba al banco, en una exhibición que podía compararse con las que había hecho en
el Ayuntamiento y en los Laboratorios Choatsby. Consiguió llegar una fracción de
segundo antes de que cerrasen, a las tres en punto.

Ingresó el cheque en su cuenta, vio cómo los ojos del cajero le saltaban de las
órbitas al leer la cifra, y se entretuvo el tiempo suficiente para disfrutar del placer
incomparable de cambiar el titular de la cuenta, poniéndola a nombre de Laboratorios
de Investigación Hitchens en vez de William Hitchens.

Después regresó al coche, donde podía hablar con su pipa en paz.

—Vamos a ver —le preguntó, mientras regresaba a su casa—. ¿Puede saberse
ahora a qué venían tantas prisas?

—Ordenará que ese cheque no se haga efectivo.

—¿Cuándo descubra lo del tiovivo, quieres decir? Pero yo no le prometí nada.
Sólo me limité a venderle el periódico de mañana. No le aseguré que le serviría para
hacer una fortuna.

—De acuerdo, pero...

—Sí, ya sé, tú me lo advertiste. Pero no veo por qué debemos preocuparnos. R. C. es un bandido, pero un bandido honrado. Dejará que se abone ese cheque.

—¿Tú crees?

El coche se había detenido ante un semáforo. Pasó un vendedor de periódicos gritando: «¡Edición extraordinaria!». Bill miró distraídamente los titulares, dio un salto en el asiento e instantáneamente tendió una moneda al muchacho y compró el periódico.

Se metió por una calle lateral, detuvo el coche y desplegó el periódico. En primera página leyó: *El alcalde asesinado*. En la página deportiva: *Alhazred da veinte por uno*. En la sección necrológica: las mismas esquelas que había leído al mediodía. Buscó la fecha: 22 de agosto. El día siguiente:

—Ya te lo advertí —le explicó Snulbug—. Ya te dije que no tengo suficiente poder para ir muy lejos en el futuro. Soy un demonio medianillo. Y ese picor de la memoria es muy molesto. Me limité a traerte un periódico con la fecha de mañana. Y hay que ser muy estúpido para no saber que los diarios del martes salen el lunes por la tarde.

Bill quedó momentáneamente aturdido. Su periódico mágico, su periódico que valía quince mil dólares, estaba siendo pregonado por los vendedores en todas las esquinas. ¡Naturalmente que R. C. hubiera dado orden de no pagar! Y entonces vio el otro aspecto de la cuestión. Le hizo tanta gracia, que empezó a reír sin poder contenerse.

—¡Cuidado! —chilló Snulbug—. ¡Me tirarás de la pipa! Pero ¿qué te pasa, hombre? ¿De qué te ríes?

Bill se secó las lágrimas de los ojos.

—Yo tenía razón. ¿Te das cuenta, Snulbug? El Hombre es invencible. Aunque mi magia era de tres al cuarto y lo único que pude invocar fue a un mequetrefe como tú, y tú me diste gato por liebre y después yo me vi metido en el tiovivo del tiempo tratando de aprovecharlo, a pesar de todo, fíjate en el resultado. Sí, tú tenías razón; esa magia no podía surtir ningún efecto. Pero sin ella, apelando únicamente a la psicología humana, jugando con las debilidades de un hombre, he conseguido que un viejo buitre de voz untuosa subvencione la investigación que él mismo había vetado y haga más bien a la humanidad que todo cuanto haya hecho y pueda hacer en el resto de su vida. Yo tenía razón, Snulbug. El Hombre es invencible.

Las serpientes de Snulbug se debatían, formando desdeñosos nudos.

—¡Bah, los hombres! —rezongó—. Ya te darás cuenta.

Y movió la cabeza con triste satisfacción.

Más allá, S. A.

Lester del Rey (1915-1993)^[29]

Unknown, diciembre

Aunque generalmente se le considera un destacado escritor de ciencia ficción, Lester del Rey se encuentra igualmente a gusto en el campo de la fantasía. Publicó cierta cantidad de importantes relatos de fantasía en Unknown durante la excesivamente corta vida de esa revista, incluyendo «The Pipes of Pan» (mayo 1940), «Forsaking All Others» (agosto 1939), «Anything»^[30] (octubre 1939), «Doubled in Brass»^[31] (enero 1940) y el maravilloso «The Coppersmith»^[32] (septiembre 1939). Una novela fantástica destacada es Day of the Giants (1959). Además, dirigió la revista Fantasy Fiction durante su breve existencia a principios de los años cincuenta, y en la actualidad dirige el programa de fantasía en Del Rey Books.

«Más allá, S. A.» es un relato notable, uno de los mejores relatos fantásticos en los que se examina la posible naturaleza del cielo de un hombre (¿o es el infierno?).

(Lester y yo somos amigos desde hace cuarenta años, lo que no tiene nada de sorprendente en su caso, puesto que él es un anciano, pero no acabo de ver cómo ha podido suceder conmigo.

Cuando le conocí, pesaba unos cuarenta kilos y pensaba que si podía escribir relatos de fantasía tan convincentes era porque tenía algo de duende.

Ahora, pese a su barba gris, no ha perdido nada de su fluidez, de su alegría, ninguna de sus características de sabelotodo —que sería insoportable si no fuera porque lo sabe todo—. Sin embargo, ya no es un duende. Para aquellos que hayan leído El Señor de los Anillos, tengo la teoría personal de que es Gándalf. I. A.)

Phineas Theophilus Potts, que habría sido el último en admitir y el primero en creer que era un hombre de bien, se revolvió en la cama y extendió airado un brazo huesudo. Aquella mañana, el persistente tintineo del despertador era un cáncer inusitadamente doloroso para su alma. Entonces su mente consciente se hizo cargo y bajó el brazo sobre el botón con firmeza y precisión, pero sin malhumor. ¿Nunca aprendería a controlar estos estallidos de furia? En este mundo uno tenía que soportar todos los problemas sin ninguna queja, no rebelarse contra ellos; de otro modo... Pero era demasiado temprano para pensar en eso.

Se levantó de la cama y se dedicó al ritual de recordar los pecados de ayer, asegurándose de que todos habían sido redimidos y borrados la noche anterior. Fue entonces cuando sintió el primer *shock*; no podía recordar nada del día anterior. Malo, muy malo. Bien, sin duda era otra trampa de las fuerzas conspiradas para asegurarse el alma de Potts. *Tch, tch*. Terrible, pero podría sortear esa trampa.

Su hábito de confesión no escondía nada: las palabras salían cuidadosamente una tras otra de su boca con pleno conocimiento y bastante vergüenza, hasta que llegó a las frases finales.

—Por los muchos pecados que he cometido y por este pecado aún mayor que ahora me aflige, perdóname y guíame para que no vuelva a pecar, pero presérvame en el bien durante todos los días de mi vida. Amén.

Tras haber evitado de esta forma el abismo y haberse salvado de nuevo de la combustión eterna, se felicitó y comenzó a buscar su ropa y su traje negro barato. Entonces se permitió desayunar tostadas secas y mantequilla sazonadas de autoindulgencia, y estuvo dispuesto para enfrentarse al mundo de tentación que le rodeaba.

El teléfono sonó y le asustó. Lo cogió impacientemente antes de que volviese a sonar; se dirigió al auricular, contrito.

—Phineas Potts al habla.

Era la voz de animal del señor Sloane la que ladraba en el receptor.

—Hola, Phin, me han dicho que está dispuesto a venir hoy al trabajo. Hay mucho que hacer y podemos utilizarle. ¿Qué le parece?

—Desde luego, señor Sloane. No soy de los que rehúyen su deber. —Potts no podía ver ninguna razón para tal llamada; no había faltado un solo día en doce años —. Ya sabe...

—Claro, claro. Perfecto. Sólo quería advertirle que nos hemos trasladado. Verá la placa con el nombre justo al otro lado de la calle cuando salga. Es un lugar magnífico también. ¿Cree que podrá conseguirlo?

—Estaré ahí dentro de diez minutos, señor Sloane —le aseguró Phineas, y recordó a tiempo que tenía que colgar sin mostrar enfado.

¡*Tch*, pobre Sloane!, revolviéndose en el pecado e ignorante de la condena que le esperaba. La última vez que Phineas había reprendido a su patrón (suavemente, eso sí), ¡Sloane se había reído de él! Cielos. Bueno, no había duda de que había incurrido

en gracia al intentar salvar a aquella pobre alma perdida, aunque sus esfuerzos parecieran inútiles. Por supuesto, era peligroso relacionarse con ese tipo de gente, pero sin duda sus sacrificios serían tomados en cuenta.

Cuando salió de su habitación notó que había un nuevo ascensorista. Arrugó la nariz significativamente ante el humo del cigarrillo del muchacho; el muchacho hizo una mueca, pero no lo tiró.

—Vale, tío —gruñó mientras las puertas se cerraban, haciendo rechinar los nervios de Phineas—. No me gusta más que a ti, pero aquí estamos.

¡Tío! Phineas miró al chico que estaba de espaldas a él y se encogió de hombros. Ya hablaría más tarde sobre esto con la señora Biddle.

Reprimiendo sus sentimientos con cierto esfuerzo, atravesó el recibidor, sin apenas advertir nada, y salió a la calle. Entonces se detuvo. Aquello fue lo segundo que le sobresaltó. Tragó saliva dos veces, y abrió los ojos y los alzó por primera vez en semanas, y volvió a mirar. Todo había cambiado. Donde debería haber una callejuela lateral, cerca de los apartamentos, vio un amplio paseo, lleno de gente y resplandeciente bajo la brillante luz del sol. Enfrente, las feas tiendas habían sido reemplazadas por brillantes y nuevos edificios de oficinas, y los raíles elevados habían desaparecido por completo. Dio media vuelta lentamente, apoyándose en el paraguas para no perder el equilibrio mientras observaba el hotel; seguía siendo un hotel, pero no el suyo. Definitivamente no era el suyo. El recibidor tampoco era el mismo. Giró, sorprendido y atónito.

La muchacha de los ojos risueños que se encontraba tras el mostrador le sonrió. Desde luego no era la encargada. Ni la señora Biddle, que acudía a su misma iglesia, habría contratado a una mujer así; para empezar, sus labios y sus uñas estaban pintados de un brillante tono escarlata. Prefirió no seguir mirando.

La descarada muchacha le sonrió de nuevo, como si le glorificara en obvia idolatría.

—¿Ha olvidado algo, señor Potts?

—Yo..., eh..., no. Es decir..., ¿sabe usted quién soy?

Ella asintió alegremente.

—Desde luego, señor Potts. Se trasladó usted ayer. Habitación 408. ¿Le parece todo satisfactorio?

Phineas asintió a medias, tragó saliva y se marchó de nuevo. ¿Trasladarse? No podía recordarlo. ¿Por qué iba a dejar a la señora Biddle? Y el 408 era el número de su antigua habitación; la habitación era idéntica a aquella en la que había vivido, incluso la grieta gris sobre el papel pintado, que tanto había molestado sus ojos durante años. Algo funcionaba mal..., primero la falta de memoria, luego la extraña llamada de Sloane, y ahora esto. Se sintió demasiado trastornado como para darse cuenta de que esto era probablemente otra tentación dispuesta ante él.

Mecánicamente, Phineas buscó la placa con el nombre de Sloane en uno de los nuevos edificios y cruzó la calle.

—Buenos días, señor Potts —le dijo el ascensorista, y Phineas dio un respingo. Tampoco había visto antes a esta persona—. Cuarta planta, señor Potts. La oficina del señor Sloane está sólo dos puertas más abajo.

Phineas siguió la dirección automáticamente; encontró la puerta marcada G. R. SLOANE. ARQUITECTO, y entró en una amplia habitación llena del ruido casi insoportable de las máquinas de escribir y las calculadoras, el murmullo de las voces y el continuo traqueteo de una máquina que escribía sobres. Pero esta mañana, la familiaridad del sonido parecía un refugio para su desolación, hasta que volvió a mirar. No sólo se había mudado Sloane, sino que también se había ampliado y cambiado la mayor parte de sus empleados. Sólo quedaba el viejo Callahan, y Callahan... Que extraño, estaba seguro de que Callahan se había jubilado o algo parecido el año pasado. Oh, bueno, aquella era la menor de sus preocupaciones.

Callahan pareció advertir que le miraba, pues se puso en pie y le dio una palmada en la espalda que casi le hizo escupir la dentadura postiza.

—¡Phin Potts, viejo carcamal! ¡Bienvenido!

Volvió a darle otra palmada y Potts tosió, intentando alcanzar su puesto y apartarse de allí.

No sólo Callahan tenía que ser un ateo (y uno que siempre daba argumentos), sino que tenía que ser indulgente en este grosero juegucito. ¿Por qué no se había quedado jubilado?

—¿El señor Sloane? —consiguió preguntar.

Fue el propio Sloane quien contestó. Su cara arrugada escupió una sonrisa.

—Hola, Phin. Déjenos solos, Callahan. Otro golpe como ése y tendré que contratar a un nuevo dibujante. Vamos, Phin, hay un montón de trabajo que tiene que hacer ahora que se ha recuperado de su pequeña enfermedad.

Le condujo por entre un puñado de mesas donde unas tunantas pintarrajeadas escribían a máquina, le hizo recorrer un pasillo y le llevó a la sala de dibujos, intercambiando con los otros ciertas palabras que hicieron parpadear a Phineas. Realmente, su lenguaje era cada día más zafio.

—Señor Sloane, ¿quiere por favor...?

—... No usar un lenguaje así —completó Sloane, y sonrió—. Phin, no puedo evitarlo. Me siento demasiado bien. El negocio va viento en popa y tengo al mundo en mis manos. ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien, gracias. —Phineas bajó la vista y recogió el hilo de la conversación pasada que le había estado molestando—. ¿Dijo usted algo sobre... enfermedad?

—No piense en ello. Después de trabajar doce años para mí, no voy a reducirle el sueldo por una simple ausencia de un mes. Es una lástima que no estuviera usted aquí cuando más le necesitaba, pero son cosas que pasan, así que vamos a olvidarlo, ¿eh? —Ignoró los intentos del otro por preguntar y fue directamente al grano—. Tenga, será mejor que empecemos por esto. Se dará usted cuenta de que hay algunos cambios, pero estamos acostumbrados a eso; algo como el Oswego que construimos

en el 37. Lo único que le dará problemas es el nuevo hacer que fabrican ahora, pero puede seguir las especificaciones al respecto.

Phineas cogió las especificaciones, les echó un vistazo y parpadeó. Esto no funcionaría nunca; por mucho que repudiara el trabajo, era un dibujante excelente, y entendía bastante de diseño estructural para saber que esto nunca saldría bien.

—Pero vigas de dos pulgadas aquí...

—Está bien, Phin. La fuerza estructural es unas doce veces superior a lo que usted estaba acostumbrado. También hace posible algunos diseños realmente bonitos. Las cosas han cambiado un poco desde que ha estado delirando. Pero ahora tengo muchísima prisa. Le veré luego. —Salió por la puerta, volvió la cabeza y alzó una ceja—. ¿En el almuerzo? Apuesto que necesitaré a alguien que le muestre las instalaciones.

—Como usted guste, señor Sloane —accedió Phineas—. Pero ¿le importaría...?

—No jurar. Claro, de acuerdo. Y nada de discusiones religiosas esta vez; si estoy condenado, me gusta.

Entonces se marchó, dejando a Phineas solo. No podía trabajar con la distracción de los otros, y siempre tenía una habitación para él solo.

¿Así que había estado enfermo, incluso había delirado? Bien, eso podía explicar las cosas. Phineas había oído que esas cosas a veces producían un hiato en la memoria, y era mejor explicación que nada. Con cierto alivio, lo apartó de su mente, recordando sólo que tenía que confesar lo pecador que había sido al perder su confianza en la guía divina esta mañana, sacudió la cabeza quejumbroso y empezó a trabajar con resignación. Ya que se le había ordenado que se ganara la vida dibujando, dibujaría, sin quejas, y no cometería ninguna falta.

Entonces la pluma empezó a rascar. La limpió y la ajustó, sin encontrar nada raro, pero ésta siguió haciendo ruiditos en el papel, poniéndole los nervios de punta. Si Phineas hubiera creído en la evolución, habría dicho que el pelo que sus antepasados habían llevado estaba intentando volver. Pero no tenía sentido entretenerse con aquellas ideas herejes. Bien, no era de los que se quejan. Apretó los dientes y buscó en su interior paz y paciencia.

Entonces, fuera, la máquina de escribir direcciones empezó a sonar de nuevo, y tuvo que esforzarse para no estropear las líneas mientras su cuerpo empezaba a temblar. Sé paciente, todas estas pruebas serán recompensadas. Finalmente, se dedicó a la única distracción que conocía, la contemplación del destino de los herejes y pecadores. Por supuesto, lamentaba que ardieran eternamente en el infierno y pidieran agua, cosa que nunca conseguirían... Sentía mucha lástima por aquellas pobres criaturas engañadas, como debería sentir cualquier hombre de bien. Sin embargo, se les había dado su oportunidad y no habían hecho buen uso de ella, así que era justo. Imaginando morbosamente el infierno de sus antepasados puritanos

(algo muy real para él), casi no se dio cuenta del dolor que sus zapatos baratos le producían en los dedos de los pies.

Callahan canturreaba en la oficina, y Phineas pudo reconocer la tonada. Una vez ese ateo había aparecido completamente borracho, y antes de que le enviaran a casa, acorraló a Phineas y se la cantó enterita. Ahora, no sólo la tonada, sino que también la letra de la tonada insistían en hacer sufrir la mente del hombrecillo, y por mucho que lo intentaba, no podía olvidarlas. La oración no sirvió de nada. Entonces sumó a Callahan al grupo de los pecadores torturados, y eso le relajó.

—¿Lápices, cordones de zapatos, plumas?

Estas palabras, que sonaron a sus espaldas, le sorprendieron, y recuperó su equilibrio en la banqueta con dificultad. Justo en la puerta había un jorobado cojo con un puñado de artículos baratos.

—¿Lápices? —repitió—. Sólo diez centavos. ¿No ayudará a un pobre lisiado?

Pero la sonrisa que tenía en la cara contradecía sus palabras.

—No, no quiero lápices. —Phineas se echó a temblar mientras el tipo se acercaba a una ventana y escupía el tabaco que estaba mascando—. ¿Por qué no va a una casa de beneficencia? Además, no permitimos mendigos aquí.

—No hay ninguna —contestó el tío con una alegría ambigua, mordiendo un nuevo bocado de tabaco.

—Entonces tenga fe en el Señor y Él proveerá.

Naturalmente, el hombre había sido destinado a sufrir durante todos los días de su vida en esta esfera mortal, y a través del sufrimiento debía conseguir la salvación. No tenía intención de impedir que este pecador perdiera su única oportunidad de ser salvado manteniéndole en el pecado.

El mendigo asintió y se llevó la mano a la gorra.

—Usted es uno de éstos, ¿eh? Lástima. Bien, mantenga la cabeza alta; tal vez será mejor más tarde.

Entonces salió por la puerta, silbando, dejando a Phineas confundido con aquellas palabras y enfrascado en un trabajo que le estaba saliendo mal.

Potts se frotó los juanetes suavemente y luego desistió, dándose cuenta de que el dolor era sólo una prueba y que debía soportarlo mansamente. La pluma aún rascaba, la máquina de los sobres tronaba, y una abeja había conseguido entrar de alguna manera y zumbaba a su alrededor. Era una abeja grande y activa.

Phineas se encorvó y se puso a trabajar, sudando un poco mientras la abeja revoloteaba sobre su tablero de dibujo. Luego, por fortuna, acabó marchándose volando, y durante unos pocos minutos no pudo oírla. Cuando comenzó de nuevo, estaba detrás de él. Empezó a girar la cabeza, luego decidió no hacerlo; la abeja podría tomar el movimiento como un acto de agresión, y declararle la guerra. Sus manos estaban húmedas y rígidas en torno a la pluma, y sus dedos le dolían de agarrarla con demasiada fuerza, pero de alguna manera se obligó a seguir trabajando.

La abeja, evidentemente, no tenía ninguna prisa por irse. Revoloteó alrededor de

su nariz, zumbando, haciéndole retroceder y verter una mancha de tinta en los planos, y luego se puso a dar vueltas alrededor de su cabeza y se posó sobre su calva. Phineas contuvo la respiración y la abeja se quedó quieta. Diez, veinte, treinta segundos. Exhaló el aliento de repente con un soplido. El insecto emitió un leve zumbido, decidiendo evidentemente que el sonido era inofensivo, y empezó a caminar por su frente hacia su nariz. La abeja le hizo cosquillas.

—No, no —susurró Phineas desesperadamente—. ¡N-AYYY-YOOOO!

Se agarró la nariz y dio un salto, golpeándose las piernas contra la mesa y derramando más tinta sobre los planos.

—¡Maldito, oh, mal...!

Era increíble; ¡no podía ser cierto! ¡Su propia boca le había traicionado! Con dedos temblorosos y torpes, soltó la pluma e inclinó la cabeza, pero ningún sentimiento de gracia apareció. Recordaba demasiado bien que incluso el menor pecado merece la justa condena. Ahora estaba sudando de veras, y las visiones del tormento eterno regresaron; pero esta vez él estaba en el lugar de Callahan, y por mucho que lo intentara no podía evitarlo. ¡Estaba condenado!

Callahan le encontró en esa postura un minuto más tarde, y su risa burda y burlona lastimó el alma herida de Phineas.

—Vaya, aquí tenemos un ángel como yo —dejó caer unos papeles sobre la mesa y le dio otro golpe en la espalda—. ¿Has terminado las primeras hojas, Phin?

Tristemente, Phineas meneó la cabeza, mirando al reloj. Tendrían que haber estado terminadas hacía una hora. Otro pecado más sobre sus espaldas, sin esperanza de redención, y precisamente Callahan, de todas las personas, le había sorprendido sin trabajar. Pero el viejo irlandés no parecía contento por aquello.

—Vamos, no lo tomes tan a pecho, Phin. Nadie espera que trabajes como un mulo cuando has estado enfermo. El señor Sloane quiere que vayas a almorzar con él ahora.

—Uh..., yo...

Las palabras no le salían de la boca.

Callahan volvió a darle un manotazo en la espalda, esta vez con suavidad, por lo que sólo le lastimó dos costillas.

—Venga, ve. Lo que queda es asunto de principiantes y lo terminaré cuando estés comiendo. Iré adelantando el trabajo, de todas formas no tengo nada que hacer. Ve.

Prácticamente levantó al hombrecillo del banco y lo empujó hacia la puerta.

—Sloane está esperando. ¡Demonios!, me alegro de hacerlo. Me siento tan bien que nada me es suficiente.

Sloane estaba flirteando con una de las mecanógrafas cuando Phineas le localizó, pero pospuso aquel asunto con un guiño y se dirigió hacia su sombrero.

—¿Cansado, Phin? Tiene mal aspecto. Tiene la nariz roja. Bien, un buen almuerzo arreglará lo primero, al menos. Tenemos la comida más cojonuda que haya comido usted nunca, y justo a la vuelta de la esquina.

—Sí, señor Sloane, pero ¿quiere...? ¡Oh!

No podía pedir eso ahora. Él mismo era un pecador, entregado a un lenguaje violento. Sombríamente, siguió al otro hombre a la salida y llegó al restaurante de la esquina. Entonces, mientras tomaba asiento, se dio cuenta de que no podía comer; la primera de sus penitencias sería dejar de almorzar.

—Yo... ¡oh!... no tengo mucha hambre, señor Sloane. Creo que sólo tomaré una taza de té.

El olor de la comida en el limpio restaurante le provocaba retortijones en el estómago que hacían su penitencia mucho más meritosa.

Pero Sloane estaba pidiendo para dos.

—Lo mismo que de costumbre, preciosa, y trae lo mismo para mi amigo —se volvió hacia Phineas—. El problema con usted, Phin, es que no come suficiente. Espere a probar el jamón que sirven aquí... ¡Y los postres! A partir de ahora mismo, va a comer aunque tenga que meterle la cuchara en la boca. ¡Ah!

El servicio era rápido, y los platos empezaron a aparecer ante los ojos del hombrecillo. Pudo sentir que la boca se le hacía agua, y tuvo que tragar saliva para protestar. Pero la expresión de los ojos de Sloane le hizo desistir. Bien, podría ayunar por la mañana y por la noche. Asintió en silencio, deseando que su cobarde apetito no insistiera en sacar demasiado placer de la comida.

—Bien —la voz de Sloane rompió la de su consciencia de nuevo—, después de esto, tiene que prometerme que comerá tres veces al día o iré y le daré de comer yo mismo. ¿Me oye?

—Sí, señor Sloane, pero...

—Bien. Lo tomo como una promesa.

Phineas tembló. No había sido ésa su intención; no podía hacer esa promesa.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Allá abajo suponía que tenía usted el mismo derecho que yo de tener razón, y no abrí la boca sobre el tema. Pero aquí arriba se acabó. No hay razón por la que no pueda disfrutar de la vida ahora.

Aquello era demasiado.

—La vida —dijo Phineas, cogiendo el cuchillo y preparándose para pasar al asalto—, tiene por finalidad prepararnos para la vida que vendrá, no para que la malgastemos en placeres desenfrenados. Es mucho mejor sufrir unos cuantos años y resistir las tentaciones que estar luego condenado eternamente a la perdición. ¿Quiere sacrificar el cielo por unas simples debilidades mundanas que no tienen trascendencia y no significan nada?

—Alto, Phin. No me parece que me haya sacrificado mucho para llegar hasta aquí.

Observó la mirada sorprendida de Phineas.

—No me diga que no se ha dado cuenta de dónde está. Me dijeron que le iban a mandar a un muchacho con el mensaje; bueno, supongo que se les pasó. ¡Está usted muerto, Phin! ¡Esto es el cielo! ¡No hablamos mucho sobre el tema, pero es así!

—¡No!

El mundo daba vueltas bajo el asiento de Phineas. Miró a Sloane sin comprender, sin encontrar en la cara del hombre la más mínima señal de burla. Y estaba el agujero en el recuerdo de sus pecados, y los cambios... ¡y Callahan! Claro, Callahan había muerto y lo habían enterrado un año antes; y aquí estaba, con aspecto de ser diez años más joven, y tan sano como siempre. Pero todo era una ilusión; por supuesto, todo era una ilusión. Callahan no podía estar en el cielo.

—No, no puede ser.

—Pero lo es, Phin. ¿Recuerda? Yo iba de camino a su casa para encargarle un trabajo extra, y le grité cuando salía de allí. Entonces empezó a cruzar la calle, le grité de nuevo... ¿Recuerda ahora?

Un chirrido de neumáticos, Sloane corriendo frenéticamente hacia él y luego... ¡nada!

—¿Entonces me atropelló? Y esto es...

—Oh-oh. Parece que a mí tuvieron que recogerme con una escoba, pero usted tardó un mes en morir. —Sloane se concentró en la tarta, se metió un bocado en la boca y dijo sonriendo—: Y esto es el Más Allá. Y se está bastante bien, aunque nadie salga a recibirlo en la puerta para decir «Bienvenido al cielo».

Phineas se agarró a un clavo ardiendo.

—No le dijeron que esto es el cielo, ¿verdad? Oh.

Eso lo explicaba todo. Por supuesto, tendría que haberlo imaginado. Esto no era el cielo, después de todo; no podía serlo. Y aunque difería de sus concepciones, podía ser ciertamente el otro lugar; ¡aquella abeja! *Tch*, era lógico que Callahan y Sloane disfrutaran con la perdición, ya que eran pecadores sin guía, que se ufanaban de su falta de santidad.

El mundo se enderezó lentamente, y Phineas Potts recuperó su estado normal. Claro, estaba acostumbrado a un mundo feo, pero ¿qué podía esperarse de él en este vil lugar? Nunca se apoderarían de él bajo las presentes circunstancias. Bajó los ojos agradecido, sin prestar atención a las enfermizas observaciones de Sloane. Si pudiera encontrar a las autoridades de este lugar y hacer que solucionaran este error, todo podía arreglarse para bien. Siempre había hecho todo lo posible por ser bueno. Tal vez algún ligero retraso, pero no por mucho tiempo; y luego... ¡Adiós Callahan, adiós Sloane, nada de dibujos, nada de abejas o ruidos molestos!

Se recuperó y miró a Sloane, con tristeza, pero justamente condenado a este extraño infierno.

—Señor Sloane —pidió firmemente—, ¿hay algún lugar donde pueda encontrar... esto... a las autoridades para... mmm...?

—¿Quiere decir que quiere presentar una queja? Claro, hay un gran edificio

blanco unas seis calles más abajo. La oficina de Ajustes y Arreglos. —Sloane le estudió pensativo—. Puede protestar si hay algo que no le haya gustado. Mire, Phin, a veces cometen errores, por supuesto, pero si han cometido algún fallo con usted, iremos y lo arreglaremos.

Phineas sacudió la cabeza rápidamente. La actitud adecuada, sin duda, era dejar que Sloane no supiera la verdad durante el máximo tiempo posible, y eso significaba que tendría que ir solo.

—Gracias, señor Sloane, pero iré solo, si no le importa. Y... esto... si no vuelvo...

—Claro, tómese toda la tarde libre. Eh, espere, ¿no va a terminar el almuerzo?

Pero Phineas Potts se había marchado ya. Sus piernecitas le habían llevado al iluminado exterior y hacia el enorme edificio blanco que debía ser su destino. El destino del alma de un hombre no era algo para tomarse a broma. Se colocó el paraguas bajo el brazo para evitar el contacto con las hordas de los condenados, temblando ante la idea de mezclarse con ellos. Sin embargo, indudablemente esta tortura sería añadida a la lista de otras, y su recompensa sería mucho más grande. Entonces llegó a la oficina de administración, Arreglos y Ajustes.

Había otra Jezabel pintada ante la mesa marcada INFORMACIÓN, y se dirigió hacia allí, calmando sus pensamientos a tiempo para evitar otro desgraciado estallido de excitación. ¡Ella le sonrió e incluso le hizo un guiño!

—El señor Potts, ¿no? Siento tanto que se marchara antes de que llegara nuestro mensajero... Pero si hay algo que podamos hacer ahora.

—Lo hay —dijo él firmemente, aunque sin demasiada rudeza. Después de todo, ella ya tenía suficiente castigo sin su furia—. Desearía ver a alguien con autoridad. Tengo una queja que hacer. Una queja de la mayor importancia.

—Oh, es una lástima, señor Potts. Pero si habla con el señor Alexander, la tercera puerta al fondo del pasillo, estoy segura de que él podrá arreglarlo.

No esperó más y se dirigió apresuradamente hacia el lugar donde ella señalaba. Al aproximarse, la tercera puerta se abrió y un hombre de aspecto digno, vestido con un traje gris le salió al paso. El hombre le tendió la mano instantáneamente.

—Soy el señor Alexander. Entre, ¿quiere? Katy dijo que tiene usted una queja. Siéntese aquí, señor Potts. Bien, ahora, si me habla del tema que le preocupa, estoy seguro de que podremos solucionarlo.

Phineas se lo contó... en detalle.

—Y por eso —concluyó firmemente— creo que se me ha hecho una grave injusticia, señor Alexander. Estoy seguro de que mi destino tendría que haber sido el otro lugar.

—¿El otro lugar?

Alexander parecía sorprendido.

—Exactamente. El cielo, para ser más preciso.

Alexander asintió, pensativo.

—Ya veo, señor Potts. Pero me temo que ha habido un pequeño malentendido. Verá..., esto... es el cielo. Sin embargo, puedo ver que no me cree todavía, así que hemos cometido un error al colocarle adecuadamente. Queremos realmente que la gente sea feliz aquí. Por tanto, si me dice qué está mal, haremos lo que podamos para rectificarlo.

—Oh —consideró Phineas.

Esto podía ser un truco, naturalmente, pero no habría nada malo si podían hacerle feliz aquí, darle su debida recompensa por los años llenos de resistencia a la tentación y noble sufrimiento en humildad y paciencia. Se le ocurrió que, posiblemente, había diversos grados de beatitud, e incluso criaturas como Callahan y su ralea tenían garantizados los menores, aunque aquello no parecía justo. Pero desde luego su nivel no era el de Callahan.

—Muy bien —decidió—. Para empezar, me encuentro viviendo en esa habitación con la grieta gris en la pared que he aborrecido durante años, señor; y el despertador y el teléfono y...

Alexander sonrió.

—Cada cosa a su tiempo, por favor. Empecemos por la habitación. La verdad es que pensaba que habíamos hecho un trabajo magnífico con ella. ¿No es exactamente como su habitación en el nivel de vida anterior? Ah, veo que sí. ¿Y no escogió y amuebló esa habitación usted mismo?

—Sí, pero...

—Ah, entonces teníamos razón. Naturalmente, señor Potts, asumimos que ya que era de su propia creación, era la que mejor le iría. Y además, necesita usted el despertador y el teléfono para despertarle a tiempo y mantenerle en contacto con su trabajo, ya sabe.

—¡Pero odio dibujar!

Phineas miró a este demonio que intentaba atraparle, esperando que adquiriera su forma auténtica. No lo hizo. En cambio, la cosa que era el señor Alexander sacudió lentamente la cabeza y suspiró.

—Eso sí que es una lástima; y nosotros que estábamos tan contentos pensando que incluso podríamos darle el mismo patrón que antes. La verdad es que pensábamos que se sentiría más feliz con él que con un extraño. Sin embargo, si no le gusta, creo que podríamos cambiarlo. ¿Qué otro tipo de trabajo le gustaría?

Tal vez había juzgado mal a Alexander. Trabajar era algo que no había esperado, pero... sí, no estaría mal si lo podía arreglar así.

—Una vez sentí *la llamada* —sugirió.

—¿Quiere decir al sacerdocio? Eso sí que está bien. Nunca hay demasiados, señor Potts. Hombres maravillosos que hacen un trabajo magnífico aquí. Completan enormemente la felicidad de nuestro cielo, ya sabe. Déjeme ver, ¿qué experiencia ha tenido?

Dirigió a Potts una sonrisa, que lo amansó; luego se dirigió a la estantería y

seleccionó un grueso volumen y lo consultó. Lentamente, la sonrisa desapareció y en su lugar apareció la preocupación.

—Ah, sí, Phineas Teophilus Potts. Sí, entró en el seminario en 1903. Fue despedido después de dos años de estudio, debido a la sensación de que podría no estar capacitado para el trabajo y porque era un poco demasiado faná... ¡ejem!, demasiado celoso en sus críticas hacia los demás. Luego pasó a la tienda de su tío y empezó a dibujar, lo que se convirtió después en el trabajo de su vida. La verdad, es una lástima. —Alexander se volvió hacia Phineas—. Entonces, señor Potts, ¿debo entender que nunca ha tenido ninguna experiencia real con este tipo de trabajo?

Phineas se retorció.

—No, pero...

—Lástima —suspiró Alexander—. La verdad es que me gustaría que las cosas fuesen según sus deseos, pero después de todo, ya que no tiene ninguna experiencia... me temo que no podrá ser. No nos gusta precipitarnos en nuestro juicio: Si nos describe exactamente la vida que quiere... No hace falta que la describa realmente. Bastará con que lo piense. Tal vez podamos ajustar las cosas. Concéntrese ahora.

Phineas lo intentó sin mucha esperanza. La voz de Alexander le urgía.

—Un poco más. No, eso es sólo una imagen negativa de lo que no le gustaría hacer. Ah... Hmmm, no. Pensé por un momento que tenía algo, pero ha desaparecido. Creo que está intentando visualizar abstracciones, señor Potts, y ya sabe que eso no puede ser; recibo algo muy vago, pero no tiene sentido. ¡Así! Eso está mejor.

Pareció escuchar unos cuantos segundos más, y Phineas se convenció entonces de que todo era un truco; dejó de intentarlo. ¿Qué sentido tenía? Vagos pensamientos difusos eran todo lo que quedaba, y ahora la voz de Alexander irrumpió en ellos.

—La verdad, señor Potts, es que me temo que no podemos hacer nada por usted. Recibo una imagen muy clara ahora, pero es exactamente la vida que hemos dispuesto para usted. La misma habitación, el mismo trabajo. Aparentemente, ésa es la única vida que conoce. Por supuesto, si quiere mejorar tenemos muchas escuelas, muy buenas, emplazadas por toda la ciudad.

Phineas se enderezó, y apenas si conseguía controlar su indignación.

—¿Quiere decir..., quiere decir que tengo que seguir así?

—Eso me temo.

—Pero ha dicho usted que esto es el cielo.

—Lo es.

—¡Y yo le digo que no es más que el infierno! —chilló Potts, sin poder controlar su furia por más tiempo.

—Como quiera, nunca lo he negado. Señor Potts, me gustaría seguir discutiendo sobre este asunto, pero hay otras personas esperando, así que me temo que tenga que pedirle que se marche.

Alexander alzó la vista de sus papeles, y mientras miraba, Phineas se encontró

fuera, aturdido y enfermo. La puerta permaneció abierta mientras la muchacha llamada Katy se acercaba, lo miraba sorprendida y entraba. Entonces la puerta se cerró, pero él permaneció allí, incapaz de moverse, apoyado contra el marco de madera.

Hubo un murmullo de voces en el interior, y sus confusos pensamientos se agarraron a ellas como a un ancla. Oyó la voz de Katy:

—... parece que es terriblemente duro, señor Alexander. ¿Hay algo que podamos hacer?

Luego la voz grave de Alexander:

—Nada, Katy. Ahora depende de él. Le sugerí que fuera a la escuela, pero me temo que es otro desgraciado. Probablemente está ahí afuera en este momento convenciéndose a sí mismo de que esto es una simple ilusión hecha para probar su alma y su habilidad para mantenerse incólume. Si ése es el caso, bueno, pobre diablo, ya sabe que no hay mucho que podamos hacer.

Pero Phineas ya no estaba escuchando. Se agarró fieramente a las palabras que había oído y salió rígido y regresando a la oficina de G. R. Sloane frente de su habitación, la número 208. Por supuesto que era una ilusión. Tendría que haberlo sabido. Todo era simplemente una ilusión, hecha para probar su alma. Ilusión y prueba, nada más.

Que lo probaran. Descubrirían que era tan humilde en sus sufrimientos como siempre, sin queja alguna, resistiendo firmemente sus tentaciones. A pesar de que Sloane le negara el derecho al ayuno, ya encontraría otra manera de hacer una penitencia adecuada por sus pecados; aunque Callahan le rompiera la espalda, aunque un millar de abejas le atacaran a la vez, resistiría.

—Perdóname y guíame para que no vuelva a pecar, pero presérvame en el bien, todos los días de mi vida —repetía mientras se dirigía al edificio donde había más trabajo y más miseria esperándole.

Con el tiempo sería recompensado. Con el tiempo.

En el interior de su cabeza, un hilillo de duda se rió alegremente.

Notas

[1] *Las 100 vidas de Lazarus Long*, Ed. Martínez Roca, col. Super Ficción núm. 30, Barcelona 1978. <<

[2] *El espía interplanetario*, Ed. Novaro, col. Joyas de bolsillo núm. 354, México 1969. <<

[3] «Aún no es el fin», en *Lo mejor de Fredric Brown*, Ed. B, col. Libro amigo CF núm. 16, Barcelona 1988. <<

[4] «Oscar», *Nueva Dimensión* 142 (1973). <<

[5] Colaboración con Henry Hasse. <<

[6] *Barrera siniestra*. Existe una edición mexicana aparecida en la década de 1950 cuyos datos completos desconocemos. <<

[7] «Artefacto», en *Los Premios Hugo 1955-1961*, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, Barcelona 1986. <<

[8] Theodore Sturgeon falleció en 1985, con anterioridad a la edición digital de esta antología. (N. del E. D.) <<

[9] «It (Ello)», en *La Edad de Oro, 1939-1940*, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, Barcelona, 1988. <<

[10] «Las manos de Bianca», *El Péndulo* 3, Buenos Aires, 1981. <<

[11] «¡Embustero!», en *Los robots*, Ed. Martínez Roca, col. Gran Super Ficción, Barcelona 1984. <<

[12] Los siguientes relatos de la serie han sido traducidos al castellano de su versión en revista como «Mecanistria», «Simbiótica» y «Meumérica», *Nueva Dimensión* 102, 103 y 104(1978). <<

[13] «Helen O'Loy», en *El Dios más pequeño*, Ed. Martínez Roca, col. Super Ficción
núm. 47, Barcelona 1979. <<

[14] Robert A. Heinlein falleció en 1988, con anterioridad a la edición digital de esta antología. (N. del E. D.) <<

[15] Lord Ja-Ja («Lord Haw-Haw») fue un famoso renegado inglés que durante toda la segunda guerra mundial se dedicó a la propaganda radiofónica en favor del Reich desde Berlín. El apodo venía de su característica risa. (N. del T.) <<

[16] C. M. Kornbluth falleció en 2006, con anterioridad a la edición digital de esta antología. (N. del E. D.) <<

[17] «El sentido secreto», en *La Edad de Oro I*, Ed. Plaza y Janés, col. Gran Reno, Barcelona 1987. <<

[18] A. E. van Vogt falleció en 2000, con anterioridad a la edición digital de esta antología. (N. del E. D.) <<

[19] *Los fabricantes de armas*, Ed. Edhasa, col. Nebulae I núm. 140, Barcelona 1969.

<<

[20] *Las armerías de Isher*, Ed. Vértice, col. Galaxia núm. 77, Barcelona 1968. <<

[21] «Los hombres qe asesinaron a Mahoma», en *La fantástica luz*, Ed. Visión, col. Arcadia, Barcelona 1984. <<

[22] «El tiempo es el traidor», en *Oh, luminosa y brillante estrella*, Ed. Visión, col. Arcadia, Barcelona 1985. <<

[23] *El hombre demolido*, Ed. Minotauro, Buenos Aires 1956. <<

[24] *¡Tigre! ¡Tigre!*, Ed. Martínez Roca, col. Super Ficción núm. 60, Barcelona 1976.

<<

[25] Isaac Asimov falleció en 1992, con anterioridad a la edición digital de esta antología. (N. del E. D.) <<

[26] Kallikak es el apellido ficticio de una familia de características anómalas que fue estudiada por el psicólogo norteamericano H. H. Goddard. Se utiliza en Estados Unidos para aludir a una imbecilidad proverbial. (N. del T.) <<

[27] «Ocurren accidentes», en *Historia del futuro I*, Ed. Acervo, col. C/F núm. 39, Barcelona 1980. <<

[28] «Jack nueve dedos», Minotauro (1.^a), Buenos Aires 1965. <<

[29] Lester del Rey falleció en 1993, con anterioridad a la edición digital de esta antología. (N. del E. D.) <<

[30] «De todo», en *El dios más pequeño*, Ed. Martínez Roca, col. Super Ficción, núm. 47, Barcelona 1979. <<

[31] «Réplica en bronce», en *El dios más pequeño*. <<

[32] «El calderero», en *Y algunos eran humanos*, Ed. Edhasa, col. Nebulae I, núm 37, Barcelona 1957. <<